GARCIA MORA

LA VERDAD RELIGIOSA

BX1965
G31
c.1

1080042675

EHH6#90

LA

VERDAD RELIGIOSA.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

236

Varios Prelados de España han concedido 2480 dias de indulgencia á todas las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

LA VERDAD RELIGIOSA

ó

EXPOSICION

HISTÓRICA, FILOSÓFICA, MORAL Y SOCIAL

DE LAS

DOCTRINAS DEL CATECISMO CATÓLICO

EN PARALELO

CON LAS DEL PROTESTANTISMO Y EL FILOSOFISMO,

por D. José García Mora, Pbro.,

Doctor en sagrada Teología y en Derecho canónico,
Examinador sinodal de los obispados de Málaga y de Vitoria, Párroco de Villanueva de la Vera,
diócesis de Plasencia.

110533

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:
IMPRENTA DEL HEREDERO DE PABLO RIERA,
calle den Robador, núm. 24 y 26.
1864.

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON
37927

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BX1965
G31

Es propiedad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

CENSURA.

Por comision del M. I. Sr. D. Juan de Palau y Soler, Pbro., Doctor en ambos derechos, Abogado de los Tribunales del reino, Canónigo de esta santa Iglesia, y Vicario General Capitular, *sede vacante*, de la diócesis de Barcelona, he leido la obra que lleva por título: *La verdad religiosa*, ó sea *exposicion histórica, filosófica, moral y social de las doctrinas del Catecismo católico en paralelo con las del Protestantismo y el Filosofismo*. Escribióla el R. D. José García Mora, actualmente cura-rector de Villanueva de la Vera (provincia de Cáceres).

El ilustrado autor de esta preciosa obra propúsose en ella y con ella una felicísima idea que ha sabido desarrollar perfectamente. Colocándose y colocando á sus lectores sobre una elevada eminencia desde la cual se descubren á la vez la verdad y el error, el bien y el mal, hace ver y palpar á aquellos que el bien es fruto genuino y exclusivamente propio de la verdad, como el mal lo es del error. Muéstrales, en seguida, que el Catolicismo es el único posesor de la verdad y del bien, y que solo en él por lo tanto puede el hombre encontrar su felicidad temporal y eterna, al paso que en el Protestantismo y el Filosofismo, como fautores y propagadores que son del error, solo podrá encontrar el mal, y con él su desdicha en una y otra vida. La virtud, en el primer caso, es el medio seguro para llegar al noble fin de nuestra creacion, gozando anticipadamente el que la practica un bienestar inalterable; el vicio, en el segundo, ¿á qué puede conducir á su esclavo sino á un malestar intolerable en este mundo y á un penar interminable en el otro? Y esto que es cierto é innegable en todo indivíduo, lo es tambien en toda sociedad. No hay, ni para aquel ni para esta, dicha posible sino en la virtud, y la virtud no se encuentra sino donde están la verdad y el Catolicismo. Solo él nos procura y aun prodiga los mas eficaces lenitivos para los males inherentes á nuestra vida de prueba; solo él puede garantizarnos los bienes de la eternidad.

Todo esto lo patentiza y evidencia el ya citado autor de la presente obra, y en consecuencia la considero sobremanera útil, ora para confirmar á los buenos católicos en la verdad y virtud, ora para hacer volver al buen camino á los que se dejaron arrastrar por las falaces

y perniciosas doctrinas del Filosofismo y Protestantismo, ora en fin para confundir saludablemente, si fueren de buena fe, á los mismos corifeos de tan nefandas sectas.

Barcelona 3 de junio de 1863.

FR. JAIME ROIG, *Phro., Lector en Filosofía, de la Órden de Carmelitas calzados, exclaustrado.*

APROBACION.

Barcelona veinte de junio de mil ochocientos sesenta y tres. Vista la anterior censura, damos nuestra aprobacion para que se imprima la obra de que hace mérito.

JUAN DE PALAU Y SOLER, *Vicario General Gobernador.*

PREFACIO.

«Algunos que á sí mismos se llaman filósofos, dijo Cice-«ron (1), pero que en el fondo no son mas que sofistas de pro-«fesion, vienen á decirnos que los hombres son felices cuan-«do viven á medida de su deseo. Nada es mas falso, porque «el colmo de la miseria para el hombre, es querer lo que no «le conviene; y la desgracia de *no poder* conseguir lo que «se desea, es menor que la de *querer* conseguir lo que no «es permitido desear.»

Cualquiera diria que Ciceron se abrió paso por entre una porcion de siglos y se halló frente á frente de nuestros filósofos, á quienes parece alude de un modo admirable. Si mal no raciocinamos, de tan marcada semejanza deducimos el irrefragable argumento de que los filósofos modernos son verdaderos paganos, y que han formado sus sistemas de los jirones del Paganismo. ¡Qué vergüenza para la filosofía de la ilustracion y de la luz verse confundida por la filosofía pagana...! ¡Los hombres son felices cuando viven á medida de su deseo! Esto es precisamente lo que enseñan nuestros modernos sofistas, secuaces del progreso indefinido y del Falansterio, perfectos sibaritas.

Sin embargo tambien es eso mismo lo que nosotros decimos, pero disentimos de un extremo á otro en cuanto al principio de estos deseos. Ellos, verdaderos epicúreos resucitados, hablan del deseo de las pasiones, del deseo animal, porque transforman al hombre en bruto; nosotros los católicos hablamos del deseo de la razon, porque consideramos al hombre revestido de su dignidad de tal. ¿Quiénes se muestran mas celosos y solícitos de la dignidad huma-

(1) D. Augustin. *De Trinitate*, lib. XIII, cap. 5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y perniciosas doctrinas del Filosofismo y Protestantismo, ora en fin para confundir saludablemente, si fueren de buena fe, á los mismos corifeos de tan nefandas sectas.

Barcelona 3 de junio de 1863.

FR. JAIME ROIG, *Phro., Lector en Filosofía, de la Órden de Carmelitas calzados, exclaustrado.*

APROBACION.

Barcelona veinte de junio de mil ochocientos sesenta y tres. Vista la anterior censura, damos nuestra aprobacion para que se imprima la obra de que hace mérito.

JUAN DE PALAU Y SOLER, *Vicario General Gobernador.*

PREFACIO.

«Algunos que á sí mismos se llaman filósofos, dijo Cice-«ron (1), pero que en el fondo no son mas que sofistas de pro-«fesion, vienen á decirnos que los hombres son felices cuan-«do viven á medida de su deseo. Nada es mas falso, porque «el colmo de la miseria para el hombre, es querer lo que no «le conviene; y la desgracia de *no poder* conseguir lo que «se desea, es menor que la de *querer* conseguir lo que no «es permitido desear.»

Cualquiera diria que Ciceron se abrió paso por entre una porcion de siglos y se halló frente á frente de nuestros filósofos, á quienes parece alude de un modo admirable. Si mal no raciocinamos, de tan marcada semejanza deducimos el irrefragable argumento de que los filósofos modernos son verdaderos paganos, y que han formado sus sistemas de los jirones del Paganismo. ¡Qué vergüenza para la filosofía de la ilustracion y de la luz verse confundida por la filosofía pagana...! ¡Los hombres son felices cuando viven á medida de su deseo! Esto es precisamente lo que enseñan nuestros modernos sofistas, secuaces del progreso indefinido y del Falansterio, perfectos sibaritas.

Sin embargo tambien es eso mismo lo que nosotros decimos, pero disentimos de un extremo á otro en cuanto al principio de estos deseos. Ellos, verdaderos epicúreos resucitados, hablan del deseo de las pasiones, del deseo animal, porque transforman al hombre en bruto; nosotros los católicos hablamos del deseo de la razon, porque consideramos al hombre revestido de su dignidad de tal. ¿Quiénes se muestran mas celosos y solícitos de la dignidad huma-

(1) D. Augustin. *De Trinitate*, lib. XIII, cap. 5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

na? Dicen ellos: «No hay mayor felicidad en este mun-«do que tener muchas pasiones y muchos medios de satis-«facerlas (1);» y nosotros decimos: «No hay dicha mayor en «el mundo que dominar las pasiones y practicar la virtud.» Nosotros les presentamos los deleites y los goces materiales erizados de agudas espinas, ¿podrán ellos mostrarnos el dolor y la desdicha unidas ni próximas á la virtud (*)? Los sofistas modernos han multiplicado, refundido y variado sus paganizadas teorías y sistemas. «¿Y qué han conse-«guido con sus esfuerzos? Un sinnúmero de apostasías, la «difusion de cierto espíritu de indiferencia religiosa, mas «funesta tal vez que la irreligion declarada, una horrible «corrupcion de costumbres, una multitud de suicidios, la «relajacion de los lazos sociales, una inquietud universal, «sistemas en lugar de virtudes, problemas en vez de debe-«res morales, nulidad de principios, incertidumbre en todo: «tales son los frutos de esta filosofía (2).»

Cerrando los incrédulos las puertas de la otra vida, ¿dónde han colocado el faro de consuelo y de esperanza para el desgraciado? En ninguna parte, y ya vemos á este dirigir una mirada siniestra al mortífero veneno ó al puñal homicida. Atribuyendo la creacion del mundo y entregando su cetro á la naturaleza ciega ó al acaso, ¿qué cosa pueden presentar al hombre mas digna y elevada que él para que, adorándola, satisfaga su instinto religioso? Ningu-

(1) Fourierismo.

(*) «Los filósofos del siglo, dice el ilustrado adicionador del *Tratado* «*del hombre* del filósofo español Raimundo Sabunde, son hombres em-«brutecidos que, contra el dictámen de una sana razon, y contra el sen-«timiento mismo del corazon, quisieran que el hombre fuese destinado «á las criaturas y no al Criador; hombres que envidian la suerte á los «brutos, y se les hacen semejantes buscando todos los medios para em-«pantanarse en el fango, y legitimar su inmundicia. El hombre, dicen, «¿es criado por Dios? Quitemos este Dios, y digamos que nació de la «tierra y volverá á la tierra. El hombre debe practicar la virtud; este es «el solo medio que le conduce á la felicidad y á su fin. Pero ¿la virtud «es penosa? Digamos, pues, que no hay virtud ni vicios: que son qui-«meras y nombres fantásticos inventados por los hombres. Pero la mo-«ral de todos tiempos y naciones, aun antes de Salomon hasta nuestros «dias, está incontestablemente en contra de nosotros. Pues bien, for-«memos una moral nueva, y plantemos por principio, que todo lo que «es útil se llama virtud, y lo que es nocivo vicio. Se nos opondrá que «de un tal principio resulta una enorme lesion de los derechos del hom-«bre. Digamos con resolucion, que no hay mas derechos sobre la tierra «que el del mas fuerte, etc.»

(2) El citado adicionador de Raimundo Sabunde, pág. 276.

na, y en su virtud le han hecho acurrucarse vil é indignamente al rededor del oro y del deleite, de los cuales le han constituido esclavo infeliz y miserable. «Huid «de los incrédulos, dice el mismo Rousseau (1), (como si él «pudiera sincerarse de la inculpacion que va á hacer á los «demás, como si lo que va á decir nada tuviera que ver con «su deismo), huid, huid de aquellos que so pretexto de ilu-«minar los entendimientos siembran en los corazones de los «hombres doctrinas desoladoras..., derribando, destruyen-«do, atropellando y escarneciendo todo lo que respetan los «hombres, privan á los afligidos del último consuelo de su «miseria, quitan á los poderosos y á los ricos el único freno «de sus pasiones, arrancan del fondo del corazon los remor-«dimientos del crímen y la esperanza de la virtud, y se ala-«ban todavía de ser los bienhechores del género humano!»

Se ha verificado últimamente una nueva irrupcion de sofistas, lejanos discípulos de Jamblico y Porfirio. Son los fundadores del moderno Eclectismo que no ven en el Cristianismo mas que un sistema de doctrina, una escuela, una secta ni mas ni menos que la de Mahoma, los cuales tienen el atrevimiento impío de decir «que vienen á colocar al hom-«bre mas alto que le colocara el Cristianismo (2).» ¡Hasta qué punto puede degradarse la razon humana! Y, sin embargo, los sansimonianos, los fourieristas y demás predicadores del progreso indefinido ó Panteismo moderno, consiguen levantarle, puesto que no viendo en el hombre á través de su prisma impuro mas que un ente irracional ni mas ni menos que el cuadrúpedo, es efectivamente cierto que le levantan tanto como el Cristianismo le sujeta y abate bajo este concepto.

En la imprescindible necesidad de que el hombre profese una religion cualquiera que sea, dado que la idea religiosa le es innata, por lo que jamás se vió sin religion pueblo alguno sobre la tierra, ó convienen los incrédulos y ateos de la moda en que hay en el mundo otra cosa mas noble y digna que el hombre, ó no lo creen. Si no lo creen, entonces al arrodillarse ante lo que es mas bajo é indigno que ellos, son tan detractores de la dignidad de la especie humana, que quizás nos obligarán á ruborizarnos de ella, y envidiar la

(1) *Emilio.*

(2) Mr. Cousin, *Introduccion á la historia de la filosofía.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

condicion del bruto; y si lo creen, no son en el hecho mismo de creerlo menos rebajadores de la elevacion y grandeza del hombre, presentándole como único Dios de su adoracion el oro y el deleite: así pues, si no niegan, como no creemos que negarán, que el adorado debe ser mas digno que el adorante, no sabemos cómo puedan evadirse de la necesidad de ser en uno y en otro caso enemigos de la elevacion del carácter humano.

De la misma manera; ó creen que la felicidad completa del hombre, cuyo deseo es natural é irresistible, está mas allá de la muerte, ó mas acá. Si realmente están persuadidos en sus convicciones íntimas de que está mas allá, en este caso son por sus sistemas materialistas estorbadores estúpidos é hipócritas de su propia felicidad. Si dicen que está mas acá, ó creen con los antiguos estóicos que consiste en la virtud y en el freno de las pasiones, ó en los goces del mundo y rienda suelta de las pasiones mismas con los epicúreos. Si en lo primero, prescindiendo de que se engañan si hablan de la dicha completa y omnímoda, arrebatan al hombre su felicidad, alejándole con sus doctrinas de la virtud, y desenfrenando sus pasiones; y si en lo segundo, esto es, si creen que la dicha consiste en los goces y en los deleites mundanos, además de desmentirles el sensualista luego que ha experimentado sus indecorosos sistemas, precipitan al hombre en un abismo sin fondo de degradacion, no alargándole otra felicidad que la del irracional con quien le envian á pacer la yerba de los prados. Por manera, que la funesta obra y atroz mision del Filosofismo respecto del hombre, es la de colocarle entre los dos extremos de la degradacion y de la infelicidad, llevándole incesantemente del uno al otro.

El corazon rebosa de un coraje cristiano y digno, al oir que ese Filosofismo impío, bajo su última fase el Eclectismo, y oculto bajo el mentido disfraz de escuela filosófico-cristiana, ha venido á enmendar la plana al Cristianismo en su sublime y grandiosa obra de la regeneracion y restauracion moral y social del hombre, «que ha venido compasivo á «tenderle dulcemente la mano para levantarle mas alto,» y de consiguiente á avergonzarle demostrándole su impotencia. «¡Qué compasion tan insultante y burlesca!» exclama oportunamente el Ilmo. Sr. Monescillo (1). Esto es en resú-

(1) Adicion al artículo *Ecléctico del Diccionario de teología* de Bergier.

men decir que aquel mismo Paganismo soez que tanto resistió doblegar su dura cerviz bajo el yugo suave, feliz y civilizador del Cristianismo, y en el cual no habia absurdo alguno por enorme que fuese, como dijo Ciceron (1), que no hubiera sido defendido por algun filósofo, viene ahora á ayudarle como impotente ó á repudiarle como obstáculo.

Si los eclécticos y los predicadores de ese progreso filosófico tan alabado dicen que su sistema ha venido á ayudarle como impotente, profieren una sacrílega blasfemia censurando defectuosa la obra de Dios que quieren retocar. Si dicen que ha venido á repudiarle como obstáculo para la civilizacion y reorganizacion del hombre y la dicha de las sociedades, han de convenir necesariamente, ó en que los pueblos paganos estaban civilizados cuando se presentó el Evangelio, ó que la variacion que el Evangelio introdujo con su influencia en las leyes, usos, costumbres, principios, ideas, conciencia pública, etc., fue variacion en otro sentido incivilizado tambien como el Paganismo, y por consiguiente, que desde que apareció el Evangelio hasta los tiempos presentes no ha dado la Europa, v. g., ni un solo paso en el camino de la verdadera civilizacion; ó por último, que hay un tercer órden de cosas además de los dos que pueden fijar la razon y las pasiones, la virtud y el vicio, el Cristianismo y el Paganismo, en que está la verdadera piedra de toque de la ilustracion y de la cultura, nuevo órden que tal vez quieran ellos desarrollar y que nosotros no alcanzamos, sin embargo de que en las tendencias de sus sistemas no vemos otra cosa mas que un marcado retroceso al Paganismo, y así lo han comprobado los ensayos del Falansterianismo de Owen y Fourier. ¡Á qué términos conducen á las doctrinas los desvaríos de la razon!

¿Desean una reaccion moral y social en sentido pagano? Y ¿qué bellos resultados se prometen los sofistas conseguir resucitando el Paganismo? Óiganlo: «Cuando Jesucristo vino «al mundo, escribe Bergier (2), habia ya quinientos años que «los filósofos fundaban la moral sobre los mismos motivos «que sus sucesores miran como únicos, sólidos y suficien«tes. Todo el mundo sabe los prodigios que habia producido

(1) «Nihil tam absurdum dici potest quod non dicatur ab aliquo philosophorum.» (*De divin.* lib. II).
(2) *Diccionario de teología*, artículo *Moral*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«esta moral filosófica, y el estado en que entonces estaban «las costumbres. Comparando sus efectos con los que pro- «dujo la divina moral de Jesucristo, nuestros apologistas «taparon la boca á los filósofos detractores del Cristianismo. «Solo la Religion pudo rectificar todos estos motivos pro- «puestos por la filosofía, y darles un peso que no tenian en «sí mismos.»

Hay mas: si el Cristianismo sirvió en su orígen y en sus primeros tiempos á la causa de la civilizacion, como ellos confiesan, y hoy la perjudica, ¿cuál será el motivo de esta variacion? El Cristianismo no puede ser, porque enseña, manda, é influye hoy como entonces. ¿Será acaso que las sociedades han avanzado tanto en su perfeccionamiento que ya se han elevado sobre la sabiduría de la religion cristiana y necesitan emanciparse de ella como cosa vieja y caduca para remontar libremente su vuelo? No: mas allá del Cristianismo no hay nada: él ha agotado lo mas selecto en todos los órdenes; en él están encerrados todos los principios, los focos, los gérmenes de civilizacion. Digan lo que quieran; es que en ellos ha variado el concepto y la opinion del hombre extraviándose; es que ha variado la conciencia pública pervirtiéndose; es, en fin, que ha variado la filosofía degenerando en filosofismo. La filosofía pagana contradecia al Cristianismo; esa filosofía moderna pugna tambien contra él; por consiguiente, mucho tememos que la nueva filosofía sea la misma filosofía pagana, y que los filósofos de nuestros dias sean los gentiles de otros tiempos; á no ser que tambien hayan inventado otro tercer órden de cosas de donde sacar una tercera filosofía, como hemos dicho de la civilizacion. «La pretendida filosofía moderna (volteriana), dijo «exactamente el autor de las *Helvianas* (1), no es mas que «una vieja caduca de mas de dos mil años que vuelve á apa- «recer llena de afeites y coloretes para rejuvenecer su tez «ajada por los años... Sus apóstoles no son mas que unos «paganos resucitados (*).» Los eclécticos y falansterianos de hoy y su triste filosofía henchida de panteismo, pueden aplicarse estas palabras.

(1) Tomo 4, carta LXXVI.

(*) Escrita ya esta obrita y próxima á darse á la prensa, leimos la titulada *Revolucion*, de Gaume, que con tanto tino y acierto ha sabido remontarse al orígen primitivo del mal que hoy aflige á las sociedades, y nos felicitamos haber abundado en sus mismas ideas.

La filosofía y el Evangelio marchaban estrechamente unidos hacia diez y siete siglos, sin que á nadie se le ocurriera jamás hallar oposicion ni desavenencia entre los dos. Pero hé aquí que en los últimos tiempos unos hombres á quienes caracteriza el vicio, la infamia y la degradacion; unos hipócritas, *embusteros de conciencia cauterizada* (1), orgullosos é ignorantes (2), lastimosamente olvidados hasta de lo que se deben á sí mismos, y cuya biografía aflige al lector, y mancha el papel; unos hombres henchidos de toda iniquidad (3) y de cási todos los vicios de que habla san Pablo en sus cartas á Timoteo y á los romanos, en las cuales retrató tan exactamente á los sofistas de la moda; unos hombres peores que los filósofos paganos, á quienes alude el Apóstol, porque «tienen todos sus vicios sin tener ninguna de «las virtudes que les hacian recomendables;» unos hombres, en fin, vacíos de cristianismo y henchidos de paganismo, segun la oportuna expresion de Gaume, descubren atronando el mundo que hay oposicion y desavenencia entre la fe y la razon, entre la revelacion y las ciencias, entre el órden natural y el órden sobrenatural, como si la fe no fuera la misma razon hablando, y el Evangelio la verdadera filosofía escrita. No es nueva esta calumnia: san Cirilo Alejandrino tuvo ya que pulverizarla escribiendo contra Juliano (4).

No hay verdadera filosofía fuera del Evangelio, sino una filosofía miserable; no hay verdadera civilizacion fuera del Cristianismo, sino una civilizacion material; no hay verdadera dicha fuera de la virtud, sino solamente el bienestar del bruto. La filosofía volteriana, que es en resúmen la filosofía pagana sepultada por el Cristianismo y resucitada á los mil años por el Renacimiento, realizó una transformacion completa en la conciencia pública, en el pensamiento humano. «Entonces (esto es, en aquellos tiempos ó siglos «cristianos en que estábamos aherrojados en las tinieblas, «como dicen los sofistas), no se conocia mas distincion que «la de buenos ó malos cristianos, y el abuso de todas las «cosas no habia llegado al extremo de poder formar la clase «de los blasfemos... Entonces todas las clases de hombres «grandes, los grandes príncipes, los grandes generales, los

(1) I Tim. IV, 2. (2) Ibid. VI, 4.
(3) «Repletos omni iniquitate.» (*Rom.* I). (4) Lib. V.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«grandes magistrados, los grandes autores, todos vivian «segun el método que su virtud ó su flaqueza les habia he- «cho adoptar: mas todos acababan el resto de sus dias ado- «rando la Religion, y refugiándose á los méritos del Reden- «tor, y nadie decia que un hombre muriendo así desmentia «su carácter de grande hombre. No se veia entonces á los «malvados blasfemar sobre los cadalsos, desechar las exhor- «taciones, las oraciones y las lágrimas de los sacerdotes que «hacian los mayores esfuerzos para moverlos y salvarlos, y «ni aun se sospechaba que hubiese de llegar un dia en que «se diese el título de *filósofos* á los que supiesen morir pú- «blicamente sin fe y sin esperanza (1).» «*Tradidit illos Deus «in sensum reprobum, ut faciant ea quæ non conveniunt* (2).»

Es verdaderamente una fatalidad para estos filósofos el que no puedan sellar la veracidad de sus sistemas y de sus doctrinas con la honradez y con la virtud, lo cual seria tan imposible como hacer que simpatizaran el agua y el fuego; no obstante sus tercas paradojas de que la Religion no contribuye en nada á la pureza de costumbres, ni que las opiniones influyen en su conducta, lo que sin embargo es una verdad, si hacemos como ellos de la virtud una mera utopia ó llamamos virtud á los vicios. «No comprendo, dice el «mismo Rousseau (3), cómo se pueda ser virtuoso sin reli- «gion; mucho tiempo participé de esta falsa opinion, pero «estoy ya bien desengañado.» Su deismo, sin embargo, no es muy fecundo en virtudes.

El célebre conde De Maistre, «no conocia á ninguno de «estos señores hombre de bien (4);» por cuya razon obser- vó muy oportunamente el profundo Pascal (5) aludiendo á los ascendientes de aquellos, «que era una gloria para la «Religion tener por enemigos á hombres tan irracionales... «porque si bien no sirven ni la aprovechan para demostrar «la verdad de la redencion *con la santidad de costumbres,* «sirven admirablemente con los desnaturalizados sentimien- «tos que los dominan para patentizar *la corrupcion de la «naturaleza,* que es otro de sus dogmas.» Es verdad que los filósofos paganos, segun ellos mismos atestiguan, entre

(1) Lamourette, *Delicias de la Religion*, pág. 322.
(2) Rom. x, 28.
(3) *Carta sobre los espectáculos.*
(4) *Veladas*, pág. 76.
(5) *Pensamientos.*

otros Ciceron, Luciano, Plutarco (así como el célebre Lactancio y demás apologistas cristianos), ocultaban bajo la capa de filósofos los vicios mas vergonzosos, y no serian consecuentes nuestros sofistas, si habiéndose propuesto imitarles en todo no les imitaran tambien en esto.

«Bien puede suceder, dice con mucha razon Bergier (1), «que uno crea en la Religion y la sea muy adicto sin que por «eso tenga costumbres muy puras, porque las pasiones pue- «den muchas veces mas en el hombre que todos los princi- «pios de la moral; pero es muy raro que un hombre irreli- «gioso tenga buenas costumbres, porque la irreligion suele «tener por orígen un carácter rebelde contra toda ley que «incomoda.»

«Todo hombre sin religion, escribe tambien muy oportu- «namente Nonnotte (2), debe ser mirado en la sociedad con «el mayor horror, porque faltando aquella, no hay que bus- «car principios de conciencia, de virtud, de honradez, ni «de hombría de bien (3).»

«El Protestantismo y el Filosofismo, dice el P. Ventura de «Ráulica (4), no son en el fondo mas que la ceguedad penal «de un grande orgullo, no son mas que una blasfemia, una «gran mentira y una grande decepcion. El Protestantismo «y el Filosofismo no han comprendido jamás la verdadera «naturaleza del hombre, ni la verdadera religion.»

Nosotros creemos, sin embargo, que muchos sectarios comprenden perfectamente la Religion y el hombre; pero por lo mismo es mas criminal su obra, y mas grave la inculpacion que les dirigimos de ser en la práctica hipócritas malignos, y decididos enemigos de la dignidad y de la dicha del hombre y de la sociedad. Pero no nos lisonjeamos de hacerles cantar la palinodia, porque ¡cosa rara! «el hom- «bre prefiere pasar por bribon á confesar su ignorancia y «necedad (5).» ¡Desdichados! ¿No presienten ellos lo que se- ria de la sociedad, si dando oidos á sus delirantes utopias se acabase de disipar lo que, gracias al Cristianismo, hay de

(1) *Diccionario de teología*, artículo *Irreligion.*
(2) *Diccionario filosófico de la Religion*, prefacio.
(3) «Qui incredulus est, non erit recta anima ejus in semetipso.» (*Habac.* II, 4).
(4) *Conferencias sobre la confesion sacramental, armonías de la Eucaristía y eternidad de las penas.*
(5) Chateaubriand, *Ensayo sobre las revoluciones*, tomo 3, pág. 6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puro en la atmósfera intelectual y moral que ingratos é inmerecedores respiran?

Los protestantes y filósofos convendrán, á no dudar, con nosotros, en que toda religion ó sistema, cualesquiera que ellos sean, deben acreditar sus títulos de verdad y de legitimidad por medio de su benéfica influencia para con el hombre y para la sociedad, mostrándonos aspiraciones y tendencias á su mejoramiento y restauracion práctica; de otra manera no sabemos con qué razon ni con qué derecho pudieran decirnos: *aquí estoy, aceptadme.* Pues bien; nuestro objeto en la presente obra es introducirnos y encerrarnos con ellos en este terreno. ¿Repudian todo motivo sobrenatural en órden á abrazar la Religion? Enhorabuena. ¿Quieren los unos motivos puramente naturales para convencerse y hacerse cristianos, y los otros para volverse católicos? Se les darán en esta obrita, la cual creemos que en ello ha reconocido la verdadera y apremiante necesidad de la época, y pone el dedo en la llaga moral y social. Sí; nos encerrarémos con ellos en el estrecho círculo de esta vida, y procurarémos hacerles ver que aquel mejoramiento y restauracion, manifestados á no dudar de una manera mas pronunciada en la *elevacion de carácter*, en la *dignidad*, y en la *dicha*, no pueden los hombres ni la sociedad hallarlo sino en la religion cristiana pura, es decir, en la católica.

«Grande es, dice á este propósito el citado Lamourette (1), «la fuerza del Evangelio para hacernos buenos y generosos, «y producir y mantener esta mútua circulacion de servicios «y socorros de que depende la dicha del género humano y «asegura la estabilidad de las sociedades de la tierra... ¡Qué «ceguedad la de no ver que el Evangelio es al mismo tiem«po la regla eterna de nuestros deberes, y el único recurso «de nuestras necesidades!» Pero el Evangelio, semejante á la semilla que no fructifica si es arrojada á la tierra estando ya corrompida, tampoco restaura cuando se le presenta corrupto y adulterado: y por eso únicamente en el Catolicismo, que es su propio y natural terreno, es donde resplandecen en toda su hermosura sus brillantes efectos.

«Si el Salvador, observa el Emo. Sr. Wisseman (2), vi«no á la tierra para colocar de nuevo al hombre miserable

(1) *Delicias de la Religion.*
(2) *Conferencias*, tomo 2, pág. 481.

«en el estado feliz de que habia caido, en cuanto lo permitia «el estado de degradacion de nuestras facultades internas y «morales: si vino para satisfacer los arranques y aspiracio«nes de la humanidad hácia lo que es bueno y santo, pre«ciso es que hubiera en su religion divina, en su Iglesia que «es su paraíso terrenal, instituciones proporcionadas á este «gran fin. Y esto es, en efecto, lo que en ella encuentran los «católicos.»

No hay seguramente en todo el Evangelio, en ese libro grandioso al que algunos exegetas creen hacer favor diciendo que contiene poca mitología (1), ni en todo el catecismo católico, ni una sola letra que no tenga por objeto, ó la restauracion física, ó la restauracion moral, ó la restauracion social del hombre (*). De la repetida exhortacion hecha por el Evangelio y el Catolicismo en todos tiempos á la penitencia, á la mortificacion y á la crucifixion de las pasiones; á fuerza de inculcarnos que abracemos la cruz de nuestros trabajos; en fin, en virtud de las, al parecer, duras y difíciles condiciones con que prometen al hombre la eterna bienaventuranza, nada mas frecuente que el oir «que «el cielo se alcanza con trabajos; *que una persona no puede «disfrutar las dos felicidades, la de acá y la de allá*, etc.;» lenguaje vulgar que si bien puede pasar en la recta intencion con que se profiere, no puede sin embargo disimularse en sentido rigoroso; puesto que considerado en este sentido, ni es absolutamente cierto que el hombre no pueda alcanzar

(1) Dumb. *Teoremas de teología.*

(*) Ved aquí lo que el príncipe chino Sosam decia en el año de 1692 al emperador hablándole del Cristianismo que querian los mandarines se proscribiese en el imperio: «¿Qué tienen que censurar en la religion «de Europa esos chinos encaprichados? Los que la condenan no la co«nocen. Por lo que á mí toca, la he examinado con la mayor atencion. «y no hallo cosa mas conforme á la recta razon y á las primeras leyes de «la naturaleza. ¡Ojalá se profesase, y se profesase exactamente en todo «vuestro imperio! No volveríamos á ver en él ladrones, adúlteros, ban«didos ni rebeldes, ni tendríamos necesidad de mantener tantas tropas «para librarnos de la violencia y del desórden. Ya hace treinta años que «reina V. M. con gran sabiduría y vigilancia. En todo este tiempo ¿ha «recibido alguna queja fundada contra los misioneros ó contra los chi«nos que siguen su doctrina? Á lo menos puedo contestar, que en los «diez años que he servido el empleo de *colao*, jamás se me ha dado nin«guna queja ni contra unos ni contra otros.» ¡Qué reproche para la tan decantada ilustracion moderna, y para el siglo llamado de las luces! ¡Haber conocido un chino lo que han desconocido y desconocen muchos europeos al cabo de diez y ocho siglos de continua experiencia...!

el cielo sino con trabajos, trabajos que sean tales en el concepto de la razon, ni tampoco lo es absolutamente que el hombre como hombre, esto es, considerado en su razon y visto por su parte elevada y digna, pueda ser feliz en el mundo sin serlo tambien en la eternidad; ó vice versa, que pueda ser infeliz acá sin ser tambien allá desgraciado. Para probarlo no tendria mas que repetir un argumento muy sencillo que ya he consignado en otra parte (*), y es que en la absoluta é imprescindible necesidad de que en la obtencion de una cosa hayan de corresponder los medios al fin, y participar de su naturaleza, es evidente que los medios para obtener un fin feliz han de ser tambien dichosos: luego la práctica de las virtudes y la represion y refrenamiento de las pasiones, que son los medios para obtener la felicidad eterna, han de ser tambien con precision felicitadores en la tierra.

Es lo general el figurarse los hombres que el cielo está mas allá de un campo abrasado y lleno de espinas, v. g., por el cual es preciso é indispensable pasar á pié desnudo para llegar á él. Pero es necesario tener presente que el lenguaje del Evangelio y del Catolicismo, que ha dado lugar á esta creencia, habla únicamente con las pasiones y no con la razon, y nosotros vamos á considerar al hombre solamente como ser racional, en órden á apreciar su verdadera dicha y felicidad temporal. Bajo este aspecto, una meditacion sostenida y profunda sobre el Catecismo nos ha obligado á exclamar con el sábio filósofo Sabunde: «¡Cosa ad«mirable! La religion cristiana que parece hecha únicamen«te para el cielo, forma tambien la felicidad de los hombres «en la tierra... Al traer el Evangelio en cuanto es posible la «felicidad á la tierra, al mismo tiempo y con los mismos «medios ha preparado y dispuesto los hombres para el cie«lo (1).»

Los mismos enemigos del Evangelio confiesan admirados su tendencia felicitadora de la vida del hombre. «Si el Evan«gelio es un error, dice Voltaire, semejante error hace fe«lices á los hombres (2):» y no creemos necesario advertir

(*) En el *Principio de autoridad vindicado*, obra que creimos dar á luz antes que esta, pero cuya publicacion hemos postergado por falta de algunos datos necesarios.

(1) *Las Criaturas*, pág. 217, ed. de Barcelona.

(2) *Carta á Urania.*

que habla de la felicidad de esta vida. Únicamente puede el hombre hallar su dicha temporal en el buen sentimiento y en la quietud de su conciencia; y este buen sentimiento y quietud solamente puede poseerla el verdadero cristiano católico. Esta doctrina es desconocida de esos hombres materializados y degradados, tan sábios y despreocupados en apariencia, como ignorantes y prevenidos en realidad, que creen ver en el verdadero cristiano, una persona esclavizada, sacrificada, víctima de lo que apellidan supersticion y fanatismo (1): y ¡ay! no quieren conocer, infelices, que pesan sobre ellos las cadenas que piensan oprimen á los otros.

Conócese á la primera ojeada sobre esta obrita que su objeto en todos los capítulos es, en primer lugar, hacer la apología de la doctrina católica en la materia de que se trate, demostrando su elevacion y sus consuelos, presentándola en su virtud dignificadora y feliciladora del hombre, y consignar sus ventajas sociales; y despues traer en paralelo y evidenciar la funesta influencia en la misma materia del Protestantismo y del Filosofismo, patentizando su vileza y desolacion, presentándoles, por lo tanto, tales como son, degradadores é infelicitadores del hombre, perturbadores y destructores de la civilizacion y de la sociedad. «Sabed (decia elocuentemente á los fieles el clero «de Francia en su sábia advertencia del 6 de agosto de 1770, «á vista de los progresos del mal), sabed que la incredulidad en vez de elevar al hombre lo degrada, en vez de serle «útil le es perjudicial para su felicidad aun temporal, que «rompe los vínculos de la sociedad, destruye los principios «de las buenas costumbres, y trastorna los fundamentos de «la subordinacion y de la tranquilidad.»

Cuando hablemos con los protestantes les probarémos que aun aquellas doctrinas en que convienen con nosotros los católicos, son entre ellos absolutamente estériles de alegrías y de consuelos para el hombre y de beneficios para la sociedad; porque habiendo endurecido su corazon y desterrado totalmente de él la caridad cristiana han aflojado el nervio de aquellas doctrinas y resecado el jugo que las vivifica y hace fructíferas. Todo el grandioso armazon del Cristianismo descansa sobre la gran base de la caridad: renuévase esta base

(1) «Visi sunt oculis insipientium mori.» (*Sap.* III, 2).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y desaparece el edificio. Respecto de las doctrinas en que se han separado de los católicos ó que han absolutamente abolido, les harémos ver que jamás podrán sincerarse de haber atentado con estas variaciones y aboliciones contra la dignidad humana, contra el consuelo y la esperanza de la desgracia y del infortunio y contra el bienestar de la sociedad.

En cuanto á los sofistas, sus legítimos descendientes (y entiéndase que bajo el nombre de filosofismo abrazamos á todas las sectas impías y ateas que niegan el órden sobrenatural, que no creen en la otra vida, ni en los premios y penas eternas, así como los modernos sistemas filosóficos que intentan emanciparse del Evangelio y del Cristianismo, pretendiendo que este abdique el cetro en sus manos) (*), en cuanto á los sofistas, repetimos, nada nos será tan fácil como el probarles que con sus desoladores sistemas arrebatan al hombre su dignidad invitándole á que marche tras del bruto, que le roban su esperanza y su dicha llevándole á la infelicidad y á la desesperacion, y que aspiran á convertir la sociedad en un cáos. Acertadamente los define Montaigne «*hombres* que quieren ser mas malos que lo que pueden.» Y para que el *acierto* fuera mas completo solo le faltó colocar los verbos en primera persona del plural.

No hay que hacerse ilusiones: la humanidad doliente y afligida, especialmente si anda desterrada del mundo la compasion para la desgracia y el castigo para la iniquidad, no tiene otro medio de alivio ni de consuelo que extender la vista mas allá del sepulcro: ni el hombre desgraciado tiene otro medio de solazar su mente que elevarla á la consideracion de algun otro mundo, vengador de agravios y recompensador de trabajos. ¿Existe esta otra vida ó no existe? Si existe, no puede ser otra que la que le indica el Cristianismo, porque esta es la que le satisface cumplidamente, la que llena sus deseos, la que responde á sus clamores, la que acoge sus esperanzas. Supongamos que no existe esta otra vida. ¿Por ventura gana alguna cosa la miseria y el infortunio con decírselo y recordárselo tan porfiadamente? Aun en esta suposicion ¿qué granjearán los desgraciados sacándolos de su error, de un error que les alivia, que les consuela, que les hace felices en medio de la infelicidad misma? ¡Ah! lo único que con ello han conseguido ha sido multiplicar el catálogo de los crímenes y colocar cási á la cabeza de ellos el mas atroz, y el que antes se veia en último lugar, y esto tan rara vez que hasta el pasado siglo no ha tenido nombre en ninguna lengua (*).

(*) Por lo demás, el contexto indicará suficientemente, aunque no se mencione, el sistema particular á que se alude.

Aun cuando nosotros estuviéramos plenamente convencidos de la falsedad del Cristianismo, si fuera posible que pudiese ser creida una falsedad palpable, todavía seguiríamos creyendo en él, porque nos seria muy difícil renunciar al encanto de nuestra vida; y nos admiramos de que no hagan lo mismo esos hombres cuya mision funesta en este mundo no es otra que la de exasperar las penas de la humanidad y recrudecer sus dolores. Se necesita ciertamente para esto una buena dósis de perversidad.

Sí: concedámosles por un momento que la Religion sea, como dicen, una invencion de la desgracia y del infortunio para tener á mano un solaz de la pena. ¿Qué se sigue de aquí? Lo que se sigue es «que la Religion *es necesaria* á los hom-«bres para consolarlos en sus aflicciones, y como todos están «expuestos á padecer, y los mas padecen efectivamente, se «deduce con evidencia que el creer en un Dios (remunera-«dor) es un atributo necesario de la humanidad, y que los «ateos son insensatos cuando se lisonjean de destruir esta «creencia (1).»

Por consiguiente toda nuestra obra esforzará el gran argumento de Pascal contra los incrédulos, á saber, «aun «cuando la religion cristiana no estuviese evidentemen-«te probada y la vida futura fuese un acontecimiento *incier-«to,* es al menos un acontecimiento *posible,* y un hombre «sensato debe tomar el partido de la Religion y de la virtud «como el mas *seguro.*» Añadirémos mas: aun cuando la religion cristiana sea una impostura, y no haya otra vida, ni premios ni penas, la eleccion entre el vicio y la virtud á nadie debe ser dudosa por los gravísimos males y perjuicios temporales que el primero acarrea, y por las grandes ventajas y bienes temporales que reporta la segunda.

Se han escrito libros excelentes contra el Protestantismo y el Filosofismo; se han pulverizado con sólidas razones sus

(*) Le inventó el abate Defontaine: la palabra latina *suicidium* es tambien moderna.

(1) Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Religion*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aéreos fundamentos, y se ha presentado tan clara como la luz su maléfica influencia en todos los órdenes; pero ellos contestan pretendiendo rebatir á su vez al Catolicismo con sofismas y calumnias. Nosotros, sin perder de vista esta funesta influencia en el órden religioso, moral, económico, político y social, como lo indica el título de la obra, les estrecharémos mas aun, y les herirémos de plano probándoles que sus sistemas y doctrinas son incompatibles con la honradez y probidad natural, con la dignidad humana, y algunas de ellas hasta con el carácter de hombre, porque algunos de sus sistemas solo pueden formar brutos. Ante todo nos permitimos pensar (porque sino nada habríamos adelantado), que ellos á fuer de hombres con carácter de tal, amigos de su dicha y celosos del bien de su patria, pretenderán con sus sistemas, entre otras cosas, y como puntos esenciales, abogar por la *dignidad* y por la *felicidad* en esta vida del hombre, so pena de infamia en el primer caso, y de insensatez en el segundo; así como por el bienestar de las sociedades si no quieren hacerse reos de lesa patria y de lesa humanidad. Pues bien: nosotros vamos precisamente á probarles que sacando al hombre del Catolicismo para llevarle al Protestantismo ó al Filosofismo, lo sacan de la dicha para llevarlo á la infelicidad; que le alcanzan de la altura en que se hallaba para precipitarle en un abismo de degradacion; y que extrayendo de la sociedad los principios religioso-cristianos é imbuyéndola los de la filosofía incrédula, se convierte en un cáos. Con esto creemos atacarles directamente hiriendo sus pretensiones y su vanidad. Si lo conseguimos, ¿tendrán valor para presentarse en lo sucesivo delante de la miseria, de la afliccion y del infortunio, y continuar apellidándose los bienhechores del género humano? No hallando nada que replicar el Protestantismo y el Filosofismo á los victoriosos argumentos con que la religion católica combate sus doctrinas, se han vuelto á esta para lanzarla la calificacion de *rémora social*, y á sus secuaces la de ciegos autómatas, serviles rutinarios, espíritus débiles y abyectos, hombres esclavizados é infelices. Era, pues, necesario purgar al Catolicismo y á los católicos de semejantes calumnias, probando á la vez á los calumniadores, que ellos son realmente los que las merecen. Si lo conseguimos tambien, ¿de qué echarán luego mano para la réplica?...

El plan de esta obra nos le sugirió la calumnia de un sofista dirigida á los moralistas cristianos á quienes acusa de que «condenan todo motivo humano para impeler á la vir-«tud, y de que jamás han probado que el hombre está em-«peñado por su interés actual y personal á practicar el bien «y evitar el mal,» como dando á entender que si midieran sus armas con los incrédulos en este terreno serian vencidos. Este sofista no ha leido seguramente ni los títulos siquiera de las obras de los santos Padres y de los antiguos apologistas de Oriente y de Occidente. Cierto que en los siglos medios y hasta que en el pasado lo hizo necesario la filosofía incrédula, los escritores cristianos han hecho poco uso de esta arma, porque apenas habia contra quien esgrimirla; y porque siendo aquella una verdad demasiado clara, no se ha discutido en aquel tiempo, se ha supuesto. De un siglo acá puede este sofista ver bastante de lo que echa de menos en los inmortales escritos polémicos expositivos y apologéticos que la filosofía herética y volteriana hizo salir de las plumas de Bergier, Nonnotte, Guénée, Feller, Chateaubriand, Augusto Nicolás, Gaume, del tristemente célebre Lamennais, y de algunos españoles, descollando sobre todos el presbítero Balmes.

Por último; luego que se haya leido esta obrita y examinado uno por uno sus capítulos, habrá aparecido para el lector reflexivo «*que la verdadera filosofía obtiene del Catolicis-«mo para el hombre y para la socicdad todo cuanto tiene de-«recho á reclamar, y que lo que no obtiene, no tiene derecho «á reclamarlo. Si á pesar de eso lo reclama, la filosofía dege-«neró en filosofismo, y ya no es aquella la que pide, sino «este.*»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA
VERDAD RELIGIOSA.

LIBRO I.

CAPÍTULO I.

RELIGION.

La idea religiosa es innata en el hombre (*): ella es el primer acto reflejo de su razon. Ni el hombre ni la sociedad pueden prescindir ni desprenderse de la religion, puesto que la religion es para ellos una necesidad, y una de sus condiciones esenciales.

«No hay, dice Ciceron (1), ninguna nacion tan feroz y sal-«vaje que, aunque desconozca al Dios verdadero, no sepa, «sin embargo, que es necesario que exista uno.» Y tambien: «Todos se forjan ideas falsas de la Divinidad, pero todos con-«vienen en que hay una naturaleza divina (2).»

«Podréis hallar, observa Plutarco (3), ciudades sin mura-«llas, sin casas, sin gimnasios, sin leyes, sin moneda y sin «letras, pero un pueblo sin Dios, sin oraciones, sin jura-«mentos, sin ritos religiosos y sin sacrificios, nadie lo vió

(*) No es este lugar oportuno de discutir el sistema de las ideas innatas tan combatido por el Sr. Bonald.

(1) *De legibus*, lib. II, cap. 8.

(2) «Multi de Diis prava sentiunt...Omnes tamen esse vim et naturam «divinam arbitrantur.» (*Tuscul.* lib. I, cap. 13).

(3) *Adv. Colot. Epicur.* ¡Qué vergüenza! La filosofía pagana misma ataca á la incredulidad, mientras que á los diez y ocho siglos de cristianismo la filosofía ataca á la fe !!!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«jamás.» «Mas fácil es, dice tambien en el mismo lugar, «fundar una ciudad en el aire que constituir una sociedad «sin la creencia de los dioses.» Lo mismo opinaba Séneca (1), y todos los poetas y oradores. Orfeo, Homero, Hesíodo entre los griegos; Horacio, Virgilio, Ovidio entre los romanos, todos cantaron, unos despues de otros, el poder de esta divinidad.

Entre los sofistas de los últimos siglos Shaftesbury (2) y Bolingbroke (3) confiesan ser natural y utilísima la religion al hombre. Rousseau escribe «no haberse fundado jamás un «Estado que no haya tenido por base la religion,» y ciertamente no ha sido esta la natural de los deistas. Voltaire, la misma impiedad personificada, ha dicho: «Allí donde hay «una sociedad, la religion es de todo punto necesaria (4).» Y Chateaubriand cuando era aun entusiasta admirador de los anteriores, y con la prueba á la vista, exclamó: «Una «religion es necesaria si no se quiere que la sociedad perez«ca (5).»

«Si la religion se pierde entre los pueblos, escribe Vico (6), «no queda ningun medio de vivir en sociedad. Esta pierde «de un golpe el vínculo, el fundamento, el antemural y hasta «la forma misma de pueblo.»

En fin, prueba bien clara de lo universalmente extendida que estaba en la antigüedad, como hoy, la creencia de la Divinidad, es que Lucrecio felicitaba á su ídolo Epicuro, á quien con oportunidad llama san Clemente Alejandrino, «*príncipe y autor de la impiedad* (7), por haber sido el *pri«mero* que se habia atrevido á luchar contra el género hu«mano, y levantar la cabeza en medio de los pueblos encor«vados bajo el yugo de la supersticion (8).»

De todo lo anterior, debemos inferir con Augusto Nicolás (9), «que se puede razonablemente suponer que una no«cion tan universalmente recibida debe ser *natural* (*) y *ver-*

(1) Epist. CXVII. (2) *Característicos*, tomo 3.
(3) *Œuvr.* tomo 5, cit. por Bergier, *Tratado histórico*, primera parte.
(4) *Tratado de la tolerancia*, cap. 20.
(5) *Ensayo sobre las revoluciones*, tomo 3, pág. 121.
(6) *Scientia nova*, traducida por Mr. Michelet en los *Principios de la filosofía de la historia*.
(7) «Princeps et auctor impietatis.» (*Stromat.* lib. I, cap. 1, 6 pref.).
(8) *De rerum natura*, lib. I.
(9) *Estudios históricos sobre el Cristianismo*, tomo 1, pág. 119.
(*) Este es un pricipio de Ciceron que llama *ley de la naturaleza* al

«*dadera,* que es imposible que sea resultado de un hecho «expreso universal, que es tan absurdo negar la voz de la «naturaleza cuando dice igualmente á todos los hombres, «que hay un Dios que debemos honrar, como cuando dice «que somos superiores á los brutos por la razon, y que el «instinto religioso es tan natural y universal en todos los «hombres como la razon; de manera que para definir al hom«bre, lo mismo se le puede llamar *un animal religioso* que «*un animal racional*.» No ser capaz de religion era entre los antiguos una de las señales características de ser irracional. Y Hume ha dicho con mucha razon que si se encontrase un pueblo sin religion, no se diferenciaria mucho de las bestias brutas (1).

No ha existido, pues, ni ha podido existir jamás un hombre dotado de razon sin sentimiento religioso. Pero limitado en gran parte su entendimiento y estrechado el círculo de su inteligencia por la degeneracion de su estado primitivo, y olvidadas por su malicia las tradiciones sobre la religion prescrita por Dios al primer hombre, no pudo, ó mejor dicho, no quiso (porque tambien fue en gran manera depravada su voluntad) elevarse en los tiempos anteriores al Evangelio, al conocimiento de aquel supremo, único y verdadero Criador que debia adorar; ó le conocieron ciertamente los hombres, pero no le glorificaron (2), y cada uno segun su capricho y los estímulos de su pasion mas dominante que no les permitia, por su culpa (3), remontarse á lo sublime, se forjó su divinidad particular; eligiendo al efecto entre las criaturas, ya la que mas deleitaba á sus sentidos, ya la que mas halagaba á sus pasiones. «*Sua cuique fit Deus dira cupido.*» Ó como dijo Platon: «Cada uno cree lo que le agrada y con«viene (4).» «Tan grande era el error, escribe Ciceron, que «no solamente se daba el nombre de dioses á las cosas mas «nocivas, sino que tambien se las edificaba templos (5).» Y el

consentimiento universal. «Omni autem in re consensio omnium gen«tium lex naturæ putanda est.» (*Tuscul.* lib. I, cap. 13).
(1) *Historia natural de la Religion*, citada por Bergier, *Tratado histórico*, tomo 1, pág. 58.
(2) Rom. I, 21.
(3) «Id enim vitioso more effici solet.» (Cic. *Tuscul.* lib. I, cap. 13).
(4) «Quod quilibet vult, hoc etiam credit.»
(5) «Tantus error fuit, ut perniciosis etiam rebus non modo deorum «nomen tribueretur, sed etiam sacra constituerentur.» (*De natura Deorum*, lib. III, cap. 25).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mordaz y satírico Juvenal llamaba dichosos á los egipcios en cuyos huertos nacian los dioses.

«Oh sanctas gentes, quibus nascuntur in hortis numina!(*)»
Satyra XV, v. 10.

De esta manera (y diga lo que quiera Lamennais que parece pretende excusar la idolatría, ó mejor dicho, probar que nunca la hubo (**), y mas todavía Beausobre, lord Herbet de Cherbury, tan completamente refutado por Leland en su *Nueva disertacion evangélica*, y hace muchos siglos por Cecilio (el apologista del Politeismo), de esta manera, repetimos, usurparon el culto que debian al Criador para dársele á una criatura como ellos, perdiendo así la gloria que habian adquirido remontándose al conocimiento de un Dios.

En apoteosis tan universal todo fue ya Dios excepto Dios mismo, segun la bella expresion de Bossuet, tomada de la que vertió Tertuliano en el libro *De idolatría* (1), ó como escribe Leland (2): «En aquellos tiempos de supersticion era «mas fácil encontrar un dios que un hombre.»

No necesitamos aducir las ridiculeces, extravagancias,

(*) «Veamos ahora, escribe Nonnotte, cuál era la majestad augusta y «la santidad respetable de la religion pagana. Júpiter incestuoso, adúl«tero, seductor y parricida, era el mayor de los dioses. Juno, reina de «los cielos, tenia todas las prendas de una mala mujer. Marte era un «Dios colérico, arrebatado y violento que no tenia otra satisfaccion que «la de las carnificinas y de los derramamientos de sangre. Vénus, ob«jeto de los votos y de los cultos de las cortesanas, era la grande pro«tectora de la prostitucion y de toda especie de deshonestidad. El fan«tástico y licencioso Apolo fue desterrado del cielo por sus motines y «por sus homicidios, y se vió precisado á guardar el rebaño del rey Ad«meto. La brutal Diana se hacia ofrecer víctimas humanas, y cual«quier extranjero que tenia la desgracia de poner el pié en la Táuride «era degollado al pié del altar. Las otras deidades eran tan buenas como «estas. Léanse sus proezas en el bufon Luciano, y se verá que jamás «pensaron los paganos en atribuir á sus dioses ni siquiera una virtud. «A tan abominables divinidades añadieron un enjambre de diosecillos, «ridículos como los de los egipcios, los de los fenicios, los de los babi«lonios, etc., etc.» (*Diccionario filosófico de la Religion*, artículo *Culto*).

Bergier en su *Diccionario de teología*, artículo *Religion falsa*, señala acertadamente las causas del Politeismo, la vanidad, la envidia, la molicie, la independencia y el libertinaje del entendimiento y del corazon.

(**) Otra cosa fuera si hubieran afirmado que aun en medio de la idolatría mas grosera jamás se desconoció la existencia de un Ser supremo, como prueba Bergier, y se colige de la epístola de san Pablo á los romanos, cap. X, *v.* 21.

(1) «Omnia igitur colit humanus error præter ipsum omnium Condi«torem.» (Cap. 4). (2) Tomo I.

obscenidades y crueldades del culto mitológico y politeista, «orígen y cúmulo de todos los crímenes (1), eterno borron «de la dignidad humana:» ya que no pueda extirparse de nuestra degenerada especie, apartémosle al menos de nuestra memoria. Algunos filósofos y poetas antiguos, sin dejar de hacer profesion de él tomaron á su cargo confundirlo para siempre con la burla (2). ¡Ah! en el siglo pasado se vengó á su vez el Paganismo hinchiendo á ciertos hombres de sus teorías para que esgrimiesen contra el Cristianismo las mismas armas!

Baste lo dicho para probar que no puede menos de existir una religion, y que no puede haber un solo hombre dotado de razon sin sentimiento religioso. Estas dos cosas son necesariamente correlativas, y de no conseguir los ateos realizar una completa metamórfosis en la naturaleza humana, tampoco conseguirán que agrade ni tenga aplicacion su sistema insensato. La religion principió con el primer hombre y acabará con el último.

Por todo lo emitido descúbrese fácilmente la calumnia y la impostura de aquellos impíos que á la religion dan por causa y orígen, ora el temor y la ignorancia, copiando á Lucrecio, como Espinosa, Hobbes y Rousseau (3); ora el artificio de los legisladores y de los políticos, tomándolo de Platon (4) y de Ciceron (5), como Sancelin (6); ora ambas cosas á la vez, como pretenden los enciclopedistas y otros filósofos del pasado siglo, lo cual envuelve una absurda contradiccion, como observa Bergier (7); ora por el interés privado de los sacerdotes, segun place á los mismos (8), como si pudiera haber sacerdotes antes que religion. En su

(1) Sap. XIV, 7.
(2) *Olim truncus eram ficulneus, inutile lignum,*
Quem faber incertus scamnum faceretne Priapum,
Maluit esse Deum; Deus inde ego. — Lib. I, satyr. VIII.

Tronco de higuera he sido en algun dia,
De quien dudaba el escultor incierto,
Si algun escaño ó algun Príapo haria;
Prefirió hacerme Dios, y Dios me encuentro.

(3) Citados por Bergier, *Tratado histórico*, tomo I, pág. 16.
(4) *De legibus*, lib. X.
(5) *De natura Deorum*, lib. I.
(6) *Sistema de la naturaleza*, segunda parte; *La sensatez*, § 10 y 15; *Sistema social*, introduccion, p. 5.ª y segunda parte, cap. 2; obras citadas por Bergier, *Tratado histórico*, tomo I, pág. 29. (7) Ibid.
(8) *Los tres impostores*; *La sensatez*; *Carta XI á Sofía*, citados ibid.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

virtud, y consiguientes con su deismo ó su incredulidad, apellidan falsas á todas las religiones, y las detestan como si en cualquiera hipótesis no fuese la religion «la garantía «mas poderosa que pueden tener los hombres de la probidad «de sus semejantes (1).» Lo mas extraño es que estos señores incrédulos han preferido siempre para su servicio particular ó doméstico criados religiosos. Esta conducta, que tan singular contraste forma con sus doctrinas, es una contestacion muda, pero muy elocuente.

Vese, pues, cuán necio é insensato es este pensamiento de Lucrecio (2) repetido por nuestros sofistas (3): «El que «consiguiese desterrar del mundo la nocion funesta de un «Dios, seria indudablemente el mejor amigo del género hu«mano.» Necio, porque su realizacion daria por resultado el efecto contrario del pretendido; é insensato, porque no es posible su realizacion.

«Estos tales, dice chistosamente Bergier (4), son conde«nados que nos convidan á seguirles y acompañarles en el «infierno.» Por cierto que no les agradecemos, y mucho menos aceptamos la invitacion.

Pasemos á fijar los caractéres de la verdadera religion natural, la cual no es otra que la revelada por Dios al primer hombre. Si estos caractéres convienen adecuadamente á la religion cristiana, deducirémos despues que esta religion es la misma religion natural, la religion primitiva, la religion verdadera.

Religion natural.

Religion natural propiamente dicha es aquella, cuyos dogmas, culto y moral están perfectamente conformes con las luces é inspiraciones de una razon ilustrada y suficientemente instruida. Los deistas no admiten mas religion natural que la que el hombre puede formarse ayudado solamente de sus luces naturales. Cuando estas luces son claras y el raciocinio recto, ambas religiones vienen á ser una misma en sustancia aunque diversas en el modo. La primera ad-

(1) Montesquieu, *Espíritu de las leyes*, lib. XXIV, cap. 8.
(2) Lib. I, v. 85.
(3) *Sistema de la naturaleza*, parte 2, cap. 3; *Contagio sagrado*, cap. 2; *Sistema social*, etc., citados por Bergier, ibid. pág. 31. (4) Ibid. pág. 35.

mite la revelacion, la segunda prescinde de ella. En el primer sentido el hombre la recibe ya formada de Dios que es su autor: en el segundo, su autor es el hombre, y él la forma; pero ambas convienen en un punto, en la conformidad con la razon.

Hay no obstante una diferencia muy notable entre la religion natural verdadera, y la religion natural que predican algunos deistas mas avanzados, y es, la de que aquella concibe la *razon* en abstracto, ú objetiva; esto es, *la razon suficientemente ilustrada;* al paso que esta la concibe en concreto, ó subjetiva; esto es, *tantas razones como hombres,* y por consiguiente *tantas religiones naturales* como grados hay de luces y de ilustracion desde el hombre mas ignorante hasta el mas instruido. Despreciando como se merecen semejantes desvaríos, transigirémos con los deistas mas moderados, si puede permitirse la expresion, y les probarémos que no solamente la religion natural *aceptada* de Dios por la razon, sino tambien la *formada* por las puras luces de ella, es en sustancia la misma religion cristiana. Adviértase que entendemos esta conformidad é identidad, salvos los misterios, y no en el sentido en que la entendieron los deistas ingleses Morgan y Tindal, cuyo *Cristianismo tan antiguo como el mundo* tiene por objeto destruir el Cristianismo (1). Sus obras son las fuentes donde bebieron el autor del *Emilio* y los deistas franceses.

§ I.— *Para que la religion sea verdadera ha de ser hija de la razon, ó la razon y no las pasiones han de ser su principio y su base.*

Siendo, como ya hemos dicho, la gratitud, la reverencia y la sumision los caractéres que constituyen la esencia de la religion verdadera, es evidente que la razon humana ha de ser su causa motiva, su norma y su punto de partida; porque si el hombre es agradecido, si es reverente, si es sumiso, es por estar dotado de razon. Las pasiones repelen fuertemente estas virtudes, y solo abrigan sus contrarios vicios, la ingratitud, la insolencia, la soberbia y el orgullo.

Si el hombre hubiera siempre atendido á su cualidad de *racional* para crearse su religion, si todos hubieran consul-

(1) Bergier, *Tratado histórico*, tomo 2, pág. 130.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tado, al efecto, únicamente á su razon, una sola habria sido tambien la religion que se hubiese conocido en el mundo, la religion verdadera. Pero como al crearse cada cual su religion, despues que la revelacion fue desoida, obedecieron á las sugestiones de pasiones diversas, segun hemos dicho, de aquí la variedad de religiones falsas. Falsas, porque no las caracterizan la gratitud, la reverencia y la sumision, ó porque presentan falsificados estos caractéres: falsas, por ser su norma y su orígen las pasiones y no la razon: falsas, porque extravian al hombre de la verdadera senda que debia emprender para recuperar en parte la felicidad que perdió: falsas, porque le degradan mas y mas en vez de elevarle y dignificarle; y falsas, por último, porque le apartan del conocimiento del verdadero Criador.

Resulta, pues, que habiéndose consultado solamente á la razon, todos los hombres hubieran sido monoteistas, pero las pasiones les hicieron politeistas. ¿Por qué? porque la razon es una y las pasiones muchas; y como la religion de la razon es la única verdadera, una sola es y no puede menos de ser la religion verdadera, y como la religion de las pasiones es falsa, muchas son y no pueden menos de ser las religiones falsas. Séneca advirtió oportunamente que el culto politeista es solo una costumbre y no una religion fundada en la razon y en la verdad (1).

§ II.—*Para que la religion sea verdadera ha de dignificar al hombre y no envilecerle.*

Si uno de los actos de religion es tributar gracias al Criador por los beneficios y preeminencias que sobre las demás criaturas hemos recibido, ¿habrá alguno tan estúpido que afirme que entonces profesa el hombre la verdadera religion cuando por el modo y forma de dar estas gracias se degrada y pierde los beneficios que son objeto de las mismas? ¿no es un contraprincipio? ¿no es un absurdo mostrar el agradecimiento por un beneficio que se recibe con una accion que le priva de él? Y ¿será verdadera la religion que envuelva semejantes contradicciones y anomalías?

Lo mismo podemos decir de la reverencia, otro de los caractéres del culto. ¿Profesará la verdadera religion aquel que

(1) *Tratado de la superstición*, fragm.

reverenciando y adorando al Dios que se ha fingido lo hace de una manera que le degrada y embrutece? ¿que le honra con la prostitucion, con la embriaguez y con el asesinato? ¡Cuán insensato y ridículo es el culto pagano! Si los gentiles dan gracias, en el hecho mismo pierden aquello por lo que dan estas gracias; si adoran, se envilecen; si se humillan, se degradan. ¿Cómo, pues, podrá ser verdadera una religion en la cual las virtudes manchan al hombre, en que las virtudes son vicios, en que no se profesa ni se reconoce ninguna virtud? «Sin duda, decia Octavio (1) refutando al paga-«no Cecilio, sin duda que es religion bien digna de respeto «la que empezó por honrar á la diosa de las cloacas, por le-«vantar templos al miedo, á la palidez, á la fiebre, y por di-«vinizar á las prostitutas.»

§ III.—*Para que la religion sea verdadera ha de traer al hombre beneficios.*

Es evidente. «¿Por qué tributamos, pregunta Ciceron (2), «culto y honores á los dioses inmortales? ¿por qué les diri-«gimos plegarias? Muy inútil fuera todo esto si la divinidad «no tuviera sus ojos fijos en nosotros; si fuéramos para ella «un objeto indiferente, y si no tuviéramos que esperar de su «bondad gracias ni favores.» Aquí la filosofía pagana discurre como la cristiana, condena como esta el deismo materialista y cree en la Providencia. Sin embargo, á despecho de Ciceron, en vano imploraban sus correligionarios gracias y favores de unas divinidades que no tenian ojos ni entrañas.

Es muy justo que el hombre reporte algun beneficio de su religion. De manera, que si la que profesa ningun beneficio le reporta, y sí únicamente perjuicios, dirémos con razon que aquella religion no es verdadera. Y advertimos que, siendo condicion indispensable para que la religion pueda llamarse verdadera que la razon sea su causa motiva, tambien los beneficios que ha de acarrear, para que puedan

(1) «Cloacinam Tatius et invenit et coluit; Pavorem Hostilius atque «Pallorem; mox à nescio quo Febris dedicata. Hæc alumna urbis istius, «superstitio, morbi et malæ valetudines; sane et Acca, Laurentia et «Flora, meretrices propudiosæ inter morbos Romanorum et deos com-«putandæ.» (Minucii Felicis *Octavius*, cap. 25).

(2) *De natura Deorum*, lib. I.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llamarse beneficios, han de ser tales en el concepto de la razon, no al través del prisma de las pasiones. De otra manera todas las religiones gentílicas serian verdaderas, porque discurriendo los paganos únicamente al través de este prisma, consideran beneficios la embriaguez, la lascivia, la intemperancia, etc., y estos no son los beneficios que ha de reportar la religion verdadera, porque estos no son beneficios sino perjuicios y degradaciones.

§ IV.—*Para que la religion sea verdadera ha de recuperar en parte al hombre la felicidad primitiva perdida.*

Naciendo como nacemos todos por nuestra degeneracion á un mundo de miserias, trabajos y calamidades, y siendo innato deseo nuestro (que harto bien claro dice no ser este nuestro primitivo destino) eludir los males futuros, consolarnos de los pasados, desterrar nuestras penas, dominar nuestros apetitos, en una palabra, procurar nuestro bienestar y labrar nuestra ventura, si vemos que la religion que profesamos no nos impele y encamina á obtener estos resultados, sino que por el contrario aumenta mas y mas nuestras desdichas y fomenta nuestras pasiones, ¿cómo podrémos llamarla verdadera? ¿no seria esta una verdad muy triste para la humanidad?

§ V.—*Para que la religion sea verdadera ha de llevar al hombre al conocimiento del verdadero Criador.*

Tan incontestable es esta asercion, que equivale á decir: «para que la religion sea verdadera ha de ser verdadera.» La verdad ó la falsedad de la religion se deriva de la verdad ó de la falsedad del objeto de su culto; por manera que si el objeto es falso, tambien lo será la religion: por eso son falsas todas las religiones gentílicas. Si la esencia de la verdadera religion consiste, como hemos dicho, en la gratitud, en la reverencia y en la sumision al Criador, ¿será verdadera aquella religion en que esta gratitud, esta reverencia y esta sumision se tributan á la criatura? ¿no es esto hacer una usurpacion injuriosa al verdadero Criador? ¿No dictan, por otra parte, la recta razon, el sentido comun, el simple buen sentido que el adorado ha de ser mas elevado y digno

que el adorante? Y ¿son mas dignos los brutos animales, las piedras y los astros que el hombre? «¡Oh! dice Taciano (1), «yo no quiero adorar lo que ha sido criado por Dios para nos-«otros. El sol y la luna fueron criados para nosotros, ¿cómo «he de adorar yo á mis servidores? ¿Cómo he de llamar Dios «á la piedra y á la madera?» En cuanto á los dioses animados, decia Séneca (2), «que si vivieran, y alguno se los ha-«llara en algun desierto, creeria que eran unos mónstruos.»

Para que podamos, pues, decir de una religion que es verdadera, ha de mostrarnos al Dios tambien verdadero.

CAPÍTULO II.

RELIGION CRISTIANA.

Consignados los constitutivos de la verdadera religion y especificados los principales caractéres que deben formarla y distinguirla de las religiones falsas, veamos, siguiendo el mismo órden de materias, como estos mismos constitutivos y caractéres son precisamente los que forman, marcan y determinan la religion cristiana, y por consiguiente que la religion cristiana es la misma religion natural, la mas hermosa de todas las religiones, como claman entusiasmados los deistas (3), la única que honra á Dios y no se avillana (4). Probada, pues, su identidad, tendrémos por confesion misma de los sofistas que la religion cristiana será la mas hermosa y la mas digna de todas. La revelacion no destruye ni es opuesta á la naturalidad ó al naturalismo, puesto que la misma religion natural de los deistas es tambien revelada á nuestro *Yo*, á nuestra personalidad por nuestra razon, así como la cristiana lo es por Dios, su mismo autor. La diversidad de comunicacion de una cosa no destruye su identidad.

(1) «Opus ab eo (Deo creatore) nostra causa conditum adorare nolo. «Sol et luna propter nos creata sunt; quomodo ergo ministros meos «adorem? quomodo ligna et lapides pronuntiem Deos?» (*Oratio adversus Græcos*, num. 4).

(2) «Numina vocant quæ si spiritu accepto subito occurrerent, mons-«tra haberentur.» (*Tratado de la superstición*; obra perdida, pero de la que citan algunos fragmentos Tertuliano en su *Apologético*, san Agustin, *De civitate Dei*, y otros).

(3) Lord Herbett de Chebury llama al Cristianismo, la mas hermosa de todas. (*Relig. laici*, pág. 28). (4) Rousseau, *Emilio*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llamarse beneficios, han de ser tales en el concepto de la razon, no al través del prisma de las pasiones. De otra manera todas las religiones gentílicas serian verdaderas, porque discurriendo los paganos únicamente al través de este prisma, consideran beneficios la embriaguez, la lascivia, la intemperancia, etc., y estos no son los beneficios que ha de reportar la religion verdadera, porque estos no son beneficios sino perjuicios y degradaciones.

§ IV.—*Para que la religion sea verdadera ha de recuperar en parte al hombre la felicidad primitiva perdida.*

Naciendo como nacemos todos por nuestra degeneracion á un mundo de miserias, trabajos y calamidades, y siendo innato deseo nuestro (que harto bien claro dice no ser este nuestro primitivo destino) eludir los males futuros, consolarnos de los pasados, desterrar nuestras penas, dominar nuestros apetitos, en una palabra, procurar nuestro bienestar y labrar nuestra ventura, si vemos que la religion que profesamos no nos impele y encamina á obtener estos resultados, sino que por el contrario aumenta mas y mas nuestras desdichas y fomenta nuestras pasiones, ¿cómo podrémos llamarla verdadera? ¿no seria esta una verdad muy triste para la humanidad?

§ V.—*Para que la religion sea verdadera ha de llevar al hombre al conocimiento del verdadero Criador.*

Tan incontestable es esta asercion, que equivale á decir: «para que la religion sea verdadera ha de ser verdadera.» La verdad ó la falsedad de la religion se deriva de la verdad ó de la falsedad del objeto de su culto; por manera que si el objeto es falso, tambien lo será la religion: por eso son falsas todas las religiones gentílicas. Si la esencia de la verdadera religion consiste, como hemos dicho, en la gratitud, en la reverencia y en la sumision al Criador, ¿será verdadera aquella religion en que esta gratitud, esta reverencia y esta sumision se tributan á la criatura? ¿no es esto hacer una usurpacion injuriosa al verdadero Criador? ¿No dictan, por otra parte, la recta razon, el sentido comun, el simple buen sentido que el adorado ha de ser mas elevado y digno

que el adorante? Y ¿son mas dignos los brutos animales, las piedras y los astros que el hombre? «¡Oh! dice Taciano (1), «yo no quiero adorar lo que ha sido criado por Dios para nos-«otros. El sol y la luna fueron criados para nosotros, ¿cómo «he de adorar yo á mis servidores? ¿Cómo he de llamar Dios «á la piedra y á la madera?» En cuanto á los dioses animados, decia Séneca (2), «que si vivieran, y alguno se los ha-«llara en algun desierto, creeria que eran unos mónstruos.»

Para que podamos, pues, decir de una religion que es verdadera, ha de mostrarnos al Dios tambien verdadero.

CAPÍTULO II.

RELIGION CRISTIANA.

Consignados los constitutivos de la verdadera religion y especificados los principales caractéres que deben formarla y distinguirla de las religiones falsas, veamos, siguiendo el mismo órden de materias, como estos mismos constitutivos y caractéres son precisamente los que forman, marcan y determinan la religion cristiana, y por consiguiente que la religion cristiana es la misma religion natural, la mas hermosa de todas las religiones, como claman entusiasmados los deistas (3), la única que honra á Dios y no se avillana (4). Probada, pues, su identidad, tendrémos por confesion misma de los sofistas que la religion cristiana será la mas hermosa y la mas digna de todas. La revelacion no destruye ni es opuesta á la naturalidad ó al naturalismo, puesto que la misma religion natural de los deistas es tambien revelada á nuestro *Yo*, á nuestra personalidad por nuestra razon, así como la cristiana lo es por Dios, su mismo autor. La diversidad de comunicacion de una cosa no destruye su identidad.

(1) «Opus ab eo (Deo creatore) nostra causa conditum adorare nolo. «Sol et luna propter nos creata sunt; quomodo ergo ministros meos «adorem? quomodo ligna et lapides pronuntiem Deos?» (*Oratio adversus Græcos*, num. 4).

(2) «Numina vocant quæ si spiritu accepto subito occurrerent, mons-«tra haberentur.» (*Tratado de la superstición*; obra perdida, pero de la que citan algunos fragmentos Tertuliano en su *Apologético*, san Agustin, *De civitate Dei*, y otros).

(3) Lord Herbett de Chebury llama al Cristianismo, la mas hermosa de todas. (*Relig. laici*, pág. 28). (4) Rousseau, *Emilio*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

§ I.—*La religion cristiana es la única religion innata al hombre.*

Hemos fijado la esencia de la verdadera religion natural en la gratitud, en la reverencia y en la sumision al Criador. Ahora bien, ¿qué religion ofrece al hombre mas motivos para ser agradecido á su Criador que la cristiana? ¿qué otra religion le presenta un supremo Criador tan grande, tan sublime y tan digno, por lo tanto, de su respeto y veneracion? ¿qué otra religion le sugiere una idea tan alta del Criador, cuya idea unida á la persuasion de la condicion mísera del hombre le mueva á anonadarse ante él y prestarle la mas completa sumision? Ninguna. La religion cristiana y la religion natural verdadera son, pues, una misma.

«Aquella cosa, dice san Agustin, que llamamos ahora re«ligion cristiana, existia entre los antiguos, ni dejó nunca «de existir desde el orígen del género humano, hasta que «habiendo venido Jesucristo en carne, se empezó á llamar «cristiana la verdadera religion que ya antes existia (1).» Así lo asegura tambien Bossuet en su *Discurso sobre la historia universal.*

«Hemos encontrado, escribe el filósofo Sabunde (2), la «naturaleza del hombre en su esencia y en sus necesidades «estrechamente enlazada con el Cristianismo (*), de suerte, «que podemos asegurar sin vacilar un instante que esta es «la única religion natural del hombre, la verdadera y sola «religion del género humano.» Tambien observa Chateaubriand «que la religion cristiana bien entendida no es otra «cosa que la naturaleza primitiva lavada de la mancha ori«ginal (3).»

Oigamos al P. Ventura de Ráulica: «Así como la religion «primitiva, dice (4), no fue otra cosa que el Catolicismo de

(1) «Nam res ipsa quæ nunc christiana religio nuncupatur erat apud «antiquos, nec defuit ab initio generis humani quousque ipse Christus «veniret in carne, inde vera religio, quæ jam erat, cœpit appellari «christiana.» (*Retractaciones*, lib. I, cap. 13, núm. 3).
(2) *Las Criaturas*, pág. 214, lib. II.
(*) Trata la materia de una manera admirable en el libro I de su obra.
(3) *Genio del Cristianismo*, parte 1, lib. V, cap. 14.
(4) *La confesion sacramental, armonías de la Eucaristía y la eternidad de las penas.* (Conferencia XVI).

«esperanza y de preparacion, de la misma manera el Cato«licismo no es otra cosa que la religion primitiva en el es«tado de la posesion y de la perfeccion.» Y mas adelante (1): «En la Iglesia católica es donde únicamente se encuentra la «religion que se llama de la naturaleza tan pura como salió «al principio del mundo de la boca del Dios criador.» Habla el P. Ventura de la Iglesia católica en contraposicion con las iglesias protestantes: y la razon de hallarse en aquella la religion natural en *toda su pureza*, es la de ser ella la religion *cristiana* por esencia.

Despues de discurrir Mr. Augusto Nicolás acerca de la religion natural, añade: «Sin embargo, la religion natural, «tal como acabamos de trazarla, permanece siempre espe«culativa, como el tipo de la religion primitiva, y como el «sello que mas adelante nos ha de hacer reconocer la verdad «de la religion cristiana, que no es otra cosa que *su restau«racion práctica.* Otra religion revelada ha podido muy bien «desenvolver y facilitar la religion natural, pero de ningun «modo contradecirla. Si habló Dios una vez para atraer á los «hombres, así ha debido hacerlo mas explícitamente la se«gunda vez, pero no en sentido distinto (2).» Por último el mismo Voltaire confiesa que la religion natural «es el prin«cipio del Cristianismo, y el Cristianismo la ley natural per«feccionada (3).»

La religion cristiana es la verdadera religion natural escrita, promulgada é inculcada á los hombres. El espíritu religioso de un verdadero cristiano, y el espíritu religioso de un gentil que subyuga sus pasiones y solo es conducido por el guia de la razon, no puede menos de ser uno mismo en el fondo. Dice naturalmente el gentil: — Algun ser existe que me ha criado y que ha formado esta gran fábrica del universo que admiro; ¿quién será? ¿cuándo y cómo lo hizo?—Así es, responde el cristiano, y este ser es un espíritu purísimo, infinitamente sábio, poderoso... lo hizo en seis dias, etc. Deduce el gentil:—Luego debo tributarle gratitud y veneracion, ¿y cómo?—Tambien es cierto, contesta el cristiano, y le indica á la vez el modo mas hermoso

(1) P. Ventura de Ráulica, ibid.
(2) *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, tomo 1, pág. 118.
(3) *Razon del Cristianismo*, palabra *Aveux*, citada por Mr. Augusto Nicolás, ibid. tomo 1, pág. 484.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y digno de honrarle. Continúa el gentil: —Yo pienso (porque así me hace discurrir mi organizacion mas noble que la de los demás animales) que no debo obrar como ellos, sino de una manera mas digna, y conforme á los destellos de esta luz con cuyo auxilio discurro y enseña distinguirme de los otros seres, desechando aquellos estímulos que son, segun observo, lo que á ellos mueve únicamente, porque si los siguiera me igualaria á los mismos.—Responde el cristiano: —Tambien es cierto; sabe que nuestro destino es mas elevado; que nuestro primitivo estado no fue este; que en aquel estado solo poseeríamos esa luz llamada razon, desconociendo absolutamente esos estímulos de la carne que se llaman pasiones, en las cuales consiste nuestra degeneracion corporal, y las cuales nos traen en perpétua pugna con aquella luz, en castigo de la desobediencia á Dios de nuestro primer padre. Sabe que si nos dejamos subyugar por las pasiones y seguimos sus impulsos, además de degradarnos, inferimos una grande ofensa al Criador.

De modo que la religion cristiana es la expresion, el ejercicio y la práctica de la verdadera religion natural. «La filo«sofía, dice san Clemente Alejandrino (1), prepara y abre el «camino que perfecciona Jesucristo.» Así es que los deistas son ó en sumo grado necios, ó maliciosamente inconsecuentes al pretender que nos contentemos como suficiente con la religion natural, y desechemos como inútiles y aun perniciosas todas las positivas y reveladas, sin exceptuar la cristiana. Refutando el A. Nonnotte á estos sofistas, á quienes agrada tanto la religion natural porque no tiene ayunos ni mortificaciones, escribe oportunamente: «La moral cristia«na es la misma ley natural que Dios grabó en el corazon «del hombre, y que Jesucristo nos explicó mas claramente, «proponiéndonos al mismo tiempo los medios para serle fie«les con mayor seguridad y constancia. Para formar una «idea justa de esta moral, es indispensable distinguir dos «cosas, que son *los preceptos y obligaciones*, y *los consejos y «perfeccion*. Los preceptos nos mandan los deberes que nos «prescribe *la misma naturaleza*, y son absolutamente indis«pensables. Los consejos nos proponen lo mas generoso y lo «mas heróico de las virtudes, pero no son obligaciones para

(1) «Præparat ergo philosophia et viam muniens quæ à Christo perfi«citur.» (*Stromat.* lib. I, cap. 5).

«todos los hombres sino solamente excitaciones á las almas «grandes (1).»

En las religiones gentílicas deduce el hombre absurdos por consecuencias, ó consecuencias diametralmente opuestas. Dice él, el mundo existe, luego ha sido criado; ¿por quién? por el acaso, por los átomos ó por otra cualquiera criatura que, no menos que el mundo, reclama al Criador. La religion cristiana es, pues, el eco de la verdadera religion natural, pero que en virtud de la revelacion de misterios y de dogmas inaccesibles á la naturaleza y á la razon, avanza hasta el conocimiento de verdades, de las cuales la religion natural profesa algunas pero imperfectamente, extrayendo así el Cristianismo con sus respuestas á la razon del estado de vaguedad y oscuridad en que yace, semejante á aquel que, abriendo la ventana, ve con claridad los objetos que percibia confusamente á favor de la escasa luz de las rendijas (*).

(1) *Diccionario filosófico de la Religion*, artículo *Cristianismo*.

(*) «Se ha causado un daño, y un daño muy grave á nuestro modo de «ver, al distinguir la religion en religion *natural* y religion *revelada*. «Esta distincion ha dado motivo á los filósofos racionalistas para decir: «Contentos con la religion *natural* ó con la religion de la *razon*, no nos «cuidamos de la religion *revelada*, ó de la religion de la *autoridad*. Se «empeñan en probarnos que esta religion de la razon es imperfecta. Sea «enhorabuena, mas ella nos basta á nosotros hombres del mundo de «inteligencia limitada, y de aspiraciones modestas; y sin el menor dis«gusto cedemos la religion de la *autoridad* con todas sus perfecciones «á los grandes genios, que no pudiendo contentarse con lo finito, aspi«ran á lo infinito; no contentos con la religion del hombre, aspiran á «toda costa á la religion de Dios.» Esta manera de discurrir por parte «de esos filósofos, hace creer que en su opinion la religion que se lla«ma *natural* no es revelada, y la que se llama *revelada* no es *natural*, «lo cual es completamente falso; pues por una parte la religion que se «llama *natural* no es otra cosa que la religion primitiva que el hombre «no ha inventado, sino que la ha recibido de la razon de Dios, que ma«nifestada por el mismo Dios al primer hombre, se propagó y se esta«bleció entre todos los hombres por medio del lenguaje y de la tradi«cion; y que teniendo su principio y su fundamento en la revelacion «primitiva, es *revelada* lo mismo que la religion que se llama *revelada*; «y por otra parte la religion que se llama *revelada* no es una religion «de todo punto extraña al hombre, una religion que Dios haya impues«to arbitrariamente al hombre, sino que ella es por sus dogmas, por su «moral y por su culto, la expresion fiel de las relaciones naturales, «esenciales y necesarias que ligan de una manera sobrenatural, divi«na é inefable y perfecta el hombre á Dios, á sus semejantes y á sí mis«mo; ella es una religion que teniendo sus profundas razones, sus ra«zones íntimas y ocultas en la naturaleza misma de Dios y del hombre, «es todo cuanto puede imaginarse de mas homogéneo y de mas confor«me á la naturaleza del hombre; es por consiguiente una religion tan

§ II.—*Únicamente la religion cristiana es hija de la razon y la mas conforme á la misma.*

Probado que la religion cristiana es la única religion natural, es evidente que la razon es su principio y su orígen; porque el hombre no es ente *religioso* sino porque es ente *racional*, de modo que es lo mismo decir religion de la *razon*, que religion de la *naturaleza*. Y ¿qué necesidad hay de insistir en presentar emanada de la razon una religion que, cual la cristiana, condena y castiga como pecaminoso todo cuanto es emanado de las pasiones contrarias y enemigas suyas? No hay cosa que dicte la razon que no esté recomendada ó prescrita por la religion cristiana; por el contrario, no hay cosa aplaudida por las pasiones que no esté proscrita y condenada por el Cristianismo. Como que la razon preside á la religion cristiana; como que las pasiones abortaron las gentílicas. Examínense los usos, los ritos y las ceremonias de todas las religiones: nada hallarémos en las de la religion cristiana opuesto á la razon; pero en el culto de las religiones gentílicas, además de faltarse en él á la razon, respecto del objeto á que se tributa por ser falso,

«*natural*, como la que se llama *natural*. Esto es lo que quiso decir san «Pablo en este admirable pasaje de su carta á los de Éfeso, en el que ha «resumido en dos palabras todos los designios, todas las obras, todos «los resultados del misterio inmenso de la redencion, llamándolo la «restauracion de todo por Cristo. *Instaurare omnia in Christo*. Porque «esto quiere decir que Jesucristo con los dogmas que reveló, con las «leyes que otorgó, y con los Sacramentos que instituyó, no se propuso «tanto hacer una cosa nueva, cuanto restablecer lo antiguo sobre ba«ses mas nobles y mas perfectas; y como lo declaró él mismo, no tanto «quiso abolir la religion primitiva, como darla su complemento (*Non «veni solvere legem, sed adimplere*, Matth.): y que el Cristianismo todo «entero no es otra cosa que la verdadera religion de la naturaleza, res«taurada, ennoblecida y elevada por el autor y el restaurador mismo «de toda la naturaleza á su mas alto grado de pureza, de santidad, de «majestad, de grandeza, de esplendor y de perfeccion. «Instaurare «omnia in Christo.» (P. Ventura de Ráulica, *Conferencias*).

El abate Bergier en la primera parte de su excelente *Tratado histórico y dogmático*, desarrolla y desenvuelve en grande escala la verdadera doctrina sobre la economía religiosa, y debe leerla todo el que quiera instruirse á fondo sobre el particular. Allí prueba que la religion cristiana es la misma religion natural, en cuanto sus dogmas, su culto y su moral están perfectamente conformes con las luces de una razon sana é ilustrada, no en el sentido de que los hombres hayan llegado por solas las luces naturales y sin ninguna revelacion divina á conocer y conservar esta religion.

tambien la atropella indignamente este culto prescribiendo como medios de honor y de alabanza á Dios el crímen, la infamia y la degradacion.

La abolicion de los derechos bárbaros de los romanos, acabada á los repetidos impulsos del Cristianismo, corrobora nuestra asercion. Á una religion hija de las pasiones, sucede una religion hija de la razon: y entonces el culto, las leyes, los usos, las costumbres, los principios, todo, todo se funde de nuevo. Se establece la religion cristiana, y todo lo ilumina, todo lo suaviza: confunde el vicio y vindica la virtud. Y ¿por qué? porque la razon, su apoyo y su base, rechaza fuertemente la inhumanidad, el despotismo, la esclavitud, la iniquidad y la degradacion. Por regla general las religiones gentílicas son hijas de la sensualidad, y las heterodoxas modernas, del orgullo.

§ III.—*La religion cristiana es la única que eleva y dignifica al hombre.*

Si el hombre tanto mas se eleva cuanto mas consigue aproximarse á su estado primitivo, es evidente que solo le dignificará aquella religion cuya profesion le acerque á su condicion primera; y solamente le aproximará á su condicion primera la que le mande que haga lo que entonces haria, y le prohiba severamente que haga lo que entonces no haria. Ahora bien: esta religion, ¿es acaso la gentílica? No: en aquel estado no serian conocidas las pasiones, y en la religion gentílica no solamente conocen los hombres las pasiones, sino que en vez de ponerlas estas religiones un freno y un poderoso dique, impelen á estos á que sigan su torrente impetuoso. Tertuliano veia en la idolatría el ovario fecundo de todos los crímenes (1). En el estado de la naturaleza pura, no se conocerian los vicios ni los crímenes: la religion gentílica, no solo no los conoce, sino que los santifica, empleándolos en sus ceremonias y en su culto, y hace su apoteosis. En aquel estado, la humildad, v. g., era una gran virtud; en la religion gentílica se reputa servilidad, abyeccion y bajeza. En aquel estado, en fin, se reconocia y se hubiera dado culto al verdadero Dios. La religion gentílica adora dioses falsos, y presenta al hombre como tales una miserable criatura.

(1) *Libro de idololatria*, cap. 1.

Pero la religion cristiana ya que no pueda desterrar absolutamente en el hombre sus pasiones dejándole tal como en su estado primitivo, porque entonces le dejaria tambien sin mérito; aunque sufra el despotismo de ellas como el gentil, por alcanzar á todos los hombres el funesto patrimonio que nos legó la culpa del primero; sin embargo, levanta fuertes diques para contener su ímpetu y evitar que le atropellen, y en vez de estimular á los cristianos, sus hijos, á que se abandonen á la violencia de las mismas pasiones, les amenaza con las penas mas severas si lo hacen. Tambien se conocen en los países cristianos los crímenes, pero se conocen como males é infamias, como pecados, y en vez de disimularlos y mucho menos usarlos en sus ceremonias, la religion los castiga severamente, y reputa horrible sacrilegio estas profanaciones. En la religion cristiana, lo mismo que en el estado primitivo, la humildad se coloca en el catálogo de las virtudes y en lugar preferente; y en la religion cristiana se da culto como en la inocencia al verdadero Dios.

Mas: consistiendo la dignidad del hombre en su razon y su envilecimiento en las pasiones; y siendo la razon el principio elicitivo de la religion cristiana, y las pasiones el de las gentílicas, es evidente que solo la religion cristiana le dignificará y las demás le envilecerán. ¿Qué dignidad puede reportar al hombre una religion que, cual la gentílica, le identifica con el bruto? ¿Quién puede sostener mucho tiempo sin indignarse y horrorizarse una mirada sobre el hombre bajo las religiones antiguas, bajo las religiones paganas de Oriente y bajo el Mahometismo? Aun bajo las sectas separadas de la Iglesia católica, no se encuentra el hombre con un sentimiento tan vivo de su dignidad y de sus derechos como el ortodoxo. No es extraño; son ramas secas á que ya no se deriva el jugo vivificante y nutritivo del verdadero tronco del árbol del Cristianismo. Si los cristianos *griegos* que gimen bajo el despotismo de la media luna fuesen cristianos *católicos*, hace mucho que hubieran sacudido el yugo. Y cuando aquella en el apogeo de su poderío lo llevaba todo á sangre y fuego, detuvo su ímpetu así que se halló cara á cara con las banderas católicas.

¡Oh estúpidos paganos! Vuestro orgullo y vuestra vanagloria debiérais fundarla mejor; debiérais emplearla en conocer, vindicar y estimar en mas la dignidad de hombres que tan hondamente degradais con vuestros cultos.

§ IV.—*La religion cristiana es la única que reporta al hombre beneficios.*

Además del grande beneficio que acabamos de ver dispensa al hombre la religion cristiana dignificándole tanto como las religiones anticristianas le envilecen, veamos que tambien le trae otros muchos de diverso género.

No han faltado en ningun tiempo algunos preocupados que han considerado á la religion cristiana como opuesta á la felicidad temporal del hombre. Pero los que así opinan dan pábulo á que se conciba una idea muy desfavorable de su talento y de la estimacion y el aprecio que hacen de su dignidad. De su talento, porque con ello demuestran no saber en qué consiste la verdadera dicha temporal del hombre; y de su dignidad, porque poniendo esta dicha en los goces materiales, en el libre curso y ensanche de las pasiones, además de certificarnos su ignorancia, prueban tener un corazon tan mezquino y unos pensamientos tan bajos, que no les permiten remontarse á la consideracion de la nobleza de su especie.

Dejando para mas adelante el enumerar detalladamente y uno por uno los beneficios que el Cristianismo acarreó á la humanidad, únicamente hablarémos ahora de ellos como en globo y en general.

Los recursos del Cristianismo son tan inagotables como nuestras necesidades; sus beneficios tan numerosos como nuestras miserias; sus medicinas tan variadas como nuestras enfermedades y flaquezas, y sus consuelos superan á nuestros infortunios y dolencias.

Oigamos á Mr. Maret. «Los beneficios infinitos que el Cris-«tianismo ha difundido por el mundo, y que seria supérfluo «enumerar, todos los progresos de que es manantial inago-«table, el perfeccionamiento individual social, que no se ob-«tienen sino por su medio; tales son sus títulos para el re-«conocimiento eterno de los hombres (1)... ¿Existe (2) algu-«na cosa buena, verdadera, útil, de la cual el Cristianismo «no haya hecho un deber? Él es el que da á la familia su

(1) *Ensayo sobre el Panteismo*, pág. 248. (2) Ibid. pág. 303.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«carácter sagrado, á las amistades la duracion, á la socie-«dad la justicia, la libertad y el progreso. La caridad cris-«tiana y la adhesion que esta inspira, ¿no han cubierto la «tierra de beneficios? ¿cuál es el sufrimiento que no encuen-«tra el consuelo y socorro que pide? Solo el Cristianismo co-«noce el valor de los bienes y de los males de la vida; reci-«be los bienes con reconocimiento, y los usa sin ningun «apego excesivo: se sujeta á los males con amor, y se sirve «de ellos como un ejercicio propio para justificarse y ele-«varse á las mas difíciles virtudes. Persigue sin duda y com-«bate sin cesar el principio de corrupcion y de egoismo que «todos llevamos en nosotros mismos; mas esta lucha no sir-«ve sino para hacerle libre y grande, y si la virtud le exige «sacrificios, los ofrece con alegría y se hace sublime...» «El «Cristianismo (estas palabras concluyen la obra) ha salido «siempre vencedor de las luchas que le han suscitado, y en «su peregrinacion terrestre recoge los corazones rectos y «las almas sencillas. Las luces puras, los consuelos inefa-«bles, las esperanzas inmortales, la justicia y la paz, la li-«bertad y aun el bienestar, tales serán siempre los benefi-«cios, tales son las respuestas que él siempre dará á sus de-«tractores.» El Cristianismo exclama á grandes voces por boca del Apóstol: «¿Quién padece en parte alguna sin que «padezca yo con él (1)?»

Y ¿dónde están ahora los beneficios de la Reforma para el hombre y para la sociedad? El bosquejo mas lacónico de sus funestos resultados indigna el espíritu y contrista el corazon de todo hombre honrado y amante de su patria. Los beneficios que la Europa moderna debe al Protestantismo son en resúmen, el regicidio en el órden político, el socialismo en el órden civil ó social, el escepticismo en el órden religioso, el pauperismo en el órden económico, y el desenfreno y la licencia en el órden moral: merecen especificarse dos muy bellos; el duelo y el suicidio. Ved aquí el hermoso catálogo de beneficios que la Reforma ha sabido acarrear á las sociedades.

Iguales son los títulos de gratitud en que la incredulidad y el ateismo pueden apoyarse para demandar tener prestigio y consideracion entre los hombres. ¿Les ha hecho acaso algun bien? «La religion (cristiana), dice un sábio autor, es-

(1) II Cor. XI, 29.

«tablece, la incredulidad todo lo destruye; la una ilumina, «la otra ciega; la una reune, la otra disipa; aquella difun-«de sus benéficos rayos, esta los extingue; es un mónstruo «que desolaria las ciudades, yermaria los campos, y oscu-«receria los astros. Calcúlense juiciosamente estas funestas «consecuencias, y se verá que despojando esta al hombre de «sus títulos, de sus derechos, de sus esperanzas y hasta de «su misma naturaleza y dignidad de su alma, cási le con-«funde con los brutos. *Comparatus est jumentis insipienti-«bus.* (Ps. XLVIII). Para nadie es bueno el ateismo, recopila «Chateaubriand (1), ni para el desgraciado á quien consue-«la la esperanza, ni para el dichoso cuya felicidad destruye, «ni para el soldado á quien hace tímido, ni para la mujer «cuya ternura y belleza marchita, ni para la madre que «puede perder su hijo, ni para los jefes de los hombres, en «fin, porque no tienen garante mas seguro de la fidelidad «de los pueblos que la religion.» En cuanto á la sociedad, ella ha sido amaestrada en esta parte por funestas experiencias. La incredulidad la dijo en Francia en el siglo pasado lo que puede esperar de ella en el órden político. La relajacion de costumbres, fruto del escepticismo que aspiramos, la dicen en el nuestro lo que puede esperar de ella en el órden moral, y las tendencias y levantamientos socialistas lo que puede traerla en el órden social.

Veamos por último al Cristianismo reportar al hombre la felicidad temporal, discurriendo con la misma generalidad con que hemos hablado en los párrafos anteriores.

Es incontestable que la verdadera felicidad temporal del hombre no consiste en lo que equivocadamente llamamos riquezas, ni en los deleites y goces materiales, con especialidad los impuros. Lastimosamente olvidado de su dignidad andaria el que osara decir, que la dicha temporal del hombre consiste en asimilarse á los brutos. El que esto afirmara únicamente se diferenciaria de ellos en la forma. Estos goces y deleites son para el hombre un foco continuo de inquietud, sobresalto y desasosiego: el cuerpo es agitado por el deseo, el espíritu por el pesar y el remordimiento, y todo el hombre anhela la hartura de su corazon, hartura que en vano busca en estos goces. La felicidad temporal del hombre consiste únicamente en aquella dulce paz y tranquili-

(1) *Genio del Cristianismo*, tomo 2, al fin.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad de espíritu que reporta al alma la práctica de las virtudes cristianas y el sentimiento de la buena conciencia: consiste en la total exencion de las zozobras y sinsabores, fruto del despotismo de las pasiones; y consiste en las gratísimas y dulces satisfacciones que llevan consigo al alma las buenas obras, cosas todas que solamente el hombre cristiano es capaz de conocer y experimentar (1).

¿Es Dios, por ventura, tan enemigo de la felicidad temporal del hombre, que quisiese que los medios que le ofreció para que consiguiese la felicidad eterna, no los pudiera poner en práctica sin perder la temporal, ó le sirviese de obstáculo para alcanzarla? No: Dios dispuso, por el contrario, en su gran misericordia, que los medios que dictó al hombre para conseguir la felicidad eterna, fuesen tambien para él en esta vida un manantial perenne de goces sublimes y satisfacciones, y que lo que constituia el medio para la dicha eterna, fuese el término de la dicha temporal. Ved aquí la razon por que muchos santos y virtuosos varones despues de haberles hecho felices en esta vida aquellos suavísimos éxtasis y arrobamientos de espíritu en que les abismaba dulcemente la práctica de las virtudes cristianas, esta misma práctica les mereció luego la eterna bienaventuranza.

En vez, pues, de oponerse la religion cristiana á la verdadera felicidad temporal del hombre, nunca podrá este conseguirla sin la práctica del Cristianismo, que es su única base, orígen y apoyo. No ha existido ni existirá jamás en el mundo un gentil especulativo ó práctico que haya sido ni sea verdaderamente feliz en esta vida. La simple lectura del Evangelio, que es el gran código de esta religion divina, no se hace nunca, como confiesa Rousseau, «sin sentirse me-«jor que antes (2).»

§ V.—*Únicamente la religion cristiana indica al hombre su destino, y ella es la única que puede hacerle recuperar, en parte, la felicidad perdida.*

Aproximando la religion cristiana al hombre á su prime-

(1) «Contritio et infelicitas in viis eorum. Tribulatio et angustia in «omnem animam hominis operantis malum: gloria, honor et pax omni «operanti bonum.» (*Rom.* II, 9, 10).

(2) *Pensées*, citado por Feller, *Catecismo filosófico*, tomo 2, pág. 264.

ra condicion, y desviándole de ella mas y mas las gentílicas, es claro que el Cristianismo es la única religion que puede proporcionarle en tanta dósis, cuanta el hombre degenerado es capaz de disfrutar, la felicidad y la dicha que en aquel estado gozaria, y que perdió por su prevaricacion. Si la dicha que en la inocencia hubiera gozado consistia en la completa sujecion del cuerpo al espíritu, en su quietud y tranquilidad perfecta, en el conocimiento y amor hácia el verdadero Dios, ¿es por ventura otro alguno el objeto, el fin y las tendencias de la religion cristiana, que el de exhortar, dirigir é impeler al hombre á esta sujecion del cuerpo, á esta tranquilidad de espíritu, y á este amor de Dios? Si no son muchas las veces que lo consigue, la culpa es del hombre, no de los ardorosos deseos de la religion.

¿Y son estas tambien las tendencias, el objeto y el fin de las religiones gentílicas? Precisamente son sus opuestas. Estas religiones, en vez de inculcar al hombre la sujecion del cuerpo al espíritu, y de las pasiones á la razon, le aflojan y dejan suelta la rienda de estas mismas pasiones; en vez de refrenar los deseos del cuerpo, los fomentan; en vez de procurarle el sosiego y el reposo de su espíritu, le lanzan con sus depravadas doctrinas en un mar inmenso de inquietudes, pesares y remordimientos, trayéndole acá y allá en perpétuos vaivenes á merced del flujo y reflujo de las pasiones. Y por último, en vez de llevar estas religiones al hombre al conocimiento y al amor del verdadero Dios, le ofrecen por objeto de su adoracion una criatura miserable (*).

Solo, pues, la religion cristiana puede hacer recuperar en parte al hombre la felicidad temporal que perdió, como que este fue el segundo objeto y fin de su divino Fundador, como que estas observamos ser sus tendencias. No han faltado sin embargo sofistas que han dicho que el Paganismo, el Judaismo y el Mahometismo son tan á propósito como el Cristianismo para hacer dichosa la sociedad. No hay mas que dar una ojeada sobre el mapa universal, y examinar el es-

(*) La civilizacion y la luz han abortado en nuestros dias sistemas que tienen estrecha afinidad con el Gentilismo. Tal es ese fourierismo bestial y soez, producto del progreso social indefinido. ¿Qué civilizaciones y qué progresos son esos que quieren acabar con la grandeza y la dignidad del hombre?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tado social y la legislacion de las naciones que profesan una ú otra de estas religiones, para conocer lo absurdo de semejante aseveracion que contradice, á la vez, á la experiencia y á la historia.

«¡Cuán sorprendente, exclama el profundo Sabunde (1), «es el ver como todas las líneas del Cristianismo vienen á «terminar en un solo punto central que es la renovacion del «hombre!... ¿Qué otra cosa, pues, ha hecho Jesucristo que «volverle á poner en su primitivo estado (*)?»

§ VI.—*La religion cristiana es la única que lleva al hombre al conocimiento del verdadero Criador.*

Nadie que haya ojeado la historia ó tenga alguna nocion de los innumerables y ridículos dioses de la mitología, puede dudar un instante de la verdad de esta asercion. Cuando todo el mundo era pagano (si exceptuamos el pueblo escogido de Dios y desde que le eligió), cuando en él no se conocia otra religion que la gentílica, los hombres no reconocian mas supremos criadores que las criaturas, ó al menos, la religion que profesaban no les presentaba otro ninguno, y esto era precisamente lo que determinó y dió nombre á su culto. Pero viene Jesucristo al mundo; funda la religion de su nombre, y recuerda á los hombres quién es el verdadero

(1) *Las Criaturas*, pág. 275.

(*) «El Cristianismo es la restauracion de la naturaleza humana por «Jesucristo. Por consiguiente todo cuanto entra en la composicion de «la naturaleza humana y todo lo que de ella depende, debe participar «tambien de esta restauracion. ¿Hay para nosotros un medio seguro «para conocernos y encontrarnos en este vasto abismo, para saber con «exactitud lo que somos, lo que hemos sido, lo que deberémos ser, «cuáles son nuestros destinos mas allá del tiempo, y lo que nos espera «despues de la muerte en esa eternidad impenetrable y muda que aque«lla va siempre abriendo y cerrando, sin que jamás podamos sorpren«der sus secretos para conocer el término de ese temible juego que es«tamos jugando á la fuerza con ella, y para portarnos desde ahora en «cada una de nuestras acciones, de nuestras voluntades y pensamien«tos, de modo que podamos con seguridad alcanzar los bienes y evitar «los males enormes que le son consiguientes? ¿hay una religion cierta «que nos instruya y asegure en todas estas cosas, y que nos levante «de todas nuestras ruinas y nos restaure en nuestra grandeza, y que «sea para nosotros la luz que prende en la oscuridad, el camino que «conduce á la vida por entre los senderos que guian hácia la muerte, «una mano que salva, y de la cual podemos asirnos para levantarnos?» Mr. Augusto Nicolás halla en el Cristianismo la solucion á las anteriores preguntas que hace en sus *Estudios filosóficos*.

Dios cuya idea tenian harto desterrada de su mente, saliendo apresuradamente de las tinieblas á la luz, de un error inexcusable á la verdad, de la afectada ignorancia y olvido culpable de su verdadero Criador al amor y al conocimiento del mismo.

En resúmen: la religion cristiana es en su esencia la misma que el hombre profesaria si hubiera permanecido en el estado de la inocencia, porque manda todo cuanto el hombre entonces haria, y prohibe todo cuanto ni siquiera conoceria. De consiguiente, no hay mas religion propiamente dicha que la cristiana; ella es la misma religion natural verdadera; ella sola es la innata al hombre, ella sola es hija de la razon: solamente ella le dignifica; solamente ella le trae beneficios: únicamente ella puede devolverle su felicidad primitiva en cuanto es compatible con su degeneracion, y ella únicamente le indica, como con la mano, su verdadero Criador y su verdadero Dios.

Segun esto, bien resalta por sí mismo el torpe error de los que, como Montesquieu, no ven en el Cristianismo sino una religion local, buena para ciertos climas y países, y poco á propósito, y aun perjudicial á otros; opinando lo mismo del Catolicismo respecto de las sectas disidentes, como si los dogmas del Cristianismo, que son su *doctrina invariable*, tuvieran alguna relacion ó dependencia con países ni climas, ó como si su disciplina que es su *doctrina variable*, y de la cual sacan cási todas sus dificultades para plantearle en otros países, no pudiera acomodarse á las costumbres lícitas y al clima de ellos; ó como si las costumbres poco honestas y las ideas admitidas contrarias al Evangelio cuales las que nos refiere Montesquieu hablando de ciertos países del Asia, África y América, fuesen un obstáculo insuperable para el establecimiento del Cristianismo. ¿Por ventura no los ha hallado este iguales, y aun mayores, donde quiera que se ha establecido? ¿Ignoran que el sapientísimo Autor del Cristianismo previno todos los inconvenientes y removió todos los obstáculos? Aparte de que no podia ser de otra manera, porque el dogma es necesariamente como la verdad, uno é invariable, con la *invariabilidad* del dogma facilitó la universalidad de la fe, y con la *variabilidad* de la disciplina, facilitó la universalidad de la religion. Quiso que su religion fuese la de todos los hombres, é hizo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

inflexibles sus dogmas para que no pueda confundirse con ninguna otra, y los hizo proporcionados á todos los hombres, y de tal modo, que satisfaciesen todas las exigencias y las necesidades espirituales de todos los hombres. Quiso que su religion fuese la de toda la tierra, é hizo flexible su disciplina para que pudiera extenderse por toda ella. Aun el mismo Montesquieu á pesar de su decidido empeño en localizar al Cristianismo (*), lo reconoce así al fin del capítulo 26 del libro XXIV, aunque no tenia mas que abrir los ojos para verle perfectamente acomodado en el Ecuador lo mismo que en los Trópicos.

Rousseau, dando tambien en la manía de localizar las religiones, las justifica todas (1). Sin embargo, tenemos que agradecerle el que, respecto del Cristianismo, se contradijo en otra parte (2), diciendo ser «el Cristianismo una reli-«gion *universal* que nada tiene de exclusivo, nada de local, «nada que sea propio *de esta ó de la otra region, una insti-«tucion social universal.*» Si Rousseau hubiera sido siempre franco, no lo hubiera perdido ante la posteridad. «Dos acu-«saciones contradictorias, dice él, refiriéndose á sus cen-«sores, se destruyen por sí mismas, la malignidad es ciega, «y la pasion no raciocina.» Precisamente le sucede á él esto en todos sus escritos.

No es ciertamente muy nuevo el prurito de comprimir al Cristianismo como en un aro de hierro, y estrecharle entre fronteras. Esto ya lo pretendieron en los siglos V y VI las escuelas neo-platónicas de Atenas y de Alejandría. Celso en el siglo II reputaba tambien insensato el proyecto de los cristianos de someter á todos los pueblos á su religion. Si la vida del hombre fuera de mas duracion, habria visto como esto era posible.

Por último, y como en resúmen de los párrafos anteriores, dirémos con Nonnotte, hábil refutador de los sofistas: «Cualquier hombre desapasionado que con la sola luz de la «razon, exenta de preocupaciones, examine con atencion to-«das las religiones que han sido abrazadas en el mundo, no

(*) «El espíritu de las leyes de Dios, dice oportunamente Balmes, no «debia encerrarse en el estrecho círculo que intentara señalarle el *Es-«píritu de las leyes* de Montesquieu.» (*El Protestantismo*, etc., cap. 39).

(1) *Emilio*, lib. IV.

(2) *Cartas de la montaña.*

«podrá menos de convenir en que ninguna de ellas es tan «augusta, tan divina, tan pura, y tan propia para formar «virtudes verdaderamente grandes, para honrar al género «humano, y para hacer feliz la sociedad, como la religion «de Jesucristo (1).» Un oráculo pagano que fue consultado sobre qué pueblos eran los que adoraban al verdadero Dios, respondió por permision divina:

«Soli Chaldæi sapientiam sortiti sunt et Hebræi,
«Per se genitum Regem, colentes Deum ipsum.»

Y como la religion mosáica era la misma que la de Jesucristo, en cuanto á la esencia, ó mejor dicho, era su exordio y preparacion, síguese que hasta por confesion del Paganismo, la religion cristiana es la única religion verdadera. San Justino recordaba á los paganos este suceso que ellos mismos habian divulgado (2).

CAPÍTULO III.

DE LA RELIGION CRISTIANA EN RELACION CON EL TALENTO, CON LAS LUCES Y CON LA CIENCIA.

§ I.—*La religion cristiana no puede menos de ser la religion del sábio despreocupado y franco.*

Sábio y ateo, sábio é incrédulo, sábio é idólatra, sábio y mahometano, sábio y protestante son cualidades opuestas entre sí, y que solamente la mas refinada hipocresía puede reunir en una persona; hipocresía motivada, ora por el despotismo de las pasiones que le dominan, y de las cuales no puede desasirse, arrastrándole á sus sugestiones á pesar de la íntima conviccion que abriga de su perversidad, echándose como desesperado en sus brazos; ora por el ambicioso deseo de conservar el puesto ó destino que obtiene en la sociedad, y que perderia si abjurara la religion cuya falsedad conoce, ó ya por un honor mal entendido, ó peor concebidos respetos humanos. ¡Cuánto hay de esto por desgracia (*)! De todas las defecciones y apostasías que se han he-

(1) *Diccionario filosófico de la Religion*, artículo *Creacion*.

(2) «Ut ipsi narratis... sic oraculum dicitis respondisse, etc.» (*Cohortatio ad Græcos*, n. 11).

(*) Leibnitz es un triste ejemplo. Sus obras póstumas acreditaron

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

inflexibles sus dogmas para que no pueda confundirse con ninguna otra, y los hizo proporcionados á todos los hombres, y de tal modo, que satisfaciesen todas las exigencias y las necesidades espirituales de todos los hombres. Quiso que su religion fuese la de toda la tierra, é hizo flexible su disciplina para que pudiera extenderse por toda ella. Aun el mismo Montesquieu á pesar de su decidido empeño en localizar al Cristianismo (*), lo reconoce así al fin del capítulo 26 del libro XXIV, aunque no tenia mas que abrir los ojos para verle perfectamente acomodado en el Ecuador lo mismo que en los Trópicos.

Rousseau, dando tambien en la manía de localizar las religiones, las justifica todas (1). Sin embargo, tenemos que agradecerle el que, respecto del Cristianismo, se contradijo en otra parte (2), diciendo ser «el Cristianismo una reli-«gion *universal* que nada tiene de exclusivo, nada de local, «nada que sea propio *de esta ó de la otra region, una insti-«tucion social universal.*» Si Rousseau hubiera sido siempre franco, no lo hubiera perdido ante la posteridad. «Dos acu-«saciones contradictorias, dice él, refiriéndose á sus cen-«sores, se destruyen por sí mismas, la malignidad es ciega, «y la pasion no raciocina.» Precisamente le sucede á él esto en todos sus escritos.

No es ciertamente muy nuevo el prurito de comprimir al Cristianismo como en un aro de hierro, y estrecharle entre fronteras. Esto ya lo pretendieron en los siglos V y VI las escuelas neo-platónicas de Atenas y de Alejandría. Celso en el siglo II reputaba tambien insensato el proyecto de los cristianos de someter á todos los pueblos á su religion. Si la vida del hombre fuera de mas duracion, habria visto como esto era posible.

Por último, y como en resúmen de los párrafos anteriores, dirémos con Nonnotte, hábil refutador de los sofistas: «Cualquier hombre desapasionado que con la sola luz de la «razon, exenta de preocupaciones, examine con atencion to-«das las religiones que han sido abrazadas en el mundo, no

(*) «El espíritu de las leyes de Dios, dice oportunamente Balmes, no «debia encerrarse en el estrecho círculo que intentara señalarle el *Es-«píritu de las leyes* de Montesquieu.» (*El Protestantismo*, etc., cap. 39).

(1) *Emilio*, lib. IV.

(2) *Cartas de la montaña.*

«podrá menos de convenir en que ninguna de ellas es tan «augusta, tan divina, tan pura, y tan propia para formar «virtudes verdaderamente grandes, para honrar al género «humano, y para hacer feliz la sociedad, como la religion «de Jesucristo (1).» Un oráculo pagano que fue consultado sobre qué pueblos eran los que adoraban al verdadero Dios, respondió por permision divina:

«Soli Chaldæi sapientiam sortiti sunt et Hebræi,
«Per se genitum Regem, colentes Deum ipsum.»

Y como la religion mosáica era la misma que la de Jesucristo, en cuanto á la esencia, ó mejor dicho, era su exordio y preparacion, síguese que hasta por confesion del Paganismo, la religion cristiana es la única religion verdadera. San Justino recordaba á los paganos este suceso que ellos mismos habian divulgado (2).

CAPÍTULO III.

DE LA RELIGION CRISTIANA EN RELACION CON EL TALENTO, CON LAS LUCES Y CON LA CIENCIA.

§ I.—*La religion cristiana no puede menos de ser la religion del sábio despreocupado y franco.*

Sábio y ateo, sábio é incrédulo, sábio é idólatra, sábio y mahometano, sábio y protestante son cualidades opuestas entre sí, y que solamente la mas refinada hipocresía puede reunir en una persona; hipocresía motivada, ora por el despotismo de las pasiones que le dominan, y de las cuales no puede desasirse, arrastrándole á sus sugestiones á pesar de la íntima conviccion que abriga de su perversidad, echándose como desesperado en sus brazos; ora por el ambicioso deseo de conservar el puesto ó destino que obtiene en la sociedad, y que perderia si abjurara la religion cuya falsedad conoce, ó ya por un honor mal entendido, ó peor concebidos respetos humanos. ¡Cuánto hay de esto por desgracia (*)! De todas las defecciones y apostasías que se han he-

(1) *Diccionario filosófico de la Religion*, artículo *Creacion*.

(2) «Ut ipsi narratis... sic oraculum dicitis respondisse, etc.» (*Cohortatio ad Græcos*, n. 11).

(*) Leibnitz es un triste ejemplo. Sus obras póstumas acreditaron

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cho de la religion católica á la reformada, ni una sola se nos podrá presentar que no haya sido motivada por el orgullo, por la ambicion, por la envidia ó por el resentimiento.

En buen hora que estos hombres disfracen su verdadera opinion religiosa; en buen hora que hagan traicion á sus íntimas convicciones: su razon les dice — confesad francamente que conoceis ser la religion católica la única verdadera; — pero las pasiones contestan á la razon, — ¡ah! les tenemos harto aprisionados para que se atrevan á hacer una confesion tan franca; y la hipocresía dice, á su vez, á la razon y á las pasiones — os contentaré á ambas, y lo arreglaré todo haciendo que vuestros hombres reconozcan y aprecien en su corazon una religion y profesen otra. Ni podemos creer que antes de la venida de Jesucristo hubiese un solo hombre de talento que fuese pagano ó ateo especulativo, ni que despues de Jesucristo haya existido ni exista un solo talento gentil ó incrédulo, mayormente si tiene alguna noticia del Cristianismo y de sus doctrinas. Por manera que para nosotros lo mismo Ciceron que Voltaire fueron la hipocresía personificada, puesto que no nos podemos resolver á reputarles necios. Persuadido de esto Lactancio acusa de pecado gravísimo al famoso orador romano y á otros filósofos sábios, porque habiendo alcanzado la verdad, la ocultaron á los pueblos y obraron como ellos (1). Es, pues, ab-

que era mas protestante en el nombre que en la realidad. Este genio no podia ser protestante sin ser hipócrita, ó sin hacerse traicion á sí mismo.

(1) «Sed quid prodest ad vulgus et ad homines imperitos, hoc modo «concionari? cum videamus etiam doctos et prudentes viros, cum reli«gionum intelligant vanitatem, nihilominus tamen in iis ipsis quæ «damnant colendis, nescio qua pravitate perstare. Intelligebat Cicero «falsa esse quæ homines adorarent. Nam cum multa dixisset quæ ad «eversionem religionum valerent, ait tamen non esse illa vulgo dispu«tanda, ne susceptas publice religiones disputatio talis extinguat. «Quid de eo facias, qui cum errare se sentiat ultro ipse in lapides im«pingat, ut populus omnis offendat? ipse sibi oculus eruat ut omnes «cæci sint? qui nec de aliis bene mereatur, quos patitur errare, nec «de se ipsa qui alienis accedit erroribus, nec utitur tandem sapientiæ «suæ bono ut factis impleat, quod mente percepit, sed prudens et «sciens pedem laqueo inserit, ut simul cum cæteris quos liberare ut «prudentior debuit, et ipse capiatur? Quin potius, si quid tibi, Cicero, «virtutis est, experire populum facere sapientem: digna res est, ubi «omnes eloquentiæ tuæ vires exerceas. Non enim verendum est ne te in «tam bona causa deficiat oratio, qui sæpe etiam malas copiose ac for«titer defendisti. Sed nimirum Socratis carcerem times, ideoque pa«trocinium veritatis suscipere non audes. At mortem, ut sapiens, con«temnere debuisti. Et erat quidem multo pulchrius, ut ob bene dicta «potius quam ob maledicta morereris. Nec plus tibi laudes Philippicæ «afferre potuerunt, quam discussus error humani generis, et mentes «hominum ad sanitatem tua disputatione revocatæ.» (*Divinar. institut.* lib. II; *De origine erroris*, cap. 3).

(1) *Delicias de la Religion*, prefacio.

(2) Pág. 272.

(3) *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, tomo 3, pág. 329.

(*) «¡Qué prueba de la verdad del Cristianismo! Porque al fin, esos «mismos talentos que en todas las cosas tributaron culto á la verdad, «que vivieron en su estudio y contemplacion, que emplearon en su in«vestigacion todas las fuerzas y todo el desinterés de que el espíritu «humano es susceptible; que en sus hermosos descubrimientos, y en «sus grandes trabajos en metafísica, en moral, en matemáticas y en «ciencias naturales manifestaron que sabian conocerla y encontrarla, «á los cuales las debemos, y que son para nosotros como sus canales; «esos mismos talentos, repetimos, reconocieron que el Cristianismo «era la verdad, la verdad misma; lo proclamaron, lo profesaron, y no

solutamente imposible que sea sábio ni posea talento el que por *conviccion* deseche la religion cristiana. Oigamos lo que sobre este particular dice muy oportunamente el abate Lamourette:

«Les falta á los filósofos conocer que la incredulidad des«dice del honor y de la filosofía, y que cualquiera que esté «dotado de un talento fino, de un juicio recto y de buen co«razon ha de sostener el espíritu del Evangelio é interesarse «en los progresos de su reinado en este mundo (1).» Y mas adelante (2): «Nunca me cansaré de repetir que el hom«bre de bien, el virtuoso, el buen ciudano, *el verdadero sá«bio* es esencialmente cristiano en su corazon, y que cuan«to mas se analiza el grande y sólido carácter que distin«gue el Evangelio y sus universales ventajas para la paz «y la felicidad del mundo, lo cual le hace el único libro dig«no de ser el código de todos los Gobiernos de la tierra, tanta «mas dificultad cuesta suponer *buenas intenciones* en los que «le combaten, y encontrar la línea que separa á un filósofo «irreligioso de un peligroso y mal ciudadano.»

Recordarémos por último con Mr. Augusto Nicolás un hecho que prueba incontestablemente nuestra asercion, y es «que en general todos los verdaderos filósofos y todas las in«teligencias privilegiadas que han existido en el mundo, to«do cuanto ha descollado entre los hombres se ha apoyado «en la fe cristiana. Los representantes mas nobles de la ra«zon, los conductores de la humanidad han sido apóstoles ó «discípulos de Jesucristo (3).» (*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

§ II.—*En la religion cristiana se apoya la fama de los filósofos del gentilismo.*

Entre los filósofos de la gentilidad, los que en todos tiempos han sido reputados los mas sábios son aquellos que se aproximaron con sus doctrinas á las que despues promulgó el Evangelio. Algunos tomaron de la Biblia doctrinas que vendieron por suyas, como les echa en cara Clemente de Alejandría (1), llamándoles ladrones, aplicándoles como á los falsos profetas aquellas palabras de Jesucristo: *Omnes qui me præcesserunt fures erant et latrones* (2).

Aquellos filósofos que dirigieron sus esfuerzos á suavizar las costumbres, á desarrollar la libertad y demás derechos naturales y civiles de los hombres, á interesar á la humanidad en el alivio y socorro del necesitado, en el amparo del huérfano, en la proteccion del desvalido: aquellos que llegaron á conocer la futilidad de las riquezas de este mundo y la hermosura y bellezas de la virtud, fines todos precisamente á que tiende el Evangelio, fueron siempre y son hoy con razon y con justicia entre los filósofos de la antigüedad los mas celebrados. Ciceron, Platon, Sócrates, Pitágoras, son una prueba incontestable de esta verdad. Estos hombres, que por otra

«solo con sus escritos, sino con sus acciones; hicieron de él el motivo «capital de sus estudios y de su conducta, y se quiere que se hayan «equivocado, equivocado hasta tal punto, y que á pesar de este error «fundamental, ó mas bien, por la influencia de este error hayan descu«bierto la verdad en todo lo demás...

«No tenemos necesidad de hacer observar que el reducidísimo nú«mero de talentos superiores que han hecho profesion de incredulidad «no debilita esta verdad; antes al contrario la confirma, pues es muy «evidente por la comparacion de su carácter y de sus escritos con los «de sus nobles adversarios que el furor por distinguirse, la inmorali«dad, la envidia, el odio, y todas las viles pasiones que conducen al er«ror y le hacen necesario fueron las raíces de su incredulidad, y por «otra parte que á pesar de estas poderosas causas de ceguera, á pesar «de los empeños formados, y á pesar de la confusion de retractarse, die«ron al mundo el espectáculo de las mas chocantes palinodias, y con«fesado mil veces contra sí mismos la fuerza invencible de la verdad que «se habian propuesto destruir.» (*Augusto Nicolás, ibid.*).

(1) «In hoc autem latrones et fures fuerunt Græcorum philosophi, «quod cum ante Domini adventum à Prophetis Hebræis quasdam par«tes veritatis sumpserint, id minime aquiescentes, sibi tanquam pro«pria dogmata attribuerunt, at alia quidem adulterarunt, alia autem «supervacanea quadam diligentia imperite ac sophistarum more inter«polarunt.» (*Stromat.* lib. I, cap. 17).

(2) Joan. X, 8.

parte no estuvieron exentos de extravagancias y de absurdos, se elevaron con su talento sobre la pública conciencia de aquellos tiempos, y quisieron ya como columbrar las doctrinas del Cristianismo desde la distancia en que se encontraban. Platon es llamado por algunos *el prólogo humano* del Evangelio. Fueron hombres nacidos muchos años antes de el en que se debió verificar su nacimiento. ¡Qué apologistas del Cristianismo hubieran sido! Estribando como estriba su celebridad en profesar doctrinas aproximadas á las del Evangelio, nada exageran los que dicen que un niño cristiano que aprende el Catecismo, ó un hombre sencillo pero buen cristiano, son mas sábios que todos los antiguos filósofos juntos (1).

Sin embargo, las sanas doctrinas de aquellos filósofos, que no eran plagio de los Libros santos, tampoco eran resultado de sus investigaciones filosóficas, como advierte muy bien Lactancio, ni conocimientos conquistados solo por su *razon*, sino el efecto de la fuerza divina de esas grandes verdades enseñoreadas de todos, hasta de los mas rebeldes, y de la luz divina de esas mismas verdades que lo alumbraba todo, hasta los corazones voluntariamente ciegos (2). Pero es una exageracion impía la de esos incrédulos á quienes refutó Bergier (3), que afirman que de los escritos de aquellos filósofos podia extractarse un sistema de religion tan perfecto y mas útil que el Evangelio. Es además un absurdo filosófico, consistente en elevar al efecto sobre la causa, opuesto á un principio admitido por todos como que procede de la naturaleza (4); y es por último una ingratitud monstruosa igual á la del hijo que se levanta contra su madre.

Permítasenos aquí, pues que se ofrece oportuna ocasion, dirigir algunas palabras á los filósofos de la moda, los cuales no advierten que con su empeño en emanciparse del Evangelio han de convertirse en filósofos del Gentilismo, y que despreciando esas mismas luces cuyo lejano reflejo inmor-

(1) «Initium sapientiæ timor Domini.» (*Psalm.* CXV, 9).

(2) «Non quod illi habuerint cognitam veritatem, sed quod veritatis «ipsius tanta vis est, ut nemo possit esse tam cæcus qui non videat in«gerentem se oculis divinam claritatem. (*Divin. institut.* lib. I; *De falsa religione*, cap. 5).

(3) *Tratado histórico y dogmático de la Religion*, tomo 1, pág. 116.

(4) «Propter quod unumquodque est tale et illud magis.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

talizó á los Cicerones y á los Platones, han de atascarse en el lodazal inmundo y tenebroso cáos de los Aristipos y Epicuros.

Si la antigua filosofía fue sábia cuando se aproximó á las verdades del Cristianismo, ¿cómo sostienen los sofistas modernos que el Evangelio se opone á la verdadera filosofía? Si los sábios filósofos antiguos vislumbraron con sus luces naturales, con su talento y con la razon la doctrina evangélica, ¿cómo se atreven á asegurar que estas doctrinas pugnan con nuestra razon? ¡Qué inconsecuencias tan marcadas y qué contradicciones tan manifiestas! La razon y la doctrina evangélica son hermanas, idénticas, mútuamente se responden, se prohijan y se apoyan. La doctrina evangélica puede definirse con toda propiedad «*la razon natural humana* «hasta cierto punto, y la razon *sobrenatural y divina* desde «allí para arriba.» ¿Podrán sino probarnos que la filosofía, la filosofía verdadera, varia con el transcurso de los siglos, y que la que entonces fue sábia es ahora necia, supersticiosa y ridícula? ¿Se servirán explicarnos esta transformacion, vejez y muerte de la filosofía ó de la verdad, como el hombre que nace, crece, envejece y muere, ó como el edificio que cae derruido por la injuria de los tiempos y el transcurso de los siglos? ¡Cuántos absurdos! Admiran y apellidan sábios á Sócrates, Platon, Aristóteles y Ciceron, y al mismo tiempo repudian como retrógradas, ó por haber hecho ya su carrera las doctrinas del Cristianismo, cuando precisamente la aproximacion á ellas es lo que inmortalizó, lo que hizo célebres, lo que á ellos mismos inspira la admiracion hácia aquellos filósofos! ¡Cuántas inconsecuencias! Pero quizás digan que no los apellidan sábios por el lado que concuerdan con el Evangelio, sino por los opuestos; mas en este caso debieran merecerles, con preferencia á ellos, el concepto de sábios los cínicos y epicúreos; y así es efectivamente para muchos discípulos de la escuela ecléctica y la del progreso.

Hasta aquel punto que el Evangelio continúa siendo la razon natural y humana todo va bien, ninguna oposicion hallan en él con la filosofía los sofistas modernos, menos incrédulos y menos enemigos del Cristianismo. Pero por lo que de allí para arriba toma el Evangelio el carácter de razon sobrenatural y divina, ya es este contrario á la filosofía. Por manera

que para estos razonadores, si no hubiera misterios no habria oposicion. Extraño modo de discurrir. No es lo mismo oponerse á una cosa que elevarse sobre ella. El Evangelio no se opone entonces á la razon, sino que la supera; es que la razon se siente fatigada, y la fe que la acompaña avanza dejándola á la mitad del camino: es que llegó el Evangelio al punto donde ya se revistió del carácter exclusivo de razon divina, y ya no le alcanzamos con nuestras propias fuerzas. ¡Hombre miserable! confiesa tu limitada capacidad, y no atribuyas impíamente sus efectos é impotencia á la imposibilidad de los mas sublimes y augustos misterios, á la falsedad de una doctrina que te ennoblece y dignifica, y de una religion que te eleva y ensalza! Pues qué, porque un niño que conversa con un hombre no alcance con su tierna capacidad las razones, las causas, la conexion y las relaciones de unas cosas con otras, ¿se ha de decir que el hombre se opone al niño? Pues esto es precisamente lo que dicen los sofistas al afirmar que el Evangelio se opone á la razon. Allá en la antigüedad confundió ya Sócrates á los escépticos de todos tiempos: «Estos hombres, dice (1), injustos é irracionales en «vez de acusarse á sí mismos de estas dudas (era un cáos «la moral, y él pasa por su fundador entre los griegos), ó de «acusar de ellas á sus escasas luces, las atribuyen á las mis«mas razones contra quienes conciben un odio eterno, cre«yéndose mas hábiles é ilustrados que los demás, porque «se imaginan ser los únicos que han comprendido que en «todas estas materias nada hay verdadero ni seguro.» Parece que tenian fija la vista en nuestros deistas y razonadores, los cuales pueden ver de paso, para que no se envanezcan, que el escepticismo filosófico y religioso no es muy moderno, y que ni siquiera les pertenece el triste mérito de la invencion.

§ III.—*El Cristianismo dilató la esfera de los conocimientos humanos, dió una expansion enorme á la imaginacion del hombre, y desarrolló y fijó todos los principios, sacándolos del cáos y de la confusion.*

Encerrado el talento del hombre dentro de los estrechos límites de la razon, y de una razon esclava y subyugada por

(1) Platon en el *Fedon*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las pasiones, luego que es iluminado por el Evangelio sacude presuroso el yugo de las mismas, traspasa ó hace mas allá los límites de su talento hasta entonces comprimido, y descubre un inmenso campo en que ejercitarle. «Ya pasaron las tinieblas y luce la verdadera luz (1).» El Evangelio, cuya mision (despues de allanarnos el camino de la felicidad eterna) es de hacernos recuperar cuanto podemos de todo aquello que por la prevaricacion adamítica perdimos en el órden natural, tiende á difundir, reorganizar y esclarecer nuestras facultades intelectuales oscurecidas y amortiguadas por el pecado (2).

Las ciencias y las artes recibieron una expansion asombrosa con la aparicion del Evangelio. Ante el Pentateuco, sin embargo de no ser aun perfecta la ley que contiene, se eclipsaban las legislaciones mas sábias de Grecia y de Roma. Moisés sobrepuja á Homero, ¿qué decimos? el mas mínimo pasaje, una sola palabra de la Biblia eclipsa toda la moral y la filosofía de los antiguos filósofos y de los modernos sofistas. En fin: «lo que es una brillante antorcha en un «lugar oscuro, lo que es el astro del dia cuando despide las «tinieblas y las sombras de la noche, eso ha sido en el mun«do la religion cristiana (3).»

No obstante, se ha hecho crónico y sistemático el empeño de repudiar el Evangelio, que es precisamente la perfeccion de aquella sábia ley antigua, como depresivo de la razon y enemigo de su ejercicio y de sus investigaciones; de tal manera que ha llegado á hacerse proverbial entre los que suscriben sin vacilar á semejantes desvaríos, aquello de que «el Evangelio corta los *vuelos al talento y al ingenio.*» ¡Injuria sacrílega y blasfema! El Evangelio que vino á restaurar completamente al hombre, vino á curarle las heridas que por su prevaricacion recibió en sus facultades naturales, y una de estas heridas era la ignorancia. Nadie puede negar la solicitud, la insistencia, y hasta el imperio y las amenazas de que echa mano el Evangelio para impeler al hombre á que refrene la malicia de su voluntad, presentándole para ello infinitos medios, y levantando poderosos diques á las pa-

(1) «Tenebræ transierunt, et verum lumen jam lucet.» (*I Joan.* VIII, 2).
(2) «Ut aperires oculos cæcorum, et educeres de conclusione vinc«tum, de domo carceris sedentes in tenebris.» (*Isai.* XLII, 7).
(3) Nonnotte, *Diccionario filosófico*, artículo *Cristianismo*.

siones que la mueven al mal. Pues bien; el Evangelio, que parece quiere introducirse en el corazon del hombre y extirpar de él la malicia, ¿habia de querer aumentar su ignorancia? ¿no ha dado lugar entre las obras de misericordia y de caridad al consejo, á la correccion y á la enseñanza? ¿es sino, por ventura, menos digno de misericordia á los ojos divinos el entendimiento del hombre que su voluntad, para que con una mano castigue á aquel y con otra restaure á esta? Precisamente la prevaricacion adamítica fue obra mas de la voluntad que del entendimiento.

¿Quién tendrá la audacia de considerar á Jesucristo tan insensato que por una parte quisiese levantar al hombre caido, y por otra abatirle mucho mas? ¿que quisiera curarle unas llagas, y renovarle y recrudecerle otras? ¿Quién será tan impío que se persuada que Jesucristo, cuyo amor hácia los hombres llegó hasta morir por ellos, se complazca en aumentar sus miserias aumentando su ignorancia? Constituyendo la ignorancia del hombre una gran parte de su infelicidad temporal, ¿hará alguno á Dios la injuria de persuadirse que no quiso que aquel consiguiese su felicidad eterna de otro modo que haciéndose mas y mas infeliz en esta vida? ¿habrá alguno que tan mezquino concepto forme del poder ó de la bondad de Dios, que se persuada que esto no pudo ó no quiso hacerlo de otro modo? Nada menos que eso. La redencion del hombre por Jesucristo fue universal, omnímoda, completa. Fue la redencion eterna y la redencion temporal: la redencion del alma y la redencion del cuerpo; la redencion eterna, abriéndole las puertas del cielo; la redencion temporal, alargándole infinitos medios para ser feliz en la tierra; la redencion del alma, restaurando sus facultades, y la redencion del cuerpo, refrenando sus pasiones. *Instaurare omnia in Christo* (1).

Dios se dignó disponer en su infinita misericordia hácia el hombre que aquellos medios que le puso delante para que consiguiese la felicidad eterna, fuesen los mismos que con su práctica y en su práctica hallase la temporal. ¿Es Dios, por ventura, enemigo de la verdadera felicidad temporal del hombre, para que quiera que no pueda ser eternamente feliz sino haciendo el sacrificio de su dicha en esta vida? No: y así lo irémos viendo mas detalladamente en el curso de la

(1) Ephes. I, 10.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

obra. Volvamos á nuestro intento de hacer ver el ensanche y expansion que el Evangelio dió á la razon y á la inteligencia del hombre, y de presentar á los sofistas las armonías de la fe y la razon, del Evangelio y la filosofía. Disimúlesenos el ser pródigos de citas en una cuestion tan importante y debatida.

«Despues, escribe Mr. Augusto Nicolás (1), despues de ha-«ber facilitado á la razon comun, y reconducido al estado de «certidumbre y de evidencia para todos los hombres aque-«llas prevenciones y conjeturas que constituian el tormento «de las mas elevadas inteligencias, el Cristianismo reveló «además por este medio verdades que hubieran estado para «siempre fuera del alcance del espíritu humano. El miste-«rio es el distintivo de lo infinito con respecto á lo finito. Pe-«ro este respecto puede ser mas ó menos circunscrito, y con-«tenernos mas ó menos dentro de los límites de la ignoran-«cia. Pues bien: el Cristianismo vino á ensanchar este res-«pecto, á dilatar estos límites, á darnos aire, espacio y luz, «y á extender el horizonte de nuestra vista. No es él quien «ha inventado el misterio, porque el misterio existia ya y «existirá siempre hasta cierto punto, con la única diferencia «de que antes lo teníamos tan cerca que nos oprimia, y aho-«ra lo vemos en la extremidad del horizonte. El Cristianismo «libró al espíritu humano de los primeros misterios que obs-«truian su vista natural, le descubrió verdades y relaciones «de que ni siquiera tenia idea... los misterios naturales del «destino humano eran misterios de ignorancia y de error, «mientras que los misterios cristianos son simplemente mis-«terios de fe. Así es que en ellos no solamente habia defecto «de comprension de la naturaleza de Dios, del orígen y fin «del hombre, del verdadero mal, del verdadero bien y de «su contradiccion en el mundo, de nuestra miseria, de nues-«tra grandeza y de los medios de conducirnos relativamente «á Dios y á los demás hombres: habia además, sobre todos «estos puntos tan importantes, ignorancia; habia otra cosa «peor, engaño, error, confusion; mientras que aparte de que «por efecto de los misterios cristianos llegaron estos puntos «á ser reformados, conocidos y comprendidos, los mismos «misterios cristianos no opusieron al espíritu humano otra «dificultad que una dificultad de comprension. Los conoce-

(1) *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, tomo 3, pág. 323-327.

«mos perfectamente, los sabemos, son precisos, fijos y for-«males, la imaginacion no se gasta ni se pierde estudián-«dolos: el mas pequeño niño los sabe y guarda en la memo-«ria: no flotan confundidos y embrollados en el cáos de la «razon, sino que se destacan y giran armoniosamente sobre «nuestras cabezas en el firmamento de la fe... En resúmen, la «fe cristiana abunda para la razon humana en miramientos «y beneficios. En primer lugar, nada la quita de lo que ya «posee como propio, y no la toma en sus brazos sino en el «punto en que por sí misma ya no puede. Llegada aquí no «se la junta arbitrariamente, ni se la impone, se hace reci-«bir racionalmente: se adapta por medio de las pruebas sen-«sibles de la Divinidad á los datos que ya la misma razon po-«see, de tal manera que hace esta un acto propio al recibir «el fundamento de la fe, que por esta incorporacion se con-«vierte en una adicion, una consecuencia y una prolonga-«cion de la razon misma. Por este medio se encuentra la ra-«zon inmensamente aliviada, pues ve satisfecha aquella in-«saciable necesidad de correspondencia con lo infinito que «constituye su nobleza y su tormento; y no solamente satis-«fecha sino preservada de mil errores, y de multitud de de-«plorables caidas á que la arrastraria inevitablemente esa «necesaria y terrible facultad religiosa que no puede sofocar «sin degradarse, y á la cual no puede abandonarse sin per-«derse. De este modo ha salvado la fe cristiana al espíritu «humano de dos abismos cuya alternativa es inevitable, y «en cuya pendiente ha estado siempre colocado, careciendo «de este divino socorro, el escepticismo ó la supersticion, la «impiedad ó la locura. Por medio de este celestial instru-«mento volvió la razon á adquirir el conocimiento y la se-«gura posesion de una multitud de verdades primordiales «que se hallaban en otro tiempo en sus confines, pero que «estaban como derrumbadas en el abismo de la ignorancia, «y cuyo trastorno habia conmovido y desunido todas las otras «verdades que mas adheridas le estaban. Al devolverle estas «verdades madres en lo que tienen de mas sublime, la fe «las confirmó y vulgarizó de tal suerte, que todos podemos «gozar de ellas sin que nadie pueda comprometerlas, y que «serán para siempre la fortuna pública del género humano, «y el patrimonio sustituido de todas las generaciones. Ade-«más de estas verdades primitivas devueltas y aseguradas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«el Cristianismo dotó tambien á la razon de verdades ente-
«ramente nuevas, en las que por sí misma jamás hubiera
«sospechado, y que sin embargo armonizándose con las pri-
«meras verdades, como estas lo hacen con los mas puros ins-
«tintos de la razon, se hacen para esta razonables y fecun-
«das, por estas armoniosas relaciones, aunque en sí mismas
«sean misteriosas. En fin, el carácter misterioso de las ver-
«dades sobrenaturales reveladas por el Cristianismo, á dife-
«rencia de la oscuridad de ignorancia y de error, que rodea-
«ba á las verdades naturales, no afecta sino á la compren-
«sion y no á la nocion, perfectamente libre y precisa hasta
«el punto de poder caber en la cabeza de un niño. Además:
«esta resistencia de comprension no es tampoco absoluta,
«no choca con la razon, sino que la descansa; la deja mate-
«ria en que ejercitarse sin oponerla nada que la confunda,
«y despues de haberla hecho conocer y comprender una mul-
«titud de cosas oscuras y confusas, la da siempre en defi-
«nitiva la conviccion fija de lo mismo que no comprende.

«La operacion de la fe es absolutamente semejante á la de
«un instrumento óptico que se adapta á la vista natural, y
«es como una prolongacion suya, que acerca, corrige y pre-
«senta con claridad los objetos irregularmente confundidos,
«que hace descubrir otros nuevos y extiende la vista hasta
«una distancia infinitamente mayor que la que el ojo podia
«naturalmente recorrer. La fe ha sido como el *telescopio* de
«la inteligencia; agrandó su horizonte, y le hizo descubrir
«nuevos astros en el cielo del pensamiento y de la verdad.

«Abierto de este modo el mundo espiritual á la inteligen-
«cia, se dilató esta; y encontró en él una expansion que le
«hizo dominar los sentidos y la naturaleza en que la tenian
«encarcelada las supersticiones sensuales de la antigüedad.
«La fe cristiana la alivió, enseñándola, por el medio de la au-
«toridad, verdades cuya investigacion agotaba antes todas
sus fuerzas, y cuya contemplacion ahora las renueva. La
«libró del desaliento y del escepticismo, dándole una base fi-
«ja de donde pudo partir con seguridad y á la cual pudo vol-
«ver á descansar. Al mismo tiempo creó á su alrededor, por
«la difusion y comunidad de las mismas luces, un contra-
«peso de sentido comun que lo ha preservado de sus extra-
«víos individuales, y una poderosa palanca que ha centu-
«plicado sus fuerzas, poniendo las de todos á disposicion de

«cada uno en particular. En fin, por la íntima comunion que
«estableció entre el alma y su autor, entre la verdad y la
«virtud, introdujo en ella un principio de vida que es para
«el espíritu lo que este para el cuerpo, que concentra, disci-
«plina é inspira sus movimientos, impide que sus riquezas
«se degeneren y corrompan, y es, segun la feliz expresion de
«Bacon, como el aroma de sus conocimientos. *Fides aroma*
«*scientiarum*.

«Pertrechado con este socorro el espíritu humano que ha-
«bia permanecido por espacio de cuatro mil años como su-
«mido en el estado de infancia, se elevó á una altura que no
«se habia conocido jamás: fué marchando de progreso en
«progreso, y en todas sus conquistas ha atestiguado mag-
«níficamente en favor de la verdad de una religion bajo
«cuya influencia descubriera todas las verdades.» Hemos in-
sistido de propósito en las palabras de este autor para pro-
porcionar á los lectores un tratado completo, cási puede de-
cirse, sobre la materia, acerca de la cual discurre con mu-
cho acierto, imaginacion y talento.

«Los progresos del genio filosófico, dice Chateaubriand (1),
«son evidentemente el fruto de nuestra Religion. Á no ha-
«berse dado por el pié á los falsos dioses y establecido el ver-
«dadero culto, el hombre hubiera envejecido en una perpé-
«tua infancia, porque permaneciendo siempre en el error en
«cuanto al primer principio, todas las demás naciones se re-
«sentirian mas ó menos de aquel vicio fundamental.» Con
efecto, el hombre siempre habria permanecido en mantillas,
torpe é inmóvil si el Cristianismo no le hubiera traido los
andadores; y por eso dijo con mucha verdad Clemente Ale-
jandrino, «que los filósofos son niños, á no ser que Jesu-
«cristo los haga hombres (2).»

El espíritu humano sacudió las ligaduras que le amarra-
ban al suelo, y se elevó indignado de una prision tan larga y
denigrante; y si no hubiera sido por esta elevacion del es-
píritu, y si no hubiera sido por aquella preciosa conciencia
pública formada por el Cristianismo, robusta ya y vigorosa
en los siglos de irrupcion de los bárbaros, habria sido com-
pleto el naufragio de las ciencias y de la sociedad.

(1) *Genio del Cristianismo*, parte 3, lib. IV, cap. 2.
(2) «Parvuli sunt philosophi, nisi à Christo viri fiant.» (*Stromat.* l. I, cap. 11).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y ¿quiénes fueron los pilotos que evitaron este naufragio, ya que se nos ocurre la pregunta? Precisamente los sacerdotes; los conductores de ese, no sabemos qué ignorante fanatismo que nos tuvo, segun nos han dicho los sofistas, como aherrojados en las tinieblas durante diez ú once siglos. «Aquellos mismos, hace advertir á propósito el citado Cha«teaubriand (1), aquellos mismos que la malignidad ha que«rido denominar sacerdotes supersticiosos, son los que se «dedicaron á sacarnos de un estado de ignorancia, y quie«nes por espacio de diez siglos se sepultaron en el polvo de «las bibliotecas para sacarnos de la barbarie.» Ó como con mas elocuencia dice Balmes (2): «Ese clero que en los si«glos medios, cuando nadie sabia escribir ni leer sino los «eclesiásticos, cuando la única luz que existia estaba en «sus manos, cuando si hubiese querido dejar á oscuras el «mundo bastábale apagar la antorcha con que lo alumbra«ba.» «Con toda verdad, pues, concluye Chateaubriand (3), «puede llamarse á Jesucristo en *sentido natural* el Salvador «del mundo como lo es en el sentido espiritual.» Y no se crea que este escritor célebre hablaba así por espíritu de oposicion á la filosofía reinante en su patria, sino por conviccion, porque en la época misma en que él era uno de tantos sofistas llamó á la cruz *el estandarte de la civilizacion* (4):

«Donde quiera que se ha clavado una cruz, escribe Mr. Au«gusto Nicolás (5), allí han germinado las virtudes y flore«cido la civilizacion, aun en el fondo de los desiertos: de don«de quiera que se ha arrancado, allí han reaparecido la bar«barie, la ignorancia y la ferocidad, hasta en el seno de las «ciudades. Á su sombra han nacido, se conservan y se ex«tienden todas las grandes instituciones de libertad y de ca«ridad, y aun hoy dia en que la moral evangélica ha abierto «ya todas sus flores y dado todos sus frutos, no por eso per«manece menos indisoluble su alianza con el dogma de la «cruz. Á nadie es dado el poder de suplantarla á otra doc«trina, ni de arrancarla del dogma que la alimentó. Y no es «que hayan faltado ensayos en nuestros dias: sansimonia-

(1) *Genio del Cristianismo.*
(2) *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion de Europa*, cap. 60.
(3) *Genio del Cristianismo*, lib. VI, cap. 13.
(4) *Ensayo sobre las revoluciones*, prefacio.
(5) *Estudios filosóficos*, tomo 2, pág. 167.

«nos, comunistas, humanitarios, fourieristas, panteistas, «todos han tratado de adaptar la moral evangélica á dogmas «nuevos, de *engrandecer al Cristo,* como ellos dicen, y reha«cer su túnica. Y ¿qué ha resultado de esto? Y ¿qué resulta «todavía? Delirios que por fortuna no han tenido tiempo de «convertirse en crímenes, y que han espirado en medio de la «irrision y de la rechifla general.»

«La religion y la fe, escribe tambien Debreyne (1), son las «que inspiran los grandes pensamientos del genio; la reli«gion es la que dirige el vuelo que imprime al entendimien«to, y la que asegura su marcha vacilante; la religion fi«nalmente es la que con la luz de Dios ha creado las ciencias «humanas con todas sus academias.»

Pero oigamos á los corifeos mismos del deismo y de la incredulidad rendir homenaje en este sentido á la causa del Cristianismo.

«No sé, confiesa Rousseau (2), por qué se quiere atribuir «á la filosofía la bella moral de nuestros libros, esta moral «era cristiana antes de ser filosófica.» Porque, como dice muy bien Nonnotte refutando á los sofistas, «si alguna vez «se escapan de sus labios expresiones dignas de Dios, es por«que las aprendieron en el Cristianismo, y las han bebido «en los labios de nuestra Religion (3).»

«Todo se lo debemos, continúa aquel deista (4), letras, «ciencias, agricultura, bellas artes: une la moral á la reli«gion, y el hombre á Dios. Jesucristo, salvador del hombre «moral, lo es tambien del hombre físico: vino al mundo co«mo un grande y feliz acontecimiento, para contrarestar la «inundacion de los bárbaros y la corrupcion de las costum«bres. Aun cuando se disputasen al Cristianismo todas sus «pruebas sobrenaturales, la sublimidad de su moral, la in«mortalidad de sus beneficios, las bellezas de sus pompas, «serian suficientes para probar que es el culto mas divino y «mas puro que jamás ha habido entre los hombres.»

«Al ver, dice Voltaire (dirigiéndose á los sofistas, que es lo «mas singular), al ver á la razon hacer progresos tan pas«mosos, pero tan solo desde el momento de la predicacion

(1) *Teoría bíblica de la cosmogonía*, pág. 11.
(2) *Carta III de la montaña.*
(3) *Diccionario filosófico*, artículo *Misterios.*
(4) Ibid.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«del Evangelio, debeis considerar á la fe como una *aliada* «*que viene en vuestra ayuda*, y no como un enemigo á quien «es preciso atacar. Debeis estimarla y no temerla (1).» ¿Qué testimonios mas luminosos y decisivos que el de estos deistas?

Maupertuis hacia la apología de la fe de los *nazarenos* sobre la de los filósofos, y decia: «Que un verdadero naza-«reno (cristiano) es un filósofo perfecto (2).»

Bayle confiesa la nulidad de impotencia de la razon, y la necesidad de la revelacion. «La razon, dice, es un princi-«pio de destruccion y no de edificacion, no vale sino para «formar dudas y volverse hácia todas partes para eternizar «una disputa, hacer conocer al hombre sus tinieblas, su im-«potencia, y la necesidad de una revelacion: esta es la de «la Escritura (3).»

«Es necesario considerar, dice en otra parte (4), que lo que «á nosotros nos es tan fácil y manifiesto, porque Dios nos ha «hecho la gracia de comunicarnos su revelacion, no lo era «para aquellos que no tenian mas guia que la naturaleza. «El entendimiento humano, abandonado á sí mismo, se ex-«travia fácilmente, y pierde el derrotero en un mar tan vas-«to y borrascoso... Nos asemejamos á aquellos hombres, que «habiéndose servido de un buen telescopio para ver los sa-«télites de Júpiter, creerian que los demás los habian visto «fácilmente por la simple vista si hubieran querido.»

«¡Oh Dios, exclama Montaigne (5), despues de referir los «errores de los filósofos y de los pueblos gentiles, ¡oh Dios, «y qué obligacion no tenemos á la benignidad de nuestro «soberano Hacedor por haber librado á nuestras creencias «de esas opiniones vagas y arbitrarias, y haberlas colocado «sobre la base inmóvil de su divina palabra!»

La filosofía gentílica reconoció la necesidad de la revelacion, la necesidad de un iluminador. Platon, á vista de la incapacidad de la razon y de tanta incertidumbre y confusion de doctrinas como habia, creyó que debia tomarse el partido (hace decir á Sócrates), de esperar á *uno* que viniese

(1) Citado en la *Razon del Cristianismo*, palabra *Aveux*.
(2) Citado por el P. Feller, en su *Catecismo filosófico*, tomo 2, pág. 251.
(3) *Diccionario crítico*, artículo *Manichæus*, citado ibid. pág. 164.
(4) *Cont. depensam. div.* tom. 3, cit. ibid.
(5) *Essai*, lib. II, cap. 5, cit. ibid.

á instruir á los hombres acerca del modo como debian comportarse entre sí y con Dios, y que este seria el verdadero *amigo de la felicidad humana y el restaurador del hombre* (1). No parece sino que en estos pasajes habla por su boca uno de los antiguos Profetas.

En otra parte (2), dice que se debe recurrir á Dios, ó esperar del cielo *un guia, un maestro* que instruya al hombre en esta materia (¿qué ofrenda agradará á Dios?). En el Phedon, despues que Sócrates dice lo que piensa sobre la inmortalidad del alma y sobre la vida futura, responde uno de sus interlocutores ó discípulos: «El conocimiento claro de «estas verdades en esta vida es imposible, ó al menos infi-«nitamente difícil... El sábio, pues, debe sujetarse en esta «materia á lo que parece mas probable, á no ser que tenga «luces mas seguras, ó la *palabra del mismo Dios que le sir-«ve de guia.*» Y por último, en el Epinomis aconseja á un legislador que jamás toque á la religion, temiendo sustituirla por otra menos cierta, porque es sabido que no es posible á una naturaleza mortal tener nada cierto sobre esta materia.

Celso, enemigo acérrimo del Cristianismo, se adhiere á Platon refiriéndose á sus textos. Jámblico, que seguia la opinion de Pitágoras, confiesa la impotencia de la filosofía sobre este punto. «Es evidente, dice, que el hombre debe «hacer lo que es agradable á Dios, pero no es fácil conocer-«lo, como *Dios mismo* no se lo enseñe, ó los *genios, ó lo sepa «por una luz divina* (3).» En otra parte (4) dirige á Dios esta súplica: «Disipad esta nube que oscurece los ojos de nuestro «entendimiento, para que, como dice Homero, podamos co-«nocer á Dios y al hombre.»

Melesio de Samos, discípulo de Parménides, decia que no debemos asegurar ninguna cosa perteneciente á los dioses, porque no los conocemos (5).

Simplicio, citando á Epictetes, dice que el hombre instruido, ó por el mismo Dios ó por su propia experiencia, pro-

(1) Alcibíades.
(2) *Lib. IV de las leyes.*
(3) *Vida de Pitágoras.*
(4) *Teología pagana* por Mr. de Burigni, citado por Bergier, *Tratado histórico*, tomo 1.
(5) *Diógenes Laercio*, tomo 9, § 24.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cura granjearse el favor de Dios por diferentes modos y sacrificios (1).

Proclo escribe que un hombre sábio debe orar á los dioses antes de meditar sobre la naturaleza divina, porque jamás conocemos lo que conviene á la Divinidad, como no nos ilumine la luz celestial (2).

Los emperadores Marco Antonio y Juliano alcanzaron y confesaron la necesidad de la revelacion. El primero refiere que supo por ella cuál es la vida mas conforme á la naturaleza (3); y el segundo la creia necesaria para conocer la naturaleza de Dios (4). Así como Platon (5), Aristóteles (6) y Plutarco (7) consideraban á los dogmas de un Dios criador, de su providencia, y de la inmortalidad del alma, no como conocimientos adquiridos por el raciocinio, sino como antiguas tradiciones, Juliano los considera revelados por los mismos dioses, quienes «únicamente, dice, pueden cono-«cer estas verdades (8).»

Y por último Hesíodo y el citado Plutarco: este al principiar su *Tratado de Isis y Osiris*, y el primero la *Teogonía*, ruegan á los dioses les iluminen y les inspiren, «que es, dice «Plutarco, el mayor don que Dios puede hacer al hombre;» y por este motivo los paganos encargaron á una deidad las operaciones de su entendimiento.

Á vista de tantos y tan luminosos testimonios, Voltaire mismo no pudo menos de confesar «que todas las naciones «tuvieron siempre necesidad de un *sábio*,» notando además «que los pueblos de la India y de la China le esperaban de «Occidente, y los de Europa y América del Oriente, por cuya «razon se apellida con oportunidad al territorio judío *el polo «de la esperanza de todas las naciones*.»

Considerar, pues, al Evangelio, que fue el iluminador tan esperado de todo el mundo, enemigo del talento y de los progresos del ingenio, es un absurdo tan grande como el de reputar frio al calor, y oscura la luz; á no ser que se

(1) *Manual de epist.*
(2) *In Platonem Theol.*
(3) *Reflex. moral.*
(4) *Carta á Temistio.*
(5) *De legibus.*
(6) *De mundo.*
(7) *De Isid. et Osir.*
(8) *Carta á Teodoro pontif.*

quiera hablar del talento que discurre segun el prisma de las pasiones, no segun el dictámen de la razon; á no ser que se hable del talento que se emplea en inventar doctrinas degradantes y perniciosas para la sociedad y para el indivíduo, y no doctrinas estimadoras y celosas del bienestar general y de la dignidad humana; pues en este caso nos confesaríamos vencidos por los sofistas, aprendiendo á la vez lo que antes ignorábamos, á saber, que los verdaderos progresos del talento son aquellos que constituyen la miseria y la degradacion, y que echan por tierra nuestra dignidad.

Al deprimir, pues, la escuela ecléctica reciente la revelacion y hacer la apoteosis de la razon, contradice abiertamente á todas las escuelas filosóficas y teológicas antiguas y modernas, acordes en esta parte con la experiencia; para lo que se necesita una buena dósis de atrevimiento y de orgullo, y esto recomienda muy poco, ciertamente, á cualquiera sistema.

Por último, en vano es huir de la fe; y los mismos incrédulos, si atentamente observan, se convencerán de que toda su vida es una vida de fe, que á todas sus acciones preside la fe. Si no creen á Dios, han de creer á los hombres, al tiempo, etc. Este argumento no es nuevo. San Teófilo, obispo de Antioquía, decia á Autólico: ¿No crees en la resurreccion? ¿ignoras acaso que la fe acompaña á todo (1)? Tambien hicieron uso de él Orígenes (2), Clemente Alejandrino (3), san Cirilo (4), Teodoreto (5), Arnobio (6) y otros. Los incrédulos son los mas crédulos (7).

(1) «Mortuos excitari non credis... an ignoras rebus omnibus fidem «præire?» (*Lib. II, num.* 8).
(2) *Lib. I contra Celsum.*
(3) *Stromat.* lib. II.
(4) Cat. 5.
(5) *Adversus Græcos.*
(6) I-II.
(7) Pascal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BENEFICIOS DEL CRISTIANISMO EN GENERAL.

CAPÍTULO IV.

LA RELIGION CRISTIANA ES EN GRAN MANERA BENÉFICA PARA LA HUMANIDAD Y PARA LA SOCIEDAD.

«Hubo un tiempo en que las dos terceras partes de la es-«pecie humana se hallaban acorraladas como un vil rebaño, «en que la sangre humana corria á torrentes para embria-«gar á la sociedad en los espectáculos públicos, en que los «niños eran caprichosamente inmolados, los adultos mons-«truosamente violados é infamados; en que no habia honor «para la mujer ni para la union conyugal; en que los des-«graciados no encontraban asilo en ninguna parte; la guer-«ra se hacia sin cuartel; las naciones vivian sin derecho co-«mun; la opinion era muda esclava de la fuerza, en que un «mónstruo bajo el nombre de César era adorado como un «dios; y la humanidad, hollada é insultada por un cetro de «hierro, no se acordaba siquiera de los derechos y de la ele-«vacion de su inteligencia, ni buscaba remedio para su en-«vilecimiento y degradacion; antes al contrario, marchaba «contenta y violentamente á precipitarse en aquel abismo, «empleando en ello todas las fuerzas que hubieran debido «servirle para evitar su caida (1).» En una palabra; el uni-verso no era entonces sino una vasta mazmorra y un vasto templo de ídolos, y era tanta la multitud de crímenes y de-litos, que no bastaban á Virgilio cien lenguas para cantar-los (2).

El Cristianismo ocurrió oportunamente á esta anarquía, á este cáos intelectual, moral y social; fijó los principios sobre bases eternas; todo lo organizó y suavizó, para lo cual siempre hubiera sido impotente la ciencia del hombre.

«La religion, dice Rousseau (3), cuanto mejor se ha cono-

(1) Mr. Augusto Nicolás, *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, tomo 2, pág. 22.
(2) *Eneid.* lib. VI.
(3) *Emilio.*

«cido alejando el fanatismo, ha dado mas dulzura á las cos-«tumbres cristianas. Esta mudanza no es obra de las letras, «porque por donde quiera que han florecido, no por eso ha «sido mas respetada la humanidad. Las crueldades de los «atenienses, de los egipcios, de los emperadores de Roma, «y de los chinos, lo atestiguan suficientemente.» Esto no le impide, sin embargo, ensalzar las costumbres paganas hasta las nubes, especialmente las de Roma, «el mayor em-«porio, dice, de virtud (1).» El odio secreto que anima á los sofistas contra el Cristianismo no les permite ser consi-guientes ni aun en un mismo escrito: ciégales tambien la pasion para no ver la inconsecuencia y corregirla antes de publicarle.

En aquellos tiempos de crueldad y de dureza, vióse fuera del pueblo hebreo un solo hombre que queria que «se le rom-«pieran los brazos si habia omitido las obras de piedad y de «misericordia (2).» Pero ¿quién era este hombre? Job que vivia en la expectacion del Mesías, y por consiguiente es-taba asido á las raíces del Cristianismo.

Así que fue predicado el Evangelio á las naciones, hasta cuya época no se conoció el derecho de gentes, se observó que se introducia aun en el seno mismo de la guerra un espíritu de humanidad y de dulzura, desconocido anterior-mente, junto con un vivísimo anhelo de evitarlas. Aquellas terribles palabras *ay de los vencidos* (3), dejaron de ser la divisa general; la devastacion, el incendio y la atroz car-nicería no fueron mas el horroroso desenlace del drama de las batallas: los heridos, aunque fuesen enemigos, ya no fueron abandonados, ni los prisioneros hechos esclavos. El hierro dejó de ser la salvacion de los Estados (4). ¿Quién no admira al primer emperador cristiano amonestar á sus sol-dados que respetasen la vida de los vencidos, excogitando en su gran caridad para conseguirlo mejor el sagaz medio de ofrecerles cierta cantidad de dinero por cada prisionero que le presentasen vivo (5)?

(1) *Emilio.*
(2) «Humerus meus à junctura sua cadat, et brachium meum cum suis ossibus confringatur.» (*Job*, XXXI).
(3) «Væ victis.»
(4) «Omnis in ferro salus.»
(5) «Quod si forte militum animos obstinatos ad cædem videret, au-«ri largitione eos reprimebat, jubens ut [illegible] hostem vivum cepisset,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No faltan ignorantes ó preocupados que han acusado á la religion cristiana de ser un foco de guerras. Si semejante aserto puede tener algunas apariencias de fundamento, se las darán con especialidad las suscitadas en Europa en los últimos siglos. Sin embargo, si no recusan el testimonio de Rousseau, él les recuerda que de todas estas guerras, ni una hubo siquiera que no dimanara de la corte y de los intereses de los grandes; que las maquinaciones de gabinete turbaban los negocios, y despues los jefes amotinaban los pueblos en el nombre de Dios (1). En todo caso el verdadero Cristianismo, que es el Cristianismo católico, está bien justificado de estas guerras, y no es culpa suya si sectas rivales alzando pendones y banderas turbaron la paz de Europa.

Si no han sido abolidas las guerras civiles y nacionales en los países cristianos, cúlpese á las pasiones humanas, y no á los ardorosos deseos de una religion que entraña un vivísimo espíritu de caridad y de cosmopolitismo. No obstante, no puede negarse que las ha hecho menos frecuentes, menos atroces y menos destructoras. La historia está ahí para atestiguar que el antiguo derecho de la guerra lo ponia todo sin excepcion á sangre y fuego, y este bárbaro derecho es hoy mismo el de todas las naciones infieles. Aun hace estremecer á cualquiera la lectura de los sitios de Cartago y de Numancia, las expediciones de los romanos en el Epiro y las devastaciones de los bárbaros del Norte en nuestros países.

«Gracias al Cristianismo, escribe Bergier (2), no veré-«mos mas á un Paulo Emilio destruir en una sola provincia «setenta ciudades, y poner en las cadenas ciento cincuenta «mil esclavos. No verémos á un fogoso Caton concluir todos «sus dictámenes en el senado por estas inexorables pala-«bras: *Delenda est Cartago*. No verémos mas los proyectos «de Escipion el Africano, cuyo furor no se pudo sosegar sino «por el incendio de esta infeliz ciudad: no tenemos ya que «temer que un brutal Mumio vaya á saquear, arrasar,

«certo auri pondere donaretur. Atque hanc illecebram ad salutem homi-«num conservandam imperatoris excogitavit solertia; adeo ut plurimi «ex ipsis etiam barbaris servati sint, cum imperatoris aurum vitam ip-«sorum redemisset.» (Euseb. Cæsariens. *De vita Constantini*, lib. II, cap. 13).

(1) *Cartas de la montaña.*
(2) *Deismo refutado por sí mismo*, tomo 2, pág. 209.

«quemar la mas hermosa ciudad de la Grecia porque su «gloria oscurecia á Roma, y castigar millares de inocentes «por la locura de dos ó tres sediciosos. Si la última guerra «que ocupó toda la Europa se hubiera dirigido por seme-«jantes héroes, la Alemania en el dia no seria otra cosa que «un espantoso desierto.»

Horroriza ciertamente el derecho de gentes, si podia llamarse tal, y especialmente el derecho de guerra del Paganismo. Platon, á pesar de ser uno de los primeros sábios de la antigüedad pagana, y el mejor moralista sin disputa, no estaba contento con la esclavitud, el fuego y el puñal para hacer la guerra á los bárbaros, es decir, á todo el que no fuese griego (1). Solon autorizaba el que se robase á todo el que no fuese conciudadano ó aliado de la república (2). Entre lo muy poco que acertó Montesquieu en el *Espíritu de las leyes* siempre que quiso hablar del Cristianismo y de sus influencias, dijo una gran verdad, una verdad histórica al escribir «que esta religion ha creado entre nosotros el dere-«cho político que reconocemos en la paz, y el de gentes que «respetamos en la guerra,» «cuyos beneficios, añade muy «acertadamente, no le agradecerá jamás bastante el género «humano (3).»

Á la religion cristiana se debe, pues, ese espíritu de lenidad y de dulzura que hace que en medio de las guerras mas crueles se observen las leyes de la humanidad: ella entraña una gran fuerza moral que desarma la fuerza física. «Si alguna vez, escribió Chateaubriand cuando sus pala-«bras no podian ser sospechosas á los sofistas, si alguna vez «la religion (cristiana) ha parecido grande, ha sido cuando «sin mas fuerzas que la virtud opuso su augusta frente al «furor de los bárbaros, y subyugándolos con una mirada «los obligó á deponer á sus piés su ferocidad natural (4).»

Sin mas que atender á la extincion de los derechos bárbaros de los romanos alentada y concluida á los repetidos impulsos del Cristianismo, nos convencerémos de la accion é influencia eminentemente benéfica para la humanidad de la religion de Jesucristo. ¿No se ha anunciado muy bien el

(1) *De republica*, lib. V.
(2) *Del hombre*, tomo 2.
(3) Lib. XXIV, cap. 6.
(4) *Ensayo sobre las revoluciones*, tomo 3, pág. 69.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Evangelio, cuando en virtud de su mision humaniza las costumbres mas atroces desde el fondo de las catacumbas en que se le tiene estrechado? Apenas se le deja libre y desembarazada su accion, son suavizadas ó abolidas las leyes mas duras, desapiadadas y tiránicas; los espectáculos abominables, escuelas de corrupcion (1), las diversiones feroces de un vulgo estúpido, *mas propias de tigres que de hombres* (2), contra las cuales declamaba tan elocuentemente san Cipriano (3), y se comienza á demoler el culto mas infamante de la dignidad del hombre, y el oprobio mas execrable del género humano. El Evangelio aparta de él la vileza y la degradacion de santificar y deificar las acciones mas indecorosas y los vicios mas abominables (4): horrorizado le disuade del inhumano error de considerar acciones gratas y propiciatorias las que jamás han ejecutado las bestias mas feroces (5). Si fuera posible que estas escribieran, no se habria leido seguramente en sus códigos una ley semejante á la primera de la cuarta tabla; ley que nos da un justo derecho á dudar si existian entonces sentimientos humanos; ley á cuyo objeto nada se ha hallado parecido entre las hordas salvajes, y ley que el Cristianismo se apresuró á borrar indignado, como el mayor baldon de la humanidad.

El Cristianismo desterró de la sociedad aquella razon ó conciencia pública activa y pasiva, borron de nuestra dignidad, segun la que se consideraba al hombre, y se consideraba este á sí mismo cási ser irracional (6), una propiedad y una cosa cualquiera, sin que la legislacion romana, sin embargo de ser la mas sábia entre todas las anteriores al Evangelio, llegase á conocer el verdadero valor, estimacion y dignidad de todos los hombres. Mr. Augusto Nicolás advierte muy bien, «que no podemos dejar de ser cristianos «sin dejar de ser hombres.»

El Cristianismo abolió cuantas leyes, usos y costumbres impúdicas y soeces, atroces é inhumanas halló á su establecimiento, y el cristiano ya dijo con Terencio: «Soy hom-

(1) «Et filii vestri spectant ac filiæ!» (*Daciani Assyrii oratio adversus Græcos*, *n.* 22).
(2) «De Gladiatoribus penitus tollendis.» (*Cod. Justin.*).
(3) *Epistola I ad Donatum.*
(4) La prostitucion, la embriaguez, etc.
(5) El infanticidio, el sacrificio de los propios hijos.
(6) «Non tan vilis quam nullus.» (*Ley Aquilia*).

«bre, nada humano veo fuera del alcance de mi solicitud y «amor (1):» preciosa máxima que recuerda oportunamente san Cipriano. El apologista Arnobio nos certifica lo mucho que el Cristianismo habia suavizado y civilizado las naciones, ya en el siglo III, á pesar de impedirle las persecuciones explanar su accion é influencia, de lo cual echa mano contra los gentiles como un poderoso motivo de credibilidad (2).

«El designio mas hermoso por su objeto, escribe Frayssi-«nous (3), mas vasto por su extension, mas sorprendente por «el éxito, es el concebido hace diez y ocho siglos por Jesu-«cristo de establecer la religion cristiana en medio del Pa-«ganismo, y renovar con ella la faz de la tierra.» Uno de los argumentos mas fuertes de los apologistas cristianos para probar la divinidad de la religion cristiana y su influencia moral y social, es el cambio que producia en las ideas y en las costumbres, cambio que ponia de relieve el paralelo que hacian entre la vida virtuosa de los fieles, y la abominable conducta de los paganos. Los apologistas del Gentilismo jamás pudieron contestar á este sólido argumento, que les abrumaba con su peso, sino con la calumnia.

Y ¡cuán inmensos no son los beneficios introducidos por el Cristianismo en el órden civil y político! La religion, hablando en general, siempre ha sido reconocida como uno de los lazos de la sociedad, como confiesa el mismo Bayle á pesar de su extraña paradoja de ser posible una sociedad perfecta de ateos, al cual copia el autor del *Diccionario filosófico,* pretendiendo probarlo con el Senado romano. El libro del *Sistema de la naturaleza*, nada menos, dice «ser «necesario el culto público y la religion para mantener la «armonía y el órden:» y Chateaubriand escribió cuando militaba bajo las banderas de la filosofía, «que la sociedad solo «puede sostenerse apoyándose en el altar (4).»

(1) «Homo sum, nihil humani à me esse alienum puto.»
(2) «Nonne vel hæc saltem vobis fidem faciunt argumenta credendi, «quod jam *per omnes terras* in tam brevi tempore et parvo immensi hu-«jus sacramenta diffusa sunt? quod nulla jam natio est tam barbari mo-«ris et mansuetudinem nesciens, quæ non ejus amore versa molliverit «asperitatem suam, et in placidos sensus assumpta tranquillitate mi-«graverit? Quod, etc.» (*Adversus Gentes*, lib. II, cap. 5).
(3) *Conferencias.*
(4) *Ensayo sobre las revoluciones*, prefacio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero el Cristianismo, que es la religion verdadera, es el lazo mas poderoso de las sociedades, y el único lazo de las sociedades verdaderas. Los sofistas mismos confiesan «que «ha consolidado los Gobiernos y minorado las revolucio- «nes (1).» «Solo la religion cristiana es capaz de salvarte,» exclamó el mariscal Bugeaud en su agonía dirigiéndose á la Francia agitada.

Las objeciones mismas de los impíos son un testimonio en favor de esta verdad. Á vista de la influencia eminentemente social de la religion cristiana han dicho «que ella «es, como las demás, una pura invencion de los políticos.» Obsérvese bien: no pueden los sofistas hacer una objecion á la religion de Jesucristo que no sea una asercion de otra cosa que nieguen, ó una contradiccion. Pocos hay hábiles para ocultar su flanco. Muchos hay bastante torpes para enredarse en sus mismos artificios: tales son los que habiendo unido la negacion de la influencia política y social del Cristianismo á la afirmacion de ser parto de los políticos, y habiéndoles recordado en esta hipótesis la poca habilidad de los inventores, se atollaron mas diciendo: «no, «es invencion de los sacerdotes,» como si los sacerdotes fueran antes que la religion, ó el invento antes que el inventor.

Sírvanos de recopilacion de todo lo anterior el oportuno símil con que Nonnotte recuerda á los sofistas los inmensos beneficios sociales del Cristianismo.

«Supongamos, dice, una filosofía que en virtud de las pu- «ras luces con que alumbrara los entendimientos, y en fuer- «za de los sentimientos de dulzura y de decoro que inspirara «en los corazones, abriera á los hombres el camino de la «verdadera sabiduría y de la completa felicidad: esta filoso- «fía seria sin la menor duda el objeto mas digno de la admi- «racion, del respeto y del anhelo del género humano. Si «ella consiguiera suavizar las costumbres feroces, desterrar «vicios detestables y establecer la seguridad y la humani- «dad en la sociedad, si asegurara la vida de los soberanos y «asentase firmemente la autoridad, si lograra que los hom- «bres se arreglaran á los principios esenciales de humani- «dad, de honor y de rectitud que la naturaleza ha grabado «en todos los corazones, ¿con qué anhelo, repito, con qué «respeto y con qué amor la deberian mirar los hombres?

(1) Rousseau, *Emilio*.

«Pues esta filosofía es el Cristianismo; él procura al mundo «todas las sobredichas ventajas y aun otras mayores (1).»

Entiéndase que estos inmensos beneficios que en el órden social y político, como en todos los órdenes, deben las sociedades á la religion cristiana, los deben al Cristianismo puro, al Catolicismo: porque ¿tienen, por ventura, alguna cosa que agradecer en esta parte como bajo ningun otro concepto á la Reforma? ¿Dónde estaba ella cuando aquel precioso cúmulo de beneficios la fue dispensado y asegurado? ¿Qué ha fructificado ella despues á las sociedades? Veámoslo en la opinion unánime de dos españoles tan célebres como malogrados por una muerte prematura.

«El verdadero peligro para las sociedades humanas, escri- «be el Marqués de Valdegamas (2), comenzó en el dia en que «la gran herejía del siglo XVI obtuvo el derecho de ciuda- «danía en Europa. Desde entonces no hay revolucion al- «guna que no lleve consigo para la sociedad un peligro de «muerte.»

«Sabido es, dice el inmortal Balmes (3), que el Protestan- «tismo proclamó desde el principio el derecho de insurrec- «cion contra las potestades civiles, y nadie ignora que el «Catolicismo ha predicado siempre la obediencia á ellas. Por «manera que así como aquel fue desde su orígen un elemen- «to de revoluciones y trastornos, así lo ha sido este de tran- «quilidad y buen órden.» Y mas adelante (4): «Si el Catoli- «cismo hubiese quedado dominando exclusivamente en Eu- «ropa, habríase limitado suavemente el poder civil; tal vez «no hubieran desaparecido del todo las formas representa- «tivas, los pueblos hubieran continuado tomando parte en «los negocios públicos, nos hallaríamos mucho mas adelan- «tados en la carrera de la civilizacion, mas amaestrados en «el goce de la verdadera libertad, y esta no andaria enlaza- «da con el recuerdo de escenas horrorosas. Sí: la malhadada «Reforma torció el curso de las sociedades europeas, adulte- «ró la civilizacion, creó necesidades que no existian, formó «vacíos que no pudo llenar, destruyó muchos elementos de

(1) *Diccionario filosófico*, artículo *Cristianismo*.
(2) *Ensayo*, pág. 312.
(3) *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion de Europa*, cap. 51.
(4) Cap. 62.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«bien, y por tanto, cambió radicalmente las condiciones del «problema político.» Así es que al ataque del Catolicismo tiene que seguir necesariamente el trastorno del órden público, y el enemigo de la religion católica no puede menos de serlo tambien del hombre y del Estado.

¿Quiérese ver, por último, la funesta obra del Filosofismo para la humanidad y para la sociedad en todos los órdenes? Contempladla en este breve cuadro que hemos delineado de sus bellos frutos. En el órden religioso la desesperacion del escepticismo; en el órden civil el socialismo; en el órden moral el egoismo, la inclemencia y la corrupcion; en el órden económico la miseria y el pauperismo, y en el órden político el espíritu de rebelion.

«Resta saber, dice Rousseau (1) discurriendo contra sí «mismo, resta saber si la filosofía á sus anchuras y en el tro- «no sujetaria bien el orgullo, el interés, la ambicion, las «mezquinas pasiones del hombre, y si practicaria esa huma- «nidad tan dulce que nos alaba con la pluma en la mano. «Por los principios la filosofía no puede hacer ningun bien «que la religion no haga todavía mejor, y la religion hace «muchos que no podria hacer la filosofía... Nuestros Go- «biernos modernos deben sin disputa al Cristianismo su mas «sólida autoridad, y que no hayan sido mas frecuentes las «revoluciones: los ha hecho á ellos mismos menos sangui- «narios, como se prueba por los hechos comparándolos con «los Gobiernos antiguos... Mas bien conocida la religion, ha «descartado el fanatismo suavizando mas las costumbres «cristianas. Esta mudanza no es obra de las letras, etc.» ¿Qué sustituyen (los filósofos) al temor del infierno para hacer á los hombres virtuosos? ¿Qué es lo que al Pul-Serho (el rio Leteo de los mahometanos) quiere sustituir? Esto, sin em- bargo, no le impide decir en el *Contrato social*, «que el «Cristianismo está muy léjos de estrechar con el Estado los «corazones de los ciudadanos, y que en su fondo es mas «perjudicial que provechoso á la fuerte constitucion de los «Estados.» Póngase, pues, de acuerdo consigo mismo.

«El espíritu de impiedad, dice Lamourette (2), no es otra «cosa que el esfuerzo del vicio contra la evidencia y la ne- «cesidad de las obligaciones, se dirige por su naturaleza á

(1) *Emilio.*
(2) *Delicias de la Religion*, pág. 232.

«abolir toda idea de sujecion y de sacrificio, á separar al «hombre de toda relacion incómoda, á constituirle centro y «último fin de todas sus acciones, y hacer que no busque «mas bien que el personal, y por consiguiente que no esti- «me á sus semejantes sino por el partido que pueda sacar «de ellos para su propia dicha, y armarle, si es necesario, «para la destruccion de cuanto se opone á sus empresas y á «sus pasiones insaciables.» «Los verdaderos perturbadores «de la Religion y del Estado, dice antes (1), son los falsos sá- «bios, que á fuerza de analizar las verdades sagradas y de «querer disminuir nuestras obligaciones religiosas, des- «truyen el Evangelio: los que en vez de servirse de su ta- «lento y de su razon para arraigar en el corazon de sus con- «ciudadanos el santo amor á la justicia, y para asegurar «las autoridades de la tierra contra las agitaciones de la in- «dependencia y del orgullo, se atreven á erigirse pública- «mente en jueces de sus soberanos, á arreglar los límites «de su potestad, á determinar hasta qué grado les deben «prestar obediencia los súbditos, y á trastornar con las se- «diciosas máximas que esparcen por los imperios el único «fundamento de todas las autoridades de la tierra.»

«¿Qué seria, pregunta el Emo. Wisseman (2), qué seria «bajo su imperio (el de las sociedades secretas, hijas del Ra- «cionalismo) la sociedad, si el sentido de los pueblos cesa- «ra por un solo dia de experimentar hácia ellas una inven- «cible repugnancia? ¿Hasta qué grado de anarquía y con- «fusion deberian descender las naciones para ser modeladas «á su gusto y suficientemente domeñadas al yugo despótico «que ellas les preparan? La imaginacion retrocede espantada «ante semejante suposicion, y hasta los mismos Gobiernos «reformados se han estremecido á vista de ellas. ¡Ah! ni pue- «de ser otra cosa. La religion es la necesaria guardadora de «las costumbres y de las leyes; y los tronos que no la tienen «por fundamento, sienten que todo vacila y se bambolea en «su rededor, y que una conmocion general amenaza devo- «rarlos y sepultarlos á cada instante.»

«Si sucediese, dice Chateaubriand (3), que por un suceso «inaudito volviesen á levantarse en algun tiempo los alta-

(1) Pág. 125.
(2) *Conferencias.*
(3) *Genio del Cristianismo*, lib. VI, cap. 13.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«res del Paganismo, seria perdido sin remedio el género hu-«mano.»

«Negad á Nuestro Señor Jesucristo, escribe el ya citado «Donoso Cortés (1), y luego al punto comienzan los bandos «y las parcialidades y los grandes tumultos, y las soberbias «rebeliones, y las vociferaciones siniestras, y las discordias «insensatas, y los rencores implacables, y las guerras sin «término, y las sangrientas batallas. Los pobres alzan pen-«dones contra los ricos, contra los venturosos los escasos de «ventura, las aristocracias contra los reyes, las muchedum-«bres contra las aristocracias, y unas con otras, como dos «inmensos océanos que se juntan en la boca del abismo, «las alteradas y bárbaras muchedumbres (*).»

El Evangelio, el Evangelio, «hé ahí el código de moral y «de política de todas las naciones y de todos los siglos (2).» Y sin embargo el principio del libre exámen ha llevado á los exegetas hasta el extremo de no ver en el Evangelio mas que un puro *mito*; y á los deistas é incrédulos al de decir «ser la religion inútil al género humano,» mas: perniciosa y la causa principal de todos sus males (3); que para hacer feliz y perfecta á la sociedad, es preciso desterrar todo culto y toda idea de divinidad; y que el hombre que lo consiguiese, seria el mayor amigo del género humano (4).

Quede sentado, pues, respecto del Cristianismo, que él ha introducido la equidad y la justicia en las leyes, la honestidad, el decoro y la dulzura en las costumbres; que ha establecido la paz y la seguridad en las sociedades civiles y políticas; que ha suavizado el trato social, y por último, para decirlo de una vez, que ha fijado sobre su verdadera base el órden religioso, político, moral y social. Pocas objeciones hay tan necias como la de Rousseau cuando dice que una sociedad de verdaderos cristianos no seria una sociedad de hombres. Bien examinado, sin embargo, no le falta razon, porque esta sociedad seria una verdadera sociedad de Ángeles ó de bienaventurados.

(1) *Ensayo*, pág. 397.

(*) «Si asentís á sus máximas (las de los sofistas), todo el mun-«do caerá de nuevo en un espantoso cáos; todo quedará confundi-«do sobre la tierra, todas las ideas del vicio y de la virtud quedarán «trastornadas: desaparecerán las leyes mas inviolables de la socie-«dad; perecerá la disciplina de las costumbres; el gobierno de los «Estados y de los imperios quedará desconcertado; se hundirá toda la «armonía de los cuerpos políticos: no será el linaje humano sino una «asamblea de insensatos, de bárbaros, de impostores é inhumanos que «no reconocerán mas ley que la fuerza, mas freno que sus pasiones, mas «lazo que la irreligion y la independencia, ni mas dioses que á sí mis-«mos. Aquí teneis el mundo de los impíos. Si os place este plan de re-«pública, formad, si podeis, una sociedad de estos hombres monstruo-«sos, y en tal caso lo único que nos resta que deciros es que mereceis «ocupar un lugar en ella.» (Massillon, *Sermon sobre la verdad de un porvenir*). Efectivamente este fue el porvenir de Francia un siglo despues.

(2) Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Derecho de gentes*.

(3) Véase á Bergier rebatir completamente estas calumnias, ibid. artículo *Religion*.

(4) El autor del *Sistema de la naturaleza*, quien en esta parte copió á Lucrecio.

Aunque el Cristianismo no hubiese hecho otra cosa que fijar y moralizar las sociedades, devolver al hombre su valor y sus derechos y establecerle en su dignidad, serian inestimables los beneficios que le trajo, y dignísimos de su eterna gratitud y reconocimiento. Pero además de estos grandiosos beneficios que acarreó el Cristianismo á los hombres y á las sociedades en general, descendió á introducirlos en particular entre las diversas clases y condiciones de los indivíduos. Veámoslos.

BENEFICIOS DEL CRISTIANISMO EN PARTICULAR.

CAPÍTULO V.

LA RELIGION CRISTIANA ES EN GRAN MANERA BENÉFICA AL INDIVÍDUO.

Hasta la aparicion del Evangelio fueron insuficientes todos los medios ensayados para ligar y unir las diferentes condiciones, los diversos estados y las distintas clases de los indivíduos de la sociedad con aquellos lazos fraternales, dulces y suaves, únicos que pueden hacerla feliz. Pero se presenta el Evangelio, y al momento lo allana y facilita todo, removiendo aquellos obstáculos, hasta entonces insuperables, que impedian tan dichosa alianza. Justificando y presentando necesaria la autoridad y el poder, los volvió amables al súbdito; el cual ya obedeció sin repugnancia, y hasta con alegría. Justificada la autoridad, santificó y vir-

«res del Paganismo, seria perdido sin remedio el género hu-«mano.»

«Negad á Nuestro Señor Jesucristo, escribe el ya citado «Donoso Cortés (1), y luego al punto comienzan los bandos «y las parcialidades y los grandes tumultos, y las soberbias «rebeliones, y las vociferaciones siniestras, y las discordias «insensatas, y los rencores implacables, y las guerras sin «término, y las sangrientas batallas. Los pobres alzan pen-«dones contra los ricos, contra los venturosos los escasos de «ventura, las aristocracias contra los reyes, las muchedum-«bres contra las aristocracias, y unas con otras, como dos «inmensos océanos que se juntan en la boca del abismo, «las alteradas y bárbaras muchedumbres (*).»

El Evangelio, el Evangelio, «hé ahí el código de moral y «de política de todas las naciones y de todos los siglos (2).» Y sin embargo el principio del libre exámen ha llevado á los exegetas hasta el extremo de no ver en el Evangelio mas que un puro *mito*; y á los deistas é incrédulos al de decir «ser la religion inútil al género humano,» mas: perniciosa y la causa principal de todos sus males (3); que para hacer feliz y perfecta á la sociedad, es preciso desterrar todo culto y toda idea de divinidad; y que el hombre que lo consiguiese, seria el mayor amigo del género humano (4).

Quede sentado, pues, respecto del Cristianismo, que él ha introducido la equidad y la justicia en las leyes, la honestidad, el decoro y la dulzura en las costumbres; que ha establecido la paz y la seguridad en las sociedades civiles y políticas; que ha suavizado el trato social, y por último, para decirlo de una vez, que ha fijado sobre su verdadera base el órden religioso, político, moral y social. Pocas objeciones hay tan necias como la de Rousseau cuando dice que una sociedad de verdaderos cristianos no seria una sociedad de hombres. Bien examinado, sin embargo, no le falta razon, porque esta sociedad seria una verdadera sociedad de Ángeles ó de bienaventurados.

(1) *Ensayo*, pág. 397.

(*) «Si asentís á sus máximas (las de los sofistas), todo el mun-«do caerá de nuevo en un espantoso cáos; todo quedará confundi-«do sobre la tierra, todas las ideas del vicio y de la virtud quedarán «trastornadas: desaparecerán las leyes mas inviolables de la socie-«dad; perecerá la disciplina de las costumbres; el gobierno de los «Estados y de los imperios quedará desconcertado; se hundirá toda la «armonía de los cuerpos políticos: no será el linaje humano sino una «asamblea de insensatos, de bárbaros, de impostores é inhumanos que «no reconocerán mas ley que la fuerza, mas freno que sus pasiones, mas «lazo que la irreligion y la independencia, ni mas dioses que á sí mis-«mos. Aquí teneis el mundo de los impíos. Si os place este plan de re-«pública, formad, si podeis, una sociedad de estos hombres monstruo-«sos, y en tal caso lo único que nos resta que deciros es que mereceis «ocupar un lugar en ella.» (Massillon, *Sermon sobre la verdad de un porvenir*). Efectivamente este fue el porvenir de Francia un siglo despues.

(2) Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Derecho de gentes*.

(3) Véase á Bergier rebatir completamente estas calumnias, ibid. artículo *Religion*.

(4) El autor del *Sistema de la naturaleza*, quien en esta parte copió á Lucrecio.

Aunque el Cristianismo no hubiese hecho otra cosa que fijar y moralizar las sociedades, devolver al hombre su valor y sus derechos y establecerle en su dignidad, serian inestimables los beneficios que le trajo, y dignísimos de su eterna gratitud y reconocimiento. Pero además de estos grandiosos beneficios que acarreó el Cristianismo á los hombres y á las sociedades en general, descendió á introducirlos en particular entre las diversas clases y condiciones de los indivíduos. Veámoslos.

BENEFICIOS DEL CRISTIANISMO EN PARTICULAR.

CAPÍTULO V.

LA RELIGION CRISTIANA ES EN GRAN MANERA BENÉFICA AL INDIVÍDUO.

Hasta la aparicion del Evangelio fueron insuficientes todos los medios ensayados para ligar y unir las diferentes condiciones, los diversos estados y las distintas clases de los indivíduos de la sociedad con aquellos lazos fraternales, dulces y suaves, únicos que pueden hacerla feliz. Pero se presenta el Evangelio, y al momento lo allana y facilita todo, removiendo aquellos obstáculos, hasta entonces insuperables, que impedian tan dichosa alianza. Justificando y presentando necesaria la autoridad y el poder, los volvió amables al súbdito; el cual ya obedeció sin repugnancia, y hasta con alegría. Justificada la autoridad, santificó y vir-

tualizó la humildad y la obediencia; y la humildad ya no mas fue vileza, ni la obediencia un yugo ni una carga. «Los «superiores, escribe Bossuet (1), han aprendido que deben ser «servidores de sus súbditos, y consagrarse á su bienestar; «los súbditos á reconocer el órden de Dios en las potestades «legítimas, aun cuando abusen de su autoridad: este pen«samiento dulcifica la repugnancia que lleva consigo la de«pendencia; y bajo superiores impertinentes y molestos la «obediencia no es ya pesada al verdadero cristiano.»

Prometiendo el Evangelio el premio al injuriado, al perseguido, al pobre, al desvalido, al desgraciado, la firme esperanza que les inspiró por esta indefectible promesa les hizo ya soportar con fortaleza, con grandeza de ánimo, con resignacion y hasta con alegría sus respectivos infortunios. Exceptuando la esclavitud, que es una condicion y un derecho bárbaro, el Evangelio no destruyó las condiciones diversas, los estados ni las relaciones sociales de los hombres. Todos fuimos ya hermanos, sin dejar por eso de ser padres, hijos, amos, criados, superiores y súbditos. Dejó intacta nuestra desigualdad, nuestras relaciones familiares y sociales, si bien reorganizándolas; pero nos declaró iguales por naturaleza, y nos igualó tambien y fraternizó por la gracia. Estrechó las distancias de las condiciones y de las clases diversas de los hombres hasta donde era justo; pero sin nivelarlas, sin confundirlas: haciendo ver á los príncipes, á los superiores, á los amos y señores que los súbditos, los criados y los esclavos, no obstante la diferencia de posicion social, eran hombres con dignidad y derechos de tales, hermanos suyos, y no una propiedad cualquiera ó una cosa. ¿Quién puede leer sin enternecerse la carta dirigida por san Pablo á Filemon en favor de su culpable esclavo Onésimo? ¿Y no se ruborizan esos sofistas que se atreven á acusar de favorable al despotismo á la Religion que la dictó?

Ella hizo ver de la misma manera á los inferiores y á los súbditos, en las supremas autoridades y en las personas de los príncipes y superiores, no como antes un hombre erigido tiránicamente y de su propia autoridad en señor suyo: no un padrastro severo, sino un rector establecido por Dios, y por la necesidad, si es que ha de subsistir la sociedad, un padre amoroso, un hermano en Jesucristo. Ya fue po-

(1) *Discurso sobre la historia universal*, parte 2.

sible y hasta muy natural el *regem honorificate* de san Pedro (1).

§ I.—*Soberano.*

Advertimos ante todo que la Religion no se ocupa de las diferentes formas de gobierno. Lo que ella quiere y manda es que se acate la autoridad legítima, esté representada en la forma que se quiera.

Aquellos afectuosos lazos que ya unieron á los hombres, lazos formados y anudados por las virtudes evangélicas, especialmente por la caridad, carácter resaltante del Cristianismo, son el escudo de los príncipes de la tierra. El Evangelio no solo prescribe á los hombres la obediencia á sus soberanos, amonestándoles que estén sujetos á los príncipes y á las potestades (2), que les obedezcan (3), que se sometan á toda humana criatura por Dios; ya al rey como soberano, ya á los gobernadores puestos por él, por ser así voluntad de Dios (4), recordándoles que toda alma está sujeta á las potestades superiores (5). No solo amenaza á la rebelion con la pena mas severa (6), ¿por ventura puede hacer mas el código de una nacion? sino que diciéndoles tambien que el poder viene de Dios; que este poder es ordenado, justo (7) y necesario; que nuestros soberanos son nuestros hermanos, y que como los demás hombres están al alcance de la caridad, ya le respetan y le aman espontáneamente, y no necesita mas escolta que custodie su vida que el amor de sus súbditos. Las abejas eligen un rey sin aguijon, «porque «no ha menester armas quien ha de ser amado de sus va«sallos (8).»

«Un cristiano, decia Tertuliano rebatiendo la calumnia «que se les hacia de sediciosos, un cristiano no es enemigo «de nadie, y menos del emperador: convencido de que está «puesto por Dios, se cree obligado á amarle, respetarle, hon-

(1) Ep. I, c. XX, 17.
(2) Tit. III, 1.
(3) Ibid.
(4) I Petr. II, 13, 14, 15.
(5) Rom. XIII, 1.
(6) Ibid. 2.
(7) Ibid.
(8) Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, emp. 38.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«rarle, y desear para siempre su conservacion con la de to-«do el imperio romano (1).»

Resulta, pues, que habiendo el Cristianismo justificado el poder y la autoridad, habiendo probado su necesidad y santificado la obediencia, son los príncipes deudores á esta Religion de la solidez y consistencia de su mando, y de la fidelidad y el amor de sus súbditos. Convertido el mundo al Cristianismo, ya no tuvieron necesidad los príncipes de echar mano de la fuerza ni del despotismo para mantener á raya á los súbditos y contener la rebelion. Hallaron nuevas garantías de su poder, tan suaves como poderosas. Constantino no temió ya limitar el suyo (2), convencido de que el despotismo no era necesario para gobernar súbditos cristianos dispuestos á obedecer, no por temor, sino por obligacion de conciencia, y de que esta Religion divina garantizaba poderosamente á los gobernadores de los Estados la sustitucion de los medios morales por los materiales y físicos.

Severísimas penas imponian tambien los códigos paganos á la rebelion y á los demás crímenes de lesa autoridad. Pero ¿se evitaban por eso? La historia de Roma pagana, v. g., es la historia de las conspiraciones y traiciones contra la autoridad suprema, la historia del regicidio y del asesinato de los gobernantes (*). No es extraño : faltaba el Evangelio,

(1) «Christianus nullius est hostis, nedum imperatoris, quem sciens «à Deo suo constitui, necesse est ut et ipsum diligat et revereatur et «honoret, et salvum velit cum toto Romano imperio, quousque sæcu-«lum stabit.» (*Ad Scapulam*, cap. 2).

(2) *Cod. Theod.* lib. I, tit. 2, n. 1.

(*) De los siete primeros reyes de Roma tres fueron asesinados y uno destronado. De cuarenta emperadores que hubo desde Domiciano hasta Constantino, perecieron mas de veinte á manos de sus soldados ó á las de los sediciosos y rebeldes. Entre los griegos sucedió lo mismo. Toda la familia y cási todos los parientes de Alejandro Magno murieron violentamente. Pocos reyes de Asia ó de Siria escaparon del hierro ó del veneno. De los diez y ocho que se cuentan desde la muerte de Seleuco I hasta el último Demetrio, diez por lo menos perecieron bajo la espada de los rebeldes. Los Lagidas representaron en Egipto escenas tan terribles como las de los sucesores de Seleuco. Si pasamos á los árabes veremos á sables de los amotinados derribar cabezas de soberanos como la hoz corta las espigas. Omar, Alí, Moavio, Ottoman, Hussain, Marvan, Hibrain, perecieron en cosa de un siglo, con la mas horrorosa continuacion de perfidias, de asesinatos y de vuelcos de tronos. El solo Moktar se gloriaba de haber hecho degollar mas de cincuenta mil Omniades, y Abdallá Mahometto, primer califa de los Abasidas, mereció el nombre de Saffah, es decir, exterminador, por el espantoso destrozo que hizo de los príncipes Omniades y de sus adictos en toda la extension del imperio. De la China refiere el P. Ko en sus *Memorias*, que

faltaba la caridad, estaba desatado el lazo, las pasiones movian y guiaban exclusivamente al hombre, el orgullo y la ambicion se habian apoderado de las personas y de los destinos, y para conseguir sus intentos desoian hasta la voz de la naturaleza y los impulsos de la sangre. ¿Quiere verse por medio de un ejemplo palpable lo que los soberanos son deudores en esta parte al Cristianismo? África nos le ofrece. Allí se ha visto á los príncipes herederos de la antigua Etiopia ó Abisinia revestidos por la Religion de la consideracion y del respeto debido ante sus súbditos, mientras de allí un paso el Mahometismo ha encerrado á los hijos del rey de Senaar, los cuales eran degollados sin piedad cuando este moria, para seguridad del que subia al trono (*).

¡Qué garantía tan poderosa recibe la autoridad de un imperio el dia que este se hace cristiano! ¡Ah! ¡la inevitable suerte del representante del poder de una nacion cristiana que quiera emanciparse de la tutela del Cristianismo y volverse pagana, será siempre la del inocente Luis XVI!

Reasumamos con Nonnotte : «Todos los fastos y todos los «monumentos del universo atestiguan acordes que desde «que se estableció el Cristianismo los reinos y los Estados «han tomado una consistencia mucho mas firme ; que las «sediciones, las rebeliones, los tumultos han sido mucho «mas raros; que los atentados contra las personas de los so-«beranos han sido sin comparacion mucho menos frecuen-«tes ; que los príncipes, generalmente hablando, han trata-«do á sus súbditos con mucha mayor equidad ; que los Go-«biernos se han moderado y suavizado; que los pueblos han «sido mas fieles y vivido mas tranquilos (1).» No hay que olvidar que si las pasiones humanas no pusieran un obstáculo, el cambio habria sido completo en todas sus formas.

Pero este es el Cristianismo en paralelo con el Paganismo. ¿Se quiere ver ahora al Catolicismo junto á la herejía, ó al Cristianismo puro junto al Cristianismo reformado?

no hay país alguno en que mas soberanos hayan sido destronados, envenenados ó degollados. No recorrerémos los fastos de otras naciones. Sobra lo dicho para demostrar que solo la religion cristiana ha revestido á los soberanos del carácter de inviolabilidad, y ha colocado sus tronos en regiones inaccesibles á las tormentas.

(*) Innumerables son en las naciones gentílicas las víctimas reales sacrificadas á la ambicion de sus parientes por medio del veneno ó del acero : aun los mismos hijos, aun los mismos padres.

(1) *Diccionario filosófico*, artículo *Religion*.

Si desde luego abrimos el catálogo de las herejías, muy pocas hallarémos que no presenten carácter sedicioso mas ó menos pronunciado. Ved la herejía arriana. Ella se sentó en el trono con Constancio: de los innumerables obispos católicos que entonces fueron desterrados, encarcelados, atormentados, etc., ¿puede citarse ni uno solo que en sus predicaciones dejase traslucir siquiera el menor espíritu de rebelion contra el poder que así les trataba? Por el contrario; ¡qué de manejos sediciosos no emplearon los arrianos para que triunfara la herejía! Pero no necesitamos apelar á épocas lejanas. La herejía luterana, ese tronco enorme de rebelion y de violencia, del cual han brotado tantas otras sectas, verdaderas ramas sediciosas, ¿no ha puesto en conmocion todos los tronos de Europa?... Mas de esto ya hablarémos en otro lugar (*).

El mismo Hume, historiador protestante, no puede menos de confesar, en medio de su parcialidad y espíritu de secta, «que entre todas las religiones ninguna es mas favorable á «los soberanos que la católica (1).»

¡Ah! Segun la teoría expuesta, que tan perfectamente de acuerdo se halla con la práctica, era una consecuencia necesaria el que en Europa y en las naciones que se llaman civilizadas fuesen mas frecuentes las conspiraciones, los atentados y los regicidios á medida que en ella se resfrió el

(*) Antes de los dichosos tiempos de la Reforma la historia nos ofrece en los pueblos cristianos algunos aunque raros ejemplos de asesinatos de reyes, pero morian en el seno de la rebelion ó en el tumulto de las conspiraciones; y estos atentados reales, por disimulables y justos en la apariencia que fuesen los motivos de la sublevacion, siempre horrorizaban á la conciencia pública. Pero jamás se conocieron en nacion alguna civilizada los asesinatos *reales jurídicos*, hasta que esa tan celebrada Reforma y ese dichoso filosofismo, hijos naturales del renacimiento, vinieron apiadados á sacarnos de no sabemos qué pretendido abismo de tinieblas y de imbecilidad, y á iluminarnos con sus ilustradas y eminentemente sociales y políticas doctrinas.

En la edad media, en que solo campeaba la influencia católica, era cási desconocido el regicidio en Europa. Desde el siglo XVI, merced á *la influencia civilizadora* del Renacimiento, del Protestantismo y del Filosofismo, además del odio poco disimulado que se observa hácia las testas coronadas, tenemos en Inglaterra el asesinato de María Stuardo por Isabel y el de Cárlos I por Cromwel. En Francia los de Enrique III y IV y Luis XVI: los duques de Berry y Parma mueren asesinados. Además tenemos los innumerables atentados contra Napoleon I, Luis XVIII, Luis Felipe, los reyes de Prusia, los emperadores de Austria y Francia y las reinas de Inglaterra y España.

(1) Citado por Nonnotte, ibid. artículo *Cristianismo*.

Cristianismo, á medida que se protestó contra él, á medida que la ardiente caridad católica cedia su puesto á la yerta filantropía, á medida que el lazo se desataba y se desató por fin en los pueblos reformados y sofistas, en que cada indivíduo ya fue un evangelio, una religion ó un Dios; en que cada indivíduo quedó constituido un mundo aparte, y un cabo suelto que no quiere ni puede enlazarse con ningun otro.

Pero de los verdaderos cristianos, de los católicos, puede hoy y podrá siempre decirse lo que Tertuliano decia de los de su tiempo, á saber: «Que jamás han entrado ni entrarán «en el palacio de los reyes con el puñal ó el veneno en la «mano (1).» Y cuenta que entonces eran precisamente los cristianos víctimas de la tiranía mas bárbara y de la persecucion mas cruel; y cuenta que siendo tan grande su número, como treinta y cuatro años solamente despues de la muerte de Jesucristo ya lo era, segun atestigua Tácito (2), y como Tertuliano recordaba mas adelante á aquellos tiranos (3), fácilmente los hubieran derrocado, y libertádose de tan atroz despotismo si hubieran querido, ó si á los ojos de esta Religion divina no fuese mas heróico «recibir que dar «la muerte (4).» Y léjos de hacerlo así, no tenian aquellos inícuos perseguidores, como les echaba en cara el elocuente apologista, ni soldados mas valientes y leales, ni súbditos tan obedientes y sumisos. ¿Qué soberano se habria atrevido á fulminar el decreto de exterminio sobre toda una legion que no fuese cristiana? Bien sabia aquel sanguinario que la legion Tebana no habia de resistirse, y que si, como pudo, se resiste, nada hubiera podido contener su impetuosidad, y es derrocado (5) (*).

(1) «Unde Cassii et Nigri et Albini? unde qui inter duas lauros obsi«dent Cæsarem? unde qui faucibus ejus exprimendis palæstricam exer«cent? unde qui armati palatium irrumpunt, omnibus Sigeriis atque «Parthenis audaciores? De Romanis, nisi fallor, idest, de non christia«nis.» (*Apolog.* cap. 35).

(2) *Annal.* lib. XV, n. 44.

(3) «Hæsterni sumus, et vestra omnia implevimus, urbes, insulas, cas«tella, municipia, conciliabula, castra ipsa, tribus, decuria, palatium, «senatum, forum: sola vobis reliquimus templa.» (*Apolog.* c. 37).

(4) «Si non apud istam disciplinam magis occidi liceret quam occide«re.» (*Ibid.*).

(5) «Etiam impariis copiis.» (*Ibid.*).

(*) Alzog en su *Historia eclesiástica* apellida ficcion piadosa este suceso. Probablemente ignora que han parecido las verdaderas actas del

El que quiera ver de una sola ojeada la influencia y la solicitud del Catolicismo en obsequio de la soberanía y del principio de autoridad en paralelo con la de la Reforma y el Filosofismo, recuerde lo que en la segunda mitad del pasado siglo sucedia en Francia, en la cual oirá el lenguaje elocuente, lamentador, lúgubre y profético del primero por boca de la Asamblea del clero, al lado del sedicioso, ciego, imprevisor y obcecado del Parlamento y aun de los soberanos mismos. ¡Qué espectáculo tan glorioso para la religion católica! La autoridad desoye la voz con que ella la anuncia el peligro. Y ¿cómo se venga de este desprecio? Instando, rogando, suplicándola que atienda á sus intereses, que se precava, que se conserve; y cuando ya la contempla hundida, empieza, cual nuevo Jeremías, á lamentarse en tono plañidero y llorar sus ruinas. Parécenos ver aquí á un ingrato viajero que desoye desdeñoso á el que sentado á la orilla del camino le advierte caritativo la proximidad de un volcan ó de un precipicio.

Despojad á los soberanos del carácter sagrado de que les reviste la Religion, y el menor soplo de sedicion y acceso de vértigo bastará para derribar su trono y pisotear su autoridad. Así, pues, los soberanos que protegen la Religion, además de cumplir con uno de los primeros deberes de conciencia, celan por su propio interés y trabajan por su seguridad.

Consúltese la historia: siempre y en cualquiera parte que se ha combatido á la Religion, se ha vilipendiado y despreciado la autoridad, porque desapareció lo que la hacia sagrada é inviolable.

§ II.— *Vasallo.*

Pero si el Evangelio es el escudo de los soberanos contra los súbditos, tambien es la salvaguardia y la garantía de los súbditos contra los soberanos. De señores severos que antes eran transformó á los reyes en padres amorosos, y les hizo considerar á sus súbditos no ya como una cosa cualquiera de la cual puedan disponer despóticamente, y sin responsabilidad alguna divina ni humana, como creian y creen los

martirio. Me reservo probar en una disertacion la verdad de él bajo el aspecto histórico y litúrgico.

soberanos del Paganismo, sino como un ser noble y digno, como un hijo á quien bajo esta misma responsabilidad está obligado á conducir por las sendas del bienestar y de la felicidad, de lo cual se le ha de tomar estrecha cuenta (1), á no tiranizar y á amarle como hermano. Solo el Cristianismo ha podido inspirar á los soberanos una ley mandando que las causas de las viudas y de los huérfanos fuesen juzgadas por ellos mismos (2). Constantino (3) y Carlomagno (4) ya habian manifestado su tierna solicitud por estas personas infelices. Tanta es la que el Evangelio les inspira por los desgraciados y miserables.

«La religion cristiana, escribe Montesquieu (5), es incom-«patible con el despotismo puro: la razon es que estando la «dulzura tan recomendada en el Evangelio, se opone á la «cólera despótica con que el soberano despótico se haria jus-«ticia y ejercitaria sus crueldades.» El Evangelio, pues, escuda á los súbditos contra el capricho y el despotismo de los soberanos, mas eficazmente que el temor que aquellos puedan inspirarles, porque la Religion es mas poderosa que el temor para prevenir los crímenes del mando y los abusos de la autoridad.

Ya no imperó la *voluntad*, sino la *razon*, ya no temieron los súbditos verse tiranizados por aquellas leyes caprichosas, crueles y arbitrarias, baldon de la humanidad y de la dignidad del hombre, que el Cristianismo fué desterrando poco á poco del código de las naciones, ya suavizándolas, ó bien arrancándolas de raíz.

¡Oh! esos admiradores de la legislacion y de la política pagana, esos pigmeos de la ciencia social que deploran la conversion de Constantino como un acontecimiento funesto, ¿no perdonarán á este excelente Príncipe el que aboliese indignado leyes tan opresoras é inícuas, diciendo á la vez que era riguroso deber suyo enmendar los delitos y los crímenes de mando de sus predecesores (6)?

(1) «Ipsi enim pervigilant, quasi rationem pro animabus vestris red-«dituri.»
(2) D. Alfonso el Sábio, lib. XX, tít. 23, part. 2.
(3) *Cod. Theod.*
(4) *Capitulares.*
(5) *Espíritu de las leyes*, lib. XXIV, cap. 3.
(6) «Quippe ita comparati sumus ut aliena delicta emendemus.» (Euseb. Cæsar. *De vita Constantini*, lib. II, cap. 3).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Aun cuando fuera inútil, escribe tambien Montesquieu (1) «haciendo ver los preciosos efectos de la Religion en la liber- «tad civil, aun cuando fuera inútil que tuvieran los súbdi- «tos una religion, no sucederia lo mismo con los reyes, para «que *tascasen el único freno* que pueden tener los que no «temen las leyes humanas.» Palabras que pueden aplicarse en general á cualquiera depositario del poder. «El príncipe, «añade (2), que ama á la Religion y la teme, es un leon que «cede á la mano que le halaga á la vez que le aplaca. El que «teme á la Religion y la aborrece es como las fieras, que «muerden la cadena que les impide arrojarse sobre los «que pasan. El que no tiene religion es aquel animal terri- «ble que no conoce su libertad sino cuando despedaza y de- «vora.» No hay seguramente cosa mas horrible *que la om- nipotencia de la impiedad* (3).

Voltaire decia oportunamente que no quisiera tener ne- gociaciones con un príncipe ateo, «porque si le tuviera en «cuenta, escribe, hacerme machacar en un mortero, me ma- «chacaria sin remedio. Tampoco quisiera, añade, si fuera «soberano, tener relaciones con cortesanos ateos, porque á «buena cuenta todos los dias me veria obligado á tomar con- «travenenos (4).»

Por eso escribe el malogrado Balmes (5) con mucho acier- to: «La irreligion y la inmoralidad cuando están abajo des- «piden un vapor mortífero que mata el poder público, y «cuando están arriba son una lluvia de fuego que todo lo «convierte en polvo y ceniza.» Si, pues, la Religion no re- frenara á príncipes y súbditos, aquellos tenderian á subyu- gar á estos; estos á sacudir el yugo y la dependencia y es- tablecer la igualdad: unos y otros estarian continuamente en lucha, y la fuerza decidiria.

Por manera que así como los soberanos fueron colocados por el Cristianismo en una region inaccesible á las tormen- tas, y revestidos de un carácter sagrado é inviolable, los súb- ditos obtuvieron tambien su justo valor y consideracion, y su dignidad ante los soberanos, y de esta manera se hizo

(1) *Espíritu de las leyes.*
(2) Ibid.
(3) Balmes, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, etc., capítulo 68.
(4) *Diccionario filosófico*, artículo *Ateismo*.
(5) *Ética*, cap. 24.

para lo sucesivo tan difícil la rebelion como la tiranía. ¿Se quiere tambien una prueba incontestable? Ya la hemos in- dicado. Constantino, primer emperador cristiano, fue tam- bien el primero que con sus leyes puso límites al despotis- mo ejercido por sus predecesores.

Pero ¡ay! que así como á medida que languidece el senti- miento religioso y se protesta el Cristianismo puro, mas tie- nen que temer los reyes por su poder y por su vida, á esta misma medida mas tienen que temer los súbditos por sus derechos y por su dignidad de hombres, y los pueblos por su razonable libertad (*). ¿Se quiere tambien de esto otra prueba incontestable? Pues abrid la historia por los reina- dos de Enrique VIII de Inglaterra, la de los Cristiernos de Dinamarca, la de los soberanos reformadores de Alemania, y os suministrará la mas horrible.

Da, pues, lástima el error de aquellos incrédulos que no hallan mas freno para contener á los soberanos que el te- mor, conceptuando una barrera muy débil la Religion, con- tra lo que á cada paso les dice la experiencia y la historia. El freno mas poderoso para contenerlos es esa preciosa con- ciencia pública obra del Cristianismo que les atisba con ce- ñudo semblante, que les abruma con su peso, y que no se atreven á insultar con su conducta.

Por lo que hemos emitido hablando de los soberanos y de los súbditos se ve que el Evangelio no transige ni guarda consideraciones con nadie, que no es aceptador de perso- nas, que á nadie patrocina sus crímenes, que á ninguno disimula sus faltas. Sus exhortaciones, sus consejos, sus preceptos, sus promesas y sus amenazas lo mismo alcanzan al príncipe que se sienta en su trono de oro, que al pastor que se alberga en su humilde cabaña.

§ III.—*Superior y súbdito.*

Solamente el Evangelio pudo conciliar y reunir en una misma persona la autoridad con la estimacion y cariño de

(*) Una misma nacion de las que protestaron contra la Iglesia católica nos ofrece este doble ejemplo. Al principio de la protesta y durante los reinados de Enrique VIII y de Isabel desapareció totalmente la libertad civil ante una tiranía cruel y un despotismo de hierro. Un siglo des- pues, y en virtud de estas mismas doctrinas reformadoras llevadas al terreno político, el pueblo hizo rodar en el cadalso la cabeza de Cárlos I.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los súbditos sobre quienes la autoridad se ejerce; y la obediencia con el afecto hácia el que la impone. Antes de que la luz evangélica iluminara el mundo, el que mandaba cási siempre era aborrecido por el mandado, y el mandado cási siempre era subyugado y despreciado por el que mandaba. El Evangelio tiró de los cabos sueltos de la autoridad y de la obediencia, las aproximó y anudó formando un lazo con la estimacion y el afecto, con quienes hacia tantos siglos que no habian podido conciliarse. La autoridad ya no fue otra cosa «que el amor consagrándose al súbdito, ni la obedien-«cia otra cosa que el amor confiándose al poder (1).»

Al presentarse el Cristianismo en el mundo halla al padre inmolando ó vendiendo á sus hijos, y el señor á sus siervos, como si fueran seres despreciables, incapaces é indignos de su consideracion, de su afecto y de su cariño. Halla infinidad de hombres considerados *de hecho y de derecho, por las leyes y por los filósofos* mas sábios como bestias de carga, y tratándolos como á estas y peor que á estas, infringiendo además en ellos con la mayor infamia todas las leyes del pudor y de la honestidad. ¡Ah! ¿cómo habian de reunir los señores á su autoridad la estimacion y el aprecio de sus súbditos, cuando faltaban para con ellos á todas las leyes divinas y humanas? ¿cómo podian esperar los súbditos ver correspondida su obediencia con el aprecio y el cariño de sus señores, cuando claramente les decia el trato cruel que les daban que les despreciaban y aborrecian, y que si algun amor les tenian no era amor paternal, sino un amor interesado por la utilidad que ellos les reportaban (2)?

El Evangelio da una rápida ojeada sobre estas leyes, y ve horrorizado hasta qué punto pudo ser degradada la especie humana. Las va pulverizando una por una, y quisiera, si fuera posible, hasta borrarlas de la memoria de los hombres, cuya dignidad abatieron por tantos siglos. *Esclavo, esclavitud,* son palabras que sobre todas le indignan, y no se cansa hasta hacerlas desaparecer completamente del código de las naciones, como las mas depresivas del hombre, y las mas usurpadoras de sus naturales é imprescriptibles derechos.

(1) P. Ventura de Ráulica, *La mujer católica*, tomo 1, pág. 226.
(2) «Quis enim aut eum diligat quem metuit, aut eum à quo se metui «putat?» (Cic. *De amicitia*, cap. 15).

Sin embargo, ¿podrémos creerlo? Las doctrinas reformadoras, que desde que aparecieron traen la pretension estúpida é insensata de enmendar la plana al Catolicismo en la tarea de la civilizacion, como hoy la trae de corregírselas á uno y otras la escuela ecléctica, han restablecido aquella condicion cruel y bárbara, y la han admitido á formar la constitucion de los Estados (*). Como si la diferencia de civilizacion, de religion, de costumbres, de leyes y de color de los hombres les arrebatasen su consideracion y su dignidad de tales, ó como si la religion de Jesucristo *(mucho menos la que está ya purgada de la lepra del Catolicismo)* autorizase á los que la profesan á esclavizar á los que profesen otra diferente; y no les prescribiese por el contrario que les amen, que procuren su bienestar y que se acuerden de ellos en sus plegarias; ó, por último, como si la industria algodonera fuese primero que los deberes de la humanidad y que los imprescriptibles derechos del hombre.

§ IV.— *Clases desgraciadas.*

Jamás tuvo el Gentilismo corazon para sentir y compadecerse de los infortunios del hombre, ni lágrimas para llorarlos; siempre se mostró impasible á las desgracias humanas. No tuvo mas que cabeza para calentar, y sentidos para saborear lo que llamaba felicidad, esto es, los vicios mas abominables, los deleites mas impuros, lo que contra su persuasion les traia la infelicidad, haciéndoles hombres viles y desgraciados.

En vano se esforzaba el mendigo en presentar ante los ojos del rico su indigencia, y en interesarle en socorrérsela; ¿qué? una crueldad atroz, bajo el nombre de compasion, habia hecho creer hacerse disfavor al pobre si se le socorria (1). En vano se lamentaba y suspiraba el desvalido para mover al poderoso en contra de su opresor: en vano el lisiado ponia á la vista del sano la falta ó la deformidad de sus miembros: en vano el huérfano y la viuda pedian extenuados de hambre el pan que con ávidos ojos veian echar

(*) Los esclavistas de América.
(1) «De mendico male meretur qui ei dat quod edat aut quod bibat: «nam et illud quod dat perdidit, et illi producit vitam ad miserrimam.» (Plauto, *In Trinum*, act. 1, esc. 2).

UNIVERSIDAD DE SANTO TOMÁS DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á los perros ; ¡ah! apelaban á unos corazones harto endurecidos, á unos corazones que la religion aceraba en vez de ablandar, á unos corazones estériles y sordos á los impulsos de la clemencia, de la compasion y de la justicia, á unos corazones que cási se atrevian á negar la realidad de aquellas desgracias é infortunios por lo mismo que no las habian experimentado, y por último y mas principalmente, á unos hombres que no veian otro premio de su buena accion mas que una estéril vanagloria.

«¿Qué marido gentil, decia Tertuliano á su esposa, ex-«hortándola á que no se casase con ninguno de ellos si le «sobrevivia, qué marido gentil permitirá que su mujer ba-«je á las encrucijadas, y entre en la choza de los pobres para «visitar á los hermanos?... ¿Sufrirá que se introduzca en «las cárceles á besar las cadenas de los mártires? ¿que dé á «los hermanos el ósculo de paz, les lave los piés (*) y los «alimente? ¿Podrias albergar al hermano en tu casa (1)?»

Pero las doctrinas del Cristianismo ablandan los corazones é hinchen de lágrimas los ojos del hombre, por tanto tiempo petrificados, para que estén dispuestas á derramarse á vista de los infortunios de sus semejantes. El apóstol Santiago proclamó el alivio del huérfano y de la viuda como la obra mas agradable á Dios, cuyo socorro habia ya inculcado hasta el cansancio el Cristianismo, en su exordio la antigua ley, como consta del Deuteronomio, en que llama malditos á los que pervierten su justicia (2), del libro II de los Macabeos (3), y de cási todos los libros sagrados.

Los primeros fieles procuraron al momento el socorro y

(*) ¡Oh! en esto ha ido el Protestantismo mas allá del mismo Paganismo. Segismundo, rey de Suecia, fue recriminado por los luteranos por haber lavado en Jueves Santo los piés á los pobres, y éstos fueron excomulgados y declarados incapaces de obtener en lo sucesivo limosna alguna; es decir, condenados á morir de hambre. Huyendo el ser *papistas* fueron inhumanos.

(1) «Quis enim sinat conjugem suam visitandorum fratrum gratia vi-«catim aliena et quidem pauperiora quæque tuguria circuire...? quis in «carcerem ad osculanda vincula martyris reptare patietur? Jam vero ali-«cui fratruum ad osculum convenire? aquam sanctorum pedibus offer-«re? De cibo, de poculo invadere, desiderare in mente habere? Si et pere-«grе frater adveniat, quod in aliena domo hospitium? Si cui largiendum «erit horreum, proma præclusa sunt.» (*Lib. II, cap.* 4).

(2) Cap. XXVII, *v.* 19.

(3) Cap. III.

el alivio de todos los indigentes é infelices, haciéndoles partícipes de sus agapes y erarios, como atestigua Tertuliano (1), y ordenaba el ignorado autor de las tiernas y preciosas Constituciones apostólicas, en las cuales no se olvida de organizar el socorro de ningun desgraciado. El concilio IV de Toledo declaró reo ante él al obispo que sabiendo que un pobre ó desvalido era oprimido por los jueces ó poderosos, no los reprendiera y diera parte al rey (2). ¡Qué solicitud la del primer emperador cristiano por el tierno infante, por el esclavo, por el huérfano, por el pupilo y por la viuda! Nunca acudieron á él en vano, y jamás sus esperanzas de alivio, socorro y proteccion fueron defraudadas (3). ¡Infelices! No temais ya; él se ha avocado el conocimiento de vuestras causas, especialmente cuando litigueis con poderosos (4). Hasta la legislacion, pues, empieza á henchirse de compasion y de ternura (5). Si alguna cosa acredita en toda su horrible forma el espíritu de injusticia y de crueldad de la legislacion pagana, es aquella ley que confiscaba para el tesoro público los efectos y las naves naufragadas. Al abolirla Constantino, exclama indignado: «¿Qué derecho «tiene el fisco en la calamidad ajena, ni por qué se ha de «lucrar en cosa tan infausta (6)?»

«Los Evangelios, escribia Chateaubriand (7) antes de su «conversion, son el único libro verdaderamente útil al des-«graciado; porque en él brillan la piedad, la tolerancia, la «dulce indulgencia y la esperanza aun mas dulce que com-«pone el único bálsamo de las heridas del alma.» De esto

(1) «Hæc quasi deposita pietatis sunt. Nam inde non epulis nec po-«taculis nec ingratis voratrinis dispensatur, sed egenis alendis human-«disque, et pueris ac puellis re ac parentibus destitutis, jamque do-«mesticis senibus, item naufragiis, et si qui in metallis, et si qui in «insulis vel in custodiis, dumtaxat ex causa Dei sectæ, alumni confes-«sionis suæ fiunt.» (*Apolog.* c. 39).

(2) Can. 32.

(3) «Nec ullus unquam ad illum propius accedit, qui fructum alicu-«jus beneficii non retulerit, nec spe sua unquam frustrati sunt qui ab «ipso aliquid auxilii expectassent.» (Euseb. Cæsar. *De vita Constantini*, lib. I, cap. 43).

(4) *Ex. Cod. Justin.* Dat. XV Kal. Julii Constantinopoli.

(5) *Códigos Teodos. Justin.* recórranse.

(6) «Si quando naufraga navis expulsa fuerit ad littus, vel si quando «aliquam terram attigerit, ad dominos pertineat, fiscus meus sese non «interponat. Quod enim jus habet fiscus in aliena calamitate, ut de re «tam luctuosa compendiun sectetur? (*De naufragiis*).

(7) *Ensayo sobre las revoluciones*, tomo, 2, pág. 205.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

infiere antes que el Evangelio no podia menos de tener naturalmente aceptacion entre las clases pobres y desgraciadas. Sin embargo, es necesario no olvidarse de los medios sobrenaturales de propagacion, de la especial asistencia divina, y no atribuirlo todo á causas puramente naturales, como pretende el inglés Gibbon, á quien probablemente habia leido Chateaubriand. Juliano escribiendo á Arsacio atribuye tambien á la caridad y humanidad de los cristianos la rápida propagacion del Cristianismo. Como quiera recordarémos las palabras de Chateaubriand:

«Eran esclavos (los pueblos) (1), y la nueva Religion pu-«blicaba la igualdad; eran desgraciados, y el Dios de paz «amaba á los que derramaban lágrimas; gemian abrumados «bajo el yugo de los tiranos, y el sacerdote les cantaba: *De-«posuit potentes de sede, et exaltavit humiles:* finalmente, «Jesús habia sido pobre como ellos, y ofrecia un asilo á los «miserables en el seno de su Padre. ¿Qué divinidad del Pa-«ganismo, puesta en la balanza con el nuevo Dios que se «ofrecia á sus adoradores, la inclinaria en el corazon del dé-«bil y del desgraciado? ¿Qué habia de esperar el plebeyo de «un Elíseo en que solo se contaban príncipes y reyes?»

Como hermanos que les dijo ser todos, impelió el Evangelio á los hombres á interesarse recíprocamente en los dolores, trabajos, adversidades y desgracias de esta vida infeliz y miserable. Y como si á introducir entre los hombres este interés recíproco en la tribulacion, esta solidaridad de las penas y de las aflicciones no creyera suficiente, como no es por desgracia, el recordarles esta fraternidad universal y decirles que están expuestos á los mismos infortunios que sus semejantes; no contento tampoco con convencerles de que este interés recíproco y esta participacion mútua de las miserias ajenas entra en gran parte á constituir nuestra dicha temporal, dado que haciendo de todos las penas de uno solo se reparten y mitigan; como si todo esto no bastara, repetimos, los estimula y mueve á esta recíproca participacion con el aliciente de la recompensa mayor que puede ofrecerles. Por manera que los impele á que se labren su felicidad temporal, ¡brindándoles, si lo hacen, con la felicidad eterna!

El Evangelio nada pide al hombre para Dios sino su re-

(1) *Ensayo sobre las revoluciones*, tomo 1, pág. 65.

conocimiento y su culto; y aun el culto que le exige es para volverle en provecho suyo. ¡Oh bondad incomprensible é infinita! ¡Con qué el castigo de el que es feliz en esta vida es el serlo tambien en la otra! ¡con qué los medios que tenemos que poner en práctica para alcanzar la felicidad eterna constituyen tambien la felicidad temporal! Así es: ambas felicidades son correlativas; y el hombre, generalmente hablando y segun la via ordinaria, no puede saborear la una sin sentir la otra, ni obtener la una sino por medio de la otra; porque esas privaciones que se dice hay que sufrir para alcanzar la eterna bienaventuranza son los trabajos del bruto, no los trabajos del hombre; son trabajos para las pasiones, no trabajos para la razon; y aun los trabajos consistentes en ser víctima de la injusticia y de la iniquidad, cuando recaen en personas perfectas, virtuosas y cristianas, las son convertidos en suavidades, dulzuras y satisfacciones que en vez del dolor, del pesar y de la afliccion llevan la alegría á su corazon y la paz á su alma. ¡Paz y alegría! ¡Ah! ¡de cuán difícil adquisicion sois para el hombre dominado por las pasiones, y de cuán fácil para el hombre que únicamente permite ser guiado por la razon (*)!

(*) Tal vez se desearán algunas explicaciones sobre esta materia. La virtud jamás puede ser un trabajo ni una calamidad para el hombre considerado como debemos considerarle en su parte noble, la razon. Con esto lo hemos dicho todo. Vivir una vida pura y casta, v. g., será un trabajo para el hombre *animal*, pero no lo será para el hombre *racional*. Hay, es cierto, trabajos reales y verdaderos para el hombre aun en el concepto de su razon, tales son, por ejemplo, la calumnia y la injusta persecucion: pero el Cristianismo ha sabido presentárselos al que los sufre de tal modo, que se ha hecho ver en ellos dulzuras y dichas. Por manera que los trabajos con que se dice alcanzamos el cielo, ó no son males para el hombre, ó si lo son, la virtud y la esperanza que le ha alargado el Cristianismo los convierte en bienes. Verdad es que el Evangelio promete la recompensa eterna tanto al hombre que sufre aquellos trabajos consistentes en el freno de las pasiones, como al que tolera humilde y valerosamente los otros consistentes en las iniquidades ó injusticias de que es víctima inocente: verificándose en el primer caso que Dios quiere hacernos eternamente dichosos si nosotros no queremos rebajarnos en la tierra hasta la condicion del bruto. Solamente existe una calamidad y una desgracia real, y que sea tal en sus efectos para el hombre verdaderamente virtuoso y cristiano; y es la ausencia de la gracia divina, el pecado. Y aquí nos acordamos de la respuesta tan oportuna que el piadoso Stolberg refiere en su *Historia de Jesucristo* que dió un sencillo aldeano de Angelmondi á el que le compadecia por la desgracia que le acarreó la nube que destruyó sus mieses.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

§ V.—*Continuacion.*

Pocos son los libros desde el Génesis hasta el Apocalipsis en que no se inculque el socorro y el amparo del pobre, de la viuda, del huérfano y extranjero, y todas las amenazas de los Profetas, además de la idolatría, no reconocen mas motivo que la dureza, el abandono y la iniquidad para con ellos. El Apóstol de las gentes estimulaba en todas sus cartas á los fieles á que jamás se cansasen de hacer bien.

Bajo la influencia del Gentilismo, los infelices miraban á sus semejantes y ninguna señal de compasion veian delineada en su semblante. Recorrian las ciudades, y ningun establecimiento de beneficencia hallaban donde albergarse contra la intemperie, satisfacer su hambre, limpiar sus llagas y curar sus dolencias. «El Señor, decia David considerando esta general desapiadacion, el Señor hará justicia «al desvalido y venganza de los pobres (1).»

Desarróllase el Cristianismo, que desde su cuna estaba clamando: «Buscad lo justo, socorred al oprimido, haced «justicia al huérfano, defended á la viuda (2).» Dale la conversion de Constantino existencia social, y suceden al momento los hospicios y hospitales á los anfiteatros y á los circos. El edificio en que antes se asesinaban bárbaramente los hombres para divertir á la feroz tiranía y á la ignorancia estúpida, le hizo servir para conservar sus vidas, curándoles sus enfermedades, socorriendo sus indigencias, ó encubriendo su ilegítimo nacimiento. Las casas del horror y del crímen se convierten en casas de piedad y de misericordia: no temen ya los pobres el verse hacinados en un navío y sumergidos en alta mar (*). Ya está seguro el infeliz de hallar doquiera consuelo, alivio, medicinas, abrigo y sustento; y aun cuando le faltaran estos establecimientos, amparo y asilo de sus miserias, encuentra en cada cristiano un hermano que le socorra (**). Esto solamente pudo ha-

(1) Psalm. XXXIX, 18.
(2) Isai. I.
(*) Así se deshacia de ellos Galerio.
(**) ¿Cómo hubieran podido sufrir los opulentos y orgullosos paganos sin indignarse y sin reputarlo un crímen de lesa alcurnia el que un necesitado les demandase un denario llamándole simplemente hermano? «La diferencia de fortuna, les decia Tertuliano, extingue entre

cerlo el Evangelio, porque, como ya dijimos, él solo pudo conseguir que se interesasen los hombres en sus desgracias recíprocas, repartiéndose entre todos las penas y los dolores.

Á aquella yerta filantropía que á los gentiles dictaba muy rara vez, y movidos por la vanagloria, socorrer las necesidades de sus semejantes, sucedió esa ardiente caridad cristiana que no aguarda á que la busquen, sino que indaga, se agita, se reproduce y está donde quiera que hay una llaga que curar, ó una necesidad que socorrer, ó una lágrima que enjugar. Pero ¡ay! que la malhadada Reforma abandonando el *sentimiento* y restableciendo el *cálculo* hizo desaparecer otra vez esta misma caridad de los países que invadió con su influencia perniciosa, volviendo á aquella estéril y fria filantropía que no tiene ojos para llorar, ni corazon para sentir, ni lengua para consolar, ni manos para curar una herida ó limpiar una lágrima, y que si retiene algo de bueno «son jirones del Evangelio con que desgarrándole se «ha quedado en las manos (1).» Á él se lo deben, así como los sofistas tambien le deben ese forzado respeto y homenaje á la moral pública creada por él, esa exterior adhesion á la virtud, esos miramientos por la honestidad y decoro, esas atenciones, ese espíritu filantrópico tal como es, porque á pesar de todos sus extravíos, las primeras impresiones del Cristianismo subsisten, los efectos sobreviven á la causa, y el naufragio no ha sido tan general que no se hayan salvado algunos pequeños restos. Observa muy oportunamente el célebre Balmes, «que cuando los modernos desechan la Reli«gion, llevan muy allá su ingratitud, porque al propio tiem«po que la insultan, se aprovechan de sus beneficios (2).»

Volviendo á lo anterior: incalculables é inmensos son verdaderamente los beneficios que á los hombres y á la humanidad en general aportó el Evangelio con la grandiosa idea de hacer solidario el infortunio: beneficios que jamás ha-

«vosotros la fraternidad.» (*Apolog.* cap. 39). Pero ¿á qué recurrir al Paganismo? ¿Puede por ventura sufrirlo tampoco el orgullo protestante y sofista? El pobre ha de decirle *señor*, y este apenas se digna entonces ladear un poco la cabeza para dirigir una mirada acompañada de un gesto de asco y de desprecio á aquel infeliz que tuvo la *audacia* de implorar en público su clemencia; ¡y por ello le han llevado alguna vez los esbirros á marcarle con un hierro candente!

(1) El abate Legris Duvat.
(2) *El Protestantismo comparado*, etc., cap. 69.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bria experimentado la humanidad si el Cristianismo no hubiera aparecido, por alto que fuese el grado de civilizacion á que la sociedad hubiera podido remontarse, aun suponiendo (lo que no es posible) que hubiese existido la verdadera civilizacion sin el Cristianismo, y sin embargo, en ninguna de sus edades ó épocas disfrutó estos beneficios. Roma era tan culta como se puede ser fuera de la influencia del Evangelio, y, sin embargo, no los saboreó hasta que Constantino dió existencia social á la religion cristiana, y fijó la cruz en el Capitolio, y mas completamente cuando el imperio romano cercano á su muerte, como para volver en su arrepentimiento de las tinieblas á la luz, admitió definitivamente en su seno al Cristianismo.

Antes de concluir este capítulo oigamos al sábio filósofo Sabunde discurrir acerca de estos beneficios del Cristianismo en las diferentes clases y condiciones sociales por sus sublimes principios.

«Adoptados, dice (1), estos principios (el amor de Dios y «el del prójimo por Dios) de buena fe y con sinceridad, de«mos una ojeada al mundo moral, observemos un poco el «encadenamiento, el órden y las relaciones que necesaria«mente han de existir entre los soberanos y los súbditos, «entre el rico y el pobre, el infeliz y el afortunado. No se «encontrarán por cierto otros mas sólidos ni mas útiles, mas «estables ni mas perfectos.

«El soberano que ama á sus pueblos como á sí mismo por«que los ama en Dios y por Dios, se tiene por un padre amo«roso rodeado de sus hijos; se persuade de que está sentado «en el trono, no para aumentar sus placeres, ni para gozar «de los homenajes de sus súbditos, ó deleitarse en el es«plendor de su majestad, sino para aliviar los infortunios «de sus pueblos y para fomentar en ellos la paz, el reposo «y la felicidad. Su trono está rodeado por aquellos que le di«cen sinceramente la verdad aunque sea amarga á veces. Su «morada está abierta igualmente al rico que al pobre. Con «igual placer, con la misma presurosa atencion escucha él «la voz de un mendigo que la de un grande de su reino. La «vista de un infeliz es para él un callado pero penetrante «reproche. Léjos de sacrificar al menor de sus súbditos á sus «particulares intereses, se forma de él un objeto de ternura

(1) *Las Criaturas*, pág. 73, 74 y 75.

«y de compasion. Premia solamente á la virtud, y castiga «solamente al vicio igual ó indiferentemente. En fin, se «muestra en todo tal como debe ser necesariamente un so«berano que ama á los pueblos como á sí mismo.

«Los súbditos hallando en el príncipe un padre amoroso «que trata de conocer sus necesidades para proveer á ellas; «que todos los medios agota para disminuir su infelicidad; «que constantemente vela sobre sus haberes y sobre su vida; «que lleva el gravoso cuidado de toda la sociedad y se hace «cási infeliz para hacerlos á ellos felices, conocerán que no «tienen sentimientos de amor, de ternura, de gratitud y de «adhesion proporcionados á tan grandes beneficios: se per«suadirán de que al soberano se deben la sumision, la obe«diencia y el respeto, que él no exige sino para utilizarlos «en su provecho. Le amarán, finalmente, como se aman á «sí mismos, le amarán en Dios y por Dios, y en cuanto Dios «lo quiere. Los derechos de la soberanía no pueden estar «mejor fundados ni seguros. En este sistema un rebelde es «enemigo de toda la sociedad y destructor del órden.

«El rico, en vez de ensoberbecerse, se reconoce hermano «del pobre, y reflexiona que acaso sus mayores sirvieron «antes á los antepasados de aquellos que ahora obedecen «sus órdenes, y que semejante suerte podria tocar tambien «á sus sucesores. Estos pensamientos le humillan: él se con«sidera como depositario y repartidor de sus riquezas: se «muestra benéfico sin fomentar la ociosidad y la pereza; li«beral, mas no pródigo, humilde y no imbécil; trata á sus «criados como quisiera ser tratado él si fuese como ellos; «ayuda á la sociedad con las ciencias, con la prudencia, con «los consejos y con las riquezas sin mira alguna, sin el me«nor interés, solo en Dios y para Dios. No es posible hallar «un impulso mas fuerte, un medio mas estable.

«El pobre llega á ser necesariamente fiel, subordinado y «laborioso: vive contento en medio de sus fatigas, porque «sabe bien que aunque el granizo puede devastar los cam«pos bañados con su sudor, no puede quitarle el corazon de «su amo; que la vejez puede volverle débil, pero no hacerle «infeliz.

«El afligido no bien ha experimentado el infortunio, en«cuentra ya el consuelo, y aun cuando no le venga directa«mente de parte de los hombres, le sirve al menos de gran-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«de aliento el saber que todo el mundo se aflige con él y «por él.

«El afortunado tiene el gusto de hacer partícipes de sus «prosperidades á sus semejantes, y no se propone otro in- «tento que el de consolar afligidos y auxiliar á infelices: los «ama á todos, y de todos es amado; no teme perder lo que «posee, porque sabe que sus hermanos, léjos de despojarle «de ello, desean sinceramente duplicárselo.

«Si todos los hombres tomasen por norma estos princi- «pios, la bella edad de oro no se contaria ya mas entre las «quimeras.» «Jesucristo, dice mas adelante (1) recopilando «estas materias, Jesucristo, al fin, ha llamado á todos á su «presencia, soberanos, súbditos, sábios, ignorantes, ricos y «pobres, maridos y mujeres, padres é hijos, pequeños y «grandes, y les ha hecho entender que ante él todos son «iguales, que él es su padre comun, que todos son hijos «suyos criados para su último fin y dirigidos á un solo ob- «jeto, y que así deben amarse como hermanos, socorrerse «mútuamente y hacer unos con otros lo que desearian se «hiciese por sí mismos.»

«Todos ganaron, dice el Marqués de Valdegamas, con cu- «yas palabras concluirémos, todos ganaron con esta revo- «lucion dichosa (la aparicion del Cristianismo), los pueblos «y los gobernadores: los segundos, porque no habiendo do- «minado antes sino sobre los cuerpos por el derecho de la «fuerza, gobernaron ya los cuerpos y los espíritus junta- «mente sustentados por la fuerza del derecho: los prime- «ros, porque de la obediencia del hombre pasaron á la obe- «diencia de Dios, y porque de la obediencia forzada pasa- «ron á la obediencia consentida. Empero, si todos ganaron, «no ganaron todos igualmente, como quiera que los prínci- «pes en el hecho mismo de gobernar en el nombre de Dios, «representaban á la humanidad bajo el punto de vista de su «impotencia para constituir una autoridad legítima por sí «sola y en su nombre propio, mientras que los pueblos en «el hecho mismo de no obedecer á los príncipes sino á su «Dios, eran los representantes de la mas alta y gloriosa de «las prerogativas humanas, la que consiste en no sujetar- «se sino al yugo de la autoridad divina. Esto sirve para ex- «plicar por una parte la singular modestia con que resplan-

(1) *Las Criaturas*, pág. 272.

«decen en la historia los príncipes dichosos á quienes los «hombres llaman grandes, y la Iglesia llama santos; y por «otra la singular nobleza y altivez que se echa de ver en el «semblante de todos los pueblos católicos. Una voz de paz, «de consuelo y de misericordia se habia levantado en el «mundo, y habia resonado hondamente en la conciencia hu- «mana; y esa voz habia enseñado á las gentes que los pe- «queños y menesterosos nacen para ser servidos porque son «menesterosos y pequeños; y que los grandes y los ricos «nacen para servir porque son ricos y porque son grandes. «El Catolicismo divinizando la autoridad santificó la obe- «diencia, y santificando la una y divinizando la otra, con- «denó el orgullo en sus dos manifestaciones mas tremendas, «en el espíritu de dominacion, y en el espíritu de rebeldía. «Dos cosas son de todo punto imposibles en una sociedad «verdaderamente católica, el despotismo y las revolucio- «nes (1).»

Estando tan patente en todo cuanto hemos discurrido has- ta aquí la grandiosa influencia de la religion cristiana en todas las clases y condiciones sociales, resaltan los errores, ó mejor dicho, las contradicciones de los sofistas que la han acusado de poco represora del vicio, de corruptora de los pueblos, de patrocinadora de crímenes, de fautora del des- potismo de los reyes, y de la sedicion de los súbditos á la vez; y por último, de los que echando el resto, por decir- lo así, la han llamado la caja de Pandora (2). Juzgue cual- quiera si Voltaire tenia razon al decir en su exámen impor- tante (3), «que todo hombre sensato y de bien debe mirar «con horror á la religion cristiana.»

¡Oh! no hay mas que extender la vista hoy mismo por to- dos los países del mundo que no son cristianos; observar la sociedad política, la sociedad doméstica ó la familia, y de se- guro un corazon cristiano no podrá sufrir mucho tiempo un aspecto tan desolador y horroroso.

Reasumamos este libro: Hemos patentizado que la religion cristiana en su pureza, ó el Catolicismo, no puede menos de

(1) *Ensayo*, 26 y 27.

(2) *Sistema de la naturaleza*, lib. II; *La sensatez; Historia del establecimiento de los europeos en las Indias*, tomo 6; *Ensayo sobre las preocupaciones*, cap. 2; *Política natural*, tomo 2; *Enciclopedia*, artículo 20 añadido: citas de Bergier, *Tratado histórico*, tomo 1.

(3) Citado por Nonnotte, *Diccionario filosófico*, artículo *Religion*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ser la religion del sábio despreocupado y franco: que no puede ser sábio ni tener talento el que *por conviccion* la deseche; y que el hombre sábio y de talento que la deseche, es necesariamente hipócrita y traidor á sus íntimas convicciones. Hemos visto que la fama de los filósofos mas sábios del Gentilismo proviene exclusivamente de haber consignado, entre sus muchos desvaríos y absurdos, ciertas máximas y doctrinas que se aproximan al Evangelio que parece quisieron como columbrar á tan larga distancia; y otros, de haber profesado en grado heróico alguna de las virtudes recomendadas por él mismo, el cual á la vez ennobleció y elevó el fin y los motivos. Hemos visto que léjos de ser el Evangelio enemigo del talento, de las luces y de las investigaciones de la razon, es por el contrario la razon misma con alas, con las cuales puede la imaginacion remontarse al conocimiento de las verdades mas sublimes sacudiendo los pesados grillos con que las pasiones mas abominables la tenian aprisionada; que es la mano benéfica que extrajo al hombre de un cáos de tinieblas á un vasto campo de luz, que es el telescopio de la inteligencia. Hemos visto que el Evangelio recordó al hombre sus derechos y su dignidad, sacándole de la consideracion ó concepto en que se tenia á la mayor parte de *seres indignos ó cosa cualquiera* sujeta á propiedad y dominio particular; consideracion que por tantos siglos hizo tener olvidada la dignidad, la nobleza, los derechos y las prerogativas del hombre. Hemos observado la grande expansion que recibieron las ciencias luego que reflejó en ellas la luz evangélica. Hemos visto cuántos, cuán variados é inmensos han sido los beneficios que el Evangelio reportó á la humanidad y á la sociedad en general, y en particular á cada una de las clases y de las condiciones de los indivíduos. Hemos advertido que el mundo jamás los habria experimentado, si no hubiera aparecido el Evangelio, por elevada que hubiese sido (si esto fuera posible) la altura á que se hubiera remontado la civilizacion. Hemos visto que solo el Cristianismo pudo conciliar y hacer simpáticas las diversas clases, categorías y posiciones sociales de los hombres, tendiendo un lazo fraternal entre todos ellos. Hemos visto que solo el Cristianismo pudo conseguir que nos interesáramos mútuamente en nuestros infortunios, y que todos participáramos de ellos, creando esa gran reciprocidad de sentimientos y de afectos, y haciendo al dolor y á la pena solidaria y reversible. Hemos visto que el Cristianismo reformó y suavizó las leyes, los usos y las costumbres; que fijó la idea truncada y extraviada del vicio y de la virtud, así como la moralidad de las acciones; que acrisoló la conciencia pública enriqueciéndola y apoyándola sobre bases seguras y verdaderas; que todo lo ablandó y dulcificó; que hinchió los corazones de sentimientos tiernos y compasivos, y de lágrimas los ojos; y por último, y como por una necesaria é inevitable consecuencia de doctrinas, hemos hecho ver la grande influencia del Cristianismo en la obtencion del pacífico régimen y gobierno de las sociedades, y en la realizacion de la felicidad y dicha temporal de las mismas.

Á vista de tanta multitud de beneficios generales y particulares traidos por el Cristianismo, cuesta trabajo creer que haya habido hombres tan estúpidos ó tan prevenidos contra él, que hayan apellidado á la religion cristiana la mas absurda de todas, detestable, fecunda en delitos, enemiga de la sociedad (1)..., la pluma se cae de las manos. Y pregunta un sofista: ¿Qué tiene de particular la religion cristiana para merecer que un hombre de razon la prefiera á todas las demás (2)?

Particularizarémos ahora el lenguaje. Abramos el Catecismo católico y veamos, recorriendo una por una sus principales doctrinas ó los puntos fundamentales del Cristianismo, la paz interior, la tranquilidad de espíritu, los grandes consuelos, las dulces satisfacciones, y los sublimes goces que hace saborear á los hombres, y el bienestar que importa en las sociedades: cosa tan maravillosa y estupenda, que los mismos enemigos del Evangelio no pudiendo atribuirlo á invencion humana, se ven obligados á reconocer en él un orígen divino, porque de otra manera «seria mas pasmoso *«el invento que el héroe* (3).» Examinemos, pues, bajo el método analítico las doctrinas de la religion cristiana, y en este exámen continuarémos viendo lo que al principio hemos dicho, á saber, «que los mismos medios *que nos conduzcan al cielo, forman nuestra dicha en la tierra:*» y por con-

(1) *El militar filosófico*, citado por Nonnotte, *Diccionario filosófico*, artículo *Cristianismo*.
(2) Citado por id. ibid.
(3) Rousseau, *Emilio*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siguiente, que el objeto de la religion de Jesucristo es la doble felicidad del hombre. Por manera que el Protestantismo trastornando estas doctrinas, y el Filosofismo aboliéndolas, no solo apartan á sus infelices prosélitos de la verdadera senda de su bienestar eterno, sino que en el mismo hecho atentan cruelmente contra su bienestar en esta vida; siendo, especialmente los sofistas, en su insensatez, en su profunda malicia ó en su honda hipocresía, enemigos de la religion y de la sociedad, de los hombres y de sí mismos. Demos principio por las virtudes.

LIBRO II.

CAPÍTULO I.

VIRTUDES.

«El Evangelio vino á barrer todas las iniquidades, á des-«enmascarar todas las falsas virtudes, y á realizar las pocas «virtudes verdaderas que constituian el fondo vital de la «sociedad, como la justicia, la templanza, la sinceridad y «la constancia, pero que tenian algo de estéril y limitado, «como la estimacion humana que era su objeto y su precio: «y colocando con sus divinas manos al mundo moral sobre «un nuevo principio, *el sacrificio* en lo que hay de mas ge-«neral y absoluto, puesto que se extiende desde la tierra al «cielo, hizo brotar de aquel principio todas las virtudes di-«vinas, sociales y vivificantes: la humildad, la caridad, la «resignacion, el arrepentimiento, el perdon de las injurias, «el amor de los enemigos, el respeto y el amor de la pobre-«za, la fraternidad universal, el celo de la verdad, la fe, la «esperanza, la caridad; grupo celestial que reasume todas «las demás virtudes, y que se reasume á sí mismo en la «mas eminente, la caridad. La caridad, que abraza en un «solo sentimiento y en una sola palabra á toda la tierra, y «no solo á toda la tierra, sino á la tierra y al cielo para con-«sumarlos en la unidad, que es el término del amor, que es «la vida, y la vida eterna (1).» Ved aquí bosquejada la accion del Evangelio sobre la virtud. ¡Cosa extraña! En los mismos escritos con que Celso atacaba al Cristianismo en el segundo siglo, reconocia á los cristianos por hombres sábios, inteligentes, prudentes, modestos y virtuosos (2): y el apóstata Juliano, al impugnarlos tambien, no podia me-

(1) Augusto Nicolás, *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, tomo 2, pág. 63.
(2) *Orígenes contra Celsum*, lib. I, num. 27.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siguiente, que el objeto de la religion de Jesucristo es la doble felicidad del hombre. Por manera que el Protestantismo trastornando estas doctrinas, y el Filosofismo aboliéndolas, no solo apartan á sus infelices prosélitos de la verdadera senda de su bienestar eterno, sino que en el mismo hecho atentan cruelmente contra su bienestar en esta vida; siendo, especialmente los sofistas, en su insensatez, en su profunda malicia ó en su honda hipocresía, enemigos de la religion y de la sociedad, de los hombres y de sí mismos. Demos principio por las virtudes.

LIBRO II.

CAPÍTULO I.

VIRTUDES.

«El Evangelio vino á barrer todas las iniquidades, á des-«enmascarar todas las falsas virtudes, y á realizar las pocas «virtudes verdaderas que constituian el fondo vital de la «sociedad, como la justicia, la templanza, la sinceridad y «la constancia, pero que tenian algo de estéril y limitado, «como la estimacion humana que era su objeto y su precio: «y colocando con sus divinas manos al mundo moral sobre «un nuevo principio, *el sacrificio* en lo que hay de mas ge-«neral y absoluto, puesto que se extiende desde la tierra al «cielo, hizo brotar de aquel principio todas las virtudes di-«vinas, sociales y vivificantes: la humildad, la caridad, la «resignacion, el arrepentimiento, el perdon de las injurias, «el amor de los enemigos, el respeto y el amor de la pobre-«za, la fraternidad universal, el celo de la verdad, la fe, la «esperanza, la caridad; grupo celestial que reasume todas «las demás virtudes, y que se reasume á sí mismo en la «mas eminente, la caridad. La caridad, que abraza en un «solo sentimiento y en una sola palabra á toda la tierra, y «no solo á toda la tierra, sino á la tierra y al cielo para con-«sumarlos en la unidad, que es el término del amor, que es «la vida, y la vida eterna (1).» Ved aquí bosquejada la accion del Evangelio sobre la virtud. ¡Cosa extraña! En los mismos escritos con que Celso atacaba al Cristianismo en el segundo siglo, reconocia á los cristianos por hombres sábios, inteligentes, prudentes, modestos y virtuosos (2): y el apóstata Juliano, al impugnarlos tambien, no podia me-

(1) Augusto Nicolás, *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, tomo 2, pág. 63.
(2) *Orígenes contra Celsum*, lib. I, num. 27.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos de confesar sus virtudes y elogiarlas, atribuyendo á ellas y á la pureza de sus costumbres los progresos del Cristianismo (1). Plinio, que hizo las pesquisas mas exquisitas sobre la vida de los cristianos, no pudo remitir á Trajano otro tanto de culpa contra ellos, que el que se obligaban con juramento á no cometer crímenes ni delitos (2), contestacion que oportunamente recordaba Tertuliano á los tiranos perseguidores (3). «Si he de ser consecuente, dice Silvio Pelli-«co (4), para ser virtuoso tengo que ser cristiano y católico.»

Efectivamente: tal ha sido en todos tiempos la persuasion y la creencia de que las doctrinas del Evangelio repelen fuertemente el crímen, y que la sincera profesion de estas doctrinas era incompatible en un mismo sujeto con él, que la razon de que los penitentes *substractos* de la antigua disciplina fuesen retrotraidos, si delinquian, á la clase de los *oyentes,* era para que aprendieran los rudimentos de la Religion, los cuales necesariamente *ó no habian aprendido, ó habian olvidado, puesto que aun eran capaces del crímen.* Así las instrucciones de los catequistas, así la creencia y el espíritu de los Padres y de los Concilios, especialmente en los primeros siglos, en aquellos siglos de gran fervor. «En «vuestras cárceles, decia Tertuliano á los magistrados gen-«tiles, en vuestras cárceles, tormentos y circos siempre lle-«nos de vuestros correligionarios, no hay un solo cristiano, «y si le hay, ó en ser cristiano consiste todo su crímen, ó no «es cristiano (5).» Es decir, no es digno de llevar este nombre. Explícalo mas adelante. «Objetará alguno, dice (1), que «tambien hay cristianos que delinquen, mas á estos tales ya «no les tenemos por cristianos.» Y Minucio Félix dice lo mismo. «Allí (en la cárcel) no hay ningun cristiano, á menos «que sea víctima de la religion ó apóstata (2).»

(1) «Nec attendimus quid Christianorum religionem potissimum au-«xerit; humanitas scilicet in peregrinos, et in sepeliendis mortuis so-«licita diligentia, etc.» (*Epístola á Arsacio sacerdote de Galacia*, en Sozomeno, *Historia eclesiástica*, lib. V, cap. 16).

(2) Libro X, carta 97.

(3) «Plinius enim secundus cum provinciam regeret, damnatis quibus-«dam christianis, quibusdam gradu pulsis, ipsa tamen multitudine per-«turbatus, quid de cætero ageret, consuluit tunc Trajanum Imperato-«rem, allegans præter obstinationem non sacrificandi, nihil aliud se de «sacramentis eorum comperisse quam cœtus antelucanos ad canendum «Christo ut Deo, et ad confœderandam disciplinam, homicidium, adul-«terium, fraudem, perfidia et cætera scelera prohibentes.» (*Apolog.* capite 2).

(4) *Mis prisiones*, cap. 3.

(5) «De vestris semper æstuat carcer, de vestris semper metalla sus-«pirant, de vestris semper bestiæ saginantur, de vestris semper mune-«rarii noxiorum greges pascunt. Nemo illic christianus, nisi hoc tan-«tum; aut si et aliud, jam non christianus.» (*Apolog.* cap. 44).

Al hablar de las virtudes discurramos en primer lugar sobre las teologales, que las abrazan todas y son las mas sublimes y las mas dignas, como que tienen por objeto al mismo Dios.

CAPÍTULO II.

VIRTUDES TEOLOGALES.

El hombre no veia en el Gentilismo, mas allá de su desgracia ó de su injusta opresion, sino un horizonte lóbrego, triste y horroroso. Asaltado continuamente por la idea de un porvenir tan espantoso, idea que su religion no sabia distraer, sino que por el contrario se la confirmaba, corria apresuradamente á la desesperacion, y de la desesperacion al suicidio.

Pero el Evangelio, á cuyo ojo sagaz nada se oculta, ve al momento la necesidad de una medicina que dulcifique la desgracia del hombre, y le consuele en medio de sus infortunios; ve la necesidad de recordarle que mas allá de sus desgracias no está la nada, sino una nueva vida exenta de las calamidades de esta, vida que promete á su paciencia; promesa con la cual quiso afianzar y asegurar mas y mas su consuelo; y para obtener este resultado, promulga y trae á los hombres esas tres sublimes y celestiales virtudes que hasta entonces fueron desconocidas entre todos, si exceptuamos un solo pueblo. «Confieso, dice «Voltaire, que los antiguos poseian todas las virtudes hu-«manas: las virtudes divinas no se encuentran mas que en-«tre los cristianos (3).» Y Rousseau: «Nunca ha hablado la

(1) «Sed dicet aliquis: etiam de nostris excedere quosdam à regula «disciplinæ: desinunt tunc christiani haberi penes nos.» (*Ibid.* cap. 46).

(2) «Denique de vestro numero carcer æstuat: christianus ibi nullus, «nisi aut reus suæ religionis, aut profugus.» (Marci Minucii Felicis *Octavius*, cap. 35).

(3) *Razon del Cristianismo*, palabra *Aveux*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos de confesar sus virtudes y elogiarlas, atribuyendo á ellas y á la pureza de sus costumbres los progresos del Cristianismo (1). Plinio, que hizo las pesquisas mas exquisitas sobre la vida de los cristianos, no pudo remitir á Trajano otro tanto de culpa contra ellos, que el que se obligaban con juramento á no cometer crímenes ni delitos (2), contestacion que oportunamente recordaba Tertuliano á los tiranos perseguidores (3). «Si he de ser consecuente, dice Silvio Pelli-«co (4), para ser virtuoso tengo que ser cristiano y católico.»

Efectivamente: tal ha sido en todos tiempos la persuasion y la creencia de que las doctrinas del Evangelio repelen fuertemente el crímen, y que la sincera profesion de estas doctrinas era incompatible en un mismo sujeto con él, que la razon de que los penitentes *substractos* de la antigua disciplina fuesen retrotraidos, si delinquian, á la clase de los *oyentes,* era para que aprendieran los rudimentos de la Religion, los cuales necesariamente *ó no habian aprendido, ó habian olvidado, puesto que aun eran capaces del crímen.* Así las instrucciones de los catequistas, así la creencia y el espíritu de los Padres y de los Concilios, especialmente en los primeros siglos, en aquellos siglos de gran fervor. «En «vuestras cárceles, decia Tertuliano á los magistrados gen-«tiles, en vuestras cárceles, tormentos y circos siempre lle-«nos de vuestros correligionarios, no hay un solo cristiano, «y si le hay, ó en ser cristiano consiste todo su crímen, ó no «es cristiano (5).» Es decir, no es digno de llevar este nombre. Explícalo mas adelante. «Objetará alguno, dice (1), que «tambien hay cristianos que delinquen, mas á estos tales ya «no les tenemos por cristianos.» Y Minucio Félix dice lo mismo. «Allí (en la cárcel) no hay ningun cristiano, á menos «que sea víctima de la religion ó apóstata (2).»

(1) «Nec attendimus quid Christianorum religionem potissimum au-«xerit; humanitas scilicet in peregrinos, et in sepeliendis mortuis so-«licita diligentia, etc.» (*Epístola á Arsacio sacerdote de Galacia*, en Sozomeno, *Historia eclesiástica*, lib. V, cap. 16).

(2) Libro X, carta 97.

(3) «Plinius enim secundus cum provinciam regeret, damnatis quibus-«dam christianis, quibusdam gradu pulsis, ipsa tamen multitudine per-«turbatus, quid de cætero ageret, consuluit tunc Trajanum Imperato-«rem, allegans præter obstinationem non sacrificandi, nihil aliud se de «sacramentis eorum comperisse quam cœtus antelucanos ad canendum «Christo ut Deo, et ad confœderandam disciplinam, homicidium, adul-«terium, fraudem, perfidia et cætera scelera prohibentes.» (*Apolog.* capite 2).

(4) *Mis prisiones*, cap. 3.

(5) «De vestris semper æstuat carcer, de vestris semper metalla sus-«pirant, de vestris semper bestiæ saginantur, de vestris semper mune-«rarii noxiorum greges pascunt. Nemo illic christianus, nisi hoc tan-«tum; aut si et aliud, jam non christianus.» (*Apolog.* cap. 44).

Al hablar de las virtudes discurramos en primer lugar sobre las teologales, que las abrazan todas y son las mas sublimes y las mas dignas, como que tienen por objeto al mismo Dios.

CAPÍTULO II.

VIRTUDES TEOLOGALES.

El hombre no veia en el Gentilismo, mas allá de su desgracia ó de su injusta opresion, sino un horizonte lóbrego, triste y horroroso. Asaltado continuamente por la idea de un porvenir tan espantoso, idea que su religion no sabia distraer, sino que por el contrario se la confirmaba, corria apresuradamente á la desesperacion, y de la desesperacion al suicidio.

Pero el Evangelio, á cuyo ojo sagaz nada se oculta, ve al momento la necesidad de una medicina que dulcifique la desgracia del hombre, y le consuele en medio de sus infortunios; ve la necesidad de recordarle que mas allá de sus desgracias no está la nada, sino una nueva vida exenta de las calamidades de esta, vida que promete á su paciencia; promesa con la cual quiso afianzar y asegurar mas y mas su consuelo; y para obtener este resultado, promulga y trae á los hombres esas tres sublimes y celestiales virtudes que hasta entonces fueron desconocidas entre todos, si exceptuamos un solo pueblo. «Confieso, dice «Voltaire, que los antiguos poseian todas las virtudes hu-«manas: las virtudes divinas no se encuentran mas que en-«tre los cristianos (3).» Y Rousseau: «Nunca ha hablado la

(1) «Sed dicet aliquis: etiam de nostris excedere quosdam à regula «disciplinæ: desinunt tunc christiani haberi penes nos.» (*Ibid.* cap. 46).

(2) «Denique de vestro numero carcer æstuat: christianus ibi nullus, «nisi aut reus suæ religionis, aut profugus.» (Marci Minucii Felicis *Octavius*, cap. 35).

(3) *Razon del Cristianismo*, palabra *Aveux*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«virtud lenguaje tan dulce (como el del Evangelio), nunca «la sabiduría mas profunda se ha expresado con tanta ener«gía y sencillez... No se deja jamás su lectura sin sentirse «mejor que antes (1).»

¡Cuán odiosa se le haria la vida en el Gentilismo y hoy en la incredulidad al hombre desgraciado! La práctica de estas tres virtudes bastaria por sí sola para labrar la felicidad del mundo, porque en ella se estrellan todas las calamidades y todas las miserias que el mundo puede abortar.

De estas tres virtudes, dice el Sr. Mazo, «la fe y la espe«ranza son primeras en órden, y la caridad lo es en exce«lencia y perfeccion: aquellas son temporales y esta eterna, «porque la fe se concluye viendo, y la esperanza gozando; «pero la caridad, por el contrario, se perfecciona y encien«de vivamente y para siempre cuando ya contempla su ob«jeto cara á cara (2).»

§ I.—*Fe.*

¿Quién dudará de la hermosura y de la dignidad de una virtud que, como la fe, demuestra en el hecho mismo de profesarla el hombre la elevacion de su razon? Porque efectivamente, aunque la razon parezca miserable al lado de la fe que es superior á ella; sin embargo, en el mismo hecho de alcanzar esta superioridad, demuestra su gran penetracion, y así dice muy bien Pascal, «que es muy flaca la ra«zon que no conoce cosas que la sobrepujan.» ¡Qué tarea tan vana la del impío! Mientras mas pretende remontar su corazon para llegar á la falsedad de la fe, mas la abate y prostituye, y sus pensamientos jamás probarán otra cosa que ó torpeza ó hipocresía.

¿Quién dudará de la hermosura de una virtud como la fe, sin la cual no hay religion, y á la cual sirve de fundamento, de punto de apoyo y de partida la humildad, otra virtud de las virtudes mas dignas del hombre?

¿Quién dudará de la hermosura de una virtud como la de la fe, por la cual confesamos todos los misterios y atributos divinos?

¿Quién pondrá en tela de juicio la sublimidad de una vir-

(1) *Emilio.*
(2) *Catecismo explicado.*

tud, cual la fe, que disponiendo al hombre á creer todo lo que le puede ser revelado, con esta disposicion abraza todo lo que Dios es en sí mismo, todo lo que ha producido fuera de él, y todo lo que puede producir, igualando de esta manera en algun modo, como dice san Hilario (1), á la omnipotencia de Dios y á la inmensidad de su ser?

Sin embargo, hace tres siglos que principió de nuevo á decirse (*), que la fe desde el punto en que se desprende de la razon humana y se eleva sobre ella, desde el punto en que la razon ya no alcanza las verdades que la fe prosigue confesando, principió, repetimos, á decirse y enseñarse públicamente que es *fanática, supersticiosa y ridícula.* Pero hé aquí que estos incrédulo-racionalistas en vano pretenden huir de la fe. En el mismo hecho de no creer á Dios, creen al hombre que les ha dicho que no *debe creerse* en Dios, ó á su razon (depravada por supuesto) que así se lo dicta; como si la autoridad y la razon humana fuesen un principio menos falible, ó un criterio mas seguro de verdad que la autoridad divina. ¡Insensatos! Niegan á Dios lo que conceden á sus hechuras degeneradas. Pues qué, ¿no hemos oido ya al patriarca mismo de la impiedad moderna (2), probar la necesidad de la revelacion por la insuficiencia, por la incapacidad y por la nulidad de la razon, así como Platon esperaba, por la misma causa, á uno que nos ilustrase acerca del modo como habíamos de portarnos con Dios y con los hombres (3)?

Ya antes hemos advertido que la fe y la razon son una misma cosa hasta cierto grado ó punto de su marcha, en llegando al cual la última se desnuda del carácter de humana y se reviste del carácter de divina. ¿Á qué, pues, interponer entre una y otra la desconformidad, la desavenencia, la pugna y la incompatibilidad de las cosas esencialmente contrarias? Detengámonos un momento á examinar la armonía, la union y la identidad de la razon con la fe, y el apoyo y auxilio que mútuamente se prestan. Autores mo-

(1) *De Trinitate.*
(*) No piensen nuestros sofistas que tienen el triste mérito de tan triste invencion. Los apologistas cristianos de los primeros siglos tuvieron que rebatir ya esta calumniosa persuasion.
(2) Bayle en los lugares citados.
(3) Lugar tambien citado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dernos que han tratado con maestría la materia, nos relevarán del trabajo.

«Se ha dicho (1) que el ejercicio de la razon es inconcilia-«ble con la fe, y que la filosofía ganaria mucho emancipán-«dose de la teología. Es lo mismo que decir que para dar á «un pájaro mas ligereza y libertad, seria preciso descargar-«le del peso de sus alas. La razon no puede por sí sola ele-«varse sobre los sentidos, en donde pronto se extingue como «si estuviera en el vacío, falta de aire, de luz y de horizon-«te. Por eso debe levantarse mas allá de las cosas naturales «y sensibles, y pidiendo sus auxilios á la fe que no la des-«truye, antes bien la ayuda y la lleva sobre sus alas á al-«turas á donde jamás hubiera llegado sola, por mas que co-«locada en ella vuelva la razon al ejercicio natural de sus «facultades. No separemos nunca la fe de la razon, porque «ambas saldrian perjudicadas. Obran recíprocamente ó se «replegan una sobre otra segun la naturaleza de las mate-«rias de que la inteligencia se ocupa. No son otras enton-«ces: forman no mas que una sola, que es la razon con alas.» «Léjos de oponerse la fe al trabajo de la inteligencia, dice «recapitulando (2), lo fomenta proporcionándole la materia «é inoculándola como un gérmen que naturalmente tiende «á fermentarse, desarrollarse y dar abundantes frutos. La «fe no es, pues, enemiga de la razon, es la misma razon en «gérmen. Todo creyente, aunque sea un niño ó un pastor-«cillo, encierra un gran filósofo; y todo verdadero filósofo, «ya sea un Leibnitz ó un Pascal, no es mas que un creyen-«te desarrollado... ¡Qué monstruoso error el que opone la «razon á la fe, es decir, la flor á la raíz! Error funesto á la «religion, porque la arrebata esta flor de la razon, y error «aun mas funesto á la filosofía, porque la arrebata esta raíz «de la fe. Toda filosofía, aun creyendo á los mismos incré-«dulos, no es mas al fin que un gérmen de fe desarrollado... «Léjos, pues, de ser la fe la que excluye el ejercicio de la «razon, es el principio generador y conservador de la razon «misma, de modo que si queremos permanecer filósofos, «debemos seguir siendo creyentes...» «La fe cristiana (3) es «el don mas precioso hecho á la inteligencia, y puede lla-

(1) *Estudios filosóficos*, tomo 2, pág. 84 y 85.
(2) *Ibid.* pág. 431.
(3) *Ibid.* tomo 3, pág. 317.

«marse la *calzada* de la razon... La fe (1) no sujeta ni em-«pobrece la razon. No la quita nada de cuanto puede saber «por sí misma, y la deja ejercitarse libremente en el cír-«culo de sus conocimientos naturales. Nada la usurpa de su «dominio: su doctrina no empieza sino allí donde la razon «acaba, ó donde su vista se turba, se extravia y se pierde. «No es tampoco sumision lo que la exige: pues llegada á «este punto la razon, no abdica mas que su impotencia, la «pide tan solo asentimiento; la propone una alianza en la «cual nada puede perder y sí ganar mucho... La fe da liber-«tad y soltura á la razon, y la asegura sus propias rique-«zas. Llegada al punto en que la fe la toma en sus brazos, «la razon no solamente no puede adquirir ni comprender «nada, sino que además se consume en impotentes esfuer-«zos para pasar mas adelante y corre peligro de abismarse.»

«La fe, escribe el P. Ravignan (2), extension gloriosa de «la razon, la trae lo que ella no tiene; la da lo que ella no pue-«de ni poseer ni alcanzar... No, la fe no viene, ni la autori-«dad divina tampoco, á detener el vuelo de la razon. Al con-«trario, la fe viene á arrancar el entendimiento vacilante «del hombre del imperio de sus tinieblas y de las incerti-«dumbres insuperables á todos sus esfuerzos; y cuando la fe «ha establecido así su imperio pacífico, cuando reina en el «fondo de nuestros corazones, entonces la razon puede con «toda seguridad recorrer, medir, penetrar, sondear este uni-«verso inmenso tan generosamente dejado á sus libres in-«vestigaciones. Sea, pues, que recogida en sí misma baje «profundamente al alma para estudiar su naturaleza íntima «y remontarse á los primeros principios, á la esencia misma «de las cosas, sea que dirigiendo la vista sobre estos mundos «visibles descubra sus fenómenos, penetre sus leyes, se-«ñale en medio de torrentes de hechos la alta economía del «gobierno del mundo, entonces el hombre inteligente siem-«pre al abrigo de la fe es libre y verdaderamente grande: «él mide la extension de la tierra y de los cielos: no conoce «ya obstáculos ni barreras, seguro como está de que mar-«cha en pos de la misma palabra y autoridad divina. Así y «únicamente así es como la razon se eleva y engrandece, ga-«rantida contra sus propios extravíos; así es como se eleva

(1) Pág. 321.
(2) *Conferencias.*

«hasta el mas alto grado de verdadera ciencia. Sí: ella ha «conquistado toda su dignidad por su obediencia á esta ley, «y llega á ser el mas noble y último esfuerzo del genio del «hombre, cuando al dar á sus fuerzas todo el desarrollo ha «respetado tambien los límites de su naturaleza, y ha mere«cido unirse á la luz y á la gloria divina...»

«... Jamás ha pretendido la Iglesia hacer admitir su au«toridad aunque infalible y divina, sin unirse por la gracia «á un principio interior de conviccion personal (*)...

«... Decid á san Agustin, decid á santo Tomás y á Bossuet «que los misterios de la fe cristiana cortan y detienen el vue«lo de la razon y del genio. Os responderán que no han te«nido verdaderas luces sino por los misterios, y que única«mente por ellos han podido conocer el mundo, el hombre y «Dios; y en sus admirables elevaciones sobre la fe os llena«rán de admiracion y os inundarán de claridades divinas.»

En concepto de Clemente de Alejandría, la filosofía (verdadera) no es una ilusion que engaña y aparta de la fe, sino un socorro, un medio por el que la fe recibe mayor grado de luz (1). En el mismo sentido escriben Orígenes (2) y san Teófilo (3). San Anselmo ve en la *razon á la fe misma preguntando al entendimiento* (4).

San Agustin escribiendo á Consencio (5) dice: «La Iglesia «exige la fe; pero si nos la exige con una sumision humilde á «todas sus divinas enseñanzas, es porque tenemos tantos, tan

(*) Véase, pues, cuán infundadas son las pretensiones de Rousseau y de otros deistas que negando la identidad de la autoridad divina y la autoridad de la Iglesia en materia de fe, quieren someter la razon á la primera y no á la segunda. Como si por otra parte tuviesen mas medio de conocer aquella que por esta.

(1) «Quæ enim ex demonstrationibus conficitur oratio, perfectam ani«mæ fidem facit ejus, quod consequitur, ut non putet id, quod demons«tratum est aliter se habere, nec sinit ut iis succumbat quæ nobis per «fraudem incurrunt... Sed quemadmodum vel sine litteris fidelem posse «esse dicimus, ita quæ in fide dicuntur, non posse intelligere eum qui «non est doctus confitemur. Quæ enim bene dicuntur admittere, aliena «autem non admittere non simplex fides, sed ea demum quæ cum doc«trina juncta est, efficit.» (*Stromat.* lib. I, cap. 6).

(2) *Ep. ad Gregor. Thaumat.*

(3) *Ad Autolyc.*

(4) «Fides quærens intellectum.»

(5) «Absit, namque ut hoc in nobis Deus oderit, in quo nos reliquis «animantibus excellentiores creavit. Absit, inquam, ut ideo credamus «ne rationem accipiamus sive quæramus; cum etiam credere non pos«semus, nisi rationales animas haberemus.» (*Epist. CXX*).

«fuertes y tan apremiantes motivos de creer. Que no se nos «venga, pues, á imputar que pide una fe ciega y sin ra«zon... Creemos, pues, y estamos obligados á creer, *pero no «tenemos prohibido querer entender lo que creemos*... lo que «nos hace creer la fe, hasta cierto punto puede ser com«prendido por la luz de la razon, porque Dios nos preserve «de pensar que aborrezca en nosotros esta prerogativa que «nos eleva sobre todos los otros animales, y léjos de nosotros «el creer que nuestra sumision para todo lo que forma parte «de la fe nos impida el buscar y pedir la razon de lo que cree«mos, porque ni aun creer podríamos si no fuésemos capa«ces de razon.»

La fe está basada sobre la razon, y la operacion de esta la presupone, como dice santo Tomás (1). Así que La-Harpe decia muy oportunamente á los filósofos del pasado siglo: «Yo he creido porque he examinado, examinad vosotros «(guiados por la razon), y creeréis.»

«Acertadamente, escribe Donoso Cortés (2), que la fe, mas «conforme con la evidencia, con el entendimiento del hom«bre, salvó del naufragio á la razon humana.» ¿Cuándo habria esta, abandonada á sus propias fuerzas, reorganizado las ideas y los principios? Y mas adelante (3): «El hombre «no puede huir de la oscuridad católica sin condenarse á sí «propio á una oscuridad mas densa, ni puede huir de aque«llo que abruma su razon sin caer en aquello que la niega, «porque la contradice.» Efectivamente, porque siendo las verdades de la fe verdades tambien de la razon, la huida de las primeras es una contradiccion de las segundas. Por último, «las verdades del Cristianismo, dice Chateaubriand (4), «léjos de exigir una sumision ciega, reclaman por el contra«rio el ejercicio de la razon mas ilustrada.»

Probada con tal copia de autoridades, algunas tan respetables, la identidad de la razon y de la fe y su apoyo y auxilio recíproco, veamos cómo esta misma fe hace feliz, aun en esta vida, al católico, y cómo le consuela de todos sus infortunios (5). Coloquémosle frente al incrédulo.

(1) «Fides præsupponit cognitionem naturalem.» (*Quæst.* 9, 2, art. 2, ad princ.).

(2) *Ensayo*, pág. 73.

(3) Pág. 137.

(4) *Genio del Cristianismo*, parte 4, lib. VI, cap. 13.

(5) «Qui sanat contritos corde.» (*Psalm.* CXLVI).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al incrédulo afligido de dolores y enfermedades, que sufre los horrores del hambre, de la sed y del desabrigo, que es injustamente perseguido, atropellado, víctima de la tiranía y del despotismo, que ya columbra la muerte y la nada despues de ella, ninguna lisonjera esperanza le queda que suavice esta pena y estos sufrimientos, volviéndoselos por el contrario mas exasperados y acerbos la falsa persuasion en que está de que despues de muerto no volverá otra vez á la vida, á una vida inmortal y exenta ya de aquellos dolores que sufre en este mundo. Mientras que el verdadero creyente mitiga sus necesidades y calma sus dolores con la firme esperanza que abriga de que llegará un dia en que se levante del sepulcro sano y en su mayor lozanía. El incrédulo á quien la terrible parca arrebató la esposa, el padre, el hijo ó el amigo, recrudecerá mas su dolor y acibarará mas sus lágrimas con la persuasion de que una vez descendidos á la tumba jamás volverán sus ojos á verlos; mientras que el verdadero creyente enjuga las suyas con la consoladora esperanza que firmemente abriga de que volverá á verlos llenos de vida y de vigor levantar la losa funesta que los cubre. Esta persuasion incrédula y gentílica es lo mas inhumano, lo mas triste, lo mas desconsolador y lo mas horroroso para un padre cariñoso, para un hijo reverente y para una esposa amante.

La firme seguridad de que la muerte no constituye una pérdida, sino una separacion ó ausencia temporal, consuela al padre de la muerte de sus hijos que espera le han de ser un dia restituidos, y les habla sobre su misma tumba de esta manera: «¡Oh tiernos objetos de mis deseos! La felicidad «de mi vida consistia en veros, conservaros y haceros di«chosos... Vosotros desaparecísteis como un sueño, pero aun «vivís... Mis ojos os miraban con singular complacencia en «otro tiempo, ahora os contemplo enajenado. En vosotros «amaba á mi misma sangre, os estrechaba en mi corazon co«mo porcion preciosa y amable de mí mismo; pero en el dia, «postrado en vuestra presencia os tributo una especie de «culto, al ver en vosotros unos seres divinizados, incorrup«tibles y eternos (1).»

Al huérfano consuela la persuasion de que su orfandad no es absoluta, que llegará un dia en que siéndole restituido su

(1) Lamourette, *Delicias de la Religion*, cap. 6.

padre natural será despojado de tan amargo epíteto, y que mientras tanto no le falta el Padre misericordioso de la desgracia y del infortunio (1). Al pobre hace llevaderas sus privaciones la creencia firme de que algun dia será verdaderamente rico, y al atropellado la de que respirará un dia libre ya, y terriblemente vengado de la mano férrea que en esta vida le oprime y tiraniza, porque «el Señor juzgará su «causa, y traspasará á los que le traspasaron el alma (2).» Pero ¡ay! al incrédulo y al gentil no creyendo en aquel dia en que, segun el Sábio (3), se arreglará esa desigualdad é injusticia aparente con que en este mundo son tratados el justo y el impío, á lo cual llama *pésimo bajo del sol* (4); al incrédulo y al gentil, repetimos, arrebatan su incredulidad y su irreligion tan consoladoras esperanzas! Ellos se privan voluntaria é insensatamente del lenitivo mas eficaz de sus enfermedades, de sus dolores y de sus infortunios. La fe lleva al hombre una santa resignacion en todos los contratiempos de la vida humana, mientras que la incredulidad detrás de ellos le trae á remolque la desesperacion, y la desesperacion muchas veces el suicidio. «¡Desdichado del ateo, «exclama Lamennais; en su hambre, en su sed pide el ali«mento, la leche que alimenta á todas las criaturas, y en «medio del vacío tenebroso en que se ha sumido no toca ni «estrecha mas que el pecho seco de la muerte! ¡Tormento y «desdicha en sus caminos (5)!»

Hay mas: el creyente con una sola fe como el católico está seguro de no engañarse en la senda que ella le indica para marchar á un fin eternamente dichoso: él descansa en una autoridad de cuya infalibilidad posee las mas poderosas garantías; mientras que el creyente en una religion que presenta varias fees como la protestante, ó el que no profesa ninguna como el incrédulo, carecen de esta seguridad, porque sus sistemas religiosos, ó su razon emancipada de la fe verdadera, ponen ante sus ojos cien caminos diferentes, cualquiera de los cuales que emprendan siempre les queda la terrible duda de si será el que les conduzca al feliz término

(1) «Patris orphanorum, et judicis viduarum.» (*Psalm.* LXVII).
(2) Prov. XXII, 23.
(3) «Et tempus omnis rei tunc erit.» (*Eccles.* III, 22).
(4) «Pessimum sub sole.» (*Prov.* IX, 3).
(5) «Contritio et infelicitas in viis eorum.» (*Psalm.* XIII, 3).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que anhelan ó al desgraciado que huyen. Ellos son aquel mar agitado que no puede estar en calma, del capítulo LVII de Isaías (1). ¿No es tan desoladora esta duda del disidente como dichosa aquella seguridad del católico? Rousseau á vista de esto confiesa «que todo hombre consiguiente y verídico «debe ser católico ó deista (2).» Su deismo, sin embargo, tiene muy poco de consolador.

¡Cuántos males trae al hombre la incredulidad! La fe es el sosiego del espíritu humano, porque este descansa en su indefectible verdad y autoridad, repeliendo todas sus dudas: es el benéfico licor que dulcifica sus trabajos, es el consuelo de sus aflicciones, es su felicidad y su dicha en esta vida (3). ¡Pero la duda! ¿Quién podrá describir en todas sus horribles formas el tormento del escepticismo religioso? ¡Ah! con solo atender á que en Inglaterra, v. g., hay mas de cien religiones diferentes, y por consiguiente mas de cien fees, ó ninguna fe mejor dicho, es muy conocida de nosotros la causa de esa tendencia al suicidio que Montesquieu advierte en los ingleses, y de la cual no adivinando la razon hizo injustamente responsable de ello al clima (4). Permítasenos que transcribamos algunas palabras mas autorizadas que las nuestras acerca de las alegrías de la fe y los tormentos de la duda y de la incredulidad.

«¿Quién puede, pregunta el P. Ventura de Ráulica (5), quién «puede no digo pintar ó describir con palabras, sino com- «prender el estado de paz, de quietud y de secreta alegría «con que el alma se abandona á contemplar las bellezas de «la verdadera fe? Este es un gran prodigio y un misterio «sublime de la fe que muchos católicos apenas lo compren- «den, y que los herejes y los incrédulos no lo comprenden «en manera alguna. Así como los hombres carnales y per- «didos en las delicias de los sentidos, y dedicados tan solo á «satisfacer el vientre que han erigido en divinidad (6), no «comprenden cómo puede ser feliz un corazon que sujeta

(1) «Impii autem quasi mare fervens quod quiescere non potest, et re- «dundant fluctus ejus in conculcationem et lutum.»
(2) Citado por Bergier, *Deismo refutado*, tomo 1.
(3) «Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego refi- «ciam vos.» (*Matth.* XI, 28).
(4) *Espíritu de las leyes*, lib. XIV, cap. 12.
(5) *Bellezas de la fe*, tomo 2, pág. 404, 405.
(6) «Quorum Deus venter est.» (*Philip.* III).

«todas sus inclinaciones á la abnegacion evangélica, de la «misma manera los herejes y los incrédulos totalmente ocu- «pados en raciocinar y discutir, y que se han formado un «ídolo de su razon, tampoco comprenden cómo pueda estar «tranquila y ser feliz un alma que ha renunciado sus pro- «pias luces y su propio juicio para cautivarlo en obsequio de «la verdadera fe. Pero que este misterio profundo de la gra- «cia y de la fe se comprenda ó no, poco importa: el hecho «es que entre los verdaderos católicos es cierto y visible. «Porque ellos saben y ven que así como las almas puras lé- «jos de ser infelices porque se privan de los goces de los «sentidos, esos goces por el contrario las causan horror, y «el sacrificio mismo de sus carnes las consuela y el encanto «de la pureza forma parte de su felicidad, así tambien las «almas verdaderamente fieles léjos de sufrir porque se pri- «van de todo raciocinio y de toda indagacion (*), que se «oponga á la fe, este mismo sacrificio de su entendimiento «y de su juicio las satisface y las tranquiliza, y tranquili- «zándolas las hace felices.»

«Así como no hay calma para el corazon, dice mas ade- «lante el P. Ventura de Ráulica (1), sino en la participacion «de la suma bondad por medio de la caridad divina, tampo- «co hay tranquilidad para la inteligencia sino en la partici- «pacion de la suma verdad por medio de la fe divina.» Y á la página 531: «Lo mismo que el vicio lleva el desórden al «corazon, así el error y la duda lo llevan al alma y la hacen «sumamente infeliz, porque toda inteligencia lo mismo que «todo corazon en desórden, dice san Agustin, es la pena y «el verdugo de sí mismo (2). Con la diferencia de que los re- «mordimientos del alma son mucho mas agudos que los del «corazon. Las agitaciones de la razon son mucho mas crue- «les que las de la conciencia, y si es insoportable la pena «interior del que no ama á Dios, mas insoportable es la de «aquel que no lo conoce ni lo cree como él quiere ser cono- «cido y creido; y si está escrito que no hay paz para aquel «que le resiste (3), siendo así que resiste mas á Dios el que

(*) Téngase presente que el ejercicio de la razon no les está por otra parte prohibido, como hemos visto en san Agustin.
(1) *Bellezas de la fe*, tomo 2, pág. 526.
(2) «Pœna sua sibi est omnis animus inordinatus.»
(3) «Quis resistit ei et pacem habuit?» (*Job*, IX).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«opone su juicio á la palabra de Dios y rechaza su fe, que «el que opone su pasion á la voluntad de Dios y quebranta «su ley, y como una rebelion mas culpable debe esperar ma- «yor castigo, es claro que si no hay paz para el pecador, mu- «cho menos la habrá para el hereje, para el incrédulo y para «el impío (1). Pasan una vida triste y desgraciada sin haber «gustado de las delicias de la paz, y tiemblan donde no hay «motivo alguno de pavor (2).»

«¡Oh! exclama el experto é iluminado Mr. Cárlos Sainte «Foix (3), ¡oh! cuán triste es para el corazon del hombre ha- «bitar con las angustias de la duda y con los dolores de la «incertidumbre! Mas le valiera vivir bajo el látigo del cómi- «tre y arrastrar la pesada cadena del presidario, porque no «hay para él compañía mas cansada que la de la duda. Nada «martiriza y rinde tanto al corazon como aquellas pregun- «tas sin respuesta, aquellas cuestiones sin solucion, aque- «llos esfuerzos sin resultado, aquellos inútiles arranques há- «cia la verdad, despues de los cuales siempre se halla en el «punto mismo de donde arrancó, condenado como por una «especie de fatalidad á agitarse sin cesar y á caer perpétua- «mente sobre sí mismo.»

«Dudar si el amigo en quien ha depositado todos sus se- «cretos y todo su cariño, no habrá vendido su confianza; «dudar si la mujer á quien ha enlazado su vida, ha dado á «otro su corazon, es ya para el hombre un suplicio atroz. «¡Qué no deberá ser, ó Dios mio, cuando duda de Vos y de sí «mismo! Dudar si somos de Dios y si Dios es nuestro; si es- «tamos en lo cierto ó en lo falso, ó lo vacío; si el cimiento «sobre el cual hemos alzado con gran trabajo el edificio de «nuestros pensamientos y de nuestras esperanzas es sólido «y firme; sentir á cada instante titubear la base sobre la cual «estriba nuestra vida; buscarse sin poder nunca hallarse; «volar hácia Vos, Dios mio, sin poder alcanzaros; no saber «qué somos, ni de dónde venimos, ni á dónde vamos; igno- «rar igualmente nuestro principio y nuestro fin; estar cara «á cara con todas las cuestiones mas importantes, en el mis- «mo estado y en la misma posicion que un niño, ó mas bien, «saber menos cosas, y estar menos seguros de nuestro porve-

(1) «Non est pax impiis.» (*Isai.* XLVIII, LVII).
(2) «Illic trepidaverunt timore ubi non erat timor.» (*Psalm.* XIII).
(3) *Horas sérias de un jóven*, pág. 78 y 79.

«nir que un niño á quien su Catecismo enseña á lo menos lo «que mas le importa al hombre saber; revolvernos y agi- «tarnos en la vanidad de nuestros pensamientos, sin poder «nunca llenar su vacío; estar continuamente humillados por «el convencimiento de nuestra impotencia, y vernos redu- «cidos á envidiar la suerte de aquellos hombres sencillos y «dóciles á quienes la fe ha dado mas sabiduría verdadera que «la que pueden dar todas las investigaciones y todos los es- «fuerzos del entendimiento, ¿no es esto construirnos un in- «fierno en nuestro propio corazon? Y aun en el infierno á lo «menos no se duda: los demonios tiemblan pero creen, el «que duda tiembla y no cree (1).»

«No hay, dice mas adelante (2), manantial de alegría mas «rico que la fe, porque establece al alma en ese sosiego y esa «seguridad que son las dos primeras condiciones de la feli- «cidad: por el contrario, no hay principio mas fecundo de «tristeza que la duda ó la incredulidad. Porque, en efecto, «¿cómo ha de poder reposar el corazon en la alegría cuando «está condenado á una perpétua fluctuacion y á incesantes «perplejidades?»

«La duda es el orígen de esa profunda tristeza que tiene «abatidas y consternadas tantas inteligencias, que debilita «y enerva las voluntades, que aja y deseca los corazones, y «que apenas deja cabida en el alma para esas breves y lige- «ras alegrías que no hacen mas que cruzar por ella rápida- «mente, como si temiesen fijarse allí. Desde el momento en «que la fe es ahuyentada del corazon, se lleva consigo to- «das las esperanzas que aun podrian regocijarle y consolar- «le, y no dejan en él mas que los tormentos de la duda y las «angustias de la incertidumbre (*).»

Tan naturales é inseparables son estos tormentos del es- tado de escepticismo, que Pascal dice que si viese á un hom- bre que en semejante estado estuviese tranquilo y satisfecho sin procurar salir de él, le faltarian palabras para calificar tan extravagante criatura, en la cual creeria ver un móns- truo (3).

(1) *Horas sérias de un jóven*, pág. 213 y 214.
(2) *Ibid.* pág. 215-218.
(*) En otra parte hace notar que la falta de fe ó la incredulidad ha enervado los lazos sociales introduciendo el interés y el egoismo.
(3) *Pensamientos.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Qué nos dicen los mismos escépticos, cuyo testimonio es, á no dudar, tan fundado como sospechoso? Uno confiesa «que «la duda en materia de religion es un estado mas cruel que «el morirse en la calle (1).» Y otro «que los ateos decididos «son dignos de compasion, porque acabó para ellos todo con- «suelo (2).»

«¡Oh! exclama el P. Ravignan (3) dirigiéndose á los in- «crédulos, vosotros no habeis comprendido la dignidad de «la fe, vosotros que pretendeis que ella quiere esclavizar, «ahogar y extinguir la razon. Tal vez no creeis vosotros los «que me escuchais en este momento; tal vez en una de vues- «tras horas mas alegres hayais tenido lástima de los que «creen. Pero tened cuidado; nosotros no aceptamos vues- «tra compasion ni vuestra lástima. Creyentes, y creyentes «sinceros, tenemos la razon como vosotros, y con ella avan- «zamos, y tal vez mas que vosotros vamos nosotros hasta «sus límites: nosotros admitimos todo lo que ella admite, to- «do lo que admitís vosotros, y mas todavía, permítasenos «decirlo. Mas allá de donde la teneis vosotros pasamos nos- «otros: allá donde vosotros os agotais en vano, poseemos «nosotros, pacíficos vencedores: allá donde vosotros vacilais, «estamos firmes nosotros; donde dudais, creemos; donde «desmayais inciertos y desgraciados, triunfamos y reinamos «nosotros felices. Tal es la fe, y hé aquí cómo ella ensalza «la dignidad del hombre por los misterios divinos que reve- «la. Verdad es que la fe nos somete á una autoridad, á la «autoridad de la palabra divina que se dignó un dia mos- «trarse á la razon del hombre, porque la razon, en virtud de «los dones del Señor, tenia el derecho de pedir esta demos- «tracion y esta prueba. Un dia sobre la bendita tierra de la «Judea, por los milagros y las lecciones del Hombre-Dios, «se cumplió esta manifestacion de la autoridad divina. La «razon la oyó, la concibió, la reconoció, y se estableció la fe; «fe eminentemente razonable, pues que, como lo enseñamos «y repetimos sin cesar, la razon para creer, no puede, no «debe someterse sino á una autoridad razonablemente acep- «table y cierta...

«Es necesario arriesgarse á pronunciar que la autoridad

(1) *Dialog. sur l'Ame.*
(2) *Pensamientos filosóficos* citados por Bergier.
(3) *Conferencias.*

«católica es el *palladium* verdadero, el custodio conservador «hasta de la libertad de pensar, porque evita la locura, lo «que es hacer al hombre un gran servicio. La razon misma, «pues, acepta la autoridad católica, la acepta y la abraza «estrechamente porque la ve aceptable y cierta... La Iglesia «sola aparece en el mundo llenando las condiciones de esta «autoridad necesaria. Antigua, pura, santa, ceñida su fren- «te con la gloria de los Mártires y del genio, ha continuado «hasta nuestros dias con calma y majestad su marcha en «medio de las oscilaciones y borrascas. Tiene desarrolladas «en su mano las tradiciones sagradas del Evangelio y de la «historia, que han marcado con el sello de la institucion di- «vina su orígen y su duracion. La Iglesia habla á los ojos, á «la conciencia, al buen sentido, al corazon, á la experien- «cia, habla el lenguaje de los hechos y el de las verdades «definidas, que hallan siempre en las almas sinceras, con el «auxilio divino, un asentimiento generoso y apacible. La «razon sostenida por la gracia ata entonces con seguridad á «la columna de la autoridad los primeros anillos de la ca- «dena, sus mas íntimas convicciones se unen en el mismo «Dios á la fe enseñada: el hombre instruido de ello habita «entonces una gran luz, léjos de duda, léjos de las inda- «gaciones y de las ansiedades penosas... Así es como á la «sombra de la autoridad y de la doctrina católica avanza la «sociedad en los caminos regulares de la ciencia y de la ci- «vilizacion, de la fueza y de la verdadera prosperidad.»

«No se encontrarán, dice san Agustin (1), mayores rique- «zas, tesoros, honores, nada en fin que sea mayor en este «mundo que la fe católica.» Y Montesquieu, que se resintió á veces del espíritu de hostilidad de su siglo contra el Cris- tianismo, confesó en el lecho de muerte «que la fe es el don «mas precioso que Dios ha podido hacer á los hombres.»

Á vista de todo lo anterior, que tan cumplidamente nos acredita la funesta influencia de la incredulidad y del escep- ticismo, ¿tendrá valor la regla de fe protestante, que no es otra cosa que la negacion de la fe, la incredulidad de la pa- labra divina, incredulidad peor, mas grave, y mas injurio- sa á Dios, que la incredulidad absoluta; tendrá valor, re- petimos, para presentarse ante la regla de fe católica donde quiera que haya un desgraciado? Y ¿qué dirémos del horro-

(1) *Sermo IV de verbis Apost.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

roso infierno que enciende en el corazon de sus infelices prosélitos esa regla de fe absolutamente impotente para producir otra cosa que terror, congoja y ansiedad? Á ellos no menos que al impío y al incrédulo son aplicables aquellas palabras de Isaías: «Y mirará hácia la tierra, y hé aquí tri-«bulacion y tinieblas, desfallecimiento y angustia y oscu-«ridad perseguidora, y no podrá escapar de su apuro (1).»

«Atendidas las diversas reglas de fe, dice el P. Perrone (2), «en el sistema católico todo contribuye á la paz y al sosiego, «al paso que en el sistema protestante todo aumenta la turba-«cion y la inquietud.» Y antes (3): «La regla de fe del Pro-«testantismo no es apta para dejar satisfechos la mente y el «corazon del hombre, antes bien llena á este de desolacion, «y deja á la primera sumergida en el profundo abismo de la «incertidumbre y de la duda (*).»

No es, pues, extraño que el claro talento de Antonio de Fussal, despues de haber examinado con escrupulosa exactitud todas las sectas filosóficas de su siglo, confiese «no ha-«ber encontrado otra cosa mejor que creer en Jesucristo (4).»

Si á pesar de los inmensos consuelos y alegrías que reporta la fe al culpable y al desgraciado; si á pesar de la altura y dignidad á que eleva al hombre, trasladándole del yugo del hombre al de Dios; si á pesar de las otras ventajas morales y sociales que hemos apuntado y verémos aun provenir de este precioso dogma; si á pesar de todo, repetimos, insisten los incrédulos en que la fe esclaviza al pensamiento, exclamarémos con Balmes: «¡Dichosa esclavitud (5)!!!»

(1) «Et ad terram intuebitur, et ecce tribulatio et tenebræ, disso-«lutio et angustia et caligo persequens, et non poterit avolare de an-«gustia sua.» (*Cap.* VIII, *v.* 22).

(2) *El Protestantismo y la regla de fe*, tomo 2, pág. 366.

(3) *Ibid.* pág. 32.

(*) El que quiera enterarse á fondo en la materia lea, entre otras obras, la titulada: *Del Protestantismo y la regla de fe*, del P. Perrone, de cuyas obras omitimos transcribir otros muchos excelentes períodos por no multiplicar las citas ni las notas.

(4) «Discussi fateor sectas Antonius omnes,
«Plurima quæsivi, per singula quæque cucurri,
«Sed nihil inveni melius quam credere Christo.»
(*Antonii carmen adversus Gentes*).

Se disputa si este Antonio era ó no el de Fussala, de que hace mencion san Agustin (*Ep. CCIX*), el cual fue el primer obispo de aquel territorio.

(5) *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion de Europa*, cap. 69.

§ II.—*¿Por qué es tan grata á Dios la fe?*

Á cada paso tropezamos en el Evangelio, ora con un elogio de esta virtud, ora con una exhortacion á ella, ora con una amenaza terrible al que la desprecie, ora con la oferta de un premio grandioso al que la profese, ora con un ejemplo de su fuerza irresistible, ó ya, finalmente, con un suceso portentoso obrado por su mediacion: una virtud tan recomendada por el Evangelio no puede menos de ser gratísima á su divino Autor. Así es. Y ¿se quiere saber por qué? Porque el que sinceramente cree en la palabra de Dios, confiesa á Dios y confiesa los atributos de Dios; y por el contrario, niega á Dios y sus divinos atributos el que no cree en su palabra, erigiéndose así como en censor y juez de Dios mismo, y por eso llamaba muy oportunamente Tertuliano á los herejes, *censores divinitatis* (1).

Con efecto; el que no cree la palabra de Dios, le niega en el mismo hecho el atributo de la infalibilidad, dado que la resistencia á creer proviene de la posibilidad de errar que se concibe en el sujeto que habla. Ahora bien: como desde la primera letra hasta la última del Evangelio, que es la palabra de Dios, todas han sido proferidas y promulgadas para nuestro bien; el que no cree en ellas, en el mismo hecho de no creerlas, le niega el atributo de la bondad: como el objeto de estas sus mismas palabras es el extraernos de las tinieblas á la luz, de la infelicidad á la dicha; como en cada una de ellas nos dejó un eficaz y suavísimo bálsamo para curar nuestras llagas y calmar nuestros dolores, el que no cree en ellas, en el mismo hecho le negó el atributo de la misericordia. Como su palabra divina es una incesante apología de lo recto y de lo justo, una constante exhortacion y llamamiento á esta rectitud y á esta justicia, y la reprobacion y anatema de todo lo inícuo y de todo lo injusto, el que no cree en ella, en el mismo hecho le negó el atributo de la justicia. Como su palabra nos dice que de la nada hace algo y que á él todo le es posible (2), el que no cree en ella, le niega el atributo de la omnipotencia. En el hecho de negarle el atributo de la infalibilidad, tambien le niega

(1) *Lib. II contra Marcionem*, cap. 2.

(2) «Pater, omnia tibi possibilia sunt.» (*Marc.* XIV, 36).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el de la perfectibilidad, porque si es falible no puede ser sumamente perfecto; le niega el atributo de la sabiduría, porque el falible no puede ser absolutamente sábio, etc.

Hay además otra razon porque es tan grata á Dios la fe, y es, la de que ella presupone en el creyente un espíritu humilde, indica que hay en él humildad, virtud inseparable de la fe, y la humildad es despues de las teologales una de las virtudes mas hermosas y dignas del hombre; y por lo tanto muy acepta á los ojos divinos. Por el contrario, la incredulidad presupone en el incrédulo el orgullo y la soberbia, vicios inseparables de la impiedad, ó mejor dicho, foco y gérmen de la misma, y los mas degradantes, envilecedores y perniciosos para el hombre, como que *fueron el orígen de toda perdicion* (1).

No obstante algunos sofistas, como el autor de la *Sensatez*, y Rousseau en su *Emilio*, han hecho á la revelacion, á la fe y á la esperanza en la otra vida, hijas del orgullo. Difícilmente podrán persuadirnos que los deistas, los ateos é incrédulos son los mas humildes de los hombres. Creemos, sí, que ellos desearian tener este orgullo, pero el estado de su conciencia no se lo permite. Mas les valiera á estos críticos ser mas diestros. Si hubieran sido mas sóbrios de calumnias no las habrian acumulado contradictorias, y no habrian descubierto á las claras su flanco. Diciéndonos unas veces que la fe es cualidad de espíritus abyectos y débiles, y otras de espíritus orgullosos; unas veces que humilla al hombre, y otras que le ensoberbece: ¿qué concepto quieren que formemos de ellos? Sí, Rousseau, «la malignidad es ciega, «y la pasion no raciocina (2),» y por eso os perdeis en contradicciones.

Este corifeo de los deistas, á quien si pudiéramos creer hallaba delicias en verse oprimido por la fe, como protesta, dirigiéndose á Dios, sentó sin pensarlo una gran verdad al decirle: «Señor, el uso mas digno de mi corazon es anona- «darse en vuestra presencia (3).» Mas, preciso es confesar que no tardó en arrepentirse de su franqueza, diciendo poco despues: «que sujetar la razon es agraviar á su autor (4).»

(1) «In ipsa enim initium sumpsit omnis perditio.» (*Tob.* IV, 14).
(2) *Emilio.*
(3) *Ibid.*
(4) *Ibid.*

No obstante, mas adelante afirma, «que sin la fe no existe «ninguna verdadera virtud (1).» Fácilmente conciliaríamos á Rousseau consigo mismo si le distinguiéramos en Rousseau *sincero y distraido*, y Rousseau hipócrita y que se acuerda de su papel. Es como el mar. En calma deja á las embarcaciones hacer su travesía con regularidad: embravecido todo lo desorganiza y arrolla.

No es, pues, extraño que sea tan preferentemente grata á los ojos de Dios una virtud que presupone en nosotros lo mas elevado y sublime que hay sobre la tierra; que nos asegura una posesion tan preciosa, y por la que confesamos y conocemos cuanto existe en los cielos.

La presencia de la fe supone tambien en el creyente una conciencia pura, ó cuando menos una marcada inclinacion á la virtud, y por esto es tambien grata á Dios, al paso que la falta de ella supone en el incrédulo un corazon corrompido: niega porque le interesa negar (2). Por eso el mismo Bayle, patriarca del moderno Filosofismo, impugnando la calumnia que atribuye el orígen de la creencia de Dios al temor (3), decia: «Por el contrario, el temor y solo el temor «de sus castigos es el que hace que algunos traten de per- «suadirse que no hay Dios (4).»

Así que, podemos decir que la corrupcion, el orgullo y el deseo de distinguirse son el foco comun de la incredulidad. «Vosotros, decia Clemente de Alejandría á los gentiles, «vosotros sois incrédulos consiguientes con vuestra conduc- «ta y vuestra vida: creeis á vuestros simulacros porque os «proponeis goces y deleites, y no creeis en Dios porque no «quereis vivir arregladamente: de ahí es que odiais lo me- «jor y mas hermoso, y honrais lo mas vil (5).»

«El libertinaje del entendimiento, dice Nonnotte (que los «conocia bien), y el del corazon, son los dos poderosos re- «sortes que mueven las plumas, las lenguas, y todas las «operaciones de tales libertinos (6).» Y mas adelante (7):

(1) *Emilio.*
(2) «Noluit intelligere, ut bene ageret.» (*Psalm.* XXXV).
(3) «Primus in orbe Deos fecit timor.»
(4) *Pens. div.* tomo 2, citado por Feller, *Catecismo filosófico*, tomo 1, pág. 232.
(5) *Cohortatio ad gentes.*
(6) *Diccionario filosófico*, prefacio.
(7) *Ibid.* artículo *Cristianismo.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Todo hombre capaz de reflexionar se asombrará de que una «religion tan pura, tan juiciosa, tan útil á la humanidad «como la cristiana, pueda ser el objeto de las declamacio- «nes furiosas de tantos escritores, y de que estas declama- «ciones puedan ser el objeto de la diversion mas agra- «dable.»

«Son tan vanos y débiles los hombres, escribe Chateau- «briand refiriéndose á los enciclopedistas franceses, que mu- «chas veces el deseo de darse importancia les hace afirmar «cosas que no creen, ó á lo menos de las que no están com- «pletamente convencidos (1).» D'Alembert creemos será un testimonio irrecusable ante las personas á quienes nos dirigimos. Habla por experiencia y hace su propio retrato.

«*El deseo*, escribe (2), *de no tener freno en sus pasiones, y «la vanidad de parecer sábio y no pensar como la multitud*, «mas bien que la ilusion de los sofismas, es lo que ha hecho «un gran número de incrédulos. Cuando las pasiones y la «vanidad callan, la fe renace (*).» *Tu dixisti.* ¿Se quiere otro testimonio mas explícito aun? Pues el mismo converso Boulanger declaró como declaraban todos, «que interior- «mente siempre habia respetado la Religion, y al escribir «contra ella habia tenido que sofocar la voz de su concien- «cia, dejándose llevar del fuego de su imaginacion arras- «trado por los aplausos y el elogio de los filósofos (**).»

Que los señores filósofos se abracen con la virtud y se desvanecerán todas las fantasmas del ateismo. «Conservad siem-

(1) *Ensayo sobre las revoluciones*, tomo 2.
(2) Cita de Feller 1, 32.
(*) «Aun cuando los filósofos, dice tambien Rousseau, estuviesen en «estado de poder descubrir la verdad, ¿ quién de ellos tomaria em- «peño por sostenerla? Cada uno sabe por sí que su sistema no está me- «jor fundado que los otros; pero lo sostiene porque es suyo. No hay uno «que si llegase á conocer la verdad, ó falsedad de él, no prefiriese la fal- «sedad que habia investigado á la falsedad descubierta por otro. ¿Dón- «de está el filósofo que por adquirir gloria no engañase gustosamente «al género humano? ¿Qué otro objeto se propone ninguno de ellos en el «secreto de su corazon mas que el distinguirse? Con tal que se sobrepon- «ga al vulgo ú ofusque el brillo de sus concurrentes, no necesita mas: lo «que importa es pensar de diferente manera que los demás. Con los cre- «yentes es ateo, con los ateos fuera creyente.» (*Emilio*).
(**) El P. Feller hace una descripcion muy clara y luminosa del *incrédulo* distinguiéndole en cinco especies ó categorías: incrédulo *necio*, incrédulo *vicioso*, incrédulo *por moda*, incrédulo *por afectacion*, é incrédulo *por principios*. Tambien los divide en cuatro por su plan de ataque, á saber, en *bufones*, *chistosos*, *preguntadores* y *charlatanes*.

«pre, dice Rousseau (1), vuestra alma en estado de desear «que haya un Dios, y jamás lo dudaréis.» Y las palabras de este deista son semejantes á aquellas de san Agustin: «So- «lamente niega la existencia de Dios aquel á quien con- «viene que no exista.» «Una vida relajada, decia tambien «el Crisóstomo aludiendo á los escribas y fariseos, lo cual «conviene igualmente á nuestros incrédulos, una vida re- «lajada y el amor á ella son la causa principal de la in- «credulidad (2).» Es consiguiente que el que no quiera ser bueno tampoco quiera ser creyente (3). Quédales, sin embargo, la desgracia de que su incredulidad no puede destruir la *realidad* de aquello que la motiva, ó la *necesidad* del futuro que temen.

«La corrupcion del corazon, dice Lamennais (y él lo ha «experimentado desgraciadamente), pasa á ser muchas ve- «ces la religion del entendimiento.» «Yo quisiera, escribe «La-Bruyère (4), encontrar un hombre sóbrio, casto, justo, «que negase la existencia de Dios y la inmortalidad del al- «ma; este al menos hablaria sin interés. Pero un hombre «tal no se encuentra.» Á Maistre hemos tambien oido decir: «que no conocia á ningun filósofo hombre de bien (5).»

Copiemos lo que sobre el particular dice Nonnotte desenmascarando y confundiendo á los sofistas á quienes impugna.

«Como todas las males pasiones, escribe (6), llevan consi- «go el carácter de crímenes y de delitos, dejan en el cora- «zon el miedo del castigo, y por consiguiente la idea de un «Dios justo y vengador es muy molesta y desagradable para «quien se deja arrastrar del furor de tales pasiones, no sién- «dole posible ocultar sus maldades á una sabiduría infinita «ni á una providencia vigilantísima. Por tanto, es evidente «que todos los hombres injustos, inícuos, libertinos y cor- «rompidos han de procurar persuadirse que no hay Dios, y «hacer todos los esfuerzos posibles para persuadirlo á los «demás. Buscan razones aparentes; no examinan lo que no «les tiene cuenta, y se echan polvo en los ojos, y así atrope- «llan por todo, por la Religion, por las buenas costumbres

(1) *Emilio*, lib. IV.
(2) *Homilia* LXXII *in Matthæum*.
(3) «Noluit intelligere ut bene ageret.» (*Psalm.* XXXV).
(4) *Característicos*, cap. 16.
(5) Citado en el prefacio.
(6) *Diccionario filosófico de la Religion*, artículo *Ateista*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«y por todas las obligaciones y respetos, porque desean la «impunidad para sus atrocidades. No quisieran que hubiera «Dios, porque les es imposible creerlo y no temerlo.»

Por último, otro apologista moderno á quien citamos muchas veces, encerrándose con los incrédulos en la hipótesis que por un momento les concede de que la religion cristiana no sea una verdad, les confunde de esta manera: «Vos- «otros (1) no creeis, nos dicen, sino por preocupacion. Per- «mitámoselo por un momento. Nos parece que la preocupa- «cion á favor del Cristianismo es menos reprensible que la «preocupacion á favor de la incredulidad: la primera pro- «viene de un amor sincero á la virtud; la segunda de una «inclinacion decidida al vicio. La religion fue la preocupa- «cion de todos los hombres grandes que vivieron desde el «principio del mundo hasta nosotros; la incredulidad, que «no es mas que un libertinaje del entendimiento, fue la ex- «travagancia de un pequeño número de argumentadores «muy inútiles, frecuentemente muy perniciosos, que no ad- «quirieron nombre sino entre los pueblos corrompidos.

§ III.—*Esperanza.*

No hay esperanza sin fe, como no hay edificio sin base. Por consiguiente, los incrédulos se privan voluntariamente de este otro suavísimo y eficacísimo antídoto de sus calamidades. Veamos cómo contribuye tambien esta virtud á hacer feliz al hombre, aun en esta vida. Un impío la llama en el mas monstruoso de los libros (2), «bálsamo soberano de «todos los males.» Otro (3), «cordial poderoso que endulza «toda bebida amarga, hasta la última.» Y un tercero se compadece de los verdaderos ateos porque «todo consuelo, dice, «ha muerto para ellos (4).»

La mayor ó menor felicidad del hombre en esta vida pende de la mayor ó menor seguridad del objeto en que constituye su último fin y pone todo su corazon. Esta verdad no fue desconocida á la filosofía gentílica. «El sumo bien, dice

(1) Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Escepticismo*.
(2) *Sistema de la naturaleza*, citado por Bergier en el *Tratado histórico*, pág. 25.
(3) Bolingbroke, cit. *ibid.* pág. 33.
(4) Cit. *ibid.*

«Ciceron, no se puede hallar sino en lo que es inmutable, «fijo y permanente; porque si pudiera perderse, dejaria de «ser sumo bien. Lo que constituye la felicidad perfecta no «ha de estar sujeto ni á envejecerse, ni á extinguirse, ni «á debilitarse, porque quien tuviese que temer algo de es- «to, desde luego no podria ser perfectamente feliz (1).»

Las falsas religiones y la incredulidad no ofrecen ni presentan á sus prosélitos otros objetos en que constituir su fin último que las riquezas, los honores, ó los deleites y goces materiales, objetos tan poco estables y tan perecederos, como la experiencia siempre ha demostrado. Ahora bien: supuesta ya la posesion de estos objetos deseados como fin último, ó los pierde el posesor impío, ó no los pierde. Supongamos que la instabilidad de las cosas humanas no quiera por un favorable capricho arrebatarle estos bienes: sin embargo, no podrá alejar de sí aquel continuo sobresalto y temor de perderlos que le atormenta, temor y sobresalto que le hace concebir el convencimiento en que está y que tan justamente abriga de la inseguridad de los mismos. Mientras que el cristiano que espera, disfruta aquella dulce calma y tranquilidad de espíritu en que le deja la completa seguridad del objeto, objeto único verdadero y digno que su religion le ha presentado para que constituya en él su último fin, objeto de su esperanza, que estando como está fuera del alcance de las vicisitudes humanas, le posee quieta y pacíficamente, sin que le asalte el temor de que ni la rapacidad, ni la corrupcion, ni el granizo, ni la inconstante fortuna puedan arrebatárseles (*). ¿No contribuye en gran manera todo esto á hacer feliz la vida del hombre?

Pero, ¡ay! que al sobresalto del incrédulo concebido por la posibilidad de perder un deseado objeto, ó á la pena atroz de haberle perdido, acompaña la desoladora persuasion, que su incredulidad le inspira, de que ninguna otra cosa le queda en que fijar su vista y poner su corazon; y no teniendo por lo tanto que esperar ya en este mundo sino una vida infeliz, y la nada despues de la muerte, caerá en una desesperacion profunda que terminará con el suicidio. Sí:

(1) *Quæst. Tuscul.* lib. V.
(*) «Facite vobis sacculos qui non veterascunt, thesaurum non defi- «cientem in cœlis, quo fur non appropiat, neque tinea corrumpit.» (*Luc.* XII, 33; *Matth.* VI, 20).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con el suicidio físico ó el suicidio moral; porque, ó no tendrá valor para soportar una vida tan horrorosa, y tomará un veneno, ó hundirá un puñal en su corazon, ó tendrá valor para soportarla, y en este caso permitirá que la pena, pena cruel que para él no hay medio de mitigar, vaya minando poco á poco su existencia triste hasta acabarla. ¡Terrible alternativa! Mientras que el verdadero creyente, aunque le supongamos bastante apegado á los bienes de este mundo, si la adversa fortuna ó una mano rapaz se los arrebatan, no por eso se desespera: solamente perdió un objeto de sus deseos secundario y efímero: su fe le hace esperar entonces allá en lontananza otros bienes duraderos y de verdadera importancia que le consuelan é indemnizan con usura de la pérdida que sufrió, desafiando al hombre y á la fortuna á que se los arrebaten, si pueden, como le arrebataron los otros. «El que teme al Señor, dice el Sábio, de nada tembla-«rá, ni tendrá pavor, porque él mismo es su esperanza (1).»

Mas, ¡ay! que tambien el incrédulo añade á tantos tormentos la amargura de sucumbir sin que le mitigue la pena la esperanza, que no tiene, de que una mano recta y justiciera tomará venganza de los agravios que le hicieron los hombres, y de la iniquidad y tiranía con que le trataron, las cuales fueron causa de su pena, de su desesperacion y de su muerte; mientras que al verdadero creyente le queda la esperanza mas consoladora en el recurso de apelacion que tiene expedito á aquel supremo y terrible tribunal, donde, como dice un sábio autor y piadoso poeta (2), versificando el libro de Job (3):

«. . . . . ya cede
«La opresion del impío; y ya no vale
«La fuerza del brioso jayan y poderoso
«Donde es igual el grande y el pequeño,
«Donde el esclavo ya no tiene dueño.

Es, pues, la esperanza cristiana la panacea universal del infortunio, el arma con que hacemos frente á todas las desgracias y miserias é infortunios, es la que en union con la fe, su fundamento, constituye la dicha del hombre en esta

(1) Eccli. IV, XVI: «Qui timet Dominum, nihil trepidabit, et non pa-«vebit, quoniam ipse est spes ejus.»
(2) D. Tomás José Gonz. Carvajal.
(3) Cap. III, v. 17, 19.

vida. Y como no hay esperanza sin fe, privándose los incrédulos de la paz del alma que reporta la una, se privan tambien de los consuelos que comunica la otra.

La esperanza de una felicidad eterna despues de la muerte es lo único que puede decidirnos á sufrir con paciencia los trabajos de la vida y movernos eficazmente á la virtud. ¡Oh! supuestas las miserias y las aflicciones de este mundo, el hombre, el rey de la creacion, seria la criatura mas desgraciada si nada debiera esperar mas allá de la tumba. No es, pues, extraño que los incrédulos no extendiendo su vista mas allá del sepulcro, y tomando solo en consideracion el tránsito y no el término del hombre, no cesen de deplorar la triste condicion de la humanidad, y hallen aquí un motivo aparente para blasfemar de la divina Providencia.

«Nodriza (la esperanza cristiana) de los desgraciados, ex-«clama Chateaubriand (1), puesta al lado del hombre como «una madre al lado de su hijo enfermo, le mece en sus bra-«zos, le suspende en su abundante pecho, y le alimenta con «una leche que calma todos los dolores; vela á la cabecera «solitaria, y le adormece con canciones encantadoras. ¡Oh! «qué sorpresa causa ver la esperanza que es tan dulce con-«servar, y que pareciendo un movimiento natural del alma «se transforma para el cristiano en una virtud rigorosamente «exigida. Por manera que con cualquier cosa que haga se «le obliga á beber con abundancia esta preciosa copa, en la «cual tantos miserables tendrian á gran dicha humedecer «sus labios por un instante. Aun hay mas (y en esto consis-«te la maravilla), el cristiano tendrá la recompensa por ha-«ber esperado; esto es, por haber hecho su propia felicidad.»

Efectivamente; la esperanza como todas las demás virtudes y doctrinas del Cristianismo, son, segun hemos visto, é irémos viendo, la única dicha verdadera que puede el hombre saborear en la tierra (2), las gradas para alcanzar la dicha del cielo, y la prenda de la gloria futura (3).

(1) *Genio del Cristianismo*, lib. II, cap. 3.
(2) «Beatus homo qui sperat in te.» (*Psalm.* LXXVIII).
(3) «Pignus futuræ gloriæ.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

§ IV.—*Influencia de la fe y de la esperanza cristianas en la pacífica direccion y tranquilidad de las sociedades.*

«La Religion, dice Bergier (1), es quien formó las socie-«dades; luego la incredulidad debe destruirlas.» Proposicion incontestable.

La fe y la esperanza, virtudes cristianas, son el mas poderoso estímulo del hombre para el bien obrar, y á la vez el mas vigoroso freno que le aparta del crímen.

Con efecto: ¿qué propension ni qué estímulo á lo bueno se puede esperar en una sociedad cuyos indivíduos no creen ni esperan mas vida que esta, ni los premios eternos prometidos á la virtud? ¿qué aversion ni horror á lo malo cuando no creen ni esperan el castigo del crímen? «Nada, escri-«be Shaftesbury (2) á este propósito, nada es mas capaz de «alentar á la virtud y separar del vicio que la presencia de «un ser supremo, testigo y juez de lo que pasa en el mun-«do, y es un gran defecto del ateismo separar esta causa... «creer que las malas acciones, á las cuales somos arrebata-«dos por pasiones violentas, son castigadas por la justicia «divina, es el mejor remedio contra el vicio y el mayor estí-«mulo para la virtud.»

El incrédulo ó gentil no reconoce mas medios retractivos del crímen que la coaccion, la violencia, la ley. El creyente reconoce tres, la ley, el temor del eterno castigo, y la responsabilidad de la conciencia. Aquel único medio que reconoce el incrédulo es muy débil, porque la ley es fácilmente tergiversada ó eludida por la malicia humana, á quien nunca faltan pretextos, y pocas veces recursos, para ello. Mientras que los otros medios reconocidos por el creyente son ineludibles; porque nadie puede acallar su conciencia (3), hacerla transigir, ni eludir su rigorosa censura, estrellándose contra ella todos los falsos é hipócritas racio-

(1) *Diccionario de teología*, artículo *Incredulidad*.
(2) *Investigaciones sobre el mérito y la virtud*, cit. ibid. artículo *Alma*.
(3) «Etiamsi cætera supplicia quæ putantur effugerit.» (Cic. *Fragm.* lib. III *de Repub.*).

cinios de la perversidad (1). Tenemos, pues, que además de la ventaja para la sociedad de tener el creyente tres frenos ó medios retractivos del crímen sobre el incrédulo que no tiene mas que uno, posee la de que aquellos dos medios en que el creyente aventaja al incrédulo son infinitamente mas poderosos y eficaces que el que á ambos es comun. Por consiguiente, como cási todos los crímenes llevan el carácter de sociales, resulta que una sociedad de incrédulos entraña infinitamente mas elementos de disolucion y de desórden que una sociedad de verdaderos creyentes.

De la misma manera, el incrédulo no reconoce mas medios impulsivos á la virtud que una estéril vanagloria. Mientras que el verdadero creyente tiene tres: el captarse el aprecio y la estimacion de aquellas personas cuya indigencia socorre, cuyos infortunios consuela, cuyos derechos defiende; el cumplimiento de los preceptos divinos, y la esperanza del premio eterno. Tenemos, pues, aquí tambien que además de la ventaja para la sociedad de asistir al creyente tres medios impulsivos á la virtud sobre el incrédulo que no conoce mas que uno, posee la de que aquellos dos medios en que aventaja al incrédulo son infinitamente mas eficaces é impulsivos que la vanagloria que únicamente mueve á aquel. Por consiguiente, como toda virtud es un elemento de tranquilidad y órden social, resulta que una sociedad de creyentes entraña infinitamente mas elementos de órden, de paz y de tranquilidad que una sociedad de incrédulos.

La ley humana, que tan exactamente comparó el filósofo Anacarsis á las telas de araña, las cuales prenden solo á las moscas pequeñas y son rotas por las grandes, es, por desgracia para la sociedad, harto poco lo que refrena al hombre, el cual la infringe fácilmente con sus crímenes, movido por la esperanza que concibe de eludir su aplicacion y su pena; mientras que el temor del eterno castigo, como que estriba en la conciencia á la que no se engaña ni se soborna, no puede ser expelido de la imaginacion: y como por este lado no ve medio alguno de disculpa ni esperanza de impunidad, se aparta y retrae de la accion mala y pecami-

(1) «Non sunt tenebræ et non est umbra mortis ut abscondantur ibi «qui operantur iniquitatem.» (*Job*, XXV, 22). «Non erit fuga eis.» (*Amos*). «Non poterit avolare ab angustia sua.» (*Isaí.* VIII).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nosa. ¡Ah! él sabe que ni en la altura de los cielos, ni en lo mas recóndito de los mares, ni en las entrañas mismas de la tierra está á cubierto de la mirada escrutadora del Dios vengador (1).

Resulta, pues, que al incrédulo impele al crímen la esperanza de la impunidad, con especialidad si el vicioso ó el inícuo es algun poderoso que puede corromper la justicia (2). Pero al verdadero creyente no puede mover al mal esta confianza, aunque sea el mas poderoso del mundo, porque ni con todo el oro de América puede eludir la rigorosa censura de su conciencia.

En cuanto al estímulo para lo bueno, hemos notado que el incrédulo no tiene mas que el de la vanagloria, aliciente sumamente débil y flojo: su incredulidad le arrebata precisamente los dos mas poderosos; el uno directa é inmediatamente, y el otro como á remolque y por consecuencia de doctrinas; porque no creyendo en los premios y penas eternas, que es el uno; la conciencia, que es el otro, viene á ser una palabra vacía de significacion. Con mucho acierto dijo Ciceron (3) rebatiendo de antemano la opinion de Bayle (4) y otros sofistas, «que no bastan las leyes para llevar á los «hombres á la práctica de las buenas obras y separarlos de «las malas.» «La virtud, dijo tambien Séneca (5), es muy «imperfecta cuando no hacemos mas bien que el mandado «por las leyes: la regla de nuestros deberes es mucho mas «extensa que la de la justicia rigorosa. ¿Cuántas cosas exi- «gen la piedad, la humanidad, la liberalidad, la equidad y «la buena fe de las que ninguna mencion hacen las le- «yes?»

Para mover eficazmente al hombre á las buenas obras, al cumplimiento siquiera de sus deberes, es necesaria la Religion, la fe, la responsabilidad de la conciencia: por eso Napoleon, que sometió á su gobierno cási toda la Europa, decia «que no se creia con fuerzas bastantes para gobernar á los «lectores de Rousseau y de Voltaire.» Las leyes serian co-

(1) «Quo ibo à spiritu tuo, et quo à facie tua fugiam? etc.» (*Psalmo* CXXXVIII).
(2) «Impunitas peccandi maxima illecebra.» (Cic. *offic.* lib. I).
(3) *De legibus*, lib. I, cap. 4 et 15.
(4) *Pensam. divers.*, cit. por Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Alma*.
(5) *De ira*, lib. II, cap. 27.

lumnas en el aire si no se asentaran sobre la base de la Religion que es su vínculo (1).

No basta la ley, no: ella no previene las circunstancias, ni los abusos, ni entra en los pormenores de los deberes recíprocos: aunque corte las ramas del mal, no arranca las raíces, y aunque prescriba las virtudes, no las hace amar. Deja al entendimiento en la ignorancia, y al corazon en la corrupcion, porque no moraliza al hombre, ni dirige mas que el exterior del ciudadano. No basta la ley, no: y mucho menos en las actuales sociedades de Europa, en que ha sido preciso robustecer la fuerza física para sustituir la falta de accion de los medios morales, cuyo acrecentamiento es el deber mas apremiante de los Gobiernos, porque estos medios son mas poderosos para curar ese mal social, que nos han legado la Reforma y el Filosofismo, que la fuerza de las bayonetas y el terror del patíbulo.

Tenemos, pues, que no creyendo el incrédulo en las penas eternas, no las espera; no esperándolas, no las teme; y no temiéndolas, no le retraen del crímen para eludirlas. Tenemos tambien que no creyendo el impío en los premios eternos, no los espera; no esperándolos, tampoco le halagan; y no halagándole, no practica la virtud para alcanzarlos. Son demasiado claras y marcadas las fatales consecuencias que de todos estos principios resultan para la sociedad.

«Si se considera á los ateos en la disposicion de su cora- «zon, dice el mismo Voltaire (2), se halla que no estando «detenidos por el temor de ningun castigo divino, ni anima- «dos de la esperanza de bendicion alguna del cielo, necesa- «riamente deben abandonarse á todas sus pasiones.»

Bayle confiesa tambien que el Ateismo conduce á la corrupcion de costumbres y á consecuencias afrentosas: y que si los ateos discurrieran consecuentemente, se entregarian á toda clase de crímenes (3); y nótese que Bayle es el patriarca de la incredulidad moderna.

¿Quereis tener una idea de lo que seria una sociedad sin fe y sin esperanza? Pues remontaos á las sociedades anti-

(1) Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, empresa 23 consagrada al asunto.
(2) *Pensées sur la Comète*, citado por Feller, *Catecismo filosófico*, tomo I, página 231.
(3) Citado por Bergier, *Tratado histórico y dogmático*, tomo I, pág. 49.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guas, ó leed el capítulo II del libro de la Sabiduría que la describe.

Óigase cuán acertadamente discurre el autor de la carta de Trasíbulo á Leucipo, acerca de la necesidad y eficacia á la vez del inapelable é ineludible tribunal de la otra vida; sin que por eso se le deba disimular la impostura que encierra. «La generalidad de los hombres, dice (1), está bas-«tante corrompida, y es demasiado insensata para no tener «necesidad de ser conducida á la práctica de las acciones «virtuosas, es decir, á la sociedad, con la esperanza de la «recompensa, y separada de las acciones criminales por el «temor de los castigos. Esto es lo que ha dado orígen á las «leyes; mas como estas no castigan ni recompensan las ac-«ciones secretas, y en las sociedades mejor arregladas los «culpables poderosos y acreditados *encuentran el secreto de «eludirlas*, ha sido necesario imaginar (*) un tribunal mas «temible que el del magistrado. Se ha supuesto que con la «muerte entramos en una vida nueva, etc.... Esta opinion «es sin duda alguna el mas firme fundamento de las socie-«dades; ella es la que inclina á los hombres á la virtud y los «retrae del vicio.»

Tan pésimamente, pues, influye el Ateismo en las costumbres, que, como dice Bergier, «el incrédulo no puede «ser hombre de bien, sin contradecir continuamente todos «sus principios (2).»

«El Ateismo y la irreligion, pregunta este moderno apo-«logista (3), ¿pueden contribuir para ventaja de la sociedad? «Un principio de vicio en los particulares nunca será útil «al bien de la sociedad; pero hay otras reflexiones que ha-«cer. La Religion ha formado las primeras sociedades: toda «la antigüedad depone esta verdad, pues sometió á los pue-«blos, á las leyes, como lo demuestra la conducta de los le-«gisladores: fue el gérmen y el sosten del amor patrio, pues «así lo acreditan los antiguos monumentos: imprimió un

(1) Citado por Bergier en el *Diccionario de teología*, artículos, *Alma* é *Incredulidad*.

(*) ¡Feliz invento aun cuando tal fuera! Y véase aquí que aun en la misma hipótesis *de puro invento* la religion cristiana recibe homenajes de los incrédulos, la justifican, y admiran su influencia en el órden moral y social.

(2) *Diccionario*, artículo *Ateo*.

(3) *Tratado histórico y dogmático*, tomo 2, al fin.

«carácter sagrado á todas las instituciones sociales, provi-«niendo de aquí la costumbre de confirmar las promesas por «el juramento, y la intervencion de la Divinidad en los tra-«tados. Cuando este lazo primitivo de la sociedad se rom-«piese, ¿los efectos que ha producido subsistirian mucho «tiempo? Los primeros jefes de las asociaciones no fueron «bastante ciegos para no echar de ver el interés de los hom-«bres en reunirse, ni bastante torpes para no hacerlo cono-«cer; sin embargo creyeron que este motivo no era suficien-«te, y añadieron el de la Religion. La obra de estos hombres «prueba su sagacidad; pero la de los ateos es por lo menos «muy dudosa, porque jamás formaron ni organizaron nin-«guna sociedad, consistiendo su único talento en corromper «y en alarmar aquellas en que nacieron.

«Ninguna de las instituciones útiles cuyos efectos toca-«mos, ninguno de los establecimientos hechos para el con-«suelo y conservacion de los hombres, han sido sugeridos «por la filosofía, sino por la Religion: fueron instituidos en «siglos en que los hombres eran menos calculadores pero «mas caritativos: estos establecimientos no se encuentran «en las naciones infieles. Un ateo acorde con sus principios «mandaria destruir todos estos establecimientos dispendio-«sos que exigen cuidados, atenciones y trabajos que los in-«crédulos nunca tuvieron valor para desempeñar. Si en esto «nos hubiéramos de atener á las razones de cálculo, no en-«contraríamos uno solo de estos establecimientos cuyos gas-«tos no excedan al producto y contrabalanceen la utili-«dad (*); pero son otros santuarios para la virtud, siendo «aquí donde obra y se despliega. ¡Desgraciada toda socie-«dad en que se calcule cuánto cuesta la virtud!»

Á vista de todo lo anterior, ¿podrá desconocerse la gran influencia de las virtudes divinas, de la fe y de la esperanza, de que nos ocupamos, en la armonía y tranquilidad de las sociedades, por lo que tienen de retractivas del crímen

(*) Esto es cierto examinada la cuestion bajo el aspecto económico-particular del establecimiento mismo, ó de su dueño. Pero examinada bajo el punto económico-general ó social, Bergier no es exacto. Considerado el punto bajo este aspecto, tanto estos establecimientos como toda virtud son utilísimos y eminentemente económicos por sus productos inmateriales, que son despues orígen y causa de grandes productos materiales. Aquellos productos son del mismo género que los que prestan los sacerdotes y los magistrados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que disminuyen y de impulsivas á la virtud que fomentan? ¡Ah! las sociedades no necesitarian legislacion alguna penal si se profesasen con verdadero espíritu cristiano las virtudes divinas de la fe y de la esperanza; y la edad de oro no seria ya contada entre las quimeras.

El célebre Lactancio veia tambien supérfluas en un Estado perfectamente cristiano las leyes, las cárceles y los patíbulos, «puesto que solo la ley de Dios bastaba á realizar «una paz perfecta (1).»

«¿Qué argumento, dice oportunamente Rousseau (2), qué «argumento mas poderoso contra el incrédulo que la vida de «un verdadero cristiano?» Sin embargo Rousseau debió conocer que este argumento no es menos concluyente contra un deista como él, que contra un ateo. El deista no es tampoco creyente.

«Los que se esfuerzan, dice David Hume (3), y debiera «decir, los que nos esforzamos, en desengañar al género hu«mano de esas especies de preocupacion (los premios y pe«nas eternas), tal vez son buenos razonadores, pero jamás «los reconoceré como buenos ciudadanos y buenos políticos, «porque libran á los hombres de uno de los frenos de sus «pasiones, y hacen mas fácil y segura la infraccion de las «leyes de la equidad y de la sociedad.» «¡Y estos hombres «se alaban todavía de ser los bienhechores del género huma«no!» añade Rousseau (4) despues de redactar á su modo el anterior pensamiento de su contemporáneo. Mas este corifeo se cansó pronto de ser franco y consiguiente, y ved aquí que en el *Contrato* pretende negar al Cristianismo su influencia social, diciendo, «no tener esta Religion relacion al«guna con el cuerpo político, y no dejar mas vigor á las «leyes que el que ellas tienen de por sí sin ayudarlas.»

Despues de indicar este deista los dogmas cristianos que son de su agrado, entre ellos la otra vida y sus premios y penas, añade: «Estos y otros dogmas semejantes son los que «importa enseñar á la juventud y persuadir á todos los ciu«dadanos. El que los impugna merece ser castigado, porque

(1) «Cum ad perfectam innocentiam Dei lex una sufficeret.» (*Divinar. institut.* lib. V, *De justitia*, cap. 8.
(2) citado por Feller, *Catecismo filosófico*, tomo 3, pág. 148.
(3) *Essay*, *Œuvres*, lib. III.
(4) *Emilio.*

«es perturbador del órden y enemigo de la sociedad (1).» Demos las gracias á Rousseau; pero esto no estorba que le recordemos que aquí se olvidó lastimosamente de su decantada tolerancia, y se convirtió, como él mismo dice de los soberanos, de los magistrados y de los obispos, en *precursor de los demonios;* y tambien se olvidó de que dijo en otra parte que, siendo él magistrado, haria quemar al que viniera á denunciarle un ateo (2).

Pero prescindiendo de todo; aun en la absurda é irrealizable hipótesis de que las paradojas del enemigo de la fe fuesen demostraciones evidentes y reales, ¿qué aventuraria este en pasar algunos años en la paz y en la estimacion pública, en ser justo y honrado amador, sociable, arreglado en sus costumbres, buen esposo, buen padre y buen ciudadano, bienes todos que produce la sumision sincera al yugo de la fe?

Ha dicho un sofista en el mas monstruoso escrito (3), que pueden obtenerse estos bellos resultados morales prescindiendo de los motivos de religion y de fe. «Los principios «decorosos, dice, los ejemplos virtuosos, la estimacion y las «recompensas del mérito y de las bellas acciones, y los cas«tigos que rigorosamente se siguen al vicio y al delito, son «motivos capaces de determinar á la mayor parte de los hom«bres á mostrarse virtuosos.» Mas en su ceguedad no advierte que al tirar de la Religion para arrojarla, se lleva pendiente de ella lo que supone que queda. Sin la religion cristiana, ¿á dónde van á parar, desventurado, esos principios decorosos, esos ejemplos virtuosos, esas bellas acciones? ¿Abundan estas acaso en Marruecos, en Trípoli, en Pekin, en la Nueva-Zelanda? ¿Se practican entre los lapones y los hotentotes? El núcleo de todos los errores y absurdos de los sofistas incrédulos consiste en suponer que desterrando la Religion subsistirá el mismo órden moral y social de cosas que antes, y no alcanzan, ó no quieren alcanzar, que la abolicion de la Religion es la muerte de todo órden, del órden político, del órden moral y del órden social. Ellos descono-

(1) *Emilio.*
(2) *Eloisa*, carta XII, citada por Bergier en el *Deismo refutado por sí mismo.*
(3) *Sistema de la naturaleza*, citado por Nonnotte, *Diccionario filosófico*, artículo *Libertad.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cen el mayor beneficio que ha hecho la religion cristiana á las sociedades, á pesar de que por todas partes les rodea; y es ese perfecto órden de cosas, esa preciosa conciencia pública, esa purificada atmósfera que ingratos respiran. Lo mas extraño es que por otra parte confiesan, como hemos visto, que sin religion es imposible la sociedad. Harto difícil es verdaderamente conciliar consigo mismos á estos señores filósofos.

Es muy cierto, sin embargo, que la mayor parte de los sofistas incrédulos se someten al yugo de la fe; pero se someten cuando se ven en el lecho de muerte. «Entonces to«man el partido mas seguro, como les echa en cara el mis«mo Bayle, cual es, dice, el que promete la felicidad eterna «si es verdadero, y que, aunque fuera falso, ningun riesgo «acarrea.» Está muy bien: y de ello nos congratulamos deseando que lo hicieran todos así; empero la sociedad reporta muy poca utilidad de unos hombres que aplazan el ser justos y honrados para cuando se despiden de ella.

Siempre será una verdad, que si bien el impío podrá paliar y excusar su incredulidad con sus soberbios y falaces sofismas, jamás, sin embargo, podrá sincerarse de ser abiertamente enemigo de sí mismo y del género humano, y estorbador cruel de la felicidad individual y social.

§ V.—*Caridad.*

Poco dirémos de la caridad como virtud teológica: de esa gran virtud, reina de todas las virtudes, con la cual las virtudes son virtudes, y sin la cual las virtudes dejan de serlo. Nos parece que nadie necesita hacer ningun esfuerzo para convencerse de que el amor de Dios, «cuya regla es «amarle sin medida,» como dice san Bernardo, es el colmo y el último término de la grandeza y de la dicha del hombre. San Agustin dice nada menos «que el hombre que ama «á Dios se hace Dios (1).»

El amante tiene una tendencia irresistible hácia el objeto amado: quisiera identificarse con él. Por consiguiente, el hombre que de veras ama á Dios se embriaga, por decirlo así, de felicidad y de dicha, y se eleva por cima de la dignidad misma; porque Dios es el infinito mar de dichas en que se

(1) «Si Deum diligis, quid vis ut dicam? Deus es.»

sumerge, y la inmensa altura hácia la que vuela como imantado. El que busca y ama á Dios de todo corazon, este se ha dirigido recto á la inagotable fuente de dulzura y de suavidad; y se abismará en unos arrobamientos de espíritu y éxtasis tan deliciosos, que rebosando su corazon, su pecho y todo él de alegría, creerá morir de gozo y de felicidad.

Los místicos no pueden exagerar cuando quieren describir los sublimes efectos del amor de Dios puro y acendrado: por el contrario, no pueden ni siquiera bosquejarlos; dado que á la mitad de su intento se encuentren sin palabras en los diccionarios de los hombres con que expresar ni definir un preludio de aquello que «jamás el ojo vió ni el «oido oyó (1),» viéndose obligados á soltar la pluma y exclamar: *non possumus, non possumus*. Santa Teresa de Jesús, nuevo serafin abrasado en amor de Dios, *unas veces moria ahogada en las delicias de este amor*, y *otras moria porque no moria* para saborear sus inefables dulzuras sin interrupcion y sin fin (*).

«No hay, dice san Hilario, cosa mas dulce que amar á Dios «y padecer mucho por su amor.» «Hace mucho, escribe san«to Tomás, y le parece poco; hace cosas grandes, y le pare«cen pequeñas.»

«Grande cosa es el amor divino y el mayor de todos los «bienes; él solo hace ligero todo lo pesado, y sufre con igual«dad de ánimo todo lo desigual.

«Porque lleva la carga sin fatiga, y hace dulce y sabroso «todo lo amargo.

«El noble amor de Jesús nos anima á hacer grandes cosas, «y nos excita á desear siempre lo mas perfecto.

«El amor quiere estar en lo mas alto y no ser detenido por «cosas bajas. Nada hay mas dulce que el amor, nada mas «fuerte, nada mas alto, nada mas extenso, nada mas agra«dable, nada mas cumplido ni mejor en el cielo y en la tier«ra, porque el amor nació de Dios y no puede descansar si«no en Dios sobre todas las cosas creadas, etc. (2).»

(1) «Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascen«dit, quæ præparavit Deus iis, qui diligunt illum.» (*I Cor.* II).

(*) «Vivo sin vivir en mí,
«Y tan alta vida espero,
«Que muero porque no muero.»
(Canto de la bienaventurada).

(2) *Imitacion de Cristo*, lib. III, cap. 5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ahora bien: resfriado el amor de Dios por las doctrinas de la Reforma hasta el grado que vemos, ¿qué ha venido á ser entre los protestantes el arte místico? Lo que no podia menos de ser, una cosa tambien fria, yerta, estéril y sin objeto. En los países protestantes la mística católica es parecida á una hermosa flor que brota en un campo de espinas árido y mústio. Segun aquella languidez del fervor divino, nada tiene de extraño que los protestantes se apresurasen á cubrir de ridículo la vida contemplativa y la teología mística, apellidándola *demencia, delirio de la imaginacion, fanatismo;* cuyas calificaciones jamás ha merecido institucion alguna con mas razon que esa devocion extravagante de los pietistas de Alemania y los cuákeros de Inglaterra.

Fácil es adivinar lo que será el arte místico en el Filosofismo. Este, que jamás se para en el camino, dirigiéndose siempre á los principios y al orígen, ha dicho: *No hay Dios, vivan las pasiones;* y con esto ha trocado el misticismo cristiano en esas repugnantes apologías y pinturas indecentes de los goces y deleites sensuales.

Esto teníamos que decir de la caridad como virtud teológica, como amor de Dios. Su influencia social es demasiado clara para que nos precise detenernos á examinarla. El abate Gaume habla extensamente de las ventajas sociales de este «primero y grande precepto (1),» por los beneficios que trae á la sociedad y por los disturbios que evita (2). Consideremos ahora á esta virtud como amor del prójimo, cuyo precepto es semejante al primero (3).

La caridad, el amor del prójimo, gérmen de dulces y suavísimas satisfacciones para el hombre, palabra es cuyo eco jamás resonó en oido gentil. ¿Qué? entre los estóicos, que eran los mejores moralistas paganos, la piedad era calificada de viciosa inclinacion, como les recordó el célebre Lactancio (4). El profeta David nos asegura mas de una vez no haber entre los gentiles ni uno solo que hiciera el bien (1). El Gentilismo intentando persuadir al hombre que no tiene mas tiempo para deleitarse y gozar que el brevísimo de esta vida, haciéndole aquel falso raciocinio que el Sábio pone en boca del impío (2), le encierra dentro de sí mismo, volviéndole necesariamente egoista. Le invita á que se aproveche de sus cortos dias antes que le sorprenda la nada con la muerte.

(1) «Maximum et primum mandatum.»
(2) *Catecismo de perseverancia*, tomo 4, pág. 332 y sig.
(3) «Secundum vero simile est huic.»
(4) «Si ergo in homine præclarum et excellens est bonum misericor-«dia, idque divinis testimoniis et bonorum malorumque consensu opti-«mum judicatur, apparet philosophos longe abfuisse ab humano bono; «qui neque præceperunt ejusmodi quidquam, neque fecerunt; sed vir-«tutem quæ in homine propemodum singularis est, pro vitio semper ha-«buerunt. Libet hic interponere unum de philosophia locum, etc.» *(Divinar. institut.* lib. VI, *De vero cultu).*

Una de las principales razones con que Tertuliano disuadia á su esposa que se casase con ningun gentil si le sobrevivia, era, como ya hemos notado, la de que la estorbaria absolutamente ejercer toda obra de caridad (3).

Ahora bien: cualesquiera que sean los objetos de los goces del gentil y del incrédulo, con precision han de aborrecer los obstáculos que para alcanzarlos y poseerlos se les presenten. Así si el objeto de los deseos de su materializado corazon son las riquezas, odiará á los que sean mas ricos que él: porque en sus deseos ambiciosos reputa la mayor abundancia de los bienes de los otros como una atenuacion de los suyos, y si otro obtiene la cosa que él anhelaba, entonces es su odio mas profundo. Lo mismo dirémos si sus dominantes deseos son los honores, los elevados puestos en la sociedad, etc.

«Labren, dice Rousseau (4), labren todos los hombres el «bien mio á costa del suyo; refiérase todo á mí solo: perez-«ca, si es menester, el linaje humano en la pena y en la «miseria por ahorrarme un momento de hambre y de dolor. «Este es el lenguaje interior de todo incrédulo que dis-«curre.»

Mas la caridad cristiana hace desaparecer del corazon del hombre este egoismo. ¡Qué no debia esperarse de una religion que cuenta en su exordio con el tierno y admirable capítulo XXII del Deuteronomio! ¡Qué de una religion que constantemente ha estado inculcando y poniendo en práctica el precioso mandato 9.° del libro segundo del *Pastor* de san Hermas!

«Hablando de nosotros, decia Tertuliano á los gentiles (5)

(1) Psalm. XIII, 32. (2) Sap. II.
(3) Lib. II ad uxorem, cap. 4.
(4) *Emilio*, lib. IV.
(5) «Vide, inquiunt, ut invicem se diligant, ipsi enim invicem ode-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«para probarles cuánto se diferenciaban de ellos los cristia-«nos; hablando de nosotros, exclamais — mirad cómo se «aman; — vosotros os aborreceis mútuamente, y así como «ellos están prontos á morir los unos por los otros, vosotros «por el contrario estais siempre mas dispuestos aun á ma-«taros.»

El pagano Cecilio acusaba á los cristianos de que se amaban mútuamente aun antes de conocerse (1). ¡Qué testimonio en favor de ellos! ¡qué acusacion mas recomendable y honrosa para los acusados!!!

La caridad dicta al cristiano que no se encierre dentro de sí mismo, que se reproduzca y sea un todo para todos (2). No solo le manda que no aborrezca al que se opone á sus proyectos ó arrebata sus esperanzas temporales, que como tales siente muy poco su pérdida, sino que además de ame perdonándole de todo corazon. ¡Y semejantes hombres han sido perseguidos en el mundo! «¡Oh! exclamaba el apolo-«gista Atenágoras aludiendo á los paganos (3), esos mismos «que viven como los peces (símil tan verdadero como hor-«rible), pues el que mas puede persigue y devora al mas fla-«co... cuyos jueces apenas pueden levantar el trabajo de tan-«tas causas criminales; esos que viven así se ensañan en «aquellos á quienes ni es lícito vengarse de los que los ofen-«den, ni dejar de bendecir á los que injustamente los con-«denan.»

«Vosotros, decia san Gregorio Nazianceno á los gentiles,

«runt; et ut pro alterutro mori sint parati, ipsi enim ad occidendum «alterutrum paratiores sunt.» (*Apolog.* cap. 39).

(1) «Occultis se notis et insignibus noscunt, et amant multo pene an-«tequam noverint.» (M. Minucii Felicis *Octavius contra Cecilium*, cap. 9).

(2) «Charitate fraternitatis invicem diligentes... Necessitatibus Sanc-«torum communicantes.» (*Rom.* XII).

(3) «Nam ii qui nundinas impudicitiæ instituunt, et infanda omnis «turpitudinis diversoria adolescentibus proponunt, ac ne masculis qui-«dem temperant, masculi in masculos horribilia patrantes... ii quæ sibi «ipsis conscivere, quæque Diis suis attribuunt, tamquam de præclare fac-«tis ac deorum propriis gloriantes, ea nobis in convicii loco objiciunt; «neque adulteri et puerorum amatores eunuchos et semel nuptos vi-«tuperant; et qui instar piscium vivunt (nam et ipsi obvium quemque «devorant, et infirmum fortior insectatur...), ita ut missi à vobis provin-«ciarum præsides causarum audiendarum onus vix sustineant, ii, in-«quam, qui ita vivunt, in eos invehuntur quibus nec percussis seipsos «non tradere, nec male audientibus fas est non benedicere.» (*Legatio pro Christianis*, n. 34).

«vosotros prescribís el amor á los padres (*) y á la patria; «pero nosotros debemos tener á todos los hombres el amor «que tenemos á nosotros mismos, sin exceptuar á nuestros «mayores enemigos (**).» «Amar á los amigos, dice tambien «Tertuliano (1), es propio de todos, pero el amar á los ene-«migos es exclusivo de los cristianos.» El emperador Ale-jandro Severo estampó en letras de oro en el frontispicio de su palacio el gran precepto evangélico del amor del prójimo.

No podemos menos de admirar asombrados la profunda sabiduría del Evangelio, y la gran misericordia de su divino Autor, que para cada llaga del corazon humano preparó y aplicó su diferente medicina! Y ¡hé aquí que hasta el impío y el incrédulo se ven forzados á confesar que el autor del Evangelio debió tener el mas perfecto conocimiento del hombre, de sus flaquezas, de sus pasiones, de sus necesidades y de sus miserias para hacerlas frente á todas y á cada una con armas tan eficaces como adecuadas. No: esto nadie puede negarlo por impío que se le suponga; y este es un motivo mas, y de los mas poderosos de credibilidad del orígen divino del Evangelio. Hoy, sin embargo, filósofos panteistas, que insisten en apellidarse cristianos, nos vienen con pretensiones de enmendarle la plana. ¿Si querrán enmendársela tambien en esto?

Enlazando fraternalmente la caridad unas clases con otras, unas condiciones con otras, unos hombres con otros, derriba todas las antipatías y todos los odios, todos los espíritus de partido, todo egoismo y exclusivismo, creando en su lugar esa hermosa reciprocidad de afectos y de sentimientos que vuelve reversibles y comunes la pena y la alegría, la dicha y el infortunio. Esta reversibilidad, esta comunicacion, esta participacion mútua de las afecciones humanas, suaves y alegres, ó tristes y dolorosas; este interés recíproco y universal de las miserias de tan infeliz y fugaz vida, participacion é interés, hijas del sentimiento piadoso y huma-

(*) Y ¿qué amor era este? El que podia ser en justa correspondencia del trato cruel que los padres les daban: no era amor filial, sino un temor servil, era la sumision de la víctima.

(**) «Diligite inimicos vestros; benefacite his qui oderunt vos.» (*Matth.* v, 44).

(1) «Amicos diligere omnium est; inimicos autem solorum chris-«tianorum.» (*Ad Scapulam*, cap. 1).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nitario que destila la caridad en el corazon, es la obra mas grandiosa y sublime de esta preciosa virtud.

La caridad cristiana es el fundamento y la base social por excelencia. «Magistrados, exclamaba el célebre Tertuliano «con su acostumbrada elocuencia, magistrados destinados «á limpiar la tierra de los malhechores que la inficionan, «yo apelo á vuestras sentencias. Entre tantos culpados co- «mo condenais, ¿quiénes son los asesinos, los ladrones, los «perjuros, los impúdicos, los enemigos de las buenas cos- «tumbres? ¿Hay entre ellos un solo cristiano? Las cárce- «les, etc., etc. (1).»

El mismo J liano no hallaba en ellos otra falta que el desechar el culto de los dioses (2). Y el emperador Antonino echaba en cara á los paganos «que aquellos cristianos cuya muer- «te pedian eran mas virtuosos que ellos (3).»

Fuera del Cristianismo, fuera de la caridad, el hombre dichoso (dichoso á su manera) hace infelices á cuantos le rodean por medio de la envidia; porque esta dicha pertenece á él solo, es propiedad suya. Pero bajo la influencia de la caridad una persona feliz puede hacer feliz á todo el mundo, si todo el mundo fuera perfectamente cristiano, porque en el terreno de esta preciosa virtud la dicha y la felicidad no son de nadie exclusivamente sino de todos; y la misma persona dichosa no puede abrazar y encerrar dentro de sí su dicha, ni conseguir que no redunde tambien en felicidad de los demás.

De la misma manera: para el desgraciado fuera del terreno de la caridad, los dolores y las penas son mas acerbas y mas insufribles que para el desgraciado en el Cristianismo, porque la desgracia entera con todo su horror se introduce en el corazon del primero, á quien, merced al sistema impío que profesa, exclusivamente pertenece; mientras que estos

(1) «Vestros enim jam contestamur actus; qui quotidie judicandis «custodiis præsidetis, qui sententiis elogia dispungitis. Tot à vobis no- «centes variis criminum elogiis recensentur; quis illic sicarius, quis «manticularius, sacrilegus, aut corruptor, aut lavantium predo, idem «etiam christianus adscribitur? aut cum christiani suo titulo offerun- «tur, quis ex illis etiam talis, quales tot nocentes? De vestris semper «carcer æstuat, etc.» (*Apologia*, cap. 44).

(2) Carta LXIII á Teodoro.

(3) «Sunt enim illi fidentiores quam vos apud Deum.» (*Antonini epistola ad Commune Asiæ*, en la *Apología* de san Justino, y en la *Historia eclesiástica* de Eusebio, lib. IV).

dolores y estas penas disminuyen considerablemente en el creyente cristiano, porque se reparten, porque se difunden, porque se transmiten, porque cada uno de sus hermanos en las miserias de la vida humana le alivian, cargándola sobre sí de una porcion de las mismas (1).

El enfermo que ofrece á la vista de los hombres sus dolencias, el huérfano que ante ellos lamenta su desamparo y soledad, el pobre que presenta su indigencia, y el afligido que derrama sus lágrimas, si estos hombres espectadores de sus miserias é infortunios viven fuera de la influencia del puro y verdadero Cristianismo, que es el Cristianismo católico, los infelices se cansan en vano, porque llaman á la puerta de unos corazones endurecidos é insensibles por el egoismo, emponzoñado fruto de la ausencia de la caridad, y ningun consuelo mitigará su dolor, ninguna esperanza se lo hará suave y llevadero. Pero si los hombres que contemplan sus infortunios son verdaderos cristianos, no temen los horrores de la miseria y de la calamidad, porque se dirigen á unos corazones humanos, generosos, sensibles, piadosos por la presencia de la caridad, y no duden que han de quedar amparados, socorridos, ó cuando menos consolados.

Cuando el infeliz enumera uno por uno sus trabajos y sus penas, si las refiere á personas que como el incrédulo, el materialista, y esos espíritus fuertes hijos del Protestantismo y de las sectas filosóficas, mas ignorantes aun en realidad que ilustrados en su misma presuncion, se muestran duros é indiferentes, ó se burlan de él, si no es que persiguen y castigan como Inglaterra protestante esos mismos infortunios, añadiendo afliccion al afligido, entonces este infeliz se abisma en la desesperacion, y la desesperacion le llevará á la demencia ó al suicidio. Pero si enumera sus penas á personas que, como las verdaderamente cristianas, se compadecen de él, sienten con él y lloran con él, entonces se afirmará en la esperanza, y esta esperanza calmará sus dolores, ó los desterrará todos, porque allí donde está la caridad, en accion ó pasion, todos los males desaparecerán (2).

No hay para qué detenerse en hacer ver la excelencia y la dignidad de esta gran virtud. San Agustin dice que sobre

(1) «Sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis.» (*II Cor.* 1, 7). «Meum gaudium omnium vestrum est.» (*Ibid.* II, 3).

(2) «Ubi charitas est, sublata sunt omnia mala.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el hombre caritativo «no hay otra cosa mas digna que Dios, «que le dió la caridad (1);» y san Bernardo ve en ella la medida de la grandeza y de la perfeccion.

Innumerables son efectivamente los consuelos y las medicinas traidas por el Cristianismo á la humanidad doliente y afligida: consuelos introducidos y realizados por el sublime principio de la caridad. El mismo apóstata Juliano confesaba en sus cartas, como ya hemos notado, «que la caridad pa«ra con los pobres era lo que mas habia contribuido al esta«blecimiento y progresos del Cristianismo.» ¡Qué testimonio!!!

«En todas partes, dice Mr. Augusto Nicolás (2) (á quien nos «place citar con frecuencia en estas materias sobre las que «discurre con tanto acierto y oportunidad), en todas par«tes donde se encuentra la miseria veréis brillar la caridad. «No hay una sola necesidad de nuestra naturaleza á cuyo la«do no haya colocado el Cristianismo un beneficio, no hay mi«seria para la cual no haya inventado su socorro, y todo con «una plenitud, una delicadeza y un desinterés cuyos efectos «causan á veces envidia á los mismos favoritos de la civiliza«cion. Hasta el bien que la sociedad hace en obras filantrópi«cas, además de ser inspirado por las costumbres cristianas, «necesita en definitiva pasar por la punta magnética de la ca«ridad, por la mano y los dedos de sus apóstoles, para llegar «con delicadeza y perseverancia hasta los males que tiene «por objeto. Y á mas de los males que la sociedad alivia de «este modo, hay una multitud de otros que están absoluta«mente fuera de la esfera de su benevolencia, y que solo la «Religion busca con celo infatigable y consuela con mara«villoso resultado. Puede decirse del Cristianismo lo que la «sagrada Escritura dice de Dios: «Todos los dias abre su ma«no y alimenta todo lo que respira.» Únicamente el Cris«tianismo hace esto: ninguna religion pudo conseguirlo ja«más: la sociedad, la misma naturaleza son impotentes: en «fin, es todo ello tan propio y distintivo del Cristianismo, «que las mismas sectas que se han separado de su centro de «actividad, aun cuando continúen llamándose *cristianas*, y «que sigan inspirándose de su moral escrita, han sido des«de luego heridas de incapacidad para obrar esas maravillas

(1) Sermo XLIV de Tempore.
(2) *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, tomo 3, pág. 347.

«de caridad, á pesar de todo el interés que tienen y de to«dos los recursos humanos que emplean en simular una fe«cundidad que no tienen. El Cristianismo lleva en sí mismo «un principio realmente sobrehumano de caridad, un poder «singular y único de beneficencia... El Cristianismo no se «limita como la beneficencia natural á tal bien particular, «al alivio de tal miseria, á la satisfaccion de las necesida«des sensibles, etc., lo abraza todo y todo á la vez. Nada se «le escapa, y no se ocupa nunca de satisfacer las necesida«des físicas sin procurar al propio tiempo la satisfaccion de «las intelectuales y morales. Al tocar á los cuerpos su divi«na mano, penetra hasta las almas, y cura todo el hombre «á un mismo tiempo, consuela los infortunios, y hace mas «aun, los hace amar, y convierte los males en remedios.»

Esta es la caridad del Cristianismo puro, la caridad católica; aquella caridad sin simulacion (1), de que habla el Apóstol, para la cual no hay padecimientos humanos que no se atreva á hacer frente, ni miserias superiores á la solicitud de su amor (*).

(1) «Dilectio sine simulatione.» (*Rom.* XII).
(*) Ved aquí la exacta pintura que Mr. Augusto Nicolás hace de la índole, naturaleza y accion interna de la caridad:

«La caridad, tan distinta de la filantropía, supuesto que no es mas «que un instinto ciego y limitado que sin cesar transige con el amor «propio, que no le presta sino para exigirle, y que mas bien procura li«brarse de los desgraciados que socorrerlos; cuando la caridad es una «virtud de reflexion y de voluntad fundada esencialmente sobre la ex«clusion de sí mismo, inspirada por el sentimiento infinito del amor di«vino, alimentada por el desapego á un mundo en el cual no se quiere «vivir mas que por ella, siempre permanente en el corazon de sus após«toles, no solo para aliviar los males que se presentan, sino tambien «para buscarlos por todas partes, considerar una obligacion al encon«trarlos y enriquecer sus dominios con la conquista de las criaturas «consoladas. La caridad que obra siempre y sin interrupcion con una «fuerza que salva todos los obstáculos y una delicadeza que deja satis«fechas todas las susceptibilidades; que se exhala continuamente del «corazon del cristiano, y se cambia de mil maneras á su rededor, para «doblegarse á todas las exigencias, y ocultarse al mismo tiempo tam«bien á todas las miradas; que no solo derrama á manos llenas el oro y «la plata, sino tambien palabras amigas, y lágrimas muchas veces, y «va dejando en pos de sí resignacion, valor y esperanzas; que perdo«na los agravios, defiende á los ausentes, tolera á los culpables, se son«rie ante los rencorosos; se aparta y contiene la presencia en los colér«cos y vengativos; retira con cuidado del foco del amor propio todo lo «que podria abrasarlo: halla siempre pretextos para perdonar, para ol«vidar, para complacer, para consolar, sin ni siquiera dejar entrever «sus sacrificios, y que por la fascinacion de su celestial sonrisa, ador«mece todos los malos instintos que germinan cerca de sí, y excita to-

UNIVERSIDAD AVE MARIA ROMA
DIRECCION GENERAL DE

Y ¿dónde está ahora la caridad protestante? Vedla en esa yerta filantropía, en esa moneda falsa de la caridad, como oportunamente la llama Chateaubriand (1); en esa filantropía que no consuela ni satisface al que recibe, ni promete al que da, sin lágrimas en los ojos ni lamentos en el corazon, «que no abriga la miseria en su seno, y que si por casualidad la abre algun asilo, no es seguramente para acompañarla y consolarla en él, sino para encerrarla y alejarla «duramente de su presencia.»

La caridad legal, fruto de la Reforma, es una institucion puramente administrativa; no tiene de caridad sino el nombre, ni está inspirada por aquella tierna solicitud hácia el pobre que la consagra y destina á su perfeccionamiento moral, así como al alivio de sus necesidades materiales: doble objeto que hace á la limosna verdaderamente provechosa á la sociedad. Así, pues, la caridad católica es no solamente una virtud moral y social, sino una virtud económica, á diferencia de la filantropía protestante, que es solamente un recurso político, un dique levantado á la creciente del pauperismo.

«Á medida, dice un protestante mismo (2), á medida que «la Iglesia establecida por la ley fué haciendo progresos, fué «desapareciendo la caridad cristiana; los indigentes, á quienes la Iglesia católica acogia y protegia de un modo tan «tierno, fueron marcados *con un hierro ardiendo,* tan solo por «pedir limosna, y condenados á la mas *dura esclavitud,* aun«que ningun medio se tomó para remediar su hambre y su «desnudez. Y la Inglaterra, llamada antes la tierra de la «hospitalidad, de la generosidad, de la abundancia y de la «seguridad de las personas y de los bienes, se convirtió en «tiempo de la Iglesia protestante en teatro de la mas sórdida avaricia, y sus habitantes se vieron condenados á los «trabajos mas penosos, á la mas excesiva miseria, y acosa-

«das las virtudes. La caridad, en fin, que se retrató á sí misma por medio de su grande Apóstol en estas palabras: «La caridad es paciente y «benigna, no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, «no es ambiciosa, no busca su provecho, no se mueve á ira, no piensa «mal, no se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad; la caridad «todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre.» (*I Corinth.* XIII.

(1) *Genio del Cristianismo.*

(2) Fitz William Cobbet, *Historia de la Reforma protestante en Inglaterra é Irlanda*, tomo 1, pág. 310.

«dos por la rapacidad, por el robo y por una tiranía que se «burlaba de los nombres sagrados de ley y de justicia (*).»

«El divino Rey, añade Gaume (1), tenia amigos que eran «los pobres. Para ellos era rico, y les hacia participar antes «de todos sus tesoros; les buscaba, les honraba, les habia «edificado palacios, y tomaba como hecho á sí propio lo que «se hacia con el menor de todos ellos; les alimentaba, en «fin, les visitaba, y les consolaba llorando con ellos. Pero se «le quitan (por la Reforma cuya funesta obra va parangonando con la benéfica influencia del Catolicismo) sus amigos (2) «y los medios de socorrerlos: los legados que la piedad quiere hacerle en su favor son anulados: se han apoderado de «todo lo que ella les habia dado, y de mil maneras se ponen

(*) «Se habla mucho, dice el abate Martinez, de la prosperidad material de las naciones protestantes, de sus maravillosos progresos en la «industria agrícola, fabril y mercantil, y cítase principalmente á la «gran nacion que marcha á la cabeza del Protestantismo. No negaré«mos estos progresos, pero á los que los admiran y envidian les haré«mos algunas preguntas:

«¿Por qué en un país tan prodigiosamente rico está hace siglos permanente el hambre, y devora algunas veces, como en el año de 1846, «hasta un millon de hombres?

«¿Por qué el número de los indigentes llega allí hasta ser una quinta «parte de la poblacion general? ¿Por qué la patata es allí cási el único «alimento de la gente ordinaria del campo, como poco hace lo confesaba «el jefe del Estado en el discurso del Trono? ¿Por qué el trabajador de «las fábricas, cuyo alimento es pan y agua, no puede proporcionarse este mezquino sustento sino mediante un trabajo de quince á diez y ocho «horas por dia? Y ¿por qué este presidario de presidarios tiene que inmolar sus hijos desde la mas tierna edad al demonio de la industria que «hace de ellos un espantoso consumo? ¿Cómo se explican en Inglaterra «esas incesantes creaciones del trabajo y esos indecibles padecimientos «de los trabajadores, esas inauditas profusiones del lujo y esas eternas «torturas del hambre? ¡Ah! consiste en que aquella nacion ilustre ha «perdido el cimiento social por excelencia que ligando suavemente al «fuerte con el pequeño, impide al primero subir sin fin, y al otro bajar «desmesuradamente.» (*Emmanuel*, pág. 89 y 90).

«Estos hombres (los protestantes ingleses), dice tambien Víctor Eyzaguirre, viven para su vientre; sus puertas las encontraréis cerradas «para el pobre, la pintura de la miseria les fastidia; sus oidos son insensibles á los gritos de la indigencia, y su corazon jamás palpita bajo «las dulces inspiraciones de la caridad. Les veréis sacrificar libras esterlinas á millares para hermosear sus palacios, para entapizar sus «salones, para amontonar en sus bibliotecas libros que no han de leer, «para aderezar sus coches y sus libreas, para embellecer mas y mas sus «jardines, y para regalar sus caballos y sus perros de caza; pero mientras «tanto no alargarán un chelin al mendigo, tolerarán impasibles que el «miserable yerto de frio suspire á su puerta y muera de hambre.»

(1) *Historia de la sociedad doméstica*, discurso preliminar.

(2) Esto no es exacto, en vez de quitárselos se los aumento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«trabas á la caridad; á la caridad que es la accion de Jesu-«cristo, que no sabe hablar sino de él, que obra en su nom-«bre, que le atrae las bendiciones de sus amigos, y que le «hace vivir y reinar en sus corazones. Á la pobreza se la cu-«bre de humillaciones y se la atormenta con disgustos; se la «vigila, se la observa, y se la echa sin interrupcion del asi-«lo del pobre, de la cabecera del enfermo y de la cuna del «recien nacido, y en su lugar se coloca la filantropía, esta «extranjera que no conoce á Jesucristo, que no habla de él, «que no socorre en su nombre sino en el del hombre, que es «una madrastra que tiene el corazon helado y unas entra-«ñas crueles; que va mas bien á inspeccionar que á visitar, «que calcula y economiza, y pone en la cárcel al pobre cu-«ya vista le importuna; que en vez de llorar con él, sabe dar «bailes para emplear su producto en socorrerle, y sabe en-«riquecerse dando limosna.»

«No hay que dudarlo, dice á propósito el ilustrado adi-«cionador (*) español del *Diccionario de teología* de Ber-«gier (1), no hay que dudarlo, los institutos piadosos, las «buenas obras, la caridad, la compasion y la misericordia «requieren vivir en la atmósfera del Cristianismo, del cual «son frutos, si han de desarrollarse en favor de la humani-«dad que llama en su auxilio á estos sus nativos, poderosos «y divinos auxiliadores. Luego que se prescinde de la divi-«nizacion de estos socorros, se hacen estériles á impulsos de «una secularizacion interesada y de una civilizacion terre-«na, que se paga mas de sus propias adquisiciones que del «aumento y conservacion de los institutos levantados por la «caridad y por el celo que la misma inspira.»

Sí: el Cristianismo, pero solamente el Cristianismo puro, el Cristianismo católico es el terreno propio de la caridad: solo en este terreno produce ella sus hermosos frutos. En vano la Reforma y el Cisma han hecho esfuerzos en San Petersburgo, en Berlin y en Lóndres para formar *Hermanas de la Caridad*. Solo han conseguido formar hermanas *mercenarias del egoismo*. ¿No hemos visto reir á carcajadas á los periódicos ingleses y llamar *loca* á la señora protestante lady N. que quiso organizar una asociacion de mujeres de *caridad* para ir á ejercer en Oriente en el ejército inglés las

(*) Ilmo. Sr. Monescillo.
(1) Adicion al artículo *Huérfano*.

funciones que las verdaderas Hermanas de la Caridad ejercen en el francés? Y ¿qué hizo convencida por último de la inutilidad de sus esfuerzos? Volverse á las Hermanas de la Caridad de los conventos católicos, y llevarse las que pidió. ¡Qué reproche!!!

Vivia aun Lutero cuando la caridad cristiana habia absolutamente desaparecido de los países reformados. Tan impetuosa y funesta fue la influencia de la Reforma en el órden moral y sentimental.

«Bajo el Papado, decia ya este heresiarca, á lo menos las «gentes eran caritativas, y para dar no se hacian tirar de «las orejas; mas ahora bajo el Evangelio, en vez de dar se «rechazan los unos á los otros... Os desollarian vivo si cre-«yesen sacar de ello la mas pequeña utilidad, y creerán no «tener nada si no tienen todo cuanto poseen los demás.» ¡Qué desengaño, y qué desfachatez al mismo tiempo! No concebimos cómo pudo escribir estas palabras, sin caérsele la pluma de la mano confuso y encendido el rostro de vergüenza.

Pero ¿qué caridad hay razon ni motivo para esperar de la religion protestante, cuando sus ministros, que como los de todas las religiones están obligados con cierta especialidad á ejercerla, tienen mujer é hijos, y seria por lo tanto un crímen de lesa familia alargar un pedazo de pan al pobre ó exponerse al contagio? En el mismo hecho de abolir el celibato y los votos monásticos, ¿no han arrebatado inhumanamente á la miseria y á la desgracia el fervoroso celo y la tierna solicitud de uno y otro sexo? ¡Admiraos! El hombre salvaje ha sido mas sábio y mas justo apreciador de los inestimables servicios prestados por los misioneros y hospitalarios, que el hombre civilizado al haber intentado llevarse á la fuerza, como se intentó en Nueva-Francia ó Canadá, á estas personas heróicas, tan despreciadas y arrojadas léjos de sí por el segundo (*). Creemos que á los canadienses no habrán ilusionado tanto los *uniformes encarnados* como los *ropas negras* y *las tocas blancas*.

Y ¿qué dirémos acerca de los principios piadosos y caritativos del Filosofismo moderno? Ya hemos oido á Rousseau respecto del incrédulo. Nosotros no pudiéramos ser mas elocuentes que lo que hemos visto y estamos todos los dias vien-

(*) En este momento tenemos noticia del escandaloso suceso de Lisboa respecto de las Hermanas de la Caridad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do, á saber, que los pueblos, tristemente engañados de la impotencia y de la esterilidad de las doctrinas filosóficas, se han visto y se ven precisados á recurrir á las comunidades religiosas y á las asociaciones católicas para el ejercicio de la beneficencia pública. Á estos les sucede lo que á su ídolo Juliano el Apóstata al pretender que su resucitado paganismo ejerciese la beneficencia que envidiaba en los cristianos. Se convenció de que aquel solo era poderoso para admirarla.

¿No hemos visto en nuestros dias á los ingleses *protestantes* llevar á las *Hermanas católicas* de la Caridad á sus hospitales militares para ponerlos á la altura de los de Francia, despues que ellos han intentado en vano formar Hermanas de la Caridad como aquellas? ¿No hemos visto al Gobierno *cismático* ruso encargar á las Hermanas de la Caridad de la *católica* Polonia el cuidado de los soldados enfermos ó heridos en Sebastopol (*)? ¿No vemos al turco mismo llamarlas

(*) «Los mismos periódicos protestantes abrumados por la evidencia no pueden menos de confesar la inmensa caridad del Catolicismo y sus actos heróicos comparándolos con la desapiadacion, cobardía y abandono de la humanidad doliente y afligida por la Iglesia reformada. Ved aquí en qué términos se expresa el *Weekly Despatch*, periódico protestante de numerosa suscripcion publicado en Lóndres. Despues y con ocasion de hablar de la muerte gloriosa del arzobispo de París monseñor Affre, que pereció víctima de la caridad, dice:

«En América solo en los templos católicos se ve al amo al lado de su esclavo arrodillados ambos al pié de un mismo altar. En Irlanda cuando se hallaba el cólera en su período de mayor recrudecencia, cuando arreciaron con mas furor las calenturas que produjo el hambre, caian las sociedades católicas á centenares bajo aquel terrible azote, pero fieles á su deber y llenas de ardor, nunca dejaron de prodigar sus auxilios al pueblo infeliz. (¡Qué homenaje á la verdad!). Nosotros ni nos detendrémos en preguntar qué oraciones rezaban, no examinarémos con curiosidad cuál era la forma de sus creencias ni la copa de su falansterio. Por los frutos es por donde queremos conocerlos. Llámeseles en buen hora herejes, idólatras y supersticiosos, perniciosos y destructores de almas; en cuanto á nosotros, les vemos respetando al esclavo, consolando al pobre y desvalido, alentando el corazon desgarrado del miserable labrador que está muriéndose de hambre (prueba del pauperismo), y ganando las bendiciones prometidas por el Señor á los que procuran la paz, despreciando intrépidos el fuego mortífero del cañon, y arrojándose sin temor en medio de personas desenfrenadas, de combatientes enfurecidos. No, no es por cierto esta clase de sacerdotes á la que damos un nombre injurioso (*Priest craf-arte sacerdotal*); no, la astuta malicia no arrostra tan fácilmente el cólera, el charlatanismo no se acerca tanto á la cabeza del moribundo, y la hipocresía fastuosa mas bien se encuentra en un festin que en una lucha como la del arrabal de San Antonio.

«¿Y qué hacian nuestros obispos anglicanos durante este tiempo...?»

Y despues de presentarlos dedicados exclusivamente á asuntos de la

médicos y venerarlas como bajadas del cielo? ¡Oh, qué espectáculo tan glorioso para la religion católica! ¡La herejía, el cisma y el mahometismo mendigando de ella esos ángeles del consuelo, convencidos prácticamente de su impotencia para producirlos, y reconociendo en el mismo hecho que la caridad sublime y heróica es una planta exclusivamente católica, que solo brota en el terreno de la verdadera Iglesia de Jesucristo (*)!

Y dirigiendo nuestra consideracion á los resultados sociales, ¿no influirá tambien poderosamente en el buen gobierno y tranquilidad de los Estados una virtud que como la de la caridad mueve al hombre á hacer á todos el bien y á ninguno el mal? ¿una virtud que quiere extirpar de raíz el crímen arrancando sus gérmenes? Efectivamente, la caridad destruye la ambicion, la envidia, el odio, la venganza y demás focos de los delitos. Esta preciosa virtud universalmente practicada convertiria la tierra en un verdadero paraíso, y haria tambien innecesaria toda legislacion penal, así como la falta de ella la hace indispensable y necesaria. Habria paz entre las naciones, porque la caridad entraña un vivo espíritu de cosmopolitismo y hace desaparecer el espíritu local, el espíritu parcial de nacion (**): siendo además incom-

mas sórdida avaricia, completamente olvidados de la indigencia y de la pobreza, continúa: «¿Quién es el jefe de cruzada contra la embriaguez? Un sacerdote católico, el P. Matew. ¿Quién ha sugerido la idea y tomado la direccion del comité sanitario? Southvorth, el predicador unitario. ¿Quién ha fundado escuelas para los niños pobres? Los disidentes (es decir los católicos). ¿Trátase de exponerse á los peligros de una enfermedad acaso contagiosa asistiendo al pobre, de disipar la ignorancia de la religion de los inmundos asilos del vicio? ¿Quién se atreve á hacerlo? ¿Qué obispo, qué rector, qué dean, qué párroco de la Iglesia del Estado se encontrará ocupado en semejantes obras? Obligados por la caridad activa de los disidentes á cumplir con algun deber de cristiano, exigen al vulgo insensato de la Iglesia anglicana que pague unos miserables salarios á los que llaman misioneros de la ciudad, al paso que ellos asisten tan solo á los feligreses ricos; ejercen el Cristianismo por procura.»

(*) Cuando el general Mayran ofreció al Gobierno cismático de Grecia, antes de partir para Crimea, el dejarle los médicos y las Hermanas de la Caridad del ejército francés para que asistiesen á sus coléricos, dándole las gracias aceptó únicamente las Hermanas de la Caridad diciendo: «Los médicos podrémos encontrarlos donde quiera; pero *estas* no las hallarémos en ninguna parte si vos no nos las dais.»

(**) El amor de la patria ó el nacionalismo es una perfeccion en su género, pero no lo es en todo género ó de un modo absoluto. Es una virtud condicional y suplementaria de la del cosmopolitismo á que aspira la Religion, y que hasta ahora ha hecho desgraciadamente imposible la condicion degenerada del hombre.

patible con la envidia, con el temor, con la desavenencia y con la discordia, gérmenes de las guerras nacionales; habria paz entre las familias, porque la caridad hace de todas una sola; y habria paz entre los indivíduos, porque la caridad los une á todos con el sagrado vínculo de hermanos.

De la fe y de la esperanza, virtudes que tienen por objeto á Dios, y de la caridad, esa virtud eterna y la única que en su inmenso ámbito abraza á Dios, al prójimo y á sí mismo, pasemos á hablar de aquellas virtudes, de las cuales el objeto inmediato es el mismo que las practica.

Continuando en nuestro propósito de demostrar de cuán grande utilidad ha sido y es para el hombre, aun en los cortísimos dias de esta vida miserable, y para la sociedad la doctrina evangélica, hablarémos de las virtudes mas principales; de aquellas que vindicó el Cristianismo, oponiéndolas á la vez como poderoso dique á los vicios mas dominantes y abominables del Gentilismo y de la Incredulidad.

CAPÍTULO III.

VIRTUDES MORALES.

Dos son los móviles ó los puntos de partida de las opiniones de los hombres: la razon y las pasiones. El principio ó móvil de la razon es el verdadero, el legítimo; el de las pasiones es falso é ilegítimo. Cuando la razon pura impulsa al hombre, entonces su pensamiento y su accion, resultados de este impulso, son una verdad y una afirmacion: cuando el hombre obra ó discurre por el órgano de las pasiones, entonces su pensamiento y su accion son una falsedad y una negacion.

En el Paganismo, en que las pasiones se habian apoderado exclusivamente, arrebatándoselo á la razon, del derecho de guiar y dirigir al hombre y ser la única regla de su conducta; en que la razon gemia oprimida bajo el peso de las pasiones; en que el espíritu se veia arrastrado por el suelo por la materia; en que habia desaparecido el hombre transformándose en bruto, por haber pasado, segun la enérgica expresion de un autor moderno, *toda inteligencia á los sentidos;* en el Paganismo, repetimos, estos principios, estas

opiniones, estas creencias; mas las leyes, los usos, las costumbres, la moralidad, la idea de lo justo é injusto, lícito é ilícito, ó la conciencia pública, los criterios de verdad, todo, todo debió estar necesariamente trastornado, arrancado de su base, y violentamente extraido de su natural y verdadero modo de ser. Así que, lo mismo que las pasiones humanas, su foco generador y orígen comun, en conformidad con la ley constante de la naturaleza (1), los principios, las opiniones y las creencias no pudieron entonces menos de ser violentas, innobles, soeces y rastreras como su ovario, inícuas y bárbaras las leyes, obscenas las costumbres, la moralidad un cadáver víctima del sensualismo, y extraviada la conciencia pública, la idea, el juicio, y la calificacion que debe hacerse de la bondad ó malicia de las acciones del hombre. En fin, la ética completamente trastornada. La Academia, el Liceo, el Pórtico; las escuelas mas sábias de Grecia y de Roma claudicaron lastimosamente, y erraron en mayor ó menor grado en este sentido. «De virtud, dice «Lactancio (2), solo retuvieron el nombre; se extraviaron «en cuanto á su verdadera índole, naturaleza, significacion «y efectos.»

Entonces se presenta el Cristianismo hablando no ya á las pasiones sino á la razon, no al cuerpo sino al espíritu; despoja á las pasiones del derecho que habian arrebatado á la razon de guiarle, restableciéndola en el mismo; se apodera de la inteligencia humana, la regula, la modera, la ilumina, y la asienta sobre su verdadera base para que no yerre mas en la calificacion y juicio que en adelante forme de las acciones y de las cosas. Estas fueron ya lo que realmente eran y no lo que se las hacia ser.

Extraviada la razon humana por la prevaricacion adamítica, y subyugada por las pasiones que se desbordaron, nada tuvo de extraño que el hombre fuera de la fe, fuera de la revelacion, fuera del órden sobrenatural, olvidase los principios de moralidad, formase un juicio errado de todo, removiendo de su base la filosofía, y constituyéndola por su punta (3). Pero el Cristianismo corrige este extravío, este

(1) El efecto es semejante en naturaleza á su causa.
(2) «Nomen itaque solum retinuerunt, vim vero et rationem et effec«tum perdiderunt.» (*Divinar. institut.* lib. VI, *De vero cultu*, cap. 5).
(3) Chateaubriand.

patible con la envidia, con el temor, con la desavenencia y con la discordia, gérmenes de las guerras nacionales; habria paz entre las familias, porque la caridad hace de todas una sola; y habria paz entre los indivíduos, porque la caridad los une á todos con el sagrado vínculo de hermanos.

De la fe y de la esperanza, virtudes que tienen por objeto á Dios, y de la caridad, esa virtud eterna y la única que en su inmenso ámbito abraza á Dios, al prójimo y á sí mismo, pasemos á hablar de aquellas virtudes, de las cuales el objeto inmediato es el mismo que las practica.

Continuando en nuestro propósito de demostrar de cuán grande utilidad ha sido y es para el hombre, aun en los cortísimos dias de esta vida miserable, y para la sociedad la doctrina evangélica, hablarémos de las virtudes mas principales; de aquellas que vindicó el Cristianismo, oponiéndolas á la vez como poderoso dique á los vicios mas dominantes y abominables del Gentilismo y de la Incredulidad.

CAPÍTULO III.

VIRTUDES MORALES.

Dos son los móviles ó los puntos de partida de las opiniones de los hombres: la razon y las pasiones. El principio ó móvil de la razon es el verdadero, el legítimo; el de las pasiones es falso é ilegítimo. Cuando la razon pura impulsa al hombre, entonces su pensamiento y su accion, resultados de este impulso, son una verdad y una afirmacion: cuando el hombre obra ó discurre por el órgano de las pasiones, entonces su pensamiento y su accion son una falsedad y una negacion.

En el Paganismo, en que las pasiones se habian apoderado exclusivamente, arrebatándoselo á la razon, del derecho de guiar y dirigir al hombre y ser la única regla de su conducta; en que la razon gemia oprimida bajo el peso de las pasiones; en que el espíritu se veia arrastrado por el suelo por la materia; en que habia desaparecido el hombre transformándose en bruto, por haber pasado, segun la enérgica expresion de un autor moderno, *toda inteligencia á los sentidos;* en el Paganismo, repetimos, estos principios, estas

opiniones, estas creencias; mas las leyes, los usos, las costumbres, la moralidad, la idea de lo justo é injusto, lícito é ilícito, ó la conciencia pública, los criterios de verdad, todo, todo debió estar necesariamente trastornado, arrancado de su base, y violentamente extraido de su natural y verdadero modo de ser. Así que, lo mismo que las pasiones humanas, su foco generador y orígen comun, en conformidad con la ley constante de la naturaleza (1), los principios, las opiniones y las creencias no pudieron entonces menos de ser violentas, innobles, soeces y rastreras como su ovario, inícuas y bárbaras las leyes, obscenas las costumbres, la moralidad un cadáver víctima del sensualismo, y extraviada la conciencia pública, la idea, el juicio, y la calificacion que debe hacerse de la bondad ó malicia de las acciones del hombre. En fin, la ética completamente trastornada. La Academia, el Liceo, el Pórtico; las escuelas mas sábias de Grecia y de Roma claudicaron lastimosamente, y erraron en mayor ó menor grado en este sentido. «De virtud, dice «Lactancio (2), solo retuvieron el nombre; se extraviaron «en cuanto á su verdadera índole, naturaleza, significacion «y efectos.»

Entonces se presenta el Cristianismo hablando no ya á las pasiones sino á la razon, no al cuerpo sino al espíritu; despoja á las pasiones del derecho que habian arrebatado á la razon de guiarle, restableciéndola en el mismo; se apodera de la inteligencia humana, la regula, la modera, la ilumina, y la asienta sobre su verdadera base para que no yerre mas en la calificacion y juicio que en adelante forme de las acciones y de las cosas. Estas fueron ya lo que realmente eran y no lo que se las hacia ser.

Extraviada la razon humana por la prevaricacion adamítica, y subyugada por las pasiones que se desbordaron, nada tuvo de extraño que el hombre fuera de la fe, fuera de la revelacion, fuera del órden sobrenatural, olvidase los principios de moralidad, formase un juicio errado de todo, removiendo de su base la filosofía, y constituyéndola por su punta (3). Pero el Cristianismo corrige este extravío, este

(1) El efecto es semejante en naturaleza á su causa.
(2) «Nomen itaque solum retinuerunt, vim vero et rationem et effec«tum perdiderunt.» (*Divinar. institut.* lib. VI, *De vero cultu*, cap. 5).
(3) Chateaubriand.

desórden general que se halla en el mundo: avivando las luces de la razon cási extinguidas, ilumina este cáos filosófico y moral, y lo hace caminar todo por su natural, primitiva y verdadera senda.

El Paganismo, ó sea la religion y la filosofía paganas, hablando á las pasiones habian corrompido y variado la verdadera significacion de las palabras y de las cosas. Para los escépticos, los cirenáicos y los cínicos, despues que degeneraron (á quienes contradijeron los académicos, dando á veces en el extremo opuesto de anular y condenar la razon), no habia bondad ni malicia real objetiva é intrínseca á la accion: el pensamiento, la opinion, y una opinion interesada y falsificada por las pasiones, decidia de todo (*): así que hay crímenes que entre ellos eran reputados por virtudes, ó por cosas indiferentes, y virtudes que eran consideradas como vicios ó infamias, ó cuando menos por defectos. De ahí es que á los ojos de estas extraviadas filosofías la caridad era debilidad y cobardía, la obediencia esclavitud y servilismo, y la humildad abyeccion y bajeza. Pero desde que se presentó el Cristianismo, hablando á la razon, en todo el extenso ámbito que alumbró con su luz vivificadora, el crímen ya fue crímen, la virtud ya fue virtud, lo inícuo ya fue inícuo, lo justo ya fue justo, y lo digno ya fue digno. El Evangelio, pues, fue el gran restaurador de la razon humana. ¿Presumirá la escuela ecléctica corregir tambien en esto la plana al Cristianismo? ¿Le tenderá *tambien aquí compasivo la mano para elevarle mas alto?* ¡Qué pretensiones tan ridículas! Por Dios, Mr. Cousin, ó no se llame V. cristiano, ó cese de retocar la obra de Jesucristo.

El Cristianismo halló los vicios sobre los altares, y las virtudes bajo las mazmorras. Pero él, inmenso y fecundísimo ovario de virtudes, vindica las reconocidas, aumenta y continúa el catálogo de las sociales, y predica esas hermosas y grandes virtudes teológicas que hemos examinado, y otras muchas virtudes morales de santidad, de piedad y de justicia hasta entonces desconocidas, dándolas á todas consideracion, fuerza y prestigio, sancionándolas, justificándolas, santificándolas y divinizándolas. «La luz divina del Evan-«gelio, poniendo un remedio saludable y eficaz á la corrup-

(*) Esto mismo con corta diferencia se pretende en nuestros dias.

«cion en que estaba sumido el género humano, ha ejercido «un benéfico influjo sobre la inteligencia y la voluntad del «hombre, ciego y manchado con pasiones brutales, y ha he-«cho tomar á su reflexion una marcha mas segura y menos «vacilante. El filósofo cristiano sabe, pues, el camino que «debe seguir, el término que debe esperar, y le es imposible «extraviarse, á menos que obedezca á una voluntad culpable «y desordenada (1).»

§ I.—*Humildad.*

En la grandiosa y sublime tarea de reorganizacion del pensamiento humano, de reconstruccion y acrisolamiento de la filosofía, que emprendió el Cristianismo, tarea difícil por estar de por medio las pasiones, tuvo que vindicar los derechos de la preciosa virtud de la humildad, hacer ver sus hermosos frutos, y patentizar que ensalza tanto al hombre cuanto el hombre creia, bajo la influencia del Gentilismo, que le rebajaba y envilecia, como no faltan hoy sofistas, verdaderos paganos resucitados, que creen lo mismo.

La *elevacion de carácter* y la *humildad* son dos cosas que la filosofía pagana habia hecho incompatibles, que habia colocado en contraposicion y en línea inversa. Pero el Evangelio nos ha hecho ver su simpatía recíproca, su identificacion, presentándonoslas en la línea directa en que se hallan. Y si el orgullo fue el vicio mónstruo que nos arrojó de nuestra primitiva elevacion y felicidad, y si la grande virtud de la humildad es el poderoso dique que Dios nos inculca que opongamos á la violencia de aquel vicio, ¿puede negarse que la humildad obra, reconstruye, restablece y repara nuestra dignidad y nuestra ventura? El que osare negarlo acusaria á Dios ó de insensatez en sus obras, ó de falacia para con el hombre; dos acusaciones en las cuales la impiedad compite con la blasfemia.

Prescindiendo de la gracia divina, que puede hacer brotar la humildad en toda clase de personas, su terreno propio y natural, su albergue y su morada son los corazones generosos y las almas grandes; y ya que á muchos no les impelan motivos de religion y de fe para abrazarse con la humil-

(1) *Diccionario de teología* de Bergier, artículo *Filosofía.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad y arrojar de sí el orgullo, si es que estiman en algo su dignidad de hombres, sean humildes, aunque sea por motivos menos dignos, pues aseguramos á esos infatuados altaneros, que se persuaden falsamente que su orgullo es grandeza y carácter, que el verdadero carácter, la verdadera elevacion y la verdadera dignidad son privilegios exclusivos de los humildes y de los obedientes. Ellos son el *servum pecus* con que pretenden denigrar á los espíritus humildes y creyentes.

La humildad cristiana no consiste en una sumision servil, ni en una exterioridad hipócrita, ni en una modestia afectada. Bien examinada la humildad, es una verdadera grandeza, y una grandeza lícita y bien fundada, porque en esta materia hay que caminar con mucho cuidado, puesto que es tan sutil el orgullo, que se introduce hasta en la misma práctica de la virtud, viniendo así á parar á la moral de los estóicos. ¿Por qué al verdaderamente humilde no le hinchan ni envanecen ni las riquezas, ni los honores, ni los elevados destinos, ni las adulaciones, ni las lisonjas? Precisamente porque es grande, porque abriga una idea justa de su dignidad y de su valor sobre todos los bienes del mundo, y los acepta, pero para servirse de ellos dominándolos, no para que le esclavicen y dominen como dominan al soberbio, que en este mismo hecho demuestra su pequeñez y su vileza. Nada hay en la tierra mas digno ni mas grande para el hombre que la humildad, como que la humildad es precisamente la persuasion y el convencimiento de la dignidad y de la grandeza.

El orgulloso lo es por olvidarse lastimosamente de estos preciosos dones de Dios. Sin embargo, por una extraña aberracion del pensamiento humano, por una de sus reacciones ó tendencias retrógradas al Paganismo, hoy se ostenta entre no pocas personas mas pretensiosas de carácter y de dignidad á medida que son mas orgullosas, hermanando de esta manera dos cosas opuestas, la grandeza y el orgullo, las cuales no pueden de ningun modo conciliarse; no siendo otra la causa que la ignorancia unida á la mezquindez de corazon, y á la poca elevacion de alma, que no pueden menos de pensar y de discurrir así. El desventurado autor del *Cristianismo descubierto*, despues de llamar á la fe virtud *imposible*, y á la esperanza virtud *quimérica*, dijo que la humildad es el exceso contrario al orgullo, y que solo sirve para hacer esclavos abyectos (1).

Todo hombre que se deje dominar por la materia, por lo fugaz y lo perecedero: todo hombre á quien envanezca un poco de oro ó de incienso, un círculo de tierra ó un empleo distinguido, desconoce que él es lo mas digno de la creacion; abdica la corona que ciñe en ella, y no tiene carácter ni elevacion, mereciendo que se forme un concepto poco favorable de su nobleza y de su talento. Lo que importa á la sociedad es que los hombres honren los destinos, y no el que los destinos honren á los hombres. De otra manera se asemejaria aquella á una gran reunion de insensatos vestidos de brillantes oropeles. Solamente el humilde sabe ser grande sin ostentacion y noble sin fausto.

Es efectivamente una desgracia que la fortuna sea ciega; por eso yerra cási siempre en la eleccion de sus favorecidos (2). Jamás debiera esta sonreir á las almas pequeñas ni á los corazones mezquinos. Porque ¿qué sucede? Sucede que no pudiendo estos hombres mostrarse en la prosperidad complacientes, humildes y sencillos, infatuándose por el contrario y envaneciéndose (3), vienen á ser por su repugnante orgullo la tiranía de sus inferiores, el engaño y asombro de los necios como ellos, el desprecio de los sábios y el ridículo de la sociedad entera, para la cual son una plaga calamitosa (4). «No solamente la fortuna «es ciega, dice Ciceron, sino que ordinariamente hace cie«gos tambien á aquellos á quienes favorece. Y así se en«grien con desden y altanería; ni puede haber cosa mas in«sufrible que un ignorante colocado en fortuna. Y es de ver «que aquellos que han sido antes de unas costumbres dul«ces, con la autoridad, poder y prosperidad se mudan; des«precian á sus antiguos amigos y buscan otros nuevos (5).»

(1) Citado por Bergier, *Tratado histórico y dogmático*, tomo 2, página 436.

(2) El Eclesiastés vió á los sábios sin pan, y sin riquezas á los doctos, y vió en ello la casualidad. (*Cap.* IX, 11).

(3) «Postquam elevati sunt in sublime.» (*Prov.* XXX, 32).

(4) Vió tambien otro mal bajo del sol, al necio en alta dignidad, y al sábio en lugar bajo. (*Eccles.* X, 3).

(5) «Non solum ipsa fortuna cæca est, sed eos etiam plerumque effi«cit cæcos quos complexa est. Itaque efferuntur illi fere fastidio et con«tumacia; neque quidquam insipiente formato *intolerabilius* fieri potest. «Atque hos quidem videre licet, eos qui antea commodis fuerunt mori-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Además, siendo la primitiva condicion del hombre una condicion elevada y digna; como la condicion presente es menos digna, y degenerada, y siendo la humildad una de las cualidades ó caractéres principales del hombre inocente, como el orgullo es á la vez hijo, padre, autor, efecto y causa del pecado, es evidente que la humildad dignifica al hombre, dado que le aproxima á su primitivo estado, así como le degrada mas y mas el orgullo, por lo que le aleja de este mismo estado.

Y ¿hará feliz al hombre la humildad como le dignifica? Vamos á verlo.

El verdaderamente humilde es imperturbable en los acontecimientos varios de la vida humana, y en las vicisitudes de la fortuna: ni esta le envanece sonriéndole, ni le abate abandonándole; y este perfecto reposo y esta tranquilidad inalterable en que la humildad abisma suavemente á su espíritu, labra su verdadero bienestar y su dicha. ¿Se le injuria? Pues él es demasiado grande para que le desazone ni hiera mucho la ofensa, y demasiado generoso para en vez de irritarse contra el injuriante, no le perdone contemplándole con lástima. ¿Se le despoja? Pues haciéndole esperar su humildad, por la fe y la esperanza que son inseparables de ella, unos bienes incorruptibles y eternos colocados fuera del alcance de las vicisitudes de la fortuna y de la rapacidad humana, no le inquieta lo mas mínimo la pérdida de aquellos otros ficticios, fugaces y perecederos, que son como la moneda con que compra los inamisibles y eternos. ¿Se le tiraniza? Pues él por medio de la humildad y de la obediencia, que sin estar obligado, presta al tirano haciendo por Dios el sacrificio de sus derechos y de su libertad, evita los rigores de la tiranía y del despotismo. ¿Trátase de la concesion de un destino; se le posterga injustamente, lo cual contrista el corazon del sábio (1)? Pues él permanece tan contento y tranquilo como antes, lamentando en silencio la parcialidad y la injusticia de los hombres, y mas que todo los perjuicios que á la patria y á la sociedad se originan con designarla servidores ineptos. No le hieren ni el desprecio

«bus, imperio, potestate, prosperis rebus immutari spernique ab iis ve-«teres amicitias indulgere novis.» (*De amicitia*, cap. 15).

(1) «In duobus contristatum est cor meum... et vir sensatus contemp-«tus.» (*Eccli.* XXVI, 25).

ni la ingratitud. Si su reconocida probidad y su mérito le extraen de la vida privada y le elevan á las dignidades y á los honores, los recibe con modestia. Si sacrificado en las aras de la envidia maligna, ó tal vez porque para la iniquidad estorba su incorruptible rectitud, desciende de su elevacion, deja los honores y las dignidades con la misma modestia y magnanimidad de corazon con que los aceptó, volviendo á sus cuidados domésticos y á las dulzuras de la vida privada. En fin, el verdadero virtuoso y humilde es una roca firmísima contra la cual se estrellan las mas fuertes oleadas de los contratiempos de la vida, y nada hay en este mundo capaz de turbar su perfecta tranquilidad, su calma y su reposo (1). Es, pues, el humilde tan dichoso como digno.

«Todos desean la paz, dice un precioso libro (2) en que la «ocultacion que el autor hizo de su nombre revela el espí-«ritu de humildad que le dictó; todos desean la paz, mas no «todos cuidan de lo que pertenece á la verdadera paz. — Mi «paz (habla Jesucristo) está con los humildes y mansos de «corazon.—Tu paz estará en tu mucha paciencia.» «Apren-«ded de mí, dice Jesucristo por boca de san Mateo (3), apren-«ded de mí, que soy manso y humilde de corazon, y hallaréis «el reposo para vuestras almas.»

Y ¿quién desconocerá tampoco la grande influencia de esta virtud en el buen gobierno, en la paz y en la estabilidad de las sociedades (*)? La humildad hasta liberta al hom-

(1) «Non contristabit justum quidquid ei acciderit.»
(2) *Imitacion de Cristo*.
(3) Cap. XI, *v.* 29.
(*) «Mas para hacer ver, dice el Adicionador de la obra de Sabunde «*Las Criaturas*, que una de las cualidades características de la religion «de Jesucristo es hacer lucir tanto mas sus resplandores por todas par-«tes, cuanto mas es combatida y atacada, llamemos á un hombre pues-«to á la direccion de su corazon que tenga ideas las mas altas y pensa-«mientos los mas sublimes, y comparémosle con un cristiano humil-«de dotado de igual talento y enérgica actividad. Hé aquí los dos pues-«tos en la ocasion de una empresa grande, que debe redundar en be-«neficio de la sociedad. Cada cual raciocina prudentemente consigo «mismo segun sus respectivos principios. El primero, consiguiente á «sus máximas, no tiene otro impulso que la gloria de su nombre ó sea «un interés personal. El segundo, igualmente consiguiente á las suyas, «mira su gropio deber y la voluntad de Dios. Aquel medita lo arduo y «escabroso de la empresa en la misma cualidad de la obra; reflexio-«na sobre la multiplicidad y fuerza de los obstáculos que se le ofrece-«rán por parte de los hombres, y emprende la obra lleno de sí mismo y

bre de la esclavitud, colocándole donde no puede llegar la tiranía, como ya probarémos en otra parte, á donde remitimos á nuestros lectores (1). Y si la humildad católica fija y afianza las sociedades, y emancipa, felicita y dignifica á los hombres, ¿cuáles son las ventajosas pretensiones que pueden ostentar la Reforma y el Filosofismo, cuyo orígen fue una perfecta paródia de la rebelion angélica y adamítica abortadas por la soberbia y el orgullo? Destruyendo la autoridad espiritual y atacando la autoridad civil, ¿no han sofocado la humildad religiosa en lo primero, y la humildad política en lo segundo?

Que se censure, que se critique, que se ataque un principio, una institucion, una doctrina cualquiera á vista de los pueblos, y bien pronto este principio, esta institucion ó esta doctrina, por justísimas y verdaderas que sean, son desacreditadas ante la multitud ignorante. Del descrédito pasan á la indiferencia pasiva, pues perdieron su valor, su fuerza moral y su prestigio: de la indiferencia vienen al desprecio y al abandono, y del desprecio al odio y al aborrecimiento. Desgraciadamente no necesitan las pasiones humanas mas que se las abra una rendija, por pequeña que sea: pronto la convierten ellas en una brecha enorme y practicable, por la que entrando atropelladamente, asaltan

«confiado en sus talentos y conocimientos. Este pesa tambien los obs-«táculos y dificultades intrínsecas con toda madurez y prudencia, pe-«ro á la vista del propio deber y con un cierto conocimiento de la volun-«tad de Dios emprende el trabajo confiado en Dios, lleno de valor y de «fuerza. El primero necesariamente disminuye sus cuidados, se espan-«ta, se confunde y retira del trabajo cuanto puede, si por casualidad en «lo mejor de sus fatigas llega á prever que no obtendrá aquel nombre «que pensaba ó bien que perderá su interés personal. Pero el otro «mientras descubre en su deber la voluntad de Dios, no se detiene, y es «constante é irremovible. Aquel, por alta que sea la idea que pueda te-«ner de sí mismo, no puede dejar de sentir alguna vez una cierta descon-«fianza de sí mismo, á la vista de la fuerza de los obstáculos que se le «presentan; porque en fin conoce ser hombre: mas el otro, siempre fir-«me en su deber, redobla sus esfuerzos contra las dificultades que so-«brevienen, y no teme, porque sabe que no obra solo, sino que le ayuda «y sostiene Dios: vencedor de todos los obstáculos y firme en su em-«presa no desiste de ella hasta que no se persuada hallar su propio de-«ber y la voluntad de Dios en lo contrario. Dígase ahora ¿cuáles princi-«pios son mas útiles y fructuosos á la sociedad, aquellos con que se di-«rige el primero, ó aquellos que sirven de regla al segundo? ¿Qué es «mas deseable y eficaz en las grandes empresas, la humilde confianza «del cristiano ó la soberbia altivez del hombre?» (*Pág.* 273 *y* 274).

(1) En la obra: *El principio de autoridad vindicado.*

el sagrado alcázar de las leyes y de las instituciones. Esto es precisamente lo que sucedió con la doble sumision civil y religiosa de las masas á consecuencia de las violentas y agresoras doctrinas de la Reforma, y los resultados fueron tan terribles como no podian menos de ser y como eran de esperar por todo hombre pensador. ¿Qué sucedió, pues?

Que no pudiendo sufrir los pueblos el yugo y la sumision cuyo odio habian bebido ya bastantemente en aquellas ideas, en aquellas máximas y en aquellas doctrinas turbulentas llegaron en su furor ciego y en sus violentos arrebatos hasta donde llegar podian, á saber, hasta la idolatría y el ateismo en religion, y hasta el despotismo mas feroz en política. Y ¿qué fue esto sino otra reaccion pagana, otro paso retrógrado á los tiempos del Gentilismo, á los cuales se excedió aun en inhumanidad y en barbarie?

¡Ah! Otra vez vemos que el hombre no puede huir del Catolicismo, que es la dignidad, la paz, la libertad y la dicha, sin venir á parar tarde ó temprano al Paganismo, que es la degradacion, la guerra, la esclavitud y la infelicidad!

§ II.—*Castidad.*

En la introduccion al capítulo 6 del libro 1 *De virginibus* previene san Ambrosio que al referir y probar las ventajas de la virginidad no es su ánimo disuadir del matrimonio (1). Yo hago aquí la misma advertencia que el santo Doctor. Como párroco que me glorio de ser he advertido muchas veces que es necesario para la conservacion del género humano, y que á todos los que no tengan ningun impedimento les es concedido (2). No es, por otra parte, mi intento hablar exclusivamente de la castidad virginal.

¡Castidad!... ¡Con cuánta razon y con cuánto derecho puede el Cristianismo reclamar tambien y llamar suya esta preciosa virtud! ¿Quién puede traer á la memoria las obscenidades del Paganismo, del cual es propio, como dice el Apóstol (3), satisfacer los deseos é inclinaciones de la carne, sin que se llene de rubor y de indignacion á vista

(1) «Non ego quidem dissuadeo matrimonium, sed virginitatis atte-«xo beneficium.»
(2) *Ritual Rom.* Del sacramento del Matrimonio.
(3) «Quorum Deus venter est.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del borron tan feo que echaron sobre la especie humana? ¿de ese Paganismo, inclusa la sábia Grecia, en que tan gratuitamente pondera Rousseau (1) el recato de las mujeres sobre las de todos los países, sin exceptuar los cristianos, cuando la prostitucion pública estaba allí mandada por las leyes y consagrada por la religion, y cuando el pudor y el decoro llegaron á verse tan desterrados de ella que con dificultad podian hallarse mujeres mas impúdicas que las del modelo Esparta? Si alguna cosa demuestra con toda evidencia la general impudicicia del Paganismo, es seguramente la defensa por Ciceron de Celio, acusado por Clodia. Despues de utilizar en favor de aquel el principio generalmente profesado de la indomabilidad de la carne, dice: *Siempre se ha permitido á los jóvenes tener trato con las cortesanas, y el vedarlo no está en armonía ni con la licencia del siglo ni con los usos y tolerancia de nuestros antepasados* (2). No es menos significativo al efecto el excusar el orador romano el vicio infame con la *antigua costumbre* (3).

Sin necesidad de aducir (aquí debo recordar que no quiero que me acusen los incrédulos de alegar testimonios sospechosos para ellos, si bien estos testimonios jamás pudieron ser desmentidos por los gentiles), sin necesidad, repito, de aducir aquí las elocuentes recriminaciones de los apologistas cristianos de Oriente y Occidente de los primeros siglos, Ciceron, Luciano, Quintiliano y otros muchos, sin ser el mayor número de ellos mas castos, echan en cara á los sofistas de su tiempo y á sus predecesores y maestros, que bajo el bello título de filósofos encubrian los vicios mas vergonzosos. Solon, Sócrates y Platon fueron acusados del vicio contra naturaleza, y para Ciceron mismo este desórden era *indiferente*. Caton comerciaba con la prostitucion de sus esclavos. Los epicúreos y estóicos predicaron la sodomía y el incesto entre hermanos, y de esta bella enseñanza hinchieron todas sus bibliotecas, como atestigua san Teófilo Antioqueno (4). Entre estos graves estóicos no faltó

(1) *Emilio.*

(2) «Quando enim non factum est? quando reprehensum? quando «non permissum?»

(3) «Deinde nobis qui *concedentibus philosophis* antiquis adolescenti«bus delectamur.» (*De natura Deor.* lib. XII, cap. 28).

(4) «Qua doctrina bibliothecas impleverunt, ut à teneris infanda fla«gitia ediscerentur.» (*Ad Autolycum*, lib. III, num. 6).

quien permitiese el incesto del padre con su hija, y del hijo con su madre (1); bien que de hecho estos detestables crímenes eran generales en todas partes, porque en todas partes era general la exposicion de los hijos é hijas, que con el tiempo venian á ser, sin saberlo, instrumentos de la lascivia de sus mismos padres, como les advertian los apologistas cristianos (2). Al mismo Bayle (3) causaba rubor referir las infamias que atribuye Plutarco á los estóicos, á estos moralistas paganos llamados *grandes bribones* por Aulo Gelio (4). Sin embargo, esto no le impedia al grave, al moral Plutarco entregarse tambien al amor infame, ni confesarlo así él mismo. Si tales eran los santos del Paganismo, ¿cómo seria la grey? Y ¿qué extraño es que así fuesen los santos, si lo mismo eran los dioses (5)? Y los paganos tenian descaro, como les redargüia el filósofo converso Atenágoras, para acusar á los cristianos, «que estaban bien garan«tidos por la pureza de sus costumbres, por la templanza y «fidelidad que guardan en el matrimonio, por la modestia «con que se saludan, por su amor á la virginidad, por el des«vío con que miran las segundas nupcias, etc., etc. (6),» para acusarles, repetimos, de cometer crímenes obscenos, siendo ellos los culpables de todas las especies de impudicicias y de maldades (7). Lo mismo les echaba en cara san Justino (8), Minucio Félix (9), quien les recuerda ser entre ellos la impureza punto de urbanidad; como lo prueba el hecho de Caton con su mujer Marcia; y los demás apologistas de Oc-

(1) Crisipo.

(2) «Non autem... pueros etiam recens natos exponere hominum im«proborum esse didicimus. Primo quidem quia omnes fere hujusmodi «videmus ad stupra non puellas solum, sed etiam masculos produci... «Quibus (stupris) qui utitur, is, præter nefandum et impium ac impu«dicum concubitum, cum filiis, *si ita sors ferat*, aut cognato aut fratre «miscetur.» (San Justino, *Apologia I pro Christianis*, num. 27).

(3) *Diccionario crítico*, artículo *Crisipo*.

(4) *Noct. att.*

(5) «Sed quid attinet pluribus circa eos immorari, cum de iis etiam «quos appellant diis similia prædicaverint?» (*San Teófilo Antioqueno*, ibid.).

(6) *Apología de los cristianos* presentada en el año 177 á los emperadores Marco Aurelio Antonino y Lucio Aurelio Cómmodo, núm. 32, 33 y 34.

(7) «Illud autem minime mirum quod ea nobis affingunt, quæ de diis «suis dicunt, quorum perpessiones mysteria efficiunt.» (*Ibid.*).

(8) «Ipsi faciunt quæ in alios falso conferunt.» (*Apolog. I pro Christianis*, num. 27).

(9) «Apud quos sexus omnis membris omnibus prostat, apud quos «tota impudicitia vocatur urbanitas.» (*Ep. Octav.* cap. 28).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cidente, con especialidad Lactancio, que no hallaba entre los cirenáicos y los irracionales mas diferencia que «la de que «los primeros hablaban y los segundos no (1).» Los gentiles en todas partes son gentiles. «¿Qué diré de los cínicos? añade «el Ciceron cristiano; no deben extrañarse sus impudicicias «públicas, antes bien han sido en ello muy consiguientes, «porque así imitan á los animales, cuyo nombre se han me- «recido (2).» Gracias al filósofo del pasado siglo, Diderot, sabemos tambien que el hombre solo se diferencia del perro en el vestido. ¡Qué investigador tan profundo!

Los gentiles no tardaron, empero, mucho tiempo en hacer justicia á los cristianos, reconociendo su pureza y su castidad, como lo acredita incontestablemente el que creyeron mas poderosas y eficaces para hacerlos apostatar las pruebas contra la castidad y la virginidad que la misma muerte: argumento con que el célebre Tertuliano confundia con su voz elocuente aquellas injuriosas calumnias (3), recordándoles tambien que sus mujeres ni siquiera tenian la idea ó la conciencia de la pureza (4). Majencio lo comprobó despues. Poco trabajo le costó á este tirano abusar de las esposas de los senadores y patricios de Roma, á quienes se propuso injuriar con esta afrenta; pero al intentar lo mismo de las que ya eran cristianas, aprendió que si queria injuriar á sus maridos habia de hacerlo por otras vias, porque ellas preferian la muerte á tal infamia. «Si los cristia- «nos, decia san Justino confundiendo á los paganos con este «solo argumento, cuya evidencia le abrumaba antes de su «conversion; si los cristianos son tan dados á los goces y á «los deleites como decís, ¿cómo es que se ofrecen tan fácil-

(1) «Aristipo ne respondendum quidem duco, quem semper in cor- «poris voluptates ruentem, nihilque aliud quam ventri et veneri ser- «vientem, nemini dubium est hominem non fuisse: sic eum vixit ut ni- «hil inter eum pecudumque distaret nisi unum, quod loquebatur... Ab «iis ergo sapere discimus, quos à pecudibus ac belluis non sententia sed «lingua discernit? (*Divin. instit.* lib. III, *De falsa sapientia Philosophorum*, lib. III, cap. 8).

(2) «Nam quid ego de Cinnis loquar quibus in propatulu coire cum «conjugibus mos fuit? Quid mirum si à canibus quorum vitam imitan- «tur, etiam vocabulum nomenque traxerunt?» (*Ibid. ibid*).

(3) «Nam et proxime, ad lenomen damnando christianam potius quam «ad leonem, confessi estis labem impudicitiæ apud nos atrociorem omni «pœna et omni morte reputari.» (*Apologet.* cap. ult.).

(4) «Fœminæ nationum à quibus abest conscientia veræ pudicitiæ.» (*De cultu fœminarum*, cap. 1).

«mente y hasta con alegría á la muerte que les priva de «ellos (1) (*)?»

¡Cuántas leyes, usos y costumbres obscenas abolidas por el Cristianismo! Constantino no pudo aguardar, y prohibe el concubinato, y promulga al instante contra los amores infames. Cuando ya hacia muchos años que el Renacimiento nos *dirigia por el camino de la verdadera civilizacion*, fueron necesarias las puras luces del concilio de Trento para que, esparciéndose por las diferentes clases del pueblo cristiano, aclarasen y despejasen un poco la espesa atmósfera de la general corrupcion en costumbres é ideas, é inclinasen los Gobiernos sus oidos á los clamores del pudor ya despertado, para abolir las soeces pruebas del *congreso*, y otras recibidas en los tribunales. ¡Cuánto no honrará siempre al Cristianismo y á su Jefe supremo la abolicion de todas esas insensatas pruebas jurídicas llamadas juicios de Dios! ¡Cuánto no declamó contra el impúdico desórden del Paganismo consistente en los baños públicos comunes á ambos sexos (2)!

Veamos ya cuánto dignifica y enaltece al hombre esta hermosa y envidiable virtud.

Resalta tanto y es tan resplandeciente la hermosura de la castidad, que en todos tiempos y en todos los países del mundo, aun en medio de la ley *Scantinea*, *Julia Popea*, *de maritandis ordinibus*, la *Papia Popea*, etc., que en vez de remediar el mal que se proponian, no hacian sino agravar-

(1) «Nam et ipse ego, cum Platonis doctrina delectarer, ac de cri- «minibus in christianos conjectis audirem, eos autem ad mortem et ad «alia omnia, quæ videntur metuenda, impavidos cernerem; fieri non «posse intelligebam ut in nequitia et in voluptatum amore viverent. «Quis enim libidinosus et intemperans, ac humanæ carnis epulas in «bonis numerans, mortem amplecti possit, ut bonis suis careat, ac «non potius omnino in hac vita semper versari, et magistratus latere «conetur, nedum seipsum deferat morte damnandum? (*Apolog. II pro Christianis*, num. 12).

(*) Lo mas extraño y lo mas inícuo á la vez es que los querian convencer de correligionarios suyos, diciéndoles que con las acciones que ejecutaban en sus conciliábulos celebraban los misterios de Saturno, Júpiter y otras divinidades del Paganismo, y al mismo tiempo los perseguian por *ateos, irreligiosos é impíadicos*. Vosotros mismos, les decian los apologistas cristianos, vosotros mismos pronunciais vuestra sentencia: «Sententias in se ipsos dicunt.» (San Justino, *Apolog. II*, núm. 14).

(2) En Oriente puede consultarse entre otros á Clemente Alejandrino (*Pædag.* lib. III, cap. 5), y en Occidente á san Cipriano, *De virginum habitu*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo, leyes llamadas por Montesquieu (1), con tan poco acierto como decoro, las mas bellas civiles de los romanos; y aun en medio de otras mas indecorosas y menos justificadas. Del Gentilismo, en todos tiempos y países, repetimos, ha tenido la castidad cierto carácter de divinidad tan marcado, que ha inspirado universalmente la admiracion, el respeto y hasta el culto. Todos los hombres, paganos ó cristianos, civilizados ó salvajes, han estado siempre acordes en mas ó menos grado acerca de la excelencia de la castidad y de la virginidad; y hasta en los pueblos mas carnales y embrutecidos se ha hallado simbolizada en sus creencias y en sus cultos esta sublime virtud, viéndose en todas partes callar confusa y avergonzada á la sensualidad y á la impureza ante el esplendor de la virginidad, adorándola y reverenciándola. Ahí teneis á los griegos con sus sacerdotisas de Céres, á los romanos con sus vestales, á los galos con sus druidesas, á los germanos con sus adivinas, á los americanos con sus vírgenes del sol. Todas estas son instituciones grandiosas para los sofistas; ¡y solo nuestras monjas excitan su sarcástica bílis (*)! Los mismos que celebraban la disolucion de Júpiter admiraban la continencia de Jenócrates. Esos hombres tan pervertidos como desgraciados, á quienes su triste filosofía hace semejantes á los brutos, «en va- «no pretenden envilecerse; su ingenio reclama contra sus «principios, y sus convicciones íntimas desmienten sus doc- «trinas (2) (**).»

(1) *Espíritu de las leyes*, lib. XXIII, cap. 21. Si Montesquieu hubiera sabido economía política habria tambien sabido que la procreacion desordenada de hijos no es lo que facilita y promueve el *aumento de poblacion*, lo cual era lo que pretendian aquellas leyes; sino la produccion, el aumento de la riqueza, de los recursos, de las subsistencias, combinado todo (y esto es lo principal, y lo que precisamente faltaba entonces) con la pública moralidad: lo demás no era mas que presentar mas víctimas á la muerte por medio de la exposicion de los hijos, que fue lo primero que se debió prohibir. ¿De qué servia excogitar medios de aumentar la poblacion, si se dejaban expeditos los medios de deshacerse de ella? Pero la ciencia económica no era conocida en tiempo de Montesquieu, ó se hallaba en embrion, y en parte es disculpable.

(*) San Ambrosio advirtió ya tan extraña inconsecuencia. «A profanis «igitur ceremoniis virgines nemo prohibebit; ab Ecclesia Dei virginitas «arcebitur? Illic coguntur, quod non docentur, hic interdicitur, «quod non licet non doceri? Illic præmiis revocantur à nuptiis: hic «ad nuptias coarctabuntur injuriis? Illic violentia fit ut capiantur; hic «fiet violentia ne profiteantur?» (*De virginitate*, lib. unus, cap. 3).

(2) Rousseau, *Emilio*, lib. IV.

(**) Convenimos con Rousseau en que las ideas de honestidad hayan

Sí: la impudicicia y la sensualidad no pueden menos de abatir sus banderas y rendir homenaje á los corazones puros y á las almas continentes, que es lo mas precioso y elevado que hay en la tierra (1). «Entre esos mismos gentiles, «dice san Ambrosio (2), que no conocen la piedad ni la con- «ciencia del bien, se predica la virginidad.» Acertadamente escribe Saavedra Fajardo «que la virtud (sobre todas la de «la castidad) es una voluntaria tiranía sobre los ánimos, «que tiene dominio concedido sobre la naturaleza, sobre to- «dos los demás (3).» Y que por secreta fuerza de su hermosura obliga á todos á que la veneren (4), hasta á sus mismos enemigos, añade san Cipriano (5).

El conde De Maistre haciendo la apología del celibato eclesiástico recuerda esa opinion comun de todos tiempos, países y religiones, de que en la continencia hay alguna cosa de celestial que ensalza al hombre y lo hace agradable á la Divinidad, y por consiguiente que toda funcion sacerdotal concuerda poco ó nada con el uso, aun legítimo, de las mujeres (6). Y en el sacerdote hebreo, en el hierofanta de los griegos, en los sacerdotes de Etiopia y de Egipto, en las sacerdotisas de Céres, en las vestales de Grecia y de Roma, en las religiones de la América, de la India y de la China, y en el Alcoran mismo de Mahoma, nos presenta este escritor ilustre una prueba tan universal como sorprendente de aquella verdad. El célebre Balmes nos descubre una de las razones y fundamentos de esa íntima relacion entre la continencia y el estado religioso (7). Y sin embargo de todo, los votos monásticos y el celibato católico han sido objeto

sido profesadas en mas ó menos grado en todas las naciones, pero no las de justicia, como asegura. No hay mas que recorrer la historia de la filosofía gentílica y la legislacion.

(1) «Omnis autem ponderatio non est digna continentis animæ.» (*Eccli.* XXVI, 20).

(2) «At certe ipsis gentilibus inter aras et focos venerabilis solet esse «virginitas; et in quibus nulla meritorum est pietas, nulla mentis in- «tegritas, in iis tamen carnis virginitas prædicatur.» (*De virginitate*, lib. unus, cap. 3).

(3) *Empresas políticas*, emp. 10.

(4) *Ibid.* emp. 18.

(5) «Venerabilis etiam hostibus suis, dum illam multo magis miran- «tur, qui eam expugnare non possunt.» (*De disciplina et bono pudicitiæ*, numero 3).

(6) *Del Papa*, lib. III, cap. 3.

(7) *Reflexiones sobre el celibato del clero.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de sarcasmos é invectivas de parte de los protestantes y sofistas.

Así, pues, todos los pueblos del universo, los filósofos de todos matices, todas las escuelas, la Academia, el Liceo y el Pórtico, por mas que tan discordes se hallen en otras materias, convienen, no obstante, en la excelencia y en la dignidad de la continencia. Lo casto y lo puro agrada á los dioses (1), decian los antiguos poetas; y Sócrates, segun atestigua Ciceron (2), comparaba la vida de las almas castas á la de los dioses.

Copiarémos un pasaje de Demóstenes sobre el particular. «En cuanto á mí, dice (3), estoy persuadido de que cual-«quiera que haya de acercarse á los altares, ó deba poner «las manos en cosas sagradas, no tan solo ha de ser casto «por cierto número de dias, sino durante toda su vida, y sin «haberse entregado jamás á prácticas viles.» Parece que habla un Padre de la Iglesia.

Puede llegar un hombre á un grado tal de degradacion, de cinismo y de ferocidad, que cási llegue á sofocar en su corazon los impulsos y las inspiraciones de las otras virtudes; pero la virginidad y la pureza son demasiado hermosas, dignas y resplandecientes para que jamás dejen de asombrarle, ofuscarle y encantarle. ¡Tan preciosa es esta virtud!

Una conciencia pública que aplauda la impureza es imposible entre los hombres, por degradados y embrutecidos que se hallen y trastornadas sus condiciones sociales. General era la impureza sodomítica aun entre los mas grandes hombres, entre los celebrados sábios de Grecia y de Roma; y no obstante increpa Plutarco á los padres de familia porque preservaban á sus hijos y reputaban *una injuria* aquellas relaciones. Ved aquí á la conciencia pública pagana dominando á la filosofía y protestando contra ella; á la ignorancía llamando á razon á aquella celebrada sabiduría. Los legisladores mismos, en la redaccion de las leyes mas indecorosas, forzados por la opinion, tributaban homenajes á la pureza, y reconocian la nota infamante de aquel crímen detestable. Por eso la ley Escantinea exceptuó de él á los jóve-

(1) «Casta placent Superis.»
(2) *Tusc.* lib. I, num. 114.
(3) *Contra Timocratem.*

nes de familias distinguidas. Las demás familias, pues, no tenian derecho al pudor ni al honor. ¡Qué legislacion tan horrible!

Un alma pura y casta se eleva, se volatiliza, se desprende indignada, por decirlo así, de su cuerpo, y marcha á confundirse entre los espíritus angélicos. San Agustin llama á la virginidad «hermana de los Ángeles (1).» En expresion de san Bernardo, un alma casta viene á ser por su virtud lo que un Ángel por su naturaleza; y san Cipriano y san Ambrosio, al decir muchos siglos antes lo mismo, veian aun cierta preponderancia del hombre casto sobre el Ángel, «porque este vive sin carne y aquel triunfa en la carne (2).» «Vosotras, dice á las vírgenes el primero, vosotras habeis «comenzado á ser en la tierra lo que nosotros serémos un «dia en el cielo (3).» «Un alma que guarda fielmente la vir-«ginidad, escribe san Basilio, llega á formarse en sí como «un espejo purísimo; la imágen de Dios incorruptible.»

El alma casta parece que está sobre la tierra fuera de su natural modo de ser, fuera de su elemento; parece que no pertenece á este mundo; presenta cierto carácter celestial y divino que confunde al sensualismo (*). San Clemente llama á los castos luminarias del mundo (4).

Séneca desafia á todos los cómicos del universo á que remeden, si pueden, el rubor y la vergüenza, como remedan otras afecciones del ánimo, los acentos de la alegría y de la tristeza. El ser, pues, el rubor una virtud que no se puede fingir y exclusivamente propia de la pureza y de la inocencia, ¿no hace sospechar que el inocente y el casto quizás han volado á mas altas regiones, y elevádose algun tanto sobre la comun condicion de los hombres?

Mas hé aquí que Rousseau destruye desgraciadamente

(1) «Virginitas soror Angelorum.»
(2) San Ambrosio, libro *De viduis*. «Si ulla prava hominum ausa leges «supergredi conantur, virginitas æquat se Angelis: si vero exquira-«mus, etiam excedit, dum in carne luctata victoriam etiam contra na-«turam refert, quam non habent Angeli.» (San Cipriano, *De disciplina et bono pudicitiæ*, num. 7).
(3) *Lib. de disciplina virginis.*
(*) «De hoc mundo estis, et non estis in hoc mundo: sæculum vos ha-«bere meruit, tenere non potuit.» (San Ambrosio, *De virginibus*, lib. I, cap. 8).
(4) «Lucentes sicut luminaria in mundo.» (*Epist. I ad virgines*, capite 9).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuestras halagüeñas conjeturas descubriendo «que el ru-«bor es efecto de la malicia (1):» y solamente el soez cinismo de este corifeo impulsado de secreta envidia ha podido tambien decir que una virtud que, como la de la castidad, es la que exige del hombre el mas grande valor y heroismo, y cuyo triunfo es en concepto de san Cipriano el mayor de los triunfos; solamente este corifeo, repetimos, ha podido decir «que la castidad es una cualidad de cobardes (2).» En Rousseau burlándose de los castos y negándoles el heroismo de su virtud, se nos figura ver á la raposa de la fábula negando su madurez á las uvas porque no las podia alcanzar. «Cuesta poco, dice aludiendo al voto clerical que llama *es-«candaloso*, cuesta poco imponerse leyes que no se han de «cumplir (3).» Este tono tan decisivo solo prueba, como lo confirmó su vida impúdica, que él no hubiera sido capaz de cumplirlas: y no tiene inconveniente en confesarlo así por boca de su famoso *Presbítero saboyano* (4), que es el órgano expresivo de su pensamiento.

¡Oh! Ni toda la erudicion filosófica es bastante á ocultar el repugnante colorido del discurso indecoroso. Tanto es lo que ensalza y dignifica al hombre la pureza, que despues de la inteligencia y de la inmortalidad de su alma, ella es la principal razon de diferencia entre él y el irracional: la línea divisoria de la condicion del bruto y de la condicion del hombre. Es mas: es el único muro que separa estas dos condiciones, porque la inteligencia por sí sola no ensalza al hombre, dado que la inteligencia sin la pureza es una inteligencia materializada, carnificada, toda hecha sentidos, una inteligencia depravada, falsa, mas degradante aun que la irracionalidad misma, porque es una inteligencia que no se emplea mas que en agrandar el lodazal de los vicios en que se revuelca el hombre impúdico. De la misma manera, sin la pureza, la inmortalidad y la nobleza natural de su alma ó le dignifica muy poco ó no le dignifica; porque su sensualidad se la empaña; porque su sensualismo, por el que se identifica con el cuadrúpedo, se la hace ó renunciar ó desconocer: dos cosas de las cuales la

(1) *Emilio.*
(2) *Ibid.*
(3) *Nueva Eloisa.*
(4) *Emilio*, lib. IV.

una es una abdicacion infame, y la otra una ignorancia criminal.

Pero si la castidad y la pureza dignifican al hombre, no le hacen menos feliz y dichoso aun en esta vida.

Con efecto: el casto desconoce aquel desasosiego y sobresalto, aquella ansiedad é inquietud de las pasiones, aquellos continuos estímulos é insaciable sed de la carne que torturan y esclavizan al lujurioso, trayéndole azorado, distraido, vaga su vista, y todo él como fuera de sí mismo. ¡Infeliz del que se deje dominar por la lujuria! Ella es una compañera de mal agüero que no le abandonará hasta la tumba. ¡Ay! que lo mismo dispone su guarida bajo la brillante cabellera del jóven, que bajo las mústias canas del anciano! La lujuria es una fermentacion continua sin evaporacion, que inutiliza para todo al hombre, arrebatándole el reposo, es decir, lo único que puede hacer al hombre dichoso y útil á la vez en la tierra.

No son, con efecto, pocas las ventajas que la sociedad recaba de la gran virtud cristiana de la castidad para las ciencias y para la economía política, además de los disturbios consiguientes que previene. ¿Quién desconoce sus beneficios para el hombre público? ¿Quién no ve sus grandes utilidades para el hombre cuyo cargo ó destino en la sociedad es emplear en obsequio de sus semejantes los conocimientos adquiridos en el ramo de las ciencias á que se haya consagrado? ¿No le impedirá, por el contrario, el vicio esclavizador de la lujuria con sus incesantes é importunas reminiscencias, y por grande que sea su talento, adquirir las nociones necesarias para desempeñar con acierto su destino, ó ya adquiridas estas nociones, retenerlas y oportunamente emplearlas? ¡Cuántos talentos perdidos por la incontinencia! Rousseau mismo conviene en que el celibato «es útil y «conveniente á los hombres públicos (1).»

¡Y cuánto no sirven las preciosas virtudes de la castidad y de la virginidad á la causa de la humanidad doliente y afligida!

«Sin el aprecio que la religion católica inspira hácia el es-«tado de continencia y de virginidad, pregunta Bergier, «¿se encontrarán hermanas para cuidar los hospitales, para «aliviar á los enfermos, para educar los expósitos y los huér-

(1) *Nueva Eloisa.*

«fanos, para instruir á los pobres, para tener casas de edu-«cacion, recoger los penitentes y sacarlos del desórden? Los «que aspiran al matrimonio no se consagran á estas funcio-«nes penosas.» «Así, continúa, estas buenas obras están muy «descuidadas en las comuniones protestantes, *la caridad he-«róica no ha sobrevivido en ellas á la continencia.* Por mas «que se asalarien personas de ambos sexos, el dinero no «hará nunca lo que hace la Religion. ¡Y luego se nos dice «friamente que la continencia no sirve para nada, que es «una virtud de la que nada resulta!!»

No nos detendrémos á hacer ver lo mucho que aprovecha á la sociedad la virtud de la castidad considerada bajo el aspecto económico. Ya nos ocuparémos de esto en otro lugar (1) consultando los mas célebres economistas. Dirémos solamente, que si todas las naciones profesasen, cual debieran, esta virtud tan económica como moral y social, no adoptarian, como algunas han adoptado, para ocurrir al exceso de poblacion el horroroso medio de abandonar los niños á los cerdos. Á este propósito dice Mr. Chateaubriand (2): «Cuanto mas se profundiza esta cuestion (el ex-«ceso de poblacion), se conoce mejor que Jesucristo hizo «un acto digno de un legislador universal, invitando á «ejemplo suyo á ciertos hombres á hacer profesion de cas-«tidad.»

Influencia social. Los mismos paganos reconocian la influencia social de la castidad. El asombro que les inspiraba esta virtud les habia persuadido que de ella dependia la salvacion de la patria. Cuando Valentiniano abolió en Roma el colegio de las vestales, le representó el senador Símaco, acérrimo defensor del Paganismo, «que se destruiria la glo-«ria del imperio si se daba ese paso, por no haber ya quien «dedicase su castidad á la salud pública.» ¡Qué ignorante por otra parte! No sabia que al colegio de las vestales iban á suceder millares de colegios de verdaderas vírgenes, y que por cada vestal, cuyo pequeño número de seis apenas se podia completar en la inmensa Roma, se contarian despues millares de vírgenes!

Vista la elevacion y la hermosura de la virtud de la castidad, y lo mucho que felicita y dignifica al hombre, y aprovecha á la sociedad como un principio moral y un elemento económico, preguntamos á la Reforma y al Filosofismo, que tanto se precian de amigos y bienhechores del hombre y restauradores de la sociedad, ¿qué es lo que han hecho en obsequio de esta virtud, si la han fomentado, si la han ensalzado, si la han prescrito á sus prosélitos? Pues bien: el vicio opuesto de la lujuria fue, por confesion y por la conducta misma de los reformadores, el primer efecto y á la vez el fomento de la Reforma en Alemania, y su primera y principal causa en Inglaterra. Sí: «todo el aparato de la ciencia «para combatir un dogma sacrosanto no será bastante á en-«cubrir un orígen tan impuro (1).» La Reforma ha pensado en sustancia ni mas ni menos que Metelo de Numidia en su arenga al pueblo romano; á saber, «que el hombre «no puede pasarse sin la mujer, y que sin ella no puede ser «feliz.»

En cuanto al Filosofismo, para él los castos son *locos* y *mónstruos* (2), y para sus corifeos mas moderados y sensatos «las virtudes del *pudor* y de la castidad son de pura *conve-«niencia* y preocupaciones de la *educacion* (3).» Respecto de la continencia se ignora lo que es, ó cuando mas es una supuesta virtud de la que nada resulta (4). Si se cree á los sofistas, los deleites sensuales del amor deberian ser la recompensa de los hombres *virtuosos*, nótese. El llamado divino Platon no pudo hallar tampoco otro premio para la virtud. ¡Miserable filosofía que así abate los talentos! Afirman que solamente este impuro goce puede consolarnos de la *desgracia de existir* (5); y que es la felicidad de ambos sexos el *único bien* que el cielo proporciona ¡horrible blasfemia! á los males con que nos aflige (6). Convendria librar á las mujeres de un resto de pudor para impedir que adquirieran imperio sobre los hombres (7): claro es que no estarian á bien con el encumbramiento y consideracion social de la mujer los que solo ven en ella un instrumento de placer. El Filosofismo ha predicado la comunidad de mujeres, diciendo que el

(1) En el *Principio de autoridad vindicado.*
(2) *Genio del Cristianismo*, en las notas del tomo 1.

(1) Balmes: *El Protestantismo comparado*, etc., cap. 38.
(2) *Pensamientos filosóficos.*.
(3) *Las costumbres.*
(4) *Cartas persianas.*
(5) *Del espíritu.*
(6) Ibid.
(7) *Del hombre.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

matrimonio es un abuso; las ha invitado públicamente á la prostitucion (1): justifica la satisfaccion de todas las pasiones: reprueba el que se repriman las de los jóvenes, á quienes debe hablarse de amor, de mujeres, de deleites (2): apellida placeres inocentes de la naturaleza los actos libidinosos mas obscenos é infamantes (*): ha dicho, ¡repugnante blasfemia! que Cristo maldijo la virginidad en la maldicion de la higuera (3): ha enseñado que la conducta de las mujeres licenciosas es útil al público (**): ha deseado que para la *perfeccion de las costumbres*, nótese tambien, estuviese establecida por todas partes una secta del Japon entregada á la

(1) *Los terroristas en la tribuna.*
(2) Rousseau, *Emilio*, lib. IV.
(*) Oigamos sobre esto al Adicionador de la obra *Las Criaturas*, de Raimundo Sabunde, pág. 265:

«Para conocer el mas grande desórden que ha causado (la lujuria) basta «leer las historias que á veces con grandes reservas y palabras enig«máticas indican los efectos de esta infame y desenfrenada concupis«cencia. No hablo de los efectos indirectos, esto es, de los odios intes«tinos, traiciones horribles y guerras que han desolado naciones ente«ras: solamente digo que si se quitasen las sobredichas reservas, y con «toda libertad se compilase un volúmen de las impurezas infecundas, «abominables, asquerosas é infames de todos los tiempos y pueblos, y «cási diré de cada individuo, bastaria no solo para envilecer, sino para «colmar de infamia y de oprobio todo el género humano. Torpezas ocul«tas que no tienen nombre; porquerías tales que los mismos cómplices «se avergüenzan de hablar de ellas, y á veces solo de pensarlas; sucie«dades infames y ciegas que no perdonan edad, sexo, ni á los mismos «brutos, que en tal materia no obstante el ser irracionales pueden servir «de modelo de templanza y de órden al hombre furioso. Pasion general «que extiende sus furores y fealdades, desde la corte entre los mas «grandes de los reyes, hasta las chozas de los mas miserables entre los «hombres; pasion insaciable que no atiende á peligros, enfermedades, «dolores, ni á la muerte misma, y que con frecuencia llega á tal extre«mo que en estos furores libidinosos hasta los fétidos miembros de una «prostituta y ciertos esqueletos ambulantes de hombres víctimas de sus «lascivias no dejan de arrastrarse por este fango en el seno de la muerte «misma, exhalando su alma corrompida que causa horror á los presen«tes, pero no enmienda: en fin, una pasion tanto en desórden, que el re«frenarla cuesta al hombre largas é increibles violencias, y el satisfa«cerla conduce insensiblemente á los sobredichos excesos. Ved aquí «cuáles son los placeres de la naturaleza llamados *inocentes*. Con todo, «de estos se habla con gusto y en modos alegóricos en las reuniones y «conversaciones: de estos se trata ó se insinúan en las obras de los li«teratos: sobre estos se canta en los teatros; y estos son disfrazados y «hermoseados con el nombre de amores, y por ellos los hombres se «vuelven locos y furiosos.»

(3) *Las costumbres.*
(**) ¡Desgraciado Estado! Desgraciado centro de poblacion donde estas mujeres son y se toleran como... *útiles*. El órden moral está allí herido de muerte.

impudicicia por motivos de religion (1): en fin, ha erigido, como el cinismo pagano, la impudicicia en virtud, y ha dicho que seria muy prudente y acertado erigirla en culto (2). Á estos esclavos degradados del sensualismo, verdaderos paganos resucitados, puede decírseles (y aun así se les honra), lo que san Gregorio Nazianceno decia á los gentiles de su tiempo: «Para vosotros ya es mucho proscribir el inces«to y el adulterio.» Cuantas escuelas filosóficas han salido á la arena contra el Cristianismo, se han deshonrado profesando una moral detestable; y nuestros sofistas no podian eludir la misma suerte una vez resueltos á declarar la guerra á una Religion que predica la filosofía y la moral bellas por excelencia.

Si á aquellos sofistas mas moderados que no se hallan tan mal con el bien de la sociedad y de su patria que no quieran para ellas una religion, se les comisionara para formarla, la que saliera de sus manos es muy probable que no fuera digna del hombre ni de Dios, ni propia para honrar sus perfecciones infinitas; porque es muy posible que no tomaran en cuenta ni la humildad, ni la continencia, ni la castidad, ni otras virtudes que producen el heroismo, y caracterizan á los corazones generosos y á las almas grandes. El fin á que tienden con sus doctrinas es á autorizar al hombre para que viva á sus anchuras sin el menor temor, abandonado al ímpetu de sus pasiones, tranquilizarle en los delitos y en la impiedad, inutilizar las lecciones diarias del decoro y del buen sentido, separarle de las rectas sugestiones de la honradez y de la probidad, y sofocar los gritos de protesta de la opinion pública y de la Religion. Pero ¿lograrán tambien calmar los remordimientos de la conciencia...?

§ III.—*Obediencia.*

Hemos probado que no hay cosa que mas dignifique al hombre que la humildad, como que es precisamente la virtud opuesta al vicio que fue causa de su degradacion; y como la humildad es el fundamento de la obediencia; como cada vez que obedece el hombre ejerce un acto de humil-

(1) *Historia del establecimiento de los europeos en las Indias:* citas todas de Bergier, *Tratado histórico*, tomo I.
(2) Ibid.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad, ved ahí cómo el hombre se eleva y dignifica á medida que es obediente, porque la humildad y la obediencia están en razon directa, marchan unidas, se identifican, lo mismo que se unen inseparablemente la bajeza y el orgullo.

Ya que los motivos de religion, y aun las justísimas exigencias de la buena sociedad sean impotentes para domeñar la orgullosa cerviz de esos perturbadores públicos, de esos sofistas que so pretexto de preocupaciones y vetustas creencias quieren destruir todos los principios y con ellos la sociedad; de esos fanáticos tan despreocupados en pretension, como prevenidos en realidad, hijos naturales de Voltaire, Rousseau y Proudhon, legítimos descendientes de Lutero; ya que la Religion, repetimos, y la imprescindible necesidad de la vida social sean impotentes para hacerles lisonjera, justa, apetecible y amable la obediencia, muévales siquiera la consideracion de su dignidad de hombres, porque un hombre desobediente y díscolo á la autoridad legítima abdica la dignidad de tal; y por profundo que sea el abismo de degradacion en que la imaginacion se figure pueda el hombre hundirse, jamás sin embargo haremos á la humanidad la injuria de creer que pueda existir ni uno siquiera tan olvidado de su dignidad que se quiera confundir entre la turba de los animales, y hallarse contento en el estado habitual y en la condicion del bruto.

Por dos vias distintas se degrada el orgulloso, el díscolo, el desobediente: una, porque siendo la obediencia hija de la razon, y la rebelion hija de las pasiones; y siendo la razon el distintivo del hombre, y las pasiones su punto de union y contacto con el bruto, resulta que rechazando la obediencia abdica su razon, y abdicando su razon se identifica con el irracional: resulta que ejerciendo la rebelion se va tras las pasiones, y yéndose tras las pasiones se marcha con aquel. Y otra: porque viniendo de la desobediencia enlazada la rebelion, de la rebelion la destruccion y la ruina del poder, de la destruccion del poder la destruccion de la autoridad, de la destruccion de la autoridad la perturbacion del órden social, de la perturbacion del órden social la anarquía, el cáós y la selvatiquez, y sabiéndolo ellos, así á menos que sean tán ignorantes que desconozcan la índole del corazon del hombre, y la marcha natural de los acontecimientos humanos, por una necesaria correlacion

de principios y de consecuencias, el orgulloso, el díscolo y el desobediente quieren convertir la sociedad humana en una inmensa horda. Es, pues, muy denigrante para el hombre la rebelion contra las autoridades legítimas; y por la razon contraria nada mas digno y elevado que la obediencia

Veamos si la obediencia hace dichoso al hombre, como le dignifica y enaltece.

En primer lugar, la obediencia lo mismo que la humildad liberta al hombre de la esclavitud, colocándole fuera del alcance de las tiranías del mundo. Para esto no necesita el hombre mas que hacer marchar delante de sus actos á la voluntad. Patenticémoslo con un ejemplo. Impónese al obediente una ley: esta ley es justa y legítima, ó injusta y tiránica. Si es justa y legítima, obedeciéndola se librará de la esclavitud de las pasiones que le persuaden é impelen á la desobediencia: si es injusta ó tiránica, *aunque no está obligado á obedecerla*, sin embargo, si la obedece (se supone que no sea pecaminosa), evadirá los furores de la tiranía de aquel que se la impone; y obedeciéndola *espontáneamente* y *porque quiere*, tambien elude aquella otra esclavitud moral, peor que la primera, que consiste en el cumplimiento de la ley *forzado* por la pena. De modo que haciendo marchar á la voluntad á vanguardia de la obediencia, ó prestando una obediencia voluntaria, en todo caso resulta que el hombre, sea la ley justa ó injusta, obedece porque *quiere* obedecer, y no porque *se le fuerza* á obedecer, y de este modo aleja de sí la esclavitud física y la esclavitud moral. Por manera que una voluntad firme de humildad y de obediencia hace desaparecer la tiranía y el despotismo, previene y elude sus furores, esteriliza sus efectos, y vuelve vanos é ilusorios en su significacion los crímenes del mando, los cuales no por eso dejan de ser punibles. Por manera que, asiéndose fuertemente el hombre á esta obediencia voluntaria, es perfectamente libre aun en medio de la tiranía. Así pues, contra lo que los revoltosos y díscolos pretenden, la obediencia lleva al hombre á la libertad, y la rebelion á la esclavitud. Y esta libertad universal que el hombre se adquiere por su obediencia, esta evasion de castigos y furores tiránicos, este cumplimiento de la ley hecho *libre* y *espontáneo* por la obediencia propia, y no forzado por la violencia ajena, con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuyo cumplimiento voluntario evita los arrebatos de coraje y de ira que en silencio sofoca el corazon del obediente forzado, todo esto, repetimos, contribuye en gran manera á hacer feliz al hombre. En todo caso el poder tiránico que hemos supuesto no seria menos delincuente y criminal (*).

En segundo lugar, mereciendo bien el hombre obediente por su virtud de los demás hombres y de la sociedad, se capta la estimacion pública y el aprecio de todos. Él es por su decidida obediencia, á los ojos de sus superiores, un hijo mas bien que un súbdito, y como siendo obediente es humilde tambien, y siendo humilde es afable, benigno y complaciente; si pasa de la obediencia activa á la obediencia pasiva, es para sus subordinados un padre cariñoso y un amigo mas bien que un jefe y un superior. Y este aprecio, este cariño y esta estimacion universal que ve y sabe que inspira como súbdito lo mismo que como superior, como obediente lo mismo que como obedecido, hace tambien su contento y su alegría.

Por último, el que obedece cree, porque la fe y la obediencia se identifican hasta cierto punto; así la fe es la obediencia del pensamiento: por consiguiente, el que obedece reporta todas las ventajas que hemos visto en su lugar reporta el creyente, el cual descansando en la palabra y en la autoridad de otro, elude aquellas crueles angustias de la duda, aquellos tormentos y dolorosas contradicciones de la boca que niega, del pensamiento que duda, de la conciencia que afirma, y del corazon que teme, sumergiendo por el contrario á su espíritu en una apacible calma y tranquilidad que acaban de completar su dicha.

No hay necesidad de detenernos á examinar cómo mandan y prescriben la preciosa virtud de la obediencia la Re-

(*) Creemos conveniente advertir que por lo que aquí decimos no pretendemos de ninguna manera justificar las autoridades, las leyes ni los poderes usurpados, ilegítimos, despóticos ó tiranos, ni mucho menos pretendemos que se les debe de justicia ni obligacion de conciencia, obediencia y sumision. Nuestro intento es únicamente, como se ve, colocar al hombre en todas las suposiciones posibles para hacer ver (si el hombre sacrificando sus derechos quiere ser obediente en todas estas suposiciones) el grande poder de la virtud de la obediencia. Por lo demás los enciclopedistas, que tanto blasonaban de emancipadores de la sociedad, y vindicadores de los imprescriptibles derechos del hombre, dijeron alguna vez, aunque con fin siniestro, no ser lícito en ningun caso levantarse contra el soberano legítimo (artículo *Autoridad política*), doctrina á que no suscribimos si no se da alguna explicacion.

forma y el Filosofismo, aunque á la verdad no han dejado de exigirla para sus caprichos tiránicos hasta con la fuerza armada. Ellas son la desobediencia misma. ¿Quién ignora aquellos hermosos versos de *I cuculla,* etc., que compuso la Reforma? ¿Quién ignora las energúmenas predicaciones de los reformadores contra la tiara y las coronas? ¿Quién ignora las teorías, los sistemas y las doctrinas subversivas y sediciosas de las sectas filosóficas? Shaftesbury confiesa que no puede el incrédulo respetar sinceramente á las leyes ni á los magistrados. Tampoco podrán respetarlos con mas sinceridad los apóstoles y los discípulos de ciertas teorías sociales (1). Y ¿qué dicha ni qué bienestar puede llevar á las sociedades este órden de cosas? Dígalo la previsora alarma en que las tienen las sentencias socialistas. La sociedad posee, como el indivíduo, su instinto de conservacion, y aquella alarma es la manifestacion de este instinto.

«Donde quiera que vayas, dice el libro de la *Imitacion de «Jesucristo* (2), no hallarás sosiego sino en la humilde su«jecion al gobierno de un superior. La idea de cambiar de «lugares ha engañado á muchos.» ¡Verdad profética! ¿Qué hubiera dicho el piadoso autor si hubiera venido despues de Lutero y de los sofistas?

§ IV.—*Pobreza.*

Aunque no sea mas que por no dejar incompleto nuestro trabajo sobre las virtudes que son objeto de los consejos evangélicos, «cuya práctica ejercida por los cristianos aman«só la ferocidad de los bárbaros y fue la principal causa de «su conversion (3),» emitirémos algunas palabras acerca de la pobreza.

Tal vez se le figurará al pobre que la felicidad es una consecuencia necesaria de la riqueza, y en su virtud, que la dicha es privilegio exclusivo del opulento. Seguramente que esta seria una verdad muy dura y muy triste para él, y si lo fuera, no sabemos con qué razon pudiera la sociedad

(1) *Característicos*, citado por Bergier, *Tratado histórico*, tomo 1, página 288.
(2) Lib. I, cap. 9.
(3) Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Consejos evangélicos.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decir al pobre: *estáte quieto*. Pero no es así. ¡Ah! la felicidad habita mas en las chozas que en los palacios, y se aviene mejor con la azada y el arado que con el oro y la pedrería.

«Tú has gozado, mi amado Aristo, dice el abate Lamou-«rette (1), de todos los placeres, y jamás has sido feliz. Los «que desde el seno de su oscuridad admiran el esplendor de «tu opulencia, la hermosura del palacio que habitas, y la «magnificencia de los muebles que le adornan, te llaman «un mortal dichoso; y el tranquilo artesano que siente re-«temblar su humilde taller conmovido por el tumultuoso y «rápido movimiento de tu dorada carroza, al contemplarte «en medio del aparato que te rodea, está bien léjos de sos-«pechar que seas mas desgraciado que él.»

«Si supiéseis, dice á los pobres el tristemente célebre La-«mennais, si supiéseis qué horribles llagas ocultan de ordi-«nario los vestidos de oro y seda, si súbitamente se os des-«cubriesen, retrocederíais de espanto (2).»

¿Qué son las riquezas del mundo, ó aquella cosa, mejor dicho, á la cual los hombres han convenido dar este nombre? Una desgracia y un mal para él, el raptor de su sosiego y tranquilidad. Temores y sobresaltos por lo que se está poseyendo; desvelos, afanes y ansiedades (3) por adquirir mas; penas y pesadumbres por lo perdido. ¡Y que el hombre llame riquezas á lo que tan atrozmente despedaza su corazon! «Todos los dias de la vida, dice el Sábio (4), como «de tinieblas y con muchos cuidados, y en la miseria y tris-«teza.» San Ambrosio dice que el oro no adorna, sino que pesa (5). Considérese, ahora, si al aconsejar el Evangelio á los hombres la pobreza intentó privarlos de algun beneficio ó consuelo, y si no lo hizo mas bien en obsequio de su mayor felicidad.

Además: no hay verdaderamente pobreza real para aquel que la reputa como la vanguardia de la riqueza, así como tiene muy poco de doloroso el tránsito por el campo de las privaciones para aquel que avanzando por él ya columbra el campo de la abundancia. Tampoco tiene la pobreza

(1) *Delicias de la Religion*, pág. 36.
(2) *Libro del pueblo*, párrafo 25.
(3) «Et cogitatus illius auferet somnum.» (*Eccli.* XXXI, 1).
(4) Eccles. V, 16.
(5) «Aurum non adornat, sed onerat.» (*De Jacob et vita beata*, lib. II, cap. 5).

nada de duro y desagradable para aquel que, cual el verdadero cristiano, la concibe y recibe como expiacion de sus pecados, así como no es duro ni pesado para el criminal un castigo leve por unos delitos enormes. La religion cristiana, pues, hace leve lo pesado y dulce lo amargo, dándole á todo el carácter expiatorio y remuneratorio.

Otra ventaja mas nos ofrece la pobreza que el Evangelio nos aconseja, y es, la de apartar de nosotros aquella fatuidad y orgullo que sugiere á los ricos la falsa persuasion en que están de que por sus caudalosos bienes son superiores á los demás, de donde proviene ese desden de los mismos para con los menguados de fortuna; desden exclusivamente propio de corazones raquíticos, y desdoro de la dignidad del hombre. «¡Oh avaricia cruel y seductor dinero, que con-«tagia al que lo posee y no aprovecha al que de él care-«ce (1)!» Por eso juzgaba Platon cási imposible que un gran rico fuese hombre de bien (2). Jesucristo atendiendo á lo mismo halló muy difícil la entrada del rico en el cielo (3).

Hablando con propiedad, el rico descontento no posee sus riquezas, sino que por el contrario sus riquezas le poseen á él. Sus bienes no son propiedad suya, sino que él es propiedad de sus bienes, y nosotros no alcanzamos dónde está la dicha, la elevacion ni la dignidad de un hombre, posesion todo él y dominio de la materia, y esclavo de una cosa indigna y despreciable en comparacion de sí mismo.

La verdadera riqueza reside en el ánimo, en la persuasion, en la completa exencion de deseos, y en su aniquilamiento; no en la posesion de cosas materiales, como ya lo conoció la filosofía gentílica (*). «Dulce será la vida del ope-«rario que se contenta con lo que le basta,» dice el Sábio (4).

El hombre contento con su suerte y sin ambiciosas aspira-

(1) «Feralis avaritia, illecebrosa pecunia quæ habentes contaminat, «non habentes non juvat.» (S. Ambros. *De officiis ministror.* lib. II, capite 26).
(2) «Fieri non potest ut qui divest est egregie, idem egregie bonus «sit.»
(3) Matth. XIX.
(*) «Animus hominis dives, non arca appellari solet. Quamvis illa sit «plena, dum te inanem videbo, divitem non putabo.» «El corazon del «hombre es el que ha de ser rico, no sus arcas. Aunque estas estén lle-«nas, si tu corazon está vacío (esto es si aun desea mas), no te reputaré «rico.» (Cic. *Paradox.* lib. VI, cap. 1).
(4) Eccli. XL, 18.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciones es feliz en medio de su escasez y estrechura, y la perspectiva del lujo y de la abundancia no le inspiran otro pensamiento que este de un antiguo filósofo: «¡Oh cuántas «cosas de que no tengo necesidad!»

«Conserva, dice el ignorado autor de la *Imitacion de Je-«sucristo* (1), conserva en tu memoria esta breve y perfectí-«sima sentencia: *Déjalo todo, y lo hallarás todo; deja el de-«seo, y hallarás el descanso.* Reflexiona esta sentencia, y «cuando la cumplieres lo entenderás todo.» ¡Qué conocimiento tan profundo del corazon humano!

Sobre todo si á la pobreza se une la fe cristiana, aquella desaparece, porque donde esté esta religion divina, no cabe mas pobreza ni penuria que la del crímen, y por eso dice Lactancio (2), «que los cristianos que parecen pobres son ri-«cos, tanto porque no *necesitan*, como porque no *desean*.»

No es rico el que, siéndolo, le hace creer su ambicion que no lo es, sino el que, no siendo rico, le hace rico su contentamiento y la desaparicion de ulteriores deseos. Por eso dice la sagrada Escritura: «Hay quien parece rico no te-«niendo nada, y hay quien parece pobre teniendo muchas «riquezas (3).» Estos últimos son los ricos avaros que son los mas pobres del mundo. Esto lo alcanzó tambien la filosofía gentílica (*).

¿En qué se diferencia el pobre que sufre sus privaciones por tener *algo*, del rico que tambien las sufre por tener *mas*? En nada: y si en algo se diferencian, esta diferencia es ventajosa al pobre, porque este sufre sus privaciones *necesariamente;* y el convencimiento que tiene de esta necesidad hace menos amarga su suerte; mientras que el rico sufre sus privaciones á la vista misma de sus abundancias, y esto se las torna mas penosas, viviendo de esta manera esclavizado por su ambicion. Y ¿no es esto una verdadera desgracia? ¿no contribuye á hacer infelices á los hombres una cosa que como las riquezas les inspira frecuentemente el orgullo, vicio el mas pernicioso y detestable, así como el mas depresivo de la dignidad humana? ¿Qué concepto formarémos de la magnanimidad de un corazon ni de la elevacion de un alma esclavizada por el oro? ¿Qué opinion debe merecernos un espíritu dominado por la materia? ¿No andarán desacertados los hombres al apellidar riquezas una cosa que constituye (cuando lo constituye por su abuso; cuando se usa bien de ellas; cuando se las domina, llámense enhorabuena riquezas) (1) la infelicidad de nuestra vida y la degradacion de nuestro espíritu? ¿No estará equivocado el mundo al llamar riqueza á la pobreza mas miserable? Y en vista de esto, ¿puede dudarse que el Evangelio al aconsejar la pobreza se propuso tambien hacer felices á los hombres en la tierra? Y ¿quién duda que les seria muy útil abrazar estos consejos, si su propio bien ha de ser, como es natural, el móvil de sus acciones? Por lo demás la riqueza por excelencia es la sabiduría, consistente en el temor de Dios. «Conmigo, nos cla-«ma ella, están las riquezas y la gloria, la opulencia y la «justicia (2).»

Pero volvamos nuestra consideracion á la Reforma y al Filosofismo. ¡Ah! ante sus endurecidos y desapiadados corazones, la pobreza ha perdido su dignidad, sus derechos, su respeto y su consideracion, y en vez de la imágen de Jesucristo han visto en los indigentes unos seres envilecidos y degradados, dignos de los tormentos y de la esclavitud. «Los pobres, dice Lamourette (3), son otros tantos hijos de «Dios vivo, y el hombre duro que los menosprecia y aleja de «sí, reniega de su sangre y de su Dios: es un despiadado y «un perverso á los ojos de la humanidad, y un profanador «y un sacrílego á los ojos de la Religion.»

(1) Lib. III, cap. 32.

(2) «Divites sunt enim non quia divitias habent, sed quia utuntur «illis ad opera justitiæ. Et qui pauperes videntur, eo tamen divites sunt, «quia et non egent et non concupiscunt.» (*Divin. instit.* lib. V, *De justitia*).

(3) Prov. XIII, 7.

(*) ¿Á quién tendrémos por rico, ó á quién darémos este nombre? Yo juzgo que á aquel que tiene lo suficiente para vivir con desahogo, que nada busca, nada apetece y nada mas desea. Tu corazon es menester que te crea rico, no la opinion de los hombres ni tus posesiones; persuádase el hombre de que nada le falta, y de nada mas cuide. ¿Estás satisfecho ó contento con tus riquezas? concedo que eres rico.

«Quem enim intelligimus divitem? aut hoc verbum in quo homine «ponimus? Opinor in eo cui tanta possessio est, ut ad liberaliter viven-«dum facile contentus sit, qui nihil quærat, nihil appetat, nihil optet «amplius. Animus oportet tuus se judicet divitem, non hominum ser-«mo neque possessiones tuæ; nihil sibi deesse putet, nihil curet amplius. «Satiatus es aut contentus etiam pecunia? Concedo, dives es.» (Cic. *Paradox.* lib. VI, cap. 1).

(1) «Concedo, dives es.» (*Cic.* ya cit.).

(2) Prov. XI.

(3) *Delicias de la Religion*, pág. 247.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y ved aquí que la conducta inhumana y cruel de la Reforma y del Filosofismo, para con la pobreza y la indigencia, nos convence otra vez que el hombre no puede en esto como en todo huir del Catolicismo sin venir á parar en la barbarie del Paganismo.

Á vista de los consejos evangélicos, objetan los sofistas con Bayle á la cabeza «que con *verdaderos cristianos* no podria «subsistir un Estado.» En primer lugar debieran saber que no es preciso practicar los consejos del Evangelio para ser *cristiano verdadero*, porque no son *obligaciones* para los hombres, sino *excitaciones* á las almas grandes; y oigan en segundo la sábia respuesta que les da Montesquieu, entre lo poco que se dignó hablar en favor del Cristianismo, por resentirse del espíritu de hostilidad de que hácia esta Religion estaba animado su siglo, así como de su entusiasmo por la antigüedad pagana.

«Es ciertamente muy extraño, escribe (1), que aquel hom«bre *grande* (*) (Bayle) desconociese el espíritu de su propia «religion *(transeat)*, y no acertase á distinguir las órdenes «para el establecimiento del Cristianismo, del Cristianismo «mismo, y los preceptos del Evangelio de los que no son «mas que consejos. Cuando el legislador en lugar de dar le«yes ha dado consejos, *es porque sabe que sus consejos, si «estuviesen prescritos como leyes, serian contrarios al espí«ritu de las leyes.*»

(1) *Espíritu de las leyes*, lib. XXXIV, cap. 6.
(*) Debemos subrayar esta palabra.

LIBRO III.

PECADOS.

Del hermoso y florido campo de las virtudes que abandonamos con sentimiento saltamos al terreno pedregoso y lleno de espinas de los vicios, recorriendo, como hemos hecho con las virtudes, uno por uno los pecados capitales, ese mónstruo del Apocalipsis, que son á la vez causa y efecto, orígen y resultado de la degeneracion del hombre y de su doble desdicha.

CAPÍTULO I.

PECADOS CAPITALES.

Seis mil años hace que todo en la naturaleza observa constantemente la ley que el Criador impuso, excepto el hombre. Seis mil años hace que toda criatura camina recta, sin desviarse un ápice por la senda que el Criador la trazó, excepto el hombre. Seis mil años hace que toda criatura tiene una natural é irresistible tendencia hácia su señalado y último fin, menos el hombre. El hombre presenta en la creacion el singularísimo ejemplo, la única anomalía de un todo compuesto de partes pugnantes entre sí. Si solo el hombre está desordenado en la naturaleza, Dios que es un Dios de órden por excelencia no pudo formarle así; ni se concibe que quisiese hacer una excepcion perjudicial y funesta precisamente en el ser para quien destinó la corona de la creacion. No es, pues, hoy el hombre tal como salió de las manos divinas; tal como debiera ser. Su estado presente es un estado de degeneracion, de castigo. Sí, de castigo; alguna culpa cometió por la que mereció ser castigado. Pecó, pues, y la tradicion de este lapso fatal, á la que Zoroastro (1) atribuyó ya entre

(1) *Zend-Avesta*, tomo 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y ved aquí que la conducta inhumana y cruel de la Reforma y del Filosofismo, para con la pobreza y la indigencia, nos convence otra vez que el hombre no puede en esto como en todo huir del Catolicismo sin venir á parar en la barbarie del Paganismo.

Á vista de los consejos evangélicos, objetan los sofistas con Bayle á la cabeza «que con *verdaderos cristianos* no podria «subsistir un Estado.» En primer lugar debieran saber que no es preciso practicar los consejos del Evangelio para ser *cristiano verdadero*, porque no son *obligaciones* para los hombres, sino *excitaciones* á las almas grandes; y oigan en segundo la sábia respuesta que les da Montesquieu, entre lo poco que se dignó hablar en favor del Cristianismo, por resentirse del espíritu de hostilidad de que hácia esta Religion estaba animado su siglo, así como de su entusiasmo por la antigüedad pagana.

«Es ciertamente muy extraño, escribe (1), que aquel hom«bre *grande* (*) (Bayle) desconociese el espíritu de su propia «religion *(transeat)*, y no acertase á distinguir las órdenes «para el establecimiento del Cristianismo, del Cristianismo «mismo, y los preceptos del Evangelio de los que no son «mas que consejos. Cuando el legislador en lugar de dar le«yes ha dado consejos, *es porque sabe que sus consejos, si «estuviesen prescritos como leyes, serian contrarios al espí«ritu de las leyes.*»

(1) *Espíritu de las leyes*, lib. XXXIV, cap. 6.
(*) Debemos subrayar esta palabra.

LIBRO III.

PECADOS.

Del hermoso y florido campo de las virtudes que abandonamos con sentimiento saltamos al terreno pedregoso y lleno de espinas de los vicios, recorriendo, como hemos hecho con las virtudes, uno por uno los pecados capitales, ese mónstruo del Apocalipsis, que son á la vez causa y efecto, orígen y resultado de la degeneracion del hombre y de su doble desdicha.

CAPÍTULO I.

PECADOS CAPITALES.

Seis mil años hace que todo en la naturaleza observa constantemente la ley que el Criador impuso, excepto el hombre. Seis mil años hace que toda criatura camina recta, sin desviarse un ápice por la senda que el Criador la trazó, excepto el hombre. Seis mil años hace que toda criatura tiene una natural é irresistible tendencia hácia su señalado y último fin, menos el hombre. El hombre presenta en la creacion el singularísimo ejemplo, la única anomalía de un todo compuesto de partes pugnantes entre sí. Si solo el hombre está desordenado en la naturaleza, Dios que es un Dios de órden por excelencia no pudo formarle así; ni se concibe que quisiese hacer una excepcion perjudicial y funesta precisamente en el ser para quien destinó la corona de la creacion. No es, pues, hoy el hombre tal como salió de las manos divinas; tal como debiera ser. Su estado presente es un estado de degeneracion, de castigo. Sí, de castigo; alguna culpa cometió por la que mereció ser castigado. Pecó, pues, y la tradicion de este lapso fatal, á la que Zoroastro (1) atribuyó ya entre

(1) *Zend-Avesta*, tomo 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otros expresamente nuestra propension al mal, se ve establecida en todos los pueblos conocidos antiguos y modernos. *Aurea prima sata est ætas* es la divisa de todas las naciones, dice Voltaire copiando á Virgilio (1).

Sublevadas ya las pasiones, que rompieron sus cadenas, contra la razon, el cuerpo contra el espíritu, surgió el mal moral ó pecado; mal que si no hubiera sido por la prevaricacion adamítica que desgraciadamente lo abortó al mundo, habria sido absolutamente desconocido. Criado el hombre, crió este á su vez lo que Dios no pudo crear. El pecado fue la segunda creacion, la creacion funesta, la creacion del hombre. Si el hombre se hubiera confesado, y, reconocido siempre autor de esa malhadada creacion, no hubiese aparecido ese maniqueismo impío, cuyos torpes prosélitos se crearon en su delirante imaginacion un fantasma de divinidad maligna y de principio corrupto sobre quien cargar y á quien atribuir los males que nos legaron sus progenitores y los nuestros; males cuyo gérmen, que heredaron como nosotros, debieron sentir con el Apóstol (2) y con el Poeta (3) dentro de sí mismos.

Sin embargo, en estos últimos siglos, siglos apellidados de la despreocupacion, de la ilustracion, del talento y de las luces, ha habido hombres, y hombres que precisamente dan su funesto nombre á la época, tan ignorantes ó tan obcecados, que oponiéndose y contradiciendo ciegamente á todo el género humano, á la Religion, á la naturaleza, á todos los criterios de verdad y á la experiencia misma, han reputado al hombre naturalmente bueno, lamentándose y compadeciéndose con maligna hipocresía de él, como víctima inocente, no de degeneracion alguna de su naturaleza, ni de ningun mal moral, sino de las condiciones actuales de la sociedad, y del órden de cosas establecido, segun conviene á sus intereses, lo cual constituye la base del moderno socialismo (*). Ya se ve, necesitaban un pretexto y un pode-

(1) *Georg.* lib. I.
(2) «Non quod volo bonum hoc facio, sed quod nolo malum hoc ago.» (*Rom.* VII, 19).
(3) «Video meliora proboque, deteriora sequor.» (Ovid. *Metam.* VII).
(*) Rousseau, que quiere persuadirnos que el hombre nace poco menos que santo, volviéndole luego malo la *sociedad*, nos hace en su *Emilio* una exacta pintura de las pasiones rencorosas é iracundas de los niños de pecho. ¿Si tambien habrá ya depravado á estos niños una sociedad en que ni siquiera saben si están?

roso punto de apoyo de donde sacar la fuerza de proyeccion para sus intentos y aspiraciones socialistas y comunistas, y como no pudieron inventar otro, hallaron este. ¡Insensatos! Organicen la sociedad como quieran, «siempre habrá imper-«fecciones donde haya hombres (1).» Pero nos extraviamos.

Subyugado ya el hombre por las pasiones, si en la lucha y guerra cruel que dentro de él mismo se realiza entre aquellas y la razon vence esta, entonces surge la virtud, y el hombre aparece tal como debe ser; entonces se conduce y obra como siempre se habria conducido y obrado, si siempre hubiera sido lo que para ser fue criado. Hablando con todo rigor, en el estado primitivo del hombre no hubiera habido ni vicios ni virtudes; no vicios, porque habrian sido, como se supone, absolutamente desconocidos; ni virtudes, porque lo que ahora conocemos con este nombre habria sido precisamente el estado natural y normal del hombre inocente. Esto es, así como el órden de cosas actual, bajo el punto de vista de la moralidad, le forma una extraña mezcla de vicios y virtudes en que palpablemente preponderan los primeros, el órden de cosas de entonces lo hubiera formado únicamente aquello que hoy conocemos y significamos con la palabra virtud. No queremos decir con esto que lo que significamos hoy con la palabra virtud careciese entonces de mérito ni de bondad moral: la cosa significada habria sido siempre la misma; únicamente pudo variar la significacion. Consideramos la virtud en relacion con la diversa posicion y estado del hombre. El hombre y la virtud, ó lo que con este nombre designamos ahora, estaban entonces en una misma altura; pero descendiendo el hombre de esta altura por su prevaricacion, y permaneciendo quieta la virtud, que es fija é inmoble, sucedió que hoy se ve el hombre precisado á mirar hácia arriba y alcanzar á duras penas lo que entonces era su dote y su posesion, aconteciendo lo que á aquellos pajarillos noveles atrevidos que queriendo remontarse á las regiones del aire, se lanzan del nido y caen al suelo, desde donde le miran anhelosos, haciendo todos los esfuerzos posibles por subir otra vez á él.

Pero si en la guerra atroz que las pasiones hacen á la razon vencen aquellas, entonces presenta el hombre toda su degeneracion y toda su miseria; entonces aparece el hom-

(1) «Vitia erunt donec homines.» (Tacit. lib. IV *Hist.*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre tal como le dejó su rebelion. Esta victoria funesta acarreó el mal moral, el pecado actual, fruto emponzoñado de su raíz corrupta, el pecado original. Cada vez que prepondera la balanza de la razon aparece la inocencia y la virtud: pero si se inclina á la parte de las pasiones entonces prevalece la maldad y el vicio.

Ni la sociedad religiosa, ni la sociedad civil omiten medio alguno para quitar á las pasiones, y con ellas á los crímenes, su preponderancia sobre la razon, y por consiguiente sobre las virtudes. La una, por medio de leyes severas, penas de diverso género, castigos terribles y con algun premio ó recompensa (cosa á la verdad tan útil como descuidada) para estimular y mover al hombre á que marche tras la razon. La otra, con penitencias, con austeridades, con mortificaciones, con penas espirituales ó censuras, con la amenaza de un castigo terrible y eterno, y hasta halagándole con un premio grandioso y sin fin, que ofrece á su huida de las pasiones.

Pues bien, ¿qué le ha dicho al hombre la Reforma? Que es una *víctima necesaria* del mal moral, el cual no está en su mano evitar *por carecer de libertad*, y que una vez justificado, *ya no perderá su santidad por crímenes que cometa;* que las mortificaciones, las penitencias, los ayunos y los cilicios son preocupaciones y supersticiones. Y ¿qué le ha dicho el Filosofismo? Que la virtud es una quimera, que procure tener y satisfacer todas las pasiones que pueda (1), que no hay otra vida ni Dios, y que aun cuando le hubiese es absurdo pensar que el hombre pueda ofenderle (2). Las consecuencias sociales de semejantes doctrinas son demasiado horrorosas para que se escapen á la vista.

En el exámen que vamos á hacer de la naturaleza, índole y efectos de los pecados capitales, que ya es tiempo de recorrer, probarémos conforme al propósito de la presente obra, como en toda ella venimos haciendo constantes en nuestro plan, que los vicios y los pecados, ó si se quiere un lenguaje mas filosófico, que los delitos y los crímenes hacen completamente infeliz al hombre en esta vida por la ansiedad, por la inquietud, por el sobresalto que introducen en su corazon, y por el terror y el remordimiento con que atormen-

(1) Fourierismo.
(2) Shaftesbuy, *Carta sobre el entusiasmo.*

tan su conciencia; así como tambien que le rebajan y embrutecen por la vileza y la degradacion que llevan á su carácter, á su espíritu, á su alma. Por la accion necesaria de las doctrinas resultará tambien que los pecados y los vicios son tan funestos á la sociedad como utilísimas las virtudes.

Oigamos al piadoso autor de la *Imitacion de Jesucristo:*

«Siempre y cuando el hombre apetece algo desordenada-«mente, al punto pierde la tranquilidad.

«El soberbio y el avaro jamás sosiegan; mas el pobre y «el humilde de espíritu viven en la abundancia de la paz.

«El flaco de espíritu ó inclinado á lo carnal y sensible, con «dificultad se abstrae enteramente de los deseos terrenos.

«De aquí es que cuando se abstiene de ellos, se entristece, «y fácilmente se enoja si alguno le contradice.

«Mas si consigue lo que desea, atorméntale luego el re-«mordimiento, porque se abandonó á su pasion, que de nada «aprovecha para alcanzar la paz que buscaba.

«Resistiendo, pues, á las pasiones y no entregándose á «ellas es como se halla la verdadera paz del corazon.

«No hay paz en el corazon del hombre carnal que se de-«dica á las cosas exteriores; solo el hombre fervoroso y es-«piritual la disfruta (1).»

«Todo vicio es esclavitud, dice san Ambrosio (2); el vicio-«so es esclavo y tiene tantos tiranos cuantos vicios; solo es «libre el que domina las pasiones.»

Tal vez se extrañará en nuestra obra el género de exposicion de las doctrinas del Cristianismo; y que discurriendo sobre unas doctrinas cuyo objeto principal, cuyas tendencias, cuyas aspiraciones, cuyo lenguaje y cuyo fin es la eternidad, cási nos encerremos, por decirlo así, en los estrechos límites de esta vida fugaz y perecedera. Aquí es preciso repetir lo que dijimos al principio: Esta obra ha sido escrita muy particularmente contra los sofistas escépticos, incrédulos y ateos, á quienes en toda ella no hemos querido perder de vista; á los cuales, como no desean ó no creen mas vida que esta, seria infructuoso hablarles mas que de lo presente, y el conducirles fuera de este mundo. Se han escrito preciosos libros morales ascéticos y místicos que fervorizan y elevan las almas verdaderamente cristianas, en

(1) Lib. I, cap. 6.
(2) *De Jacob et vita beata*, lib. II, cap. 3.

que se presentan claros y terminantes los premios y penas eternas; los premios como indefectibles, y las penas como ineludibles é inevitables, en que se pintan de una manera atractiva y halagüeña las dulzuras eternas de la virtud, y de una manera retractiva y aterradora los eternos tormentos del vicio. Pues bien: todos estos libros con todas sus preciosidades y su mérito son inútiles y estériles para nuestros sofistas, que se rien y mofan de ellos apostrofándolos *añejas preocupaciones, fanatismos, supersticiones monacales y cuentos de viejas.* Ya se ve: estos libros lo primero que suponen en el lector es aquella fe que es como el armazon de sus discursos, el cimiento y la base sobre la cual edifican sus sábios autores, el gérmen que fecundiza sus páginas; y si estos libros son en verdad excelentes y utilísimos para los creyentes, para las personas timoratas y cristianas, los sofistas, á quienes precisamente falta aquella fe, con un *quid ad nos?* se evaden profiriendo bufonadas y sarcasmos. No consideran, pues, al Cristianismo sino por el lado de acá, en cuyo estrecho terreno es preciso encerrarnos con ellos.

Ya vimos en el exordio que nos echan en cara, aunque sin mucha razon, que nuestros moralistas, teólogos y predicadores jamás hablan mas que de motivos sobrenaturales, del cielo, de la gracia, etc., y nos retan á que probemos que el hombre está obligado á practicar el bien y á evitar el mal *tambien por su interés actual y personal,* y es preciso aceptar el desafío. Tan indisputable es este interés, que ya se dijo en lo antiguo ser necio el malo, porque si no lo fuera querria ser bueno (*). Es necesario convencerles con sus mismos testimonios y atacarles con sus propias armas (**).

(*) «Nemo malus nisi stultus; si enim saperet, bonus esse mallet.»

(**) No es nueva esta razon de conveniencia en las polémicas religiosas. Lactancio advirtió en san Cipriano la improcedencia de haber querido convencer y persuadir á Demetriano con testimonios de la sagrada Escritura que este tenia por ficcion é impostura, y no son los de los filósofos é historiadores como convenia; cuya omision ó vacío se habia propuesto, dice, llenar él con su libro. «Ut implerem materiam quam «Cyprianus non assequutus est.» (*Divin. instit.* lib. V, *De justitia*, cap. 4.)

San Jerónimo cita este hecho y otros muchos aplaudiéndolos, al contestar á aquel retórico romano que le reprochaba el que adujese en sus escritos el testimonio de los autores profanos. (*Epist. LXX ad magnum oratorem urbis Romæ*). San Agustin opina igualmente, citando tambien á los escritores cristianos que así lo hicieron, que se robustezcan los escritos con el testimonio mismo de los gentiles. Orígenes protestaba que se habia dedicado al estudio de la filosofía por motivos idénticos, y alegaba el ejemplo de Panteno y de Heraclas. Clemente de Alejandría responde satisfactoriamente á los que le vituperaban las citas de autores profanos. (*Stromat.* lib. I, cap. 2). En general todos los apologistas y escritores cristianos de Oriente y Occidente de los primeros siglos observaron este método.

El P. Fr. Fernando Ceballos confundió desde España el siglo pasado al Filosofismo ó sectas incrédulas, tan cumplidamente desarmadas en Francia por Bergier, Nonnotte, Feller, Guénée, etc., probándoles filosóficamente la pésima influencia moral y social de la Incredulidad. Este método es verdaderamente un arma muy contundente y muy temida de los sofistas, y hoy continúan haciéndola necesaria el escepticismo y la indiferencia religiosa que caracterizan la época, y hasta la tibieza y enfriamiento en que ha venido á parar la fe de los creyentes.

Como entre ellos es cosa sentada y está universalmente admitido que las doctrinas que predica la religion cristiana son retrógradas, estorbadoras de todo progreso, depresivas de las luces y del talento, esclavizadoras, enemigas del bienestar de la sociedad y del género humano; y que esta Religion misma es una cosa fuera de lugar en el mundo, de todo punto ajena á los sucesos é intereses de la vida práctica de los particulares y de los pueblos al menos *en la época de ilustracion y de luz á que hemos llegado* (así puede trazarse el cuadro de las acusaciones que hoy la dirigen los sofistas mas avanzados), nos ha sido y es preciso probarles, por el contrario, que las doctrinas del Cristianismo son en grado eminente civilizadoras, fomentadoras de todo progreso lícito, útil y ventajoso, la antorcha de las verdaderas luces, las alas del pensamiento y del talento, emancipadoras y libertadoras del hombre, felicitadoras de su vida, amigas y guardadoras celosas del bienestar y de la dicha de la sociedad y de la humanidad, de las cuales son única base; que ella es el código inmejorable de todos los siglos, y por último que el fin que se propuso Jesucristo al predicar á los hombres el Evangelio, no fue solamente allanarles el camino de la felicidad eterna, aunque esta fue su mision principal, sino tambien dejarles en el mismo Evangelio una fuente abundantísima de dicha temporal; y en su virtud que el hombre y la sociedad están interesados en observarle, aun por consideraciones y motivos puramente humanos, y, si es permitido decirlo, hasta por egoismo.

Esta nos parece hoy el arma mas á propósito para atacar á los sofistas, cuyo orgullo se concilia muy mal con su continua tendencia á envilecerse y rebajarse á la condicion del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bruto. Este medio nos parece ser el que mas de lleno hiere su susceptibilidad y sus pretensiones, puesto que apenas se apartan de sus labios las palabras *dignidad del hombre, dicha del hombre, bienestar de la sociedad*, cuando intentan compasivos emanciparles del Cristianismo. Y por último, esta nos parece ser la verdadera y apremiante necesidad de la época.

§ 1.—*Soberbia.*

Pecado que trastornó el cielo, hizo infeliz la tierra, encendió el infierno, en que tuvo principio todo pecado (1) y toda perdicion (2). No será, pues, muy necesario ponderar la accion envilecedora y funesta de un pecado que fue la degradacion y la infelicidad misma.

Con no poca frecuencia vemos personas que porque poseen unos cuantos bienes terrenos, llamados sin razon riquezas, desdeñan acompañarse con los de escasa fortuna, huyendo orgullosamente todo trato familiar con ellos (3). Otras, á quienes habiendo la fortuna mas bien que su mérito personal elevado á mayor altura en la gran escala de posiciones sociales, lo cual «dice tan mal como la nieve en el es-«tío y la lluvia en la siega (4),» se olvidan del consejo del Sábio (5), y creen rebajarse si hablan con los que ayer eran sus compañeros de destino (6), y anhelan relacionarse con personas de alta categoría, aunque sea valiéndose de los indecorosos medios del servilismo, de la adulacion y de la lisonja, que acaban de echar por tierra su dignidad. Se resienten si ven que en una conversacion á disposicion dada se les mancomuniza con los que fueron ayer sus compañeros, y no se hace la diferencia, si bien justamente debida, á la dignidad, elevada posicion ó categoría social, inmerecida sin embargo por aquel cuyo orgullo le hace advertir y resentirse de aquella falta de distincion. Siempre que se trata de virtudes y cualidades propias, si al pensamiento acompaña

(1) Prov. XIX, 4, 7.
(2) Tobías citado.
(3) «Viam humilium declinant.» (*Amos*, II, 7).
(4) Prov. XXVI, 1.
(5) «Guarda fidelidad á tu amigo en su pobreza... En el tiempo de su «tribulacion mantente fiel á él.» (*Eccli.* XXII, 28, 29).
(6) «A paupere separantur, procul recesserunt ab eo.» (*Eccli.* X, 15).

el orgullo, se coloca en razon inversa de la realidad de las cosas. Basta que se persuada una persona que vale algo, para que en aquel mismo instante sea, si *se enorgullece*, la cosa mas despreciable, porque el orgullo es un pus tan hediondo como sutilísimo, que introduciéndose furtivamente en el terreno de las virtudes, las inficiona y esteriliza todas. Es compatible la humildad con el convencimiento del propio mérito; así Jesucristo, que fue el dechado de humildad por excelencia, no ignoraba por cierto sus sublimes perfecciones y grandezas; pero para ello es preciso que á este convencimiento del mérito añadamos el convencimiento de que este mérito no es una cualidad propia, sino un don puro de Dios.

«Desear, dice san Agustin aludiendo á esos imbéciles con «suerte y como intrusos en la fortuna, desear ser temido y «amado de los hombres, no por otra cosa sino para tener en «esto un gozo que no es tal, es miseria de la vida humana y «una jactancia fea (1).»

El hombre de verdadero carácter, elevacion, talento, religion y principios, es imperturbable, como ya hemos dicho, en los acontecimientos varios de la vida y en las vicisitudes de la fortuna: ni esta le envanece sonriéndole, ni le abate abandonándole. «Es mas fuerte que diez príncipes de «una ciudad (2).»

Además: no hay cosa mas hermosa que un poder sin orgullo, una grandeza sin ostentacion, y una nobleza sin fausto; y sepan los orgullosos que la afabilidad no desprestigia la grandeza, sino que la hace por el contrario mas brillante: sepan que la benignidad no enerva el poder, sino que le vuelve amable, y volviéndole amable le hace mas respetable, porque el amor inspira y fortalece el respeto: y sepan que la modestia no rebaja la nobleza, sino que la eleva y ensalza: por el contrario, el orgullo es el que rebaja al hombre. «En donde hubiere soberbia, allí habrá tambien deshonra, «dice la sagrada Escritura (3).» «La vanidad, advierte un fi-«lósofo (4), suele darse á menudo la mano con la bajeza.»

(1) «Timeri et amari velle ab hominibus, non propter aliud, set ut in-«de sit gaudium, quod non est gaudium, misera vita est et fœda jac-«tantia.» (*Conf.* lib. X, cap. 36).
(2) Eccles. VII, 20.
(3) Prov. XI, 2.
(4) Richard.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hemos visto cuánto degrada el orgullo y la soberbia al hombre. Veamos ahora cuánta infelicidad le producen.

«¿Contarémos, por ventura, entre los felices, dice Ciceron, «á aquella especie de *hombrecillos* que se levantan y se hin- «chan con una ligera vanidad, que se ensanchan con una «vana alegría, y que se muestran tan llenos y tan contentos «de sí mismos sin saber por qué (1)?»

¿Puede imaginarse tormento mayor que el que sufre el soberbio pagado de su habilidad y talento cuando se ve postergado en la concesion de un destino, postergacion que su orgullo le hace creer injusta? ¿Puede concebirse un desengaño mas amargo para el orgulloso que creyéndose inviolable en su soberbia se ve tratado con dureza por su superior, ó con altanería, ó franca entereza siquiera, por su súbdito? ¿Qué tortura mas cruel y mas continua que la de aquella persona que ocupando una posicion ventajosa en la sociedad por sus riquezas ó por su destino, le hace á cada paso creer su vanidad y su orgullo que aun merece mayor consideracion, atencion y respeto que el justo que se le tributa, y con el cual, mal que le pese, tiene que contentarse?

«Cuanto mas sensible y delicado, dice Bergier (2), es (el «hombre amador de sí mismo), tanto es mas fácil mortificarle «y desazonarle. ¡Cuántos hombres célebres se han hecho por «eso desgraciados!... Ellos se embriagan con el incienso de «los elogios; pero la menor censura, el mas ligero tiro de «sátira bastan para enfurecerlos, para turbar su reposo, pa- «ra emponzoñar su vida. Si supiesen reprimir y moderar el «amor propio serian dichosos.» Y ¿qué dirémos cuando á este excesivo aprecio de sí mismo se une, como de ordinario, la fatuidad y la ignorancia?... El Sábio dice oportunamente que al soberbio le sigue la humillacion (3).

Malísimos ratos debe efectivamente pasar el hombre que persuadiéndose en su vanidad ser un genio, un prodigio ó una persona importante, vea que nadie hace mas caso de él que de otro cualquiera, porque en realidad no merece distincion alguna. Y nada mas frecuente ni que mas se preste al ridículo que ver esa turba de pedantes pavonearse, andar con paso mesurado, aspecto grave y sério, sin dignar-

(1) *Tuscul. quæst.* lib. V.
(2) *Diccionario de teología*, artículo *Amor propio.*
(3) Prov. XXIX, 23.

se apenas mirar á los demás, á quienes contemplan como con lástima y por cima de sus hombros, torciendo orgullosamente al efecto un poquito la cabeza, creyéndose entre tanto un Salomon, un Ciceron ó un Alejandro Magno. Dice acertadamente La-Bruyère «que no hay cabezas mas vacías «que las de los hombres llenos de sí mismos.» Pero huyendo de un extremo es necesario no caer en el opuesto; el que no sea modesto por naturaleza, hábito ó principios no debe aparentar que lo es, porque la modestia afectada es todavía mas ridícula que la vanidad.

¡Cuán léjos están los orgullosos de tener á los otros por superiores á sí mismos segun el mandato del Apóstol (1), y mucho mas de ser criados de los demás segun el de Jesucristo (2)! «Un filósofo, dice oportunamente Bergier (3), se tiene por un «ser demasiado importante, y hace muy poco caso de sus her- «manos, para que se humille hasta el extremo de servirles. «Despues de haber pesado en la balanza del orgullo lo que «pueden valer sus inciensos y adoraciones, no está dispues- «to á sacrificar su tranquilidad y sus placeres á sus inte- «reses.»

Herido, pues, el orgulloso en sus pretensiones y exigencias injustas, y burlado en sus cálculos ambiciosos, se convierte en verdugo de sí mismo (4). Pero ¿á qué cansarnos? Si el hombre perdió por su prevaricacion gran parte de su dignidad; si esta dignidad consistia especialmente en que la recta razon era el único móvil y principio de sus acciones, siéndole absolutamente desconocidas las pasiones; es evidente que aquel hombre perderá mayor porcion de dignidad, que á mas distancia se coloque de su estado primitivo, y mas se alejará de su estado primitivo el que mas cualidades reuna de aquellas que hubieran sido siempre desconocidas al hombre inocente. Ahora bien: el orgullo como hijo del pecado siempre habria sido desconocido del hombre inocente; luego el orgullo coloca al hombre á mayor distancia de su estado primitivo; luego el orgullo arrebata al hombre la elevacion y la dicha. *Non decorabitur* (5).

(1) Philip, II, 3.
(2) Marc. IX.
(3) *Diccionario*, artículo *Humildad.*
(4) «Pœna sua sibi est omnis animus inordinatus.» (S. Aug. *Confess.*).
(5) Habac. II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«El humilde goza de continua paz: la envidia y la ira em-«ponzoñan á menudo el corazon del soberbio (1).»

Pues atended ahora: la Reforma es precisamente la obra del orgullo y de la rebelion de las pasiones contra el hombre; y ese impío Filosofismo es precisamente la obra del orgullo y de la rebelion de la razon pervertida y extraviada contra Dios.

§ II.—*Avaricia.*

«La avaricia es el orígen de todos los males,» dice la sagrada Escritura (2), y la filosofía gentílica alcanzó tambien esta verdad (3).

«Me parece ver el corazon de todos los avaros, estreme-«cerse á sola esta palabra,» dijo con profunda filosofía san Agustin (4), recordándoles desde el púlpito la posibilidad de serles arrebatados sus bienes y el peligro que corrian sus tesoros mientras estaban oyéndole. ¡Qué verdad tan elocuente! ¿Dónde hallará el avaro el sosiego y la paz para su corazon y con la paz la dicha? ¿cómo apartará su corazon de la materia para llevarle á la virtud, y con la virtud á la dignidad?

Todo hombre elevado y digno no puede menos de contemplar con disgusto esas personas que se envilecen y se degradan, que abdican la corona de la creacion, dejándose dominar completamente por la materia. Apegado tenazmente á ella el espíritu del avaro, todos sus principios, todos sus pensamientos, todas sus ideas y todas sus inclinaciones no pueden menos de ser bajas y rastreras como el objeto que las inspira. La materia es el centro comun de su alma como lo es de su cuerpo, y como su dignidad consiste y reside en su espíritu, al materializarle con sus deseos, al fijar obstinadamente su vista en la tierra en busca de sus producciones, renuncia aquella preciosa prerogativa que el supremo Criador le concedió sobre todos los seres vivientes de marchar recto con la frente erguida y alta la vista, emblema de

(1) *Imitacion de Jesucristo*, lib. I, cap. 7.
(2) «Radix omnium malorum est cupiditas.» (*I Tim.* IV, 10).
(3) «Pleraque eorum quæ homines injuste faciunt, per ambitionem et «avaritiam committuntur.» (Aristot. lib. II *Polit.* cap. 9).
(4) *Sermon sobre la avaricia.*

su nobleza, renuncia su dignidad y abdica la corona con que Dios habia ceñido sus sienes, viniendo en cierto modo á confundirse con la turba de los animales, cuyos ojos están fijos en la tierra (*). «¡Oh hombre, podrémos exclamar aquí apli-«cándole aquellas palabras de san Leon Magno (1), conoce «tu dignidad, y no vuelvas á degradarte con una conducta «indigna de tu grandeza.»

El ambicioso, sin otro principio, medio y término de sus deseos y de sus esperanzas que la materia, sin mas Dios que el oro, llega al colmo de la degradacion, porque el colmo de la degradacion es la aniquilacion del alma, y «la ani-«quilacion del alma la realiza la adoracion de los metales de «la tierra y de la materia inorgánica (2). No hay cosa mas iní-«cua que amar el dinero (3).» El alma en el libertino se hace carne, se embrutece, se identifica con la sensacion; pero en el avaro se materializa, se mineraliza, pierde toda sensibilidad (4). «Nada hay mas detestable que el avaro (5). «¿Qué «otra cosa es el espíritu del avaro sino metal (6)?»

En verdad que no es muy necesario empeñarse en probar que la ambicion, como cualquiera otro vicio ó pecado, sumerge al hombre en la degradacion, porque si su degeneracion primitiva consistió en el descenso de su elevacion, en la pérdida de una gran porcion de su dignidad y nobleza, como ya hemos dicho; en la restriccion de su razon, en la estrechez de la distancia inmensa que le separaba del estado habitual de los demás animales y de su aproximacion á la condicion de los mismos; y siendo precisamente el pecado la causa de esta degeneracion, es evidente que la ambicion, como cualquiera otro pecado, fue entonces, es ahora y será siempre la mayor bajeza y degradacion del hombre. Todo cuanto existe en virtud de la prevaricacion y caida del hombre, exceptuando lo creado despues para restaurarle, para mejorarle, y para reparar esta caida, todo es degradante,

(*) «Pronaque cum spectent, animalia cætera terram,
«Os homini sublime dedit, cœlumque tueri
«Jussit, et erectos ad sidera tollere vultus.» (*Ovidio*).
(1) *Sermo I de Nativitate*, cap. 6.
(2) Abate Martinez, *Emmanuel.*
(3) «Nihil est iniquius quam amare pecuniam.» (*Eccli.* X, 10).
(4) Martinez, *ibid.*
(5) «Avaro autem nihil est scelestius.» (*Eccli.* X, 9).
(6) «Quid enim aliud nisi metallum est mens avari?» (S. Ambr. *De interpretatione Job et David*, lib. III, num. 22).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bajo y soez. La ambicion, como todo vicio y pecado, existe en virtud de esta prevaricacion primitiva: es, pues, muy clara la consecuencia.

Pero si la ambicion degrada y envilece al hombre, no le martiriza é infelicita menos.

La ambicion es un ovario fecundísimo de suplicios interiores y tormentos exteriores para sus desventuradas víctimas. Teniendo por nada lo que posee, el avaro padece en el seno de la opulencia los horrores de la pobreza. En sus combates con las codicias rivales, el éxito favorable no hace mas que excitar su sed, la derrota le consterna; cree en su pasion perder todo lo que no adquiere, sin gozar jamás lo que adquirió. Duro consigo mismo y con los demás, el avaro es insocial, maligno y desdichado. Ved aquí retratada la ambicion en pocas palabras, y descifrada su índole perniciosa y perversa.

Esta pasion funesta arrebata al hombre de un golpe el reposo interior y la tranquilidad de espíritu, en que únicamente consiste la felicidad de esta vida. «Desde que el hombre, «dice el precioso libro de la *Imitacion de Jesucristo*, empie«za á desear desordenadamente alguna cosa, al momento se «vuelve inquieto (1).»

«Ved, dice Foix, esa fiebre de deseos que consume al am«bicioso, ese flujo y reflujo de esperanzas y de temores que «sucesivamente exaltan y postran la pobre alma, como las «olas de un mar agitado un navío sobre sus profundos abis«mos. Contemplad uno de esos corazones apegados al oro y «á la materia, y veréis los cuidados y las inquietudes que «le atormentan y las vanas esperanzas que le fatigan.»

Temores, angustias, ansiedades, cavilaciones, desvelos, sobresaltos, todos, todos los males entran atropelladamente en aquel espíritu materializado, á cuyo fondo, si descendiéramos, hallaríamos abismos de dolor. ¡Ay del hombre que constituya su último fin, ó ponga su corazon en todo aquello que está al alcance de la vicisitud ó inconstancia humana! porque aficionando su corazon á lo vario y á lo perecedero, de continuo le estará atormentando el temor de perderlo, temor que le inspira la misma instabilidad del objeto deseado, haciéndole sufrir una vida atroz y horrorosa.

(1) «Quandocumque homo aliquid inordinate appetit, fit inquie«tus.» (*Lib. I, cap.* 6).

Pero lo mas desconsolador para estos desgraciados es que despues de conseguir el objeto de sus deseos (el cual no consiguen en realidad, porque en la sed insaciable de su ambicion, que nunca les dice basta, se hallan mas distantes del término mientras mas avanzan hácia él), despues de conseguir el objeto de sus deseos, repetimos, se encuentran con que han sido miserablemente engañados: porque ¿qué otra cosa hallan en las riquezas ya adquiridas á costa de tantos afanes y sudores, y tal vez de expoliaciones y exacciones injustas, sino, como ya dijimos antes, inquietud y sobresalto, amen de los desvelos y cavilaciones por adquirir mas, ni las penas y pesadumbres si pierden algo?

De la misma manera: ¿qué es lo que el ambicioso halla en el elevado destino ó en los honores que obtuvo tal vez á fuerza de bajeza y servilismo, sino el descontento y la ansiedad, porque fácilmente se persuade que no ha subido mas que una grada en comparacion de la grande altura en que por su desmesurada ambicion pretende colocarse? Á esto se agrega el sobresalto en que constituye á su corazon el temor de verse arrojado de este escalon, y los cuidados, los sinsabores, los digustos y los compromisos que trae consigo su empleo ó destino. «Á fuerza de trabajarnos, dice «Rousseau (1), por aumentar nuestra felicidad, la convertimos en miseria.» El ambicioso es mas esclavo que el esclavo mismo, porque, como dice La-Bruyère, el esclavo no tie«ne mas que un amo, mientras que el ambicioso tiene tantos «como hombres pueden serle útiles para su fortuna (2).»

Figuraos dos personas igualmente pobres: la primera contenta con su suerte, y la segunda descontenta y ambiciosa. Pues bien, la primera es tan feliz como desgraciada la segunda, porque «la pobreza no tiene espinas mas que para el «avaro (3).» Teniendo este por nada todo cuanto adquiere, está continuamente ocupado con lo que no ha adquirido. «Sus «fuerzas intelectuales y morales tendidas constantemente «hácia el fin acaban por conseguirlo. La conquista se hace «entonces un nuevo medio de conquistar; el fin ya obtenido «se convierte en medio para otro fin ulterior; este para otro, «y así sucesivamente; de manera que únicamente en la tum-

(1) *Emilio*, lib. I.
(2) *Los caractéres.*
(3) Martinez, *Emmanuel*, pág. 24.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«ba concluye la azarosa carrera del ambicioso.» «Ensancha «su alma como el infierno, y es como la muerte que no se har- «ta (1).»

«¿Qué diré, escribe san Ambrosio (2), de la avaricia, de «ese insaciable deseo de dinero, de esa sed de metal, que «mientras mas adquiere el hombre mas pobre cree ser?» En fin, el colmo de la insensatez es pretender hallar la felicidad en todo lo que sea dádiva de la veleidosa fortuna, la cual haciendo al hombre como su juguete parece que busca con empeño al que huye, y huye del que la busca.

No podemos menos de transcribir la exacta pintura que Massillon hace de esta pasion funesta bajo los dos respectos de infelicidad y degradacion con que la tratamos.

«La ambicion, dice, es un gusano que roe nuestros cora- «zones, sin dejarles un momento de sosiego... ¡Cuán des- «graciado es el que llega á estar poseido de ella! El ambi- «cioso de nada sabe gozar; ni de su gloria, porque la halla «oscura; ni de los puestos que ocupa, porque pretende subir «á otros mas elevados; ni de su prosperidad, porque se con- «sume en medio de su abundancia; ni de los homenajes que «se le tributan, porque se hallan acibarados por los que él «mismo tiene que rendir; ni de su favor, porque se le hace «amargo el tenerlo que partir con sus competidores; ni de «su reposo, porque va haciéndose desgraciado á medida que «tiene que vivir mas tranquilo; es un Aman, objeto muchas «veces de los deseos y de la envidia pública, y á quien un «solo honor que se niegue á su excesiva autoridad hace in- «soportable á sí mismo.

«La ambicion, pues, le hace desgraciado, y además le envi- «lece y degrada. ¡Cuánta bajeza para encumbrarse! Es pre- «ciso parecer no tal cual uno es, sino tal cual desean que «seamos; bajeza de adulacion, porque se inciensa y adora «al ídolo que se desprecia; bajeza de cobardía, porque ha de «saber sufrir disgustos, devorar chascos y recibirlos cási «como gracias; bajeza de disimulo sin sentimientos propios, «y no pensar sino en vista de lo que piensan los demás; ba- «jeza de desórden, haciéndonos cómplices y quizás minis- «tros de las pasiones de aquellos de quienes dependemos, y «entrar á la parte en sus desórdenes para participar de sus

(1) Habac. II, 5.
(2) *De Cain et Abel*, lib. I, cap. 5.

«mercedes; finalmente hasta bajeza de hipocresía, afectan- «do algunas veces las apariencias de la piedad, y represen- «tando el papel de hombre de bien para lograr el objeto, «haciendo servir para la ambicion hasta la misma Religion «que la condena. Esta pintura no es imaginaria; manifiesta «las costumbres de los palacios reales, y la historia de la «mayor parte de los que en ellos viven (*). Dígasenos ahora «que la ambicion es el vicio de las almas grandes!... No por «cierto; es el carácter de un corazon bajo y rastrero, y la fi- «sonomía mas marcada de un alma vil. Solo el deber puede «conducirnos á la gloria; la que es fruto de las bajezas é in- «trigas de la ambicion lleva consigo un carácter de baldon «que nos deshonra; no promete los reinos del mundo y toda «su gloria mas que á aquellos que se postran ante la iniqui- «dad, y que se degradan vergonzosamente á sí mismos.»

Sabido es cuán poderosamente ocurre el Catolicismo á las funestas pasiones de la ambicion y de la avaricia, y con cuánto empeño, con cuánta solicitud, y hasta con cuán terribles castigos y amenazas (1) aparta á los hombres de estos pecados infelicitadores y degradantes, ofreciendo á sus deseos objetos mas dignos, mas grandiosos é imperecederos (2). «En cuanto á las riquezas, decia san Gregorio Na- «zianceno á los gentiles, si efectivamente no las desprecian «nuestros hermanos, á todos se les manda poseerlas como «si no las poseyesen, ó que no tengan pegado á ellas el co- «razon. ¡Y cuán léjos no estamos de arrebatar los bienes de «otros los que debemos abandonar la túnica al que nos quita «la capa!» El pagano Cecilio les acusaba de... no ser am- «biciosos (3).» Podria formarse una buena apología del Cristianismo sin mas que entresacar de las obras de los filósofos gentiles que le combatieron determinadas páginas. Materia suficiente ofrecerian seguramente para una nueva edicion de *Les apologistes involontaires.*

(*) Chistosa y mordaz es la respuesta que segun refiere Vernier dió un competidor á otro á quien fue postergado en la concesion de un destino á cuya solicitud concurrieron los dos. «Yo no he dado, le decia el «injustamente agraciado, ningun paso para alcanzarlo.» «Bien lo creo, «contestó oportunamente el postergado, porque el que se arrastra no «anda.» (1) «Neque avari, etc., etc.» (*I Cor.* VI, 10).
(2) «Facite vobis thesaurum in cœlum, quo fur non appropiat, neque «tinea corrumpit, etc.»
(3) «Honores et purpura despiciunt ipsi seminudi.» (En Minucio Félix, cap. 8).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ahora bien: la Reforma reconoce precisamente por su orígen, por su fomento, por su causa impulsiva y por su vehículo poderoso estas mismas pasiones manifestadas en sus saqueos y en sus rapiñas sacrílegas; y las sectas filosóficas sus hijas han embravecido estas pasiones, no presentando al hombre otros objetos mas dignos de sus deseos que el oro y el deleite. Tan dominados están los sofistas por esta pasion, que hallan tan insensato el aconsejar al hombre que *no sea ambicioso*, como el decirle á un enfermo *no tenga V. calentura* (1).

§ III. — *Lujuria.*

Veamos la bajeza de este pecado: «Hay algunos vicios, «dice acertadamente el Sr. Mazo, que se cubren con cierta «apariencia de grandeza, como la ambicion y la vanaglo«ria; pero la torpeza no se cubre sino con la ignominia (2).»

El lujurioso y el sensualista se hunden y desaparecen en un abismo de degradacion sin fondo. Y no hay cosa mas repugnante para todo hombre que estime su dignidad y no quiera hermanarse con el irracional que esos seres cadavéricos, esos espectros ambulantes, evocados de sus tumbas, lánguidos, sin fuerzas y sin vida, en quien la costumbre de este vicio ha obrado una segunda naturaleza, lamentándose á la vez de que existan en el mundo hombres tan olvidados de su dignidad que sigan en pos de una dicha que, despues de ser una verdadera infelicidad (como verémos), les envilece, les degrada, les embrutece.

Á fuerza de revolcarse el alma del sensualista en el lodazal inmundo de los vicios, se materializa, se hace carne. Allí no hay ya espíritu, todo es materia: allí ha desaparecido la razon, y solo han quedado las pasiones: allí no está ya el hombre, únicamente ha quedado el bruto.

Tendiendo muellemente la sensualidad al alma del libertino en el goce como en un lecho, y dejándola dormitar allí en el olvido de sus mas sagrados deberes y de sus mas nobles prerogativas, extingue en ellas y en cuanto le rodea la idea y el amor de las virtudes mas nobles: sumiendo al hombre en los excesos de la lujuria y de la crápula, le hace desconocer su orígen y su dignidad, rebaja su naturaleza al

(1) *Del espíritu*, citado por Bergier, *Tratado histórico*, parte I.
(2) *Catecismo explicado.*

nivel de la del bruto, identificándole con el cuadrúpedo que no tiene inteligencia, empleando la poca que le resta en agrandar el fangoso lodazal en que se agita. Tan inmensa es la degradacion y la vileza en que esta abominable pasion abisma á sus desgraciadas víctimas, que cási tenemos derecho á dudar si las deja hombres (1). «Así como la virgini«dad iguala al hombre con los Ángeles, y le hace aun mas «que Ángel, así la lujuria hace al hombre bestia, y por de«cirlo así mucho peor que bestia (2).»

Y ¿cuánta no es tambien la infelicidad y la desdicha en que le precipita? Seria el primero desde la creacion del mundo hasta el presente el hombre que consiguiese conciliar la paz y el reposo interior, en que consiste la verdadera y única felicidad de esta vida, con los desórdenes de una vida disipada. Contemplad uno de esos corazones dominados por la lujuria y entregados á amores culpables, y veréis los cuidados y las inquietudes que le atormentan, las vanas esperanzas que le fatigan, las dudas é incertidumbres que le abaten y rinden. Todos los dolores se reunen en aquella alma contaminada, como vemos á las aves de rapiña ir á establecer su mansion en una ruina desierta. Allí todo es temor y amargura: allí empieza un infierno intolerable, del que son perpétuo pábulo desconfianzas siempre renacientes, celos que nada puede satisfacer, y remordimientos que es imposible sofocar.

Observad una de esas innumerables víctimas de la concupiscencia pasando de un salto de la adolescencia á la vejez, cuya mirada está lánguida, cuya boca está vacía de sonrisa, cuyas facciones marchitas no pueden ya animarse bajo un rayo de alegría y felicidad, cuyo corazon privado de sávia no puede producir ningun gérmen, cuyos miembros paralizados no se prestan sino con gran trabajo á los movimientos mas sencillos, y cuyo cuerpo todo parece como agobiado bajo el peso de las iniquidades de que está cargada su vida, y considérese si estos corazones podrán ser felices.

Preguntado Sófocles, cuando ya se hallaba en edad avanzada, si usaba de los deleites venéreos, contestó: «Los dio«ses me infundan mejores pensamientos; estoy muy gustoso «de haber huido de ellos como de unos tiranos brutales y fu-

(1) «Belluarum hoc quidem extremum est.» (*Cic.*).
(2) Eusebio.

«riosos (1).» El Sábio vió á la mujer *mas amarga que la muerte, red á su corazon* y *cadena del pecador* (2). No podemos menos de hacer aquí mencion tambien de aquel filósofo que al oír lo mucho que las cortesanas de Corinto se hacian pagar sus vergonzosos placeres, dijo con tanta gracia como verdad: «Yo no compro tan caro el tener que arrepentirme (3).» De la ira, la ambicion y la lujuria tomaron con razon sus tres furias los poetas.

Encerrado el sensualista entre la sed de gozar que le abrasa y que no puede satisfacer, porque el corazon que se apacienta de placeres nunca dice *basta*, los remordimientos que punzan atrozmente su corazon, la satisfaccion que le ha proporcionado el placer es tan breve y tan fugaz, que la mente no puede cogerla al vuelo: no quedándole de esos placeres que con tanta vehemencia ha deseado, y que tan rápidamente se han deslizado sobre la superficie de su alma, mas que el remordimiento, como de la flor que se aja entre los dedos no queda mas que la espina (*). El remordimiento queda clavado en su corazon como el dardo en la herida, desgarrándole y haciéndole sufrir atroces dolores; se vuelve de todos lados buscando el reposo, y en ninguna parte lo halla; su pobre corazon herido y manando sangre no sabe dónde posarse, y se admira él mismo de que un goce tan breve haya podido dejarle tan largos dolores, y de que un placer tan fugitivo haya podido causarle tan tenaces amarguras. «¡ Ah ! «ignora el necio que echa sobre sí las cadenas hasta que «contempla traspasado su corazon (4).»

Por manera, que el placer es precisamente el ovario fecundo de los disgustos y amarguras que han de germinar despues. Pero lo mas espantoso para el sensual es que la voluptuosidad es un foco inextinguible, ó como ya dijimos, una fermentacion continua sin evaporacion; así es que la edad no hace mas que irritar los deseos á medida que disminuye las fuerzas para satisfacerlos. Cuando el pecado parece por la edad proscrito del cuerpo, se refugia en la memoria, en la imaginacion, y allí se la ve echar tufo, ahumar como una lámpara próxima á extinguirse, y oscurecer el espíritu con súcias imágenes y culpables reminiscencias. De modo, que estos desdichados ni siquiera tienen el consuelo ni la esperanza de que ya que han llegado prematuramente á la vejez, les sea mas fácil reprimir sus pasiones y obtener la salvacion. «No cesará hasta que todo su cuerpo «arda en el fuego de la lascivia (1).»

¿Puede concebirse otra cosa mas atroz para el hombre que esa especie de necesidad de pecar que le está impuesta por la costumbre? ¿Hay nada mas terrible y desconsolador que esos castigos sin expiacion, esos remordimientos sin penitencia y esos dolores sin mérito?

No negamos que la continencia y la castidad cuestan violencias, pero ¿las exige menores el reino de la sensualidad? El alma de los penitentes mas austeros y de los cristianos mas mortificados no padecen ni un bosquejo de los tormentos y de los suplicios que están reservados á los voluptuosos; además de ser por otra parte tan noble y tan digno refrenar las pasiones, como lo hace el virtuoso, como envilecedor y degradante violentar la razon, como lo hace el sensual. Póngase en presencia uno de otro el cristiano que procura agradar á Dios observando su ley, y el mundano que solicita los favores de una mujer corrompida, á quien vende su alma por una sonrisa: para el primero todo es paz, alegría y consuelo; aun las mas arduas privaciones, aun los mas duros sacrificios son para él suavidades y dulzuras. Para el segundo todo, por el contrario, se convierte en amargura, pena y dolor; en cada placer que florece su vida, deslízase un remordimiento que roe su gérmen, ó un tédio que marchita su flor (*).

(1) «Bona verba quæso, ego vero libentissime istinc tamquam à do-«mino furioso et agresti profugi.» (Plat. *Polit. I*; Cic. in *Caj. maj. seu De senectute*, c. 14).

(2) «Capietur ab illa.» (*Eccles.* VII, 27).

(3) «Ego tanti pœnitere non emo.»

(*) «Libido transacta semper sui reliquit pœnitudinem, nunquam «satiatur, et extincta reaccenditur.» (S. Hier. *Ep. CXXIII ad Ageruchum*).

(4) «Ignorans quod ad vincula stultus trahatur donec transfigat sagit-«ta jecur ejus.» (*Prov.* VII).

(1) «Non desinet, donec incendat ignem.» (*Eccli.* XXIII, 23).

(*) Hasta aquí hemos copiado cási literalmente gran parte de este capítulo de la preciosa obrita titulada *Horas sérias de un jóven*, porque habiendo sido escrita por un mundano, es de grande peso la autoridad de sus palabras, por apoyarse en la propia experiencia. De paso decimos á los sofistas que vean en ellas perfectamente corroborado lo que contra sus mentidas calumnias hácia el Cristianismo, y contra sus pretensiones impías, nos hemos propuesto probar en la obra, á saber, que no hay verdadera alegría, ni dicha ni felicidad, ni verdadero carácter, ni dignidad, ni elevacion ni grandeza sino bajo la égida del Evangelio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un juicioso moralista ha descrito perfectamente la abyeccion y esclavitud del hombre que está dominado por la mujer. «Todos los sábios, dice, todas las historias, la expe-«riencia continua de todos los dias demuestran que no hay «tiranía mas odiosa que la de la mujer sobre el hombre que «se deja prender de sus encantos; solo puede querer lo que «ella quiere. Es necesario que se adapte á sus gustos, á sus «aversiones, á sus enemistades, que se someta ciegamente á «sus caprichos y á sus furores. Es inconcebible con qué ba-«jezas se envilece y los excesos á que es capaz de dejarse «arrastrar contra sus verdaderos sentimientos. Sacrificará á «sus amigos mas queridos y mas útiles si tiene poder, y con-«cederá sin vacilar la cabeza de los que mas quiere y apre-«cia. No hay necesidad de exagerar estos rasgos para pro-«bar que no queda ningun resto de libertad en los que se «entregan á amores desordenados. Los mas fuertes pierden «con ello todo su valor y son imperiosamente dominados. Los «mas libres *sienten el peso de sus cadenas;* esta es una ex-«presion que les es muy familiar; y sin embargo estos hom-«bres, en los que muere el amor á la libertad, hasta se com-«placen en su esclavitud, la cantan, y se lamentan de ella «sin aborrecerla (1).»

La voluptuosidad, *esa madre del dolor,* como con tan maravillosa exactitud la llamó Tales, al paso que mata al hombre moral, enerva y destruye al hombre físico, haciéndole receptáculo de las enfermedades mas crueles y asquerosas. Cuando no ha podido detenerle la saciedad se ve detenido por la impotencia, y si resiste al médico, que no hará otra cosa en su método curativo que proponerle el plan del Evangelio, va á dar con el sepulturero. San Cipriano apellida á esta funesta pasion *ruina de la juventud, que no perdona ni al cuerpo ni al alma,* y hace de ella una pintura tan horrible como verdadera (2).

Decia muy sábiamente el filósofo Architas de Tarento, «que «la naturaleza no ha dado á los hombres enfermedad mas «mortal que los deleites del cuerpo (3).»

Es, pues, incontestable, y apelamos á la experiencia de

(1) *La regla de los deberes*, tomo 2, cap. 14.
(2) *Lib. de disciplina et bono pudicitiæ*, num. 3.
(3) «Nullam capitaliorem pestem quam corporis voluptatem.» (In Cic. *De senectute*, cap. 12).

todo hombre dominado por tan indecorosa pasion, que la voluptuosidad, la sensualidad y la lujuria, despues de envilecer y degradar al hombre, le hacen completamente infeliz y desgraciado.

¡Con cuánto horror no han mirado siempre este pecado los ojos castos del Catolicismo! Allá en sus exordios (1) castigó la simple fornicacion, de la cual no se olvidó Tobías apartar á su hijo (2) con la pena misma del adulterio; y tal es su horror á este vicio, que hasta declaró *impuro* al que padecia impureza involuntaria (3). Él ha purificado la corrompida atmósfera del vicio allí donde ha reinado, formando todavía en todos los estados de la sociedad hombres de una virtud perfecta, libres de las flaquezas mas comunes en otras sociedades.

El Apóstol de las gentes concibió una indignacion tan profunda como santa al oir la pasion bestial del corintiano tan terriblemente castigada ya en el Levítico, reconviniendo fuertemente á los que tardaron un instante siquiera en arrojarle de la iglesia (4).

«Cuando condenais, decia oportunamente el gran apolo-«gista del Cristianismo á quien ya hemos citado sobre el par-«ticular, dirigiéndose á los tiranos, cuando condenais á la «brutalidad de un libertino á nuestras doncellas, que miran «con intrepidez á los rugientes leones, entonces manifestais «que para un cristiano es mayor la pérdida del pudor que la «de la vida (5).»

El primer concilio cristiano que se celebró en el mundo se apresuró á condenar la fornicacion, que habia empleado en su culto el Paganismo; sacrílega impureza contra la cual no hallaba san Ambrosio palabras bastantes de execracion (6). Á nadie se le ocultan las rigorosas y severas penitencias públicas, impuestas despues por los cánones á los lascivos escandalosos, y las penas terribles que por su influencia se intercalaron en los códigos civiles. Creyó que el fuego era lo único que podia purificar ciertos crímenes detestables. Baste

(1) Deut. XXII.
(2) Cap. XXII, 23.
(3) *Deut.* XXIII.
(4) «Cur non magis luctum habuistis ut tollatur de medio vestrum «qui hoc opus fecit.» (*Ep. I*, cap. V, *v.* 2).
(5) *Apolog.* cap. ult.
(6) *De virginibus*, lib. I, cap. 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decir que el Cristianismo ha bendecido y consagrado la virginidad, la ha virtualizado, la ha santificado, la ha puesto sobre los altares, ha colocado una corona en sus sienes y una palma en sus manos, y así laureada la ha enviado al cielo.

Y ¿qué ha hecho el Protestantismo en obsequio de esta celestial virtud y en justa abolicion del vicio de la lujuria? Los mismos reformadores nos lo dirán. Ante todo la historia nos refiere que en Sajonia observando que todos los reformadores se iban casando, se les definió públicamente «hombres á quienes las mujeres les eran mas necesarias que el «pan.»

Mucho favor dispensa el satírico y mordaz Erasmo á la Reforma con decir solamente «que no tuvo mas objeto que transformar en novios los frailes y las monjas, sucediendo lo que «en las comedias, en que los actores acaban siempre por casarse (1).» Calvino, marcado ya por sodomita (*), es mas expresivo y se acerca mas á la verdad cuando dice «que él y «todos los evangélicos se hacian tales para entregarse con «mas libertad á la incontinencia (2).» Zuinglio en union con diez eclesiásticos reformados alegaban ante el obispo de Constanza sus impurezas como *razon* para concedérseles el matrimonio (3). Lutero, que no quiso ser tan franco respecto de sí mismo, no podia ocultar sin embargo su seduccion infame, y su rapto y matrimonio sacrílego; y clamaba además en público que sus secuaces se hacian de dia en dia mas impúdicos (4). Y Enrique VIII, que tampoco quiso descubrirse en esta parte, es sabido de todos que se hizo reformador por su brutal incontinencia. El convencimiento de todo esto promovió la conversion de la princesa de York, como ella confiesa. Comparen ahora los aficionados á analogías la secta de Lutero en esta parte con la de Carpócrates allá en el siglo II, y observarán si en el órden moral los apóstoles de la Reforma no fueron verdaderos carpocracianos. En fin, no hay castidad ni honestidad posible entre hombres que profesen con su corifeo Lutero el principio de *que el instinto sexual es de*

(1) Epist. VII et XLI.
(*) Archivos de la ciudad de Noyon en Picardía.
(2) *Pensamientos filosóficos*, citados por Nonnotte y Bergier.
(3) Thesis, num. 56. «Supplicatio quorumdam Evangelistarum ad «episcopum Constantinum.»
(4) Serm. 1533.

una fuerza absolutamente indomable, y de una necesidad inevitable é invencible. Teniendo noticia de este principio admitido por los reformadores, ya no se extrañará su conducta.

Y ¿cuál ha sido la obra del Filosofismo en esta materia? Lo dirémos en pocas palabras: él ha llegado hasta decir al hombre que se incline hácia la tierra, que ande en cuatro piés, que abdique su razon sustituyéndola con el instinto, y que satisfaga sus pasiones: mas, le ha propuesto sistemas de felicidad que avergonzarian á las bestias mismas. Y lo mas singular es que en ello los sofistas son consecuentes y no les falta razon, porque cuando se cree, como ellos creen, que el hombre no es mas que un animal (*), es legítima la deduccion «de que está en su derecho siguiendo sin escrú«pulo todas las condiciones de la animalidad, y que cuando «resiste á ellas resiste á la naturaleza. Es muy fácil calcu«lar los efectos que debe producir sobre las costumbres de «las naciones esta doctrina detestable (1).»

En una palabra; los sofistas, que no pueden ó no quieren de ningun modo resistir á las exigencias de sus pasiones, porque esto, dicen ellos, degrada extraordinariamente á los hombres (2), y sin las pasiones, añaden, nada hay sublime en las costumbres (3), es muy natural que prefieran hacer la apología de ellas á confesarse francamente malévolos ó criminales, ni mas ni menos que los paganos pretendian cohonestar, excusar, justificar y aun deificar sus vicios atribuyéndolos al poder de ciertas divinidades, ó por no ir tan léjos, como los reformadores los atribuyeron á ese su *fatum* de la *necesidad irresistible*, y ¡horrible blasfemia! á la excitacion misma de Dios. Así nuestros sofistas no se han avergonzado de llegar á decir, «que vista la gran dificultad de «resistir á la pasion de la lujuria, seria tal vez un rasgo de «sabiduría cambiar la enculto (4). «Oportunamente dice Bergier «que jamás perdonarán al Evangelio el oprobio de que «les ha cubierto (5).»

(*) Ya hemos aprendido de Diderot que no se diferencia del perro mas que en el vestido. Teliamet ha descubierto tambien que en el principio los hombres eran... ballenas! ¡Cáspita, qué adelantos!
(1) Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Castidad*.
(2) *Pensamientos filosóficos*, citados por Bergier, *Tratado histórico*, tomo 1, pág. 395.
(3) Id. citado en Nonnotte.
(4) Citado por Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Mortificacion*.
(5) *Tratado histórico*, tomo 2, pág. 261.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

§ IV.—*Ira.*

«Aparta la ira de tu corazon (1).» La ira es como el furor y la exaltacion de las otras pasiones. Si la soberbia, la ambicion ó la envidia se irritan, se vuelven furiosas é iracundas; y como las pasiones se irritan cuando se las pone algun obstáculo, de aquí es que los obstáculos que impiden su marcha funesta á las pasiones del hombre son realmente la causa y el principio de su ira. Es, pues, la ira la explosion de las demás pasiones; y en esto no cabe excepcion alguna, porque aun cuando el principio ó motivo de la ira de una persona sea una injusticia ó una calumnia que se la haya inferido, este motivo es el motivo remoto, y si entre el motivo y la ira no hubiera otra cosa esta ira no seria pecaminosa. Pero entre la ofensa y la ira hay una tercera cosa ó motivo próximo que emponzoña la indignacion exaltada llamada ira, y este motivo próximo es el *orgullo*, si la ofensa consiste en alguna falta de respeto ó atencion; la *ambicion*, si consiste en un despojo, y así de las demás. Por manera que la ira es parecida al efecto que produce el choque del acero contra el pedernal; porque así como hiriendo aquel á este se produce el fuego, así hiriendo la calumnia al orgullo, ó la expoliacion á la avaricia, surge la ira: de modo que la ira presupone las demás pasiones, y tiene una existencia condicionada ó pendiente de la vida de aquellas. Esta es la razon por que las almas perfectas y cristianas, que se han puesto absolutamente en manos de Dios despreciando las cosas del mundo, jamás se irritan ni encolerizan por grandes que sean las ofensas que se les hagan: en ellas han desaparecido aquellas pasiones, foco de la ira: desapareció el pedernal, y no queda mas que el acero, impotente por sí solo. Dos cosas son absolutamente imposibles segun esta doctrina: una que haya ira donde no estén las demás, ó una siquiera de las demás pasiones; y otra que no esté la ira donde estén las otras pasiones y se las contradice. No hay mas que una ira lícita: la ira santa, la santa indignacion de que nos ofrecen algunos ejemplos las sagradas Escrituras y la vida de los bienaventurados; la ira concebida por el celo de la majestad y gloria de Dios, la de su Madre santísima y bienaventurados, y tambien la que concebimos contra las doctrinas impías, sacrílegas y antisociales, con tal que no la llevemos hasta los hombres (1); porque estas iras no tienen por motivo próximo ninguna pasion pecaminosa ni egoista, sino el amor de la verdad, el amor de Dios, el amor de la Religion y el amor de la patria; motivos justísimos.

(1) «Aufer iram à corde tuo.» (*Eccles.* XI, 10). «Omnis amaritudo, et «ira, et indignatio tollatur à vobis.» (*Ephes.* IV).

Resulta que la ira no siempre es pecaminosa, dado que hay ira buena é ira mala; á diferencia de otras pasiones, que son siempre y esencialmente pecaminosas, porque llevan en sí intrínseca é inseparable la malicia. Así es que no puede haber soberbia buena, lujuria buena, etc. Por consiguiente, así como la existencia de la ira es hipotética, condicional y pendiente de la existencia de las demás pasiones; así tambien la bondad ó malicia de la ira es hipotética, condicional y pendiente de la bondad ó malicia de sus motivos próximos. Pero no es nuestro intento desentrañar las pasiones, buscar su orígen, sus causas, la relacion y diferencia de unas con otras, ni hacer de ellas un exámen tan prolijo y analítico. Nos concretarémos únicamente á sus efectos.

La ira degrada sobremanera al hombre. El hombre encolerizado y la fiera no se diferencian mas que en que esta tiene garras y aquel no. «Seria de desear que la agitacion «en que se encuentra el que está colérico le dejase la facul«tad de acercarse á un espejo y verse en él la cara. La alte«racion de sus facciones y la brutalidad de sus movimien«tos, haciéndole ver la degradacion en que se encuentra su «alma, le haria avergonzarse, y al ver con sus ojos lo que «no puede ver con el pensamiento, se ruborizaria del des«agradable espectáculo que ofrece á los demás. Ved ese «hombre á quien la cólera arrebata: sus ojos se inflaman, «sus labios tiemblan, sus cabellos se erizan, su rostro está «encendido, sus palabras son furiosas, agrias, vehementes «y entrecortadas, su cuerpo está agitado con movimientos «convulsivos. Esto no es siquiera hombre; es un leon ru«giente, es una bestia feroz que todo lo destroza si se la «quiere sujetar... ¡Qué espectáculo tan horrible y tan á pro«pósito para llenar de horror á todos los hombres que amen

(1) «Interficite errores, diligite homines.» (*S. Aug.*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«el honor, á todos los hombres que tienen algun sentimien-
«to de su dignidad (1)!»

El hombre airado es tambien infeliz, porque ha perdido la quietud y el reposo que constituyen su dicha, y le hace padecer atrozmente el infierno que enciende en su corazon. La ira, pues, se torna en perjuicio del airado, y es la pasion mas insensata bajo este punto de vista. Por eso la sagrada Escritura sienta *que la ira mata al necio* (2). Filemon, antiguo poeta griego, dijo tambien en una de sus comedias: «Todos somos insensatos cuando estamos encolerizados.» «Como si á un hombre, dice á este intento san Agustin, pu-
«diera hacerle otro enemigo mayor daño que el que se hace
«á sí mismo con aquel odio con que se irrita contra su pró-
«jimo, ó como si un hombre persiguiendo á otro pudiera
«hacer en él mayor estrago que el que causa en su propio
«corazon (3).» «Ella misma (la ira) se castiga muchas veces,
«dice Séneca, en el acto mismo con que intenta vengar-
«se (4).» Lactancio dice «que el que principia á vengar una
«injuria ya está vencido (5).» Fue verdaderamente tan agu-
do como cierto el dicho del filósofo Archita de Tarento á su granjero, de que hace oportuna mencion san Ambrosio (6): «¡Oh infeliz de tí, á quien afligiria si yo no estuviese aira-
«do!» Así es que es propio de los necios perseverar en la ira (7). «Tu paz estará en tu mucha paciencia (8).»

El Catolicismo jamás ha disimulado á nadie la ira; y en los principios del mundo su Autor divino maldijo la cólera de Cain (9). El Autor del Cristianismo y sus propagadores á su ejemplo fueron un dechado de suavidad, de dulzura y de

(1) H. J. Thomas, *Sermon sobre la ira.*
(2) «Vere stultum interficit iracundia.» (*Job*, v). «Zelus et iracundia
«minuunt dies.» (*Eccli.* III, 26).
(3) «Quasi vero quemlibet inimicitiam perniciosius sentiat quam ip-
«sum odium, quo in eum irritatur, aut vastet, quisquam persequendo
«alium gravius, quam cor suum vastat inimicando.» (*Conf.* lib. I, cap. 18).
(4) «Stulta, levis, fatua.» (*Past.* lib. II, mandat. 6, cap. 28).
(5) «Si lacessitus injuria lœdentem persequi cœperit, victus est.»
(*Divin. instit.* lib. V, *De vero cultu*, cap. 18).
(6) *De officiis ministror*, lib. I, cap. 21. «Ferunt gentiles, ut in majus
«omnia verbis extollere solent, Architæ Tarentini dictum Philosophi,
«quod ad villicum suum dixerit: O te infelicem quem afflictarem, nisi
«iratus essem!»
(7) «Ira in sinu stulti requiescit.» (*Eccles.* VII, 10).
(8) *Imitacion de Jesucristo*, lib. III, cap. 25.
(9) «Nunc igitur maledictus eris super terram.» (*Genes.* IV, 11).

mansedumbre, y la mansedumbre, la dulzura y la suavidad fue lo que predicaron. Pues ¿quién no ha oido hablar de los furiosos arrebatos de los autores de la Reforma? ¿quién ignora que fueron un volcan de ira, y que predicando la ira sembraron por doquier el furor y la venganza?

En cuanto á las sectas filosóficas, dejamos á la consideracion de los lectores hasta dónde serian capaces de llevar á los hombres las siniestras teorías y furibundos sistemas de los filósofos comunistas y socialistas, y las de los modernos falansterianos y predicadores del progreso indefinido, si llegaran á plantearse. Algunos ensayos han dicho lo bastante.

§ V.—*Gula.*

«La sobriedad es la salud del alma y del cuerpo (1).» Otra pasion que el Catolicismo agregó al catálogo de las criminales y pecaminosas, negándola tambien en su virtud la entrada en los cielos (2). Bajo el nombre genérico de gula comprendemos el uso inmoderado de la comida y de la bebida, ó sean sus dos especies de *crápula* y *embriaguez.*

No sabemos qué otro exceso pueda cometer el hombre que le degrade mas. ¿Hay alguna diferencia entre el bruto, á quien mueve el instinto, y el hombre embriagado? La hay ciertamente, pero esta diferencia es todavía mas degradante del hombre; porque al menos si el bruto no tiene razon, que es lo que constituye lo digno, es porque Dios no se la ha dado: no tiene él la culpa de ser irracional, y por lo tanto su degradacion es inevitable, necesaria é involuntaria; mientras que el ebrio no tiene razon, porque él se la arrebata brutalmente, y por lo tanto yace en una degradacion voluntaria, que es la degradacion mas infamante y monstruosa.

«El que deja que su apetito sojuzgue á la razon, dice un «autor persa (3), es mas despreciable que las bestias, puesto «que estas no tienen modo ni arbitrio para reprimir sus sen-
«tidos.»

«¡Qué ignominia, exclama H. J. Thomas (4), para un hom-

(1) «Sanitas est animæ et corporis sobrius potus.» (*Eccli.* XXXI, 37).
(2) «Neque ebriosi, etc.» (*II Cor.* VI).
(3) D'Herb. *Ep. CCCXVII.*
(4) *Sermon sobre la gula.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«bre reducirse á un estado tal que no se pueda hacer distin-«cion entre él y la bestia! Él se hace aun inferior á ella, por-«que la razon no contiene á un gloton ni á un ebrio donde «el instinto contiene á los animales.»

No se ocultó á la filosofía gentílica la fealdad y la bajeza de esta pasion, y en algunas partes se reprimia vigorosamente. Dracon la castigaba en Atenas con la muerte. Licurgo mandó en Esparta descepar las viñas. Pítaco, rey de Mitilene, imponia doble pena al que cometia algun crímen estando embriagado. Zeleuco, rey de los locrios, no permitia el uso del vino sino á los enfermos, prohibiéndolo á los demás bajo pena de muerte. Roma tambien prohibió á las familias acomodadas beber vino hasta los treinta años, y absolutamente á las mujeres. Así Eusacio Metelo, que mató á la suya estándolo bebiendo, fue absuelto. Y sin embargo de todo esto, el Gentilismo, por una anomalía inexplicable de las muchas que en él se advierten, tenia su dios Baco. De todos modos esto prueba que ha sido general el horror que se ha tenido á la embriaguez, proscrita hasta por Mahoma. Todos los códigos de Europa la han reprimido, y debiéranla reprimir mas vigorosamente, para que no se ofrecieran con tanta frecuencia á sociedades civilizadas espectáculos tan repugnantes.

¿Y dirémos con verdad que el ebrio al menos es feliz? Dícese vulgarmente *que la borrachez quita penas;* y aun no falta quien para apoyar este dicho acude sacrílegamente á las sagradas Escrituras (1). Pero en este caso debemos confesar que si el sentimiento del dolor y de la pena ha desaparecido del corazon del ebrio, tambien ha muerto en él el sentimiento de la verdadera alegría, dado que la pérdida de la razon acarrea y lleva á remolque consigo la pérdida de todos los sentimientos verdaderos, de los sentimientos reflexivos, que son los sentimientos del hombre (2). Siempre que el hombre no tenga la conciencia de sus actos internos; siempre que *no sepa* que piensa, *no advierta* que discurre, ó *no reflexione* que siente; ó mas claro, siempre que á su pensamiento, á su discurso ó á su sentimiento no preceda ó no acompañe cuando menos la advertencia ó la conviccion íntima de que piensa, de que discurre y de que

(1) «Vinum lætificat cor hominis.»
(2) «Vinum et ebrietas auferunt cor.» (*Osee*, IV, 11).

siente, no siente ni discurre ni piensa como hombre, ó *modo humano,* como dicen los teólogos, sino como bruto, *more pecorum:* por consiguiente las sensaciones que recibe el ebrio, como son irreflexivas y no las precede ni acompaña la advertencia, no son sentimientos verdaderos, ni pasan mas allá de la carne. Discernir lo agradable ó desagradable de los sentimientos internos, de los sentimientos del espíritu como el que se supone en el ebrio, es acto propio jurídico y exclusivo de la razon; y como el ebrio está destituido de ella, ni le son gratas ni desagradables las sensaciones que experimenta, y por consiguiente estas sensaciones no son sentimientos verdaderos, sino propiamente sensaciones, ni mas ni menos que las del bruto (1). Las sensaciones corporales ó externas del hombre son idénticas á las del irracional; uno y otro sentirán igualmente una lesion; pero el irracional no tiene sensaciones puramente espirituales ó sea sentimientos como el hombre. Se replicará que aunque las sensaciones del ebrio sean idénticas á las del bruto, le son sin embargo gratas *en cierto modo,* aunque no sea del *modo mas verdadero y digno del hombre,* puesto que en el bruto advertimos serle gratas algunas sensaciones. Á esto únicamente contestamos que abandonamos estas dichas á quien estime en tan poco su dignidad que las acepte.

Ahora bien: supuesta en el ebrio la extincion total del principio reflexivo y sentimental, ó de otro modo, supuesto que está privado absolutamente de razon, debemos considerarle en cuanto al principio de los verdaderos sentimientos como un cadáver: en una palabra, debemos suponer que no siente; y como la razon es el carácter constitutivo del hombre y su distintivo de los demás animales, á la suposicion de que no siente agregarémos la suposicion, ó la realidad, mejor dicho, de que no es hombre. Pues bien; luego un hombre sóbrio, aunque le aflija alguna pena, es mas feliz que el ebrio; porque es menor infelicidad tener razon, aunque sea atormentada, que estar destituido de ella; así como no es tanta desdicha el *ser,* aunque sea penando, que el *no ser* de ninguna manera. Por eso los réprobos, como dice el P. Ventura de Ráulica (2) citando á san

(1) «Belluarum hoc quidem extremum est.» (*Cic.*).
(2) *Conferencia XXI sobre la eternidad de las penas.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Agustin (1), son mas felices, si cabe esta palabra, en medio de los tormentos, que si Dios los aniquilara.

El Catolicismo recurrió á los ayunos y á las abstinencias para refrenar y penitenciar la gula, que siempre ha aborrecido, y á nadie se le oculta cuán incesantemente ordena la moderacion en la comida y en la bebida, como pecaminoso que es el exceso en sí, y como fomentador que es de otros vicios. Porfirio veia en la sobriedad y en la mortificacion un freno general para todos los vicios. Su conducta en esta parte estaba de acuerdo con su doctrina, justo es confesarlo; y esta doctrina era quizás la única en que estaba de acuerdo con los cristianos. Sin embargo, combatia en el Cristianismo lo mismo que profesaba como pitagórico. ¡Siempre inconsecuencias!

San Pedro Crisólogo llama al ayuno muerte de los vicios, vida de la virtud, paz del cuerpo, pureza de los miembros, ornamento de la vida, fuerza de la inteligencia (*), vigor del alma, muro de la castidad, escudo de la pureza, etc. (2). San Leon le llama el alimento de las virtudes (3). San Jerónimo apoyo y justificacion de todas ellas (4). San Ambrosio hizo tambien una brillante apología de él, así como una horrible pintura de la fealdad y bajeza de la embriaguez (5). Así es que estas virtudes lo son en todos los órdenes: virtudes económicas, virtudes morales, virtudes sociales.

El Evangelio, el Catolicismo es para el hombre un médico no menos que un director espiritual, porque es sabido que la cuchara mata mas gente que la espada (6); ó, como

(1) «Considera quantum bonum *est esse*, quod et beati et miseri vo«lunt; majus enim *est esse* et *esse miserum*, quam *omnino non esse. Non «esse* est maximum (majus) malum quam *miserum esse.*» (*De lib. arbitr.* lib. III, c. 7).

(*) Los pitagóricos prescribian el ayuno como útil para las operaciones mentales, y por esta razon vemos que ayunaban los oradores y hombres sábios. Sabido es tambien que Numa instituyó los ayunos, y segun refiere Tito Livio, los oráculos los prescribian en las calamidades públicas.

(2) «Jejunium est vitiorum mors, vita virtutum, pax corporis, mem«brorum decus, ornamentum vitæ, robur mentium, vigor animorum. «castitatis murus, pudicitiæ propugnaculum, etc.»

(3) «Virtutum cibus.»

(4) «Jejunium non solum perfecta virtus est, sed cæterarum virtu«tum fundamentum et sanctificatio.»

(5) *Libro de Elia et jejunio.*

(6) «Desvelo, cólera y retorsiones tendrá el hombre insaciable.» (*Eccli.* XXXI, 23). «In multis enim escis infirmitas... Propter cra«pulam multi obierunt; qui autem abstinens est adjiciet vitam.» (Ibid. *c.* XXXVII, 33, 34).

(1) «Jejunium animabus corporibusque curandis institutum est.»

(2) «Mater sanitatis.»

(3) *Conversaciones de mesa.*

(4) *Ibid.*

dice Séneca, *multos morbos multa fercula fecerunt.* Hipócrates y Galeno hacian consistir el estudio de la salud en no *hartarse de comida y bebida.* El mismo Epicuro, segun san Jerónimo, recomendaba la sobriedad para conservar la salud, aunque su conducta no concordaba con el consejo.

Á los ayunos de los esenianos y terapeutas de Egipto, unido á su castidad, atribuia Filon su vigor y su salud. Los bracmanes de la India consideran el ayuno y la templanza como la panacea universal de todas las enfermedades.

La oracion del oficio del sábado antes de la primera dominica de Cuaresma nos recuerda todos los años «que el «ayuno fue instituido para sanar el cuerpo lo mismo que el «alma (1).»

Á vista del continuo llamamiento á la sobriedad, á la templanza, al refrenamiento y al órden en general, ha hallado Hufeland en el Evangelio un sistema higiénico completo, y ha consignado en su *Macrobiótica* estas palabras, que son la significacion del título: «Puede ser considerada la Religion «como un medio de prolongar la vida.»

San Basilio llama tambien á la templanza madre de la salud (2). Por último, bien conocido es este refran: *Modicus cibi, medicus sibi*, y estos versos:

Si tibi deficiant medici, medici tibi fiant
Hæc tria: mens hilaris, requies, moderata dieta.

Veamos ya si la Reforma prescribe el ayuno, esa institucion tan fecunda en ventajas y beneficios de todo género, y cómo le practican sus secuaces.

Las gracias que daba Lutero á Dios sobre la mesa se reducian á pedirle en verso:

Becerros gordos y machos cabríos,
Bueyes, carneros y vacas,
Muchas mujeres y pocos hijos. Amen (3).

«Comer bien y beber bien, hé aquí, solia decir, el mejor «modo de pasar los dias sin fastidio (4).» Erasmo veia doquiera frailes apóstatas bamboleándose con los vapores del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vino, y aun enteramente beodos tirados en los caminos y en las plazas públicas.

Cuando en Alemania se reunen tres ó cuatro calaveras, y acuerdan entre sí divertirse y pasar el dia á la luterana, *hodie luteranice vivemus*, ya es sabido que para realizar el pensamiento, cuya aprobacion no ofrece por cierto dificultad alguna entre los reformados, es indispensable encaminarse sin detencion á las fondas y tabernas, donde se ha de comer y beber hasta la saciedad. Sin embargo, ahora no se ha hecho mas que la mitad, y no corresponderia su diversion á la máxima tan recibida que han adoptado por tipo, si desde allí no se dirigiesen en seguida á las casas públicas; pues, como dice Tertuliano, «la lascivia y la lujuria «son los apéndices de la gula (1).»

La Reforma, mas sábia sin duda en cuanto al conocimiento del verdadero espíritu evangélico que Tertuliano, el cual hace mencion de la extenuacion de los primitivos cristianos, efecto de los ayunos y abstinencias; y mas conocedora aun de este verdadero espíritu que aquellos cristianos, que lo aprendieron de los mismos Apóstoles y de sus inmediatos discípulos; la Reforma, repetimos, presentó un vientre voraz, enorme, que desde luego protestó contra los ayunos y las abstinencias, así como contra toda mortificacion, *por contraria al espíritu del Evangelio*, y aun como criminales *por ser un suicidio lento;* y los reformadores, verdaderos carpocracianos que ciertamente no venian animados de un espíritu anacorético, como manifiesta bien Mosheim (2), sino que, por el contrario, venian á desterrar estos *fanatismos, preocupaciones y supersticiones que han manchado la belleza y sencillez del Cristianismo*, prestaron sus oidos, como era natural, á aquel descontento estomacal; y avisados como estaban ya por sus precursores de que *el ayuno no era mas que un fraude inventado por san Pedro para vender mejor su pesca* (3); ciertos además de que *su clima* rechazaba toda mortificacion, y huyendo celosos y horrorizados el asemejarse á los fakires mahometanos, arrojaron por la ventana los potajes y las colaciones; de lo que resultó esta otra máxima glotónica que dice mucho en favor del Catolicismo, á saber:

(1) *Liber de jejuniis*, cap. 17.
(2) *Historia eclesiástica del siglo II.*
(3) Juan Wessel de la secta de los nominales.

Que es bueno vivir protestante y morir católico; esto es, libre en vida de ayunos, abstinencias y oraciones, y afianzado en la última hora á la única y verdadera áncora de salvacion (*).

Sostienen los protestantes que la inclinacion á las austeridades religiosas es un efecto del clima. En este caso son climas muy singulares aquellos en que á la mortificacion y á la abstinencia católica han sucedido la sensualidad y la intemperancia protestante; siendo todavía mas extraños aquellos en que se ven ambas cosas reunidas. En los protestantes criticando la sobriedad y la huida de los placeres de los católicos, se nos figura ver al pagano Cecilio echando en cara á los primeros cristianos esto mismo. Acusaciones hay tan honrosas para los acusados como denigrantes para los acusadores.

Nadie ignora cuán generalizado está el vicio de la embriaguez, como todos los demás, entre las clases bajas de los países protestantes, especialmente en Inglaterra, donde se calcula que este vicio inmola cincuenta mil hombres al año (1); vicio tan antimoral como antieconómico; pues, como dice el Sábio, «no se enriquecerá el operario dado al vi-«no (2).» Esto se ha visto prácticamente en Irlanda, en que ha desaparecido parte de su gran miseria, al paso que los heróicos esfuerzos del P. Matew, apóstol de la templanza, la han empujado por el camino de la sobriedad, bien á pesar de los episcopales.

De la escasez de sueldo de las clases obreras en aquellos países, merced á la gran concurrencia que ha producido la sustitucion de las máquinas, vemos emanar un resultado moral ventajoso; aunque es preciso reconocer que no es esto lo que se pretende por medio de la baja de jornal. Es este resultado el que como no pueden los trabajadores prescindir de tomar algun alimento, se ven obligados á invertir en él todo su sueldo, y aun muchos se contentan con un alimento cortísimo é insano por deducir del sueldo alguna

(*) La madre de Melancton, viéndose cercana á la muerte, para calmar la ansiedad y los escrúpulos que en aquella hora se reavivaron, preguntó á su hijo cuál era la verdadera religion, y este la contestó: «La *nueva* es la mas cómoda para vivir; la *antigua* (la católica) es la mas «segura para morir.»
(1) Descuret, *Medicina de las pasiones, de la Borrachez.*
(2) Eccli. XIX, 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

parte que emplear en los licores. De modo que nos atrevemos á afirmar que si se les aumentase el jornal (como esto no obsta para que sea justísimo), merced á las teorías económicas del desarrollo indefinido y á las doctrinas religiosas de que están imbuidos (los reformados), estarian privados de razon la mayor parte de su vida. De manera que por un extraño suceso estos sistemas están conteniendo *de algun modo* aquello mismo á que están impulsando *de todos modos*, no menos que si á una persona se la fomentase de intento el hambre con salsas excitantes, para darla despues un alimento mezquino, lo cual es el suplicio de Tántalo; viniendo á ser por ello *algun tanto* morigeradores, por ser en *extremo* inícuos. Y véase aquí como hasta los principios económicos, sociales y domésticos andan extraviados fuera del Catolicismo; y véase en esto mismo una prueba negativa de lo mucho que el Catolicismo sirve y aprovecha á la economía política.

En cuanto á los sofistas y sectarios del sensualismo, «cuyo Dios es su vientre (1),» que prescindieron de la máxima antigua *sustine et abstine;* que se desentendieron de Pitágoras (*), el cual *esurire docebat,* y se volvieron á Epicuro, que no hallaba la felicidad «sino en comer y beber (2);» dicho se está que si ellos consiguiesen ver á todos los hombres destituidos de razon, *que no sirve mas que para hacerle insensato y criminal*, y reducidos al solo instinto como los animales, segun deseaban los epicúreos (3), entonces estarian perfectamente satisfechas sus exigencias y sus deseos, porque el hombre materializado y no el hombre racional, el hombre de pasiones y no el hombre de razon, el bruto y no el hombre, este es el hombre del Filosofismo. Para él es una impiedad mortificar lo mas mínimo los sentidos é ir contra Dios (4); y es un mónstruo el que tal hace (5). No deja de

(1) «Quorum Deus venter est.» (*Philip.* III, 19).

(*) Hay algunos, sin embargo, que sin ponerlas en ejecucion ensalzan hasta las nubes las lecciones de Pitágoras sobre la frugalidad, y luego vituperan estas lecciones como una tiranía en la Religion. Tan torpes hacen á estos críticos sus principios, que ni siquiera saben disimular su prevencion y animosidad.

(2) Séneca, *carta XVIII.*

(3) Cic. *De natura Deorum*, lib. III.

(4) *Petimetre filósofo* citado por Bergier, *Tratado histórico*, parte 1.

(5) *Pensamientos filosóficos*, citado por id. *ib.*

ser significativo el que estos admiradores de la antigüedad hayan imitado, como observa Chateaubriand, todos sus vicios y ninguna de sus virtudes (1); aunque, á la verdad, ofrecieron muy pocas por modelo.

Rousseau confiesa que si fuera rico seria cuanto sensual y regalado pudiese; y si se dedicase á algun trabajo, seria con el objeto único de excitar el apetito. Y ¡admírese su sensualismo! conociendo «que la salud solo con la templan-«za se compra, y que sin salud no hay deleite verdadero, «*seria*, dice, *templado para no dejar de ser sensual* (2).» Este retruécano podrá ser gracioso y agudo, pero tiene la desgracia de no ser posible; si lo fuera envolveria una acusacion contra el Evangelio: supondria compatibles la templanza y la salud con la sensualidad, siendo así que cuando aparece esta desaparecen aquellas: empieza la última donde las primeras acaban. Bajo este aspecto no debió pesarle á Rousseau el no ser rico: no hay medio para él: ó sujecion completa á la templanza prescrita por el Evangelio, ó pérdida de salud.

§ VI.—*Envidia.*

La envidia lleva consigo otras dos pasiones: el odio hácia aquella persona que posee el objeto del deseo del envidioso, y la ambicion, foco de la envidia, la cual, frustrada por habérsela arrebatado el objeto ambicionado, engendra tambien aquel odio. Por manera que aquí tenemos otra vez dos pasiones cuya existencia presupone otra pasion; presuponiéndola la una siempre y absolutamente, y la otra relativamente y algunas veces. La envidia es la que lleva la presuposicion absoluta de la ambicion; de tal modo que donde está la envidia de seguro está allí la ambicion, su madre, y donde no hay ambicion de seguro no habrá envidia, como no hay efecto sin causa. Pero eso sucede lo mismo con el odio, el cual unas veces presupone la ambicion y otras veces no, segun que la causa del odio sea una lesion de los intereses propios ú otra cualquiera. Que la envidia presupone siempre la ambicion, la misma experiencia lo demuestra; puesto que jamás se ha visto que una persona se

(1) *Ensayo*, tomo I.

(2) *Emilio*, lib. IV.

entristezca (lo cual es una de las dos acciones características de la envidia) porque otra posea ú obtenga lo que ella no apetece ni desea, ó lo que desprecia; y la envidia no puede recibir el ser de otra parte que de un deseo arrebatado ó de una esperanza frustrada. De la misma manera nos demuestra la experiencia que el odio no siempre presupone la ambicion. Aborrecemos al ladron al saber que ha despojado á una persona, no porque en aquel acto somos ambiciosos, sino porque somos equitativos y justos; pero si somos nosotros los despojados, el odio que concebimos contra el ladron no es producido por la consideracion de la malicia é injusticia de la accion que ha cometido, como en el primer caso; de esto ni siquiera nos acordamos; sino porque llevándose el dinero nos arrebató los medios de realizar nuestros proyectos ambiciosos (hablamos en la suposicion de que este dinero fuese supérfluo para nuestra subsistencia decorosa): de modo que ya no es la iniquidad lo que contemplamos, sino la vaciedad del bolsillo.

La envidia, además de la ambicion, que es su madre, lleva siempre consigo el odio, que es su inseparable compañero; y de tal modo se confunden, reproducen y prohijan el odio y la envidia, que no sabemos cuál de las dos pasiones es el principio de la otra. Charron las hace hermanas carnales. Lo que sabemos es que el hombre unas veces *aborrece* porque *envidia;* si otro posee la cosa objeto de su deseo le aborrece; otras veces *envidia* porque *aborrece;* si otro á quien odia prospera le envidia. Y tambien es sabido que el hombre *no envidia si no aborrece;* y por eso no envidiamos á nuestros amigos verdaderos y parientes favorecidos de la fortuna.

La tristeza que el envidioso concibe por el bien del prójimo no es otra cosa que el odio que ha concebido contra él; odio que se antepone necesariamente á esta envidia. Y sino ¿por qué se encuentra la envidia en una persona hácia otra con la cual antes de obtener la cosa objeto de la envidia de aquel le unian los vínculos de la amistad? ¿no debió alegrarse del bien de su amigo en vez de entristecerse? Siendo como es la tristeza (carácter de la envidia) una afeccion puramente interna que no debe salir del pecho del entristecido, no puede producir por sí sola esos efectos exteriores, esos rompimientos de amistad: ¿se indispone por ventura

con sus amigos el hijo por la tristeza que le causa la muerte de su padre? No: la tristeza no obra fuera del hombre; luego es necesario convenir en que la tristeza que este concibe por el bien ajeno entraña alguna cosa especial que no tiene la verdadera tristeza; esta cosa es *el odio causado por el obstáculo puesto á la ambicion.* Por manera que la envidia se define con mas propiedad un *odio al prójimo* que una *tristeza propia.* Esta es un puro efecto de aquel.

De la envidia, que tantas otras pasiones lleva consigo, surgen tambien dos especies de degradacion para el hombre: la una porque envidiándose necesariamente lo que se ambiciona, como hemos visto, resulta que envidiando el hombre riquezas, v. g., en el hecho demuestra que las ambiciona; y cuando el deseo de cosas tan indignas domina al hombre, está bien indicado que este se degrada á sus propios ojos; porque con su vil sumision á las cosas materiales y perecederas se reconoce inferior á ellas, y no alcanza otros objetos mas dignos de sus deseos; y la otra porque el que *envidia aborrece,* y el que aborrece porque envidia se constituye en la degradacion de los brutos, que pugnan por la presa. La envidia incluye, segun hemos dicho, la ambicion hácia la cosa envidiada, y el odio hácia el envidiado. San Ambrosio dice muy acertadamente que es preferible el hombre perverso al envidioso, «porque es mas fácil de su«frir al que quiere para sí el bien, que al que quiere para «todos el mal (1).»

La envidia infelicita tambien al hombre. Al envidioso atormenta continuamente una comezon, una inquietud y una desazon profunda (2); él enciende en su pecho un volcan que consume sus carnes (3). ¡Qué arrebatos y qué furores sufocados en su corazon! Nos parece ver en la envidia á la pasion de la ira estallada interiormente.

«El envidioso, dice H. J. Thomas (4), alimenta en su co«razon una pasion de naturaleza maléfica que le abate y le

(1) «Filii, fugite improbos, cavete invidos. Inter improbum et invi«dum hoc interest, improbus suo delectatur bono, invidus torquetur «alieno; ille diligit mala, hic bona odit; ut prope tolerabilior sit qui si«bi vult bene, quam qui male omnibus.» (*De officiis ministror.* lib. II, cap. 30).

(2) «Ubi enim zelus... inconstantia et omne opus pravum.» (*Jacob.* II).

(3) «Putredo ossium invidia.» (*Prov.* XIV, 30).

(4) *Misiones parroquiales*, sermon sobre la ira.

«enflaquece de dia y de noche: la vista y el recuerdo de la «prosperidad y de la felicidad ajena le persiguen, le martirizan, y corroen su corazon... El envidioso, pues, es un ver«dugo de sí mismo.» *Suppliciumque suum est*, dice Ovidio concluyendo la pintura de los estragos que hace en el hombre.

San Cipriano trazó un magnífico cuadro de los perniciosos efectos de la envidia aun para el envidioso mismo. «No «hay, escribe (1), mayor enemigo de la salud que ella; tu «envidiado podrá eludir los efectos de tu envidia, pero tú «no puedes huirla: donde quiera que vayas va contigo «tu enemigo; tu enemigo está siempre dentro de tu pe«cho, etc.»

El Catolicismo intentó destruir de un golpe esa tristeza del bien ajeno, y esa secreta alegría del mal del prójimo, que son los dos lados de la envidia, gritando á grandes voces: compasion—caridad—tanto amor á los otros como á sí mismos—y la mitad de sus preceptos, y la enseñanza de la mitad de sus doctrinas no tienen otro objeto que combatir al mónstruo de la envidia con el arma de la caridad.

Fácilmente se colige lo que sucederá entre los protestantes, si se considera que entre ellos apenas se esgrime esta arma. Desde luego se trataron unos á otros ni mas ni menos que si fuesen fieras (2). Pero bien que la envidia es el orígen primordial y remoto de la Reforma misma, es el orígen de lo que generalmente se reputa su orígen; puesto que segun lo que acerca de estas pasiones hemos discurrido, y segun tambien lo que realmente pasó al orgullo y á la ambicion de Lutero, precedió una funesta y secreta envidia.

Respecto del Filosofismo dirémos lo que todo el mundo sabe, esto es, que ha aumentado las pasiones ambiciosas y envidiosas en intension y en extension. En intension por haber encerrado los deseos del hombre en los estrechos límites de la materia y de lo perecedero, y sabido es que mientras mas comprimido está el cráter de un volcan, su explosion es mas violenta; y que además el hombre puede muy fácilmente no envidiar cuando se le coloque en un campo inmenso en que descubre cosas mas apetecibles. Y en

(1) *Lib. de zelo et livore*, num. 9.
(2) El protestante Muskulus.

extension, porque ha presentado al hombre un nuevo objeto de envidia: la Reforma le hizo envidiar el oro y los placeres; pero el Filosofismo intenta hacerle envidiar... ¡la condicion del bruto!!!

§ VII.—*Pereza.*

«La ociosidad enseñó mucha malicia (1).» En el negocio interesantísimo de la salvacion eterna no hay cosa mas perjudicial que la pereza, la frialdad y la tibieza. Capaz seria el hombre, aun cuando su vida fuese de mil años, pasarlos todos en este estado, encontrándose á lo último con que no habia hecho nada. Por eso le clama el Espíritu Santo en el Apocalipsis, designándole en el obispo de Laodicea: «Sé tus «obras, que ni eres frio ni caliente: ojalá fueras frio ó ca«liente (2).» Porque, como dice Casiano (3), de los hombres frios y carnales hemos visto frecuentemente llegar al fervor del espíritu, mas de los tibios no lo hemos visto.

La posicion del perezoso y del tibio en órden á la salvacion eterna es muy falaz y engañosa, mayormente si á esta pereza se agrega una medianía de conciencia. El perezoso se examina, y como no se encuentra demasiado pecador y delincuente para que entrando dentro de sí mismo conciba temor, jamás sale de su apatía, y nunca marcha á la perfeccion. «El que vacila entre la virtud y el vicio, dice san «Agustin, en aquel lugar que quisiera evitar el pecado, pe«ro que no se atreve á romper y combatir con valor, este se «halla tibio y en un estado peligrosísimo para su alma.»

La pereza en la práctica de las virtudes y en las cosas divinas, por lo que estorba la dignidad y la perfeccion degrada; por lo que previene é impide las dichas y las satisfacciones de las buenas obras infelicita. Lo mismo sucede con la pereza en las cosas humanas, ó sea la pereza natural, que inclina á la repugnancia al trabajo y á la ociosidad. Por lo que tiene de antimoral y engendradora de vicios degrada; y por lo que tiene de antieconómica y productora de la miseria infelicita. «La pobreza es compañera de la pereza; el

(1) «Multam malitiam docuit otiositas.» (*Eccli* XXXIX).
(2) Cap. III, 15.
(3) Coll. IV, cap. 39 in textum Apoc.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«bienestar es el fruto de la actividad (1).» «En toda labor «habrá abundancia; mas donde hay muchas palabras, allí «frecuentemente hay pobreza (2).» Al olvido de estas máximas debió la altiva España de los próximos siglos su empobrecimiento y decadencia. Las pretensiones de nobleza, tan universalmente extendidas, se declararon á sí mismas incompatibles con el trabajo manual, y se abandonó la industria fabril y agrícola.

Una y otra pereza han sido siempre anatematizadas por el Catolicismo, pero especialmente la espiritual; puesto que su principal mision es desembarazar de obstáculos al hombre el camino para la riqueza eterna. El Catolicismo maldijo allá, por boca de Jeremías, no ya á aquel á quien la pereza impide hacer la obra de Dios, sino que avanza mas; maldice á aquel que la hace con pereza: *negligenter* (3).

Pero hay mas: el Catolicismo ha combatido una y otra pereza en una misma persona y á la vez, desterrando la ociosidad del pensamiento con la meditacion, y de las manos con el trabajo; de lo que ha procedido ese axioma vulgar, que por cierto debe andar muy léjos de los talleres y establecimientos manufactureros de los protestantes: *Á Dios rogando y con el mazo dando* (*). ¡Qué cuadro mas interesante el de un monje de la Tebaida, sentado á la puerta de su humilde monasterio, moviendo apenas sus labios que oran, elevado su pensamiento que medita, sus manos entretejiendo canastillos con hojas de palmera, y fijos en su obra los ojos, que alza de cuando en cuando, y con mas frecuencia al ponerse el sol, en busca del fatigado viajero y peregrino, que espera con ansia para invertir en su cama, cena y desayuno el precio del trabajo del dia anterior!

Y la Reforma ¿ha procurado tambien desterrar la pereza? ¡Oh! en cuanto á la pereza natural, preciso es confesar que ha puesto en juego dos excelentes medios entre otros para

(1) Prov. x, 4.
(2) Ibid. xv, 23.
(3) Version de los Setenta.
(*) Es singular el que la ciencia económica haya venido á justificar tambien en esta parte al Catolicismo. Todos los economistas ven detrás de los maravillosos resultados de *la division del trabajo* el inconveniente de que el operario se embrutece, y se embotan sus facultades intelectuales, que ejercita poco ó nada haciendo siempre una misma obra, llegando á funcionar como una máquina. Pues bien; este inconveniente le remueve el Catolicismo por medio de la via contemplativa.

desterrarla: uno colocar al operario en la alternativa de trabajar quince horas al menos al dia, ó de perecer de hambre; porque (y este es el otro medio) ha sabido castigar la vagancia con los tormentos y con la esclavitud. Pero si hablamos de la pereza espiritual, cuya abolicion es mas necesaria al hombre, y á la cual debió ocurrir el Protestantismo con preferencia á la otra, puesto que la Reforma es en todo caso, y como quiera que ella sea, una religion y no un código; si hablamos de la pereza espiritual, repetimos, no era medio á propósito para extirparla el venir predicando á sus prosélitos *el siervo arbitrio* y *el fatum teológico*. Se entristece el corazon al ver entre ellos las prácticas religiosas olvidadas, las costumbres cristianas abolidas, y desiertas las iglesias, aunque á la verdad no ganarian mucho mas con frecuentarlas. En fin, tanto ha vociferado la Reforma contra lo que apellida *fanatismo y supersticion católica,* que ha dado en el extremo opuesto de desterrar absolutamente de los corazones el sentimiento religioso.

¿Y las sectas filosóficas? Estas no reparan en poco, y siempre arrancan de raíz. Con decir que *la tierra no es de ninguno* y que *los frutos son de todos,* estimulan perfectamente al trabajo para desterrar la pereza natural. Pero todavía es mas eficaz y mas sencillo á la vez el medio de que pretenden valerse para desterrar la pereza en la salvacion, en las buenas obras y en las cosas divinas con decir «que no hay «méritos ni deméritos, ni premios ni penas, ni otra vida, ni «Dios (1).»

Recorridos los pecados capitales, considerados como conviene á nuestro propósito, en relacion á la degradacion y desdicha que abortan, y colocada al lado de la benéfica accion é influencia del Catolicismo la funesta de la Reforma y de las sectas filosóficas; examinarémos ahora bajo el mismo método dos de sus opuestas virtudes: la *liberalidad* y la *paciencia;* puesto que de la *humildad,* de la *castidad* y de la *caridad* hemos ya hablado en otro lugar; y las de la *templanza* y *diligencia,* además de no reclamar mucho nuestra atencion por ser las menos principales, quedan suficientemente discutidas y parangonadas en sus contrarios vicios, la gula y la pereza.

(1) Deismo, Materialismo, Ateismo, etc.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

§ VIII.—*Liberalidad.*

Dedúcese de la etimología misma de la palabra que se trata de una dádiva libre y espontánea.

Es evidente que la liberalidad dignifica y hace feliz al hombre. Le dignifica, porque la largueza y la generosidad demuestran en el corazon del generoso poco apego á lo material y á lo terreno; y el hombre que no se deja dominar por lo terreno y lo perecedero es mas digno que todo ello, y abriga una idea justa y verdadera de su dignidad y elevacion sobre todo cuanto le rodea. «¿Qué cosa mas digna y «elevada, dice san Ambrosio, que el varon á quien no puede «mover el oro, que desprecia las riquezas, y, como coloca«do en gran altura, desprecia las ambiciones de los hom«bres (1)?» No así el avaro, que sometiéndose vilmente al cetro despótico y esclavizador del oro, abdica su dignidad, y no tiene conocimiento de la elevacion de su carácter, ó aparenta desconocerla. Le hace feliz porque por este desasimiento está libre de aquellos sobresaltos, inquietudes, cavilaciones y terribles insomnios que atormentan á los avaros. «Desprecian los bienes de la tierra.» Ved aquí el gran crímen que Luciano, el Voltaire de Samosata, echaba en cara á los cristianos (2)! ¡Cuánto mas felices y dignos serian los sofistas si pudieran cometerle!

Á nadie se le oculta la liberalidad de la Iglesia católica en las necesidades públicas y en los apuros de los Estados, siempre que los príncipes han recurrido á ella, y aun adelantándose á sus peticiones, para lo cual se ha desprendido hasta de los vasos sagrados. Su caridad práctica para con los pobres, los desvalidos, los esclavos, etc., no ha conocido límites, como hemos visto y hemos aun de ver (*). Por lo demás, los que la acusan de ambiciosa probablemente ignorarán que alguna vez ha restringido legalmente la generosidad de los fieles hácia ella.

(1) «Quid enim præcelsius illo viro qui auro moveri nesciat, contem«ptum habeat pecuniarum, et venit ex arce quadam despiciat hominum «cupiditates? Quod qui fecerit, hunc homines supra homines esse ar«bitrantur.» (*De officiis ministror.*, lib. III, cap. 11).

(2) *Historia de la muerte de Peregrino.*

(*) «Aurum habet Ecclesia, non ut servet, sed ut eroget et subveniat «in necessitatibus.» «La Iglesia no tiene sus tesoros para guardarlos «sino para remediar las necesidades,» decia san Ambrosio, *De officiis ministror.* cap. 28. Véase á Tomasino, *De veteri et nova Ecclesiæ disciplina,*

Pasando de la liberalidad colectiva á la distributiva, tanta era la que se ejercia en los *tiempos de la ignorancia* (aunque á la verdad mas felices para todo el mundo, por lo que, francamente hablando, concebimos justos recelos contra un progreso económico-social que arrastra fatalmente tras sí otro progreso de universal desdicha), especialmente por nuestros monasterios y conventos, que puede en realidad decirse que no habia pobres; hambrientos ninguno. En los tiempos que alcanzamos hemos visto el desprendimiento generoso del clero católico español para con su respetado Gobierno. ¡Cosa singular! cuando se ha tratado de lastimar la unidad de la religion católica, ó algunos de sus derechos, todo el clero (y muchos legos tambien) se han levantado como un solo hombre á protestar; pero cuando por la penuria del Tesoro se le ha descontado parte de su dotacion, aun de las mas mezquinas, ni una sola queja, que nosotros sepamos, ha oido el Gobierno, siendo la clase que mas pronto le ha ofrecido recursos y hecho donativos para empresas de interés nacional y patriótico. Y si no fuera por herir la modestia de nuestros compañeros de ministerio, y esterilizar su obra meritoria con la publicidad, diríamos que en la última crísis alimenticia oimos á no pocos infelices transeuntes, escuálidos y transidos de hambre, decir no haber tomado otro alimento en dos ó tres dias consecutivos que lo que en el primero le dieron en casa del párroco de tal pueblo, en

p. 3, lib. I, cap. 28 y sig., y á Constant. Roncag. *in not. ad cap.* 7 *Hist. ecclesiast.*

Yerran lastimosamente los regalistas al deducir de estos subsidios voluntarios y gratuitos de la Iglesia en las necesidades públicas y apuros de los Estados, estar sujetos sus bienes al *dominio eminente* del poder civil. Esto ha sido abusar indignamente de la gran caridad de la Iglesia católica interpretándola reconocimiento por parte de ella de ese dominio eminente; esto ha sido convertir una donacion libre y voluntaria en un acto de justicia legal. Sépase que siempre que se ha alargado una mano ávida á los bienes de la Iglesia, declarados *inalienables* por los códigos cristianos entre ellos el visigodo, y sus donaciones *imprescriptibles, irrevocables y eternas*, sin anuencia, sin permiso y sin aprobacion de su Jefe supremo, se ha ejercido una usurpacion sacrílega y tiránica. Ahí está el Papa, pídansele. ¿No está hoy soltándolos afligido, mas bien que concediéndolos por evitar mayores males, traspasado de dolor al ver á su querida Iglesia convertida en mercenaria triste de los Estados? ¿Qué mas se quiere?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el segundo en casa de el de tal lugar, etc. Sí: «muchos po-«bres han espirado de hambre á la puerta del rico; pero nin-«guno á las del sacerdote, mientras le quedara fuerza para «tirar del cordon de la campanilla (1).»

En los países protestantes ha desaparecido la caridad pública para la indigencia, convirtiéndose en un acto forzoso: tal es esa caridad *legal,* adjetivo que destruye el sustantivo, esa contribucion de pobres. Y ¿dónde está allí la liberalidad privada? Ya la hemos visto en otros lugares por la conexion íntima de las doctrinas. Entre las clases acomodadas, el señor de la casa, que sale de los jardines y de los salones bajos de llevar un manjar delicado á sus perros de caza ya hartos, despide bruscamente y vuelve airado la espalda al mendigo que halla á la puerta, en la cual muere de hambre: desapiadacion que ¡oh vergüenza para naciones que se llaman civilizadas y cristianas! el Egipto pagano habria castigado severamente. El clero está casado, y, ya se ve, seria un crímen dar una limosna quitándoselo á los hijos, impeliéndole mas bien el afecto paternal á exigir sin compasion á sus infelices feligreses su crecido pié de altar, que es una verdadera multa; y hubo un tiempo en que la pobreza, desconsolada y rechazada en todas partes, volvió sus ojos al Gobierno, y vió las cadenas que estaba forjando para ella.

Oigamos al Dr. King, precisamente ministro anglicano: «Nada, dice (2), ha perjudicado mas á la Iglesia de Ingla-«terra que la avaricia y la ambicion de nuestros obispos. «Chandler, Willis, Potter, Gibson, Skerlock han muerto es-«candalosamente ricos: algunos han dejado mas de cien mil «guineas... Ellos podian ser grandes teólogos; pero el título «de buenos cristianos no les pertenecia de modo alguno. El «oro que acumularon para enriquecer á sus familias se le «debia á Dios, á la Iglesia y á los pobres... No fue poca des-«gracia para la causa del Cristianismo en Inglaterra el per-«miso concedido á nuestro clero de contraer matrimonio «cuando la Reforma nos separó del Papismo, porque ha su-«cedido precisamente lo que debia necesariamente suceder, «y lo que se deberia haber previsto. Desde aquella época «nuestros eclesiásticos no han pensado mas que en sus mu-

(1) Mr. Cormenin en su excelente retrato del cura de aldea.
(2) Citado por De Maistre, *Del Papa*, lib. III.

«jeres y en sus hijos.» No se nos acusará con justicia de aducir testimonios sospechosos. En estas mujeres nos parece ver aquellas esposas de los sacerdotes del Gentilismo, de quienes dice Jeremías en su carta á los cautivos de Babilonia, «que cercenaban las ofrendas para sí, sin dar cosa al-«guna ni al enfermo ni al mendigo (1).»

Á la verdad tampoco sabemos qué cosa podrá mover al materialista, v. g., y al ateo á ser liberales. La Religion estimula poderosamente al cristiano á ser liberal con los demás, por medio del estrecho parentesco con que á ellos le une, y el gran premio que le hace esperar; y por eso le dice *que no se canse de hacer bien* (2); pero el corazon del incrédulo, que por lo mismo que nada cree nada espera, se apega tenazmente á los bienes terrenos, y como en ellos constituye su dicha, reputa contraria y estorbadora de esta dicha toda accion liberal, y la aborrece; haciéndole este falso concepto sordo á la piedad, á la conmiseracion y á todo sentimiento humanitario. Aquel amor y esperanza inspiró la sublime ley de remision de deudas en el año del jubileo: por el contrario esta desapiadacion y egoismo inspiró á la nacion sábia por excelencia entre las gentílicas la ley terrible de reducir los deudores á esclavitud, ó hacerles cuartos, y repartirlos entre los acreedores (3). Júzguese pues. Y aun concediendo por un momento que el incrédulo pudiera ser liberal, jamás podrá saborear aquella dulce esperanza que saborea el creyente, y que hace su dicha.

Sin embargo, entre los sofistas tenemos algunos sectarios eminentemente liberales. Estos son los socialistas y los comunistas, cuya posicion ¡y ved el mérito y la generosidad de su proceder! tal es por lo regular, que tienen un interés privado en la igual reparticion ó en el usufructo comun; además de que estos señores empiezan por predicar el comunismo, y despues, como les echa en cara el mismo Proudhon, *confiscan la comunidad en provecho de su vientre* (4).

Ocúrresenos expresar aquí una juiciosa reflexion de Bergier contra los sofistas, á quienes no es posible contentar.

(1) Baruch, VI, 27.
(2) Galat. VI, 9.
(3) Ley de las Doce tablas, tabla III, ley última. ¡Y á esto se ha apellidado razon escrita!
(4) Citado por Soudre, *Historia del Comunismo.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«En tiempo, dice, en que la Iglesia era pobre, se imputa co-«mo un crímen á sus ministros haber vivido de limosnas; «cuando se la confiaron riquezas para ponerlas á salvo de «la rapacidad de los grandes, se les echa en cara haberlo «invadido todo. ¿Qué se necesitaria, pues, para satisfacer á «censores tan caprichosos? Engordarlos á costa de las igle-«sias, de los pobres, de los establecimientos de caridad; en-«tonces quizás nos prometerian creer en Dios (1).» No faltan hoy creyentes de este género.

§ IX.—*Paciencia.*

«Aguanta en el dolor, y ten paciencia en la humildad (2).»

Hay hombres y aun pueblos y naciones á quienes abismando sus creencias religiosas en una apatía é inaccion profunda, abandonan sus destinos al capricho y á merced de causas naturales ó sobrenaturales. Á esto se ha dado el nombre de fatalismo.

La resignacion y la aquiescencia en los sucesos varios de la vida pueden ser practicadas lo mismo por el hombre incrédulo ó pagano que por el hombre cristiano. Aquellos abandonando su suerte á causas naturales y ciegas, ó sobrenaturales pero falsas, v. g., al capricho de los dioses mitológicos; tales eran los filósofos estóicos, cuya insensibilidad era, como dice san Agustin (3), *una verdadera inhumanidad*, y cuya moral es á todas luces insuficiente y defectuosa: este, entregándose absolutamente en manos de la Providencia, conformándose en todos los sucesos prósperos ó adversos de la vida con la voluntad del único y verdadero Dios: aquello se llama propiamente *fatalismo*, y esto *paciencia y conformidad con la voluntad divina*. San Cipriano las distingue perfectamente en su precioso libro *De bono patientiæ* (4), y Tertuliano nos traza un cuadro completo y

(1) *Tratado histórico*, tomo 2, pág. 535.

(2) Eccli. II, 4. «In tribulatione patientes.» (*Rom.* XII).

(3) «Humanitatem potius amittunt, quam veram assequuntur tran-«quillitatem.» (*De civitate Dei*, lib. XIV, cap. 9).

(4) Núm. 1, 2, 3, etc. «Nam si sapiens ille est qui est humilis et mitis, «philosophos autem nec humiles videmus esse nec mites, sed sibi «multum placentes, et hoc ipso quod sibi placeant Deo displicentes, «apparet illic veram non esse patientiam ubi sit insolens affectatæ liber-«tatis audacia, et exerti ac seminudi peccatoris inverecunda jactantia.

«Nos autem, fratres dilectissimi, qui philosophi non verbis sed fac-«tis sumus, nec vestitu sapientiam, sed veritate præferimus, qui vir-

acabado de la verdadera paciencia, confundiendo al fatalismo ó paciencia gentílica, que llama *falsa y perniciosa*, atribuyendo su invencion al espíritu maligno (1).

El pagano Cecilio acusaba á los cristianos de profesar una especie de fatalismo que no acertaba á distinguir del fatalismo verdadero. «Si otros lo atribuyen al destino, decia alu-«diendo á los estóicos, vosotros lo atribuís todo á Dios (2).» Y Octavio, refutándole, combatia al fatalismo pagano diciendo: «Nadie se tranquilice poniendo sus crímenes bajo la «proteccion del destino (*): la fortuna no puede destruir la «libertad del hombre: es juzgado no por su suerte sino por «sus acciones: no hay mas destino que el que Dios ha he-«cho; y como todo lo preve, lo arregla todo segun los mé-«ritos de cada uno (3).»

La conformidad con la voluntad de Dios hace feliz al hombre aun en medio de sus mayores infortunios. Con efecto. El que en todo se conforma con la voluntad de Dios es justo; y el justo, en expresion de las sagradas Letras, «no se entris-«tecerá por cosa que le acontezca (4).» Efectivamente, y veamos cómo lo corrobora la filosofía. El que no quiere mas que lo que Dios quiere, sabe que siendo Dios infinitamente bueno y misericordioso, no puede querer para él sino lo que le sea útil y ventajoso: está seguro que no querrá Dios nada que atañe á él que no vaya ordenado á su bien. En su

«tutum conscientiam magis quam jactantiam novimus, qui non loqui-«mur magna, sed vivimus quasi servi et cultores Dei, patientiam quam «magisteriis cœlestibus discimus obsequiis spiritalibus præbeamus. «Est enim nobis cum Deo virtus ista communis. Inde patientia incipit «unde charitas ejus et dignitas caput sumit. Origo et magnitudo pa-«tientiæ Deo auctore procedit. Diligenda res homini quæ Deo chara est «bonum quod amat majestas divina commendat, etc.»

(1) «Hæc patientiæ ratio, hæc disciplina, hæc opera cœlestis et vera, «scilicet christiana, non ut illa patientia gentium terræ, falsa, probro-«sa. Nam, ut in isto quoque Domino diabolus æmularetur, quasi plane «ex pari nisi quod ipsa diversitas *mali et boni æqualiter magnitudinis par* «est, docuit et suos patientiam propriam, etc.» (*Libro de patientia*, capite 16).

(2) «Nam quidquid agimus ut alii fato, ita vos Deo addicitis.» (Minuc. Felic. *Octav.* cap. 11).

(*) Este es el fanatismo moral; el *fatum* en su forma mas horrible.

(3) «Nec de fato quisquam aut solatium captet, aut exactet eventum. «Sit sortis fortunæ, mens tamen libera est, et ideo actus hominis, non «dignitas judicatur. Quid enim aliud est fatum quam quod de unoquo-«que nostrum Deus fatum est? qui cum possit præscire materiam pro «meritis et qualitatibus singulorum, etiam fata determinat? Ita in no-«bis non genitura plectitur, sed ingenii natura punitur.» (*Ibid.* cap. 36).

(4) «Non contristabit justum quidquid ei acciderit.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

virtud, si Dios le envia trabajos y calamidades, como está bien persuadido de que al querer Dios enviárselos no intenta sino su bien, á que los ordena, no le afligen ni aterran (1), por el contrario se le tornan ligeros; mas, los apetece y desea, porque en su absoluta conformidad y en su firme persuasion de que nada querrá Dios que no vaya ordenado al bien, convierte las enfermedades en salud, en alegría la pena, y en dicha el infortunio (2). Por manera que la paciencia y la conformidad con la voluntad de Dios es el específico universal que dulcifica todas las amarguras y destierra todas las penas: así que todas las cosas alegres ó tristes, prósperas ó adversas redundan en bien del conformista cristiano. «Todas las cosas contribuyen al bien «de los que aman á Dios,» dice tambien la Escritura sagrada (3), y los que aman á Dios son precisamente aquellos que en todo se conforman con su divina voluntad.

Hasta la misma muerte y la muerte mas cruel y dolorosa no basta á abatir la paciencia del verdadero cristiano. ¿No vemos en el martirio la paciencia llevada al heroismo? «Todo «esto, dice muy bien Bergier (4), todo esto se necesitaba para «convencer á sus perseguidores de la inutilidad de los su«plicios para exterminar el Cristianismo, y para demostrar «á los paganos la superioridad de las máximas del Evange«lio sobre la moral de los filósofos.»

Y ¿qué podrá hacer tampoco el hombre que mas le eleve y dignifique que conformar su voluntad con la de Dios? Ninguna absolutamente. El que quiere lo que Dios quiere, quiere lo bueno, porque lo bueno es lo que Dios quiere. El que quiere lo que Dios quiere, quiere noblemente, porque lo que Dios quiere, lo quiere por motivos nobles. El que quiere lo que Dios quiere, quiere infinitamente, digámoslo así, eterniza su volundad, porque la voluntad de Dios es infinita, y con ella forma la suya una especie de union hipostática. Por último, y permítasenos decirlo, el que quiere lo que Dios quiere, hace suya la voluntad de Dios, es el mismo Dios en cuanto á esta potencia. Ninguna otra cosa puede enaltecer mas al hombre.

(1) «Non contristabit, etc.»
(2) «Convertisti planctum meum in gaudium mihi. (*Palm.* XXIX).
(3) «Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.»
(4) *Diccionario de teología*, artículo *Ambrosio* (*San*).

El Catolicismo nos recomienda á cada paso la paciencia, y en el profundo libro de Job delineó allá en su exordio un modelo sublime de esta virtud, modelo que con frecuencia nos presenta y trae á la memoria. Pero todavía es mayor el impulso que nos da hácia la paciencia con la fuerza de sus doctrinas. ¿Quién es aquel que hace dos años yace en el lecho inmóvil y lleno de dolores, sin haber salido de su boca ni pronunciado sus labios la mas mínima queja contra Dios, ni aun de enojo, de fastidio ni de impaciencia? ¿Quién es? Quien puede ser únicamente: un cristiano católico que cree con fundamento (y aun cuando esto que cree fuese un error, de todos modos resultaria que se equivocaba felizmente) que su paciencia es la fianza de la compra que hace de la dicha eterna con sus dolores temporales. Y ¿quién es aquel otro valeroso, que siendo calumniado, perseguido, encarcelado y aherrojado, reclina perfectamente tranquilo y pensativo su cabeza sobre el brazo que apoya en el duro suelo? Otro cristiano católico que está comparando el valor de sus padecimientos injustos con la corona inmortal á que aspira. «Sé justo y serás feliz,» ha dicho un célebre sofista (1) en un intervalo de franqueza.

Tenemos, pues, que todas las calamidades y contratiempos de esta vida mortal se estrellan contra la paciencia cristiana, sin que por ello haya dado el Cristianismo en el vicioso extremo de condenar como debilidad la piedad y la clemencia, como lo hacia la filosofía estóica que, como dice Bergier copiando á san Agustin, no era mas que una inhumanidad irreflexiva y reducida á principios (2). «Ten pa«ciencia, y dominarás todas las calamidades,» dijo san Hermas (3).

Pero ¡ah! en el Protestantismo, en el cual no hay fe cierta, tampoco hay esperanza segura; y allí donde no hay esperanza segura, hay un inmenso foco de desesperacion. El mismo Grocio se asombraba de lo helado que habian dejado á los protestantes su corazon las doctrinas fatalistas. Á la verdad, del *fatum teológico* y del *siervo arbitrio* que vino predicando la Reforma no podia esperarse mucha actividad

(1) Rousseau, *Emilio*.
(2) *Diccionario de teología*, artículo *Moral*.
(3) «Æquanimis esto et patiens, et omnium operum nequissimorum «dominaberis, et operaberis omnem justitiam.» (*Lib. II, Mandat. V*, c. 1).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en el órden moral y espiritual. Bossuet probó á los protestantes que los estóicos no profesaron un fatalismo tan riguroso como el suyo.

Pero ¡ah! en el Filosofismo, en el cual no hay ninguna fe, tampoco hay ninguna esperanza, y allí donde no hay ninguna esperanza, está la desapiadacion misma con todos los horrores.

Por último; mas de lo que nosotros pudiéramos decir sobre esto en paralelo de doctrinas, dicen las estadísticas criminales de los países protestantes y sofistas en sus secciones de suicidios: ahí están, compárense con las de los países católicos.

Habiendo tratado de los pecados que nos hacen perder la gracia divina, naturalmente nos llaman los Sacramentos, por los cuales volvemos á recobrarla, por los cuales se nos perdonan todos los pecados, no borrándolos solamente ó declinando su responsabilidad, sino arrancándolos de raíz, y por los cuales, en fin, «ó comienza toda verdadera santidad, ó «ya comenzada se aumenta, ó perdida se recobra (1).»

(1) Concilio Tridentino, sesion 7.ª

LIBRO IV.

CAPÍTULO I.

DE LOS SACRAMENTOS EN GENERAL (*).

Los Sacramentos son las medicinas del espíritu, medicinas especiales elaboradas en la vasta oficina del Cristianismo, para las necesidades urgentísimas del mismo espíritu. No se ocultó al Evangelio que la vida espiritual del hombre (1) necesitaba no menos que la vida corporal de algunos medicamentos que la confortasen, la alimentasen, la sanasen, etc., y como si desde su primera página hasta la última no fuese un poderoso confortativo, un nutritivo alimento y un constante conato de restauracion del hombre espiritual, no satisfecho aun con esto, le prepara y le da siete signos exteriores, sensibles, llenos de virtud y de gracia, siete hermosas instituciones «en que se contiene y se cifra todo «entero el conocimiento del hombre civil y moral (2).» Y, sin embargo, hombres hay tan ignorantes ó tan impíos, ó todo á la vez, que no ven en los Sacramentos otra cosa que un medio de dominacion de la Iglesia sobre el hombre, desde la cuna hasta mas allá del sepulcro, dado que, como dice Luis Blanc (3), «le persigue aun despues de los funerales en las «regiones eternamente ignoradas.»

De estos Sacramentos unos constituyen al hombre en cierto estado social, como el Órden y el del Matrimonio. Otros le regeneran, como el Bautismo; otros le justifican, como la Penitencia; otros le consagran, como la Comunion, etc., y to-

(*) No es necesario á nuestro propósito examinar la liturgia, disciplina, etc., ni la variedad y variacion de ellas. Quien quiera enterarse á fondo lea á Tomasino, Devoti, *Inst. canon.*, Chardon, *Historia de los Sacramentos*, Gaume, *Catecismo de perseverancia*, etc.

(1) Conc. Florent. in Decret. et Catech. rom. part. 2.

(2) Chateaubriand, *Genio del Cristianismo*, en los Sacramentos.

(3) *Historia de la revolucion francesa*, tomo 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en el órden moral y espiritual. Bossuet probó á los protestantes que los estóicos no profesaron un fatalismo tan riguroso como el suyo.

Pero ¡ah! en el Filosofismo, en el cual no hay ninguna fe, tampoco hay ninguna esperanza, y allí donde no hay ninguna esperanza, está la desapiadacion misma con todos los horrores.

Por último; mas de lo que nosotros pudiéramos decir sobre esto en paralelo de doctrinas, dicen las estadísticas criminales de los países protestantes y sofistas en sus secciones de suicidios: ahí están, compárense con las de los países católicos.

Habiendo tratado de los pecados que nos hacen perder la gracia divina, naturalmente nos llaman los Sacramentos, por los cuales volvemos á recobrarla, por los cuales se nos perdonan todos los pecados, no borrándolos solamente ó declinando su responsabilidad, sino arrancándolos de raíz, y por los cuales, en fin, «ó comienza toda verdadera santidad, ó «ya comenzada se aumenta, ó perdida se recobra (1).»

(1) Concilio Tridentino, sesion 7.ª

LIBRO IV.

CAPÍTULO I.

DE LOS SACRAMENTOS EN GENERAL (*).

Los Sacramentos son las medicinas del espíritu, medicinas especiales elaboradas en la vasta oficina del Cristianismo, para las necesidades urgentísimas del mismo espíritu. No se ocultó al Evangelio que la vida espiritual del hombre (1) necesitaba no menos que la vida corporal de algunos medicamentos que la confortasen, la alimentasen, la sanasen, etc., y como si desde su primera página hasta la última no fuese un poderoso confortativo, un nutritivo alimento y un constante conato de restauracion del hombre espiritual, no satisfecho aun con esto, le prepara y le da siete signos exteriores, sensibles, llenos de virtud y de gracia, siete hermosas instituciones «en que se contiene y se cifra todo «entero el conocimiento del hombre civil y moral (2).» Y, sin embargo, hombres hay tan ignorantes ó tan impíos, ó todo á la vez, que no ven en los Sacramentos otra cosa que un medio de dominacion de la Iglesia sobre el hombre, desde la cuna hasta mas allá del sepulcro, dado que, como dice Luis Blanc (3), «le persigue aun despues de los funerales en las «regiones eternamente ignoradas.»

De estos Sacramentos unos constituyen al hombre en cierto estado social, como el Órden y el del Matrimonio. Otros le regeneran, como el Bautismo; otros le justifican, como la Penitencia; otros le consagran, como la Comunion, etc., y to-

(*) No es necesario á nuestro propósito examinar la liturgia, disciplina, etc., ni la variedad y variacion de ellas. Quien quiera enterarse á fondo lea á Tomasino, Devoti, *Inst. canon.*, Chardon, *Historia de los Sacramentos*, Gaume, *Catecismo de perseverancia*, etc.

(1) Conc. Florent. in Decret. et Catech. rom. part. 2.

(2) Chateaubriand, *Genio del Cristianismo*, en los Sacramentos.

(3) *Historia de la revolucion francesa*, tomo 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos ellos le consuelan, todos le ensalzan, todos le hacen dichoso y feliz aun en esta vida. Ellos, santificando el himeneo, vuelven sagrados sus deberes, evitando por consiguiente las infidelidades y las contiendas familiares que ya son menos frecuentes, y en su virtud pacifican y hacen feliz al hogar doméstico, el cual envia por sus puertas y ventanas la dicha á la sociedad. Segregando del comun de los fieles algunos de ellos para constituirlos *peculiar herencia y suerte* del Señor, y dándoles vice versa al Señor como *parte de la herencia suya* (1), y destinándolos al beneficio y al socorro de la humanidad doliente y de la sociedad degenerada, llevan el consuelo y la esperanza hasta los últimos confines del mundo en obsequio de la primera, y se desparraman por todas partes llamando á los hombres á la virtud, y por consiguiente á la civilizacion, así como apartándolos del vicio, en obsequio de la segunda.

Los sacramentos del Órden y del Matrimonio son dos instituciones eminentemente sociales. No era, pues, el Cristianismo tan impotente que no pudiera regenerar mas que la mitad del hombre, ni tan poco generoso que no quisiese regenerarle mas que por un lado ó bajo un solo aspecto. El Cristianismo se apoderó de todo él. Él vino á restaurar y regenerar al hombre moral, al hombre político, al hombre social, refundiendo y acrisolando las virtudes, las leyes, las costumbres, las instituciones, las ideas, los principios, y, en una palabra, la conciencia pública: *Instaurare omnia in Christo* (2). Y aquel que piense que Jesucristo vino al mundo para moralizar al hombre, pero dejándole á la vez insocial é incivilizado, es un blasfemo por lo que su pensamiento tiene de injurioso á Dios; y un ignorante por lo que su pensamiento tiene de visiblemente irrealizable, como si se pudiera moralizar sin civilizar á la vez, ó como si pudiera subsistir la civilizacion sin la moralidad, que es precisamente su apoyo y su orígen. La restauracion y el órden tienen que fundirse y elaborarse en el mundo religioso; y desde allí es desde donde se derivan y pasan sucesivamente, necesariamente é inevitablemente, al mundo moral, al mundo intelectual, al mundo social y al mundo político.

Si en nuestros dias se ha visto y se ve acá y acullá tan

(1) Salmo XV.
(2) Ephes. I, 10.

atacada la doctrina del Cristianismo, es porque no se conoce cual se debiera su influencia social, ó porque se aparenta desconocerla (*). El siglo materializado quiere remover todo obstáculo á las pasiones, y ataca á la virtud por lo que incomoda, sin reparar que combatiendo la virtud, combate tambien la civilizacion. Algunas naciones se han desengañado ya de los opimos frutos de los sistemas utilitarios: se han convencido de que el hombre no vive solamente de pan, y cediendo algo de semejante positivismo, promueven los medios morales. Otras se van desengañando, y otras que aun no se han engañado completamente, avanzan empujadas por la falaz inexperiencia al borde del precipicio.

En cuanto á la funesta influencia de la Reforma y del Filosofismo en el órden religioso, en el moral, y aun en el social y político por su accion violenta y destructora sobre los Sacramentos, irémosla viendo en el discurso que vamos entablando sobre cada uno de ellos en particular. Dirémos únicamente, ya que nos hemos permitido aquí hacer mencion especial del Órden y del Matrimonio, que entre los protestantes estas dos instituciones pierden el carácter y la influencia moral y social que hemos visto entrañan, porque el Órden no influye así sino por el celibato que ellos no profesan, tampoco influye así el Matrimonio sino por la indisolubilidad que ellos rechazan, ni es tan poderosa y eficaz la influencia de uno y otro sino por el carácter sagrado de que ellos los despojan.

En cuanto á los sofistas, cualesquiera que sean, materialistas, incrédulos, escépticos, deistas, ateos ó panteistas, como no admiten Sacramentos ningunos, «porque son la «muerte del hombre intelectual, cuya vida entera enlazan «con la red de la supersticion (1),» nada tenemos que decirles sino que se privan á sí mismos y quieren privar á la sociedad de sus ventajas morales y sociales.

(*) Hay algunos que la atacan porque conocen bien su influencia. Estos son los socialistas y los comunistas, que han visto en las doctrinas del Cristianismo un dique inexpugnable contra el desbordamiento de las suyas, y un poderoso obstáculo á la disolucion á que aspiran.

(1) Mr. Leroux, *Nueva enciclopedia*, artículos *Confirmacion*, *Confesion*, *Bautismo*.

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEON

§ I.—*Bautismo.*

El Bautismo es la regeneracion del hombre, su restauracion moral, su restablecimiento en el estado primitivo y feliz, la emancipacion de la esclavitud demoníaca, y su entrada en la adopcion divina. Con esto hemos dicho ya la gran dignidad y la gran dicha que infunde en el bautizado el agua regeneradora, con la cual se derrama tambien sobre él un abundante manantial de gracias conservadoras de esta dicha y de esta dignidad.

Tambien fue desde luego este Sacramento en manos del Catolicismo un poderoso instrumento de emancipacion, de restauracion social y de civilizacion, ora por medio de sus sabias restricciones en conferirle, ora por los estudiados y grandiosos efectos que le atribuyó ya conferido. ¿No queria el gladiador, v. g., abandonar sus juegos sangrientos y homicidas? Pues no era digno del Bautismo, y como este era generalmente deseado con ardor, el gladiador, á cambio de lograrle, dejaba de ser fiera para ser hombre. ¿Era bautizado el esclavo? Pues ya mejoraba su condicion, ó estaba libre de cadenas. La túnica blanca que se vestia á los bautizados no era solamente señal de inocencia, sino tambien de libertad (*). ¡Qué hermosa es aquella dulce violencia que el Cristianismo parecia hacer á la voluntad del hombre! ¡Qué otra prueba mas clara de que Jesucristo no vino al mundo únicamente para santificar al hombre, sino tambien para dignificarle, y de que á la vez que reclutaba habitantes para el cielo, recordaba á todos los hombres su dignidad y su valor en la tierra! ¿Qué institucion mas universal, mas sublime, mas eminentemente felicitadora, civilizadora y mas henchida de amor y misericordia divina, que la del Bautismo, la cual hace á la vez al bautizado, hombre, cristiano, hijo de Dios é inquilino del cielo?

Esclavo y víctima de la autoridad pública y paterna el gentil aun sin haber salido del útero materno, y estando

(*) Temiendo que reclamasen su libertad como cristianos, se ha visto en América á los colonos protestantes diferir el bautismo de los negros hasta el artículo de la muerte, para conciliar de este modo la codicia con la conciencia, habiendo así muerto algunos en la idolatría. Hé aquí el celo que inspira la Reforma por la salvacion de las almas, por la religion y por la humanidad.

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

pronta una desapiadada legislacion á secundar instintos inhumanos y feroces, su existencia estaba constantemente amenazada; y hé aquí que la preciosa y divina institucion del Bautismo vino á declarar sagrada una vida que antes no tenia la mas pequeña garantía. ¡Oh! aunque Jesucristo no hubiese dispensado á la humanidad mas que este solo servicio, bien merece que se le expida el título de Salvador de la vida corporal del hombre, y se le una al glorioso de Salvador espiritual. ¡Cuántas madres culpables darian la muerte temporal á sus hijos si no las detuviera el temor de darles juntamente la muerte eterna! Si en la China se conociese el Bautismo cristiano ú otra institucion á él parecida en significacion, ¿abandonarian los niños recien nacidos á los cerdos? ¡Infelices! Plegue al cielo bendecir aquellas misiones, hasta ahora tan desgraciadas, y haga que se arraigue definitivamente en todo el imperio una religion tan bienhechora de la humanidad.

El autor del *Genio del Cristianismo* nos ha descrito las alegrías del Bautismo cristiano. «Hállase, dice, rodeado (el «niño) de una familia llena de alegría, que renuncia en su «nombre al pecado, y le pone el nombre de su abuelo, que «se hace como inmortal en este renacimiento perpetuado «por el amor de generacion en generacion. Ya el padre se «da priesa á tomarle en sus brazos para ponerle en los de su «impaciente esposa que está contando bajo de su cortina to«dos los golpes de la campana bautismal. Todos rodean la «cama de la madre, y por las mejillas de los circunstantes «corren lágrimas de una religiosa ternura: el nuevo nom«bre del hermoso infante, el antiguo de su antepasado, pasa «de boca en boca, y mezclando cada uno la memoria de lo «pasado con la alegría presente, creen todos que reconocen al «buen viejo en el infante que hace revivir su memoria (1).»

§ II.—*Confirmacion.*

Este poderoso confortativo de la fe profesada en el Bautismo, y de la gracia recibida en él, lleva al confirmando la intrepidez y la firmeza con que confiesa á Jesucristo, la constancia y la paciencia con que sufre en su nombre todos los trabajos, todas las calumnias y todas las persecuciones, é

(1) Mr. Leroux, *Del Bautismo.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

infunde en él los siete dones del Espíritu Santo que le escudan contra los siete pecados capitales, sus implacables enemigos. Contribuye este Sacramento á que todo se le vuelva al cristiano suave y ligero, con lo cual, y con los grandes dones y gracias que le reporta, le dignifica sublimándole, y le felicita fortaleciéndole contra las adversidades.

De todas estas ventajas se privan los protestantes al rechazar como una ceremonia ociosa el sacramento de la Confirmacion, despreciando los testimonios de la sagrada Escritura y de la tradicion que á una voz prueban su institucion divina (*). Bien que si hemos de confesar la verdad, han sido consecuentes en abolirle por lo que tiene para ellos de supérfluo é innecesario, dado que la fe que exigen al bautizado es tal, que siempre está pronta y no necesita ciertamente confortativo ni ayuda.

§ III.—*Penitencia-Confesion.*

Este Sacramento y el siguiente reclaman de nosotros alguna extension.

¡Qué campo tan inmenso y grandioso se ofrece á nuestra vista! Volúmenes enteros llenaríamos si pretendiéramos bosquejar siquiera los hermosos efectos morales, políticos y sociales de este Sacramento cuyas profundas raíces están arraigadas en las necesidades de nuestra naturaleza.

En la absoluta imposibilidad de desterrar de sí la conciencia ni de prescindir de ella, el hombre que ha delinquido en secreto gravemente, tiene que elegir con precision uno de estos dos medios: ó la comunicacion y confesion de su delito, ó la desesperacion y el tormento. La confesion de la falta propia y personal, *esa medicina de las enfermedades del espíritu*, como la llama Lactancio (1), es una necesidad del

(*) Capítulos XIV y XVII del Evangelio de san Juan; II, VIII y XIX de los Hechos de los Apóstoles; V de la epístola á los Gálatas; san Teófilo Antioq. lib. I, núm. 12, *ad Autolyc.*; S. Iren. *adversus Hæreses*, lib. I, cap. 21; Tertul. *De Baptismo*, cap. 7; *de Præscript.* cap. 40; *contra Marcion*, cap. 14; S. Cypr. *Epist. LXXIII ad Jubajanum*, et *LXXIV ad Pompej.* En fin, Optato de Milevi, san Paciano de Barcelona, san Cirilo de Jerusalen, san Ambrosio, san Juan Crisóstomo, san Jerónimo, san Agustin, san Cirilo de Alejandría, Teodoreto, Inocencio I entre los Papas, y entre los Concilios el nuestro de Elvira, el de Nicea general, y el de Laodicea.

(1) *Divinar. instit.* lib. IV, cap. 3.

alma tan palpable y tan imperiosa, que no sabemos qué cosa admirar mas en aquellos hombres que han impugnado esta institucion divina, si su odio profundo á la religion de Jesucristo, ó su extrema crueldad para la humanidad atribulada y culpable.

Decia Sócrates (1), «que el mayor de los males para el «hombre es haber cometido una injusticia, y que el mejor «medio para librarse de él, y volver á adquirir la paz y la «dicha del alma, es confesarla á su juez y sufrir su castigo.» En el concepto de Séneca (2), «la confesion es una excelente «medicina del vicio.»

«Muchas veces, escribe el conde De Maistre (3) observan«do esta irresistible necesidad de comunicacion del hombre «culpable, muchas veces el culpado obligado por su propia «conciencia rehusa la impunidad que hallaria en el silen«cio. *Por no sé qué instinto misterioso,* aun mas fuerte que «el de la conservacion, parece que busca la pena que po«dria evitar, y aun en los casos donde no puede temer ni «los testigos, ni el tormento, se le oye decir: *Sí, yo he sido, yo «soy el culpado,* y pudieran citarse legislaciones misericor«diosas, que en semejantes casos confian á los magistrados «superiores el poder de moderar los castigos aun sin recur«rir al soberano (*).»

Á esta necesidad de comunicacion atribuye el mismo Voltaire la institucion de la confesion por los legisladores del Paganismo, suponiendo á la vez calumniosamente que el Cristianismo la tomó de ellos (4). ¡Y no se ruboriza Rousseau (5) de decir en resúmen, «que la conciencia aplaude los «vicios, y que por ellos no siente remordimientos!» ¡Qué estado tan deplorable revela esto de la suya!

Oigamos al autor de la *Historia filosófica y política del*

(1) En Platon, *Georg.*
(2) *Epist. moral.* 53.
(3) *Del Papa*, lib. III, cap. 3.
(*) El ministerio parroquial nos ha proporcionado infinitas ocasiones de observar á no pocos penitentes en cuyo semblante se veia dibujada la inquietud y la ansiedad, aproximarse al confesonario y retirarse despues de oir la absolucion completamente tranquilos. Tan natural es el tormento y el horror de la culpa, que sin ser un confesor sagaz fisonomista, conoce ya por experiencia antes de confesarlos quiénes entre un número de penitentes tienen sobre sí delitos graves.
(4) *Cuest. enciclop.* artículo *Cura de aldea.*
(5) *Emilio.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

comercio de Indias, precisamente acérrimo enemigo de la Religion. «Los Jesuitas (1) han establecido en el Paraguay «el gobierno teocrático (*), pero con una ventaja especial «para la religion que constituye la base, cual es la práctica «de la confesion... Ella suple por sí todas las leyes penales, «y mantiene la pureza de costumbres de tal modo, que en «aquel país la Religion, mas poderosa que la fuerza de las «armas, conduce al criminal á los piés del magistrado; y «allí léjos de paliar su delito lo recarga á impulsos del arre«pentimiento; léjos de eludir la pena la implora de hinojos, «y cuanto mas severa y pública sea, tanto mas tranquiliza «su conciencia; y así el castigo que en todas partes aterra «á los culpables, en el Paraguay forma su consuelo, aho«gando sus remordimientos por la expiacion. Aquellos pue«blos no tienen leyes civiles, porque no conocen la propie«dad, ni tampoco las tienen criminales, porque cada cual se «espontanea y ofrece voluntariamente al castigo: por con«siguiente, toda su legislacion se reduce á los preceptos re«ligiosos. El mejor de los gobiernos seria una teocracia ba«sada sobre el elemento del tribunal de la confesion.»

Esta necesidad de comunicacion del hombre delincuente es tan palpable, que en todos los pueblos del universo, aun en los tiempos anteriores al Evangelio, y últimamente en el Nuevo Mundo, se han observado vestigios de la confesion (2), y la misma herejía protestante nos suministra una prueba de ello al pretender echar en cara á la Iglesia católica el haber tomado sus ritos penitenciales del Paganismo.

Ahora bien: lo decimos con franqueza: nosotros nos habríamos visto precisados á concebir cierta sospecha, desconfianza y prevencion contra la religion que predicaba Jesucristo y los Apóstoles, si no hubiéramos visto en ella una institucion ó un medio cualquiera que satisfaciese plenamente una exigencia tan imperiosa de la naturaleza humana, y tranquilizase la conciencia del hombre purificándola. Por manera que la confesion, como todas las doctrinas é

(1) Citado por Gaume, *Catecismo de perseverancia*, parte 2, leccion 40.

(*) Algo mejor era aquel gobierno que los que allí se han conocido despues.

(2) Los misterios de Céres Eleusina lo acreditan, y ella es uno de los dogmas de la religion de Zoroastro.

instituciones del Cristianismo, es para nosotros otra de las pruebas irrecusables de la verdad y de la divinidad de su orígen, dado que no se puede suponer en el hombre (aun cuando mintiendo la cronología y la historia hubiesen existido antes del Evangelio tiempos mas civilizados que los conocidos) un conocimiento tan universal y tan profundo del corazon humano, de la vida del hombre, de sus necesidades, y de sus miserias físicas y morales.

El Cristianismo, que en su vista sagaz no podia ser conocedor *á medias* del hombre, consideró á la humanidad bajo los dos aspectos de *doliente* y de *culpable*, y procedió á restaurarla y mejorarla bajo uno y otro concepto. Como afligida y doliente la ofrece, en el inagotable y precioso cúmulo de doctrinas que examinamos en la obra, infinitas sendas de alivios y de consuelos que todas van á parar al término sobre todas consolador de la esperanza de la vida futura.

En todo este depósito inmenso de consuelos, ni uno siquiera de cuantos hasta aquí hemos recorrido ha sido destinado para la humanidad culpable; todos son para la virtud reinante ó perseguida. Pues qué, Jesucristo, que murió para extraernos de la esclavitud del pecado y satisfacer por nosotros las deudas eternas de la culpa, ¿volveria á su eterno Padre sin dejarnos el remedio y el consuelo temporal de la misma culpa? El que habia sido misericordioso y poderoso para apartar de nosotros el pecado mónstruo, el pecado de todo el género humano, ¿no lo habia de ser para purificarnos del pecado personal? Á la verdad, si Jesucristo no hubiese dejado al hombre, como en reserva, *una tabla para despues del naufragio* (1), habria obrado como aquel que habiendo extraido á un hombre de un precipicio, lo abandonase en el borde de él por el gusto de verle otra vez rodar; ó como el capitan que habiendo admitido á los viajeros á bordo de un navío averiado no se proveyese de botes ó lanchas para un suceso funesto; y sin incurrir en una blasfemia no podemos atribuir á Jesucristo una accion tan insensata ó tan aborrecedora del hombre, resultando además que Jesucristo habria padecido tanto como padeció por el hombre sin cási ningun provecho de este, dado que navegando en el tan averiado buque de su naturaleza degenerada, es muy

(1) «Secunda tabula post naufragium.» (*Conc. Trident. sesion* 14 *del sacramento de la Penitencia*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

difícil que, despues que salió del puerto del Bautismo, no naufrague en el océano inmenso y borrascoso de las pasiones (*).

No: Jesucristo, que levantó al hombre de su grande y primitiva caida, no podia abandonarle en su caida segunda, porque esto no podia avenirse con su misericordia y su amor hácia él, ni con la consecuencia y sabiduría infinita de sus obras; y hé aquí que nos parece ver á todos aquellos infelices culpables que, atentos á las palabras del Salvador, esperaban con ansia una que les consolase perdonándolos, saltar de contento y alegría al oir aquel misericordiosísimo *quorum remiseritis*, dirigido á sus Apóstoles; palabras proferidas, y las únicas proferidas, por el Salvador para consolacion, remedio y purificacion jurídica de la culpa arrepentida; y palabras que fueron como el eterno eco del perdon universal otorgado á todos los hombres desde la cruz. ¡Ah! era muy justo que la virtud que tantos derechos tiene al contento y la alegría, mayormente si es perseguida, fuese consolada de mil modos; así como era muy justo que la culpa que ningun derecho tiene á la felicidad, no fuese consolada de modo alguno. Pero Jesucristo, que todo es amor hácia los hombres, cambió esta justicia en misericordia, y no quiso abandonar al delincuente al tormento y á la desesperacion deparando un medio purificante y consolador.

Pero ¡qué medio tan sábio, tan poderoso, tan eficaz y tan prudente! ¡La confesion! ¡y la confesion secreta! ¡y una confesion cuyo sigilo no puede quebrantarse por inmenso que fuese el bien que proviniera de su infraccion ó el mal que resultara de su integridad (**)! Cualquiera otro medio que se hubiera excogitado para realizar el consuelo del culpable, hubiera sido impotente. Mas: la confesion misma es impotente, si esta confesion no es la que instituyó Jesucristo. Si la confesion no fuera *explícita*, el culpable no arrojaria completamente de sí la espina que punza su corazon. Si

(*) «Si autem nemo esse sine peccato potest, et quisquis inculpatum «se esse dixerit, aut superbus, aut stultus est, quam necessaria, «quam benigna est divina clementia, quæ cum sciat, non deesse sana«tis quædam postmodum vulnera, dedit curandis denuo sanandisque «vulneribus remedia salutaria!» (*Lib. de opere et eleemosynis*, num. 3).

(**) La tolerancia que la Reforma inspira á los Gobiernos impulsó al británico poner en prision á los sacerdotes católicos que se negasen á infringir el secreto de la confesion.

no fuera *secreta*, no seria perfecta su quietud, puesto que concebiria el temor de la justicia humana (*). Si no la acompañara *el perdon*, no seria completa su alegría, puesto que continuaba pesando sobre él la amenaza de la justicia divina; y si no la siguiese *la penitencia y la satisfaccion*, no seria tan tranquilizadora, puesto que es natural al hombre á quien se hace algun beneficio concebir una generosa inquietud hasta que de alguna manera muestra su agradecimiento.

Tenemos otro motivo de la necesidad de la confesion, y es que el perdon de la culpa presupone el arrepentimiento; y como los ministros que Dios ha elegido para juzgar en este tribunal no saben lo que pasa dentro del corazon, «para «mostrar uno que se arrepiente, dice el mismo Voltaire, es «necesario que empiece por confesarse.»

Esto sentado, nada mas dirémos acerca de la influencia benéfica y consoladora de la confesion. ¡Que no pudiéramos extendernos examinando y recorriendo todos sus ventajosos efectos y resultados morales y sociales! Un protestante mismo, Fitz William, ha creido «imposible establecer la virtud, «la justicia y la moral sobre principios algun tanto sólidos «sin el tribunal de la Penitencia (1).»

La misma impiedad no ha podido menos de confesar la grande influencia de la confesion católica en la represion de los crímenes, ya reparándolos, ya previniéndolos y evitándolos. «No hay acaso, dice Voltaire (2), institucion mas «sábia que la confesion. La confesion es una cosa excelente, «un freno del crímen... muy buena para compeler á los co«razones rencorosos á perdonar, y obligar á los ladrones á «devolver lo que hubieren usurpado al prójimo.» «Por ma«nera, dice otro sofista (3), que los enemigos de la Iglesia «romana (nótese), pronunciándose contra una institucion «tan útil, parece han querido quitar á los hombres el freno

(*) La Iglesia católica tambien ha admitido, ó disimulado al menos, la confesion pública, como consta del ruidoso suceso ocurrido en tiempo de Nectario patriarca de Constantinopla, referido por Sócrates y Sozomeno, causado por una imprudente ligereza, y del cual se ha abusado para apoyar opiniones contrarias á la práctica universal, al dogma y á la historia.

(1) *Cartas de Ático.*
(2) *Cuest. enciclop.* artículo *Cura de aldea.*
(3) *Annal. de l'Empire*, citado por Feller, *Catecismo filosófico*, tomo 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«mas poderoso contra sus excesos.» «¡Cuántas restituciones, «exclama Rousseau (1), cuántas reparaciones se han hecho «entre los católicos por la confesion!»

No nos empeñarémos en presentar la accion dignificadora de un Sacramento que refrena el vicio y fomenta la virtud; «de ese gran muro, como dice el Sr. Mazo (2), que de«fiende á todas las virtudes de todos los vicios, y que forma «dentro de su recinto los justos.»

¿Creerá cualquiera que una institucion tan regeneradora del hombre en el órden moral y social seria respetada por la Reforma, que tantas pretensiones ostenta de restauradora y civilizadora? Nada menos que eso. Enemiga ella (y enemiga hipócrita y á ciencia cierta, lo que hace mas enorme su crímen) lo mismo de la dicha del hombre que del bienestar de las sociedades, y mas decidida y osada en el particular que su autor Lutero, que «preferia, dijo una vez, consentir la «tiranía del Papa que la abolicion de la confesion,» la borra con mano tan sacrílega como inhumana del catálogo de los Sacramentos, apellidándola *invencion de verdugo* (3). Y ¿qué sucedió? Sucedió que tanto se multiplicaron los crímenes, que se vieron precisadas las ciudadas luteranas (4) á representar á sus soberanos, suplicándoles que restableciesen la confesion. Y el autor del *Cuadro de los Santos* no se ruboriza de decir que la confesion auricular deprava las costumbres, y que estas han mejorado allí donde fue abolida (5). Por fortuna le contradicen los mismos protestantes (6). Sucedió que hechos astillas los confesonarios, que eran un freno del crímen tan suave como poderoso, se tuvo que apelar al rigor de los códigos y á la fuerza de las bayonetas; y aun esto no es suficiente, porque, como dice Rousseau, «el verdugo no basta para todo (7).» Y, en fin, hubiera sucedido, segun observa muy oportunamente el P. Ventura de Ráulica (8), «que si un resto de tradiciones y de costumbres «católicas escapado milagrosamente de los estragos de la

(1) *Emilio.*
(2) *Catecismo explicado.*
(3) *Catecismo de Berna.*
(4) Nuremberg: Strasburgo quiso hacerlo tambien.
(5) Citado por Bergier, *Tratado histórico*, tomo 2, pág. 666.
(6) *Apología de los católicos*, en Bergier, *ibid.*
(7) *Emilio.*
(8) *Conferencias.*

«herejía, no hubiera sostenido en ellos un resto de fe y de «moral cristiana que sirviese como de dique á este torrente «de licencia y de anarquía, la abolicion de la confesion hu«biera concluido con el Cristianismo y la civilizacion en «aquellos países.» Y ved aquí que estos hombres, animados de bajas y miserables pasiones contra el verdadero Cristianismo, se vieron obligados á buscar en medios difíciles y violentos lo mismo que perdieron en los sencillos y fáciles que repudiaron: hé aquí que por huir de la *carnicería de las almas* (1), tuvieron que apelar á la carnicería de los cuerpos. Leibnitz á pesar de ser protestante confiesa ingénuamente, «que sin el Catolicismo, hubiera desaparecido por completo el «Cristianismo de los países reformados.» Efectivamente, esa hermosa conciencia pública que de antemano habia ya creado el Catolicismo, esos sublimes principios é ideas, parto suyo, contra los cuales se estrellan los ímpetus del Protestantismo, evitaron en muchas épocas aquella catástrofe.

Una experiencia funesta corrobora la verdad de que en la ciencia de dirigir al hombre moral y social, en la de gobernar los pueblos y conservar el órden, no hay mas que dos medios contrarios, ó el suave de la Religion, ó el vigoroso de la ley; el confesonario ó el calabozo; el sacerdote ó el verdugo. Para nosotros no es en verdad muy dudosa la eleccion. Solamente los hombres enemigos de la civilizacion y de la virtud pueden optar por el medio de la fuerza, que es el menos represivo, eficaz y poderoso cuando las sociedades cristianas se hallan en su estado normal; solamente los hombres enemigos de la sociedad pueden optar por el medio que la constituye en un estado violento y agitado, en el cual, aun tal como es, no puede sostenerse sino por el terror del patíbulo: y por último, solamente los enemigos de la humanidad pueden desear que se derramen torrentes de sangre para lavar unos crímenes que pudieron prevenirse con solo hacer derramar de cuando en cuando algunas lágrimas. Cierto es que los católicos no reprueban, y menos hoy, los medios físicos de represion, pero á pesar suyo, y porque ven que desgraciadamente los hace necesarios y hasta urgentes el inseguro órden social.

Algunas comuniones protestantes, sin embargo, han querido tener su confesion: tal es la confesion sueca, si puede

(1) Sabido es que así llamaba Calvino á la confesion católica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llamarse así un acto en que el penitente no se acusa ni profiere una palabra, y tal apellida el Anglicanismo esa su farsa sacrílega y ridícula, reproductiva de la de los antiguos herejes llamados Oyentes, en la cual no hay forma de juicio, en que el ministro se burla del penitente, el penitente del ministro, y ambos de la palabra de Dios; en fin, en que no podemos concebir que haya una persona instruida y despreocupada que al verlo no deponga la serenidad. Sin duda que esta confesion satisfará y consolará mucho á aquellos penitentes que tengan la conciencia llagada. Los mismos obispos anglicanos hicieron en secreto á madama la Princesa de York la apología de la confesion católica.

En cuanto al Filosofismo, así como no tiene consuelos ni esperanzas para la virtud afligida, tampoco los tiene para la culpa arrepentida. Pero bien que ni arrepentimiento tiene para la culpa, porque ante sus ojos torpes y soeces no hay virtud ni vicios, ni mérito ni demérito, ni otra vida ni Dios: y ¡ay! ¡cuánto sentirán sus desgraciados prosélitos no poder negar otras dos cosas que les estorban sobremanera... la conciencia y la muerte (*)!

(*) Puesto que la mayoría de los protestantes hace datar del siglo XIII y concilio de Letran la *invencion* de la confesion auricular, y que otros la hacen subir cuando mas á los siglos IV y V, harémos una compendiosa reseña de los que han escrito sobre ella, suponiéndola todos establecida de antiquísimo. Emprenderémos una marcha retrógrada. Concilio III de Letran. El venerable Pedro de Blois, Ricardo de San Víctor, Hugo de San Víctor, Godofredo de Vendôme, san Anselmo, Ivon de Chartres, san Bernardo, san Pedro Damiano, Teofilacto, Reginon abad de Brun, Ridolfo de Flaviac, Jonás obispo de Orleans, Rabano Mauro, el concilio II de Chalons, concilio de Pavía del año 850, el concilio de París, año 829, el venerable Beda, Paulino patriarca de Aquileya, Teodulfo obispo de Orleans, Alcuino, concilio de Kent en Inglaterra, Eyberth obispo de York, Crodogan obispo de Metz, Isaac obispo de Siugon, Historia de Hincmaro de Reims, san Gregorio el Grande, san Leon papa, san Agustin, san Jerónimo, san Ambrosio, san Juan Crisóstomo, san Basilio, san Atanasio, san Gregorio Nazianceno y el Niceno, san Paciente, Lactancio, san Hilario de Poitiers, san Cipriano, Tertuliano, Orígenes, san Ireneo, san Clemente discípulo y sucesor de san Pedro; y por último los confesonarios hallados en las Catacumbas. Esto no es mas que un ligero bosquejo del poderoso muro en que se estrella la calumnia protestante. Pero los mismos protestantes y filósofos han hecho la apología de la confesion secreta; entre otros: Rhenanus, Lutero, Calvino, Melancton, Cramner, Brytschneider, Smith, Kireoff, Chilmgvorkh, Gibbon, Leibnitz, Wizel, Fitz William; el catecismo calvinista de Ginebra, el libro de oraciones, ritos y ceremonias de la Iglesia anglicana. Sofistas: Rousseau, Voltaire, Cerutti, Marmontel, Raynal, lord Byron, el célebre converso Chateaubriand, y por último los mismos sansimonianos.

§ IV.—*Eucaristía-Comunion.*

El plan que nos hemos propuesto tampoco permite extendernos demasiado en este Sacramento de Sacramentos, en este compendio de las maravillas de Dios, como le llama el Profeta.

Los sacrificios han sido conocidos y practicados en todos los tiempos y en todos los pueblos que han existido, como ya dijo Ciceron, y entre tantas y tan distintas religiones confiesa Voltaire (1) «no haber ninguna que no haya teni-«do por objeto principal la *expiacion,* habiendo reconocido «siempre el hombre que tiene necesidad de clemencia,» lo cual es una prueba evidente de la prevaricacion adamítica.

¿Quién podrá bosquejar siquiera las satisfacciones, las dulzuras, las alegrías y demás benéficos efectos de la Eucaristía como sacramento?

«La Eucaristía, dice el P. Ventura de Ráulica (2) reasu-«miendo sus sábias conferencias sobre esta materia, la Eu-«caristía, en armonía perfecta con la razon, ilustrando la «razon la eleva, en armonía perfecta con nuestra pobre na-«turaleza, satisfaciendo sus mas imperiosas necesidades y «sus mas nobles instintos nos coloca en nuestras relaciones «naturales y perfectas con respecto á Dios, y en armonía «perfecta con toda la Religion completando su dogma, su «culto y su moral, la persuade, la hace amar, y la hace prac-«ticar. Así, pues, la Eucaristía es el misterio mas razona-«ble, el mas natural y el mas fecundo; es el sosten de la fe, «el apoyo de la esperanza y el fuego del amor; es la escuela «de la oracion, el alimento del fervor, el orígen de la pure-«za, las *delicias del alma cristiana,* el escudo contra las ten-«taciones, la muerte de todos los vicios, y el gérmen de to-«das las virtudes, el remedio de todas las flaquezas, el le-«nitivo de todas las penas de la vida, la fortaleza única y «el verdadero consuelo en las angustias de la muerte, y la «prenda de la bienaventuranza (*).» *Pignus futuræ glo-*

(1) *Ensayo sobre la historia general y sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, citado por Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Expiacion.*

(2) Parte 3 *de la razon filosófica y de la razon católica.*

(*) Son dignas de leerse las conferencias de este orador sobre la Eu-

ria. Por eso decia santa Teresa de Jesús con tanta gracia como oportunidad, «que su divina Majestad pagaba bien «la posada al que le daba buena acogida.»

Nos parece tener razon para creernos dispensados de probar que la Eucaristía *dignifica* al hombre, que es otro de los objetos del exámen que hacemos del Catecismo católico. Ella comunica á nuestro ser, como dice Bossuet, las cualidades divinas de Jesucristo, lo cual es, á no dudar, la mayor dignidad á que el hombre puede llegar.

Las ventajas sociales por lo que refrena el vicio y mueve á la virtud son tan resaltantes, que la incredulidad misma las ha confesado. «Ved aquí, dice Voltaire (1), á unos hom«bres que reciben á Dios en su pecho en medio de una creen«cia augusta, y á la claridad de cien luces, despues de una «música que ha enajenado sus sentidos y al pié de un altar «radiante de oro. Su imaginacion está como subyugada, «apenas se respira, el hombre se ha desprendido ya de todos «los bienes terrenos, y está unido con Dios que está en nues«tra carne. Despues de esto, ¿quién se atreverá ó podrá co«meter, ni aun de pensamiento, una sola culpa? Imposible «fuera imaginar un misterio que contuviese mas fuertemen«te á los hombres en la virtud.» Este sofista tambien oia misa y comulgaba en Ferney; y creemos que jamás se quebrantó mas de plano el precepto *nolite sanctum dare canibus*, que cuando Voltaire comulgaba. ¡Qué hipocresía tan sacrílega!

Chateaubriand, de quien tomamos la cita anterior, dice antes de ella (2), «ser la comunion tan favorable á las cos«tumbres, que con solo llegarse dignamente el hombre al «sacramento de la Eucaristía una vez tan sola al mes, seria «precisamente el mas virtuoso de la tierra. Trasládese, pro«sigue, este razonamiento de lo individual á lo colectivo, de «un hombre á un pueblo, y se verá que la comunion es una «legislacion entera (*).»

caristía, acerca de la cual discurre bajo el triple aspecto de misterio, sacrificio y sacramento, considerándola en sus armonías con la razon, con la naturaleza y con la Religion.

(1) *Cuestiones sobre la Enciclopedia*, citado por Chateaubriand, *Genio del Cristianismo*. «De la Comunion.»

(2) *Genio del Cristianismo*, ibid.

(*) Ved cómo Fitz William, autor de las *Cartas de Ático*, discurre sobre la materia:

«Todos los pueblos tienen su religion y sus leyes: su religion para

El corazon de todo hombre de bien amante de su dicha, de su dignidad y de la civilizacion y felicidad de su patria, fluctúa entre la compasion generosa y el desprecio é indignacion merecida hácia esos hombres de quienes con tanta ligereza ó con tanta malicia se hace datar lo poco que la civilizacion moderna tiene de verdadero con lo mucho que tiene de falso (aunque de falso nada tiene á los ojos de aquellos que tan extraños y extraviados puntos de partida bus-

«inculcar la virtud y la moral, y sus leyes para castigar los crímenes. «En esto los católicos romanos y todos los demás se proponen un mis«mo fin. Pero solamente la religion católica tiene leyes de una autori«dad mucho mas imperiosa, y acerca de las cuales no hay arte ni sofis«ma que puedan causarnos ninguna ilusion; leyes establecidas no so«lamente para inspirar amor á la virtud y á la moral, sino tambien para «obligarnos á seguirlas; leyes que no se limitan á castigar los críme«nes, sino que además los previenen. Consisten estas leyes en la obli«gacion que imponen á todos los católicos de comulgar al menos una «vez al año; en su veneracion por este Sacramento, y en la indispen«sable y rigorosa preparacion para recibirlo; ó en otros términos, en su «fe en la presencia real, en la confesion, la penitencia, la absolucion «y la comunion. Puede decirse que en los Estados católicos *toda la eco«nomía del órden social gira sobre este polo*, y que á él son deudores *de su «solidez, de su duracion, de su seguridad y bienestar*... Tal es, tal ha sido «siempre hace diez y ocho siglos la doctrina fundamental é inimitable «de la Iglesia católica. Si se dice que sus hijos son malos y perversos, «á pesar de los lazos con que ella procura encadenarlos y los deberes «que les impone, ¿qué no podrá decirse de los hombres á quienes no «ligan estas saludables trabas? Los habitantes de la mas feliz y flore«ciente monarquía que brilló jamás sobre la tierra (Francia) las sa«cudieron de repente; pero ¿cuáles fueron las consecuencias? No te«miendo ya aquellos desventurados insensatos freno que los contuvie«ra, se atrevieron á todo, y sus crímenes, como un mar que se desborda «rompiendo los diques que solo Dios puede restablecer, causaron un «atroz sacudimiento en Europa é inundaron el mundo...

«Para fallar en cualquiera cuestion de una importancia general es «conveniente y necesario tomar por base sus efectos generales. Esto es «lo que yo he hecho. Pero ¡ay! es tal la fragilidad humana, que segura«mente no todos los católicos se aprovechan de las ventajas que se les «ofrecen. Si nadie se apartara de ellas, la cuestion no versaria ya sobre «cuál es el mejor de los gobiernos sino mas bien en un gobierno «constituido con las formas católicas. ¿De qué otras leyes hay nece«sidad? *Acaso serian en él supérfluas todas las leyes humanas, y tan in«útiles como son impotentes en todas las partes donde la religion católica no «las sirve de fundamento.*

«Cuanto acabo de decir en favor de los Gobiernos católicos, debe en«tenderse bajo el punto de vista político. Sin embargo, no puedo pres«cindir de preguntarme á mí mismo si una religion que contribuye evi«dentemente á la felicidad de los hombres de una manera tan sólida y «admirable, no es una religion divina en todo cuanto prescribe.»

Remitimos otra vez á los lectores que quieran ver con toda claridad la influencia moral, política y social de este augusto misterio á las *Conferencias* del P. Ventura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

can en el órden de las cosas), hácia esos hombres, repetimos que en su mision antireligiosa y antimoral, so pretexto de reformadora, no perdonaron la sublime institucion de este Sacramento; ni con ella la dicha, la paz, la alegría y la dignidad del hombre, la moralidad, la consistencia y la felicidad de las sociedades, ni la prenda de la resurreccion futura y de la inmortalidad gloriosa (1).

Sacrificio. Para Lutero la misa no era, segun le dijo el diablo (2), mas que una abominacion superior á toda abominacion. Para su digno graduante Carlostadio, era una simple figura; esto mismo era tambien para el cura Zuinglio, y lo corroboró con pruebas que le inspiró en sueños un fantasma blanco ó negro (3), pues confiesa que ignoraba su color: y Calvino, otro de quien se hace datar la época de la despreocupacion, y del *prudente y sábio desprecio de las supersticiones*, no dudó dar crédito á aquellas visiones fantasmagóricas de sus colaboradores. En el Catecismo de Berna se enseña que la misa es una *idolatría*, y la Comunion un *festin de canibales*.

La religion protestante, si bien se considera, es una quimera; las religiones gentílicas, aunque falsas y muchas de ellas atroces, eran y son sin embargo religiones, porque el Dios estaba presente, y los sacrificios eran reales; pero los protestantes sacramentarios son tan insensatos como impíos al llamar religion á un culto cuyo Dios y cuya víctima del sacrificio están ausentes; porque sin víctima no hay sacrificio, sin sacrificio no hay culto, y sin culto no hay religion (*). Y aunque los luteranos admiten la presencia real,

(1) «Habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.» (*Joan.* VI, 55).

(2) *Obras de Lutero*, citado por Bossuet, *Historia de las variaciones*, lib. IV; Audin, *Vida de Lutero*, etc.

(3) Bossuet, *ibid.* lib. II, cap. 27.

(*) «Negar la presencia real y por consiguiente el sacrificio de la Eucaristía, es quitar á la religion cristiana, que desecha toda otra especie de sacrificio, la única ofrenda latéutrica, exterior y sensible que hace á Dios; la expresion pública mas augusta y mas solemne del culto; es quitarle todo sacrificio, es hacerle inferior al Paganismo, porque todos los pueblos paganos de diferentes maneras han sacrificado siempre y en todas partes y sacrifican aun. No se encuentra una nacion tan bárbara ni una tribu tan salvaje en todo el mundo que, como el mismo Ciceron lo habia notado, no haya practicado el sacrificio en la persuasion de tributar de este modo un culto á la Divinidad para obtener el perdon y las gracias del cielo para los vivos y el alivio y el socorro para los muertos. Pues bien: una creencia tan antigua, tan constante y tan universal, practicada por los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares con una conformidad tan maravillosa, no es ni puede ser sino un dogma primitivo y tradicional que procede del sentimiento íntimo y de la naturaleza misma del hombre; de modo que los paganos mismos que no separan jamás la religion del sacrificio, ni conciben la religion sin sacrificios, á pesar de que desfiguran y deshonran la práctica del culto con errores groseros y con abominables supersticiones, no por eso dejan de tributar homenaje á su principio, ni dejan de manifestar una razon mas sábia y un principio mas recto relativamente á la religion que los herejes y los filósofos. Pero ¿qué digo los paganos? El mismo Satanás parece que convence de inconsecuencia y de sacrilegio á todos los que niegan el sacrificio eucarístico de la Iglesia; porque Satanás al hacer que se le ofrezcan continuos sacrificios por los pueblos que tiraniza y que le adoran como á su verdadero Dios, *Dii gentium dæmonia*, confiesa por el mismo hecho y anuncia al mundo, dice san Agustin, la necesidad de un sacrificio permanente para el culto del verdadero Dios, y predica al mismo tiempo la verdad de que no hay religion sin sacrificio.» «Nec ob aliud fallaces illi dæmones sacrificia sibi exigunt, nisi quia vero Deo deberi sciunt.» (Padre Ventura, *Conferencia XX*).

sin embargo con su *empanacion* y sus diversos modos de *empanacion*, hacen desaparecer el dogma, y solo queda una opinion que vale muy poco mas que la de aquellos. Belarmino cuenta cerca de doscientas interpretaciones diversas dadas á las palabras de la consagracion por los protestantes empanadores, figuristas ó signistas. No es en su virtud necesario ponderar el prestigio ni el valor é influencia moral que ante ellos puede tener, ni el respeto que á ellos puede inspirar una institucion que tanto desacreditan con sus innumerables modificaciones y variaciones; una institucion que, considerada como sacrificio, no es en su concepto otra cosa que un ardid de especulacion inventado por los católicos.

«Se ha pretendido atribuir á causas naturales, al país ó «clima, v. g., el aspecto glacial y sombrío de los pueblos pro«testantes, que contrasta tan notablemente con la alegría «que se observa en los pueblos católicos; pero la causa real «y verdadera es la ausencia de Jesucristo de sus tem«plos (1).» «Y ¿qué quereis que suceda? pregunta el céle«bre orador de quien copiarémos aun algunas palabras. «Extraviados por ciertos infames blasfemadores de ayer, y «habiendo tenido el triste atrevimiento de negar bajo la au«toridad exclusiva de ellos la fe de todos los siglos cristia«nos en la presencia real, y de dar un solemne mentís al

(1) *Confesion sacramental, sermones de la Eucaristía*, etc. *Confere ncias.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

«Hijo de Dios, que nos asegura que en la Eucaristía nos ha «dejado su verdadero cuerpo, no encuentran ellos en nin- «guna parte á Dios bajo formas sensibles, de quien el hom- «bre tiene una inmensa necesidad para estar siempre cerca «de él, para estar siempre con él, y para alimentarse de él: «semejantes á los judíos, no tienen ya verdadero templo, ni «verdadero culto, ni verdadera comunion, porque no tienen «ya verdadera consagracion ni verdadero sacrificio. Ellos «son aquellos desgraciados por quienes el apóstol san Pablo «derramaba lágrimas y lanzaba gemidos de dolor llamán- «dolos gentes extrañas á toda promesa y sin Dios en este «mundo: *promissionis spem non habentes, et sine Deo in hoc «mundo.* (Ephes. II). Ellos se hallan en un estado anormal y «violento; ellos se hallan fuera de las condiciones natura- «les del hombre con respecto á Dios; y su pretendida serie- «dad, que en el fondo no es mas que tristeza y remordimien- «to, nace del vacío inmenso que la ausencia del Dios de la «Eucaristía ha dejado en las almas; nace de los gritos y de «las acusaciones de la conciencia que pide incesantemente «á la razon, no solo el Dios de la razon que no le basta, sino «el Dios del corazon, el Dios que se puede colocar por la «Comunion en el corazon; ese Dios sin el que el hombre no «puede pasar en este mundo. *Ubi est Deus meus? Ubi est* (1)?»

«Así es, dice antes, que su culto frio como la razon, es- «téril como la duda, y vacío como la nada, recuerda mas «bien el Sínai que el Calvario, mas bien la circuncision que «el Bautismo, mas bien la ley que el Evangelio; y mientras «que todo entre nosotros, aun las ceremonias mortuorias, «anuncian en voz alta la esperanza y la alegría de la resur- «reccion y de la vida, todo entre ellos, aun los ritos religio- «sos que se refieren á la vida, hablan el lenguaje fúnebre «de la tristeza y de la desesperacion, de la tumba y de la «muerte.»

Y ¿qué dirémos de esos sofistas impíos que han negado ro- tundamente este altísimo misterio? Preciso es ante todo, ó que ellos se crean unos dioses, ó que conciban una idea muy pobre y mezquina del Dios verdadero, del Dios de los cristianos; porque decir «que lo que el hombre no compren- «de, es imposible á Dios, es atribuir á Dios la flaqueza del «hombre, haciendo de él un hombre, ó atribuir al hombre

(1) *Confer. ibid.*

«la inteligencia infinita de Dios, haciendo de él un Dios; es «humanizar á Dios y divinizar al hombre: dos cosas de las «cuales la primera es una blasfemia, y la segunda un deli- «rio, y las dos un abismo que la razon condena como con- «trario á toda razon (1).»

Al abolir estos fanáticos el sacrificio eucarístico apelli- dándolo *supersticion* (2), no fueron únicamente *impíos*, fue- ron tambien desapiadados enemigos del bienestar del hom- bre, de la dicha individual y social, dado que con la víctima sagrada arrebataron, segun dijimos, el mas poderoso ele- mento y el mas fecundo gérmen de paz, de alegría, de es- peranza, de civilizacion y de moralidad. Lo mas extraño es que, al zaherirlo, no dejaban por eso de confesar, como he- mos visto, su grande influencia social, llamándolo *el mayor freno para retener al hombre en la virtud* (3). «La inmensa «mayoría es aun católica, decia Napoleon á los volterianos, «y cierto que es una gran dicha; porque, ¿qué es un pue- «blo sin religion? Vuestro reinado lo ha hecho ver. Para no «tropezar de nuevo en los cadalsos, es preciso levantar de «nuevo los altares. Libres sois de no ir vosotros á misa; pero «la Francia quiere ir, y yo no permitiré que se lo impidan. «Creedme; en ello le va la vida, os va la vuestra (*).» Pero bien que en su mismo maestro Voltaire pueden ver el pane- gírico que le hemos oido hacer de la Comunion cristiana respecto de su benéfica influencia social.

(1) *Confer. ibid.*

(2) *El militar filósofo*, citado por Nonnotte, *Diccionario filosófico*, artículo *Culto*.

(3) *Cuestiones sobre la Enciclopedia*, artículo *Eucaristía*, citado por Ber- gier, *Tratado histórico y dogmático de la verdadera Religion*, parte 3, ca- pítulo 7, párrafo 10.

(*) «El hombre, añade el P. Ventura, no solamente tiene espíritu, sino «que tambien tiene cuerpo. Necesita, por consiguiente, un Dios espí- «ritu y cuerpo: un Dios á quien pueda en cierta manera ver, tocar, abra- «zar, besar, colocar á su lado, recibirle y comerle: necesita el Hombre- «Dios; y no basta esto: necesita el Hombre-Dios de la Eucaristía. Esta «imprescindible necesidad la prueban bien esos pietistas alemanes, «esos cuákeros ingleses y esos nigrománticos franceses, que no han «podido huir de la Eucaristía como medio de comunicacion y punto de «contacto con Dios sin caer en esos otros medios tan extravagantes y «ridículos como impíos.» (*Conferencias*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

§ V.—*Extremauncion.*

El Cristianismo, solícito por la salvacion de los hombres, abarca con los Sacramentos toda su vida. Para conferirle el primero le toma de la cuna, y para administrarle el último se le disputa al sepulcro (*). Tambien nos ha descrito Chateaubriand el interesante cuadro del cristiano moribundo, lleno de valor y de esperanza (**).

Este Sacramento inunda el alma del paciente de grandes consuelos, y fortalece su ánimo cási desfallecido. «El efecto «de este Sacramento, dicen los Padres del concilio de Tren«to (1), es la gracia del Espíritu Santo, cuya uncion purifica «de los pecados, si todavía quedan algunos que expiar, así «como de las reliquias del pecado; *alivia y fortalece al alma*

(*) Hasta el siglo XIII llamóse este Sacramento *Uncion de los enfermos*, y se administraba en los principios de la enfermedad y aun antes del viático; pero por ciertas ideas ridículas y supersticiosas que surgieron creyóse conveniente en adelante diferir este Sacramento al último extremo de la vida, y en su virtud se llamó *Extremauncion*. (Mabillon, *Act. SS. Benedict. sac.*).

(**) «Llegaos ahora y veréis el mas hermoso espectáculo que puede «presentar la tierra, llegaos y veréis morir al cristiano. Este no es ya el «hombre del mundo, no es ya el individuo de su país; cesaron ya para «él todas las relaciones que tenia con la sociedad. Se acabó ya para él «el cómputo del tiempo, ya no tiene otra fecha que la grande era de la «eternidad. Un sacerdote sentado á su cabecera le consuela. Este mi«nistro santo trata con el moribundo acerca de la inmortalidad de su «alma; y aquella sublime escena que la antigüedad no presentó mas «que una vez en la muerte del primero de los filósofos, se renueva dia«riamente en la humilde cama del mas ínfimo cristiano que va á espirar. «Se acerca, en fin, el último momento, y así como un Sacramento abrió «á este justo las puertas del mundo, así tambien las va á cerrar otro; la «Religion se ha complacido en mecerle en la cuna de la vida; sus her«mosos cánticos y su mano maternal le adormecerán tambien en la cu«na de la muerte. La Religion misma preparó igualmente el bautismo de «este segundo nacimiento, para el cual no hace uso del agua y sí del acei«te, emblema de la incorruptibilidad celestial. El Sacramento libertador «rompe poco á poco los lazos del cristiano, y su alma, cási separada del «cuerpo, está como visible en su rostro. Ya escucha los conciertos de los «Serafines; ya se halla dispuesta á volar léjos del mundo hácia aquellas «regiones á que la convida esta esperanza divina hija de la virtud y de «la muerte. El Ángel de paz bajando en tanto sobre este justo toca con «su cetro de oro en sus ojos fatigados, y los cierra deliciosamente á la luz. «Muere finalmente sin oirse apenas su último suspiro; muere, y sus «amigos guardan silencio por largo tiempo al rededor de su cama, por«que piensan que está dormido; tal es la dulzura con que salió del mun«do este cristiano.»

(1) Sesion 14, cap. II.

«*del enfermo*, excitando en él una confianza grande en la «divina misericordia, y alentado con ella sufre con mas to«lerancia las incomodidades y trabajos de la enfermedad, y «resiste mas fácilmente á las tentaciones del demonio, que «le pone asechanzas para hacerle caer; y, en fin, le consi«gue en algunas ocasiones la salud del cuerpo, cuando es «conveniente á la del alma.»

«Los poderosos efectos de este Sacramento, dice el filóso«fo Sabunde (1), aparecen á veces de un modo sensible al «exterior. Miradlo atentamente; ¿dónde está ahora aquel «horror á la muerte? ¿dónde están aquellos temores y an«gustias? ¿de dónde ha venido esa calma del espíritu, esa «fortaleza, esa confianza total en Jesucristo? La muerte ya «no es pavorosa para él; pues la mira solo como un tributo «debido á la justicia de Dios, y como un medio que le con«duce hasta su Criador por medio de Jesucristo.»

«¿De qué procede (2) que ese tierno esposo sufra con una «paciencia tan admirable verse tan pronto separado de una «esposa á quien profesa el mayor cariño? ¿de qué procede «que ese padre de familias conserve bastante calma para dar «su última bendicion á sus hijos? ¿de dónde nace que ese «pobre pecador, tan afligido poco há por sus remordimien«tos, haya encontrado la tranquilidad y la paz, y manifieste «que superabunda en consuelos? El óleo santo les fortalece, «y les hace capaces de triunfar en ese combate contra las «impaciencias, contra los disgustos de ver romperse los la«zos que les unen á la vida, y contra los terrores de la muer«te y de sus consecuencias: ellos están marcados con la «cruz de Jesucristo, fuente inagotable de consuelos y de «gracias.»

Pues bien: todos estos confortativos, todos estos consuelos los tiene á mano el Catolicismo para todos sus hijos moribundos, desde el monarca que desfallece en mullido lecho hasta el mendigo que espira sobre un monton de paja ó sobre la dura tierra, y hasta el caminante que presiente morir á la orilla del camino, aunque sea la noche mas tenebrosa, aunque para llegar á él y llevarle estos auxilios y consuelos sea preciso hundirse en los pantanos ó vadear los arroyos.

(1) *Las Criaturas*, lib. III, cap. 3, párrafo 8.
(2) H. J. Thomas, *Misiones parroquiales: Sermon sobre la Extremauncion.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La administracion de este Sacramento proporciona al sacerdote católico la ocasion de hacer al enfermo una visita mas de las que le ha hecho antes y hará despues; y al enfermo los consuelos espirituales que en ellas recibe, y no pocas veces los socorros y auxilios temporales. «No parece, «dice muy oportunamente aquí Bergier, que estaban anima«dos de estos sentimientos tan caritativos los que desterra«ron del Ritual este Sacramento (1).»

Ya se ve: un ministerio religioso de comodidad como el ministerio protestante no debia presenciar espectáculos repugnantes, ni arrostrar el menor peligro, ni sufrir la mas leve incomodidad por el bien, aun espiritual, de sus feligreses; y en su virtud se apresuraron á eliminar la Extremauncion del catálogo de los Sacramentos, arrebatando con él á los moribundos la fortaleza, el consuelo y la esperanza. Este Sacramento, lo mismo que la necesidad de las buenas obras para la justificacion, estaba terminante en la carta del apóstol Santiago; y como era preciso cohonestar de alguna manera su poltronería y cobarde conducta, la arrojaron del cánon como *epístola de paja* (*).

Téngase presente que de cuantas reformas é innovaciones han hecho los protestantes en sus rituales y catecismos, innovaciones que pretenden se atribuyan á sabiduría é ilustracion, ni una sola hay que no haya sido dictada por una de estas dos cosas: ó *por la cobardía*, ó *por el vicio*. Con mucha razon les acusó Rousseau «de que solo el interés es el «que decide de su fe (2).»

En cuanto al Filosofismo nada tenemos que decir. Para él «es una costumbre bárbara administrar Sacramentos que «hacen morir mas gente que las enfermedades y los médi«cos, y que no sirven mas que para matar á los enfermos de «susto (3).»

Oigamos por último á Mr. Gaume acerca de las ventajas sociales de este Sacramento.

(1) *Diccionario de teología*, artículo *Extremauncion*.
(*) Los luteranos, mas sensatos que su patriarca, volvieron á admitirla en el cánon. Los calvinistas, mas fieles á su Cristo, no han querido hacerle este desaire.
(2) *Carta XI de la montaña*, citado por Feller, *Catecismo filosófico*, libro II, cap. 1.
(3) *Cristianismo descubierto*, citado por Bergier, *Tratado histórico*, parte 3, cap. 7, art. 3, párrafo 8.

«Sí, dice (1); altamente social es este espectáculo (la ad«ministracion del mismo): social por la honda impresion «que ejerce sobre el ánimo de los asistentes, quienes á su «vez serán juzgados por el que juzga á los mismos juzga«dores; social por los saludables remordimientos que en «ellos excita; social por esta palabra que pone involunta«riamente en sus labios: *Felices los que fallecieron en el Se«ñor;* social en cuanto hace advertir la brevedad del tiempo, «la fragilidad de la vida, la vanidad de todo lo que pasa, y «la realidad de todo lo que nos espera.»

§ VI.—*Órden sacerdotal.*

En todos tiempos y naciones ha habido sacerdotes, puesto que en todos tiempos y naciones ha habido religion. Pero ninguna religion ha tenido ni tiene un sacerdocio tan bien organizado cual la cristiana, ni una jerarquía tan perfecta; como que ha sido establecida por el mismo Dios (2).

El sacramento del Órden es eminentemente ventajoso á la sociedad, porque «no habiendo sociedad sin religion, ni re«ligion sin Iglesia, ni Iglesia sin obispos y sacerdotes, ni «obispos y sacerdotes sin el sacramento del Órden, claro es «que este Sacramento es el verdadero eje de la Religion y «del Estado (3).» Por eso dijo muy bien Mr. Pagés de l'Ariège en la Cámara de diputados, «que un cura párroco vale «mucho mas para mantener el órden que una compañía de «granaderos.»

La dignidad que reporta el hombre que recibe este Sacramento, elevándole á ministro é intérprete de Dios, es inmensa; él tiene poder para hacer lo que los Ángeles mismos no pueden. Mision tan sublime y elevada exige imperiosamente del enviado una vida pura y casta, y el Paganismo mismo, á pesar de la impureza de sus cultos, advirtió esta exigencia y esta relacion al querer que las funciones sagradas fuesen desempeñadas por la virginidad (4). El Levítico quería que los ministros del tabernáculo santo fuesen tambien santos, dado que «ofrecen el incienso del Señor y el pan de

(1) *Catecismo de perseverancia*, parte 2, leccion 42.
(2) «Divina ordinatione instituta.» *(Conc. Trid.)*.
(3) *Catecismo de perseverancia*, parte 3, leccion 42.
(4) Las vestales, v. g.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«su Dios (1).» ¿Qué extraño es que los Padres de la Iglesia quieran que el sacerdote de la nueva ley, que todos los dias recibe en sus manos y en su seno el mismo Dios, tenga el alma *mas limpia que el sol* (2)?

La corrupcion que domina á los sofistas, y absorbe completamente su ser, no les deja penetrar la posibilidad de esta pureza (3), y por esta razon dicen *ser un absurdo obligar al hombre á una cosa que no podrá cumplir* (4): aluden al voto de castidad anejo al órden sacro. Discurren así atendiendo á la impetuosidad de esa pasion unida á la fragilidad del hombre: sin embargo, si este en fuerza de valor y heroismo consigue ser casto, entonces le llaman *cobarde* (5); ¡bella lógica! Ya se ve, como ellos no pueden ser *cobardes* en este sentido, lanzan furiosas invectivas contra las leyes celibatarias, que apellidan *bárbaras* (6); echando á ellas la culpa de su cinismo. Todo esto no es mas que una repeticion del principio de Lutero y de Zuinglio (*) de la indomabilidad de la carne. Lactancio, san Agustin y san Jerónimo, entre otros, confundieron preventivamente á todos estos desdichados Aristarcos de las personas puras y castas (**).

¡Por qué copia de razones estableció la Iglesia el celibato de los clérigos! Pero el plan que nos hemos propuesto no permite extendernos en esta materia. La confesion, como

(1) Levit. XXI.
(2) San Jerónimo, lib. *De sacerdotibus.*
(3) «Animalis homo non suscipit ea quæ sunt Spiritus Dei: sunt enim «stultitia.» (*I Cor.* II, 14).
(4) Rousseau, *Emilio*, lib. IV; *Nueva Eloisa*, citado por Bergier, *Deismo refutado por si mismo.*
(5) Ibid.
(6) Ibid.
(*) En 1552 reclamó del obispo de Constanza el matrimonio de los sacerdotes. «Vuestra Ilma., decia, conoce la vida vergonzosa que *llevamos* con las mujeres, y que ha *escandalizado y pervertido á muchos*. Pedimos por consiguiente, sabiendo por experiencia que no somos capaces «de observar una vida casta y pura, que no se nos rehuse el matrimonio.»
(**) «Omnes enim quos cupiditas, aut voluptas præcipites trahit, invident ei qui virtutem capere potuit; et inique ferunt id habere aliquem «quod ipsi non habent.» (Lactancio, *Divin. instit.* lib. VI *De vero cultu*, capítulo 4). «Illi semper castitati derogant qui eam aut non habent aut habere coguntur inviti.» (S. Aug. *Ep. XIII Virginitatis laus).* «Sed qui effrenata libidine vel per multa stupra diffluentes evagantur, etc.» (*Lib. III de Doctrina christiana*, cap. 19, titulus: *Mali alios de suo existimant ingenio*).

dice muy bien De Maistre, «exige por sí sola el celibato; da«do que las mujeres jamás otorgarán entera confesion á un «sacerdote casado (1).»

Bajo el aspecto económico-político el celibato eclesiástico prestó un servicio inmenso á las sociedades, creando un medio represivo del incremento de poblacion sin perjudicarla; antes bien cooperando á su desarrollo, velando sobre los vicios, los matrimonios y los accesos ilegítimos, é importando además grandes productos inmateriales; productos tan palpables, que no se concibe cómo han podido ser desconocidos de Smith, que coloca á los sacerdotes entre los obreros improductivos, siendo así que en economía «nada hay mas fe«cundo que la esterilidad del sacerdote (2).» Bajo el aspecto moral, el celibato dejó al sacerdote mas libre, desembarazado y expedito para el ejercicio y práctica de las virtudes; y bajo el aspecto social despertó en él en obsequio de sus semejantes esos sentimientos de abnegacion y heroismo incompatibles con el lazo matrimonial. El sacerdote célibe no pertenece á un tercero que estorbe sus sacrificios: él es de todos y pertenece á todos: es el limosnero de Dios, el corredor de la divina Providencia. «Su familia no es otra que la «gran familia humana; su esposa la caridad, y sus hijos to«dos los miserables y desgraciados del mundo (3).» Perfectamente conocedor de su alta mision, y libre de toda afeccion terrena, asiste en su cama al colérico, penetra en los hospitales, se sepulta en las mazmorras, atraviesa las montañas, ó va del lado allá de los mares en busca de desgraciados. ¡Y se admira Rousseau de que los Gobiernos y las leyes toleren un voto, dice él, *tan escandaloso* (4)! Necesario es que el hombre honrado haga grandes esfuerzos para que la indignacion que concibe al oir ciertas declamaciones de los deistas é incrédulos no le inspire un desdeñoso desprecio en vez de una compasion generosa.

Pero ¿y el ministro protestante? ¡Ah! este, segun hemos observado, está casado, tiene mujer é hijos, y faltaria al deber que estos le imponen, si diera un pedazo de pan á un pobre, ó pasara por la puerta de un contagiado. Su religion

(1) *Del Papa*, lib. III, cap. 3.
(2) *Id.* ibid. cap. 4.
(3) Chateaubriand.
(4) *Nueva Eloisa*, citado por Bergier en el *Deismo refutado por si mismo.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no puede permitirle otra valentía ni otro sacrificio que el enviar su criada al enfermo para que desde la calle le recite algunas oraciones!!!

El P. Perrone, despues de probar en la proposicion 4.ª, capítulo V del sacramento del Órden de sus sábias *Prelecciones teológicas*, que el celibato eclesiástico contribuye á la paz de las familias, á la union de los matrimonios, á la conservacion de la sociedad y propagacion de la especie, en cuanto fomentando el amor conyugal, y apartándolos del desenfreno y de la licencia evita ciertos vicios que perjudican á la poblacion mas que la profesion de la castidad, y que promueve y fomenta el estudio de las ciencias y artes, para cuya enseñanza nadie mas apto y desembarazado que el célibe, concluye demostrando lo expedito que el celibato deja al sacerdote católico para toda obra de caridad y beneficencia, al lado de la imposibilidad moral del ministro protestante. No copiamos sus palabras, porque esta obra anda en manos de todos.

§ VII.—*Matrimonio.*

Dirémos cuatro palabras acerca de este Sacramento social por excelencia; «porque si la familia es la que forma la «sociedad, es evidente que el Sacramento que forma la fa«milia es la base del edificio social (1).» ¡Qué reglas tan sábias y tan prudentes da el Apóstol á los casados de Éfeso (2)!

El matrimonio católico es el que tiene mas elementos y probabilidades de ser un himeneo feliz, dado que se realiza entre personas á quienes su Religion predica incesantemente la union, la fidelidad y el amor (*). La monogamia es

(1) Gaume, *Catecismo de perseverancia*, parte 2, leccion 45.
(2) Cap. v.
(*) Oigamos tambien á Chateaubriand describir la felicidad de dos esposos cristianos:

«La esposa de un cristiano no es una simple mortal, es sí un ser ex«traordinario, misterioso *y angélico*; es la misma carne de la carne de su «esposo, y la sangre de su sangre. Cuando se une á ella, no hace mas «que tomar una parte de su sustancia. Su alma y lo mismo su cuerpo «son incompletos sin la mujer; en él reside la fuerza, en ella la hermo«sura: él combate al enemigo y cultiva los campos de la patria, pero no «está instruido en el gobierno doméstico: le es necesaria la mujer para «disponer la comida y la cama. Si se halla rodeado de disgustos, la com«pañera de sus noches procura dulcificarlos, y aunque sus dias sean «malos y turbulentos, encuentra brazos castos en su lecho y al momen«to olvida todos sus males. El hombre sin la mujer seria tosco, grosero, «solitario. La mujer cuelga en torno de él los placeres de la vida, seme«jante á la hiedra de los bosques que adorna el tronco de las encinas «con sus perfumadas guirnaldas. Finalmente el esposo cristiano y su «esposa viven, renacen y mueren juntos, crian juntos los frutos de su «union, juntos se convierten en polvo, y juntos vuelven á hallarse mas «allá de los límites del sepulcro.» Si no nos contuviera la celebridad de este escritor, diríamos que hallamos en esta descripcion palabras demasiado generales y algun tanto peligrosas para los que lean sin discernimiento. Solamente para su época y para los hombres para quienes escribió Chateaubriand dejan de ser sus palabras un alimento bastante fuerte. De todos modos materias hay en que no es permitido á la imaginacion divagar abandonando la interpretacion á los lectores, dado que ni muchos pueden hacerla, ni están otros bien dispuestos para hacerla verdadera. No obstante si han leido en las páginas anteriores la hermosa apología que hace este autor de la virginidad y del celibato eclesiástico, sabrán atribuir á cada cosa su justo valor é importancia, su accion felicitadora y su influencia moral y social.

(1) David Hume, *Ensayos morales y políticos*, tomo I.
(*) Sabido es que entre ellos no es Sacramento. En el código (entre otros) dado á luz en Ginebra en el año de 1821 se mandaba que el matrimonio se celebrase ante el alcalde.

de esencia de la felicidad de los matrimonios: de su unidad é indisolubilidad pende la paz de las familias, y por consiguiente la paz de los Estados. Es tambien la prenda y la fianza del rango y de la dignidad de la mujer. Recorred el mundo, y vedla víctima, esclava y envilecida doquiera está permitida la poligamia.

Ahora bien: el Catolicismo ha conservado esta paz y armonía mostrándose inflexible desde el principio respecto de la indisolubilidad; pero la Reforma con su divorcio perpétuo y absoluto, rebatido por los mismos protestantes (1), y despojando al matrimonio del carácter sagrado que le presta la Religion (*), ha introducido la anarquía en la sociedad doméstica, un nuevo elemento de discordia familiar y social. ¡Ah! ¡y cuántas gracias debe dar Europa en no haber hecho caso de la doctrina de Lutero, del Cristo del Protestantismo en su comentario sobre el Génesis, doctrina favorable á la poligamia! Por no lastimar los oidos castos de los lectores no transcribimos las soeces palabras que profirió en un sermon sobre el matrimonio.

Ha hecho mas la Reforma. Unida á aquella discordia y disolucion la expoliacion del carácter sagrado y de la santidad que á los matrimonios prestaba el Sacramento, tienden á retrotraer las familias al horroroso estado que tenian y aun tienen todas las que no son cristianas, en las cuales el

(1) David Hume, *Ensayos morales y políticos*, tomo I.
(*) Sabido es que entre ellos no es Sacramento. En el código (entre otros) dado á luz en Ginebra en el año de 1821 se mandaba que el matrimonio se celebrase ante el alcalde.

padre es un tirano, la esposa una esclava y el hijo una víctima (*).

Es necesario no ver para decir como Rousseau que en los países protestantes hay mas cariño en las familias, esposas mas dignas y madres mas tiernas que en los católicos (1). Pero mas calumnioso aun es atribuir, como lo hace, esta diferencia desventajosa á la educacion de las jóvenes en los conventos (2). Verdad es que nada de esto afirma, y teme, por el contrario, que sea una preocupacion, como efectivamente lo es. Lo que de ninguna manera puede sufrir un corazon noble y recto es que afirme «que en ninguna religion (no «exceptúa la de Mahoma ni el culto de Vénus siquiera) se «desprecia tanto el vínculo del matrimonio como en la cris-«tiana (3).» Sin embargo, si Rousseau se hubiera referido solamente á la religion reformada, disminuiria la gravedad de la calumnia.

Si atendemos á que cuando mas se declama contra la indisolubilidad del matrimonio es cuando crece la depravacion de costumbres, no necesitarémos mas datos para pensar lo que puede esperarse del divorcio. La Reforma misma lo ha conocido, y retrocede ante el abismo abierto á sus piés. Así hemos visto en 1836 en Inglaterra á la Cámara de los Comunes desechar una proposicion dirigida á facilitar la declaracion de los divorcios, por la razon de *que el divorcio seria mas frecuente y se resentiria la moral pública.* Preciosa confesion en favor de la doctrina católica (**). Tenemos

(*) Si el lector quiere ver mas detenidamente el modo diverso con que en los matrimonios y familias influyen el Catolicismo, el Protestantismo y el Paganismo, lea la *Mujer católica* del P. Ventura de Ráulica, ó mejor, *La Historia de la sociedad doméstica* de Mr. Gaume.

(1) *Emilio*, lib. V.

(2) Ibid.

(3) Ibid.

(**) Esto escribíamos en 1857. Pero *quantum mutatus ab illo!* Nadie ignora esa célebre ley de divorcio votada despues por las Cámaras inglesas á pesar de la oposicion que halló en la de los lores y principalmente en el banco de los obispos, sobre todos el obispo de Oxford que llevó esta oposicion tan enérgica como justa y eminentemente social, hasta circular en su diócesis una pastoral que es una verdadera anulacion formal de tan malhadada ley. Han transcurrido algunos años, y el tribunal establecido para decretar los divorcios, los cuales antes solo podian obtenerse por sentencia de la Cámara de los lores y con inmensos gastos, no puede dar abasto á tan enorme pedido de ellos, y el Parlamento se ocupa en buscar medios para facilitar su accion. Fácil es que no transcurran muchos años sin verse precisado á imitar á la Dieta de Francfort y dar como ella la razon al *Papismo*.

aun mas reciente un ejemplo de justo homenaje prestado por la Reforma al principio de la indisolubilidad católica. Asustada la Dieta de Francfort de que en solo un año, en el de 1853, se han sancionado legalmente en la capital de Prusia ochocientos diez y seis divorcios, ha declarado que la Iglesia disidente no puede menos de interpretar y entender el texto de san Mateo: *Si quis uxorem*, etc., en el mismo sentido que la Iglesia católica (1). Hace pocos años tambien que en Prusia el pastor Syntennis prestó el mismo homenaje al Catolicismo.

Es muy natural y hasta justo que el libertinaje abogue por el divorcio, dado que en esto no hace mas que reclamar una cosa suya, no hace mas que marchar á sus consecuencias; «porque dos caractéres viciosos no pueden soportarse «por largo tiempo. No se puede ya sufrir ninguno; se quiere «la libertad, es decir, la independencia, la licencia, el liber-«tinaje, como si los dos sexos igualmente corrompidos fue-«sen capaces de usar de la libertad con prudencia: entonces «es cuando precisamente les hacen falta las trabas y las ca-«denas. Semejantes á los romanos, no pueden ya soportar «ni los vicios ni sus remedios: que se corrijan, y todo el mal «quedará remediado (*) (2).» Sin embargo, los sofistas han hallado «que la indisolubilidad del matrimonio es la causa «de los desórdenes que en él reinan.»

Hay mas: en Inglaterra, Alemania, Suiza, y en todos los demás países protestantes, el divorcio autorizado por las le-

(1) *L'Univers* 13 de octubre de 1854, núm. 280 del año 22.

(*) Parece que últimamente un protestante legislador del Congreso americano no se ha contentado con el divorcio, sino que ha abogado por la poligamia, casándose á la vez con ocho mujeres. Al tal se le podrá acusar de escandaloso, pero no de inconsecuente con la doctrina de los fundadores de la Reforma. Estos son sus Cristos, y él quiere, piadoso, obedecerlos. El desventurado ha leido la escandalosa dispensa de Lutero, Melancton, Bucero, y otros corifeos aduladores del Landgrave de Hesse; ha visto á Carlostadio escribir á Lutero: «Tengamos cuan-«tas mujeres podamos mantener, pues la poligamia no es contraria al «Evangelio.» A Lutero se ha oido decir lo mismo en su carta al tambien descontento con una sola mujer, Jorge Bruch, canciller del duque de Sajonia-Weimar, en la cual llama á la poligamia *loable costumbre*, y por último vió á Juan de Leiden y sus adeptos tomar veinte mujeres á la vez, y no es extraño que haya querido seguir las máximas de sus santos é imitar sus *loables costumbres*. Bucero opinaba tambien haber hombres para quienes la poligamia era una necesidad natural, y él se ha creido uno de ellos.

(2) Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Divorcio*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

yes es rechazado por la opinion. En todos estos países el divorciado ó divorciada que pasa á segundas nupcias es reputado por persona poco honrada, huyendo todos su trato y amistad. Hasta la legislacion misma de estos países, como arrepentida de haber admitido en derecho el divorcio, ha procurado dificultar su declaracion, ora haciéndola costosísima, ora cerrando instancias ordinarias, ora interponiendo multitud de trabas y restricciones, ó todo á la vez. Examínese sobre la materia la legislacion de Inglaterra, Prusia, Suecia, Sajonia y demás Estados protestantes de Alemania, etc., y aun de la Rusia cismática.

En cuanto al Filosofismo, para quien el divorcio es el dios del himeneo (1), ante quien es indiferente tener ó no mujer propia (2), en cuyo concepto la indisolubilidad solo conviene á los labriegos (3), y para quien nada tiene de reprensible el concubinato (4), no se ha ruborizado de invocar con Platon (5) y Licurgo la comunidad de mujeres (6), ni de pretender bestialmente convertir la sociedad entera en un inmenso lupanar.

CAPÍTULO II.

VARIOS DOGMAS CRISTIANOS.

Recorridos los Sacramentos del Catolicismo, parécenos conveniente hablar ahora de algunos de sus dogmas fundamentales, para que nos convenzamos de que en el inmenso ámbito de las doctrinas de la religion cristiano-católica, lo mismo las que se proponen á la creencia del hombre que las que se le presentan como norma de su obra y como objetos dignos de su esperanza, á la vez que le hacen marchar recto por el verdadero camino de la eterna bienaventuranza, no se olvidaron tampoco de labrar su dicha, y por los mismos medios, en esta vida. Hablamos de lo que el Catolicismo llama

(1) Ghaumeti. Monitor 25 de junio de 1792.
(2) Rousseau, *Emilio*, lib. IV.
(3) *Del espíritu*, tomo I, cap. 14: *Historia del establecimiento de los europeos en las Indias*, tomo I, citas de Bergier, *Tratado histórico y dogmático*, parte I.
(4) *Las costumbres*, citas, ibid.
(5) *De republica*, lib. V.
(6) *Del hombre*.

puntos ó artículos de fe. Y hé aquí que otra vez nos vemos como abrumados por la grandeza de la bondad divina, por el vivísimo deseo que Dios tiene de nuestra felicidad, dado que si su Religion amenaza alguna vez al hombre, es precisamente cuando no hace, ó no cree ni espera aquello mismo en que está encerrada su verdadera dicha y alegría sobre la tierra. De modo que si el hombre quiere ser eternamente feliz ha de costarle el trabajo de... ¡ser tambien feliz en esta vida!

En obsequio de la brevedad, y por ser los únicos que tienen natural cabida en nuestro propósito, examinarémos solamente los cuatro dogmas últimos del Símbolo.

§ I. — *Comunion de los santos.*

«Este es el único comunismo bello, como dice Gaume (1), «el único verdadero, el único posible, el único deseable.» Así como el Cristianismo procuró interesarnos mútuamente en nuestras penas y dolores uniéndonos con el lazo fraternal de la caridad; de la misma manera supo y quiso hacernos compartícipes de nuestros consuelos y alegrías, formándonos á todos miembros de un solo cuerpo (2); sucediendo en este cuerpo moral ni mas ni menos que lo que sucede en el cuerpo físico, en que unas partes sienten el dolor ó el bienestar de las otras (3).

Pero ¡qué cuerpo tan grande! ¡qué participacion tan extensa! ¡qué reversibilidad de méritos y de alegría tan consoladora! Los cielos, la tierra y el purgatorio se comunican. Los vivos envian sus consuelos y sus satisfacciones á los difuntos, los difuntos se los vuelven á los vivos, y los que se hallan en el centro y foco de esta inmensa caridad, en cuyo seno arden, tienen inagotables consuelos para transmitir á todos, vivos y difuntos.

Antes de que se rian los incrédulos obstinados, para los

(1) *Catecismo de perseverancia.*
(2) «Ita multi unum corpus sumus in Christo, alter alterius membra.» (*Rom.* XII, 5). «Non est judæus neque græcus, non est servus neque liber, non est masculus neque fœmina. Omnes enim vos unum estis in «Christo Jesu.» (*Galat.* III, 28).
(3) «Et si quid patitur unum membrum, compatiuntur omnia membra; sive gloriatur unum membrum, congaudent omnia membra.» (*I Cor.* XII, 26).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yes es rechazado por la opinion. En todos estos países el divorciado ó divorciada que pasa á segundas nupcias es reputado por persona poco honrada, huyendo todos su trato y amistad. Hasta la legislacion misma de estos países, como arrepentida de haber admitido en derecho el divorcio, ha procurado dificultar su declaracion, ora haciéndola costosísima, ora cerrando instancias ordinarias, ora interponiendo multitud de trabas y restricciones, ó todo á la vez. Examínese sobre la materia la legislacion de Inglaterra, Prusia, Suecia, Sajonia y demás Estados protestantes de Alemania, etc., y aun de la Rusia cismática.

En cuanto al Filosofismo, para quien el divorcio es el dios del himeneo (1), ante quien es indiferente tener ó no mujer propia (2), en cuyo concepto la indisolubilidad solo conviene á los labriegos (3), y para quien nada tiene de reprensible el concubinato (4), no se ha ruborizado de invocar con Platon (5) y Licurgo la comunidad de mujeres (6), ni de pretender bestialmente convertir la sociedad entera en un inmenso lupanar.

CAPÍTULO II.

VARIOS DOGMAS CRISTIANOS.

Recorridos los Sacramentos del Catolicismo, parécenos conveniente hablar ahora de algunos de sus dogmas fundamentales, para que nos convenzamos de que en el inmenso ámbito de las doctrinas de la religion cristiano-católica, lo mismo las que se proponen á la creencia del hombre que las que se le presentan como norma de su obra y como objetos dignos de su esperanza, á la vez que le hacen marchar recto por el verdadero camino de la eterna bienaventuranza, no se olvidaron tampoco de labrar su dicha, y por los mismos medios, en esta vida. Hablamos de lo que el Catolicismo llama

(1) Ghaumeti. Monitor 25 de junio de 1792.
(2) Rousseau, *Emilio*, lib. IV.
(3) *Del espíritu*, tomo I, cap. 14: *Historia del establecimiento de los europeos en las Indias*, tomo I, citas de Bergier, *Tratado histórico y dogmático*, parte I.
(4) *Las costumbres*, citas, ibid.
(5) *De republica*, lib. V.
(6) *Del hombre*.

puntos ó artículos de fe. Y hé aquí que otra vez nos vemos como abrumados por la grandeza de la bondad divina, por el vivísimo deseo que Dios tiene de nuestra felicidad, dado que si su Religion amenaza alguna vez al hombre, es precisamente cuando no hace, ó no cree ni espera aquello mismo en que está encerrada su verdadera dicha y alegría sobre la tierra. De modo que si el hombre quiere ser eternamente feliz ha de costarle el trabajo de... ¡ser tambien feliz en esta vida!

En obsequio de la brevedad, y por ser los únicos que tienen natural cabida en nuestro propósito, examinarémos solamente los cuatro dogmas últimos del Símbolo.

§ I. — *Comunion de los santos.*

«Este es el único comunismo bello, como dice Gaume (1), «el único verdadero, el único posible, el único deseable.» Así como el Cristianismo procuró interesarnos mútuamente en nuestras penas y dolores uniéndonos con el lazo fraternal de la caridad; de la misma manera supo y quiso hacernos compartícipes de nuestros consuelos y alegrías, formándonos á todos miembros de un solo cuerpo (2); sucediendo en este cuerpo moral ni mas ni menos que lo que sucede en el cuerpo físico, en que unas partes sienten el dolor ó el bienestar de las otras (3).

Pero ¡qué cuerpo tan grande! ¡qué participacion tan extensa! ¡qué reversibilidad de méritos y de alegría tan consoladora! Los cielos, la tierra y el purgatorio se comunican. Los vivos envian sus consuelos y sus satisfacciones á los difuntos, los difuntos se los vuelven á los vivos, y los que se hallan en el centro y foco de esta inmensa caridad, en cuyo seno arden, tienen inagotables consuelos para transmitir á todos, vivos y difuntos.

Antes de que se rian los incrédulos obstinados, para los

(1) *Catecismo de perseverancia.*
(2) «Ita multi unum corpus sumus in Christo, alter alterius membra.» (*Rom.* XII, 5). «Non est judæus neque græcus, non est servus neque liber, non est masculus neque fœmina. Omnes enim vos unum estis in «Christo Jesu.» (*Galat.* III, 28).
(3) «Et si quid patitur unum membrum, compatiuntur omnia membra; sive gloriatur unum membrum, congaudent omnia membra.» (*I Cor.* XII, 26).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuales todo esto no es mas que supersticion é impostura, bueno es recordarles que aun cuando en todas las páginas de la obra les probamos completamente su error, no nos hacemos la ilusion de que así lo han de confesar, ni que hemos de disuadirles de él. Nosotros les ponemos á la vista los inmensos beneficios y consuelos de las doctrinas y de los dogmas cristianos para el hombre no solamente en el órden moral, sino tambien en el órden social; no solamente para el indivíduo, sino tambien para la sociedad. Por consiguiente, si bien pretenden declinar la inculpacion de impíos mostrándonos su ciencia despreocupadora, no podrán salir de nuestro plan de ataque sin la nota de enemigos del bienestar de sí mismos y de la dicha de las sociedades. Por lo demás nos es indiferente que prefieran ellos el acreditarse de *bribones* á confesarse *convictos*. Les compadecerémos si se hallan tan dominados del orgullo, que, por no ceder un ápice de él, consienten arrostrar calificaciones infamantes.

¡Qué inmensidad de consuelos reporta al hombre la creencia de la comunion de los santos! ¡qué velo tan hermoso para ocultar la fealdad y el horror del sepulcro! ¡Cómo resalta en esta creencia la misericordia divina hácia el hombre! ¿No será para él una gran dicha aquella grata persuasion que tiene de que participa de los méritos y de los bienes de sus correligionarios vivos y difuntos? ¿No sentirá una dulce satisfaccion al saber que con sus buenas obras mitiga y abrevia la acerbísima pena de aquellos hermanos suyos que ya acabaron sus dias, y á quienes quedó alguna falta que expiar? ¿No tiende todo esto, insistimos, aun prescindiendo, por contemporizar con los incrédulos, de que sea ó no verdadero, á hacer feliz la vida humana? Hasta los mismos satélites de la impía Convencion francesa confesaron esta verdad. «No dejaba, dice Boissy d'Anglas en su ensa«yo sobre las fiestas nacionales, dirigido á aquella en 1794, «no dejaba de ser consoladora la certeza que los clérigos se «atrevian á ofrecernos, de que se aliviaban los sufrimientos «de los que habíamos amado, con oraciones ó ceremonias, ó «con la práctica continua de algunas virtudes (1).»

«¡Admirable comercio! exclama el autor del *Genio del «Cristianismo* (2); admirable comercio entre los hijos vivos

(1) Citado por Gaume en la *Revolucion*, tomo 1.
(2) *Del purgatorio.*

«y el padre difunto, entre la madre y la hija, el esposo y la «esposa, la vida y la muerte! ¡Cuán tiernas cosas enseña «esta doctrina! Mi virtud, la virtud de un miserable mor«tal, se convierte en un bien comun á todos los cristianos; y «de la misma manera que yo participé del pecado de Adan, «mi justicia se comunica tambien á los demás, y se les tie«ne en cuenta. ¡Qué hermoso es haber forzado, por el atrac«tivo del amor, el corazon del hombre á la virtud, y pensar «que la misma moneda que da el pan del momento al mise«rable, da acaso á un alma libertada un asiento eterno en «la mesa del Señor!» Este es uno de los mas bellos pasajes de su obra.

«Considerada en la práctica la doctrina de la Iglesia ca«tólica, dice tambien el Emo. Wisseman (1), es un abun«dante manantial de consuelo, ejerce el mas feliz influjo, y «es eminentemente digna de una Religion que ha sido trai«da del cielo con el objeto de *secundar los mas puros senti«mientos del corazon humano*. Hasta á la misma naturaleza «repugna el pensar que los vínculos y lazos tan estrechos y «gratos que nos unen en vida queden violentamente rotos «bajo la planta de la muerte, vencida y privada de su agui«jon despues de la victoria de la cruz. No se apega el alma «con todo el poder de sus afecciones á este despojo mortal, «frio y desfigurado; y es un dolor todo sensual y cási in«digno del cristiano el que se exhala cuando la tumba cu«bre los restos de un ser amado: el alma, empero, se lanza «en su seguimiento llevada en alas de un amor y de un in«terés mas puro hácia las regiones espirituales donde tomó «su vuelo. ¿No es triste y glacial como el mármol del se«pulcro la creencia que marca, como término de la simpa«tía, el momento en que el cuerpo se cubre para siempre de «su mortaja? ¿Qué? ¿no habrá ya lugar á ese dulce comer«cio de amistad y de recíprocos deberes entre aquellos cuyo «despojo descansa en paz, y nosotros que durante algunos «dias cubrimos de flores tan prontamente marchitas su se«pulcro? Al contrario; ¡cuán consolador es para el cristiano «que muere con la conciencia de sus imperfecciones el con«siderar que, si se acaba el tiempo en que podia reunir mé«ritos, deja en pos de sí algunos que intercedan en su fa«vor! ¡Cuán dulce es tambien, para los corazones afligidos

(1) *Conferencias.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«que le sobreviven, la creencia de que en lugar de lágrimas «estériles tienen en sus manos un medio eficaz de socorrer «al que llora, y de manifestarle su afecto y su dolor con «oraciones y súplicas!

«Aquí (en el Cristianismo) las mas tiernas afecciones se «prolongan aun despues de que el sepulcro ha devorado su «presa; y el alma se conforta y regocija al pensar que aque- «llos de nuestros hermanos cuyos padecimientos hayamos «aliviado con nuestras obras, vendrán á ser para nosotros «otros tantos protectores invisibles que desde lo alto de los «cielos nos tenderán los brazos cuando nos llegue la vez de «pagar á la naturaleza nuestro último tributo.»

Pero ¡ay! esta sublime creencia, tan necesaria para el padre, madre, hijo, esposo ó amigo, á quien la inexorable parca arrebató el objeto de su cariño; doctrina que únicamente el estúpido, el insensato, y el ignorante de su propio bien pueden despreciar, recibió un golpe funesto por la Reforma al despojar de su mérito á las buenas obras, y al rechazar las oraciones por los difuntos y el dogma del purgatorio, en el cual no ven, como los sofistas, mas que un medio de especulacion; dogma reconocido hasta por el Coran de Mahoma, hasta por los paganos mismos (1), como mas adelante veremos. Jamás, jamás podrá sincerarse el Protestantismo de haber atentado en esto, como en todo, contra el consuelo y la esperanza del desgraciado.

Y ¿qué dirémos del Filosofismo? ¿qué dirémos de esas sectas impías y ateas que, negando el órden sobrenatural, cierran al hombre las puertas de la esperanza en las aflicciones y miserias de la vida? ¿Con qué consuelan la Incredulidad y el Ateismo á sus infelices prosélitos en la muerte de sus parientes y amigos? ¡Ah! luego que ven caer la losa sepulcral se acabaron sus esperanzas, tanto de continuar siéndoles útiles, como la de ser protegidos por ellos: cortáronse las comunicaciones con sus amados, y en ellos ya no ven otra cosa que la nada. El protegido llora la muerte de su protector, y el hijo llora la muerte de su padre, volviéndoles acerbísimas sus lágrimas aquella tan falsa como desoladora persuasion en que están de que ya concluyó para el uno toda proteccion, y para el otro toda solicitud paternal.

(1) Platon, *In Timæo*; *Georgic.*; Virgil., *Æneid.* lib. VI, *v.* 33; los antiguos pueblos de Oriente, etc., etc.

«¿Quién podrá imaginarse, añade el sábio cardenal Visse- «man (1); quién abrigar ni por un solo instante el pensa- «miento de que el niño separado del seno materno por Dios, «que quiso sacarle de un mundo de padecimientos, no con- «tinúe queriendo á la madre que dejó en la tierra, y simpa- «tizando con el dolor que á esta la hace encorvarse mirando «á su sepulcro?»

¿Puede darse doctrina, creencia ó persuasion mas atroz para el hombre? ¿No es esto querer labrarse voluntariamente la desdicha en esta vida?

§ II.—*Perdon de los pecados.*

Aunque sobre esto hemos hablado ya en el sacramento de la Penitencia, quizás no estará de mas presentar aquí de una manera mas concreta y detallada alguno de los inmensos beneficios y ventajas de la confesion para la sociedad y para el indivíduo.

Un gesto de indignacion y una risa sardónica vemos desprenderse de los labios del incrédulo á la mera pronunciacion de *confesion auricular*. Y sin embargo los incrédulos miran con indiferencia, si es que no aplauden en las religiones gentílicas, las cuales confiesan que la practicó tambien (2), una institucion que tanto vituperan en el Cristianismo, no obstante de que en el Cristianismo la confesion se hace de hombre á hombre, en lo cual nada hay contrario al sentido comun; mientras que en el Gentilismo tiene algunas veces esta institucion la estupidez de suponer en la simple materia oido, inteligencia y potestad de perdonar; ó al menos se incurre en el absurdo de confesar el hombre los crímenes á una cosa que ni los oye, ni puede ponderarle su gravedad, ni estimularle á que se abstenga de cometerlos, ni moverle al arrepentimiento, etc. Pero habiendo preocupaciones y animosidades, se incurre en palmarias inconsecuencias, aplaudiendo en una nacion, en una sociedad, en un indivíduo ó en una religion precisamente aquello mismo que se vitupera y critica en otras. Sí, Rousseau, como vos decís á vista de la contradiccion de vuestros censores, «la

(1) *Conferencias.*

(2) *Filosofía de la historia*, citada por Bergier, *Tratado histórico*, parte 3, cap. 10, párrafo 22.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«parcialidad es ciega y la pasion no raciocina (1).» Aquí podemos decir á los sofistas lo que un apologista de Occidente decia á los gentiles: «¡Qué injustamente obrais! condenais «en nosotros lo que vosotros mismos haceis, y no quereis «que á otros sea lícito lo que vosotros os permitís (2).» No nos cansarémos de repetirlo: siempre que las pasiones pretendan ser el guia del hombre, la norma de su opinion ó la regla de su conducta, esta opinion ha de ser necesariamente falsa, hipócrita, absurda y contradictoria.

Un autor de hoy nos indica uno de los verdaderos motivos del sarcasmo que de la confesion hacen los hombres corrompidos é impíos. «Cuando se quiere, dice, llevar una vida «arreglada y cristiana, ó convertirse despues de una vida «disipada, lo primero es confesarse; y por el contrario, el «que se quiere abandonar á las pasiones deja de confesar«se... No es, pues, extraño que las pasiones se hayan coli«gado con el enemigo del género humano para desvirtuar «un dogma que es como el baluarte de la virtud cristiana.»

Ya hemos procurado disuadir á los sofistas del error de que la confesion auricular es una institucion tirana, *el potro de las conciencias, la carnicería de las almas,* y ya antes otros han desvanecido completamente esta calumnia. Es preciso tambien hacerles ver que aun cuando la confesion católica fuese una institucion puramente humana, como ellos afirman, siempre resultaria que es la institucion mas benéfica que existe y que ha podido inventarse para la dicha de la sociedad en general, y para el indivíduo; no pudiendo menos el hombre despreocupado y de sano juicio de reconocer en el inventor é instituidor un legislador sapientísimo, un conocedor profundo de la malicia y depravacion humana, y un talento extraordinario para crear unos medios tan poderosos y eficaces para atajarla, y unos diques tan fuertes para contener el ímpetu de las pasiones del hombre. Leibnitz, que, aunque protestante, la fuerza de su talento no le permitia siempre ser parcial, reconoció en la confesion católica una institucion digna de la sabiduría divina, y no veia en la religion cristiana otra cosa mas digna tampoco de elogio (1).

(1) *Cartas*, citadas por el mismo en el *Deismo refutado por si mismo*, carta 10.

(2) «Res agitis satis injustas, ut id in nobis constituatis esse dam«nabile quod et ipsi vos factitatis; aut quæ vobis licere permittitis, con«similiter aliis licitum esse nolitis.» (Arnob. *adversus Gentes*, lib. X).

La confesion católica es, repetimos, una institucion ventajosísima para la sociedad. Así lo han consignado en sus escritos los mas profundos políticos, hasta los ateos é impíos. Todos han visto en esta institucion un freno poderoso y saludable que sujeta las pasiones, de las cuales nacen los crímenes que perturban la sociedad. «Ella hace justos, y no «es feliz la sociedad que tiene mas sábios sino la que tiene «mas justos (2).» El Cristianismo recuerda al hombre, siquiera de año en año, cuánto le rebajan y envilecen estos crímenes: le trae á la memoria que los vicios le arrebatan su dignidad embruteciéndole; que le hacen faltar á los primeros principios de la ley natural inscrita en su corazon, y á todo sentimiento de humanidad y de compasion. Le intima, en fin, que se abstenga de cometerlos, amenazándole en otro caso con un castigo tan justo como terrible, de que tarde ó temprano no podrá evadirse. Nada se omite en aquel acto de cuanto puede contribuir á hacer á los hombres ciudadanos pacíficos y honrados. Ora se les lisonjea y halaga con la dignidad de su especie, probándoles que la empañan lastimosamente con los crímenes (*): ora se les hace ver la desdicha en que les sumergen los vicios; ora se les recuerda el castigo humano impuesto á sus delitos; ora se les amenaza con la formidable pena eterna, y ora se utilizan todos estos medios á la vez; y entonces el cristiano así reconvenido, como su Religion le persuade y prueba perfectamente la verdad de otra vida, y la de los premios y penas eternas, recapacita y teme; y este temor que le asalta siem-

(1) *Sistema theologicum*, *De confessione.*

(2) Sr. Mazo, *Catecismo explicado.*

(*) Este medio es muy eficaz para cierta clase de penitentes, pero exige mucha prudencia y cautela, porque es muy expuesto á ingerirles el orgullo, llevándoles de esta manera á la virtud por el camino de la soberbia, viniendo á parar á la moral de los estóicos. Para evitar esto, es necesario que al mismo tiempo que se les pondere su dignidad, y se les recuerde cuánto es lo que el vicio la desdora, se les inculque bien que esta misma dignidad no es un merecimiento suyo, sino un gratuito y puro don de Dios, y que basta que se vanaglorie y envanezca de ella para perderla en el mismo hecho y hacerse los hombres mas despreciables. Bajo estas precauciones no dudaron los Padres de la Iglesia inspirar al hombre un noble orgullo por la sublime dignidad á que Dios le elevó, especialmente por medio de la encarnacion de Jesucristo, y frecuentemente utilizaron con fruto este medio en el confesonario y en el púlpito.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pre que se ve en peligro de cometer un delito, le contiene y aparta de él, si ya no es que persuadido de que este delito iba á degradarle, le rechaza de sí indignado (*).

¿Qué institucion humana, qué código ni ley penal podrá obtener un resultado tan satisfactorio y útil para la sociedad? ¿Influirán por ventura en la paz y en la felicidad social ni la vigésima parte que un reducido confesonario? ¿Y ha habido, no obstante, entre los protestantes y sofistas, objeto alguno tan digno de vituperio, de mofa y de irrision como un confesonario? ¿Qué retraerá mas eficazmente al hombre del crímen, una ley cuya pena concibe esperanzas de eludir con el perjurio, con el oro ó con el influjo, ó una voz que le amenaza con aquella otra pena que, además de ser infinitamente mas terrible, está seguro que no podrá eludir? ¿No tiene mas motivos y mas alicientes para ser criminal el hombre que abriga la confianza de la impunidad, que el que tiene la seguridad del castigo? Á no dudar, aquella confianza siempre será un estímulo ó para permanecer en el vicio ó para entrar en él. «¡Á cuántos, exclama Ciceron, «ha retraido de sus delitos el temor de los castigos divi«nos (1)!» El mismo Voltaire, segun hemos visto ya, acusa á los enemigos de la Iglesia romana, como si él fuera mas afecto á ella, de que «pronunciándose contra una institucion «tan útil, han querido quitar á los hombres el freno mas po«deroso contra sus excesos.» Lo mas extraño es que estos burlones impíos han preferido siempre para su servicio doméstico los criados que se confiesan. ¿No dice alguna cosa favorable á la confesion esta palmaria contradiccion entre sus palabras y su conducta? ¡Oh! harto claramente dice ello que aprecian en su corazon lo mismo que condenan sus labios, y que sacrifican el talento al sistema. ¡Qué vileza (**)!

(*) Puede muy bien suceder que una persona sea casta, v. g., no por espíritu de mortificacion cristiana ó por motivos espirituales, sino por vanagloria, por cierto orgullo, por especulacion, ó por respetos humanos. Pero en este caso, si bien esta persona pierde el fruto y mérito de su obra esterilizándola para el órden sobrenatural, la sociedad en general reporta sin embargo las mismas ventajas de paz y de dicha que del hombre animado para la virtud de espíritu digno y cristiano; y aun ese respeto humano que así le sostiene en la virtud existe por el Cristianismo, porque él creó esa hermosa conciencia pública de la pureza y de la virtud que inspira este respeto.

(1) «Cum multos divini supplicii metus à scelere revocarit.» *(De legib.*, lib. II, cap. 7).

(**) Es curiosa la anécdota que refiere Mallet-du-Pan sobre el particular. Comiendo un dia en casa de Voltaire con D'Alembert y Condorcet, y habiendo estos principiado á hablar, como de costumbre, en favor del Ateismo, aquel les interrumpió en voz baja diciéndoles: *Aguardad á que se retiren mis criados, porque no quiero que me degüellen esta noche.*

Los sofistas han visto en la confesion católica una institucion puramente humana, creada por la especulacion y el interés, ó por cierto espíritu de dominacion tiránica sobre las almas, escarneciéndola en su virtud con mil epítetos calumniosos y sacrílegos. De seguro que los que esto dicen no han ejercido la cura de almas; y los párrocos de feligresías numerosas no tendrian inconveniente en cederles sus puestos, especialmente en los tiempos de Cuaresma ó cumplimiento de Iglesia, abandonando de muy buena gana en sus manos todos estos medios de dominacion y de utilidad. Por cierto que no les seria muy grato permanecer por espacio de un mes cinco ó seis horas en lo mas frio del dia, y tal vez despues que un enfermo les ha hecho velar toda la noche, encerrado en un confesonario incómodo por lo regular, moviéndose é inclinando la cabeza incesantemente á discrecion de las posiciones diversas de los penitentes, fastidiando sus oidos la repeticion interminable de cási unas mismas palabras, y cansando sus labios la repeticion tambien de unas mismas exhortaciones y amonestaciones, sin contar las demás incomodidades consiguientes, resultando al fin que (aparte de la satisfaccion que reporta el fiel cumplimiento de un deber) no ha granjeado para sí otra cosa que un frio general de todo el cuerpo y dolores prolongados de cabeza, dolores que quizás el mismo enfermo ú otro les impiden mitigar la noche siguiente con el sueño reparador que les arrebatan. Y si la confesion fuera, como calumnian, una invencion del clero, no seria este tan tonto que no pusiera un límite á su superchería allí donde se propaga el contagio y la peste; y de seguro que no llevaria la lógica de la impostura hasta el extremo de conducirle á la cama del colérico.

Los que no han entrado en toda su vida mas que en palacios, en cafés y en teatros; que siempre han pisado sobre alfombras; que se acuestan tranquilos sin temor de que les hagan levantar de prisa, y salir á la calle en lo mas crudo de la estacion y de la noche; que jamás, en fin, se molestan ni dan siquiera un paso para socorrer una necesidad ni enjugar una lágrima, no tienen razon seguramente para za-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

herir la generosa conducta y recto proceder de los que consagran su vida al consuelo y al alivio de la humanidad doliente y afligida; y sus mentidas calumnias son doblemente criminales. Por lo demás, se sabe bien que la calumnia es el punible y bajo recurso de la cobardía y de la vil impotencia. ¡Ah! el inícuo se siente sin fuerzas para la virtud que aprecia en el fondo de su corazon, y se venga en denigrarla!

Nosotros preguntamos á esos sofistas calumniadores, ¿hay alguno entre ellos de tan piadoso corazon y de sentimientos tan humanitarios que se atreva á ocupar el puesto de un cura de aldea durante una crísis alimenticia, á la cual por lo comun y como remolcada por ella se une una contagiosa epidemia?

«¿Quién de nosotros, filántropos soberbios, decia Chateau-«briand en medio de su extravío religioso (1), haciendo jus-«ticia al cura católico, ¿quién de nosotros querria, durante «el rigor del invierno y la espesura de las tinieblas, que le «despertasen á media noche para ir léjos á llevar al campo «el Dios de la vida al mendigo próximo á espirar sobre la «paja? ¿Quién de nosotros querria quebrantar á cada paso «el corazon con el espectáculo de la miseria, y sin poder so-«correrla? ¿ver rodeado al infeliz de su familia reunida, «cuyas enjutas mejillas y apagados ojos anuncian el ardor «del hambre y de todas las necesidades? ¿Queremos seguir «al cura de una ciudad á la morada del crímen y del dolor, «para consolar el vicio y la impureza bajo sus formas mas «desagradables, para verter la esperanza en un corazon «desesperado? ¿Quién de nosotros querria, por fin, segre-«garse del mundo de los dichosos para vivir eternamente «entre los padecimientos, y no recibir al morir por tantos «beneficios sino la ingratitud de los pobres y la calumnia «de los ricos?»

Así, pues, aun suponiendo que la institucion de la confesion nada tuviese de divina, y que fuese en realidad una invencion de los sacerdotes ó de los políticos, no debieran los sofistas impugnarla, si aprecian y estiman como deben el bienestar y la dicha de su respectiva patria; porque en último caso, aun cuando puramente humana, la confesion católica seria la mejor y la mas hermosa de las instituciones

(1) *Ensayo sobre las revoluciones.*

morales y sociales de que pudieran gloriarse los hombres. La escuela ecléctica y la del progreso, que tan lisonjero porvenir prometen á las sociedades, están en el caso de poner á prueba la divinidad de la confesion. Que perfeccionen esta institucion ó inventen otra mejor y mas eficaz en sus efectos, y la creerémos de orígen humano.

Si la confesion católica es una institucion eminentemente ventajosa á la sociedad en general, no es menos útil y provechosa al indivíduo en particular; siendo ella un poderoso freno del crímen, contribuye á libertar la vida del hombre del puñal asesino, á sustraer á su hacienda de una mano rapaz, y á poner su honor á cubierto de la lengua calumniadora. Ella aparta de él aquel sobresalto en que naturalmente constituye al hombre la facilidad y la frecuencia del crímen, que reprime y disminuye, y hace que sus semejantes no le inspiren un recelo lleno de inquietud y sobresalto, sino una confianza amistosa. En fin, ella le escuda contra la malicia y la malevolencia humana.

Por otra parte, ¿qué consuelo tan grande no experimenta el hombre culpable cuando ha descubierto su pecho al ministro del Señor que le extrae las espinas que punzaban su corazon! Leibnitz, á quien ya hemos citado, y cuyo testimonio al hablar de los dogmas católicos no será recusable ante los protestantes, no pudo menos de asombrarse de esta institucion, hacer su apología y reconocer su grande influencia consoladora.

Tal es la la condicion del hombre, que suaviza sus penas y calma sus dolores con la simple enumeracion que de ellos hace á sus semejantes. Pues, ¿qué será cuando á esta enumeracion sigue la medicina que los cura y el preservativo que de ellos le resguarda? Si alguna pena oculta ó tristeza profunda nos aflige, deseamos con ansia participársela á nuestro amigo, por el alivio que esperamos de esta comunicacion. ¿Cuánto mayor será, pues, este alivio cuando el amigo destierra de nosotros aquella pena ó tristeza en seguida que se la participamos? ¡Ah! ¡Cuántas veces no puede esperar el desgraciado el consuelo de sus amigos, bien por la dureza ó inconstancia de ellos, ó bien porque la pena sea causada por algun crímen social oculto que la prudencia impida revelarles! Y si no fuera por la confesion, ¿dónde hallaria entonces este infeliz el consuelo?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Sin esta saludable institucion, dice Chateaubriand (1), «los hombres culpables se llenarian de despecho. ¿En qué «seno descargarian el peso de su corazon? ¿en el de un ami«go? ¡ay! Y ¿quién puede contar con las humanas amista«des? ¿Confiarian sus secretos á un desierto? El desierto re«suena siempre á los oidos del crímen con el estruendo de «aquellas trompetas que el parricida Neron creia oir en tor«no del sepulcro de su padre. Cuando la naturaleza y los «hombres se muestran implacables, dulce es encontrar un «Dios que perdona. Solo la religion cristiana ha hermanado «la inocencia con el arrepentimiento.»

El hombre, como dotado de razon y de la conciencia del bien y del mal, si es delincuente contínuamente le está esta atormentando, trayendo á su espíritu inquieto y desasosegado, sin que descanse ni se tranquilice hasta que una mano ajena le extraiga la espina del dolor motivo de su inquietud. ¡Cuán profundamente filosófica es esta inscripcion que se ve en el fróntis de algunos confesonarios de Italia: «Aquí «se atienden los ayes de los prisioneros.»

Es natural al hombre este malestar hasta verse perdonado. El tierno niño que ha quebrado un vaso, no descansa hasta que su madre lo sabe, castíguele despues ó no le castigue; y el criado que por su descuido ha sido causa de que perezca el ganado de su amo, tampoco sosiega hasta que este lo sabe, despídale luego ó no le despida. Los legisladores antiguos conocieron esta necesidad de comunicacion del crímen, y la utilizaron en su sistema penal como un castigo rigoroso. «Abandonad al malvado á su propio corazon «en una profunda soledad,» dijo Carondas en Grecia (*).

Fuera de la confesion, ¿presenta la sociedad alguna otra institucion ó algun medio por el cual arroje de sí esa inquietud interior y ese desasosiego? ¿Responde ó satisface de alguna manera ese constante anhelo que tiene de perdon? La

(1) *Ensayo*, tomo 3.

(*) Oigamos la oportuna comparacion que sobre el particular hace Orígenes. «Del mismo modo, dice, que aquellos cuyo estómago se halla «pesadamente sobrecargado con un alimento indigesto, con humores y «flemas, si consiguen vomitarlas se hallan aliviados al instante; así «el pecador que oculta y retiene en sí mismo sus culpas, se halla inte«riormente oprimido y sofocado como por el humo y la flema del peca«do. Pero cuando llega á ser su propio acusador que denuncia y confiesa «su estado, vomita al momento con el pecado la causa de la enferme«dad.» (*Homil. II in Psalm.* XXXVII).

sociedad podrá decirle: *anda, la ley te perdona;* pero esto no le basta, esto no le satisface, esto no le tranquiliza, porque este perdon de la ley no le justifica ni le lava interiormente, ni purifica su conciencia: necesita oir estas palabras: *Vete en paz, tu conciencia está limpia;* palabras que únicamente puede dirigirle aquella institucion; conciencia que únicamente ella ó su suplemento pueden purificar.

En el confesonario se impele al hombre al amor de los hombres, se extirpan sus odios y sus rencores, y se hacen los mayores esfuerzos para unirle á ellos fraternalmente, inculcándole los principios naturales, y bosquejándole las hermosas consecuencias de su práctica y observancia. Resulta, pues, que la confesion católica, refrenando los crímenes, exime al hombre del temor y del sobresalto que causa su frecuencia, arroja de sí la pena y la tristeza profunda que le causaba el delito de que le purificó el sacerdote á quien lo participó, y le asegura el perdon del mismo, la tranquilidad de su espíritu y la quietud de su conciencia. ¿Puede creerse humana una institucion tan inmensamente social, tan ventajosa, tan benéfica y tan sublime? ¿Podrán la herejía y la impiedad llevar su osadía y su desfachatez hasta el extremo de llamar dura y despótica una institucion que como la confesion católica todo lo suaviza, todo lo consuela, que tiende á emancipar al hombre de la esclavitud de las pasiones, que siempre le emancipa de la esclavitud del dolor y de la pena, y por último, que lo extrae de la mayor de las esclavitudes de esta vida, el *pecado,* y le evita la esclavitud eterna y horrorosa de la otra, el *infierno?* ¿Podrán apellidar con razon ni con justicia, *potro de las conciencias, carnicería de las almas, foco de tristeza y de humor perverso* (1), una institucion que como la confesion católica arranca á esta los remordimientos con toda su crueldad y su angustia, y les comunica la paz y la alegría? ¿Se quiere una prueba negativa pero elocuente? Vedla en ese horrible catálogo de suicidios que ofrecen los pueblos en que se abandona la confesion.

Pero basta lo dicho, que ya antes se nos ha ofrecido ocasion de hablar sobre esta materia.

(1) El autor del *Cuadro de los Santos*, citado por Bergier, *Tratado histórico*, parte 3, cap. 10.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

§ III.—*Resurreccion de la carne.*

«No toda carne es una misma carne; una es la de los hom-«bres y otra la de los animales (1).» La resurreccion de la carne es un dogma fundamental cuya creencia no ha sido desconocida tampoco entre los pueblos paganos. El *Zend-Avesta* ó libro sagrado de los persas, v. g., parece en esta parte dictado por Job ó Isaías. Platon la consignó tambien en su *Política*, como recordaba Arnobio (2) á los gentiles que se mofaban de este dogma.

«*La resurreccion de los muertos, consuelo y confianza de los* «*cristianos* (3).» Así principia Tertuliano su libro *De resurrectione carnis*.

Efectivamente: el dogma cristiano de la resurreccion contribuye tambien muy poderosamente á suavizar y desterrar la pena del hombre. El Apóstol escribia á los tesalonicenses (4), que le tuviesen presente para su mútuo consuelo. Coloquemos, como ya hemos hecho, un incrédulo junto á un verdadero cristiano, en relacion ambos con este dogma, y observarémos en el uno el consuelo, y en el otro la desesperacion. Aquí nos será preciso repetir lo mismo que ya dijimos anteriormente.

Al incrédulo que sufre los horrores de la indigencia, que se ve afligido de dolores y enfermedades, precursores de la muerte que ya descubre entre tristes celajes, ninguna lisonjera esperanza le queda que derrame un bálsamo sobre estos sufrimientos, volviéndoselos por el contrario mas crueles la desoladora persuasion de que despues de muerto no volverá otra vez á la vida, á una vida exenta de aquellos dolores que le remunere los que en el mundo sufrió; mientras que el creyente calma los dolores de su cuerpo con la firme esperanza que su fe le inspira, de que llegará un dia en que se levantará del sepulcro sano y en su mayor lozanía. El incrédulo á quien la inexorable parca arrebató un padre, un hijo ó un amigo, acibara mas y mas sus lágrimas considerando que jamás volverán sus ojos á verles despues que los oprimió la tierra; mientras que el creyente enjuga las suyas, columbrando allá en venturosa lontananza aquel dia en que les verá llenos de vida y de vigor alzar la pesada losa que les cubre. ¿No es aquella persuasion del incrédulo lo mas desconsolador, atroz para cuantos sean verdaderos padres, hijos, esposos ó amigos? Esta filosofía no es nueva. Allá en la antigüedad probó de una manera sólida Plutarco á los epicúreos, «que la doctrina que niega la existencia de «Dios y la inmortalidad del alma, priva al hombre de todo «consuelo durante la vida, y le reduce á la desesperacion y «á la muerte.»

(1) «Non omnis caro eadem caro, sed alia quidem hominum, alia ve-«ro pecorum.» (*I Cor.* XV, 39).
(2) *Adversus Gentes*, lib. II, num. 13.
(3) «Fiducia Christianorum resurrectio mortuorum.»
(4) «Consolamini invicem in verbis istis.»

Al padre le consuela de la muerte de sus hijos la seguridad que tiene de que esta muerte no constituye una pérdida, sino una separacion ó ausencia temporal, una traslacion momentánea, y que un dia le serán restituidos (1). Al huérfano le consuela la idea de que su orfandad no es absoluta ni eterna, y que llegará un dia que le despojarán de su epíteto desconsolador. ¡Ay! al incrédulo arrebata su impiedad tan consoladoras esperanzas: él se priva voluntariamente del lenitivo mas eficaz de sus enfermedades, de sus dolores y de sus desgracias. ¡Insensatos! Si apreciasen como debieran su felicidad temporal, si alguna vez la hubieran saboreado, no despreciarian un dogma tan consolador y tan benéfico para la humanidad doliente y afligida, y esto, aun en el falso supuesto, de que no es nuestra intencion directa separarles, de que este dogma de la resurreccion sea ficcion é impostura. «Caballero, decia Luis XVI á su defensor «Malesherbes la víspera de marchar al cadalso, sé que sois «filósofo; pero si sufriérais tanto como yo, y fuérais como «yo á morir, os desearia mis sentimientos religiosos, porque «os serian mucho mas consoladores que la filosofía (*).» Hermosas palabras, dogmatizadas, digámoslo así, por la ocasion en que fueron proferidas.

Lo que este infortunado Soberano deseaba á Malesherbes se realiza con frecuencia. ¡Cuántas veces los grandes aconte-

(1) «Non ad consumptionem eorum emittis manum tuam, et si cor-«ruerint ipse salvabis.» (*Job*, XXX, 24).
(*) No tardó en seguirle al patíbulo con su hija y su nieta, y probablemente se acordaria de estas palabras, y le servirian de provechosa leccion en momentos tan terribles.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cimientos de la vida fuerzan á los incrédulos á rendir en esta parte homenaje á la religion cristiana! ¡Ah! no son ellos los incrédulos, sino su vida sensual y aturdida. Una vicisitud de la inconstante fortuna los abisma en el dolor, y se hacen creyentes. El dolor tiende á la fe.

Hay algunos sofistas que están liberales con el Evangelio respecto de este dogma. Rousseau impugnando el milagro de Jesucristo consistente en la resurreccion de Lázaro, espera que se inventará con el tiempo un medio natural de resucitar los muertos. Condorcet avanza mas aun. Anuncia que se ha de inventar el de no morir. Por lo menos ha sido una felicidad el que no se descubriesen estos secretos antes de morir ellos.

§ IV. — *Vida perdurable.*

Tampoco pretendemos probar detenidamente la verdad ni la necesidad de la vida eterna. Esto lo han demostrado hasta la evidencia los innumerables escritores que tan sábiamente han manejado el tratado de la inmortalidad del alma, la necesidad de otra vida mejor y duradera, en que sea reparada la inocencia, satisfecha la justicia, castigado el crímen, y saciados los deseos de nuestro corazon. Véase, sin embargo, cómo discurria sobre esta materia la misma filosofía gentílica:

«Es necesario, dice Platon (1), creer á los legisladores *y «á las tradiciones antiguas* (nótese), y particularmente por «lo que respecta al alma, cuando nos dicen que es cosa en«teramente distinta del cuerpo, y que es lo que cada uno «llama yo; que nuestro cuerpo no es mas que una sombra «que la sigue; que este *yo* del hombre es positivamente in«mortal, que es lo mismo que llamamos *alma*, y que ha de «dar cuenta de sus acciones á los dioses segun lo enseñan «las leyes patrias: creencia tan consoladora para el justo, «como terrible para el malvado. No creais que esta masa de «carne que enterramos por acá sea el hombre, y sabed que «ese hijo, ese hermano á quien creemos dar sepultura, ha «pasado á otra region despues de haber cumplido en esta lo «que aquí tenia que hacer. Esto es lo cierto, aunque la prue«ba exigiria largos discursos, y es menester creerlo bajo la

(1) *De legibus*, oper. et 9. edit. Bip.

«palabra de los legisladores y de las *tradiciones antiguas*, «como no hayamos perdido enteramente el juicio. Debemos, «por lo tanto (1), prestar siempre entera fe á la antigua y «sagrada tradicion que nos enseña que nuestra alma es in«mortal, y que recibirá de un juez inexorable los castigos «que hubiese merecido (*).»

(1) *Epist. VII*, oper., 11.

(*) Transcribirémos la carta que copia Mr. Augusto Nicolás en sus *Estudios históricos*, dirigida por un sujeto que vió perecer en un momento su numerosa familia compuesta de siete hijos, la esposa y una cuñada, á un amigo precipitado en el escepticismo, para que se vea el poder grandioso de la fe, y la asombrosa influencia consoladora del Cristianismo, para el que no hay calamidad en la tierra que exceda sus consolaciones:

«Tierra Baja 14 de febrero de 1843.

«Mi carísimo amigo...

«Mi afliccion no ha sido tan amarga como algunos se figuran... porque, «no lo dude V., hay creencias que consuelan y condiciones que en cier«to modo recompensan las mayores pérdidas, y unas y otras son tan «profundas, que mis relaciones intelectuales con los mios no han sido «interrumpidas. Yo les consulto, y el corazon, que es el solo órgano de «comunicacion que me queda con ellos, ve sus resoluciones y oye sus «respuestas: y mi conciencia, que pisa á mi razon, es la que decide «mi juicio. Persúdase V., amigo mio, que en el hombre hay *mas que «barro*.

«Al ver que en menos de dos minutos me eran arrebatados todos es«tos cuerpos que cubria una hermosura admirable, no hermosura pre«cisamente material que consumen los gusanos con tanta prontitud, «sino que alumbran con un destello celestial la virtud y la inteligencia: «al ver que volvia á entrar de nuevo en el polvo la parte de barro de los «mios, mi perdicion era inevitable si la nada hubiese sido en mi espíri«tu *el último término del hombre*... Mas ahora mi espíritu se halla en la «calma, está tranquilo y resignado. Inclino con respeto mi cabeza bajo «la mano que ha querido que las cosas se modificasen de esta manera, «y todavía va mas léjos mi resignacion porque le doy por ello las gra«cias... sabiendo como sé que no es dirigida sino por principios de eter«na justicia. Y al permitirme que yo pudiese apreciar todo lo que te«nia de grande, de noble y celestial la reunion de los objetos que me «han sido quitados, me ha hecho conocer el Señor que me ponia en la «situacion de ser un injusto ó un mentecato si llegaba á suponer que «no ha tenido un fin digno de su grandeza en todo lo que me ha suce«dido.

«No dude V. bajo la palabra de su antiguo amigo que Luisa es inmor«tal... que Victoria y Estefanía son inmortales... que mis tiernos niños, «que eran tan inocentes y agraciados, son tambien inmortales... y que «esta virtuosa Malvina que fue una santa y una mártir es inmortal. Pensar «de otra manera seria pisar todas las afecciones que están basadas sobre «la virtud para poner en su lugar las huecas é insensatas teorías y los «sofismas de una razon ignorante y presuntuosa.

«En este momento me hallo dominado por dos fuertes impresiones, «la de la verdad y la del afecto que le profeso á V., mi caro amigo... «¡Oh! cuánto deseo que participe V. de las creencias *que son las únicas «que pueden hacerle á V. feliz!* Pero mi situacion es demasiado extraordi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Es ventajoso, escribe tambien Plinio (1) (á pesar de que «no creia en Dios ni en la providencia), confundiendo á los «deistas, que se crea que los dioses cuidan de las cosas hu«manas; que si los criminales tardan muchas veces en su«frir el castigo por motivo de la multitud de cuidados de «que Dios está ocupado, jamás se libran del castigo; que «el hombre no fue criado semejante á Dios para aproximar«se á los brutos por la bajeza de sus inclinaciones.»

«Sin duda, decia Sócrates dirigiéndose á un interlocutor, «sin duda consideras estas relaciones (acerca de la inmor«talidad del alma) como cuentos de una vieja imbécil, y las «desprecias. Yo las despreciaria tambien, si en mis investi«gaciones hubiese encontrado algo *mas saludable* ó mas cier«to (2).»

No harémos mencion de Ciceron (3), de Séneca, aunque estóico, ni de otros filósofos que probaban la verdad de la inmortalidad del alma entre otras cosas con el testimonio de toda la antigüedad (4), y con el consentimiento de todos los hombres (5), llamándola en su virtud opinion *antigua y sagrada* (6). No aducirémos los testimonios mismos de los impíos modernos, Bayle, Bolingbroke, Voltaire y otros que han confesado perderse esta creencia en la oscuridad de los tiempos, observarse vestigios suyos entre los pueblos salvajes, mas antiguos que nuestros conocimientos históricos (7), y hallarse establecida sólidamente en el espíritu de las primeras naciones conocidas, y aun el ser debidos á ellas la perfeccion y el mérito de la virtud (8). Tampoco nos detendrémos en presentar detalladamente establecida esta creencia entre los egipcios, los cananeos, los caldeos, los

«naria para permitirme la satisfaccion de dar con el discurso un asalto «al entendimiento de V., y obtener lo que mi afecto no me permite es«perar sino de la fuerza de las convicciones.

«Adios, mi siempre caro amigo. Sírvase V. presentar mis respetos á «su señora y familia, y disponga de su antiguo amigo y S. S. Q. B. S. M.

«Nadau des Ilets.»

(1) *Historia natural*, lib. II, cap. 7.
(2) Platon, *Geórgicas*.
(3) *Cat. maj.* cap. 4; *Tuscul.* lib. I.
(4) Ibid. y Platon en el *Phedon*.
(5) Ep. CXVII.
(6) Platon.
(7) Citas de Bergier, *Tratado histórico*, parte 1, cap. 6, artículo 3.
(8) Shaftesbury, *Característicos*, citado por Bergier, *Tratado histórico*, parte 1, cap. 6.

persas, los indios, los chinos, los scitas, los celtas, los bretones antiguos, los griegos, los romanos, entre los habitantes del Nuevo Mundo y los salvajes mismos. Todos, «todos «los pueblos de la tierra han estado persuadidos de que el «sueño no es duradero aun en la tumba, y que la muerte no «es mas que una transfiguracion gloriosa (1).»

«Esto, escribe san Agustin, es lo que nos grita la natura«leza, lo que el género humano anuncia en todo el univer«so.» «¿Quién hay, pregunta tambien, tan idiota, aun en «los mas remotos climas, ó qué despreciable mujerzuela «existe que no crea la inmortalidad del alma (2)?» Y «¿quién «duda, como dice Ciceron (3), que un consentimiento univer«sal de todos en alguna cosa es preciso nazca de la ley de la «naturaleza?»

En la apoteosis que siempre hizo de los héroes, en el embalsamamiento de los cuerpos, en las viandas funerarias, en la evocacion de sus manes, y en las ridículas transformaciones de la metempsícosis, que en general profesó y profesa el Gentilismo, y aun en el culto fúnebre, digámoslo así, de todas las naciones, tenemos tambien una prueba, prueba que tan oportunamente y tan chistosamente á veces (*) utilizaron Tertuliano, Arnobio y demás apologistas contra los paganos herejes, y tan incontrastable como terrible de esa creencia universal de la inmortalidad del alma, cuyo primer autor confiesa Ciceron que no puede citarse (4). Y preciso es que entre los indios constituya esta creencia uno de sus dogmas mas fundamentales é indefectibles cuando se quitan la vida para gozar cuanto antes de la eterna felicidad. «Tan peligroso «es, advierte oportunamente aquí Bossuet (5), enseñar la «verdad en otro órden distinto de aquel que Dios ha segui-

(1) *Genio del Cristianismo*, parte 1, lib. VI, cap. 3.
(2) «Quis nunc extremus idiota vel quæ abjecta muliercula non cre«dit animæ immortalitatem, vitamque post mortem futuram?» (*Epist. ad Volusianum*, cap. 3, num. 12).
(3) *Tuscul.* lib. I, cap. 13.
(*) «El vulgo se burla de la inmortalidad, pero se contradice con sus «hechos, de los cuales yo me rio. Queman cruelmente los cadáveres, «y despues los tratan opíparamente.» «At ego magis ridebo vulgus, «tunc quoque, cum ipsos defunctos atrocissime exurit, quos postmo«dum gulosissime nutrit, iisdem ignibus et promerens et offendens.» (*Lib. de resurrectione carnis*, cap. 1).
(4) *Tuscul.* lib. I, num. 55.
(5) *Discurso sobre la historia universal*, parte 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«do, y explicar claramente al hombre todo lo que él es antes «que haya conocido á Dios perfectamente.» Por eso dice muy acertadamente Montesquieu, á vista de las consecuencias que algunos pueblos han deducido de estas creencias, «que «no basta que una religion establezca un dogma, sino que es «menester tambien que lo dirija,» y esto, añade, es lo que ha hecho de un modo admirable la religion cristiana respecto de los dogmas de que hablamos (1).

Tratando la cuestion filosóficamente, dirémos á los sofistas, que si el alma muere, es, ó por medio de la aniquilacion, ó por medio de la transformacion. Si muere por aniquilacion, no es materia, porque esta no puede aniquilarse. Si muere por transformacion, luego no muere absolutamente, dado que porque una cosa subsista bajo esta ó aquella forma ó modificacion, no por eso desaparece ni deja de existir. Si no es materia, luego es espíritu; si es espíritu, luego es simplicísimo, y en su virtud ningun poder hay en la naturaleza que pueda aniquilarlo. Tenemos, pues, que en todas las hipótesis, bien sea materia, ó bien espíritu, el alma es necesariamente inmortal, y la psicología corrobora esta verdad. Luego, si el alma muere, necesariamente tiene que intervenir un poder infinitamente superior al poder de la naturaleza, en la cual, que sea materia el alma, que sea espíritu, no le hay para aniquilarla; luego si el alma muere, no puede ser sino porque la aniquila Dios: luego Dios existe; luego Dios es injusto y desapiadado para con el hombre, porque aniquilando su alma, y dejando para siempre el cuerpo en la corrupcion del sepulcro, permite que queden impunes muchas iniquidades y muchos crímenes, y sin recompensas por el contrario tantos sufrimientos, tantas privaciones, tantas injurias, tantas calumnias, tantas injustas persecuciones; y todo sufrido por la virtud y la resignacion y con tanta paciencia. Ved qué amalgama de dogmas reconocidos por correlacion de doctrinas, de inconsecuencias y de absurdos.

Por manera que, si los sofistas dicen que el alma muere con el cuerpo, nos suministran una prueba incontestable de la existencia de Dios, cuyo infinito poder haya de hacerla morir porque solo él puede hacerlo; y si dicen que no existe Dios, preciso es que convengan en que el alma es inmortal,

(1) *Espíritu de las leyes*, lib. XXIV, c. 19.

porque en este supuesto no hay quien pueda hacerla morir. De modo que la negacion de la existencia de Dios y la negacion de la inmortalidad del alma son inconciliables, se contradicen y destruyen mútuamente. Por eso el Ateismo para que fuese verdaderamente lo que pretende ser y no se destruyera á sí mismo con su misma obra, ni apostatara de sus principios, debia dejar intacto el dogma de la inmortalidad del alma; y por la misma razon, para que el Materialismo tuviese condicion vital y no se destruyera á sí mismo, debia dejar ileso el de la existencia de Dios: es decir, que el Ateismo no debiera ser materialista respecto del alma del hombre, ni el Materialismo ateista respecto de la existencia del verdadero Dios. Al invadir cada una de estas sectas el terreno de la otra, ofrecen en pena de su furor por destruir una palmaria contradiccion; á fuerza de negar vienen á negarse á sí mismas, y á suicidarse inadvertidamente. Quizá esta contradiccion de las dos negaciones de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma, advertidas por los sofistas, fue el orígen de este impío Materialismo-deista moderno que viendo que estas dos negaciones no podian conciliarse de ninguna manera, retuvo una de ellas; por supuesto, la que mas convenia retener á sus pasiones, y despues, para asegurarse mas la impunidad, resucitando á Epicuro, Cecilio, Celso, Porfirio, etc., y haciendo una fusion nefanda de la antigua y moderna filosofía, colocaron allá en los cielos un no sabemos qué Dios tan indefinible, que ora es un Dios de palo é insensible, ora un Dios ocioso ó entretenido en aquellas alturas sin acordarse para nada del hombre, ni de lo que pasa acá en este mundo, como el que Job (1) y el Profeta (2) ponen en boca del impío; ora un Dios ni mas ni menos que un hombre ordinario que no puede atender á un mismo tiempo á negocios diversos; ora un gran señor lleno de cierto orgullo majestuoso que le impide, so pena de rebajarse, extender su intervencion, su solicitud y sus cuidados á cosas tan despreciables é indignas como el hombre y cuanto le rodea.

Como quiera que sea, al fin optaron todos porque habia Dios; pero no todos optaron porque habia otra vida *con sus consecuencias*, y la razon por que no optaron por esto último, razon que por demasiado clara no necesitamos expresar, es

(1) Cap. XXIV, 22. (2) Psalm. XCIII, 7.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una prueba no menos terminante del espíritu recto, de la franqueza y de la imparcialidad de estos sofistas intermedios, que con la mayor impudencia demandan el crédito y el asentimiento á sus doctrinas á la vez que presentan su flaco miserable.

Volviendo á lo anterior, aparece que así como de la mortalidad del alma resulta la existencia de Dios, porque solamente un poder divino puede aniquilarla, así tambien de la no existencia de Dios resulta la inmortalidad del alma, porque no habiendo Dios, no hay quien pueda destruirla. De modo que los sofistas prueban sin quererlo la existencia de Dios negando la inmortalidad del alma, y la inmortalidad del alma negando la existencia de Dios. Aparece además, que si de la mortalidad del alma resulta la existencia de Dios, tambien resulta la existencia de Dios de la existencia del alma, porque se necesita mayor poder aun para crear una cosa que para destruirla. De modo que negando los sofistas la inmortalidad del alma *en el hecho* confiesan su existencia; y en la *afirmacion* de la existencia del alma y la *negacion* de su inmortalidad, nos suministran, sin advertirlo, dos pruebas de la existencia de Dios. Estas son cuestiones entre los deistas y los ateos: concíliense si pueden. Á nosotros nos concilia perfectamente la fe en ambos dogmas.

En resúmen, y dispénsesenos el que la importancia de la materia nos impela á ser pesados; la no existencia de Dios prueba la inmortalidad del alma, por faltar entonces quien la destruya; luego la existencia sea mortal é inmortal del alma prueba la existencia de Dios, porque solo este ha podido crearla; y despues la existencia de Dios prueba otra vez por el atributo de la justicia la inmortalidad del alma con sus premios y castigos, porque sino no pueden explicarse de ninguna manera las prosperidades del inícuo y los infortunios del justo en esta vida. «De peor condicion que «las bestias, dice Atenágoras, seria el hombre si no se le «diera en otra parte el premio que aquí mereció y no se le «dió. No habria premios para la virtud ni castigos para el «crímen si el cuerpo y el alma perecieran, ó el cuerpo solo, «porque habiendo sido este cómplice y compañero del al«ma, no es justo que esta sola sea remunerada ó castiga«da (1).»

(1) «Vita hominum deterior belluis, nisi merces quæ in hac vita tri-

Á propósito, veamos lo que sobre esto dice el deista que tantas veces hemos citado. «Cuando no se tuviese mas prue«bas de la inmortalidad del alma que el triunfo en que veo «por lo comun á los malvados en este mundo, y la opresion «del justo, esto solo bastaria para no poner la menor duda «en ello. Una disonancia tan extraña en la armonía del uni«verso me haria buscar modo de resolverla, y me diria á mí «mismo: no todo acaba para mí con la vida, preciso es que «todo entre en su órden á la muerte (1).»

Si los incrédulos predican estos sistemas no es porque se persuadan de su verdad en sus convicciones íntimas, sino como ya hemos visto, hablando de la fe, por lo que lisonjea á su viciosa vida, á la rienda y desenfreno de sus pasiones.

«No ignoro, decia Octavio impugnando á Cecilio (2), no «ignoro que los mas de vosotros por vuestra conciencia de«pravada *deseais,* mas bien que *creeis,* no ser nada despues «de la muerte: preferís ser del todo aniquilados que resu«citar para padecer.» «Es cosa muy ordinaria, como dice «oportunamente Nonnotte (3) á los sofistas, estar la razon «completamente convencida, y no por eso dejar de resistir«se el corazon.» Ó como dice el Poeta: *Aliudque cupido, mens aliud suadet,* etc. (4).

Ya se ve, si el alma muere con el cuerpo, no tienen que temer el castigo eterno merecido por sus crímenes. Así se explica por qué muchas veces la corrupcion del corazon es la religion del entendimiento. Y ved aquí otra vez como no puede menos de ser hipócrita el hombre, siempre que las pasiones sean la regla de su conducta y la fuerza motriz de sus labios.

Sin la existencia y la verdad de la otra vida no puede explicarse el inmenso vacío que se observa en esta, las aparentes injusticias divinas, sus rigores excesivos, las prosperi-

«bui non potest, in altera tribuatur. Nulla merces boni aut mali, si aut «anima et corpus pereant, aut solum corpus. Iniquum est solam ani«mam remunerari aut puniri, quæ non sola peccavit aut bene egit.» (*De resurrectione mortuorum*, epigr. ad num. 19, 20 et 21).

(1) Espir. max. y princ.; *Emilio.*

(2) «Nec ignoro plerosque conscientia meritorum nihil se esse post «mortem magis optare quam credere; malunt enim extingui penitus «quam ad supplicia reparari.» (*En Minuc. Félix*, cap. 34).

(3) *Diccionario filosófico*, artículo *Origen del alma.*

(4) Ovid. *Metamorph.* 7.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dades de la impiedad y los abatimientos de la virtud. Dios es justo, y si el alma no fuera inmortal ni hubiera otra vida, no sabríamos, dice Rousseau, cómo justificar su providencia (1). El Sábio llama á esta aparente contradiccion, *pésimo bajo del sol* (2), pero advierte que llegará tiempo en que todo se arregle (3).

«Abrid las puertas de la otra vida, dice Augusto Nico-«lás (4), y al momento se descubre esta justicia augusta que «al bueno y al perverso reparte con igualdad su merecido, «justificando la paciencia de su tardanza con el poder in-«contestable de sus decretos, el desórden moral con la ac-«cion necesaria y meritoria de nuestra libertad, y estable-«ciendo con su rectitud el órden de este mundo inferior «turbado por la inobservancia de sus leyes.» «¿Quién no co-«noce, decia Octavio (5), la justicia y la necesidad de las «penas y recompensas de la otra vida?»

Aun prescindiendo de la verdad ó inverosimilitud del dogma de la inmortalidad del alma, ¿no es en cualquiera hipótesis muy consoladora al hombre su creencia? «Si me equi-«voco, decia Caton (6), creyendo en la inmortalidad, me «equivoco muy agradablemente, y de ningun modo quiero «que nadie me desvanezca un error que hace el encanto de «mi vida.»

Plutarco demostró perfectamente á los epicúreos, que la doctrina que no admite la providencia de Dios y la inmortalidad del alma priva al hombre de infinitos consuelos durante la vida, y le abisma en la desesperacion al morir.

Además, como observa Nonnotte (7) contra los sofistas, el dogma de la inmortalidad del alma es el único principio que puede producir hombres verdaderamente grandes, levantarlos á virtudes heróicas y hacerlos capaces de los mas generosos sacrificios por *Dios*, por la *patria* y por la *sociedad* (*). Efectivamente, porque si se le dice al hombre, *tu*

(1) *Emilio.*
(2) Pessimum sub sole.
(3) «Et tempus omnis rei tunc erit.» (*Eccles.* III).
(4) *Estudios históricos sobre el Cristianismo*, parte 1, lib. I, c. 3.
(5) *Contra Cecilium*, en Min. Félix.
(6) Cic. *De senectute.*
(7) *Diccionario filosófico*, artículo *Alma.*
(*) Testigos de lo primero los mártires; de lo segundo los españoles contra el usurpador Napoleon en la guerra de la Independencia, y

existencia acaba con la muerte, ya no ve mas allá de ella lugar á la recompensa, y ningun interés tiene en sacrificar por nadie su vida ni sus comodidades, sino procurarse por el contrario, como los paganos, todo el egoismo y todo el placer posible. El apóstata Juliano conoció muy bien la lógica de este raciocinio al atribuir al dogma de la inmortalidad y al de las recompensas futuras el heroismo con que los cristianos se entregaban al martirio.

Oportuno está verdaderamente Plutarco en esta materia discurriendo contra los epicúreos. «La moral de Epicuro, «les pregunta (1), ¿degolló á los tiranos, produjo algun hé-«roe, algun legislador, algun jefe de nacion, un ministro «de algun rey, un defensor del pueblo, un hombre que su-«friese por la justicia, que muriese por ella, ó que se em-«barcase solamente por su patria (*), que hiciese por ella el «menor gasto? Que se nos cite uno solo que se haya intere-«sado por el bien público. Detrodoro una vez en su vida hizo «un viaje de cuarenta estadios (legua y media) para pres-«tar un servicio á un cierto Mithra, oficial del rey Lisíma-«co: Epicuro escribió sus cartas á todo el mundo: este era «el esfuerzo de una virtud sublime. ¿Qué hubieran dicho si «como Aristóteles hubiesen restablecido su patria, y la hu-«biesen, como Teofrasto, puesto dos veces en libertad? El «Nilo no produjo bastante tinta para celebrar tanta gloria. «Pero lo que me parece insoportable es que entre todos los «filósofos sean los únicos que en nada contribuyen á la so-«ciedad, al paso que los mismos poetas, hasta los cómicos, «defienden la causa del bien público y de las leyes.» Ved aquí que Plutarco hizo en este trozo un perfecto retrato de nuestros sofistas, sibaritas y epicúreos verdaderos, cuya máxima favorita es, *esté yo tranquilo en mi gabinete aunque la sociedad se hunda.*

La influencia social de este dogma es tan marcada y resaltante, que de ella han hecho objeto de calumnia los impíos diciendo con Pomponacio y el autor de la *Carta de Trasíbulo á Leucipo* (2), «que viendo las malas inclinaciones de

de lo tercero los misioneros, los Hospitalarios, los Redentoristas y todas las Órdenes y asociaciones católicas de caridad y beneficencia.
(1) Contra Colot., cap. 29 y 30.
(*) Este pasaje prueba la dificultad y peligros entonces de la navegacion por lo poco adelantada que se hallaba la *náutica.*
(2) Citado por Bergier, *Tratado histórico*, parte 1, cap. 2, art. 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«la mayor parte de los hombres, fue necesario *por el bien pú-*
«*blico imaginar* las penas y recompensas de la otra vida.»
¡Dichosa ficcion é impostura aun cuando lo fuera!

Arnobio recordaba á los gentiles la influencia social de este dogma, diciéndoles: «Como esto es cierto y verdadero,
«*por eso* vivimos inculpables é irreprensibles, y somos bue-
«nos, justos, rectos, virtuosos y puros de todo crímen (1).»
Y Tertuliano ya les habia estrechado de este modo: «Enho-
«rabuena que sean falsas nuestras creencias; que sean pre-
«sunciones, son sin embargo muy necesarias; que sean ne-
«cias, son sin embargo muy útiles, porque á aquellos que
«las creen les obliga á hacerse mejores el miedo del eter-
«no suplicio, y la esperanza de la eterna gloria (2).»

Tan palpable es la influencia social de este dogma, que los mismos sofistas, aun aquellos que no creen en él, no pueden negarla. «La razon, dice Bolingbroke (3), que no puede
«admitir el dogma de las recompensas y castigos futuros
«segun los principios de la teología natural (*), no *debe re-*
«*chazarlo segun los de la buena política*... Aunque la reli-
«gion instituida por Numa fuese absurda, sin embargo el
«temor de un poder supremo, la creencia de una providen-
«cia que gobierna todas las cosas, produce los maravillosos
«efectos que la atribuyen Polibio, Ciceron, Plutarco y Ma-
«quiavelo... El olvido y el desprecio de la religion fueron la
«causa principal de los males que Roma sufrió posterior-
«mente. La Religion y el Estado cayeron simultáneamen-
«te.»

«Los que se esfuerzan, dice Hume (4), en desengañar al
«género humano de esta clase de preocupaciones (de reli-
«gion), tal vez son buenos razonadores, pero yo no podria
«reconocerlos como buenos ciudadanos ni buenos políticos,

(1) «Quod quia verum et certum est, et à perfecto sumus inemenda-
«bili perfectione prolati, inculpabiles et ideo irreprehensibiles vivimus
«boni, justi, et recti, vitiositatis nullius rei, nulla cupiditas nos vincit,
«nulla libido deshonestat, virtutum omnium servamus atque integra-
«mus tenorem.» (*Lib. II ad Gentes*, num. 15).

(2) «Falsa nunc sint quæ tuemur, et merito præsumptiones, attamen
«necessaria, inepta, attamen utilia; siquidem meliores fieri coguntur
«qui eis credunt, metu æterni supplicii et spe æterni refrigerii.» (*Apo-*
log. cap. 49).

(3) *Obras* citadas por Bergier, *Tratado histórico*, parte 1, cap. 2, art. 2.

(*) Bien miserable será esa teología que se opone á la ciencia social.

(4) *Ensayo*, cit. ibid.

«pues libran á los hombres del mas poderoso freno de sus
«pasiones, y facilitan la infraccion de las leyes de la equi-
«dad y de la justicia bajo este concepto.»

Lo mismo confiesan Bayle, Toland, Shaftesbury, Rousseau que llama á los que rechazan este dogma, *perturbadores del órden publico y enemigos de la sociedad* (1), con los cuales convienen tambien los mas famosos incrédulos franceses, quienes en vista de la grande influencia social y política de este dogma han llegado á decir *ser preciso bendecirle* (2).

Y ¿gana por ventura algo el incrédulo con rechazar este dogma? ¿Dónde hay cosa mas atroz y exasperada para el pobre, para el desgraciado, para el abatido, para el atropellado que la idea de que son infructuosas y vanas tantas privaciones, tantos trabajos, tantas injusticias y tantas persecuciones?

Si el alma humana fuese mortal, no habria criatura alguna mas infeliz y desventurada que el hombre. ¡Oh! si fuera cierto que el infeliz que cuenta uno por uno los dias de su infortunio, nada debe esperar mas allá de la muerte, Dios habria destinado la corona de la creacion precisamente para el ser mas desdichado de los seres. Pero no, no es así; y de ello tenemos una poderosa garantía en la sábia consecuencia de sus obras, en su infinita bondad, en su infinita misericordia, en su divina palabra. Él nos ha dicho: «Innume-
«rable familia de desgraciados; consolaos, que vuestros in-
«fortunios son la moneda preciosa con que algun dia habeis
«de comprar la corona de la gloria que ceñiréis eternamen-
«te.»

El creyente cristiano espera el premio por lo pasado, y la abundancia, la justicia y la felicidad para lo futuro; y esta esperanza le hace feliz y dichoso en medio de la indigencia, de la iniquidad y de la tribulacion, en medio de lo que comunmente se llama infelicidad y desgracia; porque para el verdadero cristiano no hay mas que una desgracia en este mundo, que es la muerte de la gracia por el pecado, como oportunamente respondió aquel sencillo aldeano de Angelmondi (segun refiere el piadoso Stolberg) (3), al que le com-

(1) *Emilio.*

(2) *Cuestiones sobre la Enciclopedia*, artículo *Alma*, cit. ibid.

(3) *Historia de Nuestro Señor Jesucristo.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

padecia por la calamidad que le acarreó una nube que destruyó toda su cosecha.

El incrédulo que no espera mas vida que esta, ni otros castigos; ese hombre en quien Pascal veia *un mónstruo*, y cuyo abandono en negocio de tal importancia como la eternidad *le espantaba* (1), será inducido por las pasiones á que se aproveche de esta misma vida impulsándole cometer los delitos mas degradantes, y como no espera el premio ni abriga la mas pequeña idea de su dignidad, será en el mundo moral poco menos que un fenómeno una accion buena suya; porque, como dice muy bien Bergier, «¿en qué po-«drán fundarse los deberes de la humanidad si fuera cierto «que el hombre no es mas que un poco de materia organi-«zada, y que de esta, nada le queda despues de la muer-«te (2) (*)?»

Por el contrario, el temor de la pena eterna retrae al verdadero creyente del vicio, y la esperanza de la eterna recompensa le impele á la virtud. Y aquello que mueve al hombre á ser aborrecedor del vicio y amante de la virtud, ¿no contribuye á su bienestar aun en la tierra? ¿Le hará mas feliz el remordimiento del vicio, y la vileza y la degradacion que el vicio le acarrea, que la suavísima satisfaccion de la virtud, y la dignidad que esta le comunica? ¿será mas feliz si tiene una alma idéntica á la del bruto, que si la tiene racional, digna y elevada, semejante en duracion *à parte post*, al mismo Dios?

«¿Qué motivo de alegría, escribe Pascal (3), es el no es-«perar mas que miserias sin recurso? ¿Qué motivo de vani-«dad el verse en oscuridades tan impenetrables? ¿qué con-«suelo el no esperar nunca un consolador?»

Pero ¿en qué podrán fijarse los ojos del materialista y del incrédulo que les comunique un rayo de consuelo y de ale-

(1) *Pensamientos.*
(2) *Diccionario de teología*, artículo *Humanidad.*
(*) «Nada es mas capaz de excitar á la virtud y separar del vicio, dice «el incrédulo Shaftesbury, que la presencia de un Ser supremo testigo «y juez de lo que pasa en el universo; y es un gran defecto en el Ateis-«mo excluir este motivo... Creer que las malas acciones, á las que nos «arrastran las pasiones violentas, se castigan por la justicia divina, es «el mejor remedio contra el vicio y el mayor valor para la virtud.» (*Investigaciones sobre el mérito y la virtud*, citado por Bergier, *Tratado histórico*, parte 1, cap. 2, art. 2).
(3) *Pensamientos.*

gría? ¿tiene algo de lisonjera y agradable la naturaleza para quien no se cree superior á ella?

«La mansion en el campo, dice Lamourette (1), tan pro-«pia para despertar la beneficencia y sensibilidad del que «tiene un alma poseida de un ser inmortal, aumenta en el «hombre sin fe y sin esperanza su indiferencia para todo lo «bueno, porque no halla en ella sino motivos de importunas «y tristes reflexiones. Todo es fúnebre para él en la natura-«leza. Cuanto mas se compare con los objetos que le pone á «la vista, tanto mas gime y se lamenta de hallarse tan pe-«queño y perecedero en medio de la inmortalidad univer-«sal. No ve cosa que la tierra no tenga la virtud de conser-«var ó de hacer reproducir despues de su destruccion, sino «su especie. Todo lo que ella recibe en su seno se deposita «en él para volver á vivir. Solo el hombre es arrojado de «ella para no volver á comparecer jamás y para sepultarse «en las sombras de la muerte.» «Si con el escepticismo en «asunto tan importante está tranquilo y satisfecho el incré-«dulo, dice Pascal (2), si hace profesion de ello, y se vana-«gloria, y si este estado es el objeto de su alegría y de su «vanidad, no tengo términos para calificar á tan extrava-«gante criatura.»

Jamás darán los incrédulos una contestacion satisfactoria al argumento de este grande hombre. «Aun cuando la vida «futura fuese un acontecimiento *incierto*, es al menos un «*acontecimiento posible*, y todo hombre *sensato* debe tomar «el partido de la Religion y de la virtud como el mas *segu-«ro* (3)...» «Aunque los incrédulos, añade (4), tuvieran en-«tera certidumbre de que tras de la muerte solo deben temer «la nada, esto deberia ser un motivo de desesperacion mas «bien que de vanidad. Y cuando no se tiene seguridad al-«guna, el hacer alarde de la duda, ¿no es una locura in-«concebible?»

No debia pertenecer, sin embargo, á un jansenista el mérito de la invencion en este género de discurso contra la incredulidad y la indiferencia religiosa. Con los mismos raciocinios y con no menos vigor y elocuencia confundia ya

(1) *Delicias de la Religion*, cap. 9.
(2) *Pensamientos.*
(3) Ibid.
(4) Ibid.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Arnobio á los gentiles de su tiempo que no se diferenciaban gran cosa de los sofistas del nuestro. «¿No es, en último «caso, mas conforme á razon, les decia, el que de dos su«posiciones inciertas se crea la que inspira algunas espe«ranzas con preferencia á la que no inspira ninguna? En lo «primero ningun peligro hay con que resulte error lo que «se temia; pero en lo segundo hay un gran peligro, esto es, «la pérdida de la bienaventuranza si cuando llega el tiempo «se descubre que lo que se temia no era mentira. ¿Qué de«cis? ¡oh necios dignos de ser compadecidos y llorados! «¿No temeis que pueda ser verdadero eso mismo que con«vertís en materia de desprecio y de risa (1)?»

«Sea, pues, una cosa incierta (la inmortalidad del alma «y los premios y castigos), decia tambien san Clemente I, «Romano (2), se sigue que viviendo virtuosamente *estoy «aun mucho mas fuera de peligro.*»

«Sublimes doctores que quereis igualarme á los brutos, «apostrofa Bergier á los incrédulos (3) materialistas, perdo«nad mi impotencia; mi cuerpo se niega al esfuerzo que «exigís de mí. Mi cabeza levantada hácia el cielo dirige, á «pesar mio, mi vista al Autor de mi existencia; me hace «considerar la mansion que me está destinada, y la mano «que me colmó de beneficios. Mi alma sensible, reconocida, «guiada á la virtud, se rebela tambien contra el aniquila«miento con que la amenazais. Se siente muy vigorosa para «subsistir sin la materia, y abraza la eternidad en sus de«seos y en sus proyectos.»

(1) «Cum ergo hæc sit conditio futurorum, ut teneri et comprehendi «nullius possint anticipationis attactu, nonne purior ratio est ex dua«bus incertis et ambigua expectatione pendentibus, id potius credere, «quod aliquas spes ferat, quam omnino quod nullas? In illo enim pe«riculi nihil est, si quod dicitur imminere cassum fiat et vacuum: in «hoc damnum est maximum, id est, salutis amissio, si cum tempus «advenerit, aperiatur non fuisse mendacium. Quid dicitis, ô nescii «etiam fletu, et miseratione dignissimi? Ita non extimescitis, ne forte «hæc vera sint, quæ sunt despectui vobis, et præbent materiam risus? «nec saltem vobiscum sub obscuris cogitationibus volvitis, ne quod «hoc die credere obstinata renuitis perversitate, redarguat serum tem«pus, et irrevocabili pœnitentia castiget?» (*Adversus Gentes*, lib. II, nu«mer. 4 et 5).

(2) «Cum igitur inquiebam, incerta res sit, multo magis extra pe«riculum est, pie me vivere.» (*Homilia* 1 *Clement. de peregrinationibus Petri inter peregrinandum epitome*, num. 4).

(3) *Tratado histórico de la verdadera Religion*, parte 1, cap. 2, art. 1.

No examinarémos, por no ser difusos, otros dogmas fundamentales del Cristianismo. Lo que hemos dicho basta para convencer á esos filósofos incrédulos y materialistas destituidos de sentido comun que aun contemporizando con sus desventurados sistemas y pasando por alto tambien las impías calumnias de apellidar *supersticiones, absurdos, ridiculeces, extravagancias, fanatismo,* cuanto nuestra sacrosanta Religion profesa y enseña respecto de la futura resurreccion, del perdon de los pecados, de la vida eterna y de sus premios y penas, prescindiendo de todo esto, repetimos, no podrán en cualquiera hipótesis menos de confesar que estas doctrinas son utilísimas para la sociedad á la cual llevan la paz y la alegría; utilísimas al indivíduo á quien consuelan en la afliccion y hacen dichoso en medio del infortunio; que son doctrinas no solamente conformes á la dignidad del hombre, sino que constituyen su misma dignidad; así como sus insensatos sistemas abaten su nobleza y degradan su carácter. De manera, que si estas doctrinas son un error, resulta entonces lo que dicen dos principales corifeos de los sofistas, á saber: *que el inventor de este error seria aun mas pasmoso que* el héroe (1), y *que semejante error hace felices á los hombres* (2).

«¿Qué importa, escribia Chateaubriand (3) precisamente «cuando era admirador apasionado de estos sofistas, qué «importa que sea pura ilusion (la religion cristiana), si esa «ilusion le ayuda (al hombre) á soportar la pesada carga de «su miserable existencia, si esa ilusion vela con él en las «largas y penosas noches, recogiendo y enjugando sus lá«grimas; y si al fin llega á prestarle el último servicio de la «amistad, cerrando sus párpados, cuando solo y desampa«rado en el lecho de dolor se entrega y cae en los brazos de «la muerte?» ¡Oh! si fuera posible que un hombre descubriera que nada hay mas allá de la tumba, y marchara por consiguiente á anunciar á los desgraciados que eran vanas sus esperanzas, la piedad le saldria al encuentro á detener sus pasos, y en nombre de la humanidad le suplicaria que sepultase en lo mas recóndito de su corazon una verdad tan terrible y desoladora. ¡Qué elogio tan bello de la religion

(1) Rousseau, *Emilio*.
(2) Voltaire, *Nouveaux Mélanges*.
(3) *Ensayo sobre las revoluciones*, prefacio.

cristiana hizo sin quererlo el pagano Cecilio, mas bien intentando denigrarla, al acusar á los cristianos *de consolarse de todos sus males con frívolas esperanzas* (1)!

Pasemos ya á las bienaventuranzas del Evangelio, las cuales aunque aplazan el premio y la dicha para despues de la vida, son sin embargo en este mundo un manantial inagotable de consuelos para el hombre recto y justo, aunque desvalido, perseguido y desgraciado.

CAPÍTULO III.

BIENAVENTURANZAS.

Muy distantes se hallaban los hombres en el Gentilismo (y tambien hoy por desgracia) de pensar que su felicidad y su dicha estuviese escondida precisamente en aquello mismo en que no veian mas que tormentos, aflicciones, trabajos é infortunios; á saber, en las privaciones, en las persecuciones injustas, en el refrenamiento de las pasiones, en la huida del vicio y en la práctica de la virtud, y ningun filósofo hasta Jesucristo, como dice Lamourette (2), habia imaginado jamás un sistema de felicidad y de grandeza fundado en el desprecio de las riquezas y en la abnegacion de todos los placeres de las pasiones. Unas miras tan elevadas y tan extrañas á todos los intereses y juicios humanos no habian ocurrido nunca á persona alguna, y el autor del Cristianismo es el primer sábio que aparece en el mundo, diciendo: *Bienaventurados los pobres*, etc. Sí; bienaventurados los pobres, bienaventurados los humildes, bienaventurados los limpios de corazon, bienaventurados los injustamente perseguidos. Sí; bienaventurados y felices los que el mundo cree infelices y desgraciados; y bienaventurados no solamente en la eternidad sino tambien en el tiempo.

Vamos á verlo así aduciendo en paralelo, segun nuestro plan, la accion del Catolicismo, de la Reforma y de las sectas filosóficas.

(1) «Illis pavorem fallax spes solatio redivivo blanditur.» (Marc. Minuc. Felic. *Octavius*, cap. 8).
(2) *Delicias de la Religion*, cap. 8.

§ I.—Primera bienaventuranza: *Bienaventurados los pobres de espíritu* (1).

Si se quiere entender por tales á los que voluntariamente se han constituido en la condicion del necesitado, ó á los que han depuesto y sofocado en su corazon todo afecto y apego á las riquezas, ya hemos probado en el capítulo *Pobreza*, hasta con la misma filosofía gentílica (2), que esta hartura de ánimo y esta completa exencion de deseos es precisamente la verdadera riqueza, la que hace la alegría, el contento y la dicha del hombre. En su virtud nos place, en obsequio tambien de la variedad, seguir la verdadera interpretacion, que es la que da san Agustin en el libro *De sermone Domini in monte*. «Por pobres de espíritu se entien-«den aquí acertadamente los que no tienen el espíritu hin-«chado (3).» Y san Jerónimo en el comentario del Evangelio de san Mateo (4).

Hoy mas que nunca alza su voz esta bienaventuranza profética que tan adecuadamente cuadra al espíritu del siglo. Ella habla directamente con esa Reforma turbulenta y ese Filosofismo impío, de los cuales, la primera no es otra cosa que el orgullo vuelto contra el hombre, y el segundo el orgullo vuelto contra Dios. Lo contradictorio de esta bienaventuranza es *desgraciados los ricos de espíritu;* y como el Filosofismo es precisamente la riqueza del espíritu, se deduce la consecuencia de *malaventurados los sofistas;* consecuencia que por no ser á ellos lisonjera no deja de ser lógica y verdaderísima.

Así como el pobre de espíritu y el humilde es feliz y dichoso tambien en esta vida, por el contrario esos sofistas espíritus fuertes, esos pretendidos sábios de la moda son completamente infelices y desgraciados, aun en la tierra. La pobreza de espíritu está basada en la humildad, y como la humildad es la mas grande virtud moral, por eso la remunera Dios con un doble premio; vice versa: la Reforma y el

(1) «Beati pauperes spiritu.» (*Matth.* v).
(2) Cicer. *in paradox.*
(3) «Recte hic intelliguntur pauperes spiritu *humiles et timentes Deum*, «id est non habentes inflantem spiritum.» (*Lib.* I, c. 1, n. 3).
(4) «Adjunxit (Christus) *spiritu*, ut humilitatem intelligeres non pe-«cuniam.» (Lib. I, cap. 5).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cristiana hizo sin quererlo el pagano Cecilio, mas bien intentando denigrarla, al acusar á los cristianos *de consolarse de todos sus males con frívolas esperanzas* (1)!

Pasemos ya á las bienaventuranzas del Evangelio, las cuales aunque aplazan el premio y la dicha para despues de la vida, son sin embargo en este mundo un manantial inagotable de consuelos para el hombre recto y justo, aunque desvalido, perseguido y desgraciado.

CAPÍTULO III.

BIENAVENTURANZAS.

Muy distantes se hallaban los hombres en el Gentilismo (y tambien hoy por desgracia) de pensar que su felicidad y su dicha estuviese escondida precisamente en aquello mismo en que no veian mas que tormentos, aflicciones, trabajos é infortunios; á saber, en las privaciones, en las persecuciones injustas, en el refrenamiento de las pasiones, en la huida del vicio y en la práctica de la virtud, y ningun filósofo hasta Jesucristo, como dice Lamourette (2), habia imaginado jamás un sistema de felicidad y de grandeza fundado en el desprecio de las riquezas y en la abnegacion de todos los placeres de las pasiones. Unas miras tan elevadas y tan extrañas á todos los intereses y juicios humanos no habian ocurrido nunca á persona alguna, y el autor del Cristianismo es el primer sábio que aparece en el mundo, diciendo: *Bienaventurados los pobres*, etc. Sí; bienaventurados los pobres, bienaventurados los humildes, bienaventurados los limpios de corazon, bienaventurados los injustamente perseguidos. Sí; bienaventurados y felices los que el mundo cree infelices y desgraciados; y bienaventurados no solamente en la eternidad sino tambien en el tiempo.

Vamos á verlo así aduciendo en paralelo, segun nuestro plan, la accion del Catolicismo, de la Reforma y de las sectas filosóficas.

(1) «Illis pavorem fallax spes solatio redivivo blanditur.» (Marc. Minuc. Felic. *Octavius*, cap. 8).
(2) *Delicias de la Religion*, cap. 8.

§ I.—Primera bienaventuranza: *Bienaventurados los pobres de espíritu* (1).

Si se quiere entender por tales á los que voluntariamente se han constituido en la condicion del necesitado, ó á los que han depuesto y sofocado en su corazon todo afecto y apego á las riquezas, ya hemos probado en el capítulo *Pobreza*, hasta con la misma filosofía gentílica (2), que esta hartura de ánimo y esta completa exencion de deseos es precisamente la verdadera riqueza, la que hace la alegría, el contento y la dicha del hombre. En su virtud nos place, en obsequio tambien de la variedad, seguir la verdadera interpretacion, que es la que da san Agustin en el libro *De sermone Domini in monte*. «Por pobres de espíritu se entien-«den aquí acertadamente los que no tienen el espíritu hin-«chado (3).» Y san Jerónimo en el comentario del Evangelio de san Mateo (4).

Hoy mas que nunca alza su voz esta bienaventuranza profética que tan adecuadamente cuadra al espíritu del siglo. Ella habla directamente con esa Reforma turbulenta y ese Filosofismo impío, de los cuales, la primera no es otra cosa que el orgullo vuelto contra el hombre, y el segundo el orgullo vuelto contra Dios. Lo contradictorio de esta bienaventuranza es *desgraciados los ricos de espíritu;* y como el Filosofismo es precisamente la riqueza del espíritu, se deduce la consecuencia de *malaventurados los sofistas;* consecuencia que por no ser á ellos lisonjera no deja de ser lógica y verdaderísima.

Así como el pobre de espíritu y el humilde es feliz y dichoso tambien en esta vida, por el contrario esos sofistas espíritus fuertes, esos pretendidos sábios de la moda son completamente infelices y desgraciados, aun en la tierra. La pobreza de espíritu está basada en la humildad, y como la humildad es la mas grande virtud moral, por eso la remunera Dios con un doble premio; vice versa: la Reforma y el

(1) «Beati pauperes spiritu.» (*Matth.* v).
(2) Cicer. *in paradox.*
(3) «Recte hic intelliguntur pauperes spiritu *humiles et timentes Deum*, «id est non habentes inflantem spiritum.» (*Lib.* I, c. 1, n. 3).
(4) «Adjunxit (Christus) *spiritu*, ut humilitatem intelligeres non pe-«cuniam.» (Lib. I, cap. 5).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Filosofismo, ó la riqueza del espíritu está basada en el orgullo, y como el orgullo es el pecado mas enorme y pernicioso, el pecado mónstruo, por eso le castiga Dios con una doble pena. El sofista es incrédulo por su orgullo, y la incredulidad le fructifica las crueles angustias de la duda, precipitándole en aquellos tormentos y dolorosas contradicciones del pensamiento que duda, de la boca que niega, de la conciencia que afirma, y del corazon que teme, haciéndole infeliz; mientras que el pobre de espíritu, el humilde siendo creyente, por su humildad, descansa en la autoridad de otro, autoridad de cuya infalibilidad tiene las mas poderosas garantías; y así elude aquellas penosas inquietudes y las torturas de la incertidumbre, abismando por el contrario á su espíritu en una apacible calma y tranquilidad que acaban de completar su dicha.

Esa persuasion estúpida é insensata hoy tan generalizada de que la fortaleza de espíritu y la resistencia á creer están en razon directa de la instruccion y del talento, da por desgracia nueva vida á la incredulidad y al materialismo. No menos fatal es la idea que se abriga de que el carácter y la honradez son compatibles, y aun cualidades inherentes á estos sistemas impíos, y quizás no falte entre los sectarios quien les crea privilegios exclusivos. Oigan, pues, estos desdichados razonadores lo que les dice Pascal:

«Si pensaran con seriedad en ello, verian que se toma á «mal (su sistema materialista é impío), que es contrario al «buen sentido, tan opuesto á la honradez, y tan extraño á «todas esas maneras de buen tono que buscan, que nada es «mas capaz de atraerles el desprecio y aversion de los hom«bres y hacerles pasar por personas sin talento y sin juicio... «Así los que no hacen mas que fingir esos sentimientos son «bien desgraciados al forzar su natural para hacerse los mas «impertinentes de los hombres... Abandonen, pues, esas im«piedades á los que son bastante mal nacidos para ser ver«daderamente capaces de todo esto: *sean honrados* al menos, «si no pueden ser *cristianos*, y reconozcan por último que «no hay mas que dos clases de personas á las que se puede «llamar razonables; ó los que buscan á Dios de todo su co«razon *porque le conocen*, ó los que le buscan de todo su co«razon porque no le conocen todavía (1).»

(1) *Pensamientos.*

La fe, inseparable de la pobreza de espíritu, como que es hija suya, persuadiendo al hombre que en esta vida no puede afligirle mal alguno que no sea reparado, ninguna pérdida que no sea resarcida, ninguna privacion que no sea remunerada, ningun sufrimiento que no sea indemnizado, ninguna injusticia que no sea vindicada, ninguna calumnia que no sea purgada, posee el pobre de espíritu en ella la panacea de todas las desgracias, miserias, calamidades y tiranías del mundo: hace que estando en medio de ellas, no le toquen, previniendo sus funestos efectos. Mas: le convierte en dulzura los dolores, en alegría la pena, y en dicha el infortunio (1). Por el contrario, los ricos de espíritu destituidos de fe, porque ella (prescindiendo de la gracia divina que puede hacerla brotar en todos los corazones) es un privilegio exclusivo del humilde, los ricos de espíritu, repetimos, privándose voluntariamente de tan eficaz medicina de las gracias y miserias de la vida, sufrirán terribles penas, angustias y tormentos (2).

§ II.—Segunda bienaventuranza: *Bienaventurados los mansos* (3).

«Son mansos, dice san Agustin (4) recordando las palabras «del Apóstol (5), los que sufren pacientemente la iniquidad, «y no resisten al mal, sino que le vencen con el bien.» Como nada pudiéramos discernir sobre esto que no hayamos emitido cuando hemos hablado de las virtudes de la humildad y de la paciencia, y emitirémos al hablar de la cuarta obra espiritual de misericordia *el perdon de las injurias*, nos limitarémos á hacer ver la paz y la dicha del que reprime los ímpetus de la ira, en que tambien consiste la mansedumbre.

Efectivamente: si en el estado primitivo del hombre la completa sofocacion y sujecion del principio irascible habria contribuido á su omnímoda felicidad, es evidente que en el estado degenerado de hoy tambien felicitará al hombre la mansedumbre. Aparte de lo mucho que este se eleva y dig-

(1) «Convertisti planctum meum in gaudium mihi.»
(2) «Non est pax impiis.»
(3) «Beati mites.» (*Matth.* v).
(4) «Mites sunt qui cedunt improbitatibus, et non resistunt malo, «sed vincunt in bono malum.»
(5) Rom. xii, 21.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nifica cuando domina y se hace superior á sus pasiones, el manso, el apacible, arrojando la ira de su corazon, destierra de él un ovario fecundo de inquietudes y tormentos, alejando de sí aquel volcan, aquel foco continuo de desazones, de irritaciones y de furias que tiene encendido dentro de su pecho el iracundo. «Aprended de mí que soy manso y hu-«milde de corazon, y hallaréis el reposo para vuestras al-«mas,» dice Jesucristo (1).

Que se le desaire ó se le postergue, que se le desatienda ó se le contradiga, que se le ofenda ó se le injurie, el apacible y manso, firme é inmóvil como una roca, en su reposo y calma inaccesible, está libre de aquellos tirones y arrebatos que tanto atormentan á los iracundos y soberbios. Ni las tristes vicisitudes de la fortuna le arredran, ni la perversidad y desmanes de los hombres le irritan. Él es feliz por su mansedumbre, y tambien lo seria la sociedad si la mansedumbre se generalizara, porque es un elemento tan poderoso de paz y de órden, como la irritacion y la ira lo son de disturbios y de disolucion.

Pues bien: si la mansedumbre ó la represion de los ímpetus de la ira traen al hombre y á la sociedad todas estas ventajas y beneficios aun temporales, júzguese entre la mansedumbre predicada por Jesucristo y los Apóstoles, y la predicada por Lutero, Calvino y Muncer, así como la recomendada por Voltaire, Rousseau, Luis Blanch y Mazzini, y se verá de paso que la primera forma súbditos fieles y santos, la segunda súbditos conspiradores y revolucionarios, y la tercera súbditos regicidas.

§ III.—Tercera bienaventuranza: *Bienaventurados los que lloran* (2).

En esta bienaventuranza son comprendidos, en primer lugar, los que lloran con verdadero arrepentimiento sus pecados y ofensas contra Dios (3). Ninguno de los verdaderos cristianos ignora el inmenso consuelo que el arrepentido recaba aun en esta vida de su compuncion y de sus lágrimas:

(1) Matth. XI, 29.
(2) «Beati qui lugent.» (*Matth.* V).
(3) «Luctus hic non mortuorum ponitur communi lege naturæ, sed «peccatis et vitiis mortuorum.» (S. Hier. *Comment. Evang. Matth.*, lib. I, cap. 5).

por manera que aun cuando transigiendo con los incrédulos les concediéramos que no habia ni Dios á quien ofender ni otra vida en que penar, no por eso seria menos consoladora esa bienaventuranza del Evangelio interpretada en este sentido. Pero hagamos abstraccion del pecado y de la ofensa divina, si nos es lícito; y supongamos, encerrándonos en este mundo con los incrédulos, que aquellas lágrimas son vertidas por las calamidades y desgracias temporales. Aun así verémos que estas lágrimas son tan consoladoras cuando son vertidas por la fe, como tristes y amargas cuando son derramadas por la incredulidad.

«El hombre, dice Plinio (1), es el único entre los mortales «á quien la naturaleza echó desnudo sobre la tierra, abando-«nándole desde el mismo instante á los sollozos y lágrimas. «Ninguno hay entre los vivientes que esté destinado á der-«ramar tantas lágrimas, lágrimas que empiezan con su vida, «vida cuyos principios son los suplicios, siendo todo su crí-«men el haber nacido.» Efectivamente, el no saber el hombre al nacer mas que llorar, sin que le valga el ser príncipe (2), el no enseñarle entonces otra cosa la naturaleza, harto bien indica por desgracia que viene á un mundo de miserias, trabajos y calamidades donde le espera el combate, y que su destino aquí es el padecer y sufrir hasta la muerte (3). Por eso en Tracia al nacimiento de un niño acompañaba el llanto de sus parientes (4); «acto tan tierno como filosófico (5).»

Pero ¡desgraciado del hombre que ayude á la naturaleza y al pecado á hacer llorar al hombre! ¡Ah! si se tuviera una idea mas exacta y mas fija de lo lamentable de la condicion humana, disminuirian esos hombres desapiadados, esos hombres enemigos del hombre, esos mónstruos en forma humana, cuya mision en este mundo no parece ser otra que recrudecer y exasperar los tormentos, las penalidades y los dolores de sus semejantes. Sin embargo, por un suceso admirable, el hombre llora porque padece, y luego se alivia porque llora, de manera que el efecto del dolor se convierte en causa de la alegría.

(1) *Historia natural*, lib. VII, proemio.
(2) «Primam vocem similem omnibus emisi plorans.» (*Sap.* VII, 3).
(3) «Sola mors est requies viro.» (S. Ambr. *De bono mortis*, lib. I, cap. 3).
(4) Herodoto, lib. V.
(5) Chateaubriand, *Ensayo*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero ¡ah! si las lágrimas consuelan es por la fe; será que el consuelo es inspirado por la esperanza, y la esperanza es el edificio de amparo y de refugio que únicamente en el solar de la fe puede levantarse. Por eso las lágrimas del incrédulo que nada creyendo nada espera, han de ser necesariamente tan desconsoladoras y amargas, como suaves y dulces las del creyente; por eso las lágrimas del incrédulo, triste excepcion de aquella grandiosa maravilla, serán siempre efectos de la afliccion y del dolor y causa luego de nuevas aflicciones y dolores. Que una persona sea verdaderamente cristiana y será feliz, aunque accediendo á las exigencias de la flaca naturaleza y pagándole su tributo vierta lágrimas abundantes y frecuentes. ¡Ah! si el gentil y el incrédulo que yacen en la infelicidad y en la desgracia columbrasen los inmensos consuelos encerrados en la doctrina de esta bienaventuranza y en las de todo el Cristianismo, abrazarian con ansia una religion que sola ella, y nada mas que ella, posee las medicinas de sus infortunios, calma sus dolores, y responde á sus lamentos! Mientras que el hombre afligido y desgraciado no se replegue al Evangelio y se abrace con la cruz, no espere sino un porvenir sombrío y horroroso. Ningun alivio, ningun consuelo, ninguna esperanza... la pena solamente y la desesperacion le acompañarán hasta el sepulcro.

Las lágrimas del incrédulo son acibaradas por la funesta persuasion en que está de que nunca serán ni vengadas ni resarcidas; mientras que las del verdadero creyente las dulcifica la firmísima esperanza que abriga de que llegará un dia en que una justicia rigorosa las vengue, y en que una gran misericordia las remunere é indemnice con usura (1). Si los incrédulos supieran lo que aun en el órden temporal pierden con serlo, abandonarian al momento la incredulidad asiéndose fuertemente á la fe, á no ser que fuesen tan insensatos y tan enemigos de su dignidad, de su bienestar y de su dicha, como rebeldes á la divina palabra, lo que seria el colmo de la estupidez y de la degradacion. «Nada descubre mas, dice acertadamente Pascal (2), esa «extraña debilidad de entendimiento (la duda, el escep-

(1) «Perpetua sibi gaudia exiguis fletibus emit, parvisque momentis «tempora acquirit æterna.» (S. Ambr. *De viduis*, lib. I, cap. 6).
(2) *Pensamientos.*

«ticismo, la incredulidad) que *el no conocer* cuál es la des«gracia de un hombre sin Dios.» Sin embargo, como el alma *es naturalmente cristiana* (1), especialmente el alma atribulada, esos mismos incrédulos en sus grandes calamidades alzan instintivamente su vista al cielo, donde presienten que se halla el lenitivo de su dolor, y hé aquí que se ven forzados á conceder al infortunio lo mismo que niegan á la palabra de Dios. ¡Insensatos!

Y ¿qué tiene que replicar á esto ese Filosofismo moderno? ¿Podrá indicarnos el lugar donde ha colocado las consolaciones para aquellos de sus prosélitos (debiéramos decir todos) que son infelices y desgraciados? ¡Ah! él no les ha presentado mas que tres medios terribles de consuelo y de descanso... el veneno, la cuerda y el puñal. Y ¿podrán sincerarse los sofistas de ser atentadores crueles contra el solaz que es debido al infortunio, y enemigos declarados de la humanidad?

§ IV.—Cuarta bienaventuranza: *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia* (2).

Con efecto; los que anhelan y aspiran á la justicia interior, ó á la santidad como escala para subir á la eterna gloria, que es de lo que habla esta bienaventuranza (3), han de hacerlo por el camino de la virtud, y la práctica de la virtud es lo único que hace y puede hacer felices y bienaventurados á los hombres en este mundo y en el otro. El Filosofismo impío de la moda arrancando de su base la verdadera filosofía, trastornando los criterios de la verdad y la conciencia pública, sustituyendo la realidad de las cosas con los variados sueños de la preocupacion, ha realizado una revolucion tal en el campo del pensamiento y de la idea (como en todo), que al lado de la conciencia pública cristiana ha formado otra anticristiana y errónea, ante quien las prácticas religiosas son supersticiones, la devocion hipocresía, las máximas piadosas cuentos y supercherías, la fe

(1) «¡Oh! Testimonium animæ naturaliter christianæ...!» (Tertuliano, *Apolog.*).
(2) «Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam.» (*Matth.* V)
(3) «Jam istos amatores dicit veri et inconcusi boni.» (*S. Aug.* ibid. cap. 2, num. 6).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ignorancia, y la virtud fanatismo. Aun en medio de las naciones católicas hay huestes innumerables de estos sofistas hijos naturales de Bayle, Espinosa, Voltaire y Rousseau que manchan el Evangelio y la filosofía, ejército engrosado de cuantos hombres hay pervertidos, sin principio, sin religion, sin educacion, sin carácter y sin dignidad, predicadores de ese desventurado Filosofismo moderno, perfecta paródia del Paganismo antiguo, que, merced á la prensa, ha inficionado toda la Europa, los cuales se rien, haciendo pública mofa y escarnio de todo lo mas augusto, sagrado y santo. Esto no es de hoy. San Clemente I, papa, atestigua que ya en sus dias sucedia lo mismo (1). Los bribones y necios de todos tiempos se parecen.

Estos sábios de la moda que pretenden vendernos su infamia por ciencia, y que quieren cohonestar sus vicios con el pretexto de progreso y de ilustracion, se burlan, mirándolas como con lástima por cima de los hombros de todas las personas virtuosas y timoratas, á quienes conceptúan cohibidas, esclavizadas y víctimas infelices de lo que ellos llaman supersticion y fanatismo (2). Pero nosotros decimos á estos desventurados tan sábios y despreocupados en apariencia, como ignorantes y prevenidos en realidad, que estas personas virtuosas y timoratas, de que al menos los principios de sociabilidad y de educacion dictan no burlarse, son tan dichosos y felices aun en esta vida por sus privaciones y por sus virtudes (3), como esclavos y desdichados ellos por sus demasías y por sus vicios, resultando ser ellos los dignos de mofa é irrision; sin embargo, los *beatos*, los *supersticiosos*, los *fanáticos*, como apellidan á los virtuosos, son mas nobles y generosos que sus detractores, y en vez de escarnecerlos les tienen lástima y compasion, porque si á ellos les inspira su filosofía el aborrecimiento y el desprecio, á los verdaderos cristianos inspira su Religion el perdon, la clemencia y el amor.

Es una verdad, y una verdad triste y lamentable para estos desgraciados, que si hablan y piensan así es, como

(1) «Stulti, et fatui, et insipientes, et imperiti derident nos ac subsannant.» (*I Cor.* XLIX). «Aliquando habuimus in derisum et in similitudinem improperii.» (*Sap.* III).
(2) «Visi sunt oculis insipientium mori.» (*Ibid.* V).
(3) «Illi autem sunt in pace.» (*Ibid.*).

ya hemos advertido, porque no han tenido jamás la dicha de saborear las dulzuras de la virtud; si las hubieran gustado, de seguro que estimarian una religion que las inspira. «El que aborrece nuestra Religion, decia oportunamen-«te Tertuliano en su excelente *Apología*, jamás ha tenido «amor sincero á la virtud; por eso el primer perseguidor «de la fe ha sido el mas vicioso de los tiranos. Y por el odio «que la tuvo Neron puede juzgarse de su excelencia, por-«que todo el que sepa lo que fue este hombre, conoce que no «podia menos de ser muy bueno lo condenado por él (1).» ¡Bello pensamiento!

Cristianos aspirantes á la santidad y á la perfeccion, no hagais caso de las impías vociferaciones y degradantes doctrinas de esos sofistas, perniciosa plaga para la sociedad religiosa lo mismo que para la sociedad civil. ¡Ay! que ya han inoculado tanto su mortífero veneno, han minado ya tanto la moralidad, que hoy se ven muchos virtuosos tibios y cobardes ruborizarse en público de su virtud. Mientras mas atacada y escarnecida la veais, amadla mas, deseadla mas. Continuad firmes é impávidos por la senda de la justicia. Si á los ojos del mundo vuestra devocion es estupidez, bien; si vuestras privaciones y mortificaciones son fanatismo y esclavitud, que lo sean; si vuestra honradez y vuestra virtud es hipocresía, no importa; si vuestro retiro y recogimiento es ridiculez y misantropía, es igual. Las mismas acusaciones nos dicen Tertuliano y demás apologistas de Occidente y de Oriente en sus elocuentes escritos, que los gentiles dirigian en su tiempo á los cristianos. Nada tiene de extraña esta identidad de dicterios calumniosos entre hombres que al fin y al cabo todos son igualmente verdaderos paganos. Digan, pues, lo que quieran, en el entre tanto ni el mundo con sus partidarios, ni el Filosofismo con sus apóstoles, ni el impío con su sarcástica sonrisa os podrán arrebatar la dicha que en vuestra virtuosa vida saboreais en la tierra ni la que os espera en el cielo.

Y nosotros decimos por otra parte á esos torpes ignoran-

(1) «Consulite commentarios vestros: illic reperietis primum Neronem «in hanc sectam cum maxime Romæ orientem Cæsariano gladio feroc«cisse. Sed tali dedicatore damnationis nostræ etiam gloriamur. Qui «enim scit illum intelligere potest non nisi grande aliquod bonum à Ne«rone damnatum.» (*Apolog.* cap. 5).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tes ó malignos hipócritas que pretenden hallar la dicha en el desarrollo indefinido de los deleites sensuales, que no concebimos que la felicidad del hombre consista en el sensualismo, en la felicidad del cuadrúpedo, y les dirigimos aquellas palabras de Lactancio á los filósofos gentiles: «¡Oh! «nosotros dudaríamos que efectivamente éramos dichosos si «así os lo pareciéramos á vosotros (1).» Por cierto que no les envidiamos una felicidad que despues de ser una verdadera desdicha, como hemos probado en toda la obra y probarémos aun, les envilece, les degrada y les embrutece. Les decimos que no concebimos que sea estimar la dignidad del hombre y celar por ella asimilarle é identificarle por sus doctrinas con el cuadrúpedo. Les decimos que no concebimos que la moralidad consista en denigrar las virtudes y deificar los vicios. Y les decimos, por último, que no concebimos que el progreso y la civilizacion consistan en profesar doctrinas disolventes, revolucionarias y antisociaciales, que destruyendo todos los principios, hundan la sociedad.

§ V.—Quinta bienaventuranza: *Bienaventurados los misericordiosos* (2).

Ya hemos visto cuando discurrimos acerca de la virtud de la caridad, y lo verémos aun cuando hablemos de las obras de misericordia, que el Cristianismo extrayendo al hombre de aquel duro egoismo en que las religiones gentílicas le tenian encerrado, le enseñó á sentir y llorar los infortunios de sus semejantes, y que uniéndose á ellos con lazos afectuosos ha hecho brotar en los corazones la compasion de la desgracia y de la miseria ajena. Y no solamente una conmiseracion pasiva, si podemos decirlo así, sino tambien activa, dado que no solo ha hecho al hombre sentir la miseria, sino que le ha impulsado fuertemente á socorrerla; extremos ambos que abraza esta bienaventuranza.

(1) «Hoc uno beati esse in hac vita possumus, si minime beati esse «videamur; si fugientes illecebras voluptatum solique virtuti servientes in omnibus laboribus miseriisque vivamus, quæ sunt exercitia et «corroboramenta virtutis; si denique asperam illam vitam difficilemque «teneamus, quæ nobis ad beatitudinem patefacta est. Summum igitur «bonum, quod beatos facit, non potest esse nisi in ea religione atque «doctrina, cui spes immortalitatis adjuncta est.» (*Divin. instit.* lib. III, *De falsa sapientia Philosophor.* cap. 12).

(2) «Beati misericordes.» (*Matth.* v).

Además de lo mucho que la misericordia y la compasion recomiendan y dignifican al hombre porque demuestran en él un corazon generoso, unos sentimientos nobles y un alma grande (1), además de lo mucho que mejoran al hombre en el trato comun de la vida, que tornan mas hermoso y lisonjero; además de los inmensos beneficios y ventajas que reportan á la sociedad introduciendo en ella tantos y tan poderosos y tan firmes elementos de union, de paz y de órden, tenemos los inmensos consuelos que comunican al infeliz que es objeto de ellas, como tambien probamos entonces recordando la disposicion natural del corazon humano á mitigar sus penas con la enumeracion de las mismas, especialmente si las manifestamos á personas que se duelen con nosotros y lloran con nosotros. Por manera que esta bienaventuranza como todas las demás, y cuantas doctrinas pueda reclamar el Evangelio como suyas, rebosan de consuelos y de beneficios: beneficios para los que compadecen, beneficios para los compadecidos, y beneficios para el trato y para la vida social. «La beneficencia es como un paraíso «en bendiciones,» dice el Sábio (2).

Pero ¡ay! que estando harto desterradas de la Reforma y del Filosofismo, como lo estaba y está del Paganismo la piedad y la misericordia, no hay entre los protestantes y sofistas mas que lo que habia entonces, egoismo, exclusivismo, miembros separados, sin union ni simpatías, é indivíduos que á nadie pertenecen sino á sí solos; y por consiguiente el infeliz que tenga la desgracia de serlo bajo el reinado de estos desoladores sistemas, perteneciendo á él solo todo el horror y la amargura de su infortunio, pasará una vida terrible que regularmente, y, como acreditan la experiencia y la historia, llevándole á la desesperacion terminará con el suicidio.

§ VI.—Sexta bienaventuranza: *Bienaventurados los limpios de corazon* (3).

«Con estas cortas palabras, dice Bergier (4), ilustró Jesu-

(1) «Benefacit animæ suæ vir misericors.» (*Prov.* xi, 17).

(2) Eccli. xl, 7.

(3) «Beati mundo corde.» (*Matth.* v). «Quos non arguit ulla con«scientia peccati.» (S. Hier. ibid.).

(4) *Diccionario de teología*, artículo *Castidad*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«cristo al mundo, y le purificó de los desórdenes del Paga-«nismo.» La pureza del corazon es el resultado de la obediencia de los preceptos, del cumplimiento de los deberes y obligaciones, y de la práctica de la virtud, y ninguna satisfaccion lícita le es dada al hombre mayor que la que esto le reporta. Además la pureza del corazon lleva consigo la quietud y el reposo de la conciencia, librando así al hombre de aquellos crueles remordimientos, de aquellas punzadas atroces, de aquellos sobresaltos, angustias y temores, única cosa que le queda al hombre del vicio y de la impureza, así como de la flor que se aja entre los dedos no queda mas que la espina.

Poco importa que las apariencias, la calumnia ó la perversidad humana se empeñen en presentar culpable al hombre: importa poco que el mundo empañe ó niegue su inocencia; si su corazon está limpio, si no le remuerde su conciencia, le desazonará tal vez la calumnia, si aun no ha llegado á un grado alto de perfeccion cristiana, pero nadie le podrá arrebatar la gran dicha y satisfaccion interior que le reportan su inocencia y su justicia. El corazon puro y contento que no ha dado entrada á la ambicion está libre de aquellos temores, angustias y sobresaltos que aquejan al avaro por lo que posee, ó, mejor dicho, por lo que le posee á él, porque el avaro es propiedad de sus riquezas: está libre de aquellos desvelos crueles, afanes y ansiedades por adquirir mas, y de aquellas atroces penas y pesadumbres por lo perdido. El corazon puro y casto que ha cerrado sus puertas á la sensualidad elude aquella continua comezon del deleite, aquella insaciable sed de goces impuros, aquel cruel y continuo relinchar por el placer, efectos de la costumbre que atormentan á los voluptuosos, aumentándose sus torpes deseos á medida que disminuyen las fuerzas para satisfacerlos. El corazon puro y recto, que se ha opuesto valerosamente á todas las exigencias caprichosas é ilícitas, á la parcialidad y á la injusticia, reposa tranquilo, sin que incesantemente le quiten el sueño y le desvelen cruelmente los constantes clamores de un derecho arrebatado, de una justicia desoida, ó de una inocencia atropellada. Por último, el corazon puro y justo, que no ha prestado sus oidos á consejos insanos, que no ha transigido con las pasiones, que ha practicado la virtud, y que se ha conservado sin mancha

en medio de la corrupcion del mundo, luego que da el último latido pasa veloz y brillante á una felicidad y á una dicha sin fin.

Confiesa un incrédulo que el Cristianismo es el único culto que promete á los hombres una recompensa digna de ellos: *El cristiano gozará de su Dios* (1).

Vista la dicha y dignidad que aun en esta vida comunica al hombre la pureza del corazon, cuyas inmensas bellezas y ventajas para la sociedad son demasiado resaltantes, como que esta y todas las bienaventuranzas del Catecismo católico son eminentemente sociales, dejamos á la consideracion del lector el juzgar quién es el que cela y se desvive por la pureza del corazon de sus prosélitos, el Catolicismo, ó la Reforma y las sectas filosóficas.

§ VII.—Séptima bienaventuranza: *Bienaventurados los pacíficos* (2).

Supuesto el estado presente de degeneracion del hombre, y bien manifiesta la necesidad de la vida social, no hay mision en la tierra mas elevada, mas noble ni mas digna que la de tener paz con los hombres, y conciliar la paz entre los hombres, cosas ambas que, con la paz con Dios por la ausencia del pecado, y la paz consigo mismo por la represion de las pasiones, abraza esta bienaventuranza, segun expresion de san Jerónimo (3). «¡Qué hermosos los piés de los que «anuncian la paz, de los que anuncian los bienes (4)!»

No creemos sea necesario esforzarse mucho en probar que sea dichoso aquel que vive en perfecta paz y armonía con los demás hombres, porque esta paz y armonía indican que está exento de toda injuria, y de todo delito contra ellos; y esta exencion del mal moral es cabalmente la mayor felicidad. Aun mas feliz es el hombre cuando guarda paz consigo mismo, porque esta paz demuestra que ha conseguido dominar sus pasiones; dominio que evitando los efectos de las mismas, le acarrea la felicidad mayor que puede disfrutarse

(1) El autor del *Ensayo sobre el mérito y la virtud*, citado por Bergier, *Tratado histórico*, parte 3.
(2) «Beati pacifici.» (*Matth.* v).
(3) «Qui primum in corde suo deinde et inter fratres dissidentes pa-«cem faciunt.»
(4) Rom. x, 15.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sobre la tierra, como que es precisamente la felicidad del hombre en su estado puro é inocente.

Tambien es en gran manera dichoso el pacificador, «el que «concilia la paz entre los hombres,» como dice san Agustin. Lo primero, porque pacificando es natural que sea pacífico, y siéndolo, es dichoso de la manera que hemos dicho, «el «fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen «paz (1);» y lo segundo, porque pacificando trabaja por su parte para llevar otra vez á los hombres á su primitivo y feliz estado, cuyo carácter esencial seria la paz; y los medios que conducen á un fin dichoso han de ser tambien necesariamente felicitadores. Por manera que felicitando la paz al que la da y al que la recibe, al que la tiene y al que la admite, hace distributivamente dichosos á todos los indivíduos, y por consiguiente á la sociedad, por derivarse sucesivamente el bienestar de los indivíduos á las familias, á los pueblos, á las provincias y á los Estados. Y esto prescindiendo de los bienestares colectivos que surgen de las reconciliaciones que directamente se realizan de familia á familia, de pueblo á pueblo, y de nacion á nacion.

Ahora bien: no hallaria papel bastante aquel que se propusiera formar el catálogo de todas las paces generales y particulares que ha conciliado el Catolicismo, ¿qué digo de las particulares? ni aun las conciliadas en un reducido confesonario. La Reforma ya nos mostró en vida de Lutero con la guerra de los paisanos de qué manera venia á conciliar la paz entre las diversas clases y condiciones de los hombres; en sus célebres leyes de divorcio, de qué modo procura por la paz de las familias, y en el destrozo que ha hecho de la caridad y de la simpatía cristiana, cómo ha turbado la paz entre los indivíduos, y en todo la de la sociedad.

Y ¿cómo procura el Filosofismo conciliar la paz? Maquinando y atentando contra la vida de aquellos que la sostienen, y aspirando con sus tendencias socialistas y comunistas á destruir la sociedad, la familia, y hasta el indivíduo como hombre digno, refundiéndolo todo en una horda.

(1) Jacob. III, 18.

§ VIII.—Octava bienaventuranza: *Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia* (1).

«Lidia por la justicia en favor de tu alma, y hasta la muer«te combate por la justicia, y Dios peleará por tí contra tus «enemigos (2).» Esta bienaventuranza, á diferencia de las demás, parece que únicamente convida al hombre á ser dichoso despues de su muerte; porque á primera vista no se concibe muy bien cómo pueda ser feliz en la tierra un hombre continuamente perseguido; y sin embargo es dichoso en realidad cuando la persecucion, como la de que habla la bienaventuranza catequística, es injusta, pareciendo, por el contrario, que por lo mismo que es injusta debiera atribularle mas.

Cuando el hombre injustamente arrollado, perseguido ó tiranizado por el que proclama á su fuerza por única ley de justicia (3), es un cristiano verdadero, aun es entonces mas dichoso que en la calma y en la bonanza, porque para él estas persecuciones y violencias son precisamente la materia de que elabora su virtud, y la contempla, como ya dijimos, con la misma serenidad y complacencia con que el artífice contempla la abundancia de materiales para sus obras. *Et facere et pati fortia romanum est*, dijo Tito Livio. Poco despues el heroismo de los Mártires le hubiera obligado á escribir *christianum est.*

Mientras mas persecuciones injustas, mas virtud, y mientras mas virtud, mas dicha. Cuando una persona pública, v. g., se ve por su incorruptibilidad perseguida por el poderoso, cuyas pretensiones injustas desoyó (4), rechazando indignado sus ofertas, aun cuando se vea destituido por su perseguidor del destino que honró, ¿qué pierde? nada: no hace mas que verificar un cambio en que lleva ganancias inmensas: él permuta su empleo por el aprecio y la estimacion pública que se captó por su fortaleza y rectitud, y lo que es mejor, por aquella suavísima satisfaccion que ino-

(1) «Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam.» (*Matth.* c. V).
(2) Eccli. IV, 33.
(3) Sap. II, 11.
(4) «Nec minus periculum ex magna fama quam ex mala.» (Tacit. *in vita Agricolæ*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cula en su espíritu la conviccion íntima de que si ha perdido su destino y con él los medios de subsistencia, ha sido por haberlo sacrificado todo á la pobreza, á la orfandad ó al desamparo que la iniquidad queria arrollar, y esta es una satisfaccion gratísima con la cual apenas podrá compararse nada en el mundo. «Gozo es al justo la justicia, y «susto á los que obran la iniquidad (1).»

Si al perfecto cristiano se le despoja inícuamente, él se consuela alzando su vista al cielo, donde está su verdadero tesoro que nadie le podrá arrebatar (2). Si inocente se le precipita en los calabozos y en las prisiones, él bendice y besa alegre una cadena de hierro que espera ver convertida en corona de oro incorruptible. Si víctima quizás de la envidia, ó bien porque estorba para la iniquidad su virtud, como aquel de que habla el inícuo (3), se le destierra de su patria, él contesta como en otro tiempo san Basilio á Modesto, prefecto de Oriente: «Toda la tierra es para mí un «destierro,» é instintivamente eleva sus ojos al cielo donde está su patria verdadera, en la cual no podrán estorbarle la entrada sus perseguidores, ayudándole por el contrario con su comportamiento tiránico á subir á ella.

Ved aquí, pues, cómo las persecuciones cuando son injustas hacen al hombre dichoso aun en medio de ellas, por los consuelos y satisfacciones que le fructifican, por la calma inalterable en que le abisman, y por las hermosas esperanzas que le hacen concebir. Muy diversa seria su suerte si fuesen justas estas persecuciones, porque entonces demostrarian que era delincuente, y á ningun culpable es dado ser feliz (4), porque el delito arrebatando al corazon el reposo, y llevándole el terror y el remordimiento, es incompatible con el bienestar y la dicha (5). Por eso advierte san Jerónimo: «De propósito añadió (Jesucristo) *por la justicia*, por- «que muchos padecen persecucion por sus delitos y no son «dichosos (6).»

Pero ¡ay! que tambien esta bienaventuranza habla únicamente con los creyentes, con los virtuosos, con los verdaderos cristianos, con los que esperan el resarcimiento, la indemnizacion y la recompensa, con los que se consideran, como en realidad son, fugaces pasajeros en la tierra. De ellos es esta bienaventuranza exclusivo privilegio. Ella no alcanza á esos infelices gentiles y sofistas perversos que no viendo mas allá de la tumba nada que indemnice, resarza ni premie sus dolores y sufrimientos, en vez de ser con ellos dichosos, ó suavizarlos y mitigarlos como el cristiano, no abrigando ninguna esperanza se acibararán sus lágrimas y se recrudecerán sus penalidades, viniendo á terminar tan triste vida una muerte horrorosa. ¡Y ha habido hombres en el mundo, y en el corazon de la Europa civilizada y cristiana, que han dicho «ser el mayor amigo del «género humano el que consiguiese desterrar la fatal idea «de un Dios, ó disminuir sus terribles influencias (1)!» Y en el centro del Cristianismo resonó este eco de Lucrecio.

(1) Prov. XXI, 15.
(2) «De quo pelli non possit.» (S. Aug. *in hoc loco*, pag. 2).
(3) Sap. II, 12 et seq.
(4) «Etiamsi cætera quæ putantur effugerit.» (*Cic.*).
(5) «Suum quemque scelus agit.» (*S. Aug.*).
(6) «Signanter addidit *propter justitiam*. Multi enim persecutionem «propter sua peccata patiuntur, et non sunt justi.» (*Ibid.*).

Examinarémos ahora los catorce principales beneficios que nos dice el Catecismo católico podemos dispensar á nuestros semejantes en su cuerpo y en su espíritu, y que son otras tantas virtudes que tienen por objeto al prójimo, ramas preciosas todos ellos del tronco celestial de la caridad. Con esto hemos nombrado las obras de misericordia.

CAPÍTULO IV.

OBRAS DE MISERICORDIA.

«¡Cuántas obras de misericordia ha hecho el Evangelio, «exclama precisamente un enemigo del mismo (2).» Una religion que como la de Jesucristo se reasume perfectamente en esta hermosa trinidad, —abnegacion— compasion — caridad, — no puede dar un paso ni volverse á ninguna parte sin que socorra una miseria ó enjugue una lágrima. El desgraciado que acercándose con fe animosa al Evangelio toca sus suaves resortes, queda en el mismo instante perfectamente tranquilo y consolado, así como desaparecian al momento el dolor y las enfermedades de aquellos que con

(1) El autor del *Sistema de la naturaleza*, citado por Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Incrédulo*.
(2) Rousseau, *Emilio*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cula en su espíritu la conviccion íntima de que si ha perdido su destino y con él los medios de subsistencia, ha sido por haberlo sacrificado todo á la pobreza, á la orfandad ó al desamparo que la iniquidad queria arrollar, y esta es una satisfaccion gratísima con la cual apenas podrá compararse nada en el mundo. «Gozo es al justo la justicia, y «susto á los que obran la iniquidad (1).»

Si al perfecto cristiano se le despoja inícuamente, él se consuela alzando su vista al cielo, donde está su verdadero tesoro que nadie le podrá arrebatar (2). Si inocente se le precipita en los calabozos y en las prisiones, él bendice y besa alegre una cadena de hierro que espera ver convertida en corona de oro incorruptible. Si víctima quizás de la envidia, ó bien porque estorba para la iniquidad su virtud, como aquel de que habla el inícuo (3), se le destierra de su patria, él contesta como en otro tiempo san Basilio á Modesto, prefecto de Oriente: «Toda la tierra es para mí un «destierro,» é instintivamente eleva sus ojos al cielo donde está su patria verdadera, en la cual no podrán estorbarle la entrada sus perseguidores, ayudándole por el contrario con su comportamiento tiránico á subir á ella.

Ved aquí, pues, cómo las persecuciones cuando son injustas hacen al hombre dichoso aun en medio de ellas, por los consuelos y satisfacciones que le fructifican, por la calma inalterable en que le abisman, y por las hermosas esperanzas que le hacen concebir. Muy diversa seria su suerte si fuesen justas estas persecuciones, porque entonces demostrarian que era delincuente, y á ningun culpable es dado ser feliz (4), porque el delito arrebatando al corazon el reposo, y llevándole el terror y el remordimiento, es incompatible con el bienestar y la dicha (5). Por eso advierte san Jerónimo: «De propósito añadió (Jesucristo) *por la justicia*, por- «que muchos padecen persecucion por sus delitos y no son «dichosos (6).»

Pero ¡ay! que tambien esta bienaventuranza habla únicamente con los creyentes, con los virtuosos, con los verdaderos cristianos, con los que esperan el resarcimiento, la indemnizacion y la recompensa, con los que se consideran, como en realidad son, fugaces pasajeros en la tierra. De ellos es esta bienaventuranza exclusivo privilegio. Ella no alcanza á esos infelices gentiles y sofistas perversos que no viendo mas allá de la tumba nada que indemnice, resarza ni premie sus dolores y sufrimientos, en vez de ser con ellos dichosos, ó suavizarlos y mitigarlos como el cristiano, no abrigando ninguna esperanza se acibararán sus lágrimas y se recrudecerán sus penalidades, viniendo á terminar tan triste vida una muerte horrorosa. ¡Y ha habido hombres en el mundo, y en el corazon de la Europa civilizada y cristiana, que han dicho «ser el mayor amigo del «género humano el que consiguiese desterrar la fatal idea «de un Dios, ó disminuir sus terribles influencias (1)!» Y en el centro del Cristianismo resonó este eco de Lucrecio.

(1) Prov. XXI, 15.
(2) «De quo pelli non possit.» (S. Aug. *in hoc loco*, pag. 2).
(3) Sap. II, 12 et seq.
(4) «Etiamsi cætera quæ putantur effugerit.» (*Cic.*).
(5) «Suum quemque scelus agit.» (*S. Aug.*).
(6) «Signanter addidit *propter justitiam*. Multi enim persecutionem «propter sua peccata patiuntur, et non sunt justi.» (*Ibid.*).

Examinarémos ahora los catorce principales beneficios que nos dice el Catecismo católico podemos dispensar á nuestros semejantes en su cuerpo y en su espíritu, y que son otras tantas virtudes que tienen por objeto al prójimo, ramas preciosas todos ellos del tronco celestial de la caridad. Con esto hemos nombrado las obras de misericordia.

CAPÍTULO IV.

OBRAS DE MISERICORDIA.

«¡Cuántas obras de misericordia ha hecho el Evangelio, «exclama precisamente un enemigo del mismo (2).» Una religion que como la de Jesucristo se reasume perfectamente en esta hermosa trinidad, —abnegacion— compasion — caridad, — no puede dar un paso ni volverse á ninguna parte sin que socorra una miseria ó enjugue una lágrima. El desgraciado que acercándose con fe animosa al Evangelio toca sus suaves resortes, queda en el mismo instante perfectamente tranquilo y consolado, así como desaparecian al momento el dolor y las enfermedades de aquellos que con

(1) El autor del *Sistema de la naturaleza*, citado por Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Incrédulo*.
(2) Rousseau, *Emilio*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

igual fe tocaban siquiera la orla del vestido de su Autor divino.

«La religion cristiana, dice Chateaubriand (1), establecida «para nuestras miserias y para las necesidades de nuestro «corazon, es esencialmente tierna y melancólica. Preséntanos siempre al hombre como un viajero que camina por un «valle de lágrimas, y no descansa sino al llegar á la tumba. «El Dios que ofrece á nuestra adoracion es el Dios de los «desgraciados; él mismo padeció tambien, los niños y los «débiles son los objetos de su predileccion, y ama á los que «lloran.»

«Mirad, mirad, exclama este autor (2), esos retiros denominados de la caridad y de los peregrinos, de los agonizantes y de los sepultureros, de los locos y dementes, «huérfanos, expósitos, etc., y tratad si es posible de encontrar en la larga enumeracion de las miserias humanas una «sola dolencia del alma ó del cuerpo para la cual no haya «fundado la Religion su casa de alivio y consuelo y su hospicio.» «Imagínese un hombre el género de miseria que «se le antoje, piénselo como quiera, y nosotros afirmamos «con la mayor seguridad que la religion (cristiana) ha adivinado su pensamiento y preparado el remedio (3) (*).»

«Nada mas fecundo en recursos que el Catolicismo,» dice nuestro inmortal Balmes, menos poético que el apologista francés, pero mas exacto, filosófico y profundo, «en presentándose una necesidad, si se le deja obrar libremente

(1) *Carta á Mr. Fontanes.*

(2) *Genio del Cristianismo*, parte 4, lib. III, cap. 3.

(3) «Uno verbo, omnium indigentium curam suscipit.» (S. Just. *Apolog. I*, num. 67).

(*) «Para formarnos una idea, advierte muy oportunamente este «escritor, de la inmensidad de estos beneficios del Cristianismo, debemos figurarnos á la cristiandad como una vasta república, donde todo lo que contamos de una parte de ella está pasando al propio tiempo en otra. Así es que cuando hablemos de los hospitales, de las misiones, de los colegios de la Francia, es menester representarse tambien los de Italia, España, Alemania, Rusia, Inglaterra, América, África y Asia. Es necesario ver á doscientos millones de hombres á lo menos, entre quienes se practican las mismas virtudes y se hacen iguales sacrificios; es necesario recordar, en fin, que hace mil ochocientos años que existen estas virtudes y que se repiten los mismos actos «de caridad. Calculad ahora, si no se confunde vuestra imaginacion, á «cuánto ascenderá el número de indivíduos socorridos é ilustrados por «el Cristianismo entre tantas naciones y durante una série tan larga de «siglos.» (*Ibid.* parte 4, lib. VI, cap. 2).

«excogitará desde luego los medios mas á propósito para so«correrla... Con los ojos fijos en el cielo, no se olvida la re«ligion católica de que está sobre la tierra, de que trata con «hombres mortales, sujetos á calamidades y miserias; con «una mano le señala la eternidad, con la otra socorre sus «infortunios, alivia sus penas, enjuga sus lágrimas. No se «contenta con palabras estériles: para ella el amor del pró«jimo no es nada, si no se manifiesta dando de comer al ham«briento, de beber al que tiene sed, cubriendo al desnudo, «consolando al afligido, visitando al enfermo, aliviando al «preso, rescatando al cautivo... Así es que sus pensamien«tos procura realizarlos por medio de instituciones benéfi«cas, fecundas, distinguiéndose en esto de la filosofía hu«mana, cuyas pomposas palabras y gigantescos proyectos «contrastan miserablemente con la pequeñez, con la nada «de sus obras (1).»

¿Nos presentan en esto un cuadro tan hermoso y sorprendente las religiones protestantes y los sistemas filosóficos?

¡Ah! aquí no hay sino insensibilidad, dureza, amargura, horror y desolacion! Dejemos que los mismos protestantes nos digan de qué modo se practicaron ya entre ellos las obras de misericordia. ¡Pero si al menos se hubieran practicado las de justicia!

«Nosotros los protestantes, decia Andrés Muskulus (2), fo«goso campeon de Lutero, *hemos cambiado hasta nuestras «disposiciones naturales, hasta nuestra propia naturaleza;* «así es que somos humanos, benéficos y caritativos los unos «con los otros *poco mas ó menos como las bestias feroces en «los bosques;* nadie se interesa ya por su prójimo; nadie ama «mas que á sí mismo ni cuenta mas que consigo, y hay mo«tivo para dudar si ha quedado todavía en nosotros una sola «gota de sangre verdaderamente humana.» Un católico no hubiera podido expresarse así sin creerle muy exagerado y lleno de animosidad y odio profundo á la Reforma. Por lo demás, ella no ha degenerado mucho de su primitiva índole, ni ha ablandado gran cosa sus entrañas de bronce.

Además del precioso cúmulo de doctrinas que le presenta

(1) *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion de Europa*, cap. 44.

(2) Citado por Mr. Augusto Nicolás, *Del Protestantismo y de todas las herejías*, y el P. Ventura de Ráulica en sus *Conferencias*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su Religion para volverle compasivo, virtuoso y feliz, el católico halla en su Catecismo consignadas una por una las principales obras de misericordia que la misma Religion le hace recitar y encomendar á la memoria desde la niñez, para que las practique desde la adolescencia, y para estimularle á ello le ofrece un premio tan grandioso como eterno.

Esta Religion sabe que el hombre es un compuesto de cuerpo y de espíritu; esta Religion sabe que por su primitiva prevaricacion quedó tan lisiado é indigente el uno como el otro, y en su virtud depara al hombre iguales socorros y alivios para ambos; socorros y alivios que circundan y abrazan toda su vida material y espiritual desde la cuna al sepulcro. Por ellos lo tiene todo su cuerpo, desde los paños de sus envueltas hasta el sudario de su mortaja. Por ellos lo tiene todo su espíritu, desde la luz que le ilumina en esta vida hasta la plegaria por su eterno descanso en la otra. De nada se olvida y á todo ocurre el Cristianismo en sus ardorosos deseos de mejorar y de restaurar al hombre: *Instaurare omnia in Christo* (1).

CAPÍTULO V.

OBRAS CORPORALES DE MISERICORDIA.

«Para desentenderse de los pobres y desgraciados, dice «Chateaubriand (2), el Paganismo tenia dos medios de que «carecen los cristianos, á saber, la esclavitud y el infanti«cidio.»

El Cristianismo se presentó en el mundo curando enfermedades y dolencias, y consolando aflicciones, y harto claramente quiso dar á entender con esto que uno de los fines de su mision era la solicitud y el cuidado por la humanidad doliente y afligida, á la cual dejaba el Paganismo carecer de todo (3). Su divino Fundador no se olvidó al enviar á sus discípulos advertírselo así (4), y Él mismo nos dejó dicho que la definitiva sentencia del hombre será dictada por la práctica ú omision de las obras de misericordia: en el pri-

(1) Ephes. I, 10.
(2) *Genio del Cristianismo*, parte 4, lib. VI, cap. 2.
(3) Juliano, *Epistola LXII á Arsacio.*
(4) Luc. X, 9.

mer caso gloria, en el segundo tormento eterno (1). El Apóstol ordena á su discípulo Timoteo «que no elija entre las viu«das las que no se hayan ejercitado en todas las obras de mi«sericordia, y que mande á los ricos que dén y repartan fre«cuentemente (2).»

Atletas y héroes se levantaban donde quiera que iba estableciéndose el Cristianismo, los cuales sacrificaban sus comodidades personales, las fortunas y sus vidas en obsequio de sus semejantes, muriendo alegres en las guerras, en los contagios y en las mazmorras, si habian conseguido con sus heróicos esfuerzos vendar una herida, suministrar una pocion, aplicar una medicina, ó ver contentos y libres á aquellos por quienes se ofrecieron á la esclavitud.

Así que llega la época del descanso y la paz para el Cristianismo; luego que la conversion de Constantino (*) le da existencia social, y puede en su virtud explayar libremente su accion, siembra el mundo de todo género de hospicios y hospitales, llamados del idioma griego xenodochia, orphanotrophia, nosocomia, prochotrophia, gerontocomia, prophotrophia, segun que se destinaban á hospedar viajeros y peregrinos, á educar huérfanos, á curar enfermos, á alimentar pobres, á amparar ancianos, á lactar infantes, etc., establecimientos tan admirados como envidiados del apóstata Juliano, que en vano pretendia que su resucitado Paganismo imitara en ello á los cristianos. Estos establecimientos estaban por lo regular bajo la direccion de los presbíteros, como se refiere de san Isidoro en Alejandría en tiempos del patriarca Teófilo, y de san Zótico y san Sanson en Constantinopla.

Entre los innumerables monasterios y casas de canónigos regulares que en el Occidente principiaron desde el siglo VIII á levantarse, ni uno solo siquiera se edificaba, sin edificar á la vez á su lado cierto número de localidades para ejercer todos los ramos de la caridad y de la beneficencia pública. ¡Y hay quien no perdona en aquellos siglos á la Iglesia unas riquezas que se empleaban en esto!

(1) Matth. XXV, 34 et seq.
(2) I Tim. V, VI.
(*) Puede verse en la vida de Constantino por Eusebio Panfilo, obispo de Cesarea, como este piadoso Emperador alivió y socorrió á toda clase de desgraciados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su Religion para volverle compasivo, virtuoso y feliz, el católico halla en su Catecismo consignadas una por una las principales obras de misericordia que la misma Religion le hace recitar y encomendar á la memoria desde la niñez, para que las practique desde la adolescencia, y para estimularle á ello le ofrece un premio tan grandioso como eterno.

Esta Religion sabe que el hombre es un compuesto de cuerpo y de espíritu; esta Religion sabe que por su primitiva prevaricacion quedó tan lisiado é indigente el uno como el otro, y en su virtud depara al hombre iguales socorros y alivios para ambos; socorros y alivios que circundan y abrazan toda su vida material y espiritual desde la cuna al sepulcro. Por ellos lo tiene todo su cuerpo, desde los paños de sus envueltas hasta el sudario de su mortaja. Por ellos lo tiene todo su espíritu, desde la luz que le ilumina en esta vida hasta la plegaria por su eterno descanso en la otra. De nada se olvida y á todo ocurre el Cristianismo en sus ardorosos deseos de mejorar y de restaurar al hombre: *Instaurare omnia in Christo* (1).

CAPÍTULO V.

OBRAS CORPORALES DE MISERICORDIA.

«Para desentenderse de los pobres y desgraciados, dice «Chateaubriand (2), el Paganismo tenia dos medios de que «carecen los cristianos, á saber, la esclavitud y el infanti«cidio.»

El Cristianismo se presentó en el mundo curando enfermedades y dolencias, y consolando aflicciones, y harto claramente quiso dar á entender con esto que uno de los fines de su mision era la solicitud y el cuidado por la humanidad doliente y afligida, á la cual dejaba el Paganismo carecer de todo (3). Su divino Fundador no se olvidó al enviar á sus discípulos advertírselo así (4), y Él mismo nos dejó dicho que la definitiva sentencia del hombre será dictada por la práctica ú omision de las obras de misericordia: en el pri-

(1) Ephes. I, 10.
(2) *Genio del Cristianismo*, parte 4, lib. VI, cap. 2.
(3) Juliano, *Epistola LXII á Arsacio.*
(4) Luc. X, 9.

mer caso gloria, en el segundo tormento eterno (1). El Apóstol ordena á su discípulo Timoteo «que no elija entre las viu«das las que no se hayan ejercitado en todas las obras de mi«sericordia, y que mande á los ricos que dén y repartan fre«cuentemente (2).»

Atletas y héroes se levantaban donde quiera que iba estableciéndose el Cristianismo, los cuales sacrificaban sus comodidades personales, las fortunas y sus vidas en obsequio de sus semejantes, muriendo alegres en las guerras, en los contagios y en las mazmorras, si habian conseguido con sus heróicos esfuerzos vendar una herida, suministrar una pocion, aplicar una medicina, ó ver contentos y libres á aquellos por quienes se ofrecieron á la esclavitud.

Así que llega la época del descanso y la paz para el Cristianismo; luego que la conversion de Constantino (*) le da existencia social, y puede en su virtud explayar libremente su accion, siembra el mundo de todo género de hospicios y hospitales, llamados del idioma griego xenodochia, orphanotrophia, nosocomia, prochotrophia, gerontocomia, prophotrophia, segun que se destinaban á hospedar viajeros y peregrinos, á educar huérfanos, á curar enfermos, á alimentar pobres, á amparar ancianos, á lactar infantes, etc., establecimientos tan admirados como envidiados del apóstata Juliano, que en vano pretendia que su resucitado Paganismo imitara en ello á los cristianos. Estos establecimientos estaban por lo regular bajo la direccion de los presbíteros, como se refiere de san Isidoro en Alejandría en tiempos del patriarca Teófilo, y de san Zótico y san Sanson en Constantinopla.

Entre los innumerables monasterios y casas de canónigos regulares que en el Occidente principiaron desde el siglo VIII á levantarse, ni uno solo siquiera se edificaba, sin edificar á la vez á su lado cierto número de localidades para ejercer todos los ramos de la caridad y de la beneficencia pública. ¡Y hay quien no perdona en aquellos siglos á la Iglesia unas riquezas que se empleaban en esto!

(1) Matth. XXV, 34 et seq.
(2) I Tim. V, VI.
(*) Puede verse en la vida de Constantino por Eusebio Panfilo, obispo de Cesarea, como este piadoso Emperador alivió y socorrió á toda clase de desgraciados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lo que al principio hizo el Cristianismo en todos los países á que alcanzó su influencia benéfica, lo ha hecho en el siglo XVI en el Nuevo Mundo. Allí halló la misma dureza y desapiadacion para con el desgraciado que en el antiguo; pero no tardó mucho en decretar el socorro y el alivio de todo género de miserias é infortunios. ¡Oh! el pobre, el oprimido, el enfermo, el encarcelado, besaron sin duda, si le hubieron á las manos, ese precioso código de los concilios de Méjico y de Lima.

Pasados los siglos bárbaros, y aun en nuestros dias á pesar de las inhumanas vociferaciones de la filosofía moderna, ¡qué multitud de Órdenes religiosas, de asociaciones é instituciones piadosas y caritativas, no han pululado doquiera como estudiando á porfía el género de miseria que les parecia no estar suficientemente atendido para consagrarse á aliviarla!

Con el corazon lleno de cristiana indignacion y despecho cualquiera que conozca la compasion y la ternura, no puede menos de considerar unos mónstruos y unos enemigos del género humano en los hombres que osaron oponerse, paralizar y destruir una obra tan grandiosa, y cuesta trabajo creer que haya un solo protestante ó filósofo honrado, instruido y de buena fe, que á vista del destrozo vandálico hecho por la Reforma y el Filosofismo de tantos benéficos y piadosos edificios no se replegue indignado bajo el estandarte de la Iglesia católica, que es el de la civilizacion. ¿Ofendia á estos nuevos bárbaros la vista de una casa porque en ella se habian prestado servicios á la humanidad? ¡Ah! muchos sin embargo habian besado en el delirio de su gratitud aquellas mismas paredes que demolian sus piquetas impías, y aquellas mismas puertas que crujian y caian hechas astillas á los repetidos golpes de sus hachas! ¿Ó les ofendia quizás la vista de aquellas casas porque ellas albergaron á los que dispensaron estos inmensos servicios á la humanidad? Muchos sin embargo besaron sus manos regándolas con lágrimas de gratitud que caian de sus ojos enternecidos; aquellas manos compasivas y benéficas que restañaron y curaron sus heridas, no pudiendo separar de ellos ni su memoria ni su corazon mientras vivieron en el mundo!

Apartemos la imaginacion de escenas horrorosas de destruccion y de vandalismo, para fijarla ¡ay! en otras no menos lúgubres, puesto que en cada una de las obras de misericordia que vamos á recorrer tendrémos que lamentar la funesta accion é influencia para la humanidad indigente y afligida de la Reforma y de las sectas impías, ateas é incrédulas, sus hijas. Nos detendrémos muy poco en hacer ver en cada una de ellas que su práctica felicita, consuela y dignifica al hombre, segun el plan que nos hemos propuesto en el exámen de las doctrinas del Cristianismo. Nadie ignora que el hombre que hace algun bien reporta una grata satisfaccion, y que es elevado y enaltecido por su accion virtuosa; y que el hombre que recibe este bien reporta un consuelo, derivándose á uno y á otro mas ó menos dicha. Las inmensas ventajas y resultados sociales de las obras de misericordia son tan claros y evidentes, que tampoco debemos detenernos en ellos. Muchos quedan patentizados en el artículo *Caridad*. Innumerables otros hemos visto y verémos aun provenir directamente de todas las doctrinas del Catecismo católico.

Pasemos á la primera obra de misericordia en el órden de las corporales.

§ I.—Primera: *Visitar á los enfermos* (1).

«Entre los pobres, dice san Gregorio Niseno, no los hay «que mas merezcan recibir la asistencia que los enfermos: «sus padecimientos unidos á su afliccion son una doble po«breza.»

¿Cómo cuidaban los gentiles á sus enfermos? Conteste Roma pagana, la sábia, la culta Roma que destinó las islas del Tíber para enviar allá á sus esclavos viejos ó enfermos para que muriesen de hambre. Por lo que dice Eusebio Panfilo podrémos tambien informarnos. Este historiador griego atestigua (2), que durante la peste que á mediados del siglo III asoló por espacio de diez años el imperio romano, los cristianos cuidaban no solo de sus hermanos sino tambien de los paganos, mientras que estos abandonaban á sus enfermos, á sus mismos padres, huyendo y dejando los cadá-

(1) «Suscipite infirmos.» (*I Thes.* v).
(2) *Historia eclesiástica*, lib. VII, cap. 22.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

veres insepultos. ¿Quién no admira en aquella gran calamidad á un san Cipriano, «ardiendo en *caridad* (1),» recorriendo las plazas públicas de Cartago llamando á voces á los gentiles, que huian aterrados, para ofrecerles y dispensarles por sí, por su clero y por los fieles los mismos cuidados que á estos se prodigaban? ¡Oh asombrosa caridad de los cristianos! Estos mismos gentiles eran para ellos en la actualidad esbirros, verdugos é instrumentos de la cruel persecucion de Decio, que perseveró bajo el reinado de Galo y Volusiano. Los cristianos de Egipto se condujeron con el mismo heroismo, como atestigua san Dionisio, obispo de Alejandría, contemporáneo de san Cipriano (2).

El mismo apóstata Juliano, asombrado, no podia menos de confesar este heroismo de los cristianos y hacerles justicia. ¿No se han reproducido en nuestros dias aquellas escenas de ingratitud y cobardía sin mas que mudar el nombre de los actores gentiles en protestantes? Pero no prepostéremos el discurso. ¡Los cristianos católicos siempre los mismos!!!

Si el huérfano ó el ausente de su patria que yacen en el lecho de dolor tienen en medio de sus padecimientos la dicha de hallarse entre verdaderos católicos, echarán seguramente muy poco de menos, por asquerosas y repugnantes que sean sus llagas, ó por contagiosa y fétida que sea su enfermedad, el uno la solicitud maternal, y el otro la asistencia de su querida y lejana familia. ¡Qué sacrificio tan inmenso el de un hijo de san Vicente de Paul, ó el de una Hermana de la Caridad! La misma filosofía incrédula, á pesar de sus entrañas de bronce, *ha llorado al oir la historia* (3) de aquel héroe de la caridad y de la abnegacion. Sí; si es preciso, aquellas heroínas «romperán en el invierno los «hielos de los rios, y se meterán en ellos hasta la cintura pa«ra lavar las ropas interiores y las sábanas llenas de in«mundicia y podredumbre de sus enfermos (4).» El mismo Voltaire no pudo menos de elogiar á unas jóvenes cuyo sacrificio le parecia el mas grande en la tierra, confesando á

(1) «Charitate inflammatus.» (*Pontio*).
(2) *Epist. XXII ad Alexandrinos;* Euseb. *Historia eclesiástica*, lib. VII, capitulo 22.
(3) Chateaubriand, *Genio del Cristianismo*, parte 4, lib. VI, cap. 4.
(4) Helyot citado por Chateaubriand, *ibid.*

la vez, «que esto solo lo *hacia la caridad católica,* siendo «para *ello impotente la caridad protestante* (1) (*).»

El Cristianismo introdujo la consoladora costumbre de visitar á los enfermos (2), haciendo de ello uno de los deberes y atenciones del trato social, á la vez que lo proclamó obra meritoria y digna de recompensa. Ya habia invitado á ello por boca del Sábio, como una obra de que no le pesaria al hombre (3). Muy sábio y feliz acuerdo fue el proclamar estas visitas como un deber social: aquí cogió el Cristianismo al hombre por su parte flaca. ¡Cuántos cristianos tibios no irian por temor de contagiarse á consolar al enfermo con sus palabras si pudieran prescindir de la costumbre social como prescinden del deber cristiano! ¡Insensatos! Niegan á la Religion lo que conceden á la urbanidad!

Veamos la asistencia y los cuidados que el Protestantismo presta á sus enfermos.

Á las Hermanas de la Caridad y á la congregacion de los Celitas del Catolicismo, y para probar que tambien la animan sentimientos piadosos y caritativos, ha opuesto la Reforma esas hermanas Bethanias «que pasan todo el dia en el «tocador ó en las salas de visitas, que ni siquiera saben cuán«tos enfermos hay en el establecimiento, ni qué enferme«dad es la dominante en él, ni se llegan jamás á la puerta «de la enfermería (4).»

«Reina una policía muy exacta (decia en una memoria á «su vuelta de Inglaterra un académico francés enviado allá «por el Gobierno para examinar aquellos hospitales), reina «una policía muy exacta en aquellos establecimientos, pero «faltan dos cosas en ellos, nuestros curas y nuestros hospi«talarios. ¡Ah! si á fuerza de rigor puede conseguirse la «puntualidad, jamás se conseguirá, sin embargo, la ternu«ra y el amor (5).» «No; donde falte la caridad cristiana po«drá haber puntualidad, exactitud, todo lo que se quiera de «parte de los asalariados para servir, si el establecimiento «está sujeto á una buena administracion, pero faltará una

(1) Citado por Gaume, *Catecismo de perseverancia*, tomo 6, y Bergier, *Diccionario*, artículo *Hospitalarios*.
(*) En la citada obrita *El principio de autoridad vindicado*.
(2) «Infirmus et visitastis me.» (*Matth.* XXV).
(3) Eccli. XII.
(4) Eyzaguirre, *El Catolicismo en presencia de sus disidentes*.
(5) Balmes, *La Sociedad, el Protestantismo comparado*, etc.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«cosa que con nada se suple, que no se paga, el amor (1).»

El sacerdote católico sube hasta el séptimo piso ó se sepulta en los subterráneos para consolar y animar con sus palabras al enfermo que yace sobre un jergon podrido ó un monton de paja que ya es estiércol, mientras que el ministro protestante, cuya importante salud podia ser perjudicada por el aire infestado de aquellos lugares se cree dispensado de asistir á ellos; y si alguna vez se digna ir á sitios menos repugnantes é incómodos, es únicamente para recitar al enfermo algunas oraciones *desde la sala vecina*. En tiempos calamitosos de contagios y epidemias, los sacerdotes católicos redoblarán su celo y creerán mas necesaria su asistencia, siendo por lo tanto cási siempre de las primeras víctimas; pero el ministro protestante absolverá desde su casa al colérico ó al apestado, enviándole en seguida el viático con el acólito ó con la criada de servicio «que se le «administrarán desde la calle con la pala del horno, ó sola«mente se le mostrarán por la ventana diciéndole que ten«ga fe (2),» volviéndose con él muy satisfechos del desempeño de su comision.

¿Se quiere mas marcada la diferencia entre el Catolicismo y el Protestantismo con relacion á la abnegacion y al heroismo? Ahí está: Lutero conoció dos épocas de peste: cuando la primera, era católico, y asistió con valor á los contagiados; pero cuando vino la segunda ya habia apostatado, y huyó cobardemente.

Mas los sofistas han eludido muy sencillamente el compromiso de visitar á los enfermos, porque con el pretexto de antiguallas, añejas inspiraciones y restos de la ignorancia y del retraso, han abolido por lo que á su cobardía interesaba esta costumbre social cristiana, introduciendo la moda de enviar al criado ó á la sirvienta á casa del enfermo á informarse de su salud, y á desearle en su nombre el alivio; ni mas ni menos que como en la degenerada Roma lo hacian aquellos senadores y patricios, indignos descendientes de Cincinato, los cuales no añadian sobre nuestros sofistas (¿y quién sabe si alguno de ellos tambien lo hará?) mas que aquellas purificaciones por las cuales tenia que pasar el mensajero del recado antes de ser admitido á dar la contestacion á su señor. Por otra parte «los sufrimientos y miserias «del hombre, dicen ellos, son un espectáculo horroroso, y «el presenciarlos es contrario á la bondad divina (1).» Perdonad, filósofos, si por un momento os hemos hecho la injusticia de desconocer la exquisita delicadeza de vuestros sentimientos. ¡Ah! ignorábamos que el no disgustar á Dios es la causa de que no piseis los hospitales, ni las casas de los enfermos, ni los lugares de duelo y afliccion. «Perezca «el género humano con tal que yo sea feliz;» este es el grito de los sofistas, grito que atribuyen, injuriándola, á la naturaleza (2).

(1) *El Protestantismo*, cap. 33.
(2) El P. Ventura de Ráulica, *Bellezas de la fe*.

§ II.—Segunda: *Dar de comer al hambriento.*

¿En qué parte habia levantado el Gentilismo establecimientos públicos para socorrer á la humanidad indigente? Ni uno solo se veia en toda la extension del imperio romano. ¿Qué mano pagana fue vista jamás partir el pan con el hambriento? ¡Ah! ya dijimos que una crueldad bajo el disfraz de compasion habia decretado que era hasta un delito el hacerlo (3). Platon queria que se arrojase de su república á los pobres como *animales impuros* (4). No faltó un emperador romano, ó mejor dicho, un mónstruo, que cargó de ellos varias naves y los sumergió en alta mar (5). *Nobis graves sunt,* decian refiriéndose á los pobres, palabras que, como observa Mr. Augusto Nicolás (6), lo dicen todo. ¡Y la pobreza, que con tan atroz barbarie era tratada como si fuese un crímen, y por aquellos mismos cuya ignorancia en los principios económico-sociales la producia, lo que era el colmo de la injusticia y de la tiranía, no estaba tampoco al abri-

(1) *Cuadro de los Santos*, citado por Bergier, *Tratado histórico*, parte 3, cap. 10, art. 6.
(2) *Enciclopedia*, artículo *Derecho natural; Emilio*, citados por Bergier, *ibid.*, y Feller, *Catecismo filosófico*, lib. I, cap 5.
(3) «Male meretur qui mendico dat quod edat, aut quod bibat; nam et «illud quod dat periit, et illi producit vitam sat miserrimam.» (Plauto, *Trin.*). Sententia detestanda! exclama indignado Lactancio. (*Divin. instit.* lib. VI, *De vero cultu*, cap. 3).
(4) *De legibus*, *dial.* 7, 2.
(5) «Atqui homo impius (Galerio) misertus est illis, ut non egerent. «Congregari jussit et exportatos naviculis in mare mergit.» (Lactancio, *De mortibus persecutorum*, cap. 23).
(6) *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, pág. 1, lib. I, cap. 6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

go de la mofa y del insulto (1)! ¡Infelices, si no acude en vuestro socorro el Cristianismo!

«Á nosotros, hemos oido ya decir al elocuente Tertuliano «á los tiranos de su siglo, á nosotros los cristianos debe el «Estado el que vivan los pobres miserables que sin nuestras «liberalidades cási todos perecerian (2).» Y tambien hemos «oido al apóstata Juliano decir como confundido á los sacerdotes del Paganismo restablecido: «Es vergonzoso que los «galileos (3), además de sus pobres, alimenten á los nuestros, «á quienes dejamos que carezcan de todo (4).»

El Cristianismo, que ya habia proclamado á la limosna libertadora de la muerte, por boca de Tobías al recomendársela á su hijo, y al aconsejarle que comiera el pan con los hambrientos y menesterosos (5), amenazó con la pena mas severa *á los que teniendo la sustancia de este mundo* cerrasen sus oidos á los clamores de la indigencia. Allá en el *Eclesiástico* (6), por boca del hijo de Sirac, y mucho antes en el *Exódo* (7) y en el *Deuteronomio* (8), por la de Moisés y por la de los Profetas (9), habia inculcado á cada paso el socorro y el alivio de la orfandad y de la pobreza bajo penas terribles á veces, llamando sanguinarios á los duros con el pobre (10). El principal objeto de la institucion que hizo del órden del diaconado, despues del servicio divino, fue el cuidado de los pobres (11). Los Apóstoles que, conforme al precepto de Jesucristo (12), nada absolutamente llevaban para sí mismos, tenian sin embargo sus saquillos, *loculos*, donde depositaban las limosnas que recogian para socorrer á los pobres que les presentaban su hambre y su miseria; *loculos* convertidos despues en aquellas arcas de madera llamadas

(1) «Nihil habet infelix paupertas durius in se quam quod ridiculos «homines facit.» (Juven. *satyr. III*).
(2) *Apologet.*
(3) Sabido es que así se apellidaba á los cristianos.
(4) «Turpe enim fuerit... impios Galilæos præter suos pauperes, «etiam nostros alere: nostros autem mendicos nostra ope ac subsidio «destitutos videri.» (*Arsacio, sacerdoti Galatiæ*).
(5) Cap. IV.
(6) Cap. IV, XXXV.
(7) Cap. XXII, XXIII.
(8) Cap. XXIV, XXVI.
(9) Isai. LVIII, 7.
(10) Eccli. XXXIV, 25.
(11) Act. VI.
(12) Matth. X.

en hebreo *corbona*, que se veian en las nacientes iglesias, que son los *gazofilacios* griegos y latinos, y los *cepillos* de nuestra lengua vulgar. «No os olvideis de la beneficencia y «de la caridad,» escribia san Pablo á los hebreos (1), encargando tambien á los de Galacia y Corinto que hicieran colectas todos los domingos para socorrer á los indigentes.

Con el transcurso del tiempo varió la Iglesia su sistema de alimentacion y socorro de los pobres. En los primeros siglos los alimentaba repartiéndoles por el ministerio de las diaconisas parte de aquellos diezmos y primicias *mandados por Dios*, y todos aquellos donativos voluntarios que sabemos por el ignorado aunque verídico autor de las *Constituciones apostólicas* (2), hacian los fieles; aquellas limosnas que despues de la celebracion de los sagrados misterios nos dice san Justino (3), acostumbraban dar los de Oriente en los domingos, segun su celo y facultades, práctica que se observaba aun en tiempo de san Jerónimo; y la colecta voluntaria que en Occidente tambien atestigua Tertuliano (4), *se hacia mensualmente*, ó cuando se queria y podia (5) (*). Se destinaba asimismo para ellos una buena parte de las oblaciones sobrantes del pan y del vino que llevaban los fieles á la iglesia para el sacrificio, preparándoles además un asiento en aquellas comidas en comun llamadas en griego *agapes*, esto es, comida de caridad, cuya santa armonía nos

(1) «Beneficentiæ et charitatis nolite oblivisci.» (*Hebr.* XIII, 16).
(2) «Decimas et primitias quæ *juxta Dei mandatum* erogantur, consu«mat (Episcopus) ut *hominem Dei decet*; quæ causa pauperum sponte «conferuntur, recte in pupillos, viduas, afflictos, et peregrinos inopes «dispenset, velut qui habeat horum impendiorum ratiocinatorem Deum «à quo ipsi hæc procuratio est commisa.» (*Lib. II*, cap. 25).
(3) «Ac *solis*, ut dicitur, *die*, omnium sive urbes sive agros incolentium «in eumdem locum fit conventus, et commentaria Apostolorum aut «scripta Prophetarum leguntur... Qui abundant et volunt, suo arbitrio, «quod quisque vult, largiuntur, et quod colligitur, apud eum qui præ«est, deponitur, ac ipse subvenit pupillis et viduis, et iis qui vel ob «morbum, vel ob aliam causam egent, tunc etiam iis qui in vinculis sunt «et advenientibus peregre hospitibus; *uno verbo*, omnium indigentium «curam suscipit.» (*Apolog. I*, num. 67).
(4) *Apolog.* cap. 39.
(5) «Menstrua die vel cum velit, vel si modo possit.» (*Ibid.*).
(*) San Cipriano sin embargo en el libro *De opere et eleemosynis*, capítulo 15, recordándoles el hecho de la pobre viuda del Evangelio, *Luc.* XXI, increpa á los ricos que asistian al sacrificio sin depositar alguna limosna en la corbona. «Locuples et dives es, et Dominicum celebrare te «credis qui *corbonam* omnino non respicis, qui in Dominicum sine sa«crificio (*ofrendas*) venis, quæ partem de sacrificio quod pauper ob«tulit sumis?»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

describen los apologistas cristianos (1), y confesaban los paganos mismos (2); de las cuales, y en conformidad con su nombre y significacion, ninguno era excluido, sin olvidar los encarcelados, en cuya prision, por horrorosa que fuese, entraban aquellas santas mujeres á repartirles el alimento y las limosnas (3).

No vaya á creerse, sin embargo, que la Iglesia cristiana ejerció jamás la caridad sin prudencia ni discernimiento, cuya imprevision hubiera fomentado la holgazanería, no; calumnien como quieran los sofistas. Ella ha sido economista muchos siglos antes de que se echaran los fundamentos de la ciencia económica. Los Apóstoles y sus sucesores excluyeron á los ebrios y á los holgazanes de la participacion de las limosnas. En las Constituciones apostólicas se dice que no las merecen y que no deben comer (4); mas aun, que no son dignos de pertenecer á la Iglesia (5), reprendiéndolos agriamente porque usurpaban la limosna á los necesitados verdaderos (6). De esto ya hablarémos en otra parte (*). Nuestros concilios, entre otros el tercero de Zaragoza, cierran la entrada en los conventos á los holgazanes, etc.

Socorria además la Iglesia en aquellos siglos, y desde el reinado de Constantino, á todos los indigentes y necesitados en general, con una parte de los donativos pecuniarios de los particulares y del tesoro público (7), de los frutos de las tierras legadas, de las propiedades devueltas, de las heredadas de los que habian muerto sin parientes (8), y del trigo que el Estado pasaba anualmente de los graneros pú-

(1) Tertuliano, *Apolog.* cap. 39; Minucio Félix, *Octavius*, etc. Los concilios del siglo IV proscribieron estas comidas por los abusos que se introdujeron.

(2) Plinio á Trajano.

(3) «Et qui habemus omnibus indigentibus subvenimus et semper «una sumus.» (S. Just. *Apolog. I*, num. 67).

(4) Lib. II, cap. 4 y 63, y lib. IV, cap. 3. «Nam autem aliquis quia edax «est aut crapulæ deditus, aut otiosus inopia victus premitur, is subsi«dium non meretur.» «Si quis autem non operatur apud vos, is non man«ducet.»

(5) «Imo nec Ecclesia Dei dignus est.»

(6) «Qui vero habet et in hipocrysi capit, aut propter inertiam cum «deberet ex opere suo etiam alios adjuvare, is Deo pœnas persolvet, quia «pauperum buccellam rapuit.»

(*) En la citada obrita: *El principio de autoridad vindicado.*

(7) Sozomeno, *Historia eclesiástica*, lib. I, cap. 8.

(8) *Cod. Justinian. De capiendis et distribuendis pignoribus, tribut. causa*, 13, 14, 16, 17, 18: Victor Constant. Prov. Palestinæ: in Euseb. *in vita Constantini*, lib. II, cap. 361.

blicos segun las órdenes de aquel Emperador; de todo lo que se hacia un acervo comun, cúmulo ó erario que se dividia con especialidad en Occidente en cuatro partes; una para el obispo, otra para los clérigos, otra para los pobres, y la cuarta para la fábrica de las iglesias (*); cuádruple division que Carlomagno hizo en Francia de los diezmos (1). Y cuando la parte destinada para los necesitados no bastaba por ser tantas las especies de miserias que aquejan á la triste humanidad, á las cuales todas no podia menos de atender el Cristianismo en su ardiente y universal solicitud, las diaconisas recorrian entonces las casas de los mas acomodados implorando una caridad que en aquellos tiempos fervorosos no se hacia sorda á sus demandas piadosas. El solícito autor de las *Constituciones apostólicas* dedicó una á organizar la reparticion de este depósito ó cúmulo general de recursos, y en su gran caridad aplica la mejor y mayor parte á los pobres y desgraciados (2).

En España únicamente se hacian tres porciones de aquel acervo comun, como aparece, entre otros lugares, del primer concilio de Braga celebrado en el año 561. Nada se separaba para los pobres, á quienes debian socorrer los tres partícipes del erario, cuyo sistema tenia la ventaja para los necesitados, de que estos, por numerosos que fuesen, ó llegaran á ser, tenian asegurada la subsistencia en este fondo indeterminado, mientras que la cuádruple division «tenia «para ellos el inconveniente de que el clero y las iglesias «podian creerse relevados de dar limosna, una vez dada la «cuarta parte;» y este sistema traia consigo además la prác-

(*) *Conc. Rom. sub Silv. Papa*, act. I, cap. 4. Esta cuádruple particion que de las rentas de la Iglesia se hacia con especialidad en Occidente, se ve entre los documentos antiguos en la decretal del papa Gelasio á los obispos de Sicilia y Lucania, en la cual dice ser esta division la *antigua regla*. Poco tiempo despues dirigió este Papa á los mismos obispos de Sicilia otra decretal en que establece la misma division, pero deduciendo alguna parte de la porcion de los obispos para los peregrinos y cautivos. Así iba la Iglesia subdividiendo sus tesoros conforme surgian las necesidades. El papa san Gregorio ordenó tambien al monje Agustin que hiciera igual division en la Iglesia naciente de Inglaterra. Esta division en cuatro partes constituyó la disciplina general por la cual las llamaba *partes acostumbradas* Gregorio II en el sigloVIII al mandar á sus legados que las estableciesen en sus legaciones.

(1) *Ley de los longobardos*, lib. III, tít. 3, part. 8. Capit. Aquisgranense, an. 801.

(2) Lib. VII, cap. 29.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tica, el ejercicio constante y frecuente de la caridad particular, que no aparece tan claro bajo el otro medio. Por eso es considerada justamente nuestra disciplina como mas acertada en esta parte (1).

Las iglesias principiaron despues á distraer de este cúmulo universal, ya cuantioso por las herencias, las donaciones y las liberalidades piadosas de los fieles, ciertos predios ó terrenos, concediéndolos á los clérigos, lo cual fue el orígen de los beneficios eclesiásticos, de lo que entre otros lugares hallamos ya vestigios en el concilio de Agde del año 506, si bien el sistema beneficial no se estableciese generalmente hasta los siglos VII y VIII, en que se fué haciendo distribucion de aquel fondo comun, viviendo ya los clérigos de los frutos de las tierras que se les habian concedido, y destinando los fondos de los pobres é indigentes á los establecimientos que se levantaban para alimentarlos, instruirlos y curarlos.

Resfriada con el tiempo la caridad y el fervor primitivo de los fieles, disminuyeron de tal manera los donativos y las oblaciones voluntarias, que fue preciso establecer *legalmente* los diezmos (*), para atender á las necesidades mas urgentes de las iglesias, á los gastos del culto y al sustento de los sacerdotes, cuyas concesiones prediales pasaron (y este fue el motivo del establecimiento legal de los diezmos), por una série de calamidades, y tambien por una liberalidad imprudente y poco previsora, forzada alguna vez, é importunamente exigida, á las manos de los legos, los cuales se arrogaron despues tambien los diezmos, hasta que los concilios generales de Letran remediaron el mal despues de las reclamaciones de varios concilios nacionales y provinciales. El concilio II de Clermont excomulgó á estos expoliadores á quienes llama *asesinos de los pobres* (2). Á propósito. ¡Qué celo y solicitud la de nuestros concilios por el pobre y el desvalido! «El poderoso ó el juez que intente oprimirlos será reprendido por el obispo y castigado por el rey (1).» «El magnate ó señor feudal que no resarza el gravámen ó perjuicio que causó su hijo al vecino, será excomulgado (2).» ¿Vive algun clérigo con lujo? «Está obligado á entregar á los pobres los objetos lujosos para que se alimenten de su valor (3).» Impónense multas; ¿quiénes han de participar de ellas? Los pobres (4). ¿El pobre tiene que litigar con el poderoso, y no halla abogado que le defienda? pues los concilios decretan que á costa de los obispos se doten abogados y procuradores que los defiendan y representen en los tribunales. Mas: ¿le conducen sus delitos á la cárcel? Pues no por ser criminal deja de inspirar compasion, ni deja de ser acreedor á la caridad. La iglesia de Córdoba no se olvida de ellos, como no se olvidó el gran Constantino (5), y alzando la voz sus procuradores en el concilio provincial de Toledo, año de 1582, dijeron: «Siendo las cárceles para custodia de los presos y no para tormento, y habiendo algunas tan horrorosas que acaece morir ó enfermar en ellas los presos antes de terminarse sus causas, se suplica que no se usen tales cárceles.» La misma solicitud por los presos indios (6). Son tambien hombres (7)!!!

No obstante aquella penuria de la Iglesia que despues remedió la época de las Cruzadas, las cuales acrecentaron notablemente las rentas y diezmos del clero, el Catolicismo no abandonó á los pobres, vendiendo hasta los vasos sagrados para sustentarlos; y aun no faltaron concilios, como el segundo provincial de Tours, animados de tal solicitud y caridad hácia los infelices y necesitados, que descendieron hasta señalar para cada uno en particular un protector que le amparase y socorriese.

Además, cada monasterio que se levantaba era, por medio de sus limosnerías ú oficios claustrales, una casa de refugio y amparo de la indigencia pública; y los monjes mas

(1) Lafuente, *Historia eclesiástica*, primer período, segunda época, seccion 1, cap. 31.

(*) Aseguran algunos que en Francia se establecieron en el siglo VI. (*Conc. de Tours y Macon*). Pero Montesquieu sostiene con mas razon que no se establecieron *legalmente* hasta el tiempo de Carlomagno; y así parece, con efecto, desprenderse de sus leyes. (*Codex diplomat. libellus* 2, c. 21). En España la riqueza predial de la Iglesia goda y la liberalidad de los fieles los hizo innecesarios hasta el siglo XI. (Lafuente, *Historia eclesiástica*).

(2) «Necatores pauperum.» (*Can.* 16).

(1) Concilio IV de Toledo, cap. 32.
(2) De Vich (siglo XI), cap. 6.
(3) El concilio de Tarragona presidido por el arzobispo Arnaldo, cap. 3.
(4) Todos los que han decretado multas pecuniarias.
(5) *De custodia reorum.*
(6) Concilios de Méjico y de Lima.
(7) «Et nihil humani à se alienum putant.» (*Terent.*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pobres trabajaban de dia y oraban en comunidad de noche para procurarse un módico alimento para sí y para su necesitada clientela. Los colegios de canónigos tenian tambien anejos hospitales para peregrinos pobres y enfermos.

En nuestros conventos y asociaciones caritativas hallaba todavía un recurso seguro la pobreza (*). Pero hoy, gracias á la inoculacion de funestas doctrinas, el socorro de la indigencia está con muy raras excepciones á merced de la caridad individual, de esa caridad que el Catolicismo ha sabido inspirar hasta la cúspide y último remate de la heroicidad en esos piadosos y valerosos hijos suyos, de los cuales ya conocia muchos en su tiempo san Clemente de Roma, entre ellos el cristiano Serapio, segun él mismo atestigua (1), que faltos de recursos para subvenir á la indigencia de sus semejantes, no vacilaron precipitarse en la mas horrorosa esclavitud, y constituirse bajo el látigo de un señor para invertir en socorro de aquellos infelices el precio de su libertad. Pero ¡ah! esta caridad individual se ve hoy harto amortiguada y extinguida, aun dentro del terreno católico, por los efluvios que sobre él se ciernen de la moderna filosofía racionalista henchida de materialismo y egoismo.

Como quiera que sea, este es el Catolicismo, aunque impedido muchas veces de explayar libremente su accion por la audacia herética, y hoy por la funesta influencia de la Reforma y de las sectas filosóficas. ¿Qué han hecho, pues, estas en obsequio del hambriento?

(*) En los siglos medios era aun costumbre en España hacer convites cuando ocurrian defunciones, en las casas mortuorias, y nuestros concilios utilizaron en obsequio de los miserables esta costumbre, tomada de los pueblos antiguos, como de los romanos atestigua una ley prohibitiva de las Doce Tablas, de los babilonios el libro de Baruc, cap. 6, vers. 28, y del pueblo hebreo el libro de Tobías y Josefo, *Guerras de los judíos* lib. II, cap. 1. Entre otros el concilio de Coyanza, diócesis de Oviedo, celebrado en el siglo XI, decretó «que á estos convites fuesen tambien llamados los pobres é impedidos *pro anima defuncti*.» De esto proviene sin duda la costumbre de repartir limosnas á los pobres durante nuestros funerales. En los primeros siglos del Cristianismo tambien se hacian estos convites, y se daban limosnas, como atestigua el autor de las *Constituciones apostólicas*, lib. VIII, cap. 42 y 43. Igualmente habia en Africa esta costumbre en tiempo de san Agustin, como él atestigua en la epístola XXII. Entre los caballeros de nuestras órdenes militares tambien era costumbre que cuando uno moria, el comendador mas próximo alimentaba á un pobre por espacio de cuarenta dias en sufragio de su alma.

(1) Epist. I, cap. 55.

El Catolicismo habia dicho, la limosna ensalza al hombre y le libra de la muerte; y ellas dijeron: la limosna es una degradacion, sin tener en cuenta que si la limosna es degradante lo es tambien todo el Cristianismo, porque la limosna es su precepto fundamental, y la regla por la que se medirá la sentencia suprema (1). El Catolicismo habia considerado en el pobre un hermano desgraciado, digno de toda consideracion, como con mucha antelacion hemos visto que lo habia consignado en el libro del Deuteronomio; pero la Reforma y las sectas filosóficas han visto en ellos unos seres envilecidos y una carga insoportable para la sociedad. ¿Qué resultados podian esperarse de tan desapiadadas teorías? Veámoslos.

«Á consecuencia de la atroz miseria y pauperismo produ-«cido por la Reforma, se vió (habla el P. Ventura) (2) el es-«pectáculo que ningun país católico ha visto ni verá jamás de «levantarse como un solo hombre en una sola ciudad (Man-«chester) doscientas mil personas escuálidas, desoladas y «cubiertas apenas de andrajos pidiendo pan, á las cuales la «herejía dominante en el exceso de su compasion respondió «con la metralla!!!»

El piadoso jóven san Eduardo, como impíamente le llama el martirologista Fox, empezó su reinado protestante con una acta en que «se mandaba *marcar á los mendigos* con «un hierro candente, y se los declaraba esclavos por dos «años, durante los cuales podian sus amos *ponerles una ar-«golla de hierro y mantenerlos solamente con pan y agua* (3).»

En el Catolicismo decia el pobre, *tengo hambre,* y al momento se le indicaban con el dedo los pósitos ó alhóndigas provistos por él (en lo cual cabe una gloria señalada en España al inmortal Jimenez de Cisneros) para remediar las miserias públicas y la suya privada. Pero luego dijo en la Reforma, *tengo hambre,* é inmediatamente fue conducido entre dos esbirros á los calabozos por tan inaudita audacia! ¡Ah! los gentiles no prescribieron, es cierto, los deberes de caridad por medio de preceptos, como les echaba en cara Lactancio (4), pero á lo menos no arrebataban á los infelices

(1) Matth. XXV.
(2) *Bellezas de la fe*, lectura V, parte 1, cap. 8.
(3) *Historia de la Reforma protestante en Inglaterra é Irlanda*, carta XVI.
(4) «Ad hanc partem Philosophorum nulla præcepta sunt, quippe qui

y miserables el derecho natural de la propia conservacion prohibiéndoles demandar un pedazo de pan, ni jamás pensaron que la limosna degradase.

Confiscando la Reforma los monasterios, las iglesias y los conventos, arrebató á los pobres su patrimonio y con él este derecho de la propia conservacion y de la vida, el primero de los derechos inalienables y sagrados del hombre. Y ¿qué ha hecho la Reforma para llenar el inmenso vacío que dejaron sus obras de rapiña y de latrocinio?

Despues de implorar inútilmente la caridad de aquellos nuevos Eunomianos, á quienes ella habia repetido que la fe sola basta al hombre para ir al cielo aun henchido de crímenes, que las buenas obras son inútiles para la salvacion y aun *perniciosas* (1), y que la carta de Santiago era una *epístola de paja*, apelaron por último á una caridad legal y forzada, «de manera que comparando los servicios hechos á «los pobres en tiempo de las instituciones monásticas, y *los «felices de la Reforma*, podemos decir en verdad que lo uno «era alimentar á los pobres como á hijos, y lo otro alimen«tarlos como á perros (2).»

Los sofistas, por último, sin hacer distincion alguna entre indigentes é indigentes, han dicho en general que la limosna no es mas que el fomento de la holgazanería, con lo cual han acabado de endurecer el corazon de sus discípulos ricos, que han aceptado el dicho de buena fe, y hacerles insensibles á los trabajos y privaciones de los infelices.

¡Desventurados! ¿No veis que exasperando la miseria dais pábulo á ese terrible mal que está invadiendo las sociedades de Europa? Dar pan al hambriento no es solamente una *obra de misericordia*, es tambien una obra *eminentemente social*. Sobre la Reforma y el Filosofismo pesa la responsabilidad de haberlo desconocido. Ellos han abierto tambien esta senda al Socialismo. Verémos si la escuela utilitaria y la del progreso filosófico-social son poderosas para cerrarla.

«falsæ virtutis specie capti misericordiam de homine sustulerunt, et «dum volunt sanare vitiaverunt.» (*Divin. instit.*, lib. VI, *De vero cultu* cap. 10).

(1) Los amsdorfianos.

(2) William Cobbet, *Historia de la Reforma protestante*, carta XII.

§ III.—Tercera: *Dar de beber al sediento.*

Nada tenemos que decir aquí, dado que la bebida es la mitad del alimento, de que hemos hablado en la anterior obra de misericordia.

Advertirémos únicamente que el mismo que tanto recomendó la limosna, prometió no dejar sin recompensa un vaso de agua que se diese en su nombre (1).

Queremos ser imparciales y justos, y en su virtud confesamos que la Reforma y las sectas se muestran liberalísimas respecto de esta obra de misericordia para con sus secuaces, dejando á su disposicion los lagos y los rios, de que muchas veces sus desoladoras doctrinas les impelen á servirse para convertir esta obra de misericordia en una obra de desesperacion.

§ IV.—Cuarta: *Vestir al desnudo.*

Bien pudiéramos creernos dispensados de demostrar que el Catolicismo ha procurado en todos tiempos cubrir las desnudas carnes del pobre. Allá en su cuna se lo aconsejaba Tobías á su hijo (2). Esta es una de tantas obras que brotan en el terreno de la caridad, y de consiguiente en el Catolicismo, porque el Catolicismo todo es caridad.

Dos cosas le han impulsado á vestir apresuradamente al desnudo, la decencia y el abrigo: ni la honestidad de sus ojos podia soportar el aspecto de la desnudez, ni la ternura de su corazon podia tolerar la idea y la conviccion de que el desnudo siente necesariamente los rigores del frio. Celando por la decencia conserva el pudor, y proporcionando el abrigo afirma la salud.

Los católicos perfectos de todos tiempos, desde los Apóstoles hasta los de nuestros dias, se han despojado de sus abrigos y alargádoselos caritativamente al desnudo. ¿Quién combatirá la fundadísima sospecha de que el quedar el Apóstol de las gentes sin capa en Troas en casa de Carpo (3), no

(1) Matth. x.

(2) Cap. IV: «Cum videris nudum, operi eum, et carnem tuam ne despexeris.» (*Isai.* LVIII, 7).

(3) II Tim. IV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fue por haberse despojado de ella para orar, como se cree generalmente (*), sino que tuvo el objeto de cubrir una desnudez ó desabrigo perentorio, objeto callado por la modestia cristiana y en conformidad con las mismas máximas del Evangelio que el Apóstol predicaba? Ábrase el catálogo de los Santos del *Catolicismo*, y en él se hallarán muchos de los cuales unos se quitaban de sus mismos piés el calzado para abrigar unos piés descalzos; otros se despojaban de una parte de sus vestidos para ocultar una desnudez, y en la milicia misma no faltó algun soldado que, arrebatado de la caridad, desenvainase su espada para partir su capa con el mendigo desnudo.

¿Han procurado con igual solicitud la Reforma y las sectas filosóficas cubrir la desnudez?

¡Ah! para ellas murió la caridad, y las importa poco el abrigo: para ellas murió el pudor (**), y se cuidan muy poco de la decencia. El color pardo, blanco, negro, de los modestos abrigos de los pobres del Catolicismo declaraba por doquiera que iban á cargo de la caridad de las diversas Órdenes religiosas y del clero católico. Pero ¿ha visto alguno el usado hábito del ministro protestante, ó el roido manto del filósofo sobre los desnudos hombros del mendigo?

§ V.—Quinta: *Dar posada al peregrino.*

«Considerad y tratad á los extranjeros como indígenas, «amadles como á vosotros mismos: amad al peregrino; no «le arrojeis de entre vosotros,» decia Moisés á los israelitas (1); y una de las razones por las cuales el ammonita y el moabita fueron arrojados para siempre de la *iglesia del Señor*, esto es, inhabilitados de ser reputados israelitas y desempeñar cargos públicos, fue la de no haber ejercido la hospitalidad (2). ¡Qué solicitud por el pobre y el peregrino se trasluce en el capítulo XIX del *Levítico!* Isaías exhorta á que

(*) Parece apoyarlo el que san Pablo no salió de Troas huyendo en virtud de alguna persecucion que le hubiese impedido volver á casa de Carpo por la capa.

(**) Díganlo esos vestidos de una sola gasa trasparente á la otahitiana que inventó el Filosofismo en Francia.

(1) Exod. XXII, XXIII; Levit. XIX; Deut. X.

(2) Deut. XXIII; II Esdr. XIII.

se les albergue en casa (1). San Pablo recomendó á los obispos la hospitalidad (2), así como tambien á todos los fieles, recordándoles que por ello algunos albergaron Ángeles (3). San Pedro les predica igualmente la hospitalidad mútua (4). Poco tiempo despues ya alababa su cercano sucesor san Clemente la hospitalidad magnífica de los corintianos (5).

Los primeros cristianos no olvidaron tampoco estos preceptos de amor y solicitud hácia los extranjeros, puesto que segun nos informa Tertuliano en Occidente (6), y san Justino en Oriente (7), entraban tambien los desterrados y ausentes de su patria á participar de los agapes y del erario comun. ¡Cuánto ganaron estos infortunados, como todos los infelices y desgraciados, con la venida del Cristianismo!

En el Gentilismo eran considerados como enemigos, y aun *extranjero* y *enemigo* se expresaban con un mismo nombre ó bajo una misma palabra (8). ¡Ah! si no es por el Cristianismo ni siquiera supiéramos lo que es derecho de gentes! Su vivo espíritu de cosmopolitismo, que basa en la caridad, nos le ha hecho conocer. El Gentilismo trataba á los extranjeros igualmente que á los enemigos, siendo víctimas en los sacrificios, en las mazmorras (9), ó en el anfiteatro. Sentimos tener que inaugurar todos los capítulos con escenas de horror, y afligir el corazon de los lectores, hasta que al llegar al Evangelio cesa la opresion, y ya respira y se ensancha de alegría.

¡Qué contraste con lo que pasaba en el pueblo escogido, tronco precioso del grande árbol del Cristianismo! Á Ciceron, sin embargo, le parecia digna de alabanza la hospitalidad; pero ¿ejercida con quién? con los hombres ilustres y por los hombres ilustres; es decir, que no la consideraba

(1) Cap. LVIII.

(2) I Tim. III, 2; Tit. I, 8.

(3) Hebr. XIII, 2.

(4) Cap. IV, 9.

(5) «Quis magnificentiam qua hospites excipere soletis non celebra«vit?» (*Epist. I*, cap. I).

(6) «Et si qui in metallis, et si qui in insulis, etc.» (*Apolog.* cap. 39).

(7) «Tum etiam iis qui in vinculis sunt, et advenientibus peregre hos«pitibus, etc.» (*Apolog. I pro christianis*, num. 67).

(8) «Hostis apud majores dicitur quem nunc peregrinum vocamus.» (*Cic.*).

(9) Ergastula.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sino como un acto de pura urbanidad ó deferencia, no como un acto de caridad; y aun así en un pequeño ámbito. Lactancio confunde, como merece, al orador romano (1); y san Ambrosio, aludiendo á lo mismo, exclama indignado: «¡Oh! «las fieras no expelen á las fieras, y el hombre excluye al «hombre (2)!»

Cuando el Catolicismo, obtenida ya existencia social, levantaba un edificio para ejercer un ramo particular de caridad y de beneficencia, ni esto le impedia ejercer en él todos los otros ramos, ni por ejercer todos los ramos se consideraba dispensado de abrir asilos para cada uno de ellos en particular. Ni la casa consagrada especialmente á dar de comer al pobre y al peregrino les permitia salir si se acercaba la noche, preparándoles cama como les puso la mesa, ni la casa destinada con la misma especialidad á recibir por la noche á los peregrinos y pobres permitia que se acostasen si tenian hambre, sin ponerles la mesa como les habia preparado la cama. Y si sucedia que enfermaban en estos establecimientos caritativos, tampoco se desdeñaban convertirse de hospicios en hospitales; y de seguro que no permitirian que el paciente se trasladase á otro alguno si no estuviesen muy distantes de allí los médicos y las medicinas. ¡Qué solicitud por la pobreza y por la miseria! ¡Qué caridad! Todavía vemos á los Padres del concilio de Trento hacer este cambio de hospicios en hospitales y vice versa, en el hecho de destinar sus frutos y rentas *á la necesidad mas urgente y apremiante* (3). ¡Qué interpretacion tan sábia y tan justa de la intencion de los piadosos fundadores!

Jamás cuando el Catolicismo estaba á su mayor altura pre-

(1) «Eodem modo rursus erravit, quo tum, cum idoneis esse diceret «largiendum. Non enim justi et sapientis viri domus illustribus debet «patere, sed humilibus et abjectis. Nam illustres illi ac potentes nulla «re possunt indigere; quos opulentia sua et munit et honorat. Nihil au- «tem à viro justo faciendum est, nisi quod sit beneficium. Beneficium «autem, si refertur, interit atque finitur, nec enim possumus id habe- «re integrum cujus pretium nobis persolutum est. In his itaque bene- «ficiis justitiæ ratio versatur, quæ salva et incorrupta permanserit; «permanent autem non aliter, quam si præstentur hominibus his, qui «prodesse nullo modo possunt. At ille in recipiendis illustribus nihil «spectavit aliud, nisi utilitatem, nec dissimulavit homo ingeniosus «quid ex eo commodi speraret.» (*Divin. instit.* lib. VI, *Devero cultu*, cap. 12).

(2) «Feræ non expellunt feras, et homo excludit hominem!» (*De offi- «ciis ministror.* lib. III, cap. 7).

(3) Ses. 25, cap. 8, *De reformatione.*

guntaban los cansados peregrinos al llegar á las poblaciones *dónde hay una posada,* sino *dónde está este ó el otro convento.* Quizás al atravesar el viajero un fragoso monte desfallecen sus fuerzas de fatiga y cansancio, sorprendiéndole la noche en medio de un espeso bosque ó al borde de un precipicio, en que presiente perecer de hambre ó de frio, porque no puede imaginarse que el Catolicismo haya hecho brotar en el corazon humano una abnegacion tan heróica que hasta en aquellos lugares y en aquellas horas ande solícito buscándole un Ángel tutelar mas bien que un hombre, que cargándole ya transido de frio y cási exánime sobre sus hombros, le conduce á una estrecha gruta, colocándole junto á un fuego reparador que le vuelve á la vida, partiendo despues con él una cena frugal y una pobre cama (*).

Los viajeros y los peregrinos no ganaron ciertamente con la malhadada Reforma. ¿Qué se ha hecho la antigua y generosa hospitalidad inglesa tan celebrada? ¡Ah! esta hospitalidad era debida á los monasterios católicos, y pereció en sus ruinas (**), mejor dicho, ha sido trasladada de los hombres desgraciados á los hombres criminales.

(*) Oigamos á Chateaubriand: «En las cuatro partes del mundo ha dis- «tribuido (el Catolicismo) sus vigilantes centinelas á favor de la hu- «manidad. El monje maronita con el ruido de dos tabletes suspendidos «de la copa de un árbol llama al caminante extranjero, á quien la noche «ha sorprendido en los precipicios del Líbano... Ved ahora el viajero de «los Alpes que se encuentra á la mitad de su camino: acércase la no- «che, cae la nieve sin cesar, y el triste caminante solo, tiritando, y ex- «traviado da algunos pasos y se pierde sin remedio. Entra efectivamen- «te la noche, y detenido en el borde de un precipicio no se atreve á pa- «sar adelante ni á volver atrás. Penétrale luego el frio: pásmanse sus «miembros quedando entorpecidos, y un sueño funesto parece que se «apodera de sus párpados: en tal conflicto sus últimos pensamientos se «dirigen á sus hijos y á su esposa; cuando hé aquí que le parece oir el «sonido de una campana que penetra en su oido entre el zumbido de la «tempestad ó bien el clamoreo de la muerte que la imaginacion azora- «da le hace creer que oye en medio de los vientos. Mas no; aquel sonido «es real y efectivo, aunque inútil, porque los piés del desdichado cami- «nante no pueden dar un paso... óyese otro ruido, ladra un perro entre «la nieve, se acerca, aulla de contento, y aparece luego un solitario «que le sigue.» (*Genio del Cristianismo*, parte 4, lib. III, cap. 5). Este bello trozo es un plagio nada disimulado del célebre conde de Maistre; ó quizás fue este el plagiario, por ser la obra en que aquel le inserta de fecha posterior á la de la primera edicion francesa del *Genio*, aunque bien pudo Chateaubriand incluirse en las ediciones posteriores, porque es algo aficionado á plagiar: como quiera, ninguno cita al otro.

(**) Pero en cambio se ha convertido la Inglaterra en un asilo inviola- ble de los asesinos, de los regicidas y de los enemigos de las sociedades: se ha convertido en anchuroso receptáculo de criminales. ¡Ved

«Examinad, escribe el protestante Fitz William Cobbet (1), «examinad el sitio que en otro tiempo ocupaba un convento «opulento, y veréis su claustro convertido en un estercole- «ro, ó cuando mas en pajar ó leñera de algun subarrendata- «rio: mirad aquella hermosa hospedería en que durante si- «glos enteros hallaron preparada la mesa la viuda, el huér- «fano y el extranjero, y la veréis convertida en talleres ó «empleada una parte de las ruinas en sostener un mal co- «bertizo. Si embebidos en estos pensamientos melancólicos «dejais pasar algunos momentos de entre esas bóvedas que «en otros tiempos y á la misma hora resonaban los cánticos «de los monjes en alabanzas del Señor, oiréis salir los tris- «tes y penetrantes gritos de una zumaya; y advertido así «de la llegada de la noche, en vano buscaréis alimento ó des- «canso en donde antes se ejercia una hospitalidad tan cordial «y desinteresada. Fijaréis la vista en esos antiguos paredo- «nes amarillos situados sobre la altura, y llamados castillos «del Señor; pero aterrados por los cañones que defienden su «entrada, la retiraréis al momento, huiréis horrorizados de «esta escena de devastacion, y recordando tristemente la «antigua hospitalidad inglesa, os dirigiréis á la posada mas «inmediata, donde servido segun lo largo de vuestro bolsi- «llo, y alojado en una sala mal abrigada y cási á oscuras, «oiréis para mayor tormento una relacion exacta de los pre- «textos hipócritas, de los motivos infames y de los medios «tiránicos y sanguinarios á que se recurrió para efectuar «esta devastacion, y desterrar para siempre de nuestro suelo «la hospitalidad tan justamente alabada de nuestros ante- «pasados.»

Y ¿cómo ejerce el Filosofismo esta obra de misericordia? ¡Ah! dudamos que pueda haber corazon humano que no se indigne al saber que en la general abolicion que ha hecho de casas de misericordia, hospitales, hospicios y monasterios, no ha perdonado el de San Bernardo que únicamente la

qué diferencia! Cuando Inglaterra era católica ofrecia generosamente su suelo al infortunio y á la virtud perseguidas, extrañando á los hombres perversos y maléficos. Y luego que fue protestante desterró (y era lo mejor que hacia) la virtud y la desgracia, y albergó en su seno al crímen y á la perversidad. ¡Ah Reforma! ¿así has violentado la razon y trastornado la conciencia pública bajo pretexto de una libertad individual y de un derecho internacional exagerado?

(1) *Historia de la Reforma protestante en Inglaterra é Irlanda*, carta VI.

caridad católica ha podido levantar en la cumbre de los Alpes. ¡Qué barbarie!!!

§ VI.—Sexta: *Redimir al cautivo* (1).

Aquí es donde, sirviéndonos de una expresion vulgar, echó el resto el Catolicismo.

El Paganismo habia visto y ve en la esclavitud una necesidad, una condicion esencial de la sociedad, un elemento social indispensable, ó como dice el conde De Maistre, «una «parte necesaria para el Gobierno ó para el estado político «de las naciones tanto en las repúblicas como en las monar- «quías, sin que jamás haya cabido en la imaginacion de «ningun filósofo condenar la esclavitud, ni en la de nin- «gun legislador atacarla por medio de leyes fundamentales «ó de circunstancias (2).» Léjos de eso, vemos á los filósofos mas celebrados, cuya filosofía ha venido larga série de siglos reinando en las escuelas cristianas (3), erigirla en principio y consagrarla como un derecho.

Los filósofos y los legisladores paganos estaban persuadidos de que la mayor parte de los hombres nacian para ser como bestias de carga de unos pocos. *Humanum paucis vivit genus* (4). ¡Qué máxima tan ominosa y terrible, y mas en boca de un soberano, entendida en cuanto al derecho! Porque en cuanto al hecho nada mas cierto. Las tres cuartas partes del género humano viéronse entonces ser mero juguete del capricho mas cruel y tiránico, y tratadas bárbaramente, *pecudum more* (5): así es que, cuando en Roma se pensó que los esclavos fuesen distinguidos por el vestido, no lo aprobó el Senado, temiendo *que pudieran contarse* (6). Llegóse hasta dudar ¡oh extravío de la razon humana! si los esclavos eran hombres (7)! Véase cuán neciamente afirma Rousseau haber sido idénticas las ideas de justicia en todas las naciones (8).

(1) «Sit tibi quasi anima tua, quasi fratrem sic eum tracta.» (*Eccli.* c. XXXIII, 31).
(2) *Del Papa*, lib. III, cap. 2.
(3) Aristóteles, *Polit.*
(4) Lucan. *Phars.*
(5) Ley Aquilia.
(6) Adam, *Antigüedades romanas.*
(7) Juvenal, *Satyr. V*, *v.* 222.
(8) *Emilio*, lib. IV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero se presenta el Evangelio (y no se olvide lo que la ley antigua (1) hizo ya en obsequio de la esclavitud voluntaria, pues jamás autorizó la forzada, ni el pacto que el rey Sedecías realizó con el pueblo hebreo de disminuir sus esclavos, y por cuya transgresion les amenazó el Señor tan terriblemente (2), ni que mucho antes estaba ya mandado por la ley dar libertad en el año sabático á todo esclavo hebreo, y no con las manos vacías, lo cual recordaba el Eclesiástico; ni en fin que la vida y tratamiento de los siervos estaba bajo la salvaguardia de la ley); pero se presenta el Evangelio, repetimos, y la indignacion que á vista de tanta degradacion concibe le impulsa á reclamar en favor de la humadad abatida y degradada. Mas la prudencia le contiene, se insinúa apenas, y refrena su ardor aunque impaciente: aparenta disimular, pero poco á poco, con una precaucion y un tino admirable, cual el que sabe reclama semejante innovacion y reforma en el organismo social, de exigencia en exigencia, de concesion en concesion, y por último de precepto en precepto, llega por fin ayudado de la nueva conciencia pública que ha creado y de las nuevas ideas que ha esparcido en el mundo á dar feliz cima á la gloriosa tarea de emancipacion universal y de libertad (*). «Solo el Cris-

(1) Deut. XXXIII, XIV.
(2) Jerem. XXIV; VII, 23.
(*) ¡Qué sábias y llenas de prudencia y solicitud á la vez son las leyes de Constantino en obsequio de la humanidad doliente! Quiere librarla vida del infante, y castiga el infanticidio; pero ordena que los hijos de los pobres sean alimentados á expensas del público (*lib. I Cod. Theod. De alimentis quæ inopes parentes de publico petere debent*, 7, lib. II), ó permite la exposicion para prevenirle. La suma pobreza de algunos padres era una necesidad apremiante, y colocado en el conflicto de procurarla el remedio, y la no menos apremiante de la emancipacion de los hijos, les permitia venderlos pero *sanguinolentos*; ¿quién los queria así? Y no para aquí; sino que la venta permitida era condicional, pues si el padre, ó el mismo hijo ó un tercero devolvian el dinero al comprador, ú otro esclavo, en cambio, aquel quedaba libre. (*Cod.* lib. IV, tit. 43). Para asegurar, pues, mas la vida del expuesto hace aparecer el interés en la recogida, declara al expuesto esclavo del que le levanta, pero con las restricciones dichas, y meditando ya, en su pensamiento, las leyes de completa emancipacion que se reserva para poco despues. Valeriano, Valente y Graciano pudieron ya acabar la obra de Constantino prohibiendo absolutamente la exposicion y decretando la pena de muerte contra el infanticidio. «Unusquisque sobolem, etc.» Aquí debemos recordar para gloria de nuestra España que, entre todos los Concilios, el de Elvira, á quien siguió el de Lérida, fue quizás el primero que alzó su voz amenazadora contra los abortos é infanticidios. Despues la legislacion visigoda los reprimió rigorosamente bajo la pena capital ó privacion de la vista. (*Lex visigoth.* tit. 5).

«tianismo fue capaz de restituir sus derechos á la razon, á «la justicia y á la humanidad.» La esclavitud física, y tambien la esclavitud moral, consistente en la ignorancia de todos los sanos principios, desaparecen del mundo civilizado para jamás volver á envilecer la especie humana allí donde se vea en pié una cruz. Dice Plutarco en la vida de Numa que en tiempo de Saturno no se conocian amos ni criados. El Cristianismo ha convertido en realidad aquella edad fabulosa, y hasta ahora, que sepamos, la filosofía ecléctica y la del progreso no *han elevado* á este mas alto ni perfeccionado tampoco en esto su obra.

¡Qué unidad y qué constancia la del Catolicismo en la abolicion simultánea y sucesiva de tan diversas especies de esclavitud! Los Apóstoles mismos dan la señal por medio de sus exhortaciones, consejos, ruegos y amenazas á los señores; y muy pronto se inaugura la grande obra designando dias de ocio y descanso para los esclavos, los sábados, domingos é innumerables festividades del año (1). Papas, concilios, doctores (*), príncipes cristianos, como impulsados todos por un mismo resorte trabajan incesantemente hasta dar la última mano á la emancipacion y á la libertad universal. Hasta la legislacion impregnada ya de ese tinte religioso-cristiano convierte las iglesias en asilos de los esclavos, y les depara en su solicitud un nuevo método de manumision (2) (**). ¿Qué? Una sola mujer así que se hizo cristiana se la vió emancipar ocho mil esclavos. Y ¿quién no admira el celo de una santa Batilde, reina de Francia, por la

(1) *Constitut. Apòstol.* lib. VIII, 33.
(*) ¿Quién no admira los discursos de san Juan Crisóstomo sobre el particular? «No se pueden contar, como observa Alzog, todas las oca«siones en que habla del orígen y de la naturaleza de la esclavitud y de «los cambios que Cristo ha introducido en las ideas de la libertad y de «los derechos del hombre.»
(2) Ley de Constantino, *De sacrosanctis ecclesiis.*
(**) Antes de esta ley de Constantino, que tambien declaró reo de homicidio al señor que matara á su esclavo (*I Cod.* tit. 13, lib. *De emendatione servorum*), se hacian emancipaciones en la Iglesia, como consta de la carta de san Ignacio á san Policarpo. Los Concilios mandaron tambien en conformidad con la ley del Código teodosiano *De expositis* «que «cualquiera que se hallara uno de estos lo presentara á la Iglesia. La «Iglesia fue, pues, el refugio y el asilo de todos los desgraciados. Pero, «¡admírese su solicitud! no se satisfizo con libertar los esclavos, sino «que extendia aun mas allá su proteccion declarándose defensora de los «libertos.» (Entre otros el concilio de Agde, cap. 29, y el segundo de Clermont).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

emancipacion de estos infelices? Ella fue la primera que abolió en su reino la esclavitud. Pero no olvidemos nuestras glorias. Un soberano de España nos ofrece sobre esto un ejemplo sublime. Cuando el capitan Pedro de Lara apresó junto á Salé en los mares de Berbería dos naves que contenian tres mil códices árabes, Felipe III rehusó setenta mil ducados que el rey Zidam de Marruecos le ofrecia por su rescate, y á pesar de una presa de tanta monta, le propuso se la devolveria, si ponia en libertad cuantos esclavos cristianos cautivos habia en su reino: sublime proposicion que quedó sin efecto.

Ni le llama al Catolicismo la atencion el hombre de tal manera que desatienda á la mujer, ni se ocupa del hijo de modo que desoiga á la madre, ni el cargo que se hace de los sufrimientos de los siervos le impide acudir á los clamores de los prisioneros de guerra. En fin, con una mano levanta á las personas, y con la otra desarrolla los derechos (*). Fuera todas las esclavitudes, exclama indignado el Catolicismo, y si estuviera exclusivamente en sus manos, como lo estaban las demás aboliciones, la abolicion de la esclavitud moral del hombre, consistente en la violencia de las pasiones, ya habria desaparecido. Pero no: «habrá vicios mien-«tras haya hombres (1).» Además, el hombre cuyo último destino es la dicha eterna, necesita contraer méritos para obtenerla, y dejándole sin pasiones le presentaba sin victoria, le estorbaba los méritos, y le arrebataba el derecho. Sin embargo, además de la gracia, *que Dios á nadie niega*, el Catolicismo dió al hombre en sus doctrinas, en sus prescripciones y en sus consejos un poderoso aliado para batallar contra la impetuosidad de las pasiones y ayudarle á alcanzar la victoria. «El Cristianismo, dijo Chateaubriand (2) cuan-«do no era muy afecto á él, posee en mi concepto dos sellos «indelebles de su celeste orígen: su moral se encamina á li-«bertarnos de las pasiones, y su política á abolir la esclavi-

(*) No podemos menos de recomendar la lectura del artículo *Costumbres* del *Diccionario de teología* de Bergier, donde recorriéndose una por una las diversas opresiones introducidas por el Paganismo y desterradas por el Cristianismo, se demuestra su grande influencia, ó nueva fundacion, mejor dicho, de las costumbres sociales, y por consiguiente de la civilizacion y de la libertad.

(1) «Vitia erunt donec homines. (*Tácito*).

(2) *Ensayo sobre las revoluciones*, prólogo.

«tud. Es, pues, la religion cristiana la religion de la liber-«tad.»

«La religion católica, que ha creado un instituto religio-«so para el alivio de cada miseria de la humanidad, no po-«dia olvidar á los valerosos cristianos que gemian en las «mazmorras musulmanas con riesgo de su vida y de su «fe (1).» Con efecto: el Catolicismo, que desde luego procuró aliviar la suerte de los presos, aun de los mayores criminales (2), jamás ha podido mirar con ojos serenos esos ergástulos donde leyes horribles acumulan mas bien que encierran multitud de infelices que se acurrucan temblando al oir el chasquido del látigo de su señor. Esto es un borron y un insulto para la civilizacion y para la humanidad, y la Europa civilizada y cristiana debiera desterrar completamente el infame tráfico, lo que no se conseguirá, sino uniéndose en general cruzada para acabar de grado ó por fuerza, como en Argel, con semejantes códigos en todo el mundo. Primero que el derecho de gentes, si en esto cabe, es el derecho de la humanidad, y el honor y los dolorosos ayes de esta claman mas alto que las fórmulas de la diplomacia y de la política. Pero ¡ah! algunas naciones cristianas tampoco pueden completamente sincerarse en esta parte; puede tanto el vil interés, que sofoca los sentimientos de humanidad. Hay de por medio intereses materiales, y esto basta para que la civilizacion negándose á sí misma continúe alargando la vida á un derecho inventado por la barbarie. Doloroso es efectivamente, como dice un autor filósofo (3) (si bien este sentimiento que demuestra no le impide apoyar el tráfico negrero), «que la avaricia haya conservado entre los pueblos «de Occidente lo que la barbarie y la ignorancia estableció-«ron y conservaron en el Oriente.» ¡Cuán altamente han protestado sin cesar los Papas contra aquel infame tráfico, *oprobio de las comarcas cristianas* (4)!

Sin embargo, el Catolicismo, que no estará del todo satisfecho hasta que no abrogue lealmente el derecho opresor de

(1) Lafuente, *Historia eclesiástica de España*, concretándose á las Órdenes redentoras de la nacion.

(2) Sabido es que los obispos deputaban un sacerdote que les visitase, viese sus necesidades, y las socorriese.

(3) El autor de la *Felicidad pública*, citado por Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Negros*, y *Tratado histórico*, parte 3, cap. 1, art. 1.

(4) Letras apostólicas de Gregorio XVI en 3 de noviembre de 1839.

UNIVERSIDAD AVEMARIA · PONTIFICIA ROMANA · VALENCIA ®
DIGITAL DE BIBLIOTECAS

la esclavitud en todas las naciones, á lo que se opone esa política de los mismos Gobiernos cristianos que con tan chistosa ironía censura Montesquieu (1), el Catolicismo, repetimos, tiene al efecto muchos héroes voluntarios en esos Padres de la redencion Trinitarios y Mercedarios, valerosos hijos de san Juan de Mata y de san Pedro Nolasco, que si bien son impotentes para arrancar el mal de raíz, previenen no obstante muchos de sus efectos, extrayendo víctimas innumerables del horror de tan infausta suerte. ¡Qué sacrificio tan enorme y asombroso el de estos hombres! ¡Qué mision tan noble y elevada (*)! Si hubiéramos tenido la desgracia de nacer en los países reformados y sofistas, no concebimos que hubiéramos permanecido un momento en estas sectas, despues de saber que habian abolido las instituciones redentoras, encomiadas por el mismo Voltaire, y sin embargo tenemos que lamentar y que sufrir el que en nuestra España las haya cabido la infausta suerte que á las demás.

Si hay diversidad, si hay prelacion, si hay mas ó menos aceptacion ante los ojos divinos entre las diferentes obras de

(1) *Espíritu de las leyes*, lib. XV, cap. 5.

(*) Oigamos á Chateaubriand. «¿Á dónde va solo con su Breviario y «su baston el Padre de la redencion que se embarca en Marsella? Ese «conquistador marcha á libertar la humanidad, y los ejércitos que le «acompañan son invisibles. Con la bolsa de la caridad en la mano corre «á arrostrar la peste, el martirio y la esclavitud. Se presenta al rey de «Argel, y habla en nombre de aquel Rey celestial de quien es em«bajador. El bárbaro queda atónito á la vista de aquel europeo, que so«lo atravesando los mares y despreciando las tempestades se atreve á ir «á reclamar unos cautivos: dominado de una fuerza desconocida, acepta «el oro que le presentan; y el heróico libertador, satisfecho de haber res«tituido á su patria unos desgraciados, vuelve á emprender humilde«mente y á pié el camino de su convento.» (*Genio del Cristianismo*, parte 4, lib. III, cap. 6).

«Libres (los Padres de la redencion), dice nuestro ilustre Balmes, de «los embarazos que consigo traen las relaciones de familia y el cuida«do de los negocios mundanos, pueden consagrarse á esta tarea con «todo el ardor de su celo. Los viajes dilatados, los peligros del mar, los «riesgos de climas malsanos, la ferocidad de los infieles, nada los ar«redra: en sus propios vestidos, en las oraciones de su Instituto hallan «el recuerdo continuo del voto con que se ligaron en presencia de Dios. «Su reposo, sus comodidades, su vida comun ya no les pertenecen: son «de los infelices cautivos que gimen en un calabozo ó arrastran á los «piés de sus amos una pesada cadena allende del Mediterráneo. Las fa«milias de las desgraciadas víctimas tienen fijos sus ojos sobre el reli«gioso, y le exigen el cumplimiento de la promesa obligándole á exco«gitar arbitrios, y á exponer, si necesario fuere, la vida para devolver el «padre al hijo, el hijo al padre, el esposo á la esposa, la inocente don«cella á la madre desolada.» (*El Protestantismo comparado*, etc., capítulo 45).

caridad, como hay en realidad, la limosna que se alarga al Padre de la redencion y la manda piadosa que hace el moribundo á este fin, ocupan sin disputa el primer lugar entre todas estas obras; porque es mas infeliz un hombre sin libertad y sin derechos, que otro hombre sin pan, y mas exige y reclama nuestra atencion un hombre á quien se ha arrebatado violentamente y contra todos los derechos divinos y humanos el derecho de tal hombre, y de su dignidad, que cualquiera otro hombre libre y respetado como tal, por triste que sea su situacion. No titubeamos afirmar que colocados en la inevitable alternativa de haber de socorrer con la moneda que tuviéramos en la mano, á un hombre que sabemos positivamente que de no socorrerle muere de hambre, ó de rescatar á otro hombre que yace al otro lado nuestro en la esclavitud, en la cual tambien supiéramos con la misma seguridad que, de no sacarle, permanecerá siempre, si pudiéramos prescindir entonces de las diversas disposiciones de sus almas, dejaríamos sin vacilar, aunque con dolor, perecer á nuestra vista al hambriento, por tender nuestra mano libertadora al esclavo.

El Catolicismo parece apoyar esta opcion y preferencia al redoblar en todos tiempos sus esfuerzos y sacrificios en obsequio de los infelices cautivos, hasta vender los vasos sagrados para redimirlos (*); y hasta hubo ocasion en que en la inevitable alternativa de hundirse las iglesias ó continuar los desgraciados en la esclavitud, no vaciló un instante en invertir sus tesoros en la obra de la redencion, prefiriendo la ruina material de sus templos, á la ruina física y al peligro de la ruina moral de los hombres (1).

(*) Así lo hizo san Ambrosio obispo de Milan con los de su iglesia; de cuyo hecho como tomasen pretexto para zaherirle escribia: «Es preferible ser aborrecido por hacer obras de misericordia á acre«ditarse de inclemente.» «Melius est enim pro misericordia causas præ«stare vel invidiam perpeti, quam prætendere inclementiam; et nos ali«quando in invidiam incidimus, quod confregerimus vasa mystica, ut «captivos redimeremus, quod arianis displicere potuerat; nec tam fac«tum displiceret, quam ut esset quod in nobis reprehenderetur. Quis «autem est tam durus, immitis, ferreus, cui displiceat quod homo redi«mitur à morte, fœmina ab impuritatibus barbarorum, quæ graviores «morte sunt, adolescentulæ vel pueruli vel infantes ab idolorum con«tagiis, quibus mortis metu inquinabantur, etc.» El concilio de Reims en 625 al imponer castigos al obispo que se deshaga de los vasos sagrados, añade *por cualquier otro motivo que no sea el de redimir cautivos.*

(1) Causa 12, quæst. 2. «Melius fuerat ut vasa viventium servares,

Y aquel que sacrificó su vida por libertar al hombre de la esclavitud del demonio, ¿podia reprobar, por ventura, el que se sacrificasen sus templos y sus tesoros para emancipar al hombre de la esclavitud de los hombres?

Si tal era el celo colectivo del Catolicismo por la libertad del hombre, no es menos heróico el individual de sus hijos. ¿Á quién no asombra el sacrificio de san Paulino de Nola, ofreciéndose á la esclavitud por rescatar al hijo de una pobre viuda? San Clemente de Roma conocia ya á muchos cristianos que habian librado á otros de las cadenas poniéndoselas ellos; y á muchos tambien que se habian hecho esclavos para emplear el precio de su libertad en alimentar á los pobres (1). Y ¡qué caridad para con los encarcelados! San Cipriano se vió en la necesidad de reprimir el celo de su clero en esta parte, porque tantos eclesiásticos y tan asiduamente se ejercitaban en esta obra, que el santo Doctor temió que se les privase la entrada en los calabozos (2).

Despues de presentar insuficientes para la grande obra de la redencion de los cautivos (cuyo número aumentaron considerablemente las guerras contra los infieles), las armas, la astucia y el dinero, sin una direccion organizada, hace esta pregunta el inmortal Balmes: «¿Qué recurso quedaba pues? «El recurso piadoso, contesta (3), que tiene siempre á mano «la religion católica, su secreto para llevar á cabo las ma«yores empresas de caridad.

«Para acudir al socorro de los infelices cautivos, hubiera «parecido sin duda pensamiento muy feliz el de una vasta «asociacion que extendida por todas las comarcas de Euro«pa se hallase en relaciones con cuantos cristianos pudiesen «contribuir con sus limosnas á obra tan santa, y que además «tuviera siempre á la mano una porcion de indivíduos pron«tos á surcar los mares y resueltos, si fuere menester, á ar«rostrar por el rescate de sus prójimos el cautiverio y la «muerte. De esta manera se lograba la reunion de muchos

«quam metallorum.» (San Ambrosio, *De officiis ministror.*, lib. XI, cap. 28). El que quiera enterarse á fondo en esta materia lea la célebre obra de cotejo del Sr. Balmes.

(1) Epist. I, num. 55.

(2) «Caute hoc et non glomeratim... ne... introeundi aditus denege«tur, et dum *insatiabiles* (¡cuánto dice esta palabra!) totum volumus, «totum perdamus.» (*Epistola IV ad Presbyteros et Diaconos*).

(3) *El Protestatismo comparado*, cap. 44.

«medios; se aseguraba la buena inversion de los caudales; «las negociaciones para la redencion de los cautivos tenian «la seguridad de ser conducidas por hombres celosos y ex«perimentados, es decir, que esa asociacion llenaba cum«plidamente su objeto, y desde su planteo podian los cris«tianos esperar socorros mas prontos y eficaces. Hé aquí ca«balmente el pensamiento realizado en la institucion de las «Órdenes para la redencion de cautivos.» Pero volvamos nuestra consideracion á la Reforma.

¿Qué dirémos? nada, porque no podemos: embárganos la lengua la indignacion de que el pecho rebosa al pensar que el Protestantismo se opuso bárbaramente á esta grandiosa tarea de redencion, y que en su accion destructora y en su mision cruel y funesta no perdonó las asociaciones é institutos redentores. El corazon se indigna al considerar que hombres y naciones que incesantemente están vociferando *libertad, libertad,* estén ejerciendo un despotismo moral y una desapiadacion cruel en millones de infelices que perecen de extenuacion, de miseria, ó abrumados de trabajos excesivos. *Prosperidad universal, grandeza nacional.* Ved aquí (prescindiendo de las bayonetas que están reservadas para si no quieren ser buenos) las mágicas exclamaciones con que procuran dorar á los ojos de aquellos desgraciados las ocultas cadenas de su paliada, pero verdadera esclavitud. Y ¿qué dirémos de los infelices indios? «Es asombroso, «(nótese que habla un inglés), que un pueblo que habla con «tanto calor de la libertad política, no tenga el menor escrú«pulo en reducir una parte de los habitantes del globo á un «estado en que están, no solamente privados de toda propie«dad, sino tambien de toda especie de derecho (1).» Asegúrase que el derecho de visita de los *humanitarios* ingleses no es mas que un espionaje encubierto, y que si reprime el tráfico es con el objeto de perjudicar á las colonias extranjeras arrebatándolas unos brazos que ellos no necesitan en las suyas. No es muy aventurado afirmar esto de una nacion que toda es cálculo; ni tendríamos inconveniente en cargar sobre nosotros la responsabilidad de la asercion. «Feliz política «aquella cuyas arterías son conformes con las santas leyes «de la humanidad.»

Sí: horrorízanos ese malhadado Protestantismo al pensar

(1) *Observ. sur les comin. de la société*, par Millar.

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

que ha restablecido legalmente aquella misma esclavitud cuya abolicion tanto honra al Catolicismo; y no la esclavitud del crímen, que aun así es bárbara, sino la esclavitud de la miseria y del infortunio (1)... No podemos decir mas: el silencio es muchas veces mas elocuente que la palabra (*).

En cuanto á los sofistas, es bien sabido que algunos de los que mas declamaron contra el comercio de negros, reunieron grandes capitales con este tráfico: hé aquí la humanidad que inspira su filosofía.

(1) Sabido es que la legislacion protestante inglesa ha llegado hasta decretar la esclavitud del pordiosero.

(*) El Gobierno y la nacion española han sido este año objeto de las invectivas mas violentas de parte de lord Palmerston en la Cámara inglesa, acusándola de protectora del tráfico de negros. Esta calumnia dió márgen en nuestro Senado á la interpelacion del Sr. Marqués de la Habana rechazándola indignado y probando ser tal con testimonios irrecusables, haciendo tambien notar que el Ministro inglés no tenia ni una sola palabra de reprobacion contra los Estados-Unidos cuya bandera cubre tan inmoral tráfico, por humillarse su altivez ante las pacas de algodon. El Sr. Duque de Tetuan rechazó igualmente tan indignas acusaciones, recordando en prueba de ello la construccion acordada de diez goletas de hélice destinadas á perseguir el contrabando negrero, y las órdenes terminantes dadas á los cruceros sobre inspeccion y visita de todos los buques sospechosos, aun los *ingleses*. Precisamente acababa entonces el Gobierno español de recibir de lord John Russell, ministro de Negocios extranjeros, el parabien del Gobierno de S. M. B. por el apresamiento de varios *buques* negreros hecho por fuerzas navales de S. M. C. Desde que lord Palmerston se permitió injuriar tan indignamente á la nacion española se han apresado varios buques de los Estados-Unidos, únicos que hoy hacen el infame tráfico. En el momento que escribimos esto anunciaban los periódicos la captura de otro buque con cargamento de setecientos negros. (*Crónica de ambos mundos*, n. 233, octubre 26 de 1861).

El pecho de todo hombre imparcial y honrado rebosa de indignacion al considerar que la nacion cuyos hombres de gobierno así se permiten tratar á la nuestra, tiene reducida buena parte de los habitantes del globo á la esclavitud mas dura y hasta infame, porque no es solamente la esclavitud física, importa poco que no sea legal, el hecho es el mismo; sino tambien la esclavitud moral, empleando las cadenas de la ignorancia y de la degradacion. Ya se ve, temen convertir los brutos en hombres, porque estos no tascan tan bien el freno. Un autor inglés escribió á fines del siglo pasado la atroz tiranía física y comercial de sus compatriotas en Bengala. (*Anales polit. y lit.* tomo 1; *Estado civil, político y comercial de Bengala*, tomo 1... ¿Es acaso hoy menos atroz el despotismo que ejercen en los infelices indios? ¿No ha sido él la causa de los últimos alzamientos que desgraciadamente para ellos no han tenido otro resultado que remacharles mas las cadenas?

§ VII.—Séptima: *Enterrar los muertos* (1).

«Ninguna accion mas hermosa, dice san Ambrosio; por «ella se hace un bien al que ya no puede pagarle, y se pre«serva al semejante de las aves de rapiña y de las garras de «las fieras. Se sabe que las mismas fieras se dispensan mú«tuamente este piadoso servicio, ¡y habian de negarle los «hombres (2)!»

Última obra de misericordia en el órden de las corporales, porque efectivamente ella es el último beneficio que podemos dispensar al cuerpo; así como *rogar por vivos y muertos* es la última entre las espirituales; porque respecto de los muertos ya no nos queda que hacer *otra cosa;* y respecto de los vivos tampoco nos queda que hacer otra *cosa mejor*. No las dió, pues, una colocacion arbitraria el sábio compilador del Catecismo.

Siempre ha bendecido el Catolicismo los sepulcros que encierran las cenizas de los que fueron y prescrito su inviolabilidad, porque los restos mortales de aquellos que acabaron una vida de batalla y de prueba en el seno de la Iglesia católica son sagrados, y tienen derecho al respeto y al descanso que ella les procura. El Catolicismo no podia menos de honrar los sepulcros, porque los sepulcros fueron su cuna y sus primeros templos.

El Catolicismo emplea en sus funerales un canto lúgubre, majestuoso y melancólico, y unas oraciones tiernísimas y de profunda filosofía, y todo lleno de una consoladora esperanza. «¡Cuán admirables son estas oraciones! exclama «Chateaubriand (3); ora son exclamaciones de dolor, ora gri«tos de esperanza; la Iglesia se regocija, tiembla, confia, «gime y suplica.» Las lecciones de Job, que la Iglesia pone en boca del difunto proclamando la nada y la miseria del hombre, y lo fugaz y veloz de su vida, parece verdaderamente que salen de la tumba. «Los últimos homenajes tri-

(1) «Contege corpus illius, et non despicias sepulturam illius.» (*Eccli.* c. XXXVIII, 16).

(2) «Nihil hoc officio præstantius; ei conferre qui tibi jam non possit «reddere, vindicare à volatilibus, vindicare à bestiis consortem natu«turæ. Feræ hanc humanitatem defunctis corporibus detulisse pro«duntur, ¡homines denegabunt!» (*De Tobia*, lib. unus, cap. 1, num. 5).

(3) *Genio del Cristianismo.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«butados al hombre serian muy pobres despojados de los «signos de la Religion. La Religion ha nacido en las tum- «bas, y estas no pueden pasar sin ella; necesario es que la «voz de la esperanza salga del fondo del féretro, y que el «sacerdote del Dios vivo escolte hasta el sepulcro las ceni- «zas del hombre: esto, en cierto modo, es la inmortalidad «que marcha á la cabeza de la muerte (1).»

Los cuidados de la religion católica para con sus hijos no acaban con la muerte ni aun respecto de sus cuerpos, y desde el principio cercó terrenos donde sepultarlos y preservarlos de las garras de los animales carnívoros; lugares que con tan profunda filosofía llamó *dormitorios*, que esto significa la palabra griega latinizada *cœmeteria*, y creó á sus expensas el cuerpo de parabolanos ó copiatos fosores y lecticarios ó decani, que tomaban á su cargo el cuidado de los entierros y todo lo concerniente á ellos, como en los tiempos modernos lo toman los celitas. Allá en la misma ley antigua existió un santo varon (2) que se levantaba de la mesa para dar sepultura á los cadáveres, sin que le retrajese de su piadosa obra el miedo de la muerte. Juliano pretendia en vano que su resucitado paganismo imitase la solicitud de los cristianos en esta parte (3).

Verdad es que el Paganismo enterraba tambien ó quemaba sus cadáveres; pero además de que en épocas de contagio y mortandad los abandonaba insepultos, teniendo en su virtud que acudir la caridad cristiana á darles sepultura, como escribe Eusebio (4) que sucedió en la peste de Egipto, copiando una carta testifical de Dionisio Alejandrino, por

(1) *Genio del Cristianismo.*

(2) Tob. II.

(3) «Et in sepeliendis mortuis solicita diligentia.» (*Epist. á Arsacio.*— En Sozomeno, *Historia eclesiástica*, lib. V, cap. 16).

(4) «Nam et eos qui ægrotare inceperant exturbabant, et charissimos «refugiebant, eosque in viis semineces destituebant; aut mortuos inse- «pultos projiciebant aversantes mortis participationem et societatem. «*Hist. eccles.* lib. VII ad XXII. Cum autem brevissimo temporis spatio, «nos et illi respirassemus, repente ingruit lues illa ipsis quidem res «omnium formidolosissima et calamitosissima... Plurimi quidem ex fra- «tribus nostris ob nimiam charitatem curam omnem propriæ salutis ab- «jicientes, sibique mutuo adhærescentes, dum ægros secure atque au- «dacter invisunt, eisque assidue ministrant et curationem adhibent in «Christo, una cum illis mortui sunt, aliorum ægritudine libentissime «sese implentes... Et hoc quidem pacto optimi quique ex fratribus nos- «tris quorum nonnulli præsbyteri erant ac diaconi... Gentiles vero pror- «sus contraria his egerunt.»

lo cual los cristianos fueron admirados y elogiados, hasta por aquel Emperador apóstata (1); además de todo esto, repetimos, no vigilaba con tanto celo sobre la inviolabilidad de los sepulcros y el reposo de los muertos como el Cristianismo, dado que los sepultaba á la orilla de los caminos y otros sitios abiertos y públicos, en que estaban expuestos á la voracidad de las bestias; abandonándolos tambien con frecuencia insepultos, aun fuera de épocas de contagio, como les acriminaba Lactancio, quien advierte que no faltaban filósofos gentiles que lo aplaudiesen (2). Los parsis abandonan los cadáveres á merced de las aves carnívoras.

Durante las persecuciones fueron enterrados los cristianos en las cavernas subterráneas, llamadas catacumbas. Dada por Constantino la paz á la Iglesia, esta edificó sus cementerios fuera de las poblaciones, obedeciendo las leyes romanas (3), que prohibian enterrar los cadáveres dentro de ellas. En España los Concilios acreditan tambien esta prohibicion confirmada por ellos (4); y en Francia las Capitulares de Carlomagno. Sin embargo, los reyes y emperadores inauguraron la costumbre de enterrarse dentro de las ciudades, en los atrios y pórticos de los templos (5), por privilegio que les concedió la Iglesia, á cuyos sitios eran conducidos despues todos los cadáveres; hasta que por último, siendo los primeros los obispos, los abades y los hombres ilustres, á todos les fue concedido el derecho de sepultura dentro de los templos, que es la disciplina vigente de la Iglesia (6).

Pero esta disciplina ha sido reputada perjudicial y nociva á la salud pública, y los cadáveres se ven otra vez lanzados, no solo de las iglesias, sino tambien de las poblaciones, y conducidos á una distancia prudente de ellas (*).

(1) Epíst. LXII á Arsacio.

(2) «Quin etiam non defuerunt qui supervacaneam facerent sepultu- «ram, nihilque esse dicerent, mali jacere inhumatum atque abjectum.» (*Divin. instit.* lib. VI, *De vero cultu*, cap. 12).

(3) De las Doce Tablas.

(4) Conc. I de Braga, tit. 18; concilios de Leon de 1267 y 1288.

(5) Así lo afirma de Constant. M. Eusebio en su *vida*, y de los dos Teodosios y Arcadio, Nicéforo, lib. XIV, cap. 58.

(6) Devoti, *Inst. can.* lib. 2, tit. 9, *De sepulturis.*

(*) En aquellos tiempos, especialmente en los siglos VIII y IX, no faltaron vivas oposiciones, hasta de concilios provinciales, á la introduccion de la costumbre de enterrar dentro de las poblaciones y en los templos; y es extraño que no alegaran razon alguna de higiene.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aunque no somos versados en la higiene, reconocemos sin dificultad la precaucion y la salubridad de esta medida; mas nos parece que no han disminuido gran cosa las defunciones desde que los cadáveres han sido relegados desde las iglesias á los campos santos. Pero si razones higiénicas han dictado esta innovacion, ¿cómo es que estas mismas razones no dictan otras no menos útiles para la salud pública? Y ¿está probado tampoco que el deseo *siempre laudable* de alejar de las poblaciones todo principio de contagio haya sido el *único* motivo de esta medida? «Enhorabuena, dirémos «aquí con Bergier, que es buenísimo separar de las ciudades «todo principio de contagio; pero se dejan subsistir en ellas «lugares de disolucion cien veces mas mortíferos que la se«pultura de los muertos. Entre los que vituperan con tanta «acrimonia el antiguo uso, ¡cuántos quizás no tratan mas «que de alejar todas las ideas fúnebres, para disfrutar de los «placeres sin mezcla de amargura ni remordimientos, y que «quieren paliar este epicureismo bajo pretexto de bien pú«blico! Se trata de poner economía en todas las ceremonias «de la Religion, mientras que nada se escasea cuando se tra«ta de satisfacer un gusto desenfrenado por los placeres (1).»

En el Cristianismo católico los vivos y los difuntos no forman sino una sola sociedad, y expulsando á estos de las iglesias, que era el único lugar de cita para la reunion y conferencia de unos y otros, se ha cortado esta comunicacion tan frecuente como consoladora para todos. La comunion de los fieles y de los santos de Dios es una comunicacion universal, omnímoda; no es una comunion solamente de méritos, de oraciones y de alivios, digámoslo así, *por escrito*, es tambien una comunicacion verbal, una conversacion.

Mientras se han sepultado los cadáveres en las iglesias, los vivos y los difuntos se hablaban todos los dias: la madre, la esposa y el huérfano creian oir en las pulsaciones de las campanas la voz del hijo querido, del esposo amado, ó de los padres reverenciados que les llamaban á conversar. Marchan á la iglesia embebidos en cierta ilusion piadosa, entran en ella, y haciendo la señal de la cruz con el agua bendita, sus piés y sus ojos impelidos de una fuerza irresistible se dirigen á la losa que cubre el objeto amado. Póstranse en ella de rodillas, y despues de tributar la reverencia y gra-

(1) *Diccionario de teología*, artículo *Funerales*.

cias debidas al Ser supremo, empiezan en su recogimiento religioso á dirigirle fervientes oraciones en favor del alma de aquel cuyo cuerpo parece que quieren volver á la vida con el calor de los suyos y con los profundos gemidos de sus corazones; y tal vez en el mismo instante está el alma en el purgatorio ó en otro lugar mas feliz implorando del Señor socorros y gracias para esa misma persona que dejó desamparada en el mundo (*). Las almas mismas del purgatorio reciben tambien alguna consolacion mas (permítasenos esta halagüeña hipérbole), sabiendo que sus cuerpos, que algun dia se les volverán á unir para gloriarse con ellas, están oyendo y siendo testigos de la misa que el sacerdote del Señor celebra en sufragio y alivio suyo. ¡Ah! los restos mortales que yacen en el sepulcro saltan sin duda de regocijo y de alegría en aquel ansiado momento en que el alma vuela desde el purgatorio á las mansiones eternas! Nuestros antepasados, pues, al entrar en las iglesias habrán desconocido, si se quiere, los intereses y las necesidades del cuerpo; pero no puede negarse que en ello han conocido

(*) «En la época, dice Chateaubriand, en que en nuestro país se qui«taron los sepulcros de las iglesias, el pueblo, que no es tan previsor co«mo los filósofos, ni tiene las mismas razones que estos para temer el «fin de su vida, se opuso al abandono de las antiguas sepulturas. Y con «efecto, ¿qué título podian alegar los nuevos cementerios para sobrepo«nerse á los antiguos? ¿Dónde estaban sus hiedras, sus tejos, sus cés«pedes alimentados hacia tantos siglos con los bienes de las tumbas? «¿Podrian ellos mostrar los huesos sagrados de los abuelos, el templo, «la casa del médico espiritual, y, en fin, aquel aparato de religion que «prometia, que aseguraba un renacimiento muy próximo? En lugar «de esos cementerios frecuentados nos señalaron en algun arrabal un «cercado solitario abandonado de los vivos y de los recuerdos, y en «donde la muerte, despojada de todo signo de esperanzanza, parecia «que debiese ser eterna.» (*Genio del Cristianismo*, parte 1, lib. IV, cap. 2).

Cuando, en virtud de las leyes vigentes de nuestra nacion, tratase en el pueblo en que primeramente fuí párroco de construir un nuevo campo santo fuera de él, tanto desconsolaba á sus religiosos vecinos la idea de ser enterrados en este lugar apartado, que hasta envidiaban á los que morian antes de emprender la obra, *porque allí tan distantes, decian, nadie se ha de acordar de nosotros para rezarnos.*

Por último, estoy muy distante de abogar porque se restablezca el uso de enterrar en las iglesias, el cual es ó puede ser nocivo para la salud, pero tampoco me atrevo como el Sr. Lafuente en su *Historia eclesiástica* á llamar *indecente* esta costumbre. Creo que ningun católico debe permitirse dar semejantes calificaciones á nada de cuanto pertenezca á la disciplina de la Iglesia, aun cuando realmente las mereciera. Dispénseme este autor de reconocida erudicion y talento. De desear seria ver sustituida aquella palabra por la de *inconveniente* ú otra semejante. El que habla es admirador suyo, no impugnador.

exactamente las necesidades del espíritu y las armonías de la Religion, y que han obedecido á las mas sublimes inspiraciones en el órden del sentimiento. No debemos vituperarles, si prefiriendo lo segundo á lo primero no fueron de nuestro gusto.

Y ¿cómo se conducen la Reforma y las sectas filosóficas con los cadáveres de sus infelices y desgraciados prosélitos? ¿Dónde están sus celitas ó hermanos sepultureros, ó cosa que se les parezca?

Dirémos únicamente que no concebimos que puedan ser caritativos con los muertos cuando han hecho desaparecer la caridad de entre los vivos, y tampoco concebimos que pueda inspirarles compasion en el sepulcro aquella persona que abandonaron con inhumana dureza y vil cobardía en el lecho de muerte.

Pasemos ya á examinar los principales beneficios que podemos dispensar al espíritu, recorriendo ligeramente las obras espirituales misericordiosas del Catolicismo, las cuales, como dice Gaume, al paso que revelan la infinita sabiduría que las dictó, presentan en toda su desnudez el divino corazon de Nuestro Señor. «Ellas son otros tantos remedios «y recursos puestos en el camino de la vida, ya para curar, «ya para guarecer al alma de sus enfermedades, siendo im- «posible discurrir mejor un órden de auxilios mas bien *tra- «bados*, mas completos y mas propios para asegurar la salud «del alma, y por consiguiente su dicha y la de la sociedad «de que es inseparable (1).»

CAPÍTULO VI.

OBRAS ESPIRITUALES DE MISERICORDIA.

§ I.—Primera: *Enseñar al que no sabe* (2).

No puede negarse que la ignorancia degrada é infelicita al hombre, y esta es una de las muy pocas materias sobre las que discurrió con acierto la filosofía pagana, al decir que á la ignorancia acompaña con frecuencia la miseria y la es-

(1) *Catecismo de Perseverancia*, parte 2, leccion XLVI.
(2) «Qui suscipit animas sapiens est.» (*Prov.* XI, 30).

clavitud moral, y que únicamente el sábio es en realidad *rico y libre* (1).

La sabiduría es la cosa que mas eleva y dignifica al hombre en el órden natural, y lo que inspira la admiracion mas pura y simpática. Generalmente al sábio se le admira y á la vez se le ama ó inspira al menos simpatías; mas á otras personas justamente célebres por otro concepto que el de la ciencia, tambien se las admira, pero no siempre va unida á la admiracion la simpatía, y aun á veces se la une el temor. La admiracion que inspira la ciencia es tambien la mas asombrosa de todas las admiraciones, porque es inspirada por un objeto de difícil adquisicion, y sabido es que el hombre no admira tanto lo *que se persuade* que él tambien puede hacer, aunque en realidad no sea capaz de hacerlo, como lo *que cree* que no puede hacer, engañándose aunque fuera capaz de hacerlo. Ninguno hay que al oir un rasgo de valor militar, de heroismo, de abnegacion y de sacrificio, no se crea capaz de hacer lo mismo si se hallara en igual caso, porque todos tienen dentro de su pecho, unos mas vivos que otros, los móviles que les sugieren esta persuasion, á saber, el entusiasmo, el coraje, el amor á la patria, la compasion, etc. Pero si estos mismos oyen hablar de la gran ciencia de una persona, ya no se sienten con fuerzas para imitarla, y se anonadan ante ella, porque les falta aquello que les prestaria estas fuerzas, que es el talento y la natural capacidad, las cuales no están en su mano. Resulta que la mayor ó menor admiracion del hombre hácia el hombre no proviene de la mayor ó menor grandeza ó maravilla de la cosa admirada, sino del mayor ó menor sentimiento de fuerzas propias para hacer lo mismo. Pero nos distraemos.

Si la ignorancia hace infeliz al hombre tanto como la ciencia y la ilustracion le hacen dichoso; si la ignorancia le degrada (como que es precisamente un efecto de su prevaricacion que fue la degradacion primera, inmensa y orígen de todas las demás degradaciones); si la ignorancia, repetimos, le degrada, tanto como la ciencia le dignifica, es evidente que el Catolicismo, que impulsado por el *docete omnes gentes* con que su Autor divino envió á los Apóstoles (*), improvisó doquiera púlpitos, abrió cátedras, estableció biblio-

(1) Cicero, *Paradoxa ad M. Brutum.*
(*) Ultima órden que les dió, y por lo tanto de las mas esenciales, da-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

exactamente las necesidades del espíritu y las armonías de la Religion, y que han obedecido á las mas sublimes inspiraciones en el órden del sentimiento. No debemos vituperarles, si prefiriendo lo segundo á lo primero no fueron de nuestro gusto.

Y ¿cómo se conducen la Reforma y las sectas filosóficas con los cadáveres de sus infelices y desgraciados prosélitos? ¿Dónde están sus celitas ó hermanos sepultureros, ó cosa que se les parezca?

Dirémos únicamente que no concebimos que puedan ser caritativos con los muertos cuando han hecho desaparecer la caridad de entre los vivos, y tampoco concebimos que pueda inspirarles compasion en el sepulcro aquella persona que abandonaron con inhumana dureza y vil cobardía en el lecho de muerte.

Pasemos ya á examinar los principales beneficios que podemos dispensar al espíritu, recorriendo ligeramente las obras espirituales misericordiosas del Catolicismo, las cuales, como dice Gaume, al paso que revelan la infinita sabiduría que las dictó, presentan en toda su desnudez el divino corazon de Nuestro Señor. «Ellas son otros tantos remedios «y recursos puestos en el camino de la vida, ya para curar, «ya para guarecer al alma de sus enfermedades, siendo im- «posible discurrir mejor un órden de auxilios mas bien *tra- «bados*, mas completos y mas propios para asegurar la salud «del alma, y por consiguiente su dicha y la de la sociedad «de que es inseparable (1).»

CAPÍTULO VI.

OBRAS ESPIRITUALES DE MISERICORDIA.

§ I.—Primera: *Enseñar al que no sabe* (2).

No puede negarse que la ignorancia degrada é infelicita al hombre, y esta es una de las muy pocas materias sobre las que discurrió con acierto la filosofía pagana, al decir que á la ignorancia acompaña con frecuencia la miseria y la es-

(1) *Catecismo de Perseverancia*, parte 2, leccion XLVI.
(2) «Qui suscipit animas sapiens est.» (*Prov.* XI, 30).

clavitud moral, y que únicamente el sábio es en realidad *rico y libre* (1).

La sabiduría es la cosa que mas eleva y dignifica al hombre en el órden natural, y lo que inspira la admiracion mas pura y simpática. Generalmente al sábio se le admira y á la vez se le ama ó inspira al menos simpatías; mas á otras personas justamente célebres por otro concepto que el de la ciencia, tambien se las admira, pero no siempre va unida á la admiracion la simpatía, y aun á veces se la une el temor. La admiracion que inspira la ciencia es tambien la mas asombrosa de todas las admiraciones, porque es inspirada por un objeto de difícil adquisicion, y sabido es que el hombre no admira tanto lo *que se persuade* que él tambien puede hacer, aunque en realidad no sea capaz de hacerlo, como lo *que cree* que no puede hacer, engañándose aunque fuera capaz de hacerlo. Ninguno hay que al oir un rasgo de valor militar, de heroismo, de abnegacion y de sacrificio, no se crea capaz de hacer lo mismo si se hallara en igual caso, porque todos tienen dentro de su pecho, unos mas vivos que otros, los móviles que les sugieren esta persuasion, á saber, el entusiasmo, el coraje, el amor á la patria, la compasion, etc. Pero si estos mismos oyen hablar de la gran ciencia de una persona, ya no se sienten con fuerzas para imitarla, y se anonadan ante ella, porque les falta aquello que les prestaria estas fuerzas, que es el talento y la natural capacidad, las cuales no están en su mano. Resulta que la mayor ó menor admiracion del hombre hácia el hombre no proviene de la mayor ó menor grandeza ó maravilla de la cosa admirada, sino del mayor ó menor sentimiento de fuerzas propias para hacer lo mismo. Pero nos distraemos.

Si la ignorancia hace infeliz al hombre tanto como la ciencia y la ilustracion le hacen dichoso; si la ignorancia le degrada (como que es precisamente un efecto de su prevaricacion que fue la degradacion primera, inmensa y orígen de todas las demás degradaciones); si la ignorancia, repetimos, le degrada, tanto como la ciencia le dignifica, es evidente que el Catolicismo, que impulsado por el *docete omnes gentes* con que su Autor divino envió á los Apóstoles (*), improvisó doquiera púlpitos, abrió cátedras, estableció biblio-

(1) Cicero, *Paradoxa ad M. Brutum.*
(*) Ultima órden que les dió, y por lo tanto de las mas esenciales, da-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tecas en las iglesias catedrales, levantó en todas partes escuelas gratuitas y públicas (1), y fundó las universidades; el Catolicismo, que inspirando á ciertos hijos suyos á quienes el Filosofismo se ha permitido apellidar *ignorantes* y *fanáticos*, la feliz idea de sepultarse entre el polvo de las bibliotecas, para evitar el que fuéramos completamente idiotas, preservó en los siglos bárbaros de la general devastacion y ruina las luces que desde los Apóstoles hasta nuestros dias ha llevado incesantemente por todos los países conocidos del universo; el Catolicismo, que en todos tiempos tomó á su cargo la instruccion pública, que en todos tiempos ha conducido de frente las ciencias, y que ha hecho por último de la enseñanza *una obra meritoria* para estimular á ella (2), y hasta un deber para obligar al sábio á difundir sus conocimientos, es evidente que ha intentado é intenta en esto, como en todas sus doctrinas, el logro y el aumento de la dignidad y de la dicha del hombre, el adelanto y la civilizacion de la sociedad. «Así es, observa Bergier (3), que ninguna re-«ligion ha inspirado á sus sectarios tanto celo por la instruc-«cion de los ignorantes como el Cristianismo: ninguna ha «producido un número tan grande de sábios: fuera de las «naciones cristianas cási todas las demás son aun ignoran-«tes y bárbaras: las que han tenido la desgracia de renun-«ciar al Cristianismo, han recaido muy luego en la barba-«rie. Aunque nuestra Religion no tuviese otra señal de «verdad, esta sola deberia bastar para hacérnosla muy «cara.»

Y ¿de qué modo han influido la Reforma y el Filosofismo en esta parte? Oidlo. Primero, arrebatando al Catolicismo el magisterio que siempre tuvo, prefiriendo en odio suyo hasta la enseñanza judáica á la católica, y luego profanando los púlpitos, derribando las escuelas gratuitas, haciendo á la instruccion patrimonio exclusivo de los ricos (peor es lo que sigue), falsificando la enseñanza, reducida á predicar que la

do que es natural inculcar los avisos mas importantes al ausentarse y partir.

(1) Concil. Constantinop. VI general. Sin ir mas léjos san Juan Evangelista estableció una en Éfeso, y su discípulo san Policarpo otra en Smirna.

(2) De ahí esas escuelas pias y de caridad que jamás habrian fundado ni la filosofía ni la política.

(3) *Diccionario*, artículo *Escuela*.

Religion es una fábula, el hombre un bruto, y el placer la moral: sembrando errores en vez de dilucidar verdades, trastornando las ideas y los principios, truncando la moralidad y extraviando y pervirtiendo la filosofía, la sana razon, los criterios de verdad, en fin, lo que se llama conciencia pública, é introduciendo «*esa moral natural filosófica*, ó mejor «dicho *animal*, mas digna de los establos de Epicuro que «de una escuela de educacion (1).»

¿Quereis ver la influencia moral y la accion instructora de la Reforma? Pues recordad que la Inglaterra, que domina hace un siglo en las Indias, no ha sido poderosa aun para extraer á aquellos países de la mas grosera ignorancia. Verdad es que allí solo buscan el oro, y se cuidan muy poco de la instruccion. Nuestros Jesuitas y Capuchinos sin otros medios que sus Breviarios obtienen allí mas para la civilizacion y el Cristianismo que la propaganda inglesa con sus inmensos recursos.

¿Quereis ver el monumento que pudo levantar el Filosofismo á mediados del pasado siglo? Ved esa vasta Enciclopedia «monstruoso conjunto de sedicion, de corrupcion, de «irreligion y de incredulidad.» Así el decreto de supresion en 1752 de los dos primeros volúmenes.

Han, pues, atacado á la enseñanza de dos maneras, una haciendo imposible á muchos la entrada en el terreno de la instruccion, aunque, á decir verdad, por ser esta instruccion como es, no es mucho el daño que por este lado causan, y otra promoviendo una instruccion nociva, extraviada y falsa (*). De modo, que los así instruidos han alcanzado una ciencia nula, peor que nula, perjudicial; en fin, aquella sabiduría del mundo que, como dice el Apóstol, *es locura delante de Dios* (2). Y las masas á quienes no llega ninguna clase de instruccion permanecen en la ignorancia natural y absoluta. Y ¿qué ha sucedido? Lo que debia suceder, á sa-

(1) Bergier, *Diccionario*, artículo *Educacion*.

(*) Rousseau anuncia terminantemente que dará á su Emilio una educacion *regulada por el instinto del bruto*; y para hacerle sábio, es necesario, dice, hacerle antes *ladron y tunantuelo*. ¡Qué tal! En cuanto á religion jamás dice una palabra á Emilio sino para mofarse de ella. No quiere que las jóvenes practiquen la devocion, porque *ella las expone á que se corrompan*: quiere sí que se las hable claramente de las obligaciones de su sexo, etc. Y por último escribe que las exhortaciones y las moralidades son *la muerte de la educacion* de uno y otro sexo.

(2) I Cor. III, 19.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ber, que á los primeros ha enfangado su falsa ciencia en las riquezas, en los goces y en los placeres, dado que la virtud es fruto exclusivo de aquella verdadera sabiduría, *cuyo principio es el temor de Dios* (1), que tan léjos está de ellos; y las segundas han venido á parar á esa inmensa miseria y degradacion moral en que las vemos sumidas, degradacion comparable únicamente al embrutecimiento de los pueblos paganos.

§ II.—Segunda: *Dar buen consejo al que lo ha menester.*

El talento, como todo cuanto sea un don puro de Dios que no exija el concurso del hombre, no puede ser sujetado á dominio ni á derecho de propiedad, sin cometer una detentacion criminal. Bien claramente nos lo ha dado á entender así Dios, dando al mérito y á la gracia el carácter de reversibles. De este mismo carácter dotó Dios al talento y á la prudencia, con la diferencia, de que él se reservó realizar la reversibilidad de la gracia y del mérito; aquí mediaba el bien por excelencia de los demás, y no quiso fiarlo á nuestro egoismo, ¡qué prevision! ¡qué caridad! mientras que la reversibilidad del talento se la prescribió y confió al hombre: de aquí es que no puede el hombre abarcar su mérito ni encerrar su gracia de modo que los otros hombres no puedan participar de ella; pero sí puede guardar de tal manera su talento que los demás no se aprovechen de él, en cuyo caso, no obstante, seria un usurpador punible, porque el mismo que no quiso que el mérito se encerrara dentro del hombre, sino que se transmitiera á todos para utilidad de todos, «tampoco quiso que la antorcha fuese puesta bajo del «celemin, sino sobre el candelero para que alumbrara á to«dos (2).»

Bien persuadidos los católicos instruidos de todos tiempos de que Dios no concede el talento ni los dones de la prudencia y del consejo para el indivíduo, sino para la sociedad; que estos dones imponen verdaderos deberes, y que el sábio no es otra cosa que el conducto de la instruccion que Dios envia á los hombres, un administrador suyo que ha de rendirle cuenta, y su limosnero para el socorro de la indi-

(1) Eccli. I, 16.
(2) Matth. V, 15.

gencia intelectual y moral; todos se han apresurado á porfía, ya de palabra, ya por escrito, á aconsejar á los hombres lo útil y lo conveniente, y á dirigirlos por la senda de la dicha y de la verdad. Y todo con el mayor desinterés y generosidad, y aun arrostrando para ello innumerables peligros, persecuciones y calumnias.

Pero ¡cosa singular! lo que no podia ser extraido del terreno del dominio particular sin hundirse la sociedad, como el poder y las riquezas, esto mismo ha sido extraido por la Reforma y el Filosofismo; y lo que no podia ser sacrificado ó sujetado á una autoridad doctrinaria puramente humana, como las luces y el mérito moral, sin hundirse la civilizacion, esto mismo fue sacrificado y sujetado. Truncada la verdadera filosofía y falsificado el prisma de las ideas y opiniones de los hombres, todas sus inspiraciones y resultados tuvieron que ser necesariamente extraviados y torcidos. Y segun esto ¿cómo ó en qué sentido aconsejaron á los hombres? ¿de qué modo satisfacieron su necesidad moral consistente en el temor, en la indecision y en la duda? ¿cómo correspondieron á esa ansiedad y malestar natural del hombre falto de consejo, y disiparon sus crueles incertidumbres? Lo dirémos en pocas palabras.

En primer lugar nadie ha menester los consejos que dieron y dan; y en segundo lugar tales fueron y son estos consejos, que en el órden político llevaron y llevan á los aconsejados al cáos y á la anarquía; en el órden religioso á la incredulidad y á la idolatría, y en el órden moral al envilecimiento y á la condicion de cuadrúpedo.

§ III.—Tercera: *Corregir al que yerra* (1).

Si la principal mision del Catolicismo es la enseñanza de las verdades, la correccion de los errores es la que la sigue, y predicando á la vez la caridad y la paciencia, su sistema de correccion es suavísimo.

Corregir los errores exige alguna autoridad y superioridad en el corrector sobre los corregidos. Sin embargo, persuadido el Catolicismo de que todos los hombres sin excepcion están sujetos á error, en sus vivos deseos de que to-

(1) «Corrige al amigo... corrige al prójimo.» (*Eccli.* XIX, 13, 14).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos sean corregidos, crea esa hermosa correccion fraterna que en vez de destruir la sumision y el reposo le consolida, correccion basada en el gran principio de la caridad y fraternidad que introdujo entre los hombres (1). ¿Quién se atreverá fuera del Cristianismo á advertir sus faltas á sus superiores?

Todos los errores caen bajo el inmenso sistema de correccion del Catolicismo, los errores en el órden político, los errores en el órden social, y los errores en el órden moral. Y ¿cuáles son sus armas al efecto? La persuasion, el consejo, la evidencia con que hace ver la conveniencia y ventaja propia, el atractivo de un premio grandioso é infinito, las instancias y hasta las súplicas y los ruegos; y si á pesar de todo esto el error persiste contumaz é incorregible, entonces el Catolicismo afligido de dolor y violentando sus inspiraciones compasivas se ve obligado á imponer un castigo ¡que no es pena y sí medicina! El Catolicismo no usa castigos ni penas propiamente dichas: su indisputable potestad coercitiva es suave y provechosa á sus extraviados hijos; él jamás castiga para herir sino para curar, y hasta quiso que sus preceptos fuesen llamados *cánones*, esto es, reglas, y no leyes, por hacérsele dura esta denominacion. «No repruebo, «dice san Agustin, por cuyos labios hablaba la religion ca«tólica, no repruebo que se castigue, pero como quien ama, «como quien corrige (2).» Es una gloria para el Catolicismo que la reforma penitenciaria y el sistema celular tan fecundos en ventajosos resultados morales hayan partido de su corazon, de su centro, de Roma, de su jefe supremo el Soberano Pontífice.

Es innecesario, por ser demasiado evidente, detenernos á probar la dignidad, la dicha y la paz que resultan á la sociedad y al indivíduo de la correccion de los errores políticos, morales y sociales, que viene á ser la correccion universal, la correccion de los delitos, de los crímenes y de los vicios. ¿Cómo han corregido los errores la Reforma y el Filosofimo?

Sabido es que un confesonario es un correctivo, aunque

(1) «Qui corripit hominem, gratiam postea invenit apud eum.» (*Prov.* c. XXVIII, 23).

(2) «Adhibeantur pœnæ non recuso, non interdico, sed animo aman«tis, animo diligentis, animo corrigentis.» (*Serm. XIII, cap.* 7, *num.* 8).

mas suave, mas eficaz, sin embargo, y poderoso que todos los códigos penales y toda la fuerza de las bayonetas; pues bien, los confesonarios han sido hechos astillas por el hacha de los reformadores, ó reducidos á cenizas por sus teas incendiarias. ¿Cómo corrigen á sus prosélitos los errores respecto del camino de la salvacion? Muy sencillamente, diciéndoles que en esto no pueden errar por donde quiera que giren, excepto si marchan por donde únicamente pueden acertar, asegurándoles que todos los caminos son malos, excepto el realmente falso que les indican, ó que todos son buenos, excepto el único verdadero de que los apartan.

Y el Filosofismo ¿ha corregido los errores? ¡ah! este los ha hallado en todas partes, hasta en Dios mismo, sobre cuya sabiduría se ha remontado y ha dicho desde la tribuna revolucionaria: «Corrijamos los errores de la tierra y los del «cielo (1).» Compadezcamos á tales hombres si lo permite la indignacion que excitalab la sfemia. La escuela ecléctica y la del progreso pretenden hoy tambien enmendar la obra de Dios.

Pero ¿cómo el error ha de corregir los errores? ¿será tan insensato que quiera corregirse á sí mismo? No: y confesamos que en esto los protestantes y los sofistas han sido muy consecuentes. Pero como en todo caso era necesario que una mision *reformadora* corrigiese de un modo ó de otro, sucedió que aquellos corrigieron los aciertos y las verdades, retrayendo de ellas á sus secuaces. Y como el acierto y la verdad en el órden político y religioso es la paz y la dicha, la dignidad y la virtud, y como es de esencia de la correccion el que produzca un resultado contrario, sucedió que surgió doquiera la guerra, la infelicidad, la degradacion y el crímen. Los códigos que redactaron solo iban dirigidos contra los hombres virtuosos y honrados, y nada se cuidaban de la represion de los verdaderos delitos. ¿No han patrocinado, por el contrario, en sus escritos todo género de crímenes, llevando los políticos hasta el regicidio, los sociales hasta la anarquía, los religiosos hasta la idolatría y el Panteismo, y los morales hasta la infamia y la degradacion?

(1) Cerutti, *Exposicion de los derechos del pueblo*, citado por Gaume en la *Revolucion*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

§ IV.—Cuarta: *Perdonar las injurias.*

«Dar de comer al que tiene hambre, dice san Agustin (1), «de beber al que tiene sed, vestir al desnudo, dar posada al «peregrino, refugiar á un fugitivo, visitar á un enfermo ó «preso, rescatar á un esclavo, sostener á un débil, curar á «un herido, dar un consejo al que le precisa, y al indigente lo «que necesite, no son las únicas especies de limosnas, sino «perdonar al que peca, ó corregir cuando hay autoridad pa«ra ello, olvidar y perdonar de corazon la injuria que se re«cibió, pidiendo á Dios que dispense favores al que se la «hizo: estas son obras de misericordia que se pueden mirar «como limosnas.»

Tampoco se ocultó á la filosofía pagana lo que el perdon de la ofensa tiene de digno, de elevado y de noble (2), si bien esta opinion no estaba generalmente extendida, ni mucho menos formaba lo que se apellida conciencia pública, dado que el mismo Jesucristo decia á los Apóstoles haberse dicho á los antiguos «aborreceréis á vuestros enemigos (3).»

Entre los romanos habia muchos, segun Salustio, que preferian el perdon á la venganza, y, segun Ciceron, que dió excelentes lecciones sobre la materia, César no olvidaba mas que las injurias (4). Por cierto que en nada se parecian

(1) «Non solum ergo qui dat esurienti cibum, sitienti potum, nudo «vestimentum, peregrinanti hospitium, fugienti latibulum, ægroto vel «incluso visitationem, captivo redemptionem, debili subventionem, cæ«co deductionem, tristi consolationem, non sano medelam, erranti viam, «deliberanti consilium, et quod cuique necessarium est indigenti, ve«rum etiam qui dat veniam peccanti eleemosynam dat, et qui emen«dat verbere in quem potestas datur vel coercet aliqua disciplina; et «tamen peccatum ejus, quo ab illo læsus aut offensus est dimittit ex «corde, vel orat ut ei dimittatur, non solum in eo quod dimittit atque «orat, verum etiam in eo quod corripit, et aliqua emendatoria pœna plec«tit eleemosynam dat, quia misericordiam præstat.» (*Enchiridion; sive de fide, spe et charitate*, lib. unus, cap. 72).

(2) «. . . . . Minuti
«Semper et infirmi est animi exiguisque voluptas
«Ultio.» (*Juven.* Satyr. XIII).

(3) «Odio habebis inimicum tuum.» (*Matth.* V, 43).

(4) *Pro Ligario.* «Spero, Cæsar, qui oblivisci nihil soles nisi injurias.» Conócese fácilmente que habia alguna exageracion que puede pasar en una defensa para mover al perdon. Lo que no se concibe muy bien es como este gran santo del Paganismo, que tanto invocaba la clemencia en el *foro* haciendo su panegírico y aun adulando con ella á los jueces, en sus principios morales la condenase alguna vez con Aristóteles como *debilidad*, y justificase la venganza.

á este Emperador los soberanos de Atenas que encargaban á sus sucesores, por medio de enigmas y emblemas fijados en sus sepulcros, que vengasen las injurias que les infirieron.

Los emperadores cristianos no se contentaron con olvidarlas, sino que las perdonaban cordialmente y las compadecian. Constantino perdonó á los romanos las injurias que le habian hecho, sin exceptuar á los que habian ultrajado sus estatuas (1). Teodosio, Arcadio y Honorio ordenaron al prefecto Rufino que no castigara las murmuraciones del pueblo contra ellos, porque si nacian de ligereza se debian despre«ciar, si de furor compadecer, y si de malicia perdonar (2).»

El Cristianismo corroboró desde su cuna (3) el pensamiento de la filosofía, pero ennobleciendo los motivos, ó, mejor dicho, variando los motivos de perdon. La filosofía perdonó alguna vez por fausto y por vanagloria (*), pero el Cristianismo ordenó que se perdonase por humildad y caridad. En la filosofía era voluntario el perdon de la injuria, el Evangelio le presentó obligatorio, é hizo de él un precioso deber: en fin, la filosofía enumeraba entre los hombres de bien al que siendo injuriado, *lacessitus injuria* (4), hacia daño á su ofensor para vengarse de él; pero «el Catolicismo «no tolera entre los hombres de bien al hombre vengativo.» «El cristiano, decia el elocuente Tertuliano, de nadie es «enemigo (5), ni á cristiano alguno le es permitido aborre«cer á nadie.» Y san Gregorio Nazianceno decia tambien á los gentiles de su tiempo: «Nosotros bendecimos á los que «nos persiguen, y si nos dan una bofetada en la mejilla de-

(1) Tillemont.

(2) Tit. 7, lib. 11, Cod.

(3) Levit. XIX, 18; Eccli. XXVIII.

(*) Y por un orgullo insensato. Así la paciencia estóica de Caton en las injurias procedia, como observa Malebranche, de reputar este bizarro filósofo á sus enemigos como bestias, contra las cuales era degradante encolerizarse.

(4) Cic. *De officiis*, lib. III, cap. 18 et 19. «Se ipse doceat eum virum bo«num esse qui prosit quibus possit, noceat nemini, nisi lacessitus in«juria.» ¡Oh hermosa sentencia, exclama Lactancio, afeada con la adicion de las dos últimas palabras: «O quam simplicem veramque senten«tiam duorum verborum adjectione corrupit! Quid enim opus erat ad«jungere nisi lacessitus injuria?» (*Divin. instit.* lib. VI, *De vero cultu* cap. 18).

(5) «Christianus nullius est hostis.» (*Ad Scapulam*, cap. 2). «Male enim «velle, male facere, male dicere, male cogitare de quoquam, ex æquo «vetamur.» (*Apolog.* cap. 30).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«recha presentamos la izquierda.» Por último la filosofía, si alguna vez predicó el perdon del enemigo, jamás exigió que se le hiciera bien; pero el Evangelio hasta mandó que se le diese de comer y beber (1). ¡Qué bien lo entendió así el Jefe supremo del Catolicismo á principios de este siglo! Él fue una de las muchas testas coronadas que se vieron abatidas é insultadas, y la mas insultada por un ambicioso conquistador. Marcha este al destierro á una isla, y Pio VII, la víctima de Napoleon, es el único que insta al Gabinete inglés para obtener algun alivio en favor de la suerte de aquel, al mismo tiempo que concede asilo honroso en sus Estados á los miembros de su familia rechazados en todas partes! ¡Cuánto dice este hermoso hecho en favor de la causa del Catolicismo! ¡Cuánto no recomiendan al mismo la extirpacion del derecho de la Faida, esos sagaces armisticios de las pasiones rencorosas, llamadas treguas de Dios! San Ambrosio, arrancando al arrepentido Teodosio una ley suspensiva de las ejecuciones de muerte por espacio de treinta dias, expidió á la divina religion, de cuyos sentimientos era tan fiel intérprete, un grandioso título á la gratitud de la humanidad.

Feliz y dichosa seria efectivamente aquella sociedad en que todos los individuos pusiesen constantemente en práctica el olvido del mal; porque el fundamento mas sólido y mas suave á la vez de las sociedades es la íntima union, enlace y simpatía de los corazones. Á esto tiende efectivamente el Cristianismo con sus doctrinas (2), con especialidad al prescribir y premiar el perdon de las ofensas. Si no lo consigue, culpen los hombres á su propia perversidad y malicia. Él quiere que perdonemos *setenta veces siete* (3), esto es, siempre.

Pocas acciones hay que enaltezcan al hombre tanto como el perdon de las injurias por un espíritu verdaderamente cristiano. El cristiano que abriga en su pecho un profundo é interminable rencor, un deseo insaciable de venganza,

(1) Rom. XII, 20.
(2) «Nulli malum pro malo reddentes.» (*Rom.* XII). «Estote invicem be«nigni, misericordes, donantes invicem.» (*Ephes.* IV). «Supportantes «invicem et donantes vobismetipsis si quis adversum aliquem habet «quærelam.» (*Colos.* III, 13). «Omnis injuriæ proximi ne memineris.» (*Eccli.* X, 6).
(3) Matth. XVIII, 22.

merece que se forme un concepto poco favorable de su dignidad y de su religion; porque en el Cristianismo hallaria, si de veras le profesara, medios muy poderosos para fortalecer y escudar su corazon contra todas las adversidades y contra todas las injusticias y calumnias de esta vida

Por otra parte, el perdon de la ofensa es el mejor castigo para el ofensor por lo que tiene de eficaz; porque este á vista de una accion tan digna y generosa conoce ruborizado la bajeza de la suya, y en presencia de un corazon tan noble y magnánimo advierte confuso y anonadado la mezquindez y perfidia del suyo. Por eso el Apóstol al ordenar á los romanos que diesen de comer y beber á sus enemigos, añade, como ya lo habia dicho el Sábio (1): «Si así lo hicieres, car«bones encendidos amontonarás sobre su cabeza (2).» Además, como observa Tertuliano, «el injuriante busca el dolor «del injuriado, y cuando este no se duele, preciso es que «aquel se duela de que el injuriado se haya dolido, y de ver«se así frustrado y burlado (3).»

Este mismo perdon y olvido de la ofensa además de dignificar al hombre, contribuye á labrar su felicidad, porque de esta manera previene y evita aquellas desazones, aquellas iras y arrebatos que martirizan al vengativo y rencoroso. «El hombre, dice el filósofo Raimundo Sabunde (4), «como obligado que está á buscarse su propia felicidad, con «el mismo acto (el amor á sus enemigos) se librará de los «pensamientos de venganza que le molestan, y volverá la «paz á su corazon.» Esto en cuanto á la dicha individual. Y ¿cuál seria entonces la felicidad social? Sumad las dichas individuales, y veréis lo elevado de la cifra.

Si se practicara el perdon de la ofensa tan fiel y generalmente como el Evangelio desea, todos los hombres se amarian cordialmente, y reinaria una paz universal. ¡Qué in-

(1) Prov. XXV, 22.
(2) Cap. XIII, 20.
(3) «Coincidet enim ibidem irrita opera et infructuosa, et nonnumquam «repercussum in eum qui emisit, reciproco impetu sæviet. Nempe «ideirco quis te lædit, ut doleas, quia fructus lædentis, in dolore læsi «est. Ergo cum fructum ejus everteris non dolendo, ipse doleat necesse «est amissione fructus sui, tunc tu non modo illæsus abis, quod etiam «solum tibi sufficit, sed insuper adversarii tui et frustratione oblecta«tus, et dolore defensus. Hæc est patientiæ utilitas et voluptas.» (*Lib. de patientia*, cap. 8).
(4) *Las Criaturas*, lib. III, cap. 7.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fluencia tan grandiosa ejerce este generoso perdon en el órden moral, en el social, en el civil, en el político! No: ninguna moral estrecha mas poderosamente los vínculos de la naturaleza y de la sociedad que la del Evangelio.

¿Quiere ahora alguno enterarse del modo con que la Reforma y el Filosofismo han inculcado el perdon y el olvido de las ofensas? Pues lea las predicaciones energúmenas de Lutero, de Calvino, de Muncer, etc., y allí verá al odio ciego, á la venganza, al furor sangriento, á todas las pasiones rencorosas incitando á las masas contra los poderes legítimos en vindicacion de pretendidos agravios; examine las teorías y los sistemas subversivos y sediciosos de Rousseau, de Luis Blanch, de Proudhon y de algunos falansterianos, y vea si con ellas no se ajustan, si no aplauden y santifican las venganzas mas atroces en represalias de supuestas expoliaciones y tiranías. Rousseau hablando de la ofensa privada enseña á su Emilio que, si le dan una bofetada, se vengue por sí mismo y de una manera tal, que al ofensor no le dé ganas de decir que ha insultado (1). Algo dista esto de presentar la otra mejilla.

Pero qué, ¿no les hemos visto avanzar en esto mas allá de donde llegó el Paganismo? Porque en el Paganismo aun cuando la venganza fuese reconocida por los filósofos mas sábios como un derecho natural y la autorizaran, tambien era reconocido, sin embargo, como accion digna el olvido de la ofensa, aunque no se practicase sino muy rara vez; pero á los ojos del Filosofismo moderno esta accion ha perdido toda su dignidad; y lo que es mas se ha convertido en falta de carácter, en mengua y en deshonra, y la venganza ha sido extraida otra vez del terreno de lo ilícito, y repuesta en el terreno de los derechos y de un honor mal entendido.

Á consecuencia de las corruptoras doctrinas que así han trastornado las ideas, y merced á sus maléficos efluvios que se ciernen sobre todas las ciudades de Europa, no es poco frecuente oir decir á las personas tocadas de su influencia, cuando reciben alguna ofensa, condenando con Aristóteles la clemencia y la dulzura como cobardía, y justificando la venganza (2), *que no pueden perdonar porque en ello va su*

(1) Lib. IV.
(2) *Ethic. ad Nicomach.*, lib. IV; Cic. *De officiis*, lib. I.

honor, porque el hombre ha de tener carácter, etc., haciendo de este modo consistir su dignidad en aquello mismo que constituye su envilecimiento. Pero esto se explica muy fácilmente. Como las doctrinas filosóficas de que están imbuidos han rebajado su carácter arrastrándole por tierra, le han hecho cambiar y desfigurar la idea de la elevacion y de la dignidad, ó, mejor dicho, se la han hecho trasladar de la razon y del alma al cuerpo y á las pasiones; y ya revestidas por ellos las pasiones de dignidad, es muy natural y muy lógico que al ataque de la injuria presente su honor mancillado la pasion de la venganza para condenar el perdon y justificar las represalias. Segun este modo de discurrir nada tiene de extraño que hayan avanzado hasta decir que *el perdonar las injurias es contrario á la ley natural* (1).

§ V.—Quinta: *Consolar al triste.*

«¡Ah! el Sábio echando una ojeada sobre todo el mundo «gentílico vió las lágrimas de los inocentes y ningun con«solador (2).» Y en el Eclesiástico recomendó el consuelo y la compañía de los que lloran y se lamentan (3). ¿Qué religion ha habido jamás en el mundo que ofrezca mas motivos de consuelo á los desgraciados que la cristiana-católica? ¿Qué religion ha existido jamás que mas eficazmente preste consuelos á la desgracia y al infortunio? Consuelos teóricos y consuelos prácticos, palabras y acciones, de todo está provisto con tal abundancia, que no puede imaginarse la mas mínima ni la mas rara desgracia humana para la cual no se halle el correspondiente solaz en el inagotable depósito de calmantes del Catolicismo. Parécenos ver en él un grande laboratorio, una vasta oficina de farmacia, cuyo director se ha propuesto que no falten en ella medicinas para cuantas enfermedades y dolencias puedan afligir á la humanidad. Hasta la poesía persa ha cantado el gran consuelo que de las palabras de esta Religion divina recaba el corazon del hombre afligido (4).

(1) Bayle y Tindal, citados por Bergier, *Tratado histórico*, parte 1, capítulo 3, art. 6.
(2) Eccles. IV, 1.
(3) Cap. VII, *v.* 38.
(4) *Biblioteca oriental*, artículo *Issa-Ben-Miriam.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El Catolicismo consuela las enfermedades y los dolores con oraciones y plegarias, además de la solicitud, de la asistencia y de las medicinas que presta por su inmensa caridad. Consuela la indigencia y la pobreza, dignificándolas y elevándolas al rango de compañeras de Jesucristo, y tambien amparándolas y socorriéndolas con sus abundantes limosnas. Consuela las pérdidas de este mundo mostrando al que las sufre en resarcimiento ganancias eternas que promete á su resignacion. Consuela en las muertes presentándolas como una ausencia temporal, indicando con el dedo el lugar donde se trasladó la persona amada, lugar al cual puede aun continuar dirigiéndola sus plegarias y sus ruegos, y desde el cual puede aun continuar recibiendo sus favores. Y consuela, por último, en todo, dando á todo el carácter de expiacion, acompañando á todo el mérito, y volviéndolo todo como una preciosa moneda con la cual podamos comprar el consuelo, el alivio y el descanso eterno.

De esta manera ha conseguido el Catolicismo no solo consolar la desgracia, sino hacerla desaparecer á los ojos del verdadero cristiano. Ha hecho mas: ha conseguido cambiar la afliccion en alegría, y que los perfectos no hallen el consuelo sino en la tribulacion. «Donde hay mas cruz, dice el «P. Almeida (1), creo que allí ha de haber mayor dulzura, y «en donde son mayores los tormentos participados de la cruz «de Cristo, allí han de ser mas abundantes las consolaciones, «como enseña san Pablo.»

El Catolicismo con su benéfica influencia ha introducido el consuelo en todo. «En los grandes acontecimientos de la «vida, dice Chateaubriand (2), ofrecen las costumbres reli«giosas los consuelos á los desgraciados.» «La Religion todo «lo ha llenado de consuelos, hasta los sentimientos mas de«licados, hasta el amor propio, hasta las debilidades (3).»

No es necesario detenernos á presentar los grandes efectos de la obra de misericordia objeto de este capítulo. Nadie desconoce lo sublime y lo digno de la mision del consolador, las suavísimas satisfacciones que esta mision le re-

(1) *Tesoro de paciencia.*
(2) *Genio del Cristianismo*, parte 3, lib, V, cap. 5.
(3) Ibid. No porque las haya dado espíritu consolador, sino porque las perdona. Muchos pasajes del poético apologista no pueden tolerarse sin explicacion.

porta, y la dulzura y la dicha que saborea el consolado en medio de su desgracia. Preguntemos, pues, á la Reforma de qué manera procura ella consolar á sus afligidos.

Pero ¿dónde está? ¡Ah! vemos que ha desaparecido desde el principio de la polémica, confusa y ruborizada temiendo ser aludida. Ella tambien ha consolado de palabra y de obra, pero veamos cómo. Al pobre y al menesteroso ha consolado de palabra diciéndoles que son unos seres abyectos y repugnantes, y que no pueden darles limosna porque les degradaria mas todavía; y les ha consolado de obra marcándoles con un hierro candente, cortándoles las orejas y reduciéndoles á esclavitud! Al hambriento le ha consolado arrasando las hospederías levantadas por la caridad católica; al enfermo demoliendo los hospitales; al despojado sancionando su expoliacion; al desvalido, á la viuda y al huérfano convirtiendo en presidios y cuarteles las casas de refugio y misericordia; y por último, al que llora y lamenta la muerte de una persona amada le consuela diciéndole que ya se acabó toda comunicacion con ella, y que ya no puede prestarla ningun socorro ni alivio.

Y la incredulidad, el ateismo y demás sectas filosófico-anticristianas ¿serán mas lisonjeras para los desgraciados que la Reforma? ¿Qué incrédulo ó ateo consolará la desgracia cuando sus sistemas impíos y desapiadados no pueden interesarle en la miseria ajena, ni unirle á sus semejantes con el lazo fraternal de la caridad? ¿qué incrédulo ó ateo desgraciado podrá ser consolado cuando no cree ni espera otra vida mejor en que sea resarcido, y en que sean premiados sus padecimientos, sus infortunios y sus persecuciones? ¡Ah! estos infelices cierran las puertas de su corazon al único aire benéfico que puede reanimarle y hacerle respirar! ¡se privan voluntariamente de la alegría y de la dicha cerrando sus oidos á la palabra que se les anuncia! «La doctri«na de los ateos es desoladora,» dice Rousseau (1), como si su deismo fuese por ventura menos desolador para el pobre y para el infeliz. «¿Cómo es posible, añade (2), ser escéptico «por sistema y por convencimiento? No puedo comprender«lo. Ó no existen estos filósofos, ó son los mas desventura«dos de los mortales.» «Huid, le hemos oido decir aludiendo

(1) Prousen. 3.
(2) *Emilio*, profesion de fe del presbítero Saboyano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«á los sofistas (1), y por consiguiente á sí mismo, huid de «aquellos que bajo el pretexto de explicar la naturaleza siem- «bran en los corazones de los hombres doctrinas desconso- «ladoras... Derribando, destruyendo, atropellando y escar- «neciendo todo lo que respetan los hombres, privan á los «afligidos del último consuelo de sus miserias... ¡y se ala- «ban todavía de ser los bienhechores del género humano!»

§ VI.—Sexta: *Sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos.*

«Nosotros como mas fuertes debemos sufrir las enferme- «dades de los flacos (2).» «Soportad á los flacos, sed sufridos «con todos (3): llevad los unos las cargas de los otros (4).»

¿Qué religion ha enaltecido tanto como el Cristianismo el sufrimiento y la paciencia? ¿quién ha proclamado tan alto como el Cristianismo la mútua tolerancia de los defectos de los hombres en el trato comun de la vida? ¿quién como él ha prohibido como culpa mortal la simple murmuracion? Él disimula, y dispensa al desatento con bondadosa indulgencia, sufre con el ignorante y el terco hasta arrostrar el fastidio; tolera al débil y al flaco hasta donde puede llevarse la tolerancia, esto es, hasta aquel punto en que ya no puede conciliarse con la justicia, y quiere tambien que nos toleremos mútuamente las ofensas, como ya dijimos, hasta setenta veces siete (5).

El sufrimiento de las flaquezas del prójimo es una obra de misericordia en gran manera dignificadora, como que está basada en la humildad y en la caridad, que son las virtudes mas excelsas. En la humildad, porque una de las razones que nos asisten para disimular los defectos y faltas ajenas es la persuasion de que tambien nosotros podemos cometerlas, y esta persuasion es fruto de la humildad; y en la caridad, porque para no tratar al hombre flaco con dureza ó con desprecio, sino con dulzura y bondad, es preciso amarle. Este es el Catolicismo.

(1) *Emilio.*
(2) Rom. XV, 1.
(3) «Patientes estote ad omnes.» (*I Thes.* V).
(4) «Alter alterius onera portate.» (*Galat.* VI, 5).
(5) Matth. XVIII, 22 ya citado.

La mas mínima oposicion que se hiciera á los orgullosos reformadores era un crímen merecedor del fuego (1)... Pero dejemos á la consideracion del lector instruido en la historia de la Reforma y del Filosofismo la paciencia, el sufrimiento y la tolerancia que han ejercido y predicado. Diremos solamente que habiendo destruido y hecho desaparecer de entre sus infelices prosélitos la humildad y la caridad, y reemplazádolas el orgullo y la inclemencia, con precision tuvo que desaparecer tambien la suavidad y la paciencia para dar entrada á la violencia y á la intolerancia, dado que removida la base de la humildad y de la caridad, habia de hundirse necesariamente el edificio de esta obra de misericordia que en ellas se apoya.

§ VII.—Séptima: *Rogar á Dios por vivos y muertos.*

Última obra de misericordia en el órden de las espirituales. «Y esta gracia (las obras de caridad) no la prohibas al «muerto,» decia el Sábio (2), á vista de la secta de los saduceos que por entonces se levantaba.

Siempre ha rogado el Catolicismo á Dios por los vivos y por los muertos, ordenándonos que lo hagamos así por nuestros mayores enemigos (3). Aquel doble catálogo de los fieles de la primitiva Iglesia, llamado en griego *dypticon*, en uno de los cuales se inscribia el nombre de los muertos, y formaban ambos como hoy parte del cánon de la misa, prueba contra los protestantes que las oraciones por los difuntos no son de invencion moderna. Tertuliano hace mencion expresa de las oblaciones por los difuntos en el libro *De corona militis* (4). El dogma del purgatorio, negado tambien por los protestantes, tiene en el anhelo y en la solicitud constante del Catolicismo por el eterno descanso de los muertos su mas poderoso apoyo y fundamento.

En el capítulo de la comunion de los santos hemos visto los grandes consuelos que emanan de estas recíprocas oraciones y súplicas, del hermoso comercio entre los muertos

(1) Calvino lo acreditó quemando á Miguel Servet.
(2) Eccli. VII, 37.
(3) «Et orate pro persequentibus et calumniantibus vos.» (*Matth.* V, 44).
(4) Cap. III.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y los vivos, entre los finados y los que están finando, entre los que *fueron* y los que pronto dejarán de *ser*. No repetirémos, pues, aquí lo que ya hemos dicho en otra parte; pero sí observarémos que la Reforma, negando el dogma del purgatorio que confesaron los mismos corifeos (1), y á su modo hasta la mas remota antigüedad gentílica (2), aboliendo la misa y demás sufragios y oraciones por los difuntos, cortaron de repente esta grandiosa comunicacion, desapareciendo con ella sus dulzuras y alegrías. Así lo reconocen y confiesan ellos en secreto, como lo manifestaron á madama la princesa de York aquellos dos obispos anglicanos á quienes consultó cuando meditaba su conversion.

En cuanto á las sectas filosóficas, incrédulas y ateas, como no esperan no oran, y no orando ni esperando se privan de los inmensos consuelos de la oracion y de la esperanza.

Advierte muy bien el expositor del Catecismo, Mr. Gaume, que el dogma del purgatorio es mas social de lo que se piensa; porque la oracion por los muertos contribuye no poco á mantener la caridad entre los vivos, «y la caridad es «la garantía de todas las virtudes y la base de la paz públi-«ca (3).»

Vamos á terminar nuestro exámen analítico de las doctrinas del Catecismo católico, habiendo creido conveniente dejar para lo último el considerar al hombre como despidiéndose del mundo y entrando rápidamente en sus novísimos.

Como se ve, hemos omitido hablar en la presente obra de los misterios del Cristianismo, cuyo grandioso campo dejamos intacto; tanto porque muchos libros excelentes han presentado con toda claridad las infinitas alegrías y consuelos de su asombrosa grandeza y profundidad, cuanto porque los impíos y los incrédulos, hijos en esta parte de los socinianos y nietos de los protestantes, para quienes estos misterios *son imposturas groseras y peligrosas* (4), *ó doctrinas estrafalarias propias para hacer locos y no buenos* (5), sin embargo de que ensalzan hasta las nubes los disparatados misterios del Paganismo (1), cuanto porque los impíos, repetimos, especialmente los obcecados, con quienes nada adelantaríamos en esta materia, si por casualidad tomaran á las manos este libro, no los escarnezcan con sus risas sacrílegas. *Nolumus dare sanctum canibus.* Nos reservamos, no obstante, hacerlo en otra parte (*). Aquí tampoco lo hemos necesitado para nuestro propósito.

(1) Calvin. *Institut.* lib. III, cap. 5, § 70; Lutero, *Disp. en Leipsick* 6 de julio de 1519, citado por Gaume, *Catecismo de perseverancia*; Bergier, *Diccionario*, artículo *Purgatorio*, y otros.
(2) Voltaire, *Addit. à l'Hist. génér.*
(3) *Catecismo de perseverancia.*
(4) *El militar filósofo*, citado; *Diccionario*, artículo *Misterios.*
(5) Rousseau, *Emilio*, lib. IV.

CAPÍTULO VII.

NOVÍSIMOS Ó POSTRIMERÍAS.

Con razon podríamos acusar al Cristianismo de impotente, ó de consolador á medias para con el hombre si no hubiera podido ó no hubiera querido extraerle del corazon el terror de sus postrimerías. Si alguna vez se las recuerda (2) es porque le ama; se las pone delante para que no peque (3), y pecando se condene.

Pero el Cristianismo prepara al hombre de tal manera para manifestarle sus novísimos, que no solamente consigue que no le inspiren temor alguno, sino que se los hace desear, se los hace amar, les vuelve dulce y suave su recuerdo y su memoria. Échase de ver muy bien que Rousseau jamás se tomó la molestia de conversar con un verdadero cristiano moribundo, cuando dijo tan necia como impíamente, «que los clérigos con sus exhortaciones amilanan el pe-«cho y desenseñan á morir (4).» No es extraño que nunca se acercara al lecho del dolor y de la agonía; él no queria ver padecer ni morir á nadie, para *no hacerse inhumano como los médicos y los clérigos* (5). Segun esto un párroco, un agonizante, una hermana de la Caridad deben ser unos tigres. ¡Qué ocurrencias tienen nuestros sofistas! Pero ¿quién seria el inhumano si se lo preguntara al enfermo?

(1) El autor de la *Filosofía de la Historia* citado por Bergier, *Tratado histórico*, parte 1, cap. 3, art. 5.
(*) En una obra que trabajarémos, Dios mediante, con el título de *Teología social.*
(2) «Hijo, acuérdate de tus novísimos en todas tus obras.» (*Eccli.* c. VII, 40).
(3) «Y jamás pecarás.» (*Ibid.*).
(4) *Emilio*, lib. I.
(5) Ibid.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y los vivos, entre los finados y los que están finando, entre los que *fueron* y los que pronto dejarán de *ser*. No repetirémos, pues, aquí lo que ya hemos dicho en otra parte; pero sí observarémos que la Reforma, negando el dogma del purgatorio que confesaron los mismos corifeos (1), y á su modo hasta la mas remota antigüedad gentílica (2), aboliendo la misa y demás sufragios y oraciones por los difuntos, cortaron de repente esta grandiosa comunicacion, desapareciendo con ella sus dulzuras y alegrías. Así lo reconocen y confiesan ellos en secreto, como lo manifestaron á madama la princesa de York aquellos dos obispos anglicanos á quienes consultó cuando meditaba su conversion.

En cuanto á las sectas filosóficas, incrédulas y ateas, como no esperan no oran, y no orando ni esperando se privan de los inmensos consuelos de la oracion y de la esperanza.

Advierte muy bien el expositor del Catecismo, Mr. Gaume, que el dogma del purgatorio es mas social de lo que se piensa; porque la oracion por los muertos contribuye no poco á mantener la caridad entre los vivos, «y la caridad es «la garantía de todas las virtudes y la base de la paz públi-«ca (3).»

Vamos á terminar nuestro exámen analítico de las doctrinas del Catecismo católico, habiendo creido conveniente dejar para lo último el considerar al hombre como despidiéndose del mundo y entrando rápidamente en sus novísimos.

Como se ve, hemos omitido hablar en la presente obra de los misterios del Cristianismo, cuyo grandioso campo dejamos intacto; tanto porque muchos libros excelentes han presentado con toda claridad las infinitas alegrías y consuelos de su asombrosa grandeza y profundidad, cuanto porque los impíos y los incrédulos, hijos en esta parte de los socinianos y nietos de los protestantes, para quienes estos misterios *son imposturas groseras y peligrosas* (4), *ó doctrinas estrafalarias propias para hacer locos y no buenos* (5), sin embargo de que ensalzan hasta las nubes los disparatados misterios del Paganismo (1), cuanto porque los impíos, repetimos, especialmente los obcecados, con quienes nada adelantaríamos en esta materia, si por casualidad tomaran á las manos este libro, no los escarnezcan con sus risas sacrílegas. *Nolumus dare sanctum canibus.* Nos reservamos, no obstante, hacerlo en otra parte (*). Aquí tampoco lo hemos necesitado para nuestro propósito.

(1) Calvin. *Institut.* lib. III, cap. 5, § 70; Lutero, *Disp. en Leipsick* 6 de julio de 1519, citado por Gaume, *Catecismo de perseverancia*; Bergier, *Diccionario*, artículo *Purgatorio*, y otros.
(2) Voltaire, *Addit. à l'Hist. génér.*
(3) *Catecismo de perseverancia.*
(4) *El militar filósofo*, citado; *Diccionario*, artículo *Misterios.*
(5) Rousseau, *Emilio*, lib. IV.

CAPÍTULO VII.

NOVÍSIMOS Ó POSTRIMERÍAS.

Con razon podríamos acusar al Cristianismo de impotente, ó de consolador á medias para con el hombre si no hubiera podido ó no hubiera querido extraerle del corazon el terror de sus postrimerías. Si alguna vez se las recuerda (2) es porque le ama; se las pone delante para que no peque (3), y pecando se condene.

Pero el Cristianismo prepara al hombre de tal manera para manifestarle sus novísimos, que no solamente consigue que no le inspiren temor alguno, sino que se los hace desear, se los hace amar, les vuelve dulce y suave su recuerdo y su memoria. Échase de ver muy bien que Rousseau jamás se tomó la molestia de conversar con un verdadero cristiano moribundo, cuando dijo tan necia como impíamente, «que los clérigos con sus exhortaciones amilanan el pe-«cho y desenseñan á morir (4).» No es extraño que nunca se acercara al lecho del dolor y de la agonía; él no queria ver padecer ni morir á nadie, para *no hacerse inhumano como los médicos y los clérigos* (5). Segun esto un párroco, un agonizante, una hermana de la Caridad deben ser unos tigres. ¡Qué ocurrencias tienen nuestros sofistas! Pero ¿quién seria el inhumano si se lo preguntara al enfermo?

(1) El autor de la *Filosofía de la Historia* citado por Bergier, *Tratado histórico*, parte 1, cap. 3, art. 5.
(*) En una obra que trabajarémos, Dios mediante, con el título de *Teología social.*
(2) «Hijo, acuérdate de tus novísimos en todas tus obras.» (*Eccli.* c. VII, 40).
(3) «Y jamás pecarás.» (*Ibid.*).
(4) *Emilio*, lib. I.
(5) Ibid.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El Cristianismo, pues, impeliendo incesantemente al hombre hácia el amor de Dios y hácia una vida virtuosa, le prepara de esta manera para que en vez de aterrarle sus postrimerías le sonrian.

«El que ama á Dios de todo corazon, dice el libro de la «*Imitacion de Jesucristo* (1), no teme la muerte, ni el casti-«go, ni el juicio, ni el infierno; porque el amor perfecto nos «asegura la comunicacion con Dios. Mas nada tiene de ex-«traño que tema la muerte y el juicio el que se deleita en «pecar.»

El materialismo y la incredulidad nos eximirian de buen grado de la tarea de hablar acerca del hombre que entró en la agonía, dado que sus sectarios *creen*, ó mejor dicho, *quisieran creer y poderse persuadir* de que mas allá de la muerte no está sino la nada. Sin embargo, la muerte no la pueden negar; dado que la filosofía aun no ha descubierto el secreto que Condorcet nos está haciendo esperar; y por mas que digan y por mas que se mofen, *esperan* el juicio, *temen* el infierno, y *envidian* la gloria. «Sois harto feliz,» contestó Voltaire á un sujeto que le escribió haber descubierto que no existia el infierno, «yo estoy aun muy léjos de ello.»

Oportunamente decia Ciceron de los ateos de su tiempo: «No ví ninguno de estos que no temiera mucho mas que «otros aquellas mismas cosas que decian no se debian te-«mer; la muerte, quiero decir, y los dioses (2).» Sí; temen el infierno: «y lo que teme el impío, eso vendrá sobre él (3).»

«En lugar de tomar el libertino, dice Nonnotte (4), el úni-«co buen partido, que es el de reformarse, pleitea y alega «contra la divina Sabiduría, pero su propia razon pleitea y «alega contra él mismo con mucha mayor fuerza.»

Pascal les estrecha mas. «En vano, escribe (5), en vano tra-«tan de apartar su pensamiento de esa eternidad que les es-«pera; se adelanta, y la muerte que debe abrirla los pondrá «infaliblemente en poco tiempo en la horrible necesidad de «ser eternamente aniquilados ó desgraciados... de caer en la «nada ó en las manos de un Dios irritado.» De modo que aun

(1) Lib. I, cap. 25.
(2) Lib. I *De natura Deorum.*
(3) «Quod timet impius, veniet super eum.» (*Prov.* x, 24).
(4) *Diccionario filosófico*, artículo *Origen del mal.*
(5) *Pensamientos.*

contemporizando con su escepticismo es bien terrible por cierto su situacion.

Al decir Epicuro á sus discípulos que era una locura pensar en la muerte, porque este pensamiento eclipsaba la felicidad, él era el verdaderamente loco. Equivale á decir al hambriento: No pienses en la comida, y desaparecerá el hambre.

Pero hemos de ser justos, y confesar que á los incrédulos hace en esta parte excusables su consecuencia; porque tienen motivos muy poderosos para desear no ser eternos. Aquí no serán rectos moralistas, pero son lógicos excelentes. «¿Por qué dudais de la otra vida? les pregunta Young, «¿por qué dudais? Yo os lo diré. Cuando uno tiene motivo «para temer lo por venir, no lo desea. Cuando deja de de-«searlo, busca razones para no creerlo. Así el incrédulo «no puede ocultar que tiene mala conciencia. Cuando el «pensamiento de la otra vida se aviva y produce remordi-«mientos en su alma, tiembla, se arrastra y cree. ¡Ah! ¿qué «prueba mas evidente de la causa que yo defiendo? La in-«credulidad se desmiente á sí misma, y mal que la pese con-«fiesa que hay otra vida inmortal.»

Concluirémos este capítulo con las mismas palabras con que Tertuliano concluyó su libro *Del testimonio del alma:* «Toda alma es reo y testigo, y en tanto es reo de error en «cuanto es testigo de la verdad; y estará en los estrados de «Dios el dia del juicio sin encontrar qué decir. Confesabas á «Dios y no le buscabas, abominabas los demonios y los ado-«rabas, clamabas á la Providencia y la negabas, entreveias «los suplicios del infierno y no te precavias, aprobabas se-«cretamente el nombre cristiano y le perseguias (1)!»

§ I.—*Muerte.*

La muerte, «noche de ese dia inquieto que llaman vi-«da (2).» Como una flor lozana en la mañana y marchita en

(1) «Omnis anima suo jure proclamat, quæ nobis ne mutire concedi-«tur. Merito igitur omnis anima rea et testis est, in tantum est rea er-«roris, in quantum testis veritatis; et stabit ante aulas Dei die judicii «nihil habens dicere. Deum prædicabas, et non requirebas; dæmonia «abominabaris, et illa adorabas; judicium Dei appellabas, nec esse cre-«debas; inferni supplicia præsumebas, et non præcavebas; christia-«num nomen sapiebas, et christianum persequebaris.»
(2) Bernardino de Saint-Pierre, *Pablo y Virginia.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la tarde por los rayos del sol, ó mústia en la noche por el rocío; como un buque que rápidamente se desliza sobre las ondas sin dejar en pos de sí el menor vestigio de su paso; como vuelo de ave ó saeta despedida, segun el mismo impío (1), así es la vida del hombre. No muy bien ha salido de la infancia á costa de mil dolores y peligros, aun no tiene sino una idea muy oscura de su destino y último fin, apenas ha llegado al instinto de la propia conservacion, que para nuestra confusion tienen todos los animales desde el instante de nacer, cuando ya ha entrado en la adolescencia y con ella en la esclavitud de las pasiones. Apenas han comenzado estas á atormentarle y hacerle una guerra cruel, cuando de un salto pasa á la juventud; y ¡ay! desde esta época ya puede renunciar su espíritu á tener un momento de reposo. Á la efervescencia y recrudecimiento de las pasiones se unen entonces la ansiedad, los afanes, las cavilaciones, los desvelos y los negros cuidados de familia, de condicion y de estado respectivo. Cruelmente entretenido con estos violentos vaivenes de la vida, ni siquiera advierte que pasa de una manera veloz la madurez de la suya, y cuando menos lo piensa contempla admirado su cabeza encanecida. Pero no muy bien ha echado de ver la pérdida de sus fuerzas y la llegada de la vejez, aun no quiere mirar frente á frente la terrible parca que le espera y que ya debe columbrar, cuando le asalta inopinadamente la muerte que acaba tan triste vida, y que en un momento desbarata todos sus cálculos, todos sus planes y todos sus proyectos. ¡Ah! «el último acto del drama de esta vida termina «por echarnos un poco de tierra (2).»

Esta es la vida del hombre, su vida completa, toda la vida que puede vivir (3) (*). Y con ser ella tan fugaz ¡ay! este no

(1) Sap. v.

(2) Pascal.

(3) «Dies peregrinationis meæ centum triginta annorum sunt, parvi «et mali.» (*Jacob. in Genes.* XLVII, 9). «Breves sunt dies hominis.» (*Job*). «Dies qui sicut umbra prætereunt.» (*Psalm.* CXLIII). «Quasi gutta aquæ «maris deputatæ sunt.» (*Eccli.* XVIII, 8).

(*) En todos tiempos ha sido efectivamente considerada la vida del hombre, una vida infeliz, llena de penas, miserias y calamidades. Job la llamó *militia*, esto es, *guerra*, y la vió llena de miserias, *repletur multis miseriis*. (Cap. VII, XIV). El Sábio tambien la vió llena de dolores y de penas sin tregua aun de noche: *nec per noctem mente requiescit*. (Eccles. II, 23). Está, dice san Ambrosio, tan llena de males y trabajos esta vida, que si Dios no nos diera la muerte en castigo, la pidiéramos por misericordia y por remedio, para que aquellos concluyeran. (*Serm. XXXVII de Sanctis*). Segun Herodoto, lib. V, á quien tambien cita san Cipriano (*Lib. II de fide resurrectionis*, n. 5), los naturales de Tracia cuando nacia alguno lloraban, y cuando alguno moria hacian gran fiesta. Y tenian sobrada razon; *nec imprudenter* (*S. Cypr. ibid.*) (*), porque, como dice el Sábio, mejor es el dia de la muerte que el del nacimiento. «*Melius est bonum nomen quam unguenta pretiosa, et dies mortis die «nativitatis.*» (Eccles. VII, 2). El filósofo cirenáico Hegesias pintaba tan al vivo los trabajos y males de esta vida y la dulzura de la muerte, que muchos de sus oyentes se suicidaban, por lo cual el rey Ptolomeo le prohibió hablar de ello. (Cic. *Tusc.* lib. I, § 34). Recordemos con Bossuet y Montesquieu lo peligroso que es enseñar la verdad fuera del órden establecido por Dios, ó sea fuera del Cristianismo.

puede prolongarla mas de setenta ú ochenta años sino por el dolor (1), son muy pocos los que la recorren toda, porque la implacable parca ni se apiada de la inocencia del niño, ni respeta las venerables canas del anciano, ni transige con las coronas, ni tampoco tiene en cuenta la utilidad de las tareas del sábio (*).

Hemos, pues, colocado al hombre á las puertas de la muerte. Pero este hombre ¿es un verdadero católico, es un protestante formal, ó es un materialista é incrédulo? Porque si es un católico verdadero, él mira á la muerte con la misma calma y serenidad con que el navegante presagia el naufragio cerca del puerto, ó con la misma secreta complacencia con que el prisionero ve acercarse el dia de su libertad. Hace ya mucho tiempo que la espera y no le asusta; hace ya mucho tiempo que se prepara á ella y no le sorprende; hace ya mucho tiempo que la desea y le sonrie. Nada, nada tiene de desagradable y mucho menos de horrorosa la muerte para aquel que por su virtud y por sus méritos no contempla en ella otra cosa que una mano amiga que tomándole de la suya le entra en posesion de aquella vida verdadera, gloriosa y sin fin. Cercano á la muerte, habla de ella con resignacion y valor cristiano: dispone todas sus cosas con la misma serenidad que si se tratara del asunto mas ordinario: llegan los últimos momentos y solo teme una cosa, ¡que se debilita y apaga su razon y con ella el pensamiento, que tiene fijo en su Dios, del que no quisiera apartarse

(1) «Amplius eorum labor et dolor.» (*Psalm.* LXXXIX).

(*) «Natura omnes similes creat, omnes gremio similes claudit se«pulchri.» (S. Ambros. *Lib. de Nabuthe, israelita*, cap. 1).

(*) Son dignos de leerse y muy consoladores en la pérdida de parientes sus dos libros: *De excessu fratris sui Satyri.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hasta que volando á las mansiones eternas le viese cara á cara!

Esta es la muerte del verdadero cristiano, muerte que no puede menos de ser dichosa, «porque el entero desprecio «del mundo, el ardiente deseo de aprovechar en la virtud, el «amor á la disciplina, el trabajo de la penitencia, la pronti- «tud de la obediencia, la abnegacion de sí mismo y la pa- «ciencia en toda adversidad por amor de Cristo le infundi- «rán gran confianza de morir felizmente (1).» «Preciosa es «ante el Señor la muerte de sus santos (2).» «¡Oh! ella es «solamente amarga para el impío (3).» La experiencia se halla de acuerdo con esta doctrina. «Ella ha demostrado milla- «res de veces que los que han vuelto al seno de la Iglesia «católica mueren inundados de una santa paz, y lleno el co- «razon de suaves afectos de gratitud hácia Dios (4).»

Pero si el moribundo es un protestante formal, ¿quién podrá describir, quién podrá bosquejar sus tormentos horrorosos en aquella hora postrimera? ¡Ah! *Sicut vita, finis ita.* La vacilante é insegura regla de fe, que ha hecho el suplicio de su vida, no puede ahora menos de hacer el horror de su muerte.

«Es imposible, dice el sábio autor citado (5), es imposible «que el que ha tenido dudas durante su vida, deje de tener- «las en la última hora. ¿Quién es capaz de decir la fuerte «opresion de corazon que siente un protestante formal en «aquel espantoso trance? ¿quién podrá describir sus morta- «les congojas, puesto que por un lado todo le condena, y por «otro nada le da seguridad? Condénale la Iglesia católica «con su severa é inflexible sentencia: *Fuera de la Iglesia no «hay salvacion;* condénanle todas las comuniones protes- «tantes disidentes de la suya, cada una de las cuales se ar- «roga la verdad; condénale la antigüedad, que nunca tuvo «noticia de su secta; condénanle hasta los mismos autores «protestantes, que mil veces repiten en sus obras que el ca- «tólico puede salvarse en su Religion, mientras que la Igle- «sia dice, y lo dice altamente como un artículo dogmático

(1) *Imitacion de Jesucristo*, lib. I, cap. 23.
(2) «Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.» (*Psalm.* CXV).
(3) San Ambrosio, *De bono mortis*, cap. 7.
(4) J. Perrone, *El Protestantismo y la regla de fe*, parte 3, cap. 12, § 2.
(5) Perrone, ib.

«de su fe, que el sectario no puede salvarse en la suya.»

Este mismo autor utiliza muy oportunamente la diferencia de la muerte del católico y del protestante, en argumento de la verdad de la regla de fe católica. «Cualquiera, «dice (1), á quien no tengan alucinado las añejas prevencio- «nes, conocerá que deben mirarse cuando menos como sos- «pechosas aquellas creencias en cuya profesion se muere «constantemente con dolor, con agitacion, con penas, du- «das y zozobras; y que por el contrario debe hacerse mucho «aprecio de aquella fe siguiendo la cual ve el hombre acer- «carse la muerte tranquilo, contento y con la mas dulce paz, «mejor diré, con alegría y agradecimiento.»

Y si esto es así respecto del protestante, ¿que dirémos de la muerte del impío y del incrédulo? Esta es horrorosa sobre todas las muertes, porque, por una fatalidad suya y un justo castigo del cielo, se convence en aquel trance tremendo y decisivo de que la incredulidad de toda su vida no ha sido mas que un fantasma de incredulidad forjada y sostenida por sus vicios, por lo que le lisonjeaba, dado que es incontestable que si no hubiera hombres viciosos que se ven en la triste necesidad de aturdirse, tampoco habria incrédulos. Entonces descubre la realidad, ¡y qué realidad! Si mira á lo pasado, su depravada vida le espanta; si mira á lo futuro, y aun futuro que ya cree real y eterno, se horroriza con la idea de aquel infierno de que ya sufre los preludios. Conducido veloz y alternativamente su pensamiento desde el mundo que deja á la eternidad que presiente, tal vez pide aterrado que llamen á aquel mismo sacerdote católico de quien se mofó; pero sus amigos y domésticos, que por entonces no están en el caso de pensar como él, creen que delira, y concibiendo como un horror infernal, cierran sus oidos á los clamores del insensato. Ya no tiene tiempo el infeliz mas que para desesperarse, y su agonía violenta parece que saca el principio de sus convulsiones del terror tremendo de su mente moribunda.

El hombre que vive en el vicio y en la incredulidad no puede soportar la idea de la muerte. ¡Qué insensato el autor del *Buen sentido* al decir «haberse hecho incrédulo para ser «feliz y no vivir siempre temblando (2)!» Pero el virtuoso go-

(1) Perrone, *El Protestantismo y la regla de fe.*
(2) Citado por Bergier, *Diccionario*, artículo *Incrédulo.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

za, piensa en ella, y se retira á reflexionar sobre ella. Este pensamiento aterra al impío, y en vez de utilizar este terror marcha insensato á aturdirse en el lodazal fangoso de los vicios. «¡Oh muerte, dice el Sábio, cuán amarga es tu «memoria para el hombre que tiene el corazon pegado á sus «bienes (1)!»

«¡Ah! exclama Lamourette (2), cuán desgraciado es el «hombre que se ve precisado á desentenderse de la inevita- «ble necesidad de morir! ¡Y cuán glorioso es para la Reli- «gion (católica) que solo en su seno sea la muerte una feli- «cidad! La impiedad, que ha impugnado y oscurecido todas «las verdades que perturban el vicio, debe sentir mucho el «no poder negar la muerte. Si hubiera podido desterrar del «mundo esta creencia, nada hubiera faltado á sus esfuerzos «y astucias para animar nuestras pasiones y extinguir nues- «tros remordimientos. Sin duda hubiera colocado esta ver- «dad, como otras muchas, en la clase de las *ideas supersti- «ciosas*, si el género humano muriese de un modo invisible, «así como resucita, y no se viera á los hombres descen- «der todos los dias al sepulcro. Mas la incredulidad nada «puede en un asunto en que la experiencia apoya á la reve- «lacion, y nos abandona en el caso en que nuestra corrup- «cion tiene mas necesidad de que se desvanezca ó dulcifi- «que su oprobio ó su espanto. La irreligion abulta todavía «los horrores que cubren los sepulcros de los hombres, y «dobla en cierto modo nuestra muerte el hecho de quitarnos «nuestras esperanzas sin quitarnos los temores. Solo el cris- «tiano no ve su destruccion en parte alguna, y halla la cer- «teza y la prueba de su estabilidad hasta en el fondo de los «abismos y de las tinieblas subterráneas que se han traga- «do todas las generaciones del universo.»

Oigamos por último á Massillon hacer una fiel y tremenda pintura de la muerte del impío: «En medio, dice (3), de «tan tristes esfuerzos sus ojos se fijan y quedan inmóviles, «se mudan sus facciones, se desfigura su rostro, y su boca «cárdena se entreabre por sí misma; todo su espíritu se es- «tremece, y por esta última convulsion, arrancándose el al-

(1) «O mors, quam amara est memoria tua homini pacem habenti in «substantiis suis!» (*Eccli.* XLI, 1).
(2) *Delicias de la Religion*, cap. 10.
(3) Adv. muerte del pecador.

«ma con pesar de su cuerpo de barro, se encuentra sola al «pié del formidable tribunal (1).»

§ II.—*Juicio* (2).

Ya tenemos efectivamente á los tres, al católico, al protestante y al incrédulo en las gradas de aquel tribunal incorruptible, y fácil es adivinar la sentencia que recaerá en la causa de cada uno de ellos (3). Hablarémos de esta sentencia en las dos restantes postrimerías del hombre, y veamos ahora las consoladoras ventajas de la creencia de este novísimo. Platon habló de él en sus *Geórgicas* en un sentido exactamente católico (4). Mucho antes que él le explicaron de la misma manera los persas y los egipcios. Examinémosle bajo el doble aspecto *de remedio de apelacion* y *de indemnizacion cumplida*.

Cuando el hombre se ve atropellado por el poderoso, cuando es víctima de la maledicencia y de la calumnia, cuando sin razon es perseguido ó esclavizado por la tiranía, le queda sin embargo el solaz de la esperanza, si le es concedido el remedio de apelacion á un tribunal severo é incorruptible que revoque la sentencia inícua de los que le condenaron en la tierra, declare su inocencia, vindique su justicia, le reinstale en sus derechos, y ejerza una tan terrible como justa venganza en aquellos que le trataron con despotismo. Mas siendo ya irrealizable en él la indemnizacion civil, dado que salió de esta vida, recibe un segundo y mas grande consuelo á vista de aquella otra indemnizacion inmensa que le está preparada en recompensa gratuita de sus padecimientos. Ved aquí al cristiano desgraciado saboreando el consuelo por medio de este novísimo, sea ó no verdadero, como le plazca al impío.

¿Y el materialista? y el incrédulo? ¡Ah! qué horrorosa debe ser su injusta persecucion y su desgracia! No concediendo al impío su incredulidad el remedio consolador de la

(1) «Ducunt in bonis dies suos, et in puncto ad inferna descendunt.» (*Job*, XXI, 13).
(2) «Jubicabit orbem terræ in æquitate, et populos de veritate sua.» (*Psalm.* XCVI).
(3) «¡Ay de vosotros, hombres impíos que desamparásteis la ley del «Señor altísimo!» (*Eccli.* XLI, 11).
(4) Tom. 14, pág. 166.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

apelacion al tribunal de Dios, ni ofreciéndole ningun resarcimiento ni recompensa, ¿qué sucederá á este infeliz cuando todos los tribunales de la tierra le nieguen su justicia, ó no le sacudan de encima la férrea mano de su injusto opresor? Sucederá que caerá en la desesperacion, y esta desesperacion vendrá por lo regular á terminar con el suicidio.

Las ventajas é influencia social de este novísimo son demasiado palpables para que nos detengamos á presentarlas. Dirémos con Atenágoras: «Porque estamos bien persuadi-«dos de que hemos de dar cuenta á Dios de nuestra vida, «*por eso* llevamos una vida moderada y virtuosa, sin hacer «mal á nadie ni vengar el que nos hacen, sabiendo que to-«mará á su cargo hacerlo el supremo Juez de todos (1).»

§ III.—*Infierno.*

Todos los pueblos del universo han tenido la idea y la conciencia de este novísimo, como confiesa el mismo Voltaire (2); idea mas clara ó mas oscura, mas divergente ó mas aproximada al infierno cristiano. Los romanos recibieron esta creencia de los griegos, y estos de los egipcios, como lo indica Diodoro Sículo. Zoroastro (3), Hermes, Trimegistro, Orfeo Meneo, Homero, Disilo de Sínope, Zenon, Sócrates (4), Platon, Ciceron, Séneca, Virgilio (5), Ovidio, César (6), Celso (7), todos convienen en un lugar de expiacion preparado para los culpables despues de la muerte. En el Nuevo Mundo se halló tambien establecida esta creencia, y hasta el Coran la cuenta entre sus dogmas. «No somos los únicos, de-«cia Octavio refutando al pagano Cecilio, no somos los úni-«cos que creemos en los infiernos y en un fuego vengador

(1) «Sed quia persuasum habemus reddituros nos totius hujus vitæ «rationem ei qui, et nos et mundum condidit, Deo; moderatam et hu-«manitatis plenam et aspernabilem vitam sectamur: nihil hic mali, «etiamsi si quis vitam eripiat, passuros arbitrati, quod quidem cum iis «conferendum sit, quæ illic à magno judice ob vitam mansuete et be-«nigne et moderate actam consequemur.» (*Legatio pro christianis*, numero 12).

(2) *Cartas á algunos judíos.*

(3) *Zend-Avesta.*

(4) En Platon.

(5) *Enæid.* VI.

(6) *De bello gallico.*

(7) En Orígenes.

«que castiga á los malos; vuestros poetas han trazado mu-«chas veces el cuadro (1).» Lo mismo echaba en cara Arnobio á los gentiles que se burlaban de este dogma (2). Acaso no hay dogma cristiano tan universalmente reconocido como el del infierno, el cual está en la conciencia de todos y puede llamarse el dogma del género humano; y sin embargo nuestros sofistas, mas sábios sin duda que todo el mundo, han descubierto ser una impostura.

El Politeismo forjó al capricho multitud de lugares y de medios de dolor y de tormento para despues de la muerte (*). Pero únicamente el Cristianismo ha justificado el infierno y sus penas presentándole como lugar de tormento y castigo de verdaderos delitos y crímenes reales, y no como instrumento de caprichos crueles y tiránicos, ó de venganzas personales é inícuas.

La creencia de este novísimo dignifica y hace feliz al hombre y á la sociedad de una manera indirecta, pero muy poderosa; dado que el temor que inspira retrae del vicio y del crímen, que son la degradacion y la desdicha misma del hombre y de la sociedad. «Á pesar de las amenazas terribles «del Criador, decia Tertuliano á Marcion, apenas podemos «abstenernos del crímen. ¿Qué sucederia si no amenazara?

(1) Marci Minucii Felicis *Octavius*, cap. 35.

(2) «Audetis ridere nos cum gehennas dicimus, et inextinguibiles «quosdam ignes in quos animas dejici ab earum hostibus inimicisque «cognovimus? Quid? Plato idem vester in eo volumine quod de animæ «immortalitate composuit, non Acherontem, non Stygem, non Cocytum «fluvios, et Pyriphlegethontem nominat in quibus animas asseverat vol-«vi, mergi, exuri?» (*Adversus Gentes*, lib. II, num. 14).

(*) «Recorred el mundo, dice el P. Ventura de Ráulica, consultad su «historia, registrad sus archivos; vosotros no encontraréis en ningun «tiempo, ni en ningun lugar, pueblo alguno judío ó gentil, cristiano ó «pagano, bárbaro ó civilizado que no haya creido ó que no crea al pre-«sente en la eternidad de las penas de la otra vida, y que no haya recha-«zado con horror el sueño sacrílego del aniquilamiento de las almas «despues de la muerte que ciertos filósofos impíos han forjado en el cie-«no del vicio y han procurado colocar entre las tradiciones... Sobre este «punto esencial, la supersticion habla como la religion, y la tradicion «como la verdadera filosofía, Homero, Hesíodo, Virgilio y Ovidio como «san Pablo, y la mitología como el Evangelio.» (*Conferencia XXI*, sobre la eternidad de las penas).

Esto le obligó al escéptico Bayle á confesar «que todas las religiones «del mundo tanto las verdaderas como las falsas (difícil es acertar las «que eran tales en su concepto) giran sobre este gran punto, que hay «un Juez invisible que castiga y que recompensa despues de esta vida «las acciones del hombre tanto exteriores como interiores.» (*Diccionario*, artículo *Espinosa*, citado por el P. Ventura).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«¿Llamaréis un mal á la justicia, que no puede sufrir el mal? «¿Negaréis que ella es un bien, puesto que produce el «bien (1)?»

«Cesa por un momento de charlar, dice oportunamente «Rousseau (2), dirigiendo la palabra á un sofista como él, y «discurriendo sobre los ventajosos efectos morales y socia- «les del Pul-Serrho (especie de purgatorio mahometano), «cesa de charlar y díme sin ambages, ¿qué sustituyes al te- «mor del infierno para hacer á los hombres virtuosos?» Palabras que indican la plena conviccion que abrigaba este corifeo del Filosofismo acerca de la influencia eminentemente moral y civilizadora de esta institucion ó novísimo, aun cuando, transigiendo por un momento con las pretensiones de los sofistas, les concediéramos que sea supersticioso y falso. Bayle veia tambien en la creencia de las penas y recompensas futuras «el apoyo mas firme de las sociedades, «por inclinar á los hombres á la virtud y separarlos del vi- «cio (3).» «La Religion, dice tambien, es uno de los víncu- «los de la sociedad, como se ha reconocido en todos tiem- «pos; y los súbditos nunca han obedecido mejor que cuando «se ha hecho intervenir á este objeto el ministerio de los dio- «ses (4).»

«Si todos los hombres (escribe Pomponacio (5), muy sos- «pechoso de ateismo), si todos los hombres naciesen con un «excelente carácter, las bellezas de la virtud y sus ventajas «bastarian para obligarles á todos á obrar bien; pero como «el mayor número tiene malas inclinaciones, fue necesario «*por el bien comun* (enorme es la calumnia que va á proferir «contra la Religion; pero aun ella misma es una confesion «de la grande influencia social de este dogma: calumnias «hay que honran) imaginar las penas y recompensas de la «otra vida, porque esta creencia puede ser útil á los hom- «bres.»

Ella es un poderoso vínculo social, un foco de virtud, y

(1) «Horremus terribiles minas Creatoris, et vix à malo avellimur. «Quid si nihil minaretur? Hanc justitiam malum dices, quæ malo non «favet? Hanc bonum negabis, quæ bono prospicit?» (*Lib. II, cap.* 13).
(2) *Emilio.*
(3) Citado por Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Incrédulo.*
(4) *Pensamientos sobre el cometa*, citado por el mismo en el *Tratado histórico*, parte 1, cap. 2, art. 2.
(5) *De immortalitate animæ*, cit. ibid.

un freno del vicio. San Agustin confiesa «que nada le retraia «mas de él que el miedo de la muerte y del juicio futuro (1).» «Ella es tan altamente social, escribe Gaume (2), que el dia «en que se lograse borrar esta verdad fundamental la socie- «dad pereceria.» ¿No os parece hallar una prueba incontestable de esto al ver á fines del pasado siglo al Filosofismo impío amenazando convertir la sociedad francesa en una anarquía horrorosa al compás de las ridículas vociferaciones de *abajo el infierno*?

El infierno, «que no fue criado para que los malos fuesen «eternamente desgraciados, sino para que no hubiese ma- «los (3),» nada tiene de terrible para el hombre recto y virtuoso (*). «Guárdame de todo pecado, y no temeré la muer- «te ni el infierno,» dice el libro *De la Imitacion de Cristo* (4). «El malo, observa tambien el P. Rodriguez (5) comparando «al moribundo con el prisionero, el malo cuando oye sonar «la cerradura de la muerte, cuando la enfermedad le aprie- «ta, teme y pésale mucho, porque, como tiene llagada su «conciencia, cree que es para echarle en la hoguera del in- «fierno para siempre jamás. Pero el que tiene buena con-

(1) Lib. VI *Confess.*, cap. 16.
(2) *Catecismo de perseverancia.*
(3) Lamourette, *Delicias de la Religion*, cap. 12.
(*) Oigamos discurrir sobre el particular al talento claro y profundo del A. Lamourette: «Solo para los impíos es una verdad terrible (el in- «fierno), porque solamente se entiende con ellos, y solo por ellos forma «una parte de la Religion. Como en el sistema práctico de la fe no hay «pena eterna, el que no puede soportar la idea de que haya infierno de- «be darse prisa en asociarse al partido de las personas para quienes en «efecto no existe... El suplicio preparado á los malos no derrama amar- «gura sobre los hombres de bien. Solo los que siguen sus pasiones se «ven precisados á sufrir todos los terrores de la eternidad. El verdadero «cristiano no conoce porvenir desgraciado; el infierno queda anonada- «do para él, y mientras los impíos que niegan su existencia sufren ya «en esta vida su formidable rigor, el mas ilustrado y mas cuerdo disfru- «ta exclusivamente de la seguridad á la cual querrian llegar aquellos, «*y posee en realidad lo que ellos buscan en balde:* es decir, la ventaja de no «temer las amenazas que fulmina el Evangelio... Los castigos prepara- «dos al hombre vicioso no turban jamás la dulce alegría que reina en el «fondo de su alma (la de los virtuosos)... Solo les ocupa la idea de la glo- «ria preparada á los que hayan creido y esperado en Jesucristo: no ven «otro estado en el porvenir que el de los hijos de Dios. Su alma está tan «llena y embriagada de la magnificencia de las promesas de la Religion, «que no da lugar á sentimiento alguno de terror; y se cree ya en pose- «sion de la soberana felicidad.» (*Delicias de la Religion*, cap. 12).
(4) Lib. III, cap. 17.
(5) *Conformidad con la voluntad de Dios*, cap. 19.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«ciencia se huelga, porque entiende que es para darle liber-«tad y descanso para siempre.»

Los impíos se ensañan contra una religion que profesa dogmas como el infierno que hacen *vivir al hombre temblando continuamente*, y contra un Dios *que condena por una eternidad* (1). Pero el afirmar que atormenta esta idea solamente, significa que no se tiene la conciencia en muy buen estado. No es, pues, extraño que estos tales pregunten con el epicúreo Veleyo: «¿Quién puede soportar el yugo de un «Señor eterno, temible dia y noche, que cuida de todo, que «todo lo ve, que nada olvida (2)?» *¡Qué idea tan espantosa!* exclama el autor de la *Sensatez* (3), sin advertir que lo que realmente le espanta es su conciencia. Algunas veces este terror les impele á erigirse en apologistas de una fraccion de Dios. Ensalzan hasta las nubes su bondad y misericordia olvidándose de su justicia, y fallan: *la creencia de un infierno es contraria á la bondad divina* (4).

Resulta, pues, que la creencia del dogma y postrimería del infierno es tan aterradora para el malvado, como indiferente para el hombre recto y virtuoso, y que en todo caso es una creencia dignificadora y benéfica para el hombre y para la sociedad por lo que tiene de represiva del vicio y del crímen. Pues bien; el Protestantismo quita á esta creencia su fuerza represiva y su civilizadora influencia por medio del *comodin* de esa *su fiducia*, velo tupido con que pretende cubrir todo género de crímenes dándolos al olvido divino. Y el Filosofismo mas contundente aun ha entreabierto sus labios impíos para reirse del infierno que ha negado; de ese mismo infierno que es una fatalidad para todo sofista é incrédulo no poder negar tambien en la hora de la muerte!!

«Insensatos de nosotros, exclamarán en él: tuvimos en el «mundo por locura la vida de los virtuosos (5); pero, ¡ay! «nosotros somos los que hemos errado el verdadero cami-«no (6)!»

(1) El autor del *Buen sentido*, citado por Bergier en la introduccion puesta al *Diccionario de teología*.
(2) Cic. *De natura Deor.* lib. I, n. 54.
(3) Cic. ibid.
(4) El autor del *Buen sentido*, ibid.
(5) «Nos insensati vitam illorum æstimabamus insaniam, et finem «illorum sine honore.» (*Sap.* v).
(6) «Ergo erravimus à via veritatis.» (*Ibid.* vi).

§ IV.—*Gloria.*

Así como todas las religiones idólatras y politeistas concibieron la idea de un infierno, tuvieron de la misma manera la idea de un paraíso ó lugar de delicias para las almas despues de la muerte, como, v. g., el Olimpo ó Elíseo, el cual remedó en cierto modo en su rio Leteo el purgatorio cristiano, el paraíso del *Coran*, etc., etc. Fenelon hizo en su *Telémaco* una hermosa pintura de la gloria del justo (*).

No es necesario decir que la creencia, y por consiguiente la esperanza de la gloria, último novísimo, consuela sobremanera al hombre, ni que esta creencia le dignifica, puesto que es una creencia sublime y elevada. Tambien es esta creencia dignificadora y felicitadora por inverso motivo que la del infierno, porque así como el infierno, presentándose como castigo del vicio, le refrena y en ello disminuye la degradacion y la desdicha; de la misma manera la gloria, ofrecida como premio de la virtud, aumenta la virtud y en ella la dignidad y la felicidad. Pero, por desgracia y justo castigo del vicio y de la incredulidad, así como el terror del infierno pertenece al perverso y al incrédulo, y nada al virtuoso y al cristiano verdadero, así tambien todo el consuelo y la alegría de la gloria pertenece al virtuoso y verdadero

(*) «Una luz, dice, pura y dulce se esparce al rededor de los cuerpos «de los hombres justos y los cerca con sus rayos cual si fuesen un ves-«tido; esta luz no es parecida á la luz melancólica que alumbra los ojos «de los míseros mortales, y que no es mas que tinieblas: mas bien es «una gloria celestial que una luz; penetra los cuerpos mas opacos con «mas sutileza que los rayos del sol un cristal puro, jamás deslumbra, «sino que antes bien fortifica los ojos, y lleva hasta el fondo del alma «una serenidad inexplicable. De ella solo se alimentan los hombres fe-«lices; sale de ellos y en ellos vuelve á entrar: los penetra y se incor-«pora á ellos del mismo modo que los alimentos se incorporan á nos-«otros. Ellos la ven, la sienten y la respiran: hace nacer en ellos un ma-«nantial inagotable de paz y de gozo, se ven sumergidos de delicias «como los peces en el mar, nada mas quieren: todo lo tienen sin tener «nada, porque ese gusto de la luz pura mitiga el hambre del corazon.»

«...Una eterna juventud, una felicidad sin fin y una gloria del todo «divina están pintadas en su rostro, pero su alegría nada tiene de loca «ni de indecente: es una alegría dulce, noble y llena de majestad. Es «el gusto sublime de la verdad y de la virtud lo que los enajena; están «sin interrupcion y á cada momento en el mismo arrebato de corazon en «que está una madre que vuelve á verá su querido hijo que habia tenido «por muerto; pero esta alegría, que huye pronto de la madre, nunca se «aparta del corazon de estos hombres.» (*Lib. XV*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cristiano, y nada al malvado y al ateo: ¡qué decimos nada! Sí: les corresponden y son suyos todos los tormentos de la desesperacion y de la envidia.

Si, pues, la creencia del novísimo de la gloria dignifica y hace feliz al hombre por lo que le impele hácia las virtudes que fomenta, veamos rápidamente la respectiva influencia en esta materia del Catolicismo, de la Reforma y de las sectas filosóficas.

El Catolicismo no concede la gloria á la fe sola, ó sin las buenas obras; y por medio de esta condicion *sine qua non,* que pone delante al hombre, le mueve suavemente á la práctica de las virtudes, y con ellas á la elevacion y á la dicha, promoviendo tambien de esta manera la tranquilidad y el órden social.

El Protestantismo alarga la gloria á la fe sola ó desnuda de las buenas obras: mas: se la concede al grande *criminal* con tal que sea (condicion poco trabajosa en verdad) mayor creyente; esto es, mayor hipócrita, mayor sacrílego y mayor blasfemo; y esta adquisicion á tan poco precio, tan fácil y sencilla, de la gloria que tan mal se concilia con su *fatum* de la predestinacion absoluta, le constituye en una total inaccion para la virtud, ó lo que es peor, le sirve de aliciente y de estímulo poderoso para el crímen que destierra su dignidad y su dicha, y acarrea la perturbacion social. ¿Pensaba Lutero que la sociedad nada tenia que ver con la cuestion de las obras para la justificacion? No: la carta de Santiago no es una *epístola de paja,* es una epístola eminentemente social, y al menos debió respetar como ciudadano lo que destruia como apóstata.

Por último; el Materialismo, el Ateismo y demás sectas incrédulas é impías que niegan el órden sobrenatural y que hemos comprendido bajo el nombre genérico de Filosofismo, dicho se está que para ellas no hay otra vida, y por consiguiente no hay gloria. «No es el cielo, dice Pascal (1), la «morada de los que dudan que su alma sea inmortal; estos «deben esperar solamente el infierno ó la nada.» Tal es á la verdad la vida y la conducta de esos desventurados, que no debe interesarles mucho que haya gloria. «Nada demuestra «mas la corrupcion y la vileza del corazon que el no desear «la verdad de las promesas eternas (2).»

(1) *Pensamientos.* (2) Ibid.

Es incontestable: donde está el deseo siquiera de que la religion cristiana sea verdadera, allí hay un fondo de honradez y de virtud; y donde está el deseo de que esta sublime Religion sea falsa, allí hay necesariamente un fondo de vicio y de perversidad. En el primero se descubre la voluntad de ser bueno y virtuoso; por eso busca el freno: en el segundo se descubre una decidida voluntad de ser malo y vicioso; por eso huye las trabas y busca la soltura.

Reasumamos.

Hemos terminado nuestro exámen analítico sobre las doctrinas del Cristianismo contenidas en el texto del *Catecismo católico* principiando por las virtudes teologales, y concluyendo con los novísimos. Habiendo considerado estas doctrinas con relacion á la felicidad temporal y á la dignificacion del hombre y de la sociedad, hemos hallado en todo la abundancia para el pobre, el consuelo para el desgraciado, el amparo para el desvalido, para el afligido el consuelo, un padre para el huérfano, y un protector para el subyugado. En todo hemos advertido una marcada y constante tendencia á retraer al hombre del crímen é impelerle á la virtud, una solicitud y un anhelo incesante porque se incline á lo sublime, á lo elevado, á lo digno, y huya de la vileza y de la degradacion: hemos visto que todo tiende á enaltecer al hombre y á elevar y dignificar su carácter: hemos visto en todo ello un poderoso antídoto de la calamidad, un cordial universal que cura todos los males, desgracias y contratiempos de esta vida miserable, el bálsamo benéfico que las suaviza y mitiga, y el escudo contra el cual se estrellan; y hemos visto, en fin, que todo propende á hacer feliz al hombre y por unos mismos medios acá como allá, en esta vida lo mismo que en la otra; así como á consolar, pacificar y hacer dichosa la sociedad.

Aduciendo despues en paralelo en cada uno de los capítulos al Catolicismo con el Protestantismo y el Filosofismo, y examinando la respectiva accion é influencia, hemos evidenciado que el Catolicismo es el terreno propio, natural y verdadero donde las doctrinas cristianas dan tan preciosos frutos; como que el Catolicismo es el Cristianismo puro tal como lo instituyó su Autor divino. Hemos evidenciado que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

atacando y destruyendo el Protestantismo unas de estas doctrinas, y enervando y desacreditando otras con sus infinitas variaciones, consecuencia necesaria de la falta de una regla segura é invariable de fe, de una autoridad docente fija, hemos evidenciado, repetimos, que el Protestantismo por lo que ha tenido de debilitante y desconceptuador de estas doctrinas las ha vuelto infructíferas en el hermoso sentido que hemos dicho; y por lo que tiene de agresor y destructor de las mismas, ha fructificado en sentido contrario; esto es, ha degradado al hombre, ha rebajado su carácter, y le ha precipitado en la desdicha, así como á la sociedad cuya paz y estabilidad ha perturbado.

De la misma manera hemos demostrado cuán desconsoladoras y hasta crueles y horrorosas son las doctrinas sofísticas, ateas é incrédulas para la humanidad doliente y afligida, cuán infeliz hacen al hombre, y cuánto rebajan su carácter y su condicion que pone al nivel de la del bruto. Hemos demostrado que la incredulidad es el instrumento óptico de la desgracia y de la calamidad, al través del cual miradas se ensanchan y se aumentan prodigiosamente; que es el cáustico que las exaspera y vuelve mas acres y duras, llevando á la desesperacion al infeliz que es afligido por ellas.

Por deducciones naturales y lógicas del discurso, hemos probado á los sofistas que las doctrinas del Cristianismo, por su sublimidad y por el perfectísimo conocimiento que encierran de la degeneracion del hombre, de sus miserias y de sus necesidades, no pueden ser de orígen humano, que es una necedad ó insensatez desechar esas doctrinas, y una calumnia sacrílega é impía apellidarlas *ridículas, fanáticas y supersticiosas*, y lo que es mas inícuo aun y calumnioso, acusarlas de despóticas y tiranas para el hombre, y enemigas de su bienestar y de su dicha.

Mas: transigiendo por un momento con sus vociferaciones sacrílegas y acusaciones impías hemos demostrado que, sean verdaderas ó falsas, reales ó ficticias estas doctrinas, en todo caso resulta que son eminentemente útiles y ventajosas á todos los hombres, á todas las clases y á todas las condiciones sociales, y entonces seria mas pasmoso aun el inventor que el héroe (1). Así, pues, invocando la franqueza

(1) Rousseau, *Emilio.*

de los sofistas, les hemos advertido, que si bien en fuerza de sus sistemas impíos pueden decir que el autor del Evangelio fue un impostor y un engañador del hombre, no podrán menos de confesar que fue un amigo verdadero suyo animado de las mas rectas intenciones respecto de él, dado que le vino á inducir en unos errores que hacen su felicidad y su ventura.

Y por último, que conociendo, como no pueden menos de conocer, á no ser que iguale su ignorancia á su impiedad, las inmensas ventajas y la benéfica influencia de las doctrinas del Cristianismo para el hombre y para la sociedad, deben profesarlas en toda hipótesis y aceptarlas, vengan de donde vengan, so pena de ser enemigos de su propia dignidad y de su dicha, y del bienestar y felicidad de las sôciedades.

Conclusion.

Al llegar al término de la obra que emprendimos, creemos podernos lisonjear de haber probado plenamente en ella, entre otras muchas, estas dos verdades,

Primera: «Que los medios por los cuales el hombre obtie-«ne su felicidad eterna, son precisamente los mismos que «labran su dicha temporal.»

Segunda: «Que estos medios son las doctrinas del Evan-«gelio y las del Cristianismo.» Así que como en el Evangelio y el Cristianismo puro, tal como lo estableció su divino Autor, está encerrada la dicha del hombre sobre la tierra y su único consuelo, hemos visto que atacando la Reforma su integridad y su pureza, y destruyéndolo el Filosofismo por sus cimientos, han precipitado al hombre en la infelicidad y en la desdicha: y no contentos, especialmente el último, con haberle llevado la desgracia y el infortunio, le han arrebatado cruelmente todo consuelo, todo alivio y toda esperanza.

Solamente una cosa han ganado en esta obra de retoque y demolicion sobre el edificio del Cristianismo, las pasiones humanas. Esta ganancia funesta era consiguiente á la destruccion de aquello que las tenia fuertemente sujetas; y sucedió lo que era de esperar, á saber, que mientras las pasiones ya alegres con la soltura y el desenfreno iban can-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tando victoria por el territorio de su reinado, la humanidad indigente, doliente y afligida, ó se ha visto obligada á buscar el término de sus penalidades en un crímen horrendo, cuya frecuencia es debida á esta causa, ó se ha acogido á la caridad católica, que la ha abierto sus tesoros y sus benéficos asilos.

Como los sofistas ignoran, ó no quieren conocer, que la dicha ha dispuesto su morada en la virtud y no en el vicio, creen incompatibles las dos felicidades del hombre, la temporal y la eterna, y que no hay otro medio que optar entre una y otra: y como sus sistemas son positivos en sumo grado y partidarios de lo presente, se asen fuertemente del vicio cual si temieran que se les escape; pero ¡ay! no tardan mucho en convencerse de que han hallado en él precisamente lo contrario de lo que buscaban.

Hemos probado que las dos felicidades, la de la tierra y la del cielo, y tambien ambas desdichas son inseparables y correlativas, que se presuponen mútuamente, ó, mejor dicho, que no componen mas que una sola felicidad ó desdicha: solo que se pone de por medio la muerte, que es para el justo como el telescopio mirando al través del cual ve agrandarse el horizonte de la dicha que aquí halló en el mismo sufrimiento, así como el réprobo mira dilatarse el horror de la infelicidad que encontró en los mismos goces. Por manera, que apartando los sofistas á los hombres de los medios que conducen á una felicidad, tambien les arrebatan en ello la otra, dejándoles sin ninguna; y no solamente sin ninguna, sino tambien con sus dos opuestas desdichas.

Finalmente, se habrá notado que el propósito principal y constante de la obra ha sido probar, como creemos haberlo hecho, que únicamente en el Cristianismo consiste la dignidad y la dicha aun temporal del hombre y el bienestar de la sociedad: que solamente el Catolicismo continúa en la posesion de esta influencia grandiosa, como que es el mismo Cristianismo puro; y por último, que la Reforma y el Filosofismo son absolutamente impotentes y estériles para producir estos hermosos efectos, sin que puedan de ninguna manera fructificar á sus desgraciados prosélitos otra cosa que lo que hemos visto, y aun estamos viendo, la degradacion y la infelicidad, ni á las sociedades otra cosa que el cáos y la disolucion.

Censurada esta obra por la autoridad eclesiástica, la someto de nuevo al fallo del supremo Jefe de la Iglesia católica, apostólica, romana, en cuya fe he nacido, cuya fe predico, como ministro que soy de ella, aunque indigno, y en la cual tendré á gran dicha terminar la peregrinacion de esta vida.

FIN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOTA BENE.

Sabido es que, por lo comun, no ponemos en nuestras publicaciones *Fe de erratas*, porque procuramos con todo esmero no las haya. En esta obra, sin embargo, nos vemos precisados á ponerla por haber mediado en su impresion, entre otras, las circunstancias siguientes: poca claridad del original; tener que mandar las pruebas al autor de la obra, que habita en la provincia de Cáceres, y haber hecho este su correccion de una manera apresurada. Hé aquí las

Erratas mas importantes.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
73	34	alentada	atentada
74	3	estrechado?	estrechado
81	13	establecerle	restablecerle
93	32	calentar	calcular
131	31	perder un	perder su
132	36	y miserias	miserias
156	33	falansterio	filacterio
160	1	que se halla	que halla
172	3	justificadas. Del	justificadas del
185	12	sociales (1)	sociales
Id.	14	sentencias	tendencias
196	34	y no son	y no con
198	22	y creen	creen
211	35	este capitulo	este párrafo
213	34	Creyó	Se creyó
227	32	Pero eso	Pero no
234	33	venit	velit
239	40	fanatismo	fatalismo
256	8	serenidad	seriedad
293	22	paganos herejes	paganos y herejes
309	24	discernir	discurrir
343	34	sin capa	su capa
344	19	á cargo de la caridad	la caridad
Id.	21	roido	raido
353	35	lealmente	legalmente
363	17	entrar	enterrar
Id.	34	tratase	tratóse
365	15	engañándose aunque	aunque engañándose
374	15	Faida esos	Faida y esos
Id.	16	llamadas	llamados
377	5	le han	les han
387	26	apartarse	apartarle
Id.	29	San Cipriano	San Ambrosio
Id.	31	S. Cipr. ibid.	S. Ambr. ibid.

ÍNDICE.

CENSURA. 5
PREFACIO. 7

LIBRO I.

Cap. I. Religion.. 25
Religion natural.. 30
§ I.—Para que la religion sea verdadera ha de ser hija de la razon, ó la razon y no las pasiones han de ser su principio y su base. 31
§ II.—Para que la religion sea verdadera ha de dignificar al hombre y no envilecerle.. 32
§ III.—Para que la religion sea verdadera ha de traer al hombre beneficios.. 33
§ IV.—Para que la religion sea verdadera ha de recuperar en parte al hombre la felicidad primitiva perdida.. 34
§ V.—Para que la religion sea verdadera ha de llevar al hombre al conocimiento del verdadero Criador.. 34
Cap. II. Religion cristiana. 35
§ I.—La religion cristiana es la única religion innata al hombre.. 36
§ II.—Únicamente la religion cristiana es hija de la razon y la mas conforme á la misma. 40
§ III.—La religion cristiana es la única que eleva y dignifica al hombre.. 41
§ IV.—La religion cristiana es la única que reporta al hombre beneficios.. 43
§ V.—Únicamente la religion cristiana indica al hombre su destino, y ella es la única que puede hacerle recuperar, en parte, la felicidad perdida.. 46
§ VI.—La religion cristiana es la única que lleva al hombre al conocimiento del verdadero Criador. 48
Cap. III. De la religion cristiana en relacion con el talento, con las luces y con la ciencia.. 51
§ I.—La religion cristiana no puede menos de ser la religion del sábio despreocupado y franco.. 51
§ II.—En la religion cristiana se apoya la fama de los filósofos del Gentilismo. 54
§ III.—El Cristianismo dilató la esfera de los conocimientos humanos, dió una expansion enorme á la imaginacion del hombre, y desarrolló y fijó todos los principios, sacándolos del cáos y de la confusion.. 57

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Beneficios del Cristianismo en general. 70
Cap. IV. La religion cristiana es en gran manera benéfica para la humanidad y para la sociedad. 70
Beneficios del Cristianismo en particular. 81
Cap. V. La religion cristiana es en gran manera benéfica al indivíduo. 81
§ I.—Soberano. 83
§ II.—Vasallo. 88
§ III.—Superior y súbdito. 91
§ IV.—Clases desgraciadas. 93
§ V.—Continuacion. 98

LIBRO II.

Cap. I. Virtudes. 107
Cap. II. Virtudes teologales. 109
§ I.—Fe. 110
§ II.—¿Por qué es tan grata á Dios la fe? 125
§ III.—Esperanza. 130
§ IV.—Influencia de la fe y de la esperanza cristianas en la pacífica direccion y tranquilidad de las sociedades. 134
§ V.—Caridad. 142
Cap. III. Virtudes morales. 158
§ I.—Humildad. 161
§ II.—Castidad. 167
§ III.—Obediencia. 181
§ IV.—Pobreza. 185

LIBRO III.

Pecados. 191
Cap. I. Pecados capitales. 191
§ I.—Soberbia. 198
§ II.—Avaricia. 202
§ III.—Lujuria. 208
§ IV.—Ira. 216
§ V.—Gula. 219
§ VI.—Envidia. 227
§ VII.—Pereza. 231
§ VIII.—Liberalidad. 234
§ IX.—Paciencia. 238

LIBRO IV.

Cap. I. De los Sacramentos en general. 243
§ I.—Bautismo. 246
§ II.—Confirmacion. 247
§ III.—Penitencia-Confesion. 248
§ IV.—Eucaristía-Comunion. 257
§ V.—Extremauncion. 264
§ VI.—Órden sacerdotal. 267

§ VII.—Matrimonio. 270
Cap. II. Varios dogmas cristianos. 274
§ I.—Comunion de los santos. 275
§ II.—Perdon de los pecados. 279
§ III.—Resurreccion de la carne. 288
§ IV.—Vida perdurable. 290
Cap. III. Bienaventuranzas. 306
§ I.—Primera bienaventuranza: Bienaventurados los pobres de espíritu. 307
§ II.—Segunda bienaventuranza: Bienaventurados los mansos. 309
§ III.—Tercera bienaventuranza: Bienaventurados los que lloran. 310
§ IV.—Cuarta bienaventuranza: Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia. 313
§ V.—Quinta bienaventuranza: Bienaventurados los misericordiosos. 316
§ VI.—Sexta bienaventuranza: Bienaventurados los limpios de corazon. 317
§ VII.—Séptima bienaventuranza: Bienaventurados los pacíficos. 319
§ VIII.—Octava bienaventuranza: Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia. 321
Cap. IV. Obras de misericordia. 323
Cap. V. Obras corporales de misericordia. 326
§ I.—Primera: Visitar á los enfermos. 329
§ II.—Segunda: Dar de comer al hambriento. 333
§ III.—Tercera: Dar de beber al sediento. 343
§ IV.—Cuarta: Vestir al desnudo. 343
§ V.—Quinta: Dar posada al peregrino. 344
§ VI.—Sexta: Redimir al cautivo. 349
§ VII.—Séptima: Enterrar los muertos. 359
Cap. VI. Obras espirituales de misericordia. 364
§ I.—Primera: Enseñar al que no sabe. 364
§ II.—Segunda: Dar buen consejo al que lo ha menester. . . . 368
§ III.—Tercera: Corregir al que yerra. 369
§ IV.—Cuarta: Perdonar las injurias. 372
§ V.—Quinta: Consolar al triste. 377
§ VI.—Sexta: Sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos. 380
§ VII.—Séptima: Rogar á Dios por vivos y muertos. 381
Cap. VII. Novísimos ó postrimerías. 383
§ I.—Muerte. 385
§ II.—Juicio. 391
§ III.—Infierno. 392
§ IV.—Gloria. 397
Reasumamos. 399
Conclusion. 401

FIN DEL ÍNDICE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBROS Y HOJAS VOLANTES

QUE HA DADO Á LUZ

LA LIBRERÍA RELIGIOSA

FUNDADA EN BARCELONA

BAJO LA PROTECCION

DE LA VIRGEN SANTISIMA DE MONSERRAT Y DEL GLORIOSO SAN MIGUEL

EN EL AÑO DE 1848.

Las obras que ha publicado hasta el presente son las siguientes, advirtiéndose que muchas se han reimpreso varias veces. Se hallan de venta en Barcelona librería de *Riera*, y en provincias en casa los señores Encargados nombrados al efecto.

Obras en 4.° mayor encuadernadas en pasta.

—La santa Biblia en latin y castellano por el P. Scio. Seis tomos, 210 rs.
—Vindicacion de la santa Biblia por el abate Du-Clot. Un tomo, 39 rs.

Obras en 4.° encuadernadas en pasta.

—Estudios filosóficos sobre el Cristianismo por Augusto Nicolás. Tres tomos, 36 rs.
—Historia universal de la Iglesia por Alzog. Cuatro tomos, 44 rs.
—Historia eclesiástica de España por La Fuente. Cuatro tomos, 44 rs.
—Historia de las Variaciones de las iglesias protestantes por Bossuet. Dos tomos, 22 rs.
—Historia de la Compañía de Jesús por Cretineau-Joli. Seis tomos, 66 rs.
—El Protestantismo por Augusto Nicolás. Un tomo, 11 rs.
—Pensamientos de un creyente católico por Debreyne. Un tomo, 11 rs.
—Grandioso tratado del hombre por Sabunde. Un tomo, 11 rs.
—Ensayo sobre el Panteismo por Maret. Un tomo, 11 rs.
—La Cosmogonía y la Geología por Debreyne. Un tomo, 11 rs.
—La Teodicea cristiana por Maret. Un tomo, 11 rs.
—Larraga novísimamente adicionado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 24 rs.
—Manual de los Confesores por Gaume. Un tomo, 14 rs.
—Las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento ó la divinidad del Cristianismo demostrada por la Biblia, por el abate Meignan. Un tomo, 11 rs.
—Ejercicio de perfeccion y virtudes cristianas por el V. P. Alonso Rodriguez. Tres tomos, 33 rs.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Triunfo del Catolicismo en la definicion dogmática del augusto misterio de la inmaculada Concepcion, por el P. Gual. Un tomo, 11 rs.

Obras en 8.° *mayor encuadernadas en pasta.*

—Año cristiano por Croisset. Diez y seis tomos, 160 rs.

—El hombre feliz por Almeida. Un tomo, 10 rs.

—Exposicion razonada de los dogmas y moral del Cristianismo por Barran. Dos tomos, 20 rs.

—Historia de la sociedad doméstica por Gaume. Dos tomos, 20 rs.

—Las Glorias de María por san Ligorio. Un tomo, 10 rs.

—El Espíritu de san Francisco de Sales. Un tomo, 10 rs.

—La única cosa necesaria para salvarse por Geramb. Un tomo, 10 rs.

—El Catolicismo en presencia de sus disidentes por Eyzaguirre. Dos tomos, 20 rs.

—Meditaciones del P. Luis de La Puente. Tres tomos, 30 rs.

—Del Papa.—De la Iglesia galicana en sus relaciones con la Santa Sede. Dos tomos, 20 rs.

—Catecismo de Perseverancia por Gaume. Ocho tomos, 80 rs.

—Sermones de Mision, escritos unos y escogidos otros por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Tres tomos, 27 rs.

—Coleccion de pláticas dominicales por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Siete tomos, 63 rs.

—Tratado de la Usura por el abate Marco Mastrofini. Un tomo, 10 rs.

—Mercedes de la Vírgen María, ó sea Meditaciones aplicadas á la Letanía lauretana. Un tomo, 10 rs.

—La independencia y el triunfo del Pontificado: conferencias predicadas en la iglesia de Santa María del Mar, de Barcelona, por el presbítero D. Eduardo María Vilarrasa: á 5 rs.

—Mística ciudad de Dios: historia divina y vida de la Madre de Dios, manifestada por la misma Señora á sor María de Jesús, abadesa del convento de la Inmaculada Concepcion de la villa de Ágreda. Siete tomos, 63 rs.

—El Evangelio meditado. Cinco tomos, 45 rs.

—Copiosa y variada coleccion de selectos panegíricos. Once tomos, 99 rs.

—Biblia sacra Vulgatæ editionis Sixti V Pont. M. jussu recognita, et Clementis VIII auctoritate edita. Un tomo en diminutos caractéres, 18 rs. en piel de color y relieve.

—Diferencia entre lo temporal y eterno, y crisol de desengaños por el Padre Nieremberg. Un tomo, 10 rs.

—La moralizadora y salvadora del mundo es la confesion sacramental, por el P. Gual. Un tomo, 9 rs.

—Historia de la Iglesia desde Nuestro Señor Jesucristo hasta el pontificado de Pio IX, por el abate V. Postel. Un tomo, 11 rs.

—Concordantiarum SS. Scripturæ manuale. Un tomo, 20 rs.

Obras en 8.° *encuadernadas en pasta.*

—Catecismo explicado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret, con 48 estampas. Un tomo, 6 rs.

—Id. id en catalan: 6 rs.

—Catecismo filosófico por Feller. Cuatro tomos, 24 rs.

—Vida devota por san Francisco de Sales. Un tomo, 6 rs.

—Las delicias de la Religion por Lamourette. Un tomo, 6 rs.

—Confesiones de san Agustin. Dos tomos, 12 rs.

—Historia de la Reforma protestante por Cobbet. Dos tomos, 12 rs.

—Nuevas Cartas por Cobbet. Un tomo, 6 rs.

—Preparacion para la Navidad de Jesús por san Ligorio. Un tomo, 6 rs.

—Tesoro de proteccion en la santísima Vírgen por Almeida. Un tomo, 6 rs.

—Armonía de la Razon y de la Religion por Almeida. Dos tomos, 12 rs.

—Combate espiritual. Dos tomos, 12 rs.

—Tratado de la existencia de Dios por Aubert. Un tomo, 6 rs.

—Tratado de las notas de la Iglesia por Aubert. Un tomo, 6 rs.

—La conformidad con la voluntad de Dios por Rodriguez. Un tomo, 6 rs.

—Historia de María santísima por Orsini. Dos tomos, 12 rs.

—Instruccion de la Juventud por Gobinet. Dos tomos, 12 rs.

—La Biblia de la Infancia por Macías. Un tomo, 6 rs.

—Tratado de la divinidad de la Confesion por Aubert. Un tomo, 6 rs.

—La Tierra Santa por Geramb. Cuatro tomos, 24 rs.

—Guia de pecadores por el V. Granada. Dos tomos, 12 rs.

—Reflexiones sobre la naturaleza por Sturm. Seis tomos, 36 rs.

—Obras de santa Teresa. Cinco tomos, 30 rs.

—Reloj de la pasion por san Ligorio. Un tomo, 6 rs.

—Católica infancia por Varela. Un tomo, 6 rs.

—Vida de santa Catalina de Génova. Un tomo, 6 rs.

—Verdadero libro del pueblo por madama Beaumont. Un tomo, 6 rs.

—¿A dónde vamos á parar? por Gaume. Un tomo, 6 rs.

—El Evangelio anotado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 4 rs.

—Veni-mecum pii sacerdotis por el Excmo. é Ilmo. Sr. Caixal, obispo de Urgel. Un tomo, 7 rs.

—Las delicias del campo, ó sea agricultura cubana por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 7 rs.

—Llave de oro para los sacerdotes por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 7 rs.

—El Nuevo manojito de flores para los confesores por el Excmo. é Ilmo. señor Claret. Un tomo, 7 rs.

—Vida de san Luis Gonzaga por Cepari. Un tomo, 6 rs.

—Virginia ó la doncella cristiana por D.ª Cayetana de Aguirre y Rosales. Tres tomos, 18 rs.

—Ejercitatorio de la vida espiritual por el P. Fr. Francisco García de Cisneros. Un tomo, 6 rs.

—El hombre infeliz consolado, por el señor abate D. Diego Zúñiga. Un tomo, 6 rs.

—Historia de santa Isabel de Hungría por el Conde de Montalembert. Dos tomos, 12 rs.

—Práctica de la viva fe de que el justo vive y se sustenta por el P. Jesús. Un tomo, 5 rs.

—Historia del Cristianismo en el Japon, segun el R. P. Charlevoix. Un tomo, 6 rs.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Manual de erudicion sagrada y eclesiástica por Sala. Un tomo, 7 rs.

—Del matrimonio civil, opúsculo formado con la doctrina del P. Perrone en su obra *Del matrimonio cristiano*. Un tomo, 6 rs.

—Meditaciones para todos los dias de Adviento, novena y octava de Navidad y demás dias hasta la de la Epifanía inclusive, por san Ligorio. Un tomo, 5 rs.

—Ejercicios espirituales de san Ignacio explicados por el Excmo. é Ilmo. señor Claret. Un tomo, 7 rs.

—De la oracion y consideracion por el V. Granada. Dos tomos, 12 rs.

—Anuario de María por Menghi-d'Arville. Dos tomos, 12 rs.

—El Colegial ó Seminarista teórica y prácticamente instruido, por el excelentísimo é Ilmo. Sr. Claret. Dos tomos, 12 rs.

—Coleccion de oraciones y obras piadosas por las cuales han concedido indulgencias los Sumos Pontífices, aprobada como única auténtica por la sagrada Congregacion de Indulgencias. Un tomo, 7 rs. en piel de color y relieve.

—Tratado de la victoria de sí mismo, por el P. Melchor Cano, seguido del Alma victoriosa de la pasion dominante, por el P. Javier Hernandez. Un tomo, 5 rs.

—Coleccion de opúsculos por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Cuatro tomos, 24 rs.

—Compendio del Catecismo de perseverancia por Gaume. Un tomo, 6 rs.

—La devocion á san José establecida por los hechos, por el P. Antonio Patrignani. Un tomo, 6 rs.

—Los seis libros de san Juan Crisóstomo sobre el sacerdocio. Un tomo, 5 rs.

—El vicio y la virtud: observaciones de una razon despreocupada. Un tomo, 6 rs.

—Arte de canto eclesiástico y cantoral para uso de los Seminarios. Un tomo, 9 rs. en piel de color y relieve.

Obras en 16.° *encuadernadas en pasta.*

—Caractéres de la verdadera devocion por el P. Palau. Un tomo, 4 rs.

—El arte de encomendarse á Dios por el P. Bellati. Un tomo, 4 rs.

—Las horas sérias de un jóven por Sainte-Foix. Un tomo, 5 rs.

—Camino recto para llegar al cielo por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 5 rs.

—Id. id. en catalan: 4 rs.

—Ejercicios para la primera comunion por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 3 y medio rs.

—La verdadera sabiduría por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 4 rs.

—Tardes ascéticas, ó sea una apuntacion de los principales documentos para llegar á la perfeccion de la vida cristiana, por un monje benedictino. Un tomo, 4 rs.

—El Párroco con los enfermos, ó sea algunos avisos prácticos para los principiantes en dicha carrera. Un tomo, 3 rs.

—Manual de meditaciones por el P. Tomás de Villacastin. Un tomo, 4 y medio rs.

—Un mes consagrado á María. Un tomo, 4 y medio rs.

—Memorial de la Mision. Meditaciones cotidianas por el P. Dr. Juan Bautista Verche. Un tomo, 1 real y medio en media pasta.

—Contrato del hombre con Dios, celebrado en el santo Bautismo: por el R. P. Juan Eudes. Un tomo, 2 rs. en media pasta.

—De los deberes del hombre: discurso dirigido á un jóven por Silvio Pellico. Un tomo, 3 y medio rs.

—Nuevo devocionario para las hijas de la purísima Concepcion. Un tomito, 2 y medio rs. en media pasta.

—La Colegiala instruida, por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 5 rs.

—Expositio litteralis et mystica totius missæ, ac cæremoniarum ejus, ad illam devote celebrandam. Un tomo, 4 rs.

Opúsculos.

—Avisos á un sacerdote: á 30 rs. el ciento.

—Avisos muy útiles á los padres de familia: á 30 rs. el ciento.

—Avisos muy útiles á las casadas: á 30 rs. el ciento.

—Avisos muy útiles á las viudas: á 30 rs. el ciento.

—Avisos saludables á los niños: á 30 rs. el ciento.

—Avisos saludables á las doncellas: á 26 rs. el ciento.

—Avisos á un militar cristiano: á 24 mrs. el ejemplar.

—El rico Epulon en el infierno: á 22 rs. el ciento.

—Reflexiones á todos los Cristianos: á 24 rs. el ciento.

—Resúmen de los principales documentos que necesitan las almas que aspiran á la perfeccion: á 24 rs. el ciento.

—Los tres estados del alma: á 20 rs. el ciento.

—Reglas de espíritu que á unas religiosas muy solícitas de su perfeccion enseñan san Alfonso Ligorio y el V. P. Senyeri Juniore: á 20 rs. el ciento.

—Respeto á los templos: á 22 rs. el ciento.

—Galería del desengaño: á 26 rs. el ciento.

—La Escalera de Jacob y la puerta del cielo: á 30 rs. el ciento.

—Maná del cristiano: á 15 rs. el ciento.

—Idem en catalan: á 15 rs. el ciento.

—El amante de Jesucristo: á 24 mrs. el ejemplar.

—La Cesta de Moisés: á 24 mrs. el ejemplar.

—Religiosas en sus casas, ó las hijas del santísimo é inmaculado Corazon de María: á real y cuartillo el ejemplar.

—Breve noticia del orígen, progresos, gracias é instrucciones de la Archicofradía del sagrado Corazon de María, para la conversion de los pecadores; junto con una Novena, para impetrarla del Corazon inmaculado de María: á real el ejemplar.

—Socorro á los difuntos: á 24 mrs. el ejemplar.

—Bálsamo eficaz para curar un sinnúmero de enfermedades de alma y cuerpo: á 24 mrs. el ejemplar.

—Antídoto contra el contagio protestante: á 30 rs. el ciento.

—El viajero recien llegado. Obrita muy importante en las actuales circunstancias: á 26 rs. el ciento.

—Compendi ó brèu explicació de la doctrina cristiana en catalan: á 28 mrs. el ejemplar.

—El Ferrocarril: á 24 mrs. el ejemplar.

—La Época presente: á 24 mrs. el ejemplar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—La Mision de la mujer : á 23 rs. el ciento.
—Las Conferencias de san Vicente para los sacerdotes : á 50 rs. el ciento.
—Cánticos espirituales : á real el ejemplar.
—Devocionario de los párvulos : á 40 rs. el ciento.
—Máximas espirituales ó sea reglas para vivir los jóvenes cristianamente, edicion corregida y aumentada : á 24 mrs. el ejemplar.
—Ramillete de lo mas agradable á Dios, y útil al género humano : á 22 rs. el ciento.
—Devocion del santísimo Rosario : á 23 rs. el ciento.
—Excelencias y novena del glorioso san Miguel : á 22 rs. el ciento.
—Los Viajeros del ferrocarril : á 24 mrs. el ejemplar.
—Consejos que una madre dió á su hijo al tiempo de despedirse para ir á la guerra de Africa, y los santos Evangelios: á 7 rs. el ciento.
—El Espejo que á una alma cristiana que aspira á la perfeccion ofrece el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 24 mrs. el ejemplar.
—Orígen del Trisagio: á 30 rs. el ciento.
—Nuevo viaje en ferrocarril, ó sea, conversacion sobre la blasfemia y el lenguaje brutal y obsceno: á 24 mrs. el ejemplar.
—Carta ascética que el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret escribió al presidente de uno de los coros de la Academia de san Miguel: á 30 rs. el ciento.
—Orígen de la devocion del Escapulario azul celeste: á 22 rs. el ciento.
—Vida de santa Mónica. Un tomito, 24 mrs.
—Verdadero retrato de los neos filósofos del siglo XIX: á 26 rs. el ciento.
—El Protestantismo por P. J. P.: á 24 mrs. el ejemplar.
—Id. id. en catalan : á real el ejemplar.
—La prosperidad de las familias, ó sea instrucciones prácticas para el buen gobierno y administracion de una casa, por Clotet: á 24 mrs. el ejemplar.
—La buena sociedad glorificada por la juventud del bello sexo. Apuntes históricos de la santa vida de la venerable sierva de Dios, Cristina de Saboya, reina de las Dos Sicilias: á 24 mrs. el ejemplar.
—Lo Escolá ó sian Conferencias entre un missionista y un jovenet, per D. P. A. P.: á 24 mrs. el ejemplar.
—Manná del Cristiá considerablement aumentat per los missionistas del immaculat Cor de María: á 24 mrs. el ejemplar.
—Id. en castellano: á 24 mrs. el ejemplar.
—Lletrillas compostas per los missionistas del immaculat Cor de María: á 24 mrs. el ejemplar.
—Reglamento de la Academia de san Miguel.
—Deprecacion á Nuestro Señor para obtener de él la gracia de conocerlo y de amarlo, ó bien cualquier otro favor: á 22 rs. el ciento.
—Libro de oro, ó la humildad en práctica. Un tomito, 24 mrs.
—Vida cristiana, ó práctica fácil de entablarla con medios y verdades fundamentales. Un tomito, 24 mrs.
—El Ángel de la familia ó María Girar: á 30 rs. el ciento.
—Ejercicios espirituales que practica la Cofradía del purísimo Corazon de María: á 24 mrs. el ejemplar.
—El santísimo Rosario explicado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á real y cuartillo el ejemplar.

—Tratadito de las pequeñas virtudes por el P. Roberti: á 24 mrs. el ejemplar.
—El consuelo de una alma calumniada: á 22 rs. el ciento.
—Ejercicio de preparacion para la muerte: á 23 rs. el ciento.

Hojas volantes: á 64 rs. la resma.

Forman una resma 500 de las de á *pliego;* 1,000 de las de á *medio pliego;* 2,000 de las de á *cuartilla;* y 4,000 de las de á *octavilla.*

---

1. Máximas cristianas, puestas en verso pareado para mejor retenerlas en la memoria.
2. Máximas cristianas, puestas igualmente en verso pareado.
3. Cédula del Rosario de María santísima.
4. Modo de rezar el Rosario. Contiene los quince Misterios, Ofrecimiento, y Letanía lauretana.
5. Cédula contra la blasfemia.
6. Specimen vitæ sacerdotalis.
7. Fervorosa y cariñosa exhortacion, que distribuyen impresa los misioneros inmediatamente antes de empezar su santo ministerio.
8. Aviso importantísimo que distribuyen los mismos antes de terminar sus santas tareas.
9. Memoria ó recuerdo de la Mision, para distribuir luego de concluida.
10. Propósitos para conservar el fruto y gracia de la santa Mision.
11. Oracion de san Bernardo: Acordaos, piadosísima Vírgen María... *Va seguida de una jaculatoria.*
12. Suspiros y quejas de María santísima dirigidos á los pecadores verdugos de su santísimo Hijo.
13. Breve instruccion que dió el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo Claret á un hombre sencillo que encontró por un camino, antes de despedirse de su compañía.
14. Máximas cristianas para niños.
15. El amor de Dios y del prójimo.
16. Convite á la gloria.
17. Consejos útiles á los jóvenes.
18. Consejos útiles á las doncellas.
19. Regla de vida.
20. Eclipse de sol.
21. Amenazas del eterno Padre y modo de evitarlas.
22. Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida.
23. Modo de adorar á Jesús sacramentado.
24. Acto de contricion.
25. El Carnaval y su entierro.
26. Observaciones á un cristiano que trabaja en los dias de fiesta.
27. De la devocion al santísimo Rosario.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

28. Alabado sea Dios.—Contra la blasfemia.
29. Reloj de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo.
30. Consuelo á un enfermo.
31. Consuelo á un encarcelado.
32. Recuerdo al bizarro soldado español.
33. Prácticas cristianas para todo el año.
34. Alma perseverante que no se deja seducir.
35. Alma del Epulon en el infierno.
36. Triunvirato del universo, ó sea necesidad de la confesion.
37. La santa ley de Dios.
38. Cédula del coro de niñas de la piadosa Union.
39. Cédula del coro de niños de id.
40. Devocion al Corazon agonizante de Jesús.
41. Máximas para niños y niñas, ó sea Escalera para subir los mismos al cielo.
42. Prácticas cristianas para todos, ó sea Escalera para id.
43. ¿Quién se condenará?
44. Regla de vida para los sacerdotes.
45. Decenario de la sagrada pasion.
46. Excelencias de san Miguel.
47. Devocion á la santísima Trinidad.
48. Modo práctico de hacer el Via Crucis.
49. Máximas cristianas para todos.
50. Letrillas del santísimo Sacramento.
51. Cánticos en honor de María santísima.
52. Cédula de admision á la Cofradía del inmaculado Corazon de María. *(En medio pliego)*.
53. Cántico á María santísima. *(En cuartilla)*.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

